
UNA
NOVELA
IMPRESIONANTE
QUE
REVIVE
LA
EMOCION
DE
EXODO
leon uris
MILA 18
COLECCION
Lectulandia

Con una trama novelística que revive la emoción de Éxodo, el fondo de una historia verdadera y alucinante: la sublevación de los judíos prisioneros en el «ghetto» de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial. Unas páginas de horror y heroísmo jamás superadas en las crónicas de ningún tiempo y de ningún país. Una novela magnífica y un testimonio histórico, que el hombre moderno no puede ignorar.

Leon Uris

Mila 18

ePUB v1.1
gercachifo 11.06.12

Mila 18
Leon Uris, 1.a edición: marzo, 1966.
1.a edición: marzo, 1966
2.a edición: octubre; 1966
3.a edición: octubre, 1967
4.a edición: mayo, 1969
5.a edición: mayo, 1970
6.a edición: marzo, 1971
7.a edición: enero, 1972
8.a edición: noviembre, 1972
9.a edición: julio, 1973
Impreso en España
Printed in Spain
ISBN 84-02-00461-X
Depósito legal: B. 21.292 - 1973
Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Editor original: gercachifo (v1.0)
ePub base v2.0

Dedico este libro a:

ANTEK-ITZHAK ZUCKERMAN
ZIVIAH LUBETKIN

y a los otros que tomaron parte en un momento inmortal en defensa de la dignidad y la libertad humanas, y en particular al

DR. ISRAEL I. BLUMENFIELD

Exceptuando los personajes históricos auténticos, los demás de esta novela son producto de la imaginación del autor y no tienen relación alguna con ninguna persona de la vida real.

Doy las gracias.

Experiencias precedentes me advirtieron que para las investigaciones que requería el presente libro dependería de la asistencia de gran número de personas y organizaciones. Una vez más tuve la fortuna de beneficiarme de las interminables y generosas horas de trabajo de quienes me transmitieron sus conocimientos sobre este tema.

Sin la generosidad de los miembros del Museo y Templo Internacional de la Casa de los Luchadores del Ghetto, de los miembros individuales del Kibbutz de Combatientes del Ghetto, de Israel, y de sus camaradas de la Asociación Internacional de Supervivientes, apenas habría sido posible escribir estas páginas.

El enorme peso del número me impide dar las gracias a todos los demás, pero sería remiso si no mencionara la contribución de los Archivos Históricos de Yad Vashem, de Jerusalén, y de la Biblioteca de la Universidad de California del Sur.

Los personajes son imaginarios, pero yo sería el último en negar que hayan existido personajes reales similares a los personajes que aparecen en este libro.

LEON URIS

PRIMERA PARTE

Crepúsculo

Capítulo Primero

Ésta es la primera anotación en mi diario. No puedo menos que pensar que la guerra empezará dentro de pocas semanas. Si las lecciones de los tres años últimos sirven de barómetro, por poco que sea, algo horrible puede pasar si los alemanes proceden a una invasión victoriosa, dada la existencia en Polonia de tres millones y medio de judíos. Mi diario puede resultar perfectamente inútil, una pérdida de tiempo.

ALEXANDER BRANDEL

Las gotas de la lluvia de finales de verano chocaban contra la alta ventana que se alzaba desde el suelo hasta el techo.

La espaciosa habitación era violentamente polaca, en recuerdo del acomodado terrateniente que la había utilizado para nido de su querida del momento, durante las visitas que hacía a Varsovia procedente de su hacienda.

Toda evidencia de ocupantes femeninos había desaparecido. Era una habitación sólida, en la que dominaba el cuero, masculina. Su grandeza pasada quedaba un tanto diluida por la consideración práctica de que su ocupante actual era un periodista en activo, afectado del desaliño peculiar que suele acompañar a la soltería.

Christopher de Monti era desaseado, pero con un desaseo inofensivo. Para su casera era casi un placer hacerle la limpieza, pues Christopher tenía un gusto exquisito en discos, libros, tabaco, licores, y un guardarropa señalado con las etiquetas inglesas más distinguidas.

En un rincón, cerca de la ventana, había una muy aporreada máquina de escribir, una resma de papel y un cenicero lleno hasta los bordes.

El único dormitorio estaba formado por una larga alcoba contigua a la sala de estar, que podía ser aislada de ésta corriendo un par de cortinas de terciopelo. Una mesilla de noche al lado de la enorme cama exhibía un antiguo aparato de radio alemán, modelo de mesa, con la forma de un ventanal de iglesia. Del aparato escapaban las tristes, agoreras, notas del «Nocturno en la bemol», de Chopin.

Era casi lo único que se oía por Radio Polonia aquellos días: Chopin interpretado por Paderewski... Nocturnos.

Parecía como si la noche hubiese de descender de nuevo sobre el país.

En un estado intermedio entre el sueño y la vigilia, Chris gimió y extendió sus largos y membrudos brazos todo lo posible. Abrió los ojos y siguió con la mirada los oscuros rincones de la alcoba. Luego oyó a Deborah ir y venir por la otra habitación.

Su mano tanteó automáticamente por la mesita de noche y halló el paquete de cigarrillos. Un momento después contemplaba el humo levantándose perezosamente,

mientras el nocturno se precipitaba hacia las percusiones de un crescendo.

Chris rodó sobre el costado y miró a Deborah por la rendija que dejaban las cortinas, bañada en las sombras de las últimas horas de la tarde. A Chris le embelesaba verla. Deborah se situó delante del espejo y sus dedos, raudos como flechas, empezaron a colocar alfileres en el cabello, negro como ala de cuervo, doblándolo nerviosamente en un firme moño. Chris recordó la primera vez que vio descender la negra cascada de seda. Deborah descolgó la trinchera de la pecha, se la abrochó, sin manifestar que sabía que los ojos de Chris estaban fijos en su espalda, y con brusca decisión se encaminó hacia la puerta.

—Deborah.

Ella se detuvo y oprimió la frente contra la puerta.

—Deborah.

La mujer entró en la alcoba y se sentó en el borde de la cama. Chris apagó el cigarrillo, dio una vuelta para acercarse y apoyó la cabeza en su regazo. Los negros ojos de la mujer estaban llenos de melancolía. Sus dedos recorrieron la mejilla, el cuello y los hombros de Chris. Éste levantó los ojos hacia ella. «¡Qué hermosa eres!», pensó. Era bíblica. Negro y aceituna. Una Deborah de la Biblia.

Cuando se puso en pie, Chris la cogió por la muñeca y ella pudo notar que la mano de él temblaba.

—Esto no puede continuar. Permíteme que le hable.

—Le mataría, Chris.

—¿No piensas en mí? A mí me está matando.

—Por favor.

—Esta noche le hablaré.

—¡Oh! Dios mío, ¿por qué ha de terminar siempre de este modo?

—Así terminará hasta que seas mi esposa.

—Ni siquiera vas a verle, Chris. Lo digo en serio.

Él la soltó.

—Será mejor que te vayas —murmuró. Y se apartó, dándole la espalda.

Chris... Chris...

El orgullo le tuvo callado.

—Te llamaré —dijo ella—. ¿Querrás verme?

—Ya sabes que sí.

Chris se puso un albornoz y escuchó el clic-clic de sus pisadas, fuera, en el vestíbulo de mármol. Corrió las cortinas de la ventana. La lluvia había disminuido hasta convertirse en una mísera llovizna. Al cabo de un momento, Deborah aparecía abajo, en el bulevar de Jerusalén. Levantando la vista hacia la ventana de Chris agitó la mano levemente y cruzó la calle corriendo en dirección a una hilera de coches de punto de estilo ruso (llamados *droshkas*), que aguardaban. El caballo hizo sonar el

clip-clop de los cascos, apartándose del bordillo, y desapareció de la vista.

Chris dejó caer las cortinas, que se cerraron, vedando el paso a la luz. Fue a la cocina; se sirvió una taza de café que Deborah había preparado, y luego se desplomó sobre una silla, escondiendo la cara en las manos, trastornado por el impacto de otra separación.

En la radio, un locutor recitaba, en un polaco nervioso, la última avalancha de noticias diplomáticas que venían a sumarse a la montaña de ellas, cada día en aumento.

Capítulo II

Anotación en el diario

Por las noticias nos enteramos de que Rusia y Alemania están a punto de anunciar un tratado de no agresión. Parece imposible que los dos enemigos, comprometidos a destruirse uno a otro, hayan llegado a esto. Pero la táctica de Hitler parece lógica. Es obvio que quiere neutralizar a Rusia por el momento para evitar la posibilidad de una guerra en dos frentes (esto es, si Inglaterra y Francia hacen honor a sus obligaciones con Polonia). Me siento inclinado a apostar que la recompensa concedida a Stalin consiste en la mitad de Polonia, y creo que en estos momentos, sobre una larga y reluciente mesa de Moscú, proceden a repartírsenos.

ALEXANDER BRANDEL

En embajadas, departamentos de Estado, cancillerías, oficinas de Asuntos Exteriores, ministerios, oficinas de guerra, cuartos de mensajes cifrados, oficinas de Prensa, unos hombres frenéticos corrían hacia conferencias de toda una noche de duración, jugaban a la guerra, bramaban en los teléfonos de las inundadas líneas, maldecían, rogaban, suplicaban.

Por ahí quedaba un rastro disperso de tratados rotos, como cadáveres después de una invasión mogol.

Los hombres de buena voluntad acogían petrificados la retorcida lógica, escudándose en la cual, ochenta millones de seres civilizados se reunían, chillaban y marcaban el paso lo mismo que robots histéricos. Sometidos a un trance hipnótico por las oportunas pataletas que constituían el genio loco de Adolfo Hitler, los hombres de buena voluntad se hundían más profundamente en el fango y el cieno, incapaces de deshacerse del monstruo contaminador que moraba entre ellos.

Los geopolíticos habían dibujado el mundo, lo habían dividido en parcelas de trabajo y de materias primas, y habían presentado un plan magistral que haría que Gengis Kan y todos los monstruos de todas las épocas parecieran, en comparación, pálidas figuras.

Las masas alemanas proclamaban el edicto con aterradora redundancia: *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil¡ (¡Viva la victoria!).*

Lebensraum! (¡Espacio vital!)

Sieg Heil!

Y adoptaban la actitud adecuada para interpretar el papel de dioses de guerra teutones a los acordes de la incendiaria música wagneriana.

—¡Hemos de salvar a los alemanes que viven bajo la tiranía extranjera! ¡Un alemán es siempre alemán!

Sieg Heil!

Austria y Checoslovaquia fundamentaban la confianza que depositaban en sí mismos. Envalentonados por las victorias sin sangre, seguros de que América, Francia e Inglaterra no lucharían, el cáncer nazi se extendió.

—¡Danzig es alemán! ¡Devolved el Corredor Polaco! ¡Devolved los límites de 1914! ¡Poned fin al tratamiento inhumano que recibe la población de raza alemana!

Sieg Heil!

Tiempo atrás, un mundo indiferente se había hecho a un lado, encogiéndose de hombros, mientras unos hombrecitos amarillos combatían contra otros hombrecitos amarillos en un lugar llamado Manchuria, y tiempo atrás, Francia soltó unos débiles balbuceos cuando Alemania rompió el Tratado de Versalles e invadió el territorio del Rhin, y en otro tiempo los hombres discutieron y luego suspiraron, mientras unos hombres negros que vivían en chozas de barro, armados con lanzas, luchaban por su país... Un nombre que los niños pronunciaban en sus juegos... Abisinia...

Un mundo mesmerizado se estremecía ante la lucha en España.

Ahora Austria, luego Checoslovaquia; y los justos se acobardaban y los malvados se volvían audaces.

Tiempo atrás, los heraldos de la paz dijeron a sus pueblos que habían suscrito un pagaré salvador en un lugar llamado Munich. Mientras la hora de Polonia se aproximaba, íbase comprendiendo que no quedaba sitio adonde correr o en donde esconderse, ni palabras que decir, ni tratados que firmar.

En Moscú, un astuto jugador de ajedrez sabía que el sueño que los Aliados acariciaban desde hacía tiempo era que Rusia y Alemania se aporreasen recíprocamente hasta morir. La desconfianza que le inspiraban Francia e Inglaterra se apoyaba sobre décadas de boicot, sobre las duras lecciones que se desprendían de la actuación de dichas naciones en otras partes, y sobre el hecho de que Rusia no hubiese sido invitada a la compra-venta de Munich.

Hitler, convencido de la timidez final de los Aliados, seguro de que su sarta de traiciones se extendería a Polonia, tocaba las trompetas de guerra con sus tonos más agudos y desgarradores, y le respondía el negro redoble de los tambores y el martilleo de las botas.

José Stalin no estaba menos seguro de la traición de los Aliados. En un desesperado esfuerzo por ganar tiempo, entró en negociaciones con su peor enemigo. Para asegurarse una victoria fácil, sin perjuicios, Hitler pactó con Stalin, y los Aliados gritaron: «¡Juego sucio!».

Y en medio de todo ello, una Polonia orgullosa y retadora, que odiaba a Rusia y Alemania con la misma pasión, perdió toda esperanza en la unidad de los Aliados y

se negó a pedir ayuda a Rusia.

Chris aceleró su «Fiat» por el bulevar, lamido por la lluvia, y dobló la calle del Nuevo Mundo, bordeada de tiendas. Había una claridad gris. Los últimos compradores se arrimaban a los edificios y pasaban presurosos por delante de los elegantes escaparates de los establecimientos. En la esquina de la calle Traugutta, donde terminaba la fila de tiendas, la calle del Nuevo Mundo cambiaba su nombre por el de bulevar del Suburbio de Cracovia, debido a razones que nadie parecía comprender. Chris puso rumbo hacia el semielegante, semideslucido Hotel Bristol. Era un buen cuartel general para un periodista. Le proporcionaba un servicio telefónico de veinticuatro horas diarias y estaba enclavado en el vértice de un triángulo que envolvía el Hotel Europa, el Ministerio de Asuntos Exteriores, el Palacio Presidencial y la Casa de la Ciudad de Varsovia. Entre estos edificios circulaba una riada constante de noticias.

Chris entregó el coche al portero y se abrió paso entre el remolino del vestíbulo, que zumbaba de rumores, dirigiéndose hacia la caja del ascensor Otis, cosecha de la Primera Guerra Mundial.

En el piso de la galería, entró en el juego de habitaciones rotulado *Agencia Suiza de Noticias*.

Ervin Rosenblum, fotógrafo, periodista y mano derecha de Chris, estaba de pie ante la mesa de trabajo, llena a derramar de fotografías, cablegramas, artículos y noticias.

Chris se situó a su lado sin decir palabra y cogió un puñado de los despachos más recientes. Uno por uno dejó que revolotearan al suelo. Ervin Rosenblum era un hombre feo, de un metro sesenta y cinco de estatura y que sin sus gafas de gruesos cristales apenas veía. Mientras Chris leía, Ervin le revolvía los bolsillos en busca de un cigarrillo.

—¡Chico! —murmuró Chris—. Tan seguro como que hay infierno que pronto empezarán los tiros.

Ervin abandonó la búsqueda del tabaco.

—Toma nota de mis palabras: Polonia luchará —dijo.

—Quizá salga mejor librada si no lucha.

Ervin miró nervioso el reloj.

—¿Dónde diablos estará Susan? Tengo que enviar este material al laboratorio. —Cogió su «Speed Graphic» y se metió las lámparas en el bolsillo—. Chris, ¿crees que Francia e Inglaterra nos ayudarán?

Chris continuó leyendo los despachos.

—¿Cuándo os casáis tú y Susan?

—Nunca puedo retenerla bastante rato para preguntárselo. Si no está en el

orfanato, está en una reunión de los sionistas. ¿Te has enterado alguna vez de que se celebren seis reuniones semanales? Sólo los judíos son capaces de hablar tanto. Yo me he inscrito en el consejo ejecutivo, nada más que para tener ocasión de fijar fechas para verla. Mamá me pregunta si vendrás a comer ésta noche. Ha guisado *latkes* de patatas especialmente para ti.

—¿ *Latkes* de patatas? Pasaré por allí, seguro.

En el umbral apareció Susan Geller. Era baja y feúcha, lo mismo que Ervin.

Achaparrada, carente de casi todos los rasgos que hacen bonita a una mujer. Se peinaba el cabello hacia atrás, liso y aplanado, y se lo ataba en un moño debajo de su gorro de enfermera. Tenía las manos grandes y nudosas a consecuencia de tanto levantar enfermos y cambiar silletas; pero en el instante en que tomó la palabra, su fealdad desapareció. Susan Geller era una de las criaturas más amables de la tierra.

—Llegas media hora tarde —la saludó Ervin.

—Hola, cariño —dijo Chris.

—Tú me gustas más —le respondió ella al segundo.

Ervin cogió un puñado de negativos, cintas, lámparas y la cámara fotográfica.

—Todo es tuyo —le dijo a Chris.

—¿Puedes detenerte junto al Palacio Presidencial? Habla con Anton. Quizá pueda concertarnos una entrevista de cinco minutos con Smigly-Rydz. Es posible que cambie de tono ahora que el pacto de no agresión germano-soviético ha tomado existencia oficial.

Sonó el teléfono. Ervin cogió el aparato con la mano libre.

—Diga... Un minuto nada más. —Cubriendo el micrófono con la mano, dijo a Susan—: Espera fuera. Estoy allí al momento.

Susan y Chris se dijeron adiós mandándose un beso.

—¿Quién es, Rosy?

—El marido de Deborah —respondió. Y, entregándole el aparato, se fue.

—Caramba, hola, Paul. ¿Cómo estás?

—Yo me hacía la misma pregunta. Le estaba diciendo a Deborah lo mucho que nosotros y los niños te hemos echado de menos.

—Las cosas se han puesto muy mal.

—Me lo imagino.

—Te debo una excusa por no haber llamado. ¿Cómo... hmm... está Deborah?

—Bien, muy bien. ¿Por qué no te escapas mañana y vienes a comer con nosotros?

A Chris se le hacía insoportable continuar representando la farsa. Cada vez que veía a Paul y a Deborah juntos, cada vez que pensaba que compartían la misma cama, sentía una revulsión interior más fuerte.

—Me temo que es imposible, Paul. Acaso tenga que mandar a Rosy a Cracovia y...

Paul Bronski bajó la voz:

—Importa bastante que vengas. Me gustaría verte para un asunto apremiante. Quedamos para las siete.

Chris estaba asustado. La voz de Paul tenía el tono de una orden. Quizá el mismo Paul Bronski provocase la escena que Deborah había querido evitar.

Quizá todo fuese fantasía. Eran buenos amigos. ¿Por qué no invitarle a comer?

—Ahí estaré —respondió Chris.

Capítulo III

Anotación en el diario

He estudiado el rumbo de la conducta de la población alemana de Austria yChecoslovaquia. Han hecho un trabajo de zapa tremendo, preparando el camino a losejércitos del Reich. Ciertamente, en Danzig han creado continuamente un infierno de conflictos. Inmediatamente antes del «Anschluss» austríaco se quedaron extrañamentequietos. Esta semana pasada su actividad ha cesado casi en absoluto. ¿Puede ser que ello obedezca a una orden? ¿Es la calma que precede a la tempestad? ¿La historia está apunto de repetirse?

A todos mis conocidos los llaman a la reserva. Smigly-Rydz se propone luchar. El temperamento y la historia polacos indican que lucharán.

ALEXANDER BRANDEL

—Por desgracia nosotros los polacos quedamos situados entre Rusia y Alemania. El tráfico entre ambas ha sido grande, ciertamente —decía el doctor Paul Bronski, decano de la Facultad de Medicina, a un auditorio de estudiantes y personal de la Facultad—. Hemos sido pisoteados. Incluso hemos cesado de existir; sin embargo, el nacionalismo polaco alumbra una estirpe de patriotas que ha hecho que Polonia renaciera siempre.

Una salva espontánea de aplausos interrumpió su discurso.

—Polonia está en peligro de nuevo. Nuestros dos vecinos se muestran inquietos. La situación es tan apremiante que hasta han sido llamados a filas los ciudadanos de más edad, como este ejemplar que tienen ante ustedes...

Unas risas corteses por la estimación excesivamente severa que Paul hacía de sí mismo. Aunque calvo y luciendo los hombros encorvados de un profesor, tenía los rasgos firmes y hermosos.

—A pesar del error del Alto Mando al llamarme al Ejército, predigo que Polonia sobrevivirá.

En el fondo del auditorio, el doctor Franz Koenig permanecía inmóvil, contemplando el mar de rostros. La partida de Bronski le llenaba de un alborozo que no había conocido nunca. Su largo, paciente período de espera había casi terminado.

—Abandono esta Universidad con el corazón oprimido y gozoso a la vez.

La perspectiva de la guerra es terriblemente real, y me entristece. Pero estoy contento por todo lo que aquí hemos hecho juntos, y me siento feliz porque dejo

tantos amigos.

Koenig ni siquiera oyó lo que vino a continuación. Todos estarían derramando lágrimas, lo sabía. Bronski poseía el arte de dar un trémolo a su voz que nunca dejaba de conmover a los receptores de sus lechosas palabras.

Ahora todos estaban en pie, y unas lágrimas sin rubor descendían por las mejillas jóvenes, y hasta por las mejillas viejas y canosas de los profesores, que se abandonaban en el lodazal del sentimiento mientras cantaban canciones e himnos escolares, que sonaban como las canciones e himnos escolares suenan por todas partes.

¡Mira a Bronski! Rodeado por su personal. Estrechando manos, dando palmaditas en la espalda hasta el fin. El «adorado» Bronski. «La Universidad de Varsovia sin Paul Bronski no es la Universidad de Varsovia». «Su despacho permanecerá intacto hasta que vuelva con nosotros».

«Su despacho —pensó Koenig—. Su despacho, ciertamente.»

El doctor Paul Bronski, el «adorado» Paul Bronski, había concluido la última de sus instrucciones, había dictado la última de sus cartas, había despedido a su llorosa secretaria con un beso sonoro y afectuoso.

Ahora estaba solo.

Paseó una mirada por la habitación. Artesonadas paredes cubiertas con los símbolos de los triunfos que uno podía reunir como jefe de una gran Facultad de Medicina. Diplomas, recompensas y fotografías de estudiantes y clases. Una cartelera de glorias.

Metió el último puñado de papeles en la cartera. No quedaba sino un retrato de Deborah y los niños sobre la mesa. Paul lo deslizó en el cajón superior y lo cerró. Había terminado.

Unos golpecitos en la puerta; tímidos, como pidiendo excusas.

—Adelante.

El doctor Franz Koenig entró. El hombrecito de cabello gris y bigotito gris avanzó tímidamente hasta el borde de la mesa.

—Hemos estado juntos mucho tiempo, Paul. No encuentro palabras...

Paul Bronski se sentía divertido. Una frase estupendamente subestimada..., un hermoso juego de palabras. El doctor Koenig era un hombre sin sentido del humor, incapaz de creer que nadie dudase de su sinceridad.

—Franz, voy a recomendar que mi oficina la ocupe usted...

—No puede ocuparla nadie...

—Tonterías...

Y más charla vacía..., y otro adiós.

Franz Koenig aguardó en su despacho del otro lado del pasillo hasta que Paul se hubo marchado; entonces volvió a entrar. Sus ojos quedaron fijos en el sillón de cuero

de detrás de la mesa de Bronski. Dio un rodeo y lo palpó. Si, mañana se trasladaría a este despacho; desde aquí las cosas tendrían un aspecto bonito.

«Mi sitial... ¡Decano de Medicina! Mi sitial. Bronski fuera. Bronski, el de la palabra fácil y la voz lacrimosa. Diez años había esperado. La Junta estaba ciega por Bronski. Les había hechizado la posibilidad de poner a un licenciado de la misma Universidad como decano de Medicina, por primera vez en seis décadas. Por esto eligieron a Bronski. Una campaña de susurros contrarios a mí porque soy alemán. Tan anhelantes estaban por nombrarle decano que hasta cerraron los ojos ante el hecho de que fuese judío.»

Franz volvió a su propio despacho, cogió el sombrero hamburgués, se colocó el bastón sobre el brazo y, con su trote corto, recorrió el largo pasillo. Los estudiantes inclinaban la cabeza y se destocaban mientras él pasaba a toda prisa.

Se acercó a las enormes puertas de hierro labrado. Un granito de estudiantes le cerraba el paso. Por un momento todo el mundo se quedó inmóvil, luego el grupito se disolvió y él pasó por en medio, sintiendo los ojos de los jóvenes fijos en su persona.

«¡De qué modo tan distinto reaccionan estos días!», pensó. Ya no más la vaga indiferencia. Era un hombre a quien había que respetar, y hasta temer.

«¿Temerme a mí?». La idea le embelesó.

Ahora, incluso su gorda y fastidiosa esposa polaca se portaba de una manera distinta.

Franz Koenig dejó atrás el edificio de la Facultad y siguió con su rápida marcha, acompasada a los golpecitos de su bastón, rumbo a la Plaza Pilsudski.

Hoy era feliz. Hasta trató de silbar. El final de una larga, muy larga travesía estaba al alcance de la mano.

Lo mismo que la mayoría del millón de polacos de raza alemana, Franz Koenig había nacido en la Polonia occidental en un territorio anteriormente ocupado por Alemania y entregado a Polonia después de la Primera Guerra Mundial. Durante su juventud, su familia se trasladó a Danzig, que estaba enclavado en un capricho geográfico conocido por el «Corredor Polaco». Era un dedo de tierra que separaba la Prusia Oriental del grueso de la nación alemana, a fin de dar a Polonia un acceso al mar. Danzig y el «Corredor Polaco», poblados de polacos y de gente de raza alemana, se convirtieron en una espina clavada en el orgullo teutón y fueron motivo desde el principio de pendencias y amenazas.

Franz Koenig procedía de una buena familia de comerciante. Había recibido una instrucción clásica en Medicina, en Heidelberg y en Suiza. Era hombre de una moderación absoluta. Aunque criado en el frenesí de Danzig, no se consideraba ni alemán, ni polaco, ni gran cosa más, como no fuera un buen médico y un buen profesor; profesiones que, a su sentir, cruzaban las fronteras del nacionalismo.

Era en todo momento un hombre adecuado. Su nombramiento para la

Universidad de Varsovia fue adecuado. La muchacha polaca con quien se casó era adecuada. Franz Koenig vivía una vida suave, inofensiva, deleitándose precipitadamente en la soledad de su estudio, con buena música y libros buenos. Las ambiciones de su mujer en los primeros tiempos de matrimonio no consiguieron alterarle. Ella abandonó el empeño disgustada y se volvió obesa.

Cuando los nazis subieron al Poder, su conducta molestaba a Franz Koenig.

En un arranque, raro en él, se refirió a las SA de las Camisas Pardas como a unos «camorristas de cuello recio y cabeza chica». Se consideraba afortunado por estar en Varsovia, lejos del estrago de Alemania.

Pero todo esto cambió.

Hubo un mes, una semana, un día, un momento.

El despacho del decano de la Facultad de Medicina estaba vacante. Por antigüedad, competencia y entrega a la profesión, el puesto le correspondía.

Anticipándose al nombramiento, que había de ser cosa trillada, redactó un discurso soso, pero adecuado, aceptando el sitial. No pudo pronunciarlo.

Nombraron a Paul Bronski, quince años más joven que él.

Koenig recordaba a Kurt Liedendorf, el jefe de los alemanes de Varsovia, soplándole al oído:

—Es un golpe para todos nosotros..., todos nosotros, los alemanes, Doktor Koenig. Es un insulto terrible.

—Tonterías..., tonterías...

—Ahora quizá comprenda usted de qué modo el Tratado de Versalles ha hundido al pueblo alemán en el anónimo. Fíjese, usted mismo... Heidelberg...

Ginebra... Un hombre de cultura. También a usted le han hundido en el anónimo. Es una víctima de las artimañas judías. Todos los alemanes somos víctimas de la astucia judía, Herr Doktor... Hitler dice...

Astucia judía... Bronski..., astucia judía...

Todo lo que Franz Koenig quiso jamás de un mundo al cual servía bien, fue que le nombrasen decano de Medicina de la Universidad de Varsovia.

—Venga a pasar la tarde con nosotros, Herr Doktor. Esté en compañía de los suyos —decía Kurt Liedendorf—. Tenemos a un invitado especial de Berlín que nos dará una charla.

Y el invitado de Berlín les dijo:

—Quizá los métodos de los nazis sean broncos, pero el rectificar las injusticias acumuladas sobre el pueblo alemán exige hombres de una voluntad y una energía excepcionales. Todo lo que nosotros hagamos está justificado, porque la meta de restaurar al pueblo alemán por el camino que le corresponde en derecho es justa.

—¡Ah, Herr Doktor! —decía Liedendorf—. Es un placer verle aquí. Siéntese ahí, siéntese delante.

—Hitler se ha encargado de que el pueblo alemán no siga en el anónimo. ¡Si uno se declara alemán, ya no será anónimo nunca más!

Franz Koenig regresó a su casa después de la cuarta reunión, y de la quinta y de la sexta, y miraba a su esposa polaca y todo lo que le rodeaba...

Terratenientes feudales, ignorancia universal. «Soy alemán —se decía a sí mismo —. Soy alemán».

—Doktor Koenig, usted debería verlo en Danzig. Millares y millares de alemanes luchando por el Führer. Haciendo saber al mundo que no nos atropellarán más.

¡Cuán orgulloso estuvo de la liberación de los alemanes de Austria y Checoslovaquia!

—Lo he pensado profundamente, Liedendorf. Quiero tomar parte en esa tarea.

Franz Koenig caminaba por la orilla de los Jardines Saxony, más allá de las manzanas de edificios del Gobierno, los palacios y los museos de arte. Nada de aquel granito y aquel mármol pertenecía a su propia fibra. En las cervecerías, en los hogares de su propio pueblo, del pueblo alemán, estaba su puesto. Allí el doctor Franz Koenig era un hombre respetado. Allí hablaban de cosas grandes, sin vergüenza ni miedo.

Se paró delante de la plaza de las Puertas de Hierro, inmediatamente después de los Jardines Saxony.

Un olorcillo nauseabundo de hortalizas medio podridas, campesinos que no se lavaban, gallinas vocingleras, regateos, cambalacheros chillones, mendigos y un millar de carretillas de mano pleiteaban por el *zloty* en la más primitiva forma de comercio.

—¡Corbatas usadas, tan buenas como nuevas!

—¡Lápices!

—¡Cómpreme a mí!

Ancianas sentadas sobre los guijarros con unos cuantos huevos, ladrones y carteristas deambulando, hileras de carretillas en las que se mecían zapatos de segunda mano y chaquetas grasientas. El ruido de las llantas de hierro de los carros rugía y levantaba ecos por toda la plaza.

—¡Cómpreme a mí!

Judíos barbudos, barbudos Pauls Bronski, discutían interminablemente para ahorrarse medio *zloty*, expresándose en un*yiddish* recargado de ademanes, asesinando cruelmente la hermosa lengua alemana.

A un soldado le sacaron a empujones de un café y cayó a los pies de Koenig.

«Borracho como un polaco», decían —pensó Koenig—. Borracho como un polaco. ¡Qué palabras tan adecuadas!

Toda Polonia había pasado ante sus ojos en dos plazas pequeñas. ¿Hasta qué punto está fuera de lugar el disgusto que le causan a Hitler los esclavos?

Una nación de treinta millones de personas con sólo dos millones de lectores de periódicos. Un país de señores feudales y de siervos, en este siglo, en el siglo veinte. Una nación que adoraba a una Madona negra, lo mismo que los zulúes de África rezan a los dioses del sol.

Esto era Polonia para Franz Koenig. Cinco por ciento París, amurallado detrás de casonas de mármol y decadencia gobernante. Noventa y cinco por ciento Ucrania..., ignorancia abominable.

¿Qué no habría podido hacer el bueno e industrioso pueblo alemán con los fértiles y llanos campos y con los depósitos rebosantes de minerales de Silesia?

—¡Cómpreme a mí!

¿Quién era aquella masa de gente sucia, con su mentalidad infantil, para cortar el paso al pueblo alemán, que había contribuido al enriquecimiento del mundo y a la ciencia más que ninguna otra raza?

Franz Koenig comprendía que, sin que importasen las pequeñas injusticias que los nazis cometieran, el resultado final de una Gran Alemania justificaba los medios.

Koenig circunvaló la confusión de la plaza del mercado y entró en el bar de Hans Schultz.

Schultz sonrió.

—Guten Tag, Herr Doktor, Guten Tag (Buenos días).

—Hola, Schultz. ¿Algo nuevo?

—Ja (Sí. En alemán en el original). Herr Liedendorf no puede venir estos días. Dijo que nuestro trabajo está hecho y que usted debe permanecer en casa y esperar.

El doctor Koenig apuró la Cerveza e hizo un signo a Schultz, quien se puso a fregar el mostrador, sonriendo.

Al cabo de pocos momentos, el doctor Koenig entraba en su casa, colgaba limpiamente el sombrero en la percha y dejaba el bastón debajo. Miró a su gorda esposa polaca, cuya boca se movía adentro y afuera como un pez dando boqueadas, y no supo oír lo que le estaba diciendo. La mujer se puso a caminar; la carne se le bamboleaba.

Koenig la vio mentalmente en la cama, que se inclinaba hacia un lado a causa de la inmensidad de aquella hembra, y vio sus nalgas blanduchas y sus pechos caídos.

Luego se fue a su estudio cerrando la puerta con furia tras de sí.

Abrió la radio. Ahora siempre la tenía puesta en Radio Alemania.

—¡Una proclama desde Hamburgo!

—Nosotros, alemanes, no podemos tolerar el trato ultrajante que se da a nuestros ciudadanos en Polonia, donde las mujeres y los niños alemanes no están a salvo de los vándalos polacos..., donde azotan y asesinan a nuestros hombres...

Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!

Y pronto diez mil voces sacudieron las ondas del éter cantando

«Deutschland über Alles», y el doctor Franz Koenig cerró los ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas, lo mismo que habían corrido por las de sus estudiantes.

Y rezó para que su liberación llegase pronto.

Capítulo IV

Anotación en el diario

Noticia estupenda! ¡Andrei ha llegado de permiso inesperadamente! Los miembros del Consejo Ejecutivo Sionista Bathyrano tenemos un montón de cosas que discutir y resolver. La presencia de Andrei aquí nos dará la oportunidad de reunimos todos.

ALEXANDER BRANDEL

El camión del ejército se paró delante del puente más septentrional que cruzaba el río Vístula desde Varsovia hasta Praga. El capitán Andrei Androfski saltó de la cabina, dio las gracias al chófer y anduvo por la orilla del río en dirección al nuevo suburbio septentrional de Zoliborz. Echóse atrás el gorro de cuatro picos que llevaban los oficiales de los selectos regimientos de ulanos y se puso a silbar mientras caminaba, recibiendo en compensación las sonrisas y los coqueteos de las señoritas que pasaban por su lado. El capitán Andrei Androfski encarnaba ciertamente la figura clásica del oficial de caballería ulana.

Su correaje brillaba, y el corto machete que colgaba de su costado lanzaba destellos cuando daban en él los rayos del sol.

Apartándose del río penetró en una calle de hermosas casas nuevas, con una doble hilera de árboles, que llevaba el sello de riqueza de la alta clase media. Andrei descubrió una voluminosa piedra en la acera y se puso a pasársela de un pie a otro con la destreza de un jugador de fútbol bien entrenado. Los músculos de la pierna se dibujaban perfectamente a través de la tela del pantalón. Dio un rápido impulso final a la piedra, lanzándola calle abajo hacia una meta imaginaria, y cruzó la puerta del patio de la casa del doctor Paul Bronski.

—¡Tío Andrei! —gritó Stephan, un muchacho de diez años, corriendo por el césped y saltando sobre la espalda de su tío.

— *Schmendrick*! Los dos «chocaron» y el alto oficial de caballería fue «arrojado» al suelo, pues en apariencia no era contrincante para aquel sobrino de treinta y seis kilos.

Después de rendirse gallardamente, se puso en pie y levantó al vencedor sobre sus hombros.

—¿Cómo está «Batory»?

—¡«Batory»! El animal más fino, más hermoso y más feroz de toda Polonia.

—¿Qué ha hecho últimamente, tío Andrei?

—¿Últimamente? Esta semana..., vaya, veamos... Lo llevé a Inglaterra para el

Grand National, y corrió tan de prisa que partió el aire y provocó un trueno.

Pues, señor, los ingleses creyeron que estaba lloviendo y corrieron en busca de refugio, y ni siquiera vieron la carrera. «Batory» se saltó el terreno cuatro veces y llegaba ya al final de la quinta vuelta cuando el caballo que iba en segundo lugar cruzó la línea de meta. ¡Y los estúpidos ingleses, que estaban escondidos en las tribunas, pensaron que «Batory» había terminado después que el otro!

—¿Quién se encarga de «Batory» cuando tú estás fuera?

—¡El primer sargento Styka en persona!

—Ojalá pudiera montarlo de nuevo —dijo Stephan, recordando el acontecimiento más emocionante de su breve existencia.

—Lo montarás en cuanto arreglemos algunas cosas.

—¿Podré hacerlo saltar esta vez?

—Sí, creo que sí. Es decir, si las alturas no te dan vértigo. Cuando «Batory» salta, el mundo, abajo, se ve muy chiquito. La verdad es que ya no le hago participar en ninguna carrera de saltos. «Batory» salta a tal altura que los otros caballos han dado la vuelta a la pista antes de que él descienda.

Andrei se encaminó hacia la casa.

—¡Tío Andrei! —gritó Rachael Bronski. Este encuentro estuvo desprovisto de la violencia anterior, porque la voz pertenecía a una elegante señorita de catorce años y ojos negros, cuyo saludo se limitó a un cariñoso abrazo.

—¡Andrei! —gritó Deborah, que venía corriendo de la cocina, secándose las manos. Deborah rodeó con sus brazos el cuello de su hermano—. ¡So diablo!

¿Cómo no nos avisaste de tu llegada?

—Hasta anoche yo mismo no lo sabía. Por otra parte, quiero permanecer alejado de Alexander Brandel. Convocaría una de sus malditas reuniones.

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro días enteros.

—¡Formidable!

Andrei levantó a Stephan de sus hombros, como si no pesara nada.

—¿Qué me has traído? —preguntó el muchacho.

—¡Qué vergüenza, Stephan! —le reprendió su hermana.

Andrei hizo un guiño y extendió los brazos. Stephan se puso a buscar por los bolsillos de su tío, que desde sus más tempranos recuerdos habían sido una fuente infalible de botín. Y sacó un águila polaca dorada, la insignia cuyas extendidas alas remataban el ángulo frontal del gorro de los ulanos.

—¿Es mía? —preguntó con aprensión.

—Tuya.

—¡Viva! —Y Stephan desapareció para enterar a la vecindad de que su gran tío Andrei estaba en casa.

—Y para mi hermosa sobrina...

—Los malcrías.

—A mí me gusta.

Los dedos de la chica desataron rápidamente las cintas.

—¡Oh! ¡Oh! —Le abrazó y corrió al espejo para ponerse el par de peinetas de marfil en el cabello, negro y espeso, idéntico al de su madre.

—Es hermosa —dijo Andrei.

—Los muchachos empiezan ya a mirarla.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué muchachos?

Deborah soltó una carcajada.

—No será como su madre; en los bailes no se quedará comiendo pavo.

Rachael vino hacia su tío, a quien adoraba, y le besó en la mejilla.

—Gracias, tío Andrei.

—Mi recompensa, por favor —dijo Andrei, señalando el piano.

Rachael interpretó su propio estado de ánimo. Un estudio burbujeante.

Andrei la miró un momento; luego Deborah le cogió de la mano y le guió hacia la cocina. En la puerta, él se detuvo de nuevo.

—Toca como un ángel..., como solías tocar tú.

Deborah hizo salir a Zoshia, el ama de llaves, y puso agua a calentar para el té. Andrei se acomodó perezosamente en una silla y se desabrochó el abrigo. La cocina olía bien. Deborah había cocido unas tortas. Era como la víspera del Sabbath, en el antiguo piso de la calle Sliska. Deborah le quitó el gorro y pasó los dedos por la espesura de cabello rubio, rizoso.

—Mi hermanito pequeño.

Y le puso delante una gran fuente de tortitas, la mitad de las cuales habían desaparecido ya en el momento en que sirvió el té. Andrei bebió un largo trago.

—Éste es bueno, éste sí es bueno. El sargento Syka prepara un té detestable.

—¿Cómo están las cosas en la frontera, Andrei?

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? No me consultan a mí. Pregúntaselo a Smigly-Rydz.

—Habla en serio.

—En serio hablo. Estoy en casa por cuatro días...

—Nosotros enfermamos de inquietud.

—De acuerdo, las concentraciones alemanas son muy, pero muy crecidas.

Permite que te diga una opinión, Deborah. Mientras Hitler consiga lo que quiere haciendo el matón, estupendo. Ahora bien, a Polonia no la asusta con matonerías y es más que posible que se eche atrás.

—A Paul le han llamado.

Andrei descruzó las piernas. La mención de Paul Bronski había introducido una

visible nota de discordia.

—Lamento esta noticia —apresuróse a decir—. No imaginaba...

—Ninguno de nosotros se lo figuraba —dijo Deborah. Y se fue a la mesa y se puso a trabajar la delgada pasta para cocer más tortas—. ¿No has visto a Gabriela todavía?

—He venido aquí directamente. Es probable que aún esté trabajando.

—¿Por qué no venís los dos a cenar esta noche?

—Si Brandel no me encuentra primero.

—Procúralo. Christopher de Monti estará con nosotros.

—¿Cómo está mi niño Chris?

—Desde la crisis ha estado muy ocupado. Hace varias semanas que no le vemos —contestó ella, amasando la pasta a un ritmo furioso.

Andrei se levantó, situóse detrás de su hermana, le hizo dar media vuelta cogiéndola por los hombros y trató de levantarle la barbilla para que lo mirase cara a cara. Deborah sacudió la cabeza y se libertó revolviéndose.

—Haz el favor de no soñar cosas en relación con Chris y conmigo.

—¿Viejos amigos nada más?

—Nada más.

—¿Lo sabe Paul?

—¡No hay nada que saber!

—¿Me educaste para, idiota?

—Andrei, por favor..., por favor, ya tenemos bastantes motivos de inquietud estos días. Y, por amor de Dios, no provoques una discusión con Paul.

—¿Quién discute con Paul? Siempre es él...

—Te lo juro; si os metéis en otra pelea...

Andrei apuró el té, se puso media docena de tortitas en el bolsillo y se abrochó la túnica.

—Prométeme, por favor, que esta noche te portarás de un modo sociable con Paul. Piensa que se marcha. Hazlo por mí.

Andrei refunfuñó, situóse detrás de Deborah y le dio una viva palmada en la espalda, diciendo:

—Hasta más tarde.

Andrei Androfski se estiró perezosamente en un banco público de la orilla de los Jardines Lazienski, enfrente de la Embajada americana. La estatua de Federico Chopin se levantaba encima de él, frecuentada por los palomos de la localidad, y, detrás el Palacio Belvedere del mariscal Pilsudski se sumergía en la espesura verde. Era un hermoso lugar para el ocio. Andrei se entregó a su pasatiempo favorito de desnudar con la mirada a los transeúntes hembras.

Hundió la mano en el bolsillo, halló la última tortita de Deborah y se puso a mordisquearla.

Al cabo de un rato la puerta principal de la Embajada se abrió. Gabriela Rak salió y echó a andar por la avenida Aleja Ujazdowsja, bordeada de otras embajadas. Notando que la seguía un donjuán, Gabriela se apartó vivamente del bordillo.

—Madame —dijo Andrei—, ¿tendría la bondad de decirme el nombre de la afortunada señorita dueña del corazón del más deslumbrante oficial de ulanos?

Ella se paró en mitad de la calle.

—¿Andrei? ¡Andrei!—Y se arrojó a sus brazos.

El policía de tráfico levantó la mano enviando un remolino de coches a su alrededor. Los chóferes les esquivaban y tocaban el claxon con la irritada tolerancia que se concede a un soldado y a su novia besándose en mitad de la calle. Al final, un conductor de taxi poco patriota les gritó que eran un par de asnos y les envió a toda prisa en busca de la seguridad de un banco, al otro lado de la avenida.

—Oh, Andrei —dijo Gabriela, apoyando la cabeza en su pecho—. ¡Oh, Andrei! —conteniendo un sollozo.

—Si hubiese sabido que había de darte tanta pena, no hubiera regresado.

Ella se secó los ojos y runruneó de contento.

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro días.

—¡Ah, qué feliz soy!

—Casi estuve a punto de buscarme otra chica. Pensé que no saldrías nunca de la Embajada.

Gabriela se puso a juguetear con la recia mano de su amado, que doblaba en tamaño una de las suyas.

—Estuve en una reunión. No abriremos de nuevo la escuela americana.

Han evacuado a todos los niños a Cracovia. Incluso se marcha parte del personal básico.

Andrei refunfuñó algo acerca de la cobardía tradicional de los americanos.

—No hablemos de esto ahora —dijo Gabriela—. Sólo tenemos noventa y seis horas, y mira cuánto tiempo hemos desperdiciado ya. No podemos ir a mi piso. Lo hice repintar, Despide un olor terrible. No sabía que vendrías.

—Y si vamos al mío, Alexander Brandel y el condenado consejo ejecutivo en peso estarán acampados en el umbral.

—Corramos el riesgo —dijo Gabriela con un temblor de deseo en la voz, baja, que envió al capitán hasta el bordillo en busca de una *droshka*.

Partieron hacia el norte, dejando atrás las imponentes mansiones de los «nuevos ricos» de la avenida de los Mariscales. Gabriela se acurrucó contra él, acariciándole la cara y los hombros.

El piso de Andrei, en la calle Leszno, estaba enclavado en un barrio de clase media que hacía de cojinete amortiguador entre los potentados del sur y los míseros barrios bajos del norte. Subieron las escaleras que conducían al diminuto piso, rodeándose mutuamente con los brazos. Cuando llegaron al descansillo del tercero, Gabriela se detuvo para recobrar el aliento.

—El amante que tenga después habrá de vivir en la planta baja.

Andrei la levantó del suelo y se la echó al hombro como un saco de azúcar.

—¡Bájame, so loco!

Él lanzó un grito estremecedor de carga de caballería y subió a la carrera el último tramo de escaleras, saltando los peldaños de dos en dos. Abrió de un puntapié la puerta, que nunca cerraba con llave, y se quedó inmóvil, pasmado, mientras Gabriela forcejeaba para bajar de su hombro.

Los ojos de Andrei recorrieron todo el piso de un extremó a otro. Asomó la cabeza a la cocina, y luego volvió a mirar en torno suyo, preguntándose si había invadido la vivienda de otra persona. Allí reinaba una limpieza inmaculada.

Durante años él había desparramado cuidadosamente los libros y papeles por todas partes. Sobre su mesa había siempre una capa de diez centímetros de informes. Todo el estupendo amontonamiento, todo el polvo cuidadosamente conservado —todas las cosas que hacen de un hombre un soltero— habían desaparecido.

Andrei dio un puntapié a la puerta del armario. Todo planchado y colgado ordenadamente.

La cocina... Todos aquellos preciosos platos sucios, lavados.

En las ventanas, cortinas; cortinas de encaje.

—¡Me han desahuciado !—gritó Andrei—. No, ha ocurrido una cosa más terrible todavía. ¡Ha estado aquí una hembra!

—Andrei, si no me bajas, gritaré diciendo que me violas.

Él la bajó al suelo.

—Creo que me debes una explicación —le dijo.

—Yo me sentaba en mi piso noche tras noche, esperando que «Batory» cargase calle abajo trayendo a mi guerrero ulano. Completamente sola con mis diez gatos negros y mis recuerdos. Y me vine y me senté aquí, porque tú estabas por todo mi alrededor y no me sentía tan solitaria. Pero, ¿quién podía sentarse en medio de aquella confusión?

—Conozco a las de tu especie, Gabriela Rak. Vas a tratar de transformarme.

—¡Oh, tú lo sabes!

Gabriela se lanzó en sus brazos de un salto. Él la levantó del suelo, la sostuvo en vilo y hundió sus labios en los de ella. Por espacio de un momento, Andrei no tuvo más que decir. Se despertaban uno a otro de un dormido rescoldo con una vehemencia que aumentaba a cada segundo.

El teléfono sonó.

Se clavaba en ellos como un cuchillo. Se quedaron helados.

Volvió a sonar.

—Canalla de Brandel.

Sonó de nuevo.

—Deja que llame, cariño —dijo Gabriela.

Y llamó, una y otra, y otra vez.

Gabriela se separó de Andrei con los ojos húmedos de lágrimas.

—Este teléfono tiene ojos. En todo el tiempo que has estado fuera no ha llamado ni una sola vez.

—Bien, quizá será mejor que conteste.

—Ah, sí, lo mismo da. Todos los *bathyranos* de Varsovia saben que Andrei Androfski está en casa, de permiso.

Él arrancó el auricular del soporte:

—¿Eres tú, so canalla de Brandel?

Una voz suave contestó en el otro extremo:

—Naturalmente, soy yo, Andrei. Hace tres horas y veinte minutos que estás en la ciudad. ¿Acaso esquivas a tus viejos amigos?

—Alex, hazme un favor. Vete al diablo —dijo, dejando el aparato de golpe.

Pero al instante lo levantó de nuevo y marcó el número de Brandel.

—¿Andrei?

—Te llamaré más tarde. Di a la pandilla que estoy ansioso por verles.

—Confío que no habré estropeado nada. Que te diviertas. Que tengas un agradable rato de soledad.

Andrei se acercó a Gabriela, que estaba un poco enfurruñada. Inclinóse y rozó el cabezo de miel de su amada con los labios. Ella cerró los ojos recreándose en la sensación que le causaba aquel contacto. Andrei fue hasta la ventana y tiró la cortina, dejando el cuarto en la oscuridad; luego cerró la puerta.

—No te enfades, Gaby. Yo no sabía lo de tu piso. Si lo hubiera sabido habría buscado un cuarto de hotel. No te enfades.

—No me enfado —susurró ella.

CAPITULO V

Anotación en el diario

Creo que he escogido el peor momento para llamar a Andrei. Gracias a Dios que su genio se aplaca con la misma rapidez que se inflama.

Esta tarde he hablado con unos amigos banqueros. Todo el mundo tiene una prisa loca por convertir sus valores en dólares americanos u obligaciones suizas o sudamericanas. Se procede a la liquidación de patrimonios enteros. Con la alianza ruso-alemana sobre el tapete, la propaganda germánica ha perdido por completo la cabeza, acusando a los polacos de violaciones de frontera y de malos tratos a los ciudadanos de raza alemana. Mientras tanto, ¿por qué hacemos oídos sordos a las súplicas francesas e inglesas de que pidamos ayuda a Rusia? ¿Cree de veras nuestro Estado Mayor General que podemos vencer a los alemanes?

ALEXANDER BRANDEL

El doctor Paul Bronski llenó el gran sobre pardo de documentos legales y financieros. Había un testamento, pólizas de seguros, una diversidad de valores, billetes de cifra elevada y una llave de su caja fuerte. Finalmente una carta sellada. Escribió en ella. «En caso de que muera» y juntó la carta con los otros papeles; humedeció la solapa del sobre pardo, y lo cerró.

En el comedor, la joven Rachael Bronski saltaba alrededor de la mesa, ayudando a la corpulenta Zoshia, que envejecía rápidamente, a dar los últimos toques a los lujosos preparativos. La mesa aparecía sobrecargada de cubiertos de plata y vajilla de porcelana con filetes de oro.

Rachael tocó las flores del centro y consiguió que fuesen simplemente flores.

En su estudio, Paul Bronski escuchaba la BBC.

«Después de una entrevista exclusiva con el mariscal polaco Smigly-Rydz, Christopher de Monti, de la Agencia Suiza de Noticias, decía en un artículo fechado en Varsovia que la posición polaca sigue siendo la misma de siempre: no se piensa en un tratado de ayuda mutua con la Unión Soviética. Más tarde la BBC ha confirmado esta política, al parecer inalterable, en una conferencia de Prensa con el ministro polaco de Asuntos Exteriores, señor Beck. Se considera que la posición intransigente de Polonia sitúa la guerra un paso más cerca.»

Deborah, dándose los últimos toques a sí misma, entró en el estudio. Paul volvió el sobre del otro lado, cerró la radio y sonrió a su esposa. En los dieciséis años que llevaban de matrimonio, Deborah nunca había dejado de ponerse atractiva. Ningún hombre podía pedir una compañera más perfecta para su carrera.

—Estás preciosa —le dijo.

—Gracias, querido —respondió ella—. Paul..., procura, por favor, evitar toda discusión con Andrei esta noche.

—Andrei se encarga a veces de que ello resulte un poco difícil.

—Te lo ruego.

—Te doy mi palabra. Consigue la de tu hermano.

—Creo que en honor a los niños..., y, además, esta noche habría de ser una cosa especial...

El timbre de la puerta repiqueteó. Rachael contestó a la llamada.

—Hola, Chris, entre.

—Cada día te pareces más a tu madre.

Rachael se sonrojó.

—Mamá y papá están en el estudio. Pase allá.

Paul y Deborah, de pie, permanecieron con la vista fija en la puerta mientras Chris la cruzaba. Luego, Deborah evitó su mirada con estudiado empeño.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Chris! —dijo.

El periodista asintió con la cabeza. Paul le estrechó la mano, y por el momento el miedo del primer instante del encuentro se disipó.

—¿Queréis excusarme? —pidió Deborah—. Tengo que ocuparme de la comida. Vuelvo al momento con unos cócteles.

Paul ofreció una silla a Chris. Luego volvió a su mesa y cargó la pipa.

—Estuve escuchando las noticias —dijo—. He oído que te entrevistaste con el viejo.

—Parece mentira que sostengan esa posición mientras el reloj va corriendo y el plazo termina.

—Tanto Rusia como Alemania nos han atropellado durante siglos. En realidad, difícil es elegir entre una y otra. Ea, al diablo con ello. Chris, te hemos echado de menos. ¿Cómo has estado?

—Corriendo.

Buena parte de la tensión de Chris se había suavizado. La cálida acogida, la conversación intrascendente... O Paul lo ignoraba todo por completo, o esperaba una oportunidad. O quizá llevaba entre manos algún juego con gran maestría. Fuese lo que fuere, Paul no quería una escena fea, y esto era un alivio.

—Me marcho mañana —dijo Paul, bruscamente—. Me llaman a filas. Lo más

probable es que me estacionen en Cracovia con el Estado Mayor de Sanidad. Trabajo de papeleo. Hace tanto tiempo que no ejerzo la Medicina, que supliqué que me dieran una misión corriente, en bien del Ejército. Ha sido así.

Necesitaban auxiliares administrativos.

A Chris esta declaración le alegró y le entristeció a un tiempo. Unas ideas fastidiosas zumbaban por su mente. «Mira, Paul, Deborah y yo nos amamos mucho —ansiaba decir—. No fue una cosa que hubiésemos planeado... Sucedió, sencillamente. Quiero que le concedas la libertad».

Las palabras no hallaron un camino más allá de los pensamientos. ¿Cómo se le puede a un hombre que se marcha a la guerra: «Quiero a tu esposa. Y, de paso, que te diviertas en el frente»?

¿Por qué había de ser Paul Bronski un hombre tan decente? De este modo, el caso tomaba un aspecto mucho más cochino. Bronski era una persona admirable. Y todo deseo que Chris hubiese tenido de provocar una escena, se disolvió súbitamente.

—Chris, tú y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo, en comparación con otras amistades. Ya sabes lo que ocurre. Con ciertas personas trabajáis juntos toda la vida, como yo mismo y el doctor Koenig, y nunca las conoces de verdad. Otro hombre entrará en un cuarto y a los diez minutos sois amigos, verdaderos amigos. Creo que tú y yo somos de esta especie.

—Así lo espero, Paul.

—He sido un hombre muy afortunado. Sumado a mi posición y a mi familia, mi padre me dejó un patrimonio considerable que yo estuve en condiciones de aumentar. —Paul deslizó el sobre pardo por encima de la mesa—. Si me ocurriera algo...

—¡Bah! Déjate de tonterías.

—Los buenos amigos no deben entretenerse en conversaciones sin sustancia, Chris. Polonia no tiene ninguna posibilidad. ¿Verdad que no?

—No... Verdaderamente, no.

—Aun en el caso de que yo salga con vida, lo cual me prometo, ciertamente, nos someterán a una situación dura. Con tus relaciones y tu libertad de movimientos, y con la posibilidad de que Polonia quede ocupada, eres, de todas las personas que conozco, la mejor situada para convertir mis bienes en valores americanos o suizos.

Chris cogió el sobre y asintió con un movimiento de cabeza. Paul añadió:

—Lo encontrarás todo en orden.

—Me ocuparé de ello inmediatamente. Tengo un amigo que sale para Berna la semana próxima. Merece confianza. ¿Alguna preferencia en relación a las inversiones?

—Las municiones alemanas parecen una apuesta segura.

Ambos soltaron la carcajada.

—Mi Banco es bueno y conservador. Ellos sabrán las soluciones mejores —dijo

Chris.

—Perfectamente. Bien... En tus manos está toda mi fortuna. Otra cosa. Si a mí me pasase algo, sé que cuidarás de que Deborah y los niños saliesen de Polonia.

A Chris se le quedó la boca seca. Todo lo demás se reducía a esos favores que un amigo hace a otro. Pero esto daba la sensación de que Paul le cedía a Deborah en testamento. Chris fijó la mirada en los ojos implacables de su amigo. Unos ojos reveladores, pero que, sin embargo, no revelaban nada. Si verdaderamente lo sabía, lo había llevado en silencio. Había velado la pena que el hecho hubo de causarle. Pero, ¿no era este el estilo de hacer las cosas propio de Paul Bronski? Era un hombre suave, al mismo tiempo que listo. ¿No lo habría meditado a fondo y perdonado ya tanto a Deborah como a él? O quizá Chris lo dramatizaba todo en exceso. Quizá Paul no consideraba su amistad bastante profunda como para hacerle preguntas de esta especie.

Nada de lo que Paul decía o hacía le daba el menor indicio acerca de lo que hubiera realmente detrás de su expresión.

Chris dobló el sobre y se lo puso en el bolsillo interior. Deborah entró con dos vasos de jerez, para sí y para Paul, y un martini para Chris.

—Los dos tenéis un aire muy lúgubre.

—Chris me estaba explicando el significado de las noticias, querida.

—Rachael está tocando el piano. Venid al salón.

Se quedaron en pie alrededor del piano, Paul hinchándose visiblemente de orgullo ante el talento extraordinario de su hija. Era la misma melodía que daban por la radio.

Paderewski... Chopin... Un nocturno...

Deborah bajó los ojos mientras los delgados dedos de su hija danzaban sobre las teclas. Chris bajó también los suyos.

Paul miró a uno y a otra.

—¿Por qué no tocas, querida? —le dijo a su esposa.

Ella inspiró profundamente y se deslizó al lado de Rachael, encargándose de los bajos. Allí estaban las dos juntas, Deborah y Rachael, belleza y belleza.

Un rugido explosivo en la puerta destruyó el embrujo del momento. Había llegado tío Andrei. Había librado un segundo asalto en la batalla con Stephan y esta vez decidió levantar del suelo a la gorda Zoshia y hacerla bailar por toda la antesala.

—¡Chris! —tronó, dando al periodista un golpe en la espalda.

Gabriela, inundada por el cansancio dichoso del amor, se deslizó, casi inadvertida, detrás del ruidoso ulano.

—¡Seguid tocando! ¡Seguid tocando! —ordenó el capitán Androfski.

Y como nunca se había distinguido como hombre amigo de esconder sus sentimientos, saludó a Paul Bronski de un modo que dejaba poca duda acerca de la frialdad que existía entre ellos. Las palabras que intercambiaron atestiguaban que

hacían un esfuerzo por salvar las apariencias, en honor de Deborah.

—Tengo entendido que te han llamado, Paul.

—Sí, están arrebañando, en verdad, el fondo de la barrica.

—No, les harás un buen trabajo. Tú siempre haces un buen trabajo —replicó Andrei.

—Vaya, gracias, cuñado.

Gabriela, Chris y Paul soltaron una serie de «¡oh!» y «¡ah!» con respecto a la hermosura de la mesa, cuando les llamaron para comer. Andrei miraba arriba y abajo buscando algo que no estaba. Al advertir un enojado signo de su hermana, se sentó guardando silencio.

Fue una comida espléndida, preparada particularmente para complacer a Andrei. Durante el pescado gefilte y los rábanos picantes, la conversación consistió en una serie de lamentos sobre el estado del teatro en Varsovia. A causa de la crisis, las mejores obras, siempre francesas, llegaban a Varsovia con mucha lentitud. Gabriela aventuró que la temporada de ópera sufriría igualmente. Rachael confió en que todo ello no afectaría mucho a la música, y Deborah manifestó la misma esperanza, pues si las cosas marchaban bien, el Conservatorio permitiría que Rachael debutase con una auténtica orquesta.

La sopa de pollo estaba cargada de tallarines. Hablaron de las Olimpíadas.

Stephan se sabía casi todas las marcas. Jesse Owens era grande, pero tío Andrei, que jugaba de delantero en el equipo de fútbol de Polonia, era más grande que Jesse Owens y todos los demás americanos juntos. ¿Dónde jugaría Andrei este año? Dependía de su situación en el Ejército.

Pollo asado, helsel relleno y tallarines y uva kugel. Chris calculaba que hacía meses que no había saboreado una buena comida judía, y se alegraba de que Paul le hubiese persuadido a venir. Gabriela pidió recetas de platos, que Deborah prometió darle por teléfono al día siguiente.

Té y budín de arroz. Reflexiones sobre la Universidad. ¿Koenig en el sillón del decano? ¿No está hado con los nazis? Ea, alemán o no, Franz Koenig tenía, ciertamente, derecho al puesto.

Coñac. Rachael ayudó a Zoshia a levantar la mesa. Stephan, que había perdido la palabra antes y después de la discusión olímpica, desapareció.

Y entonces, ausentes los niños, política mundial.

Con tanta y tanta conversación, Andrei Androfski no había pronunciado una palabra.

—Chris, Gabriela, todos hemos soportado la ira callada de mi cuñado, el capitán Androfski —dijo Paul Bronski—. Por fortuna, no ha sido lo bastante grande como para arruinar el arte culinario de mi esposa. En nombre de mi cuñado, deseo pedir perdón por sus malos modales.

—Estoy de acuerdo con usted, doctor Bronski —apresuróse a reconocer Gabriela —. Te comportas de un modo vergonzoso, Andrei.

Andrei, puesto al descubierto súbitamente, empezó a refunfuñar por lo bajo, pero con aire de subir de tono.

—He prometido a mi hermana que no discutiría. Yo cumplo mis promesas, a pesar de las molestias que ello me ocasiona.

—Creo que habría sido mejor discutir y desahogar tu pecho de una vez que enfurruñarte como Stephan y tratar de conseguir que todos los que estaban a la mesa se sintieran tan malhumorados como tú —le disparó Paul.

—Me has hecho una promesa, Paul. Deja de hostigarle —dijo Deborah.

—Y tú deja que el capitán Androfski hable antes de que estalle.

—Paul, tú te marchas por la mañana. No tengamos una pelea esta noche — suplicó su esposa.

—¿Por qué, querida? ¿No quieres que recuerde el hogar tal como ha sido siempre?

—Yo soy un hombre de palabra —dijo Andrei—. Pero también recuerdo mi hogar como siempre era. Noche de viernes, y me siento a la mesa de mi hermana, pero no hay cirios ni bendición.

—¿Esto ha sido lo que te ha molestado, cuñado?

—Sí. Es el Sabbath.

—Hace un año que dejamos de mirar al este, Andrei.

—¡Ah! Ya sabía yo que se estaba acercando el momento. Pero no sabía que pudieras domeñarla tan rápidamente. Recuerdo cuando vivíamos en las casuchas de la calle Stawki. ¡Dios mío, qué pobres éramos! Pero éramos judíos.

Y cuando nos trasladamos al lujoso ambiente de la calle Sliska y mamá murió, yo tenía una hermana que era la cabeza de una casa judía.

—Andrei, dejemos eso en este mismo momento y lugar —dijo Deborah.

Chris y Gabriela se veían súbitamente cogidos en medio del revuelo de palabras de una rencilla de familia. Ambos se miraron sin saber qué hacer cuando Andrei se puso, en pie y dio un golpe a la mesa con la servilleta.

—El doctor Bronski ha empezado. No he sido yo. Deborah, yo me he sentado al lado de Stephan y hablaba con él. Ni siquiera sabe que sea judío.

¿Qué sucederá cuando cumpla trece años? Tu hijo único y no tendrá un bar mitzvah[1] . Me alegro de que papá y mamá no estén vivos para ver ese día.

Paul Bronski parecía contento de haber provocado el estallido de Andrei.

—Deborah y yo llevamos dieciséis años de matrimonio. ¿No es tiempo ya de que te hagas la idea de que deseamos vivir nuestras vidas sin consultarte a ti?

—Paul, yo soy Andrei Androfski, el único oficial judío de mi regimiento de ulanos. Pero hasta el último hombre sabe quién y qué soy.

—Yo soy el doctor Paul Bronski, y también saben quién soy. Un minuto nada más, Andrei. He explorado tu sionismo galopante. No es mi camino de salvación. Ni siquiera me dijo nada.

—Y tu nombre tampoco te dijo nada, ¿verdad que no, Paul? Samuel Goldfarb. Hijo de un baratillero de la plaza Parysowski.

—¡Cuánta razón tienes, Andrei! Nada en toda la plaza Parysowski me dice nada. Ni su pobreza, ni su olor, ni los llantos y los gemidos en espera de que venga el Mesías. Los judíos son los causantes de sus propios contratiempos en Polonia, y yo quiero vivir en mi país como un igual, no como un enemigo o un extranjero.

—¿Y eso justifica que te sientes en la junta de la Unión de Estudiantes, esos pequeños fascistas cochinos que arrojan piedras a los escaparates de los libreros judíos?

—Yo no respaldé esas acciones.

—Tampoco hiciste nada por impedirlas. ¿Sabes por qué? Bien, te lo diré yo.

Tú sigues la senda de los cobardes.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Deborah.

—Eres tú el cobarde y no yo, Andrei, porque yo tengo el coraje suficiente para decir que el judaísmo no significa nada para mí, y no quiero arte ni parte en él. Y tú asistes a vuestras histéricas reuniones sionistas sin creer lo que oyes, buscando una salvación falsa.

Las palabras llovían sobre Andrei como golpes. Paul había dado en lo vivo y su contrincante se puso pálido y tembloroso, mientras en la sala el silencio era tan intenso, que todos contenían incluso la respiración, esperando que la corta mecha hiciera estallar la bomba. Pero Andrei habló con voz pausada, temblorosa, ronca:

—Eres un tonto, Paul Bronski. Ser judío no depende de la elección de uno.

Y un buen día, muy pronto me temo, esta verdad se te echará encima y destruirá toda tu lógica y tus frases agudas. ¡Ah, Dios mío! Se te prepara un duro despertar, porque eres judío, tanto si quieres o eliges serlo, como si no.

—¡Basta ya! —gritó Deborah—. Ésta es mi casa. Nunca más repetirás esta escena si quieres poner los pies en ella. Y si la repites tampoco volverás a ver a Stephan, ni a Rachael. Paul es mi marido. Tendrás que respetarle.

Andrei inclinó la cabeza.

—Yo debería hacer algo por dominarme el genio —dijo en voz baja y suave—. He provocado una escena delante de invitados. ¿Qué me ha de importar, en realidad, con tal de que tú seas feliz?

—Soy feliz —afirmó Deborah.

—Sólo que... tus ojos y tus palabras no andan al mismo compás.

Andrei se alejó de la mesa a paso vivo.

—¡Andrei! —le llamó Deborah—. ¿A dónde vas?

—A beber. ¡A beber y beber en honor de Paul Bronski, el rey de los conversos!

Deborah hizo ademán de seguirle, pero Gabriela se levantó rápidamente de la mesa y le cerró el paso.

—Déjale que se marche, Deborah —le dijo—. Andrei está comprimido lo mismo que un trozo de muelle de acero, a causa de la tensión en la frontera. Ya le conoces. Mañana estará aquí presentando excusas. Déjale que se marche.

El portazo resonó por toda la casa como un disparo de cañón.

—No le pierda de vista, Chris —pidió Gabriela.

Chris asintió con un movimiento de cabeza y salió sin decir palabra.

Cuando él se hubo marchado, Deborah se desplomó en su silla, con la cara del color de la ceniza.

Paul Bronski, satisfecho como un gato, quiso apaciguar:

—No consientas que te haga tanto mal, querida.

Deborah le miró a través de unos ojos llenos de lágrimas.

—Él lo sabía..., lo sabía. Y esto es lo que me duele. Mi marido se va, y yo quería encender las velas esta noche como una buena madre judía... y Andrei lo sabía.

Y toda la astucia de sus tretas se le echó encima a Paul, de golpe, en una inesperada, petrificadora derrota. Alicaído, se encaminó hacia la puerta.

—¡Paul! —ordenó vivamente Deborah—. Acompaña a Gabriela a su casa.

—No. Es igual, Deborah. Tomemos juntas otra taza de té, y dentro de una hora, aproximadamente, encontraré a mi alborotado galán. Y no te apures por Andrei. Soy yo la que le ama. Dios santo, a veces hasta vale la pena.

CAPÍTULO VI

Las actividades revolucionarias de Fryderyk Rak hicieron que cada día fuese más peligroso para él vivir en una Polonia repartida entre Rusia, Alemania y el Imperio austro-húngaro. Junto con otros muchos patriotas, Fryderyk Rak partió para un exilio voluntario. En Francia se acreditó como uno de los ingenieros hidroeléctricos más destacados en Europa.

Después de la guerra, en 1918, cuando Polonia volvió a formar un Estado, Fryderyk Rak regresó a Varsovia con su esposa e hijas, Regina y Gabriela. La nueva Polonia estaba llena de necesidades urgentes. Un centenar de años de ocupación la habían dejado en una situación medieval. Se concedió prioridad apremiante a los proyectos hidroeléctricos, Fryderyk Rak era uno de los pocos polacos poseedores de estudios y experiencia para hacer frente al problema.

No ganó ni una fortuna ni una fama inmensas, pero sí una buena medida de ambas. Su aportación más impresionante fue el papel que su firma de ingenieros representó en la construcción de Gdynia. El Tratado de Versalles dio a la nueva Polonia un acceso al mar por el Corredor Polaco. El único puerto de la época era Danzig, una llamada «ciudad libre» cargada de dinamita política, habitada en buena parte por alemanes hostiles. El sentido común aconsejaba, como una necesidad urgente, la creación de un puerto polaco, y así fue cómo nació Gdynia.

En el exilio, Rak se había convertido en un entusiasta del esquí. Con las primeras nevadas del invierno, solía empaquetar a toda su familia hacia los Alpes. Su doctor le advertía que hay pendientes para los hombres de treinta años, y pendientes para los de cincuenta, pero él se abandonaba a su terco e innato orgullo polaco, desafiando la advertencia y buscando los caminos más rápidos y peligrosos para descender por las laderas de las montañas. Murió a los cincuenta, de un ataque cardíaco, en el fondo de una pista traicionera llamada K-94, a la que habían dado el acertado mote de «La Carnicera», y dejó tras de sí a una viuda acomodada y a sus dos hijas.

En medio de su aflicción, madame Rak buscó el consuelo del único pariente cercano que tenía en este mundo, un hermano que vivía en Chicago. Salió del período de luto bien provista de pretendientes de ascendencia polaca, y no vio motivo para regresar al viejo país, pues jamás había compartido la pasión que Fryderyk sentía por la patria. Regina, la hija mayor, era una muchacha más bien vulgar y más bien rolliza que se sintió perfectamente satisfecha casándose con un simpático muchacho polaco cuya familia importaba jamones, y se convirtió en una típica ama de casa americana, con un hogar en Evanston, a una distancia no excesiva para intercambiar chismes con mamá.

Gabriela, la más joven, era de la raza de su padre: independiente, obstinada y egocéntrica. Fryderyk Rak había sido un hombre liberal y un padre indulgente. El tío

de Gabriela, en cambio, se había tomado la posición de cabeza de familia y protector de la hermana viuda y de sus retoños completamente en serio. Habíase traído consigo de Polonia buena parte de las tiránicas tradiciones del viejo país en materia familiar. Gabriela se rebeló. Varsovia y la vida con papá constituían sus recuerdos mejores. Recibió una instrucción considerable de las severas monjas de unos colegios católicos, caros y exclusivamente para señoritas, donde rezaba todas las noches a la Virgen Madre pidiéndole que le ayudase a volver a Varsovia.

Tan pronto como llegó a la edad reglamentaria y entró en posesión de su parte de la herencia, regresó inmediatamente. Su dominio del inglés, el francés, el alemán y el polaco, junto con la instrucción recibida en América, le proporcionaron un empleo de profesora en la Embajada americana. Más tarde se convirtió en un miembro casi indispensable del personal, y era el único ciudadano polaco a quien se permitió trabajar en el material clasificado.

La pensión proveniente de los bienes de su padre, más el empleo, le permitieron entrar en aquel peldaño superior de la sociedad que había hecho de Varsovia el París del Este. Vivía, pues, en un círculo rebosante de cultura, frivolidades e idilios. Gabriela era una chica extremadamente hermosa. Su calendario nunca estaba desprovisto de citas. Era una belleza polaca clásica, con el cabello rubio pálido y los ojos azules, centelleantes; pero una versión pequeña, reducida.

Como muchas viajeras intercontinentales, adquirió una dosis elevada de mundanidad: le gustaba coquetear y que le hicieran la corte. Cada pocos meses se le presentaba alguna proposición de matrimonio, que ella sopesaba y rechazaba. Era dichosa con su libertad. Medía sus relaciones con una perspicacia más bien fría. Se encontraba a gusto en Varsovia. Aquel era su puesto. Siempre lo había sido. Se daba cuenta de que con el tiempo encontraría al hombre a tono con la ciudad, pero la vida era buena y ella no tenía prisa. Su único desliz había consistido en una perdonable calaverada juvenil con un instructor cuyas instrucciones, después de la clase, eran imperdonables.

Cuando salió de casa de los Bronski, Gabriela se puso a buscar a Andrei y a Chris por el bulevar de Jerusalén, sabiendo que ninguno de los dos bebía en serio, de verdad, más al sur de allí. Recorrió los refugios de periodistas y sionistas hasta que dio con su rastro. Ya sobre la pista, aceleró la búsqueda, pues los otros habían dejado sus tarjetas de visita bajo la forma de altercados de mediana importancia y una pequeña pelea.

Gabriela penetró en el Hotel Bristol y se dirigió sin rodeos hacia el pequeño bar del interior de la entrada del club nocturno. Una nueva banda sudamericana estaba tocando los últimos tangos. Actualmente, los tangos hacían furor. Gabriela pensó: «Si Andrei no está demasiado borracho, quizá pueda traérmelo aquí a bailar. ¡Es un bailarín tan formidable cuando quiere!».

Acomodó los ojos a la oscuridad y rechazó con voz seca, autoritaria, las insinuaciones de un hombre que estaba solo.

—Sí, señora —le dijo el camarero del mostrador—. Estuvieron aquí, en efecto. Han salido hace una media hora.

—¿En qué estado?

—Cómo una sopa. El señor De Monti un poco peor que su amigo el oficial.

«Bien, adiós a mis tangos», pensó Gabriela.

—¿Tiene alguna idea de a dónde iban?

—Generalmente, al señor De Monti le gusta rematar sus juergas en la Ciudad Vieja. Dice que le gusta empaparse de folklore polaco.

Gabriela se detuvo un momento en el pasillo y miró hacia el interior del salón de baile. Estaba lleno de elegantes oficiales polacos, de uniforme, y elegantes damas con los últimos trajes de París, y de diplomáticos adornados con barbas y cintas. Era una estancia de techo alto, artesonado de caoba oscura, atormentada por unos pisos de taracea de madera de espinapez y dibujos charros, pulidos hasta deslumbrar. Unos espejos que iban desde el suelo hasta el techo alternaban con tapices de la misma extensión, representando torvos héroes polacos montados en caballos blancos estatuarios, de crin ondulante, que dirigían a unas tropas resueltas a la batalla. La inmensa lámpara de cristal centelleaba, y los elegantes caballeros y damas saltaban alrededor de la sala, en sentido inverso a las agujas del reloj, al compás de una animada polca. Cuando la música paró, los caballeros se doblaron por la cintura y besaron las manos de las damas. Unas respondían con ojos coquetones desde detrás de los abanicos; otras, mirando a lo lejos con aire aburrido.

Era como si paseando la vista desde el aborto de club nocturno hasta el gran salón de baile, Gabriela contemplase dos siglos diferentes. A medida que caminaba hacia el norte, en dirección a la Ciudad Vieja, la música se iba apagando. Fuera, el aire era tibio. Los últimos espectadores de los teatros y de los cines, deambulaban cogidos del brazo, los transeúntes iban apresurados a sus menesteres y las *droshkas* rodaban por la calzada albergando parejas abrazadas.

Gabriela se detuvo un momento en el puente central y se inclinó sobre la barandilla. Allá abajo, los trenes de la periferia pasaban raudos y cargados, cruzando el río en dirección a Praga.

Gabriela canturreó la polca para sí misma y pronto se sintió saturada de nostalgia. En una noche tibia como aquella había conocido a Andrei. Y le conoció en un enorme, deslumbrador salón de baile. «Buen Dios —pensó Gabriela—, ¿hace dos años nada más?». Parecía que le costaba trabajo recordar que hubiese vivido durante la época que mediaba entre la muerte de su padre y el momento de conocer a Andrei. Sólo dos años..., sólo dos años.

La Séptima Brigada de Ulanos celebraba la fiesta anual de los oficiales en el Hotel Europa. Era el octavo de una hilera de veintiséis acontecimientos que iluminaron la temporada de otoño e invierno. La Séptima de Ulanos tenía en su historial una larga cadena de grandes cargas de caballería cuyo inicio se remontaba a los tiempos del primer rey, Casimiro el Grande, en la Edad Media.

Por ello, la fiesta de la Séptima de Ulanos reunía siempre a la flor y nata de Varsovia.

Gabriela Rak, como de costumbre, corría peligro de verse aplastada por el superansioso tropel de oficiales solteros. Unos oficiales que poseían la característica particular de perder el paso, de ser más pomposos que la Segunda y Cuarta Brigadas juntas y de lucir un humor menos divertido que el de cualquier otro regimiento.

Al final de la primera hora de polcas violentas, Gabriela se retiró al cuarto tocador a fin de arreglarse de nuevo para el segundo asalto.

Su amiga íntima, Martha Thompson, esposa de su superior inmediato en la embajada, fumaba un cigarrillo. Martha era una mujer inteligente, madre de tres hijos, que conservaba ese chic especial americano.

Gabriela estaba aburrida. La nueva temporada había dejado ya atrás ocho grandes bailes y no había nada en perspectiva, ni siquiera para un leve devaneo amoroso.

Martha Thompson, en cambio, hacía gala de un entusiasmo nada disimulado.

—¿No están todos hermosísimos con sus botas? —decía.

—Buen Dios, Martha, tú no sabes hablar en serio. —Nunca había visto tantos oficiales con ojos de pescado en una sola brigada.

—Lo que te pasa a ti, Gabriela, es que has rechazado ya a todos los contendientes serios. Eres una chiquilla mimada, malcriada.

—Cuando hacen la reverencia y me babosean la mano, me entra un deseo anormal de dar a alguno un golpe en mitad del cráneo.

—Pues a mí más bien me gusta. Bien, señorita, no despiertes una mañana para encontrarte con que el único que queda que valga algo está casado... o lleno de complicaciones. Coge a uno que sea estúpido y entrénalo a tu manera.

Gabriela sonrió.

—Ven, Martha, hagamos otra tentativa.

Reuniendo el coraje para otro asalto, volvió a entrar en el salón del brazo de Martha. Ambas le vieron a la vez. En realidad, todos los ojos parecían fijos en la puerta mientras entraba el subteniente Andrei Androfski, compendio del oficial polaco de caballería. Después de aquel segundo de silencio aterrador, que percibió claramente, Andrei se vio arrebatado por un tropel de compañeros incondicionales que le daban palmaditas en la espalda, y al poco rato estaba explicando cómo había llevado a cabo su última hazaña atlética: la conquista del campeonato de lucha del Ejército polaco, categoría semipesados.

—¿Verdad que es gallardo? —dijo Martha.

Gabriela seguía mirándole.

—¿Quién es?

—Olvídate de él, Gaby. Estás dando cabezazos contra la Casa de la Ciudad.

Nadie ha sido capaz de ablandarle.

—¿De veras?

—Unos dicen que es un monje tibetano que ha hecho voto de castidad.

Otros dicen que tiene montones de queridas por toda Varsovia.

—¿Quién es?

—El subteniente Androfski.

—¿El Tarzán de los Ulanos?

Martha suspiró.

—Pues, sí. Bien, debo volver junto a mi viejo y confiado marido.

Gabriela la cogió por el codo.

—Dile a Tommy que me presente al subteniente Androfski.

—¡Oh! Te apuesto un sombrero nuevo en la tienda de madame Phoebe a que no te acompaña a casa.

—Me reuniré allí contigo a mediodía. Sé precisamente cuál quiero.

Cuando Thompson presentó a Andrei a Gabriela, el oficial ni se inclinó ni le besó la mano. Saludó cortés con un movimiento de cabeza y aguardó las palabras de ritual: «¡De modo que usted es el famoso Andrei Androfski!».

—No he retenido bien su nombre —dijo Gabriela.

«Una jugada de apertura inteligente», pensó Andrei.

—Yo sé el suyo, señorita Rak. Como muchas otras personas, soy un admirador de la obra de su difunto padre. De modo que mi nombre carece de importancia. Le bastará chasquear los dedos y decir: «¡Eh, usted!», y yo sabré que se dirige a mí.

«No será una velada tan sosa, después de todo», pensó Gabriela.

«¡Vaya estupidez! —pensó Andrei—. Entretenerse en juegos de esgrima victoriana con rapazas malcriadas...»

—La serie de bailes que vienen a continuación los tengo libres, subteniente.

«Hermanito —pensó él—. Ésta ni siquiera quiere hacerse la remilgada.

Trabaja sin abanico. Y está dando los pasos necesarios para lanzarse a matar.

Bien, mirémosla con detalle. Una cosita bonita de verdad, tendiendo un poco a lo delgado.»

—¿Baila usted, subteniente?

—Lo cierto es que soy un excelente bailarín, aunque, con franqueza, sólo bailo en plan de favor.

«¡Vaya! Está enterado.»

—Si le fastidia tanto, ¿cómo se ha tomado la molestia de venir?

—Mi coronel me lo ha ordenado. Vea usted, he cubierto de gloria a mi brigada.

«¡Caramba, qué fantástica presuntuosidad!»

Gabriela estaba a punto de alejarse, pero vio a Martha Thompson por el rabillo del ojo. Martha le daba codazos a Tommy y se reía. La música empezó.

—Estoy seguro de que no le costará trabajo encontrar pareja, miss Rak —dijo Andrei—. Hay ahí toda una hilera de ciervos a los que se les cae la baba por usted.

Cuando él iniciaba la retirada, Gabriela chasqueó los dedos impulsivamente y exclamó:

—¡Eh, usted!

Andrei retrocedió lentamente, la rodeó con el brazo y la condujo a la pista de baile. No había sido vanagloria lo de su habilidad de bailarín. Todos los ojos femeninos del salón les miraban con envidia. Gabriela estaba furiosa consigo misma por haberse comportado como sabía que habían hecho millares de chicas antes que ella. Pero le gustaba estar en sus brazos. Eran más agradables que ningún par de brazos entre los cuales se hubiera hallado durante el año. Esto la encolerizaba más, porque él cuidaba de transmitirle la sensación de que lo mismo habría bailado con una escoba.

A Gabriela empezó a embelesarle la idea de domesticar a aquel jinete egoísta. ¡Qué idea tan formidable la de hacerle sufrir! ¡Cuán encantador sería terminar la velada dándole al subteniente Androfski lo suficiente para hacerle suplicar... y luego cerrarle la puerta en las narices! Primero, el sombrero de Martha Thompson.

—Me gustaría que luego me acompañase a casa —dijo al final de la serie de bailes.

Era una trampa rápida y completa. Cuando uno está metido en el juego en un baile de gala, y uno es un ulano, sería una descortesía imperdonable rechazar una «petición» de una dama.

—Quizá su escolta se ofenderá —contestó él.

—He venido con el señor Thompson, de la Embajada americana... Y su esposa. Estoy completamente libre, subteniente. ¿O es necesario en mi caso que lo consiga bajo la forma de una orden de su coronel?

Él sonrió débilmente.

—Será un gran placer.

Cuando los automóviles se acercaban a la entrada, el señor Thompson les ofreció llevarles en el suyo.

—Hace un aire tan tibio y agradable fuera... ¿Por qué no vamos andando, subteniente?

—Si a usted le gusta...

—Buenas noches, Tommy. Buenas noches, Martha. No lo olvides: mañana a mediodía en la tienda de madame Phoebe.

Era tardé y las calles estaban desiertas, excepto por unos pocos borrachos.

No se oía sino el ruido de sus propias pisadas y el rodar de una *droshka* muy distante.

Gabriela se paró de pronto.

—He sido terriblemente necia y grosera con usted, y no debía obligarle a acompañarme a casa —dijo—. Si quiere llevarme hasta una *droshka*...

—Tonterías. Me dará mucho gusto acompañarla.

—Ya no es preciso que siga mostrándose cortés. Estamos fuera de los límites del campo de batalla.

—La verdad es que yo también he sido un poco rudo con usted —dijo Andrei—. En realidad, no suelo comportarme como un asno pomposo. Ahora que sé que se gana la vida trabajando, la aprecio más.

Andrei le ofreció el brazo. Gabriela lo aceptó, y cruzaron la calle. La muchacha despedía un olor agradable, tenía un tacto agradable, y su presencia le causaba al oficial una sensación profunda y maravillosa. Para esconder sus sentimientos, silbaba flojito.

—He comprendido que trataba usted de enojarme —dijo ella—. Después de bailar, le observaba. ¿Sabe? En realidad, es usted muy tímido y cohibido.

—Yo no quiero parecer jactancioso, pero... me figuro que todo el mundo espera que me porte de una manera determinada.

—Y lo cierto es que no le gusta, ¿verdad que no?

—No, no siempre. Especialmente en esos bailes...

—¿Por qué?

—No tiene importancia.

—No, dígamelo.

—No tengo mucho en común con la gente que concurre a los bailes de gala.

—¡Un ulano famoso como usted, con todos aquellos hombres y mujeres que le adoran!

—No pertenezco a su clase.

—¿Por qué?

—No voy a estropearle la noche con todas las cosas serias y complicadas que tengo.

Anduvieron en silencio a lo largo de la última manzana de edificios. Ambos habían llegado con demasiada rapidez a ese extraño sentimiento de desamparo que sintieron al descubrir que estaban enamorados ciegamente uno de otro. Un sentimiento que les amedrentó. Para Gabriela había terminado el juego. El oficial se había comportado muy bien, y ella no quería hostigarle. Lo que quería era saber más cosas de aquel hombre que sabía ser un gallo de pelea en un momento dado, y luego hundirse, otro momento, en una timidez de adolescente.

El piso de Gabriela estaba en una mansión grande y antigua de la plaza de las Tres Cruces, enfrente de la iglesia de San Alejandro. Gabriela se detuvo delante de la puerta, revolvió el bolso en busca de la llave y se la entregó a él.

Andrei abrió la puerta y le devolvió la llave, diciendo:

—Buenas noches, miss Rak.

Se estrecharon las manos.

—Subteniente Androfski, como usted sabe, me eduqué en América, y nosotros a veces hacemos las cosas de otro modo. ¿Me consideraría terriblemente desvergonzada si le dijese que me gustaría volver a verle muy pronto?

Andrei separó despacio su mano de la de la joven y se sintió invadido por una timidez lamentable y torpe.

—Me temo que no, miss Rak —dijo a toda prisa.

Y dando media vuelta, se alejó.

Gabriela se quedó pasmada de sus propias palabras, y más pasmada todavía del proceder de Andrei. Subió las escaleras corriendo, con los ojos húmedos, confusa, ofendida y enojada.

De París, por vía aérea, venía un nutrido grupo de distinguidos visitantes americanos, que incluía tres parlamentarios con sus respectivas esposas y una junta de asesoramiento de industriales, para un préstamo americano en perspectiva destinado a la construcción de una presa en el río Warta.

—Queremos ayudar a que este empréstito llegue a buen fin —le dijo Thompson a Gabriela—. Guando aparezcan los visitantes tendré que estar fuera, en Cracovia. ¿Puede trazar usted su itinerario y manejarlos durante dos días, hasta que yo regrese?

—¿Hay algo especial que quiere que vean?

—La miscelánea habitual de Varsovia. Almuerzo con el embajador, conferencia de Prensa, y lo que representen en la ópera y en el teatro.

Entretanto, redacte una lista de invitados para la recepción.

—Lo haré. No se preocupe en absoluto.

—Ahí tiene todo el tinglado. Repáselo. Oriente el juego hacia el diputado Galinowski, que tiene en Gary un extenso distrito polaco. No se aparte de Cranebrook. Habla mucho.

—Tommy, la última vez que tuvimos aquí a esposas de personajes, el Ministerio de Información envió a un verdadero pelma para darles escolta. ¿Por qué no probamos otra persona?

—¿Por ejemplo?

Gabriela levantó los hombros.

—¡Oh, no sé! ¿Por qué no..., en fin, no elegimos a uno de esos gallardos oficiales ulanos? La Séptima Brigada tiene una docena de fascinadores ejemplares que hablan

inglés.

—¡Ah, hermana! —murmuró Thompson— Ese muchacho ya me ha costado un sombrero. —Poniendo en marcha el aparato de comunicación interior, dijo—: Mildred, llame al comandante general de la Ciudadela. Para el grupo de visitantes que llega pasado mañana, necesitaremos una persona que acompañe a las señoras. Dele importancia al caso... Va implicado un préstamo a Polonia muy crecido. Vea si consigue que destaquen al subteniente Andrei Androfski en una misión especial de relaciones públicas. Diga que se presente ante miss Rak.

—Thompson abrió el contacto. Gabriela tenía la cara como una amapola—. Llámeme simplemente Cupido Thompson.

Si Andrei estaba lívido de rabia, que lo estaba, no hizo nada por manifestarlo. Se presentó ante la señorita Rak y recogió sus órdenes, y rezumó encanto polaco al acompañar a las tres damas americanas, un poco antañonas, pero agradecidas. Hasta consiguió dominar el genio cuando una de las damas descubrió que formaba parte del equipo nacional de fútbol y se empeñó en que se quitara las botas para poder verle los músculos de las pantorrillas.

Al final del tercer día las dejó en sus habitaciones y se presentó a miss Rak, en la embajada. Ella dijo:

—Todo el mundo comenta el golpe magistral que he dado en materia de relaciones públicas. Usted ha aportado una noble contribución a la presa del río Warta.

—Muchas gracias —respondió secamente Andrei.

—La verdad, subteniente, es que las damas están tan contentas de la compañía de usted, que han pedido particularmente si querría acompañarlas en un viaje de dos días a Cracovia mientras la junta inspecciona el emplazamiento de la presa en proyecto.

—Miss Rak —dijo Andrei—, creo que estoy robando a los oficiales compañeros míos una experiencia tremenda y deseo compartir este servicio con otros.

—Pero ellas le han solicitado a usted concretamente. ¿Quiere ver, de verdad, la presa en el Warta?

—Miss Rak, al diablo la presa del Warta... La otra noche herí su orgullo de usted, y usted se ha tomado la revancha humillándome. Usted vence; yo pierdo.

Mientras yo acompañaba a esas..., a esas encantadoras damas por Varsovia, mi brigada ha perdido un partido de fútbol importante y mi caballo se muere de soledad. Tendrá que buscar a otro que se encargue de tan agradable servicio, porque se precisaría un consejo de guerra para que yo volviera mañana.

—Considero muy poco polaco el proceder de usted.

—¿Me permite que me vuelva a mi brigada?

Gabriela sonrió.

—Si me acompaña a casa.

Esta vez, cuando él le devolvió la llave, Gabriela cruzó la puerta, dejándola abierta, y dijo:

—Suba.

Andrei la siguió con aire torpe hasta una sala de estar pequeña, pero amueblada con gusto refinado. Aquel lujo parecía aumentar la desazón del oficial. Gabriela abrió las puertas vidriera y salió a la tribuna que daba sobre la plaza de las Tres Cruces. Andrei permanecía cerca de la puerta de entrada, manoseando el sombrero.

—Cierre la puerta y entre. No le morderé.

Cuando Andrei llegó a la tribuna, Gabriela giró sobre sus talones, con los ojos inflamados de cólera.

—Tiene mucha razón, subteniente. Jamás había sufrido una humillación tan grande.

—Se ha tomado la revancha.

—No, no la he tomado.

—Desearía que no hiciese de esto una cuestión de honor.

—No he ido a la caza de un hombre en toda mi vida, ni me he visto rechazada.

—¡Vaya perrito furioso es usted!

—Yo dejé ver claramente que le encontraba atractivo. Me gustaría saber con exactitud por qué se recrea usted haciéndome sentir como si fuese la chica más vulgar y ligera de cascos.

—Ya se lo dije. No me gustan los sitios como el gran salón de baile del Bristol... o este piso. Éste no es mi puesto.

—Sabe, sin duda, que le bastaría guiñar el ojo para conseguir la fortuna familiar de todas las muchachas casaderas de Varsovia.

—No deseo ser otra cosa que lo que soy.

—¿Y qué es?

—Soy judío. No me siento inclinado a hacer lo necesario para conseguir una posición que, en primer lugar, no ansío. Puede estar segura, soy uno de esos muchachos judíos tan buenos. Sé lanzar la jabalina más lejos y hacer saltar un caballo a mayor altura que casi todos los otros hombres de Polonia. De modo que, vea usted, en los ulanos existe un convenio entre caballeros para no mencionar públicamente mis manchados orígenes.

—¿Es eso motivo para que me tratase como me trató?

—Miss Rak, yo no sé lo avanzada que fue la educación que usted recibió en América, pero en Polonia es creencia general que a las chicas católicas bonitas y tiernas como usted las utilizamos para los sacrificios rituales.

Gabriela volvió a entrar en la sala de estar, se apoyó en una lámpara de mesa y exhaló un largo y profundo suspiro.

—Bien, yo lo he provocado. Debo presentarle excusas. Por fin, mi orgullo ha

quedado satisfecho. Había pensado que le causaba aversión.

—De ningún modo. Me gusta mucho.

—Debajo de esa capa de jactancia, usted es un hombre muy sensitivo.

—Me entrego a un trabajo serio. Sólo sirvo en el Ejército la mitad del tiempo.

—¿Qué clase de trabajo?

—No le interesaría.

—Creo que sí.

—Soy sionista.

—¡Ah, sí! Había oído algo sobre ello. La redención de Palestina, o una cosa por el estilo.

—Sí, una cosa por el estilo.

—No sea tan susceptible. ¿Qué hace?

—Formo parte de la junta ejecutiva de una organización llamada los Bathyranos.

—¿Bathyranos? ¡Qué nombre tan raro!

—Fue un grupo de guerreros judíos que Herodes envió a defender el país de los enemigos que se infiltraban. ¿Ve? Esto no le interesa.

—Pues sí que me interesa. ¿Y qué hacen sus Bathyranos?

—Nosotros seguimos ciertos principios del sionismo que dicen que debemos volver a establecer nuestro antiguo hogar nacional en Palestina, y dirigimos un orfanato y tenemos una granja en las afueras de Varsovia. En la granja entrenamos a los jóvenes a volver a poner en cultivo la tierra. Cuando conseguimos reunir el dinero suficiente, compramos un trozo de terreno en Palestina y enviamos allá a un grupo nuevo de jóvenes a fundar una colonia.

—¿Por qué han de hacer esto ustedes, canastos?

Andrei terminó pronto la paciencia.

—Porque el pueblo polaco, miss Rak, no nos ha permitido poseer ni cultivar tierras y... —Se interrumpió en seco y bajó la voz—. Dejemos eso. A usted no le importa un comino el sionismo, y yo me siento aquí como un tonto.

—Yo procuro mostrarme amistosa.

—Miss Rak, entre el bulevar de Jerusalén y la calle Stawki, más de trescientas mil personas viven en un mundo del cual usted no sabe nada. Los altos y poderosos escritores de ustedes lo llaman el Continente Negro. Se da el caso de que ese mundo es el mío.

Andrei se puso el sombrero y se encaminó hacia la puerta.

—Subteniente, todo esto... ¿Por qué ha de significar todo esto que no podamos ser amigos?

Andrei se acercó a ella lentamente.

—¿Qué quiere usted de mí? No me interesa una aventura amorosa.

—¡Caramba!

—Deje ya ese juego necio y condenado. Soy pobre, pero no me importa lo más mínimo, porque me dedico a una tarea que me hace feliz. No soy, ni seré nada, nada de lo que usted considera importante. Con respecto a tener algo en común, es lo mismo que si viviéramos en planetas distintos.

A Gabriela le temblaba la voz.

—No sé cómo permito que usted me saque de mis casillas. Es muy presuntuoso. ¡Trata de mostrarse amable con alguno, y en seguida se hace ilusiones de grandeza!

—Sí, exactamente lo que pasa en esa mente chiquita y astuta de usted, y voy a decirle lo presuntuoso que soy. Si continúa fastidiándome, haré lo que usted sabe que puedo hacer.

Gabriela podía ser pequeña, pero sus cachetes eran fuertes.

Andrei la levantó en sus brazos.

—Grite y le dejo morados los dos ojos —amenazó.

Gabriela estaba demasiado aterrorizada para conocer si lo decía solamente por decirlo, o no. Andrei penetró en el dormitorio, acercándose a la cama, cubierta de satén bajo su gran dosel.

—Pensándolo mejor, salga y gane un poco más de carnes —dijo ahora—.

Está demasiado flaca para que me preocupe por usted.

Y arrojándola sobre el lecho, se marchó.

—¿Eso hizo? —exclamó Martha Thompson.

Gabriela asintió con la cabeza, se sirvió té y partió en rebanadas el pastel de manzana.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Hacer? Nada. Estaba aterrorizada por completo. Puedes imaginártelo.

Martha dio unas chupaditas al té, mordisqueó el pastel y suspiró.

—¡Oh, querida! ¿Cómo no me ocurren nunca a mí cosas parecidas? —De súbito, Gabriela sacó un pañuelo, volvió la cara y se puso a sollozar sofocadamente—. Caramba, Gabriela Rak, jamás te había visto llorar.

—No sé lo que pasa por mí últimamente. Estoy así de excitable desde que le conozco. Basta con que alguno me mire al sesgo, y me pongo a llorar. —Gimió ruidosamente—. Nadie me había puesto tan furiosa —dijo con entrecortados sollozos —. Es vanidoso y detestable. ¡Oh, Dios mío, le odio!

Martha se sentó a su lado en el canapé y le ofreció un hombro compasivo.

—¡Le odio!

—Claro que sí —la consoló Martha—. Claro que sí.

Gabriela se apartó, y con un esfuerzo, adquirió de nuevo el dominio de sí misma.

—Me porto como una tonta.

—Bien venida a este mundo de tontos. Has tardado mucho tiempo en ingresar en

nuestras filas, pero lo estás recuperando todo de una sola vez. Esto te había de ocurrir forzosamente, Gabriela. Toda la vida habías sido tú la que dominaba.

—Ese hombre es el polo opuesto de todo lo que he conocido hasta hoy.

Igual que un ser extraño venido de un país extranjero.

—Ya sabes lo que decía siempre tu vieja Martha. Los únicos que valen, o están casados, o llenos de complicaciones.

—¡Complicaciones! Lo terrible del caso es que tengo un miedo de muerte a volverme a ver desairada. Ya lo he hecho todo, o casi todo, menos arrojarme a sus pies, y esto no lo haré nunca.

—Tendrás que arrojarte. Única alternativa: haz que Tommy te envíe a Cracovia para una estancia larga.

Gabriela movió la cabeza lentamente.

—No creía que una cosa tan simple pudiera resultar tan dolorosa. Siento una necesidad tan vehemente de verle que sería capaz de estallar. No sé qué hacer.

—Bien, cariño, sin que me importe todo lo demás que pueda ser el subteniente Androfski, una cosa parece cierta: es un hombre.

Andrei se había tendido en la cama, con los pies levantados sobre la armadura de la misma. Tenía la mirada inexpresiva, fija en el techo, ignorando a Alexander Brandel, que estaba buscando algo entre unos papeles en la redonda mesa del centro del cuarto.

—Yo me pronuncio en contra de nombrar a Brayloff para director del periódico. Tiende a inclinarse mucho hacia el punto de vista de los revisionistas.

¿Qué te parece a ti, Andrei? —Andrei refunfuñó—. Ervin Rosenblum sería el hombre ideal, perfecto. Sin embargo, nosotros no podemos darle lo que gana fuera. Quizá si pudiéramos utilizar a Ervin en plan de asesor... Hablaré con él.

Pasemos ahora, Andrei, al Cabildo de Lodz... Tendrás que prestar atención inmediatamente a sus problemas. —Alexander se interrumpió—. ¿Estoy hablando con la pared esta noche? No has oído nada de lo que he dicho.

Andrei brincó fuera de la cama, hundió las manos en los bolsillos y se recostó contra la pared.

—Te he oído, te he oído...

—¿Qué piensas, pues?

—Al diablo con Brayloff, al diablo con Ervin Rosenblum, al diablo con el cabildo de Lodz. ¡Al diablo todo el condenado movimiento sionista!

—Perfectamente. Ahora que has pronunciado esa tremenda proclama, quizá me dirás qué es lo que te está mordiendo las entrañas. Hace una semana que no te portas como una persona civilizada.

—Estuve pensando. Es posible que me quede en el Ejército.

Alexander Brandel disimuló la viva sorpresa que le produjo semejante anuncio.

—Estupendo —contestó—. Predigo que serás el primer judío que llegue a jefe del Estado Mayor polaco.

—No bromeo, Alex. Aquí me tienes, con mis veintiséis años y... ¿qué soy?

Lucho por una causa que casi no tiene porvenir. He de representar la gran comedia en todo momento..., trabajar las veinticuatro horas del día..., vivir en habitaciones como ésta... Quizá me porto como un loco al no aceptar la única oportunidad que tendré jamás para llegar a ser verdaderamente algo. Hoy he paseado. He paseado y meditado. He paseado por la calle Stawki, donde viví de pequeño, y me ha dado un poco de miedo... Acaso vaya a dar con mis huesos allí cuando todo esto haya terminado. Y he paseado por la avenida de los Mariscales y el bulevar de Jerusalén. Allí es donde podría estar si me lo propusiera en serio.

—Y mientras ibas paseando, ¿no has atravesado la plaza de las Tres Cruces, no has pasado por delante de la Embajada americana? —Andrei giró sobre sus talones, enojado—. Thompson, el de la embajada, me ha telefoneado y me ha invitado a almorzar con él. Parece que hay allí una señorita casi tan desesperada como lo estás tú.

—¡Dios Todopoderoso! ¿No puedo guardar mi corazón destrozado en la intimidad?

—No. Si uno se llama Andrei Androfski, no puede.

—No quiero una conferencia sobre los muchachos judíos y las *shikses*.

Alex levantó los hombros.

—Si una *shikse* fue suficientemente buena para Moisés, otra *shikse* es bastante buena para Androfski. Sé todo lo que estás pensando ahora: «¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me estoy estrujando el cerebro con todo esto?». Pero si eres capaz de creer en el sionismo del mismo modo que algunos sacerdotes y algunas monjas creen en el catolicismo y del mismo modo que los Hassidim creen en el judaísmo, entonces encontrarás que la recompensa última de la paz de espíritu es mayor que todos los sacrificios.

Andrei sabía que aquellas palabras venían de un hombre que habría conquistado gran renombre y buena recompensa económica si no hubiese escogido la senda del sionismo. De todas formas, no parecía que Alex renunciase a nada. ¡Ah! ¡Si él pudiera creer en el sionismo de aquel modo!

—Andrei; tú representas algo para todos nosotros. Nosotros te amamos.

—De modo que me degradaré a los ojos de mis amigos y les ofenderé uniéndome a una chica católica.

—He dicho que te amamos. Del único modo que podrías ofender alguna vez a tus verdaderos amigos, sería ofendiéndote a ti mismo.

—Hazme un favor y vete a casa, Alex.

Alexander Brandel reunió todos los papeles y los metió dentro de la aporreada cartera. Se puso la gorra, se envolvió el cuello con la bufanda, que usaba en invierno y verano, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Alex!

—Di.

—Lo lamento. Dentro de una semana..., estaré libre de servicio. Haré el viaje a Lodz inmediatamente. Incluso es posible que me dé una vuelta por el campo y vea los cabildos de Lublin y Lemberg.

—Quizá fuese una buena idea —dijo Alex.

Cuando Alex hubo salido, Andrei se llenó medio vaso de vodka, lo apuró de un solo trago, y empezó a pasear como un animal enjaulado de uno a otro extremo de la habitación.

De pronto, se detuvo y dio cuerda al tocadiscos. Del altavoz salió, con esfuerzo y monótonamente, una sonata ronca, estridente. Luego apagó las luces, excepto la de la mesa del centro de la habitación, y se acercó a sus libros.

Cogió uno de Hayim Nachman Bialik, el príncipe de los poetas del sionismo.

«Ésta es la última generación de judíos que vivirá en la esclavitud y la primera que vivirá en libertad», había escrito Bialik.

Andrei no estaba de humor para Bialik. Otro libro. Uno lleno de furia. Este, John Steinbeck, su autor favorito.

EN INSEGURA BATALLA

Incontable número de Espíritus se arman.
El reto desdeña su reino y, prefiriéndome,
a su sumo poder otro poder opone,
en insegura batalla sobre las llanuras del Cielo.
Y se tambalea su trono. ¿Qué importa que el campo se pierda?
No se ha perdido todo...; la voluntad indomable,
el estudio de la venganza, el odio inmortal,
y el coraje de no someterse ni ceder nunca.
¿Y qué otra cosa hay que no se pueda superar?

Andrei volvió a llenar el vaso. «He ahí un hombre que comprende — pensó—. Steinbeck sabe defender causas perdidas». En insegura batalla... Su batalla...

Se oyeron unos golpecitos suaves, casi imperceptibles en la puerta.

—Entre, está abierto.

Gabriela Rak apareció en el umbral. Andrei se cogió al canto de la mesa, no osando moverse ni hablar. Ella cruzó la habitación, internándose hacia la sombra de

los libros.

—Se me ha ocurrido dar un paseo más al norte del bulevar de Jerusalén.

Me intrigan aquellas trescientas cincuenta mil personas del Continente Negro.

—Sus dedos corrieron sobre los lomos de los libros—. Veo que usted lee el ruso y el inglés, además del polaco. ¿Qué es esa inscripción rara de aquí? ¿Estará en *yiddish* o en hebreo, quizá? A. D. Gordon. En la biblioteca de la embajada tienen un libro de A. D. Gordon. Déjeme ver. «El trabajo físico es la base de la existencia humana... Es necesario espiritualmente, y la naturaleza es la base de la cultura, la creación más elevada del hombre. Sin embargo, para evitar la explotación, el suelo no debe ser propiedad del individuo». ¿Qué tal está eso como mi primera lección de sionismo?

—¿Qué hace usted aquí? —graznó Andrei.

Gabriela apoyó la espalda en los libros y se puso rígida. Cerró los ojos, apretó los dientes y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Subteniente Androfski... Tengo veintitrés años. No soy virgen. Mi padre me dejó una dote considerable. ¿Qué más quiere saber de mí?

La mano de Andrei iba cogiéndose, desamparada, al borde de la mesa. Al final dio sobre la madera un fuerte puñetazo.

—¿Por qué no me deja en paz?

—No sé lo que me ha pasado, ni parece que me importe. Como usted puede ver, me estoy arrojando a sus pies. Se lo ruego, no me eche.

Gabriela se volvió de espaldas y lloró sin poderse dominar.

Entonces sintió la mano de él sobre el hombro. Era una mano cariñosa.

—Gabriela..., Gabriela...

Desde el momento en que quedó consumida por el tremendo, maravilloso poder de Andrei, todas las cosas que había considerado importantes para su modo de vivir dejaron de serlo.

Gabriela sabía, sin la menor sombra de duda, que nunca había existido, ni existiría jamás, un hombre como Andrei Androfski. Aquellas cosas que la sociedad y sus religiones, filosofías y economías habían interpuesto entre ellos como grandes barreras, cayeron desmoronadas. Gabriela había sido una mujer egoísta. Y de pronto se vio capaz de dar, de dar con una generosidad que no sabía que poseyese.

Para ella, Andrei era como el David de la Biblia: condensaba a la vez en un solo ser todas las fortalezas y todas las debilidades.

Tenía en su interior el poder de suprimir una vida en un acceso de cólera.

Y, sin embargo, no había existido jamás un hombre que supiera acariciar con tanta dulzura.

Era un gigante que entregaba su vida a un ideal único. Era un niño desamparado que se aturdía, se enfurruñaba o se enojaba por lo que parecía una bagatela.

Era, para sus amigos, un símbolo de fuerza. Cuando los desengaños se hacían demasiado opresivos, cogía unas borracheras escandalosas.

Pero en su interior había momentos de emoción que eran como chispazos eléctricos. Tenía momentos de pena y de dolor más intensos que todos los que ella había experimentado, excepto la muerte de su padre. Había, con él, momentos de escalofriante dicha.

A las amistades de Gabriela les parecía una calamidad horrible que estuviera dispuesta a convertirse en la amante de un judío pobre. A Gabriela, todo lo que entregaba en vasallaje le parecía insignificante y no representaba para ella ningún sacrificio, con tal de amar a un hombre que la hacía más feliz de lo que había sido en toda su vida.

Poco a poco se divorció del agitado círculo que había centrado sus actividades. Gabriela aceptaba la dura realidad de que su aventura con Andrei quizá no se resolviera nunca en matrimonio. Comprendía que no debía pisar jamás el terreno peligroso de hacerle interferir en su trabajo. Sabía que no le cambiaría nunca asimilándole a ninguna de las imágenes que anteriormente se hubiera forjado. Andrei era Andrei y había de aceptarlo, junta con todas sus características esenciales, tal como era.

Él había encontrado en Gabriela Rak a una mujer que sabía igualarle, furia por furia, pasión por pasión y cólera por cólera. Gabriela se inflamaba a menudo con uno de aquellos obstinados rasgos de orgullo que sólo se resolvían cuando él se humillaba, o pronunciaba de súbito, aunque torpemente, unas palabras de excusa. Cuando había salido a correr una de sus juergas mayúsculas, Andrei se sentaba en silencio y aguantaba sin un gemido el estallido de cólera de ella. Conocía instintivamente cuándo había de ceder terreno en una disputa. En recompensa, hallaba momentos que no había conocido en su vida. Momentos en que ella percibía que se sentía deprimido y desengañado por los fracasos en su tarea. En tales momentos, Gabriela sabía llegar hasta él, por el camino de la compasión, como nadie había llegado nunca.

Andrei sabía que había domesticado una yegua salvaje, pero que aquella yegua conservaría siempre la tendencia a la rebelión. Gabriela se obstinaba en conservar su independencia en materia religiosa. Él se empeñó en que no se apartase por completo de todo lo que había constituido su vida, y aceptó a muchos de los amigos de Gabriela como suyos propios.

Y ambos descubrieron que poseían tantas cosas en común como las que en otro tiempo creyeron que les separaban. Compartían por igual el amor a la música, a los libros y al teatro. Cuando se presentaba la ocasión, Andrei reconocía que le gustaba bailar con ella.

Gabriela no hacía un esfuerzo desmesurado para ser aceptada en el círculo de

amigos de Andrei, pero entró parcialmente en aquel extraño mundo y vio que los más íntimos de su amado se aficionaban sinceramente a ella.

Los viajes que Andrei hacía por toda Polonia y los permisos que conseguía, le traían de vez en cuando a casa para míos días y unas noches de amor que nunca cansaban ni perdían intensidad.

«Sólo hace dos años —pensó Gabriela— Sólo dos años que conocí a mi Andrei.»

Desde el puente estuvo mirando el último tren que salía para Praga. Luego echó a andar hacia el norte de nuevo, en busca de Andrei y Christopher de Monti.

CAPÍTULO VII

La antigua bodega de Fukier, en la Ciudad Vieja, estaba sumergida en ruidos, humo y olores. Las enormes cubas rezumaban vinos viejos de siglos, cuyo aroma se conjugaba con los de las cervezas y los quesos. Las voces de los alborotados bohemios quedaban un tanto amortiguadas por los millares de botellas que cubrían las paredes. En medio de aquel tumulto, un trío de músicos gitanos se abría paso de una mesa a otra.

Los gitanos se detuvieron junto a una mesa, decididos a entretener a Andrei y a Chris. Andrei vació su jarrito, eructó y dejó una moneda sobre la mesa. El violinista la arrebató, ganando la partida al del acordeón y a una mujer de cara sucia que tocaba el tamborino.

—Jesús —murmuró Christopher de Monti—, Jesús. Hasta los gitanos interpretan a Chopin.

—Chopin es un héroe nacional. ¡Chopin nos da valor!

—¡Monsergas! Chopin fue un mequetrefe tuberculoso que se encerró con una prostituta francesa, fumadora empedernida, que aprovechó la miseria polaca para ganar dinero.

—¿Tan bonito?

La camarera se abrió paso hasta la mesa y depositó en ella un par de platos, una hogaza de moreno pan de centeno y un jamón pequeño, junto con nuevas provisiones de vodka.

Los gitanos tocaron «O Sole Mio».

—Cristo, esto es peor que Chopin —dijo Chris.

Andrei bebió de un sorbo medio cuartillo de vodka y se secó los labios con la manga.

—No nos desviemos de la conversación —replicó—. Los alemanes atacan, nosotros contraatacaremos, naturalmente. Mi caballo «Batory» y yo, seremos los dos primeros que entren en Berlín.

Chris se balanceó y fijó la mirada en el jamón. Levantó el tenedor, apuntó y lo hundió profundamente, anunciando:

—Esto es Polonia. —Cogió un cuchillo y partió el jamón en dos—. Una tajada para Alemania. Otra tajada para Rusia. No hay más Polonia. Ha desaparecido. Andrei, diles a esos malditos gitanos que se marchen. De todos modos, todos vuestros condenados poetas escribirán sonetos fastidiosos sobre los buenos tiempos antiguos, en los que los nobles sacaban los orines a los campesinos a patadas, y los campesinos se los sacaban a patadas a los judíos.

¡Eso es! Algún pianista injertado de asno, dará conciertos en Chicago en beneficio de los polacos. Todos con música de Chopin.

Y dentro de un centenar de años, el mundo entero dirá: «Jesús, recompongamos Polonia otra vez; ya estamos hartos de escuchar conciertos de Chopin». Y dentro de ciento dos años, los rusos y los alemanes empezarán de nuevo.

Andrei volvió a eructar. Chris intentó proseguir la conferencia, pero el codo se le deslizaba fuera de la mesa cada vez que trataba de señalar la Polonia rusa.

El violín lloraba.

Y en la bodega de Fukier, cuando lloraba un violín gitano, los hombres lloraban también.

—Chris, mi querido amigo —gimoteó Andrei—, llévate a mi hermana lejos de ese canalla malvado de Bronski.

Chris dejó caer la cabeza.

—No pronuncie el nombre de una dama en una taberna, señor. Es una cochina indecencia.

La mano comprensiva de Andrei cayó sobre el hombro de Chris.

—Una cochina indecencia —convino. Vació su pichel y lo llenó de nuevo—. Hitler hace el matón, nada más.

—¡Que te lo creas!

—Le asusta nuestro contraataque.

—¡Qué contraataque ni qué cuentos! —El puño de Chris hirió la mesa. El periodista la dejó libre, empujando botellas, platos y vasos hacia un ángulo—. Esta mesa es Polonia.

—Pensaba que Polonia era el jamón.

—El jamón es Polonia A. Esto es Polonia B. ¿Ves la mesa, estúpido? ¿Ves qué bonita y llana está? Perfecta para los tanques. Los alemanes los tienen.

Tienen tanques grandes, tanques pequeños, tanques rápidos, tanques pesados.

Los han probado y comprobado. Si vuestro Estado Mayor tuviera una pizca de buen sentido, se retiraría ahora.

—¡Retirar! —gritó, horrorizado, el oficial de ulanos.

—Retirar, he dicho. Amortiguaría la primera arremetida alemana en el río Warta. Luego lo pasaría todo al otro lado del Vístula y plantaría sus posiciones allí.

—¡Al otro lado del Vístula! ¿Te atreves a insinuar que abandonemos Silesia y Varsovia?

—¡Sí, demonios! De todos modos las cogerán. Con Chopin o sin Chopin. Si vosotros podéis sostener tres o cuatro meses la línea del Vístula, los ingleses y los franceses habrían de iniciar algo en el frente occidental.

—¡Ah, gran estratega, De Monti, gran estratega!

—Sentido común y vodka, nada más.

Gabriela cruzó la plaza, empedrada de guijarros, de Stare Miasto, en la Ciudad Vieja. Rodeaban la plaza por sus cuatro costados unas casas medievales de cinco pies,

perfectamente conservadas, que constituían el lugar más típico de Varsovia. Las reliquias históricas de las glorias polacas se conservaban en escenarios auténticos. A Madame Curie se la reverenciaba en un museo, y las tiendas que vendían cristal tallado y productos nacionales, hacían de los mismos un cepo bien ideado para los turistas, al mismo tiempo que una piedra venerable del sentimentalismo polaco.

En el otro extremo de la plaza, Gabriela oyó el ruido que salía del establecimiento de Fukier. Entró y paseó la mirada en torno.

Allí estaban, Chris y Andrei, los codos sobre la mesa, las manos enlazadas, forcejeando en la llamada «lucha india». La turba se había reunido en su derredor haciendo apuestas y comprometiéndoles a continuar. Christopher de Monti poseía una fuerza engañosa, recuerdo de sus días de baloncesto. Él era quien hacía descender poco a poco la muñeca de Andrei. Andrei se sentía humillado, como correspondía a un oficial de ulanos contendiendo con un simple mortal. Mientras Chris concentraba su energía en una mano y seguía empujando abajo, un rugido se levantaba de la multitud, y las preferencias en las apuestas se desplazaban rápidamente. Con el esfuerzo, a Andrei se le puso la cara primero encarnada, luego violeta, y parecía que las venas del cuello le iban a saltar.

Las dos muñecas se estremecían.

De súbito, los innumerables cuartillos de vodka se hicieron dueños de Chris. El periodista fue incapaz de dar el empujón final. Andrei percibió la debilidad de su contrincante, reunió las energías de reserva de un gran atleta, y Chris cedió.

Un silencio absoluto se apoderó de la multitud mientras Andrei recobraba terreno, centímetro a centímetro, desde el borde de la derrota. El sudor surcaba la faz de Chris, mientras trataba de combatir lo inevitable. Su vigor se derrumbó. Andrei remató el último empuje con tal rapidez y poder que Chris salió despedido de su silla y fue a caer, abiertos los brazos y las piernas, entre los espectadores.

El oficial de ulanos se puso en pie, tambaleándose, y levantó ambos brazos por encima de la cabeza para recibir los merecidos abrazos; luego se inclinó para ayudar a su víctima al levantarse. Caído, pero no dominado, Chris estiró el brazo, cogió a Andrei por el tacón de la brillante bota y le envió a chocar con estrépito contra el suelo. Ambos quedaron tendidos de espaldas, convulsionados de risa.

—¿Qué diablos hacéis ahí? —preguntó Gabriela.

—¿Qué te figuras que hago? —replicó Andrei—. Estoy tratando de llevar a casa a este patán borracho.

—Esto apesta —dijo Andrei.

—Ya te dije que lo habían pintado. Ahora ten cuidado y no toques nada.

Todavía está húmedo.

Andrei dejó caer al inconsciente Chris sobre el sofá de Gabriela. El periodista

aterrizó de golpe, con las piernas ladeadas.

—No es preciso que seas tan brusco —reprendió la joven, arrodillándose y desatando los zapatos de Chris—. Quítale la chaqueta. Está tan borracho que corre el riesgo de ahogarse.

Chris balbuceó algo acerca de las llanuras y los jamones polacos, y Andrei le libró con dificultad de las ropas. Gabriela le puso una almohada debajo de la cabeza, le cubrió con una manta y amortiguó las luces.

Andrei se inclinó sobre su amigo.

—Pobre Chris. ¿No has visto cómo se miran a hurtadillas él y Deborah?

Como si ambos fueran a morir porque tienen el corazón destrozado. Pobre Chris.

—Entra ahí —le ordenó Gabriela.

Andrei penetró en el dormitorio dando traspiés, se derrumbó sobre el borde de la cama y escondió la cara entre las manos.

—Debo hacer algo por dominarme el genio —musitó. A continuación se llenó de imprecaciones, pero fue un soliloquio monótono que sólo escuchaba él mismo. Gabriela entró con un gran tazón de café puro, humeante.

La cabeza de Andrei colgaba bamboleándose de vergüenza.

—Soy un canalla —dijo.

—¡Bah! Cállate y bebe esto.

Él dirigió una mirada furtiva y culpable a la joven.

—Gaby..., niña..., por favor, no me grites...,, por favor, niña.

Ella le quitó el gorro, le desabrochó la túnica y le quitó las botas. Andrei había llegado a esa fase de la borrachera en la que la palabra se hace estropajosa, pero los pensamientos adquieren una brillante nitidez. El café le proporcionó un súbito resurgimiento. Levantó la vista hacia su menudita Gabriela. ¡Qué encantadora era!

—No sé cómo me soportas —dijo.

Gabriela se arrodillo ante él y apoyó la cabeza en su regazo. Hasta en aquel estado, las manos de Andrei le acariciaron el cabello con sorprendente ternura.

—¿Estás bien, cariño? ¿Podremos hablar? —preguntó ella.

—Sí.

—Durante los dos años pasados, cuando te ibas, una semana a Cracovia, una semana a Bialystok, una semana o dos de maniobras, nunca ha sido realmente demasiado duro, porque siempre he podido vivir para el momento en que sabía que subirías las escaleras como un terremoto viniendo a mis brazos. Pero ahora has estado fuera en servicio continuado, has estado ausente cerca de dos meses. Estuve a punto de morir, Andrei. En la embajada sabemos lo mal que andan las cosas, Andrei... Por favor, cásate conmigo. —Andrei se levantó apuntalándose en los barrotes de la cama —. Quizá me odiarás del mismo modo que odias a Paul Bronski, pero tú significas más para mí, y yo te encenderé las velas en el Sabbath, y trataré de ser todo lo que

haya que ser...

—No, Gaby..., no. No..., nunca te pediría que hicieses eso.

—Sé lo mucho que significas para otras mujeres. Veo muy bien de qué modo te miran. Si un día te enfadases conmigo y te marchases por una noche o dos, juro que no te preguntaría nada ni haría una escena.

—Ahora las haces. Si estuviéramos casados, las harías. Si no hicieras escenas, quizá no te amaría. Cariño..., yo...

—¿Qué, Andrei?

—Nunca te lo había dicho, pero la cosa que me enorgullecería más en mi vida sería el poder tomarte por esposa. Se trata únicamente..., yo..., me digo un centenar de veces cada día a mí mismo que no es cierto, que no sucederá. Pero Chris tiene razón. Polonia será conquistada. Sólo Dios sabe lo que nos harán los alemanes. Lo único que ahora no necesitas es un esposo judío.

Las palabras de Andrei y su significado eran perfectamente claros.

—Comprendo —dijo ella, abatida.

—Dios lo maldiga todo. Que todo sea maldito.

Andrei tenía aquella expresión abandonada que movía a Gabriela a olvidar sus propios deseos, porque él estaba vacilante y la necesitaba.

—¿Qué te ha dicho esta noche Paul Bronski para ser causa de todo esto? —preguntó.

—¡El canalla!

—¿Qué te ha dicho para ofenderte tanto?

Andrei se llenó los pulmones de aire y se volvió hacia la ventana, donde se quedó con la vista fija en la oscuridad.

—Me ha llamado sionista de mentirijillas... y tiene razón.

—¿Cómo es posible que lo digas?

—¡Sí, tiene razón, tiene razón! —Andrei trató de clarificar sus escondidos pensamientos. Buscó a Gabriela con ojos ofuscados. Le parecía verla muy lejos, desenfocada—. Tú no has estado nunca en la calle Stawki, donde viven los judíos pobres. Yo veo la basura de las calles y percibo su olor y oigo las llantas de hierro de las ruedas de los carros sobre los guijarros del suelo. Fue una especie de aguijonazo, de humillación lo que arrastró a Paul Bronski fuera de allí. ¿Quién puede reprochárselo de veras?

Gabriela escuchaba en medio de un espanto profundo, mientras la locuacidad artificial de él iba en aumento. Desde que ella le conocía, Andrei no había pronunciado ni una sola palabra sobre su infancia.

—Como todos los judíos, nosotros vivíamos resistiendo boicots económicos y alborotos sangrientos, desencadenados por los mismos estudiantes que dirige Paul Bronski. Mi padre..., ¿has visto su retrato?

—Sí.

—Uno más de esos judíos con barba, ancianos y religiosos, a quienes nadie entiende... Vendía gallinas. Mi padre nunca se encolerizaba, ni cuando le arrojaban piedras a las ventanas. Siempre decía: «El diablo se destruirá a sí mismo». Tú no conoces los Jardines Krasinski; las chicas polacas buenas jamás van allí a contemplar los árboles, a comer huevos duros y cebolla y a pasarse la botella mientras sus pequeños caen en los estanques. Yo tenía que llevar pollos, por encargo de mi padre, al Bristol y al Europa. Había cruzado por los Jardines Krasinski. Las cuadrillas de *goyim* rondaban por allí, esperándonos a nosotros, los niños judíos. Cada vez que me apaleaban y me robaban los pollos, teníamos que pasarnos una semana comiendo patatas hervidas. Yo le preguntaba a mi padre: «Papá, ¿cuánto tiempo tardará el diablo en destruirse a sí mismo?». Y él me respondía únicamente: «Aléjate de los *goyim*, aléjate de los *goyim*».

»Un día estaba repartiendo los encargos. Iba conmigo un compañero de la *cheder*, que es nuestra escuela parroquial. Es chocante, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Pero veo su cara con toda claridad. Era un chiquillo canijo, no tenía más de la mitad de mi corpulencia. Cruzamos la Plaza Krasinski, y los *goyim* nos acorralaron. Yo eché a correr. Pero aquel chico (ojalá pudiera recordar su nombre), me cogió y me obligó a dejar los pollos en el suelo, detrás de nosotros.

»Era curioso, no huir. Cuando se acercó el primero, le di un golpe. Yo era capaz de dar una paliza a todos los chicos de nuestro barrio, pero jamás se me había ocurrido pegar a un goy. El tipo se cayó al suelo; se levantó furioso, tenía la nariz destrozada. Le volví a pegar y cayó de nuevo, y se quedó tendido allí, gimiendo... Yo me volví y miré a los demas, y ellos retrocedieron; seguí andando adelante, eché a correr hacia ellos, ¡y ellos huyeron a la carrera! Cogí al otro y le limpié de malas intenciones a puñetazo limpio. ¡Yo! Andrei Androfski, de la calle Stawki, había dado una paliza a dos *goyim*. —El narrador perdió súbitamente el entusiasmo del recuerdo del triunfo, hundiéndose en su estado de embriaguez—. Por esto soy una sionista de mentirijillas, Gaby. Odio aquella condenada granja sionista, No quiero asarme la vida en habitaciones desmanteladas sobre cuartos de reuniones. Bronski lo sabe, yo no iré a asentarme a ninguna maldita ciénaga de Palestina.

—Pues, ¿por qué, Andrei, por qué?

—Porque en los Bathyranos tengo una docena, dos docenas de amigos que están conmigo. Mientras permanezcamos unidos, nadie podrá robarnos los pollos. Lo único que quiero, Gaby, es estar en condiciones de vivir sin huir corriendo. —Exhausto y fatigado, Andrei se tendió lentamente en la cama—. Yo les obligué a nombrarme oficial de ulanos. Yo, Andrei Androfski, un dirigente sionista, les obligué a nombrarme oficial de ulanos. Pero noto su mirada en mi espalda. «Judío», dicen para sí mismos, «judío». Aunque no me lo dicen a la cara...

—Ssssitt, cariño. Ahora no estás peleando.

—Gaby. ¡Estoy tan cansado! Tan cansado de luchar para todos... Estoy cansado de ser el gran Andrei Androfski.

—Está bien, querido. Ahora descansa.

Gabriela apagó las luces, se tendió a su lado y le apaciguó hasta que Andrei cayó en un sueño agitado, pero reparador.

¿Cuál es el mejor Sehora? (Maestro)
Mi niño aprenderá el Tora,
Seforim escribirá mi hermoso.
Será siempre un judío piadoso.

La canción de mamá. El arrullo de mamá. Andrei parpadeó y abrió los ojos. Sus dedos palparon la almohada. Tenía mal sabor en la boca.

¿Cuál es el mejor Sehora?
Mi niño aprenderá el Tora...

Andrei se sentó rápidamente y sacudió la vellosa cabeza. Gabriela se había despertado en el mismo instante, pero continuó tendida, inmóvil, viendo cómo él bajaba los pies al suelo, retorcía el cuerpo para ponerse la sobrevesta y salía por la puerta vidriera, quedándose de pie en la tribuna. Ante él tenía una Varsovia quieta, dormida.

Seforium escribirá mi hermoso.
Será siempre un judío piadoso.

—Papá —susurró Andrei—. Papá.

Israel Androfski se presentó ante él. La capa, manchada y deshilachada. La barba, negra y plata, mal cuidada a causa del cansancio, y los ojos semicerrados por el esfuerzo de la dura existencia grabado indeleblemente en el rostro y en la actitud.

Andrei percibía el olor a pobreza de la calle Stawki.

—En la *cheder* aprenderás a hallar consuelo y aliento en el Tora, en el Talmud y en el Midrash. Mañana irás a la escuela a fin de que empieces a nadar en el mar del Talmud y reúnas la sabiduría que te dará energía y comprensión para vivir toda la vida como un hombre bueno y piadoso.

El pequeño Andrei balbuceó su entusiasmo en *yiddish*, anhelante por iniciar su instrucción en una de las seiscientas escuelas judías de Varsovia.

El rabí Gewirtz estaba de pie en una deslucida habitación, calentándose las manos

en una estufa sin fuego, delante de un puñado de estudiantes que temblaban de frío.

—Ved, *Kinder* (niños), nosotros los judíos hemos estado en diáspora desde la destrucción del Segundo Templo y la gran dispersión, hace cerca de dos mil años....

»...En Crimea, durante la época Bizantina, los jazars, un pueblo guerrero, adoptaron el judaísmo, pero en el siglo diez los jazars fueron derrotados y dispersados por los rusos de un modo muy parecido a como los judíos fueron expulsados de Tierra Santa. Los rusos los barrieron y jamás se ha sabido de ellos, y los vencedores consolidaron su imperio basado en un cristianismo de tendencia griega ortodoxa.

»Los judíos sufrieron malos tratos durante los años de su dispersión en todos los países donde se establecieron, desde carnicerías hasta expulsiones. La fiebre de atormentar judíos se elevó a un nivel superior en determinados lugares y determinadas épocas.

»En la Edad Media acusaban a los judíos de causantes de la Peste Negra, así como de brujería y de asesinatos rituales.

»Las carnicerías llegaron a ser tan sangrientas que una oleada tras otra de judíos huyó de la fuente de las matanzas, en Bohemia, refugiándose en el reino recién emergido de Polonia.

»Aquí fueron bien recibidos, y éste fue su verdadero comienzo, junto con el de la misma Polonia. A los judíos les necesitaban, porque no existía una clase media interpuesta entre los terratenientes y los campesinos. Los judíos trajeron consigo sus artes, sus gremios, oficios, profesiones, y su habilidad de comerciantes.»

—¿Cómo ha ido hoy la escuela, Andrei?

—Los chicos me importunan diciendo que Andrei Androfski no es un nombre judío.

—¡Ah! Pues es un nombre muy judío. Aparece en toda nuestra línea de familia. Nuestra familia había vivido muchísimo tiempo en Francia antes de emigrar a Polonia durante las Cruzadas.

—Papá, ¿por qué han de hablar tanto de historia usted y el rabí Gewirtz?

Yo quiero saber cosas que ocurran hoy. ¿Por qué gastamos tanto tiempo en el pasado?

—¿Por qué? —Israel Androfski levantó el índice hacia el cielo y repitió una antigua frase judía—. Conoce de dónde vienes. Aparte de saber quién eres y a dónde vas, has de saber de dónde vienes.

Y así Andrei aprendió que una serie de reyes polacos sancionaron cierto número de cartas de privilegio garantizando libertad religiosa y protección a los judíos poco

después de llegar éstos a Polonia procedentes de Bohemia.

No obstante, esta situación de seguridad duró poco, y al poco tiempo de su llegada comenzó un desfile de opresiones de casi mil años contra los judíos, un desfile que nunca cesó y sólo varió de intensidad de tiempo en tiempo.

Apoyados por otros elementos, los inmigrantes alemanes, competidores de los judíos en el comercio, maniobraron para obtener un impuesto sobre los judíos, y que se les prohibiera el ejercicio de las artes, oficios y profesiones en disputa. Los *pans* (o demarcaciones) feudales impidieron que los judíos poseyeran o cultivaran la tierra. Y de este modo le correspondió a Polonia el honor de crear uno de los primeros ghettos del mundo, una separación obligada de los judíos del resto de los ciudadanos, encerrándolos dentro de las murallas.

Privados de participar en la vida económica normal, los judíos se vieron forzados a constituir una raza aparte.

Dentro de los ghettos, limitados sus medios de vida, los judíos iniciaron su larga tradición de autogobierno y ayuda mutua. Reunidos en grupo, sin que pudieran elegir otra cosa, intensificaron el estudio de los Libros Sagrados a fin de hallar las respuestas al dilema viejo de mil años.

—Somos como un pájaro —decía el rabí Gewirtz—. Nos encontramos muy lejos de nuestro hogar y no podemos volar a tanta distancia; de modo que trazamos círculos, círculos y más círculos. De tarde en tarde nos posamos en la rama de un árbol para descansar, pero antes de que podamos construir nuestro nido nos expulsan y tenemos que seguir volando de nuevo, en nuestro círculo sin objetivo...

Los judíos polacos desarrollaron un sentimiento de rencor contra su patria.

Los polacos utilizaban la misma diferencia que habían impuesto a los judíos para demostrar que éstos no eran como la otra gente. Los judíos no tenían identidad polaca. Hablaban *yiddish*, un lenguaje traído de Bohemia. Creaban su cultura y su literatura propias, aparte de las masas que los rodeaban.

En 1649 aplastó a los judíos de Polonia la mayor de todas las calamidades desde la caída de los Templos. Los cosacos de Ucrania, ayudados por los tártaros, pusieron en marcha una rebelión contra los *pans* feudales de Polonia.

En medio del jolgorio de la lucha, sangrienta y salvaje, a los cosacos les obsesionó la idea de matar a todos los judíos de Polonia, Ucrania y los países bálticos, y los sables cosacos silbaron describiendo veloces arcos y alumbrando ríos de sangre judía. En el frenesí de la matanza, los cosacos a menudo enterraban vivos a los niños.

Y a semejanza del mundo árabe después de las invasiones mogóhear, los judíos de Polonia jamás se recobraron de las carnicerías de los cosacos.

Paralizados por las matanzas, entraron en una era de desesperación y buscaron también un camino de salida a la larga y negra noche a través de los Libros Sagrados.

El culto de la cábala creció como bola de nieve. La cábala, un estudio de los significados de los Libros Sagrados, la enseñaban unos rabíes que predicaban el Zohar y el Libro de la Creación. A través de una numerología y una mística crípticas trataban de superar los sufrimientos de la vida cotidiana hallando en la Biblia significados escondidos.

Junto con los cabalistas vino un desfile de falsos mesías. Hombres que se declaraban mesías por sí mismos se proclamaban los jefes ungidos para llevar a los judíos a Tierra Santa. Un pueblo desesperado, angustiado, renunciaba a todo razonamiento y se agolpaba en rebaño detrás de ellos.

El rey de los falsarios fue Sabbatai Zvi, un judío turco, que mediante distorsiones de la cábala «demostró» que era el mesías. Por todo el mundo de la dispersa judería los ancianos y los rabíes, desde Amsterdam a Salónica, desde Kiev a París, rebatieron la validez de los alegatos de Zvi. Pero la judería polaca se levantó, ahogando la lógica en la loca esperanza de que aquel hombre los ayudaría a escapar.

Desilusión aplastante. Sabbatai Zvi se convirtió al Islam y se hizo mahometano para rehuir la ira del sultán de Turquía.

Jacob Frank, un rabí de Bohemia, encendió el fuego de nuevo después de la muerte de Sabbatai, ocurrida en Albania, pero la secta frankista se entregó a orgías sexuales y a falsificaciones de las Leyes Santas. Al final, Jacob Frank se convirtió al catolicismo.

Todos los falsos mesías cayeron, y los judíos de Polonia se hundieron en un estercolero de desaliento. De las profundidades de su desesperación emergió el Hassidim. Israel Baal Shem Tov surgió todavía con un culto nuevo que se apoderó de la imaginación de los judíos esclavizados en la oscuridad de los ghettos.

Los Hassidim se arrancaban del mundo de las tribulaciones diarias y de la realidad entregándose frenéticamente a la oración, mediante la cual se elevaban por encima de los dolores que les rodeaban. ¡Ponerse frenético! ¡Chillar!

¡Brincar! ¡Gemir! ¡Ah, el gozo de la oración!

—¡Papá! ¡Yo no quiero ser sastre ni vender pollos! —gritaba Andrei—. ¡No quiero ser un *hassid*! Yo quiero ser como las demás personas de Varsovia.

La cara de Israel Androfski se entristeció. Su mano acarició la rizada mata de pelo del hijo.

—Mi niño no venderá pollos. Mi niño será un gran erudito del Talmud.

—No, papá, no. ¡No quiero ir más a la *cheder*!

La mano del padre se levantó colérica, pero el golpe no llegó a descender, porque Israel Androfski era un hombre demasiado dulce. Israel contempló con asombro la llama que ardía en los ojos de su hijo.

—Quiero ser soldado, un soldado como Berek Joselowicz —murmuró Andrei.

Polonia, partida, en guerra contraste con Rusia y Alemania, dejó de existir como

Estado una y otra vez en su larga y sangrienta historia. Al final del siglo XVIII se hallaba de nuevo en las angustias de una de sus numerosas rebeliones; esta vez contra el zar de Rusia en el este y el rey de Prusia en el oeste.

Necesitando desesperadamente potencial humano, los polacos permitieron que Berek Joselowicz, un judío de Vilna, y Josef Aronwicz, organizasen una brigada judía, contradicción radical de los principios del pasado. Quinientos judíos ocuparon posiciones en defensa de Varsovia. Sobrevivieron veinte. Sentado el precedente, los judíos acudieron a la llamada a las armas de los rebeldes polacos, que se levantaron contra Rusia en 1830 y en 1863, pero cuando Rusia engulló a Polonia y el Estado desapareció de la faz de la tierra, se formó un enorme ghetto territorial llamado Cercado Judío de Asentamiento. Ningún judío podía viajar ni vivir fuera del Cercado.

Durante todo el siglo diecinueve continuó la trama de estrangulación económica, boicot, impuestos excesivos y *progroms* bestiales. El zar alentaba los asesinatos de judíos. Éstos se vieron arrastrados a una situación de miseria general.

Se oyeron unas pocas y balbucientes peticiones de reforma, pero las voces eran mucho más débiles que las cuadrillas móviles de matadores de judíos.

Y en el Cercado apareció una generación nueva que no se daba por satisfecha con que la vida de los judíos continuase como había sido durante los siglos negros. La nueva generación no hallaba la paz en la cábala, ni en el rezo vehemente de los *hassidim*, ni quería seguir a falsos mesías. Para esta generación, las ideas viejas habían fracasado, y a mediados del siglo diecinueve unas ideas nuevas invadieron los ghettos del Cercado. ¡Jóvenes judíos formaban juntas de defensa para proteger el ghetto de *progroms*, disponiéndose a emular al soldado Berek Joselowicz!

Luego vinieron los Amantes de Sión, el primer paso práctico para organizar colonias en Tierra Santa.

Los mil grupos religiosos, encabezados por sus rabíes, combatieron a los nuevos radicales que se apartaban de la vida judía tradicional, pero aquello terminó en una serie de palos al aire, y cada nuevo *progrom* hacía que el deseo de libertad fuese más intenso. Escritores, soñadores, jóvenes resueltos, arrojaron lejos de sí los grilletes del pasado.

Teodoro Herzl fundió las cien ideas diferentes de un millar de años en un sencillo papel llamado «El Estado Judío», presentando el credo de que los judíos no obtendrían una situación de igualdad hasta que se consiguiera el restablecimiento de su hogar nacional.

Algunos vitorearon a Herzl como al nuevo mesías, otros le acusaron de ser un nuevo Zvi, pero el padre del sionismo había plantado la semilla del árbol de esperanza de los judíos del Cercado.

A medida que los alborotos antijudíos se extendían por Europa, a finales del siglo, la necesidad del sionismo se hacía más apremiante.

En aquel mundo de *progroms* e ideas flamantes nació Israel Androfski, muy cerca del final del siglo. La Primera Guerra Mundial, trajo, detrás de las legiones del mariscal Pilsudski, la libertad de proclamar de nuevo el Estado de Polonia. Israel Androfski, así como la mayoría de judíos polacos, prestó oídos a las palabras y los ideales de Pilsudski y creyó que al cabo de mil novecientos años, había llegado la hora de su emancipación. Los socialistas y los idealistas reunieron a toda Polonia detrás del mariscal.

... Y entonces el mariscal Pilsudski abandonó a los judíos y a los campesinos y a los trabajadores de Polonia para escalar la dictadura.

Otra ilusión se esfumaba para los judíos, al mismo tiempo que iban en aumento los alborotos contra ellos, los impuestos injustos y las restricciones en el ejercicio del comercio.

—¡Andrei! ¿Qué es esto? ¿Tú con piedras en los bolsillos y peleándote con los *goyim* en los Jardines Krasinski?

—Papá, ellos empezaron. Ellos atacaron cuando nosotros íbamos al reparto...

—Te dije que te alejases de los *goyim*.

—Yo no quiero huir.

—¡Dios me ayude! Dios me ayude con un hijo como éste. Escúchame. ¡Irás a la sinagoga a rezar y serás un buen judío!

Fuera del sector judío aceptaron a Andrei, porque Andrei era capaz de oponer su fuerza a la de otros y vencerlos. Pero él sabía que, cuando estaba de espaldas, era siempre «el judío». Siempre el judío, sin que importasen los éxitos que alcanzara. Siempre le separaba una muralla. Nunca sería aceptado... Lo que más ansiaba se le escapaba de las manos.

—He decidido afiliarme a los sionistas, papá.

—¡Esos radicales! Hijo mío, hijo mío. Hace seis meses que no has ido a la sinagoga. Tienes ya veinte años y todavía no has descubierto que el precio de ser judío consiste en tener paciencia, rezar y aceptar tu situación.

—Jamás la aceptaré. ¡Oh, papá!, en el Talmud no encuentro lo que necesito. Debo buscarlo por mí mismo...

—Andrei —dijo Alexander Brandel—, debes aceptar la comisión de los ulanos. ¿Te das cuenta de lo que para nosotros significa tener a uno de los nuestros, un sionista, entre los oficiales de ulanos? Nunca antes había ocurrido.

Y Dios quiera que figures en nuestro equipo nacional de fútbol en los Juegos Olímpicos de Berlín... Andrei, hazlo por nosotros.

—¡Si por lo menos no me aceptaran como..., como una especie de ejemplar raro!

—Sé muy bien, Andrei, lo duro que es librar por nosotros esa batalla, pero tus hombros son sólidos y te necesitamos.

«Somos como el pájaro, largo tiempo ausente del hogar, que vuela sin ánimo en círculo, atento al lugar donde detenerse y construir su nido; y que apenas lanza su primer trino es ahuyentado del árbol y debe reanudar sus círculos interminables...»

Israel Androfski, en su lecho de muerte, susurraba a su amado hijo:

—Y tú..., ¿has ganado la gran batalla de la resignación? Andrei..., vuelve a tu vida de buen judío antes de que sea demasiado tarde...

¿Cuál es el mejor Sehora?
Mi niño aprenderá el Tora,
Seforim escribirá mi hermoso,
Será siempre un judío piadoso...
—Conoce de dónde vienes.

Una fea claridad grisácea se extendía sobre Varsovia. Los cargados ojos de Andrei pestañearon ante los quebrados perfiles de los tejados. Sintió la presencia de alguien a su espalda.

—Hace frío —dijo Gabriela—. Será mejor que entres.

CAPÍTULO VIII

Anotación en el diario

Estamos a unos centímetros de la guerra.

La delegación polaca ha llegado a Berlín para las conversaciones de última instancia, pero carece de autoridad para negociar directamente. La opinión general, por lo demás, es que Hitler no quiere realmente negociar. Su pacto con Rusia ha eliminado por el momento el peligro del Ejército soviético, y nadie alberga ya la ilusión de que Francia e Inglaterra hagan algo positivo si Alemania nos ataca.

Conseguí al fin ponerme en contacto con Andrei. Ana Grinspan viene de Cracovia, de modo que esta mañana, más tarde, podremos celebrar una reunión de dirigentes.

ALEXANDER BRANDEL

Las campanas sonaban en toda Varsovia. Sonaban en las torres de grandes y pequeñas iglesias: en la Catedral, en San Antonio y Santa Ana, en los Carmelitas, en Nuestra Señora, en los Dominicos, en los Franciscanos, en San Casimiro, en los Jesuitas y en la Santa Cruz, donde el corazón de Chopin era conservado cerca del altar, en una cajita negra.

Varsovia está sembrada de iglesias, y todas sus campanas tañían. Porque era domingo.

Un puñado de blancas velas tentaban en el Vístula la brisa de fines de verano, y la gente se bañaba o tomaba el sol aglomerada en la playa del Parque de Praga.

Los puentes de Poniatowski y de Kierbedzia vibraban bajo el denso tráfico que iba y venía de Praga: parientes y amigos intercambiando visitas.

Junto al puente de Poniatowski estaba el distrito de Solec, lleno de olor a caballos, porque era la residencia predilecta de los cocheros y éstos alojaban a los animales en cuadras contiguas a sus viviendas.

Bajo el puente, la policía investigaba el apuñalamiento de una conocida prostituta. Sin embargo, a aquella hora, la habitual muchedumbre de pillos, timadores, confidentes, rameras, jugadores, ladrones, rateros y demás, que hacían del Solee el Solee, era menos que de costumbre.

La Varsovia cristiana, dos tercios de la población, se recogía piadosamente en las iglesias. La víspera, la Varsovia judía, el otro tercio, habíase recogido piadosamente

en las sinagogas.

Era un hermoso día. Gabriela, mientras se preparaba para dirigirse a oír misa, podía ver a través de su balcón la plaza y la Aleja Ujazdowska, por donde paseaban los elegantes. Las figuras masculinas se repetían con cierta monotonía, todas con trajes, sombreros y bastones similares, salvo los gallardos oficiales del Ejército. Las mujeres vestían modelos de París, se tocaban con sombreros de París, se adornaban con pieles.

Los nuevos ricos se exhibían por el bulevar de Jerusalén y la gran avenida de los Mariscales.

Los enamorados jóvenes, llenos de esperanzas, y los soldados rasos y sus novias paseaban por la calle del Nuevo Mundo, mirando con deseos los enrejados escaparates.

Los visitantes del campo inundaban la plaza de la Ciudad Vieja para saturarse de ambiente polaco.

Los que no eran ricos ni pobres llenaban los Jardines Saxony. Y como el supernacionalista mariscal Pilsudski había muerto, se permitía a la multitud que se derramase dentro de la Lazienki, alrededor de su Palacio Belvedere, y examinase las maravillas de sus jardines botánicos particulares.

En la Ciudad Vieja, los muchachos sacaban fotografías de sus novias posando sobre las murallas medievales.

Y los pobres iban a los Jardines Krasinski a contemplar los árboles y la hierba, comer huevos duros y cebolla, y a sacar a sus hijos del lago.

Entre surtidores, palacios y campanas de iglesia, Varsovia se paseaba, y las niñas, con medias blancas hasta la rodilla, tirabuzones y trenzas, caminaban al lado de sus padres, que se sentían bastante santificados después de la visita a los sagrados dominios, y los niños perseguían a las niñas y les tiraban de las trenzas.

En el centro de las anchas aceras, la vida se concentraba en torno de los pilares anunciadores, de forma circular, en los que se habían pegado cartelones referentes a acontecimientos culturales, noticias, tratos y películas de Irene Dunne.

Los monumentos de Pilsudski, montado en su caballo, Stefan, montado en su caballo, Poniatowski, montado en su caballo, y Chopin, de pie y sin montar nada, aparecían asfixiados bajo un diluvio de flores recién cortadas, siguiendo la tradición polaca de reverenciar a sus héroes.

En la plaza Pilsudski, el campo de concentraciones políticas y militares de Varsovia, se levantaban once columnas macizas formando la entrada a los Jardines Saxony, y en su centro ardía la llama eterna del Soldado Desconocido.

También ésta rodeada de flores recién cortadas.

Al salir de la iglesia, los ricos se iban a la postinera Bruhl House y comían helados y bebían té después de haber pasado su hora con Dios, mientras los pobres

les miraban desde la calle, a través de las largas y bajas ventanas. A los ricos parecía que no les importaba.

No todo Varsovia era tan reverente.

Los judíos habían celebrado la fiesta un día antes, y mientras sus hermanos cristianos purgaban sus pecados, los judíos eludían calladamente, con astucia, el cumplimiento de las severas leyes del descanso dominical. En la calle Wolynska, centro del «gangsterismo» judío, se hacía contrabando y se robaba, las tiendas de ropa de Gensia trocaban géneros por materia prima, los almacenes de los propietarios de materiales de construcción que bordeaban la plaza Grzybow se abrían si alguien llamaba con la combinación adecuada de golpecitos.

En los sectores habitados por una mezcla de cristianos y judíos, las elegantes calles de Sienna y Zlota, los profesionales y comerciantes judíos procuraban enterar a sus vecinos de que ellos eran buenos polacos, y se sumaban a los paseantes.

Y las campanas tañían.

Todo parecía en buen orden, en Varsovia, para el domingo. Es decir, en buen orden si uno no se acercaba a los Ministerios cargados de tensión, o a los vestíbulos de los hoteles Polonia, Bristol, Europa, agitados de rumores. O si uno no formaba parte de los que se paraban delante del Palacio Presidencial, mirando y esperando la noticia de un milagro que no se producía. O si uno no estaba en casa, delante del aparato de radio que traía las voces de la BBC, de Berlín, de América y de Moscú.

Porque debajo de la capa de normalidad, todo el mundo parecía saber que las campanas de la capital lo mismo podían estar tañendo el toque de difuntos de Polonia.

La reunión del Consejo Bathyrano se celebraba en el domicilio de su secretario general, Alexander Brandel. El piso estaba situado enfrente de la Gran Sinagoga de la calle Tlomatskie y convenientemente próximo al Club de los Escritores, que era el punto de reunión de periodistas, actores, escritores, artistas e intelectuales que no confesaban que fuesen judíos si se reunían en otro club, unas manzanas más allá.

Los reunidos pasaron por alto una docena de cuestiones formularias que habían quedado sin resolver durante la ausencia de Andrei, y la discusión se centró en lo que tenían que hacer en caso de guerra.

—La guerra nos traerá tiempos terribles —dijo Alex—. No considero demasiado prematuro trazar un plan para una situación de urgencia. Quizá deberíamos pensar incluso en lo que haremos si, Dios no lo quiera, vienen los alemanes.

Ana Grinspan, la secretaria de enlace, fue la primera que se levantó.

—Ante todo, lo primero que debemos hacer es cerrar las filas más que nunca. Para el caso de una ocupación alemana, debemos establecer un sistema de comunicación entre todos nuestros cabildos.

Andrei miraba pensativo por la ventana. Cuando Ana tomó la palabra, volvió la cabeza y fijó la vista en ella. Y pensó que todavía tenía para él mucho atractivo. Había sido su novia antes que Gabriela. Cosa chocante, se parecía mucho a ésta. Ana tenía veinticinco años y un aspecto muy polaco. Vivía en Cracovia y procedía de una familia de la clase media acomodada. La mayoría de medio judíos caían en uno u otro de los dos extremos: o bien odiaban su sangre judía con furia anormal, o bien abrazaban el judaísmo con su pasión igualmente anormal. Cuando Ana descubrió que su padre era judío, se volvió una sionista furibunda. Esta obsesión fue lo que enfrió los sentimientos de Andrei hacia ella. Hay ocasiones en que una mujer ha de ser mujer, nada más, y al diablo el sionismo. Que a uno le estén hablando de sionismo en ciertos momentos, resulta excesivo. De todas formas, su separación fue una cosa perfectamente civilizada.

Ana habló por espacio de diez minutos. Su punto de vista no levantó discusiones. Unidad eterna.

Tolek Alterman se había puesto en pie. «Dios santo, no permitas, por favor, que Tolek se embale mucho», pensó Andrei. Pero Tolek se había embalado. Se le distinguía por su cabeza poblada de un gran matorral de cabello, su chaqueta de cuero y sus puntos de vista izquierdistas. Tolek era el gerente de la granja bathyrana de entrenamiento de las afueras de Varsovia. Había estado en Palestina con un grupo sionista polaco, y, como todos los que habían estado en Tierra Santa, se ufanaba de ello con una especie de arrogancia sagrada. «Los que hemos estado realmente allí...», era una de sus frases favoritas y que más usaba para sostener un argumento.

—Con guerra o sin guerra —salmodiaba Tolek, en voz alta—, estamos agrupados, unidos por nuestra creencia común en una serie de principios.

«Ahora nos preguntará cuáles son esos principios», pensó Andrei.

—¿Y cuáles son esos principios? —dijo Tolek—. Son los principios del sionismo. Polonia y Rusia son los manantiales del sionismo, a causa del deseo de nuestro pueblo de tener una patria después de siglos y siglos de persecución.

«¡Oh, por amor de Cristo, Tolek! Ya sabemos que somos sionistas.»

—Para conservarnos sionistas, hemos de seguir actuando como tales.

«Ya se está arrastrando hacia sus fantásticos cepos lógicos.»

—La granja es sionismo viviente. Debemos seguir manteniendo la granja en marcha y entrenando a nuestra gente para sus metas eventuales, con guerra o sin guerra.

Aquí Tolek cambió la marcha y puso segunda. No se podía negar que había hecho una gran labor como dirigente de la granja.

«Antes de que se encargase él —pensó Andrei—, no sabíamos ni cultivar malas hierbas. Desde entonces, hemos entrenado a grupos de jóvenes que han establecido con éxito colonias en Palestina. ¡Si al menos no estuviese tan pagado de su sagrada

misión!»

—Habiendo estado allá personalmente... —iba diciendo Tolek.

Palabras, palabras, palabras.

Ahora le tocaba a Susan Geller el turno de hablar.

—El orfanato bathyrano de Zoliborz es uno de los mejores de Polonia. Allí cuidamos a doscientos jóvenes. Todos ellos son futuros colonizadores potenciales de Palestina. La guerra nos traerá más huérfanos. Nada en la tierra tiene mayor importancia que nuestros niños...

«Tolek quiere su granja, Susan quiere su orfanato, Ana quiere la unidad eterna. Cada uno arguye en favor de su interés personal. Por último, Ervin bosteza. El bueno de Ervin Rosenblum. Nuestro secretario de información y cultura no tiene nada que decir, gracias a Dios. Rosy es un sionista social. Se unió a nosotros buscando compañía intelectual, principalmente la de Susan Geller. Me gustaría saber si llegarán a casarse.»

«¿Le hablé a Styka del casco de la pata delantera izquierda de "Batory"?

Después de la última patrulla lo tenía un poco tierno. Estoy seguro de haberle dicho que cuidase de que el veterinario procediera a un examen general de "Batory". O quizá no se lo dije. ¡Me dieron el permiso tan de súbito!»

—¿Qué opinas tú, Andrei?

—¿Qué?

—Decía..., ¿no quieres expresar tu opinión?

—Claro. Si vienen los alemanes, nos iremos a los bosques y lucharemos.

El enmarañado pelo de Tolek Alterman descendió mientras su propietario levantaba el índice y decía que Andrei no tenía freno. Lo que no tenía hoy Andrei eran ganas de discutir, y menos con Tolek, o Ana, o Susan, o Ervin, o Alexander.

—¿Quién puede trazar planes? ¡Qué diablos! ¿Quién sabe lo que va a ocurrir? —preguntó.

Alexander Brandel intervino rápidamente, y con sus grandes dotes de mediador evitó el choque de filosofías excitado por los crecidos ríos de palabras. Pronunció unas bien escogidas e irrebatibles bendiciones sobre la sabiduría del sionismo, dentro del cual todo el mundo podía reivindicar su punto de vista, y la reunión se disolvió con una nota de unidad, unidad eterna.

Cuando los demás se hubieron marchado, Andrei se quedó en casa de su amigo más íntimo. Él y Wolf Brandel, un muchacho de dieciséis años, hijo de Alex, jugaron una partida de ajedrez mientras Alex trabajaba en su despacho.

—Como oficial de caballería, te enseñaré a utilizar los caballos —dijo Andrei, amenazando con uno suyo un alfil de Wolf.

El joven Wolf mató el caballo. Andrei se rascó la cabeza. No significaba deshonra alguna el perder, porque el muchacho era un mago del ajedrez.

Desde su mesa, Alex levantó los ojos.

—Wolf me dice que metes tu caballo en la batalla sin el apoyo debido. Eres un mal oficial, Andrei.

—¡Ah, *schmendrick*, hoy te daré una lección!

Brandel, el de temperamento blando y cabello canoso, sonrió y volvió a enfrascarse con sus papeles. El cargo de secretario de una organización con veinte mil miembros y cien mil simpatizantes le tenía atareado noche y día.

Administrador, recaudador de fondos, protagonista... Era, además, inspector del orfanato, la granja de entrenamiento y la publicación *Kol Bathyran*: «Voz de Bathyran».

Pero por encima de todo, Alexander Brandel era el filósofo del sionismo puro.

Había muchas clases de sionismo, cada una con sus propias variantes.

Alexander Brandel decía que había un tipo de sionismo para cada judío.

La filosofía independiente de mayor volumen, el sionismo laborista, emergió de Polonia y de Rusia después de unas terribles carnicerías de judíos a la vuelta del siglo. El sionismo laborista pedía un abnegado sacrificio a la fuerza obrera judía como clave para la redención de Palestina.

La otra filosofía que le seguía en importancia numérica era la de los revisionistas, o activistas. Eran estos hombres vehementes cuyo temperamento reclamaba la revancha. A menudo supernacionalistas y de espíritu militar, querían que las injusticias del antisemitismo se purgasen según el «ojo por ojo...». De las filas de los revisionistas salieron muchos de los terroristas que lucharon contra las disposiciones británicas en el mandato de Palestina.

Los *bathyranos* de Alexander Brandel, formados por un pequeño número de intelectuales, constituían un tercer grupo, propugnaban el sionismo puro. Su credo consistía en un solo principio: según lo demostraban dos mil años de persecución, el establecimiento de una patria judía era una necesidad histórica.

Si bien los otros grupos convenían en que los *bathyranos* poseían sin duda idealismo más que sobrado, alegaban que sin un dogma era imposible llevar a la práctica ninguna ideología.

Brandel respondía a las acusaciones de que los *bathyranos* eran un club social antiséptico, eligiendo lo mejor de todos los idearios y llevándolo a la práctica sin dejarse maniatar por ninguno de ellos. No estaba de acuerdo con las restricciones sobre el individuo que exigían los sionistas laboristas, ni creía que el culto a la fuerza de los revisionistas fuese la solución completa. Algo de fuerza y algo de restricción, sí. Pero no en absoluto.

Vivía olvidado de su vida particular. Sus ingresos fueron siempre modestos, y su persona, desorganizada, con una distracción muy propia del hombre de estudio. La luz permanecía encendida hasta muy tarde en el piso de los Brandel, pues aparte de

sus deberes con los *bathyranos*, Alexander Brandel era un historiador polaco notable.

Wolf estaba eliminando el segundo caballo de Andrei cuando Sylvia, la esposa de Alex, entró con un puchero de té y unas tortitas. Estaba embarazada de seis meses, y ya se le notaba mucho. El humor bathyrano sostenía que Alex había ido a casa dos veces en dieciséis años y las dos veces había dejado a Sylvia encinta.

Sylvia era la personificación de la «buena muchacha judía». Sencilla, bonita, con una fisonomía morena y regordeta, tenía la mente despierta y era un ama de casa inteligente, creadora de las condiciones ideales que permitían que Alex pudiera proseguir su trabajo.

A los ojos de Sylvia, sionista de nacimiento, Alex había llegado a la cumbre mayor que podía alcanzar un judío. Era escritor, maestro e historiador. No era posible nada más grande. Sylvia había asistido a su primera reunión de sionistas laboristas en brazos de su madre cuando todavía no sabía andar, y ahora se entregaba por entero al trabajo de su esposo. Nunca se quejaba de que fuesen pobres, ni de que él estuviera ausente la mitad del tiempo.

A su manera particular, lánguida y sentimental, Alex amaba mucho a Sylvia. Casi tanto como ella le amaba a él.

Alex medraba en el trabajo. Sólo de tarde en tarde parecía necesitar el solaz de un lecho cálido y de los brazos y la voz acariciadora de su mujer. Mientras el mundo giraba a su alrededor en un remolino de prisas, cóleras y desengaños, él jamás parecía variar su ritmo, jamás levantaba la voz, jamás se dejaba arrastrar por el pánico, jamás parecía desgarrado por los conflictos internos que atormentaban a otros hombres.

Alexander Brandel había conseguido ese reino del cielo en la tierra que se llama paz de espíritu.

Semejaba una paradoja y hasta una ironía que Brandel y Androfski constituyesen el equipo que tenía en marcha a los *bathyranos*. Andrei tenía quince años menos que Alex, y era su polo opuesto en temperamento y puntos de vista. Andrei pensaba como un activista. Sin embargo, cada uno de ellos reconocía en el otro una fuerza particular que a él le faltaba. El símbolo de la fuerza física..., el símbolo de la inteligencia.

—Tú y Gabriela os quedaréis a comer —dijo Sylvia.

—Si no hemos de ocasionaros ninguna molestia.

—¿Qué molestia? Wolf, en seguida que hayas terminado esa partida, ve a practicar la flauta. El dinero para las lecciones no se cría en los árboles.

—Sí, mamá.

—Es una suerte, Andrei, que tu sobrina Rachael vaya al mismo conservatorio. Wolf no practicaría ni una sola nota.

Andrei dirigió una mirada a Wolf, el cual se puso colorado.

«¡Vaya! —pensó—. Tú eres uno de los *schmendricks* que miran a Rachael.»

Wolf se humedeció los labios, bajó los ojos y movió una pieza.

Andrei estudió al muchacho. Desgarbado, unos pelos dispersos por el mentón, barrillos... ¿Qué podía ver Rachael en aquello? No a un hombre, ciertamente, pero, por otra parte, tampoco a un muchacho.

«Le conozco desde niño. Es un buen chico. Respetará a Rachael..., creo yo.»

—Usted mueve.

Andrei hizo una jugada atroz.

—Jaque mate —dijo Wolf.

Andrei se quedó mirando el tablero fijamente y con los ojos muy abiertos durante tres minutos largos.

—Vete a practicar la flauta.

El oficial se estiró, bostezó y se acercó, dando rodeos, a Alex, que estaba escribiendo en un cuaderno de notas grande.

—¿Qué es eso? —preguntó, cogiendo el cuaderno y haciendo pasar las hojas.

—Un diario de acontecimientos, simplemente. Satisface mi vocación natural de persona fisgoneadora.

—¿Qué esperas conseguir escribiendo diarios a tu edad?

—No sé si servirá para nada. Pero me ha dado la corazonada loca, Andrei, de que acaso algún día tenga cierta importancia.

Andrei volvió a dejar el diario encima de la mesa y se encogió de hombros.

—Nunca ocupará el puesto de la Séptima Brigada de Ulanos.

—No estaría tan seguro de ello —contestó Alex—. La verdad, empleada en el momento oportuno, puede ser un arma que valga por mil ejércitos.

—Alex, eres un soñador.

Alex observó que Andrei se ponía cada vez más nervioso. El historiador era en realidad la única persona con quien Andrei podía hablar desde los recovecos más íntimos de su mente. Alex apartó los papeles a un lado, cogió una botella de vodka que había en la mesa y llenó dos vasos, uno pequeño para sí y otro grande para Andrei.

Andrei cogió el vaso y dijo:

—¡ *Le chayim*! (¡A la vida!)

—Hoy has estado callado, en la reunión —dijo Alex.

—Los demás han hablado de sobra por mí.

—Andrei, sólo te había visto tan desdichado en otra ocasión. Dos años atrás..., antes de Gabriela. ¿Os habéis peleado?

—Siempre nos peleamos.

—¿Dónde está?

—En la iglesia, probablemente.

—Es la guerra que se acerca, ¿verdad que sí?

—Sí, es la guerra, y es Gabriela. Hay cosas que un hombre quiere saber a fondo

antes de marcharse al campo de batalla.

—Hoy hemos hablado de estas cosas tres horas seguidas. Tú no estabas con nosotros.

Andrei bebió unos sorbitos de vodka y meneó la cabeza.

—Soy un mal judío, Alex. No soy un judío del cual mi padre hubiera estado orgulloso. Ojalá Dios conceda el descanso a su alma. —Andrei fue hasta la ventana, corrió la cortina y señaló hacia el gran símbolo de la judería de Europa oriental: la Sinagoga Tlomatskie—. Mi padre sabía hallar alivio para cualquier problema en las palabras del Tora.

—Pero, Andrei, por algo nosotros somos *bathyranos*, sionistas laboristas y revisionistas. Porque no sabríamos hallar alivio en el Tora Sólo.

—He ahí la cuestión, Alex. Ni siquiera soy un buen sionista.

—¡Bondad divina! ¿Con quién has hablado?

—Con Paul Bronski. Su mirada penetra en mi interior. Soy un sionista de mentirijillas. Escúchame, Alex. Yo no soy un discípulo de A. D. Gordon ni de toda esa monserga del amor al suelo. Yo no quiero ir a Palestina, ni ahora ni nunca. Varsovia es mi ciudad. No Tel Aviv, ni Jerusalén. Soy un oficial polaco, y éste es mi país.

—Una vez me dijiste muy llanamente que no querías que nadie te robase los pollos. ¿No es esto sionismo? ¿No estamos metidos simplemente en una lucha por nuestra dignidad?

—En insegura batalla —murmuró Andrei. Luego se sentó, y su voz se hizo muy suave—. Quiero vivir en Polonia y quiero formar parte de este país como perteneciente a él. Pero al mismo tiempo, quiero ser lo que soy. No puedo aceptar las condiciones de Paul Bronski: dejar de ser lo que soy. Yo he querido correr hacia la sinagoga y compartir la fe de mi padre. Yo quiero creer en el sionismo del modo que crees tú.

Alexander Brandel se apretó la bufanda alrededor del cuello. Al levantar el vaso, puso al descubierto un gran remiendo en el codo.

—¿Leíste alguna vez el artículo que escribí cuando trataba de explicar la anatomía del antisemitismo en Polonia? No importa, era malo. —Brandel cerró los ojos para intensificar la concentración mental y recitó—: Polonia entera está dividida en tres clases: los campesinos, los grandes terratenientes (los cuales se proponen que los otros continúen siendo campesinos) y los judíos. Noventa y cinco por ciento de Ucrania, y cinco por ciento de París, con unos cuantos grupos étnicos intercalados para originar conflictos interminables en nuestras fronteras orientales y occidentales. Nosotros, los judíos, vinimos a Polonia en la Edad Media, invitados por un rey polaco que huía de las espadas de los cruzados. Vinimos a establecer la clase de los profesionales y los comerciantes de esta nación.

—Bien dicho, profesor.

—Andrei, coge a ese campesino, pobre, mísero, que se gana la existencia arañando el suelo. Para justificar que sea capaz de vivir en un mundo con el cual no puede contender, tiene que refugiarse en su creencia religiosa hasta llegar al misticismo. Ahora bien, en su poblado hay un judío. Al judío no se le permite poseer tierras, por lo cual el judío ha de fabricar magia con sus manos.

El judío sabe coser, remendar zapatos... El judío sabe leer. El judío lee cosas en una escritura misteriosa y practica ritos que amedrentan al campesino. O quizá se convierte en el comerciante de cereales. Tiene que utilizar su inteligencia y su astucia para vivir. Es posible que preste dinero. Esto le hace despreciable. Pero lo que el campesino no entiende en modo alguno es que el judío empuje una carretilla y venda ropas de segunda mano para poder enviar a su hijo al colegio.

Nuestro campesino va a la ciudad una vez por semana, se siente fracasado y aturdido, y se emborracha. Ha de arremeter contra alguno, ha de desahogar esta acumulación de fracasos. No puede arremeter contra el noble, dueño de las tierras que él cultiva y el cual le roba la mitad de la cosecha en concepto de renta. Por lo tanto, arremete contra el pequeño judío, que no puede devolver el golpe. El noble le dice que el judío, que presta dinero y compra y vende cereales y utiliza sangre humana en sus ceremonias religiosas, le ha llevado a aquel estado de pobreza. El campesino es una víctima de las artimañas judías. Ahora bien, nuestro noble (que roba a mansalva a los campesinos, no les da instrucción, ni asistencia médica, ni justicia), odia también al judío, que es médico, abogado, arquitecto, o banquero. Nosotros somos la cabeza de turco apropiada para los siervos y para aquellos que cifran su objetivo en mantenerles en el estado de siervos.

Andrei refunfuñó:

—Querer ser polaco en la patria de uno, es tan pueril como querer ser judío también en la patria de uno. A mí no se me permite el lujo de ser ninguna de las dos cosas.

Entonces miró por la ventana y vio a Gabriela que se dirigía hacia la vivienda.

«Al menos me queda otra noche con ella antes de regresar —pensó—. Al menos me queda esto.»

CAPÍTULO IX

Por desgracia, la divina sensación que se apoderaba de Varsovia en domingo no tenía poder para concertar una tregua, para inmovilizar las estrellas del lado que caminaban hacia la hora doce, la hora definitiva. Los ministerios, las oficinas de guerra y los cuartos de noticias estaban abiertos y en actividad.

Chris entró el despacho a Rosy y se fue al Ministerio de Asuntos Exteriores a comprobar si había noticias de última hora sobre la crisis.

Por el momento, el Ministerio estaba callado.

Chris salió, pero en vez de regresar al Bristol continuó hasta la plaza Pilsudski, dejando atrás las altas columnas que velaban la llama eterna, y entró en los Jardines Saxony. Los paseantes domingueros y los ociosos llenaban bancos y sendas. Pasó por delante del teatro de madera que anunciaba la última obra de la temporada de verano.

«La próxima semana, función nueva», pensó Chris. Todo el reparto, alemán. El periodista se detuvo delante del lago, consultó el reloj y encontró un banco vacío. El cálido sol y los cisnes deslizándose por el agua, acrecentaban la serenidad del momento. Chris cerró los ojos un instante y se frotó la sien. Sentía náuseas y tenía un ligero dolor de cabeza, consecuencia de la juerga con Andrei la noche anterior.

«El dichoso Andrei me abandonará —pensó—, mientras que a mí otro ataque de borrachera en compañía del orgullo de los ulanos me dejaría para el arrastre.»

Deborah apareció en el fondo del sendero. Aunque ella le buscaba con la mirada, no le hizo ningún signo. Por un momento sólo deseaba mirarla. Cada vez que la veía era lo mismo que la primera. Ella hizo un ademán y se sentó a su lado. Él le cogió la mano en silencio. Estuvieron largo rato sin hablar. Tampoco oían el remolino de pisadas a su alrededor, ni el sonido de las risas nerviosas que venían del lago, donde un soldado dejó de remar, y al acercarse a la muchacha que le acompañaba, por poco vuelca la barca. Y tampoco oyeron el indignado tumulto de los cisnes apartándose de la trayectoria de la pequeña nave.

—He venido tan pronto como he podido —dijo por fin Deborah.

—¿Por qué no has querido ir a mi apartamiento?

Deborah se limitó a menear la cabeza.

—Chris, lo que hacíamos no ha sido nunca justo —dijo con un suspiro—. Sólo que ahora, estando Paul fuera, todavía parece peor.

—¡Se me ha hecho el tiempo tan largo! Cada minuto escuchando si venías...

—Sabes que quería venir —dijo ella.

Sus dedos traicionaban tan vivamente su nerviosismo, que retiró la mano.

—Mañana me marcho —dijo Chris.

Ella se sobresaltó.

—Sólo por unos días. Voy a efectuar un recorrido por la frontera.

—Estoy contenta de que me hayas llamado.

—Desde la otra noche no has estado ausente de mi pensamiento ni un minuto. Deborah, ahora estamos sentados aquí, a la luz del sol, y podemos pensar. Hemos de discutir nuestro caso con Paul y resolverlo de una vez.

—No, Chris. Estando él en el Ejército, no.

—Antes de esa excusa hubo otra, y antes de la otra, otra. Juro que he deseado que no regrese.

—¡Chris!

—Lo sé. Es un hombre excelente.

—Yo también he pensado mucho en nosotros, Chris. Cuando estoy contigo es... Nunca creí que pudiera ocurrirme esto. Pero al mismo tiempo hago una cosa contraria a todas las creencias que había profesado. No abandonaré a Paul.

—¿Existe algún sentimiento entre tú y él?

—En el sentido que tú quieres decir, no. No ha existido nunca. Pero hay otros aspectos en los que un hombre y una mujer pueden representar algo uno para otro.

—Deborah, yo no te dejaré hasta que me eches.

—Entonces, hemos llegado a este caso. Yo no puedo continuar viéndote y al mismo tiempo conservar la poca dignidad que me queda. —La mano de Chris le acarició la mejilla y el cuello, y ella cerró los ojos—. No lo hagas, Chris, ya sabes cómo soy... ¡Oh, Chris! Sólo te ocasiono problemas. No te hago ningún bien.

Deborah sintió que los labios de él le rozaban la cara.

Deborah Androfski sólo tenía once años cuando murió su madre. Hubo de asumir el papel de ama de casa para su padre y su hermanito Andrei. Nunca terminaba el trabajo, ni antes ni después de ir a la escuela. Tenía que cocinar, limpiar, lavar la ropa y hacer la compra. Eran pobres, tan pobres como únicamente un judío polaco podría serlo. Deborah tenía que pasarse horas discutiendo y regateando en medio de la suciedad y la pobreza de la plaza Parysowski para ahorrar hasta el último *zloty*.

Parecía que todo lo que Deborah podía recordar de su madre, al cabo del tiempo, era la imagen de una mujer cansada y atormentada por el dolor, que esperaba que la muerte, como una redención, se la llevase lejos de los olores y la suciedad de la calle Stawki. Cuando subía las escaleras, mamá siempre se llevaba las manos a los riñones y gemía. Mamá siempre tenía un dolor nuevo, uno más de una colección interminable de sufrimientos.

Israel Androfski poseía la facultad de hallar un descanso en la lucha por la existencia en los consuelos de una religiosidad profundamente arraigada que le llevaba hasta el borde de fanáticos gozos por medio de la oración. En la sinagoga se sentía ajeno a la miseria que le rodeaba. Tal consuelo le estaba negado a mamá, porque la oración cotidiana era un privilegio de los hombres.

El ser «una buena esposa judía» imponía rígidas normas de vida. A medida que Deborah se hizo mayor, las pequeñas viñetas del mosaico disperso empezaron a tomar forma y significado. Comprendió por qué mamá se lamentaba todas las noches de las vísperas del Sabbath, cuando papá llegaba de la sinagoga, pues se daba por descontado que una buena esposa judía había de volver a consumar el matrimonio todos los viernes por la noche, lo cual era penoso y desagradable. Mamá perdió tres hijos por mal parto, otro murió de enfermedad cuando tenía un año. Esto era fruto de lo que mamá y papá hacían la noche de la víspera del Sabbath, lo cual terminaba siempre en penas y sufrimientos.

La venida al mundo de Andrei ocasionó una nueva colección de dolencias en las entrañas de mamá.

—Ten cuidado con los muchachos —le decía mamá a Deborah—. Te dejarán encinta y tendrás que pasarte la vida fregando suelos, lavando, inclinada sobre un fogón y dándoles hijos. Los muchachos no son nada bueno, Deborah, no son nada bueno...

Mamá bajó a la tumba protestando de los sufrimientos que acarrea el ser mujer.

Sus profecías se confirmaron cuando Deborah tuvo que fregar, barrer, guisar, lavar y hacer la compra. Era como si una voz sepulcral le hablase siempre por encima del hombro.

Por la época en que la chica cumplió los quince años, su padre había conseguido abrirse camino para salir de los barrios bajos y trasladado la residencia de su familia al hermoso barrio de la calle Sliska, donde vivían los judíos ortodoxos acomodados.

A pesar de que Israel Androfski era un hombre bondadoso, en el fondo de su mente Deborah le había acusado siempre de la muerte de su madre. Y cuando tuvo edad suficiente para comprender la causa de que su padre visitase a ciertas mujeres de mala reputación, ello fue un argumento más que vino a probar, en el interior de su mente, la sordidez de lo que los hombros y las mujeres hacían. La responsabilidad de la familia había formado en ella un temperamento pasivo. Desde que le alcanzaba la memoria, siempre estuvo sola, excepto por Andrei. La única distracción la encontraba en el piano.

Después de trasladarse a la calle Sliska, cuando la carga de actuar de ama de casa pesó menos sobre sus hombros, Deborah desahogó en el piano todos los agravios latentes en su alma, desarrollando un temperamento artístico que la llevó hasta las mismas cumbres cegadoras de la maestría.

Luego, del mismo modo repentino que se había entregado a la música, se rebeló contra ella cuando su padre le exigió que pasase más y más tiempo estudiándola.

Un fenómeno extraño e inexplicable se agitó en su interior, dominando los temores de la noche. Un deseo de libertad. Deborah quería explorar el mundo extraño que había más allá. El instinto de supervivencia le hizo comprender que se estaba

ahogando en un ghetto mental.

En su primer acto de desafío, Deborah abandonó el piano y resolvió ir a la Universidad a estudiar Medicina. La primera mirada al mundo exterior le proporcionó su primera amiga verdadera, Susan Geller, que estudiaba para enfermera.

Deborah Androfski tenía dieciocho años cuando conoció a Paul Bronski, el joven y brillante profesor por el cual albergaban un amor secreto todas las estudiantes. Deborah era una muchacha de una hermosura poco corriente, y de una ingenuidad tan poco corriente como su hermosura.

Paul Bronski, que había sido bastante meticuloso en todos los pasos dados en la vida, quiso que fuese su esposa. Deborah poseía todas las cualidades —inteligencia y belleza— y sería una madre y una anfitriona perfecta. Podría satisfacer las necesidades de un hombre cuando éste lo deseara, y facilitaría su carrera.

Deborah penetró en el grande y ancho mundo demasiado de prisa. Estaba huérfana en absoluto de picardía y de experiencia. Y se dejó arrebatar, perdiendo la noción de la realidad. Con una exactitud lacerante, la triste predicción de mamá se hizo cierta. Deborah quedó embarazada.

—Te amo muchísimo —dijo Paul—. Quiero que seas la señora de Paul Bronski.

—Si no me quisieras, creo que me moriría.

—¿No quererte? Deborah, cariño... Sólo que ahora tenemos que hacer algo en relación a tu estado.

—¿Qué?

—Sé que será penoso para ti, pero nuestro futuro depende de ello.

—Paul... ¡Matar a nuestro hijo!

—Querida, tú sólo tienes dieciocho años. Eres una de mis alumnas. Piensa en el escándalo que habría si te casaras en ese estado. No sería solamente una vergüenza para ti y para tu familia. Además, arruinaría mi carrera.

—Pero...

—No te apures. Más tarde tendremos hijos a montones.

El resultado la encenagó en la culpa. Mamá tenía razón. El sexo era feo y penoso. Sus profundas raíces religiosas le hicieron tomar la pérdida del hijo como un castigo por su pecado. Deborah se casó con Paul Bronski y se convirtió en todo aquello que él deseaba. Era la madre perfecta, el ama de casa sin tacha y satisfacía sus necesidades como hombre.

Pero en la oscuridad de su lecho cumplía la condena. Tenía muy incrustada en la conciencia la convicción de que el acto sexual es pecado, y practicaba la disciplina de fingir para no ofender a su marido. Deborah no sentía ni la satisfacción honda ni los pequeños placeres del amor. Era fría por completo.

¿Qué fuerza extraña y maravillosa la empujó hacia Christopher de Monti?

Él la asía de la mano como si fuese una niña pequeña y la sacaba de la selva negra

y perversa llevándola al áureo castillo asentado sobre una nube.

Ella había hecho una furiosa pataleta por algo que al parecer era una nonada. Chris comprendió perfectamente que, en realidad, estaba enojada consigo misma por miedo.

¡Cuántas veces le cogió la cara entre las manos!

Y todos los años de desengaño y fracaso huyeron raudos cuando él abrió la puerta que los encerraba y los alejó de ella...

Deborah abrió los ojos parpadeando. Las llamas se habían quedado en brasas. Chris hacía ruido en la cocina. Deborah dirigió una mirada a su reloj.

Era muy tarde. Chris entró, arrugado y sonriente, llevando unos pantalones caqui y trayendo dos tazas de café, y la vio transformarse ante sus ojos en otra persona distinta. Deborah buscó el teléfono y marcó un número con mano nerviosa, agitada.

—Hola, Rachael. Soy mamá. Cariño, me sabe mal no haberte llamado antes.

No he podido ir. ¿Te ha hecho una buena comida Zoshia? Practica el piano, querida. Dile a Stephan que dentro de poco estaré en casa.

Deborah dejó el teléfono con mano pausada. Chris le ofreció el, café. Ella movió la cabeza, esquivando su mirada.

—¿Hemos de representar otra escena de remordimientos?

—No.

—Pues yo, sí.

—Me he despertado en este momento con un sobresalto terrible. Resulta terriblemente claro que viviendo como hemos vivido, hemos pecado. Sé que seremos castigados.

El teléfono sonó.

—Hola.

—Soy Rosy.

—Di, Rosy.

—Convendría que vinieses inmediatamente.

—¿Qué pasa?

—Todo lo procedente de Berlín ha parado en seco. He llamado a Suiza.

Dicen que todas las líneas con Alemania están cortadas en la frontera polaca.

CAPÍTULO X

31 de agosto, 1939.

A: Comandante Compañía A, reforzada.

De: Comandante Séptima Brigada Caballería Ulana, Grudziadz.

Tema: Servicio de Patrulla.

Marche hacia el norte por la carretera de Tezew a las 7 horas.

Enviamos un destacamento especial de exploradores para que se ponga a sus órdenes con objeto de investigar los movimientos musitados, cambio de emplazamiento o aumentos de fuerza del Tercer Ejército alemán.

Envíenos informes por medio de un jinete, de la manera acostumbrada.

Cuando llegue a Tczew, únase a su batallón y continúe hasta Gdynia.

No más tarde de las 6 horas de mañana encontrará a la Compañía B viniendo de Tczew en servicio de patrulla en sentido contrario a usted.

Envíe su despacho por medio de ellos.

Hay que tener muy en cuenta que estamos en paz con Alemania y un incidente no provocado podría tener repercusiones graves. No obstante, bajo circunstancias extraordinarias queda autorizado a proceder según su propio criterio.

Firmado: Zygmunt Bozakolski, Brigadier Comandante, Séptima Brigada de Caballería: Grudziadz.

El capitán Andrei Androfski sacó a la Compañía A de los grandes cuarteles generales de la base de Grudziadz a las 7 horas. El movimiento se calificaba de servicio normal de patrulla: dos días de cabalgar por la frontera oriental del Corredor Polaco, sobre una carretera que corría paralela a la Prusia Oriental alemana. Había de encontrarse con otra compañía de su mismo batallón a la mañana siguiente. Hacía varias semanas que su brigada estaba empleada en aquellas patrullas móviles cubriendo el sector desde la ciudad portuaria del Báltico, Gdynia, hasta la base de Grudziadz. Tales servicios habían resultado singularmente monótonos y faltos de

novedad.

Mientras la Compañía A galopaba en dirección norte, aquel tibio día de últimos de verano en Pomerania, quedaba completamente desligada del frenético ajetreo que tenía lugar en Berlín, a varios centenares de kilómetros. El campo estaba verde y callado, y los soldados, como suelen hacer siempre los soldados, soñaban por adelantado en una juerga mayúscula en Gdynia.

Berlín, Alemania: 31 de agosto, 1939.

Sir Nevile Henderson, ministro británico de Asuntos Exteriores, recibió una lista de reclamaciones de la Cancillería alemana, satisfaciendo las cuales se podía evitar la guerra. Aquellas reclamaciones se las leyeron en un lenguaje rápido e ininteligible. Entonces él solicitó verlas por escrito. Pero no vinieron.

Los alemanes, en cambio, pidieron negociaciones directas con la misión polaca de paz bajo unas condiciones que los polacos ignoraban.

La comisión polaca no estaba autorizada para emprender una negociación directa. En un arranque de desesperación, plantándose en la última trinchera, sir Nevile Henderson suplicó a los polacos que consiguieran la autorización de Varsovia. Los polacos quisieron complacerle, pero cuando intentaron telefonear a su capital, descubrieron que las líneas estaban cortadas.

Sir Nevile Henderson, con los nervios al rojo vivo por el exceso de tensión y la falta de sueño, preguntó enojado por qué estaban inutilizadas las líneas. Los alemanes contestaron que aquello era obra de los bandidos judíos polacos, que empeoraban una situación ya «intolerable» y «demostraban que los polacos querían la guerra».

Berlín ardía de fiebre. Sobre la población se disparaba un fuego cruzado de relatos de ataques polacos en la frontera, de aviones polacos que disparaban contra los aviones comerciales alemanes sobre el Corredor, de polacos que cometían asesinatos y atrocidades contra «inocentes familias de raza alemana», de movilización polaca y de histeria bélica polaca.

Al atardecer del 31 de agosto la Compañía del capitán Androfski había realizado una correría más, sin novedad alguna, a lo largo de la frontera polaco-prusiana. Dieron por terminado el recorrido del día ante la ciudad alemana de Marienwerder, estableciendo un vivac en unas reducidas espesuras a unos pocos centenares de metros de la carretera. Después de la comida del atardecer, oscureció. Establecida la vigilancia normal, el capitán Androfski reunió el destacamento especial de exploración que habían puesto bajo su mando.

En adición a las órdenes normales para el servicio de patrulla, Andrei había

recibido, además, otras verbales del comandante de la Brigada de Información, relativas a las concentraciones de fuerzas acorazadas alemanas a lo largo de aquel sector del pasillo, y la patrulla de Andrei desempeñaba el objetivo secundario de observarlas. El destacamento especial de diez hombres, vestidos con trajes de paisano, cruzó desarmado hacia Alemania con la orden de rodear el sector de Marienwerder durante la noche y regresar al campamento antes del alba. Después de comprobar sus observaciones, entregarían los datos recogidos a la Compañía B.

31 de agosto 1939.

RIGUROSAMENTE SECRETO.

A: Comandante de las Fuerzas Armadas.

Orden número 1.

...como quiera que no podemos encontrar medios pacíficos para resolver la intolerable situación de la frontera oriental, hay que llevar a cabo el ataque a Polonia según los preparativos hechos para el CASO BLANCO

Fecha de ataque: 1 de setiembre 1939.

Hora de ataque: 4 horas, 45 minutos.

Firmado: Adolfo Hitler.

Mientras los hombres de la Compañía A dormían en un sector de bosque del Corredor Polaco, el epílogo de la paz se escribía a centenares de kilómetros más al sur, donde Alemania y Polonia se enfrentaban en Gleiwitz y Katowice.

Soldados de las SS alemanas, vestidos de soldados polacos, cruzaron la frontera entrando en Polonia, luego la cruzaron de nuevo para entrar en Alemania y volaron su propia estación de radio de Gleiwitz. Con ello, según la lógica nazi, se había dado un pretexto para marcar la guerra con el sello de «oficial».

Cuando el sargento primero Styka sacudió a los hombres de la Compañía A, sacándolos del sueño, ellos no sabían nada del CASO BLANCO. Para ellos iba a empezar otro día aburrido de la vida militar. Los soldados se despertaban refunfuñando, y empezaban a ponerse en movimiento soltando palabrotas.

El capitán Androfski y el sargento primero Styka sólo habían dormido a ratos. La mayor parte de la noche la habían pasado aguardando hasta que los diez exploradores hubieron regresado sin novedad. Andrei desmenuzó sus informes y escribió el despacho.

1 setiembre 1939.

A: Comandante de la Séptima Brigada de Caballería Ulana, Grudziadz.

De: Compañía A, patrulla móvil de frontera.

Anoche acampamos en la posición L-14 enfrente de Marienwerder.

El destacamento especial exploró el sector de acuerdo con las órdenes verbales recibidas.

En este sector se nota con toda evidencia una concentración anormal de fuerzas alemanas. Además de las unidades que habíamos identificado anteriormente, hemos reconocido dos nuevos regimientos de infantería acorazada y al menos una parte de una división de carros blindados: Regimientos 22° y 56.a de Infantería y 3.a de Carros.

Dos batallones de esta división de carros han salido de Marienwerder a las tres de esta madrugada, al parecer para situarse más al sur.

Hoy la Compañía A seguirá hacia el norte. Esperamos reunimos con el resto del batallón esta noche, en Tczew.

Firmado: Andrei Androfski, capitán Compañía A.

Andrei dobló el despacho. Luego, obedeciendo a un impulso repentino, lo abrió de nuevo, y al final de la hoja, escribió, ocupando toda la anchura del papel: «¡Viva Polonia eternamente!».

El sargento primero Styka vino al trote de su caballo hasta Andrei, saludó militarmente, y dijo:

—La Compañía está comiendo, señor. Deberíamos hallarnos en condiciones de emprender la marcha dentro de media hora.

—¿Ninguna señal de la Compañía B todavía?

—No, señor. Ninguna.

Andrei miró el reloj y se puso a meditar. Eran las cinco y media. La hora fijada eran las seis. Había de transcurrir media hora. ¿Pasaría algo en el norte?

En fin, de nada servía entretenerse en especulaciones.

—Buenos días, señor —saludaron los oficiales cuando penetró en su círculo.

—Buenos días.

Él y Styka se sentaron apartados a un lado y comieron.

«Maldito jamón. Mi padre se revolvería en la fosa si me viese comer jamón.»

—Styka, ¿cuándo diablos sabrá preparar el té?

Andrei vertió en el suelo el contenido del fondo del vaso.

—Me temo que nunca, señor.

—Mande a la Compañía que ensille y esté dispuesta.

—Sí, señor.

Andrei anduvo hasta la orilla del bosque y se quedó mirando largo rato, aunque inútilmente, el desierto camino, esforzando la vista por divisar una nubecilla delatora de polvo, o escuchar el deseado sonido de los cascos de los caballos.

Las seis. La hora límite había pasado. La Compañía B no aparecía.

De súbito, todo el movimiento de la Compañía se interrumpió y todos los hombres recorrieron el camino con la mirada. Andrei regresó a los terrenos del vivac.

—¡Styka!

—Diga, señor.

—Envíeme un jinete. Escoja a Tyrowicz.

El cabo Tyrowicz, el mejor jinete de la Compañía A, se presentó para recibir órdenes.

—Tyrowicz, regrese a todo galope a Grudziadz. Necesito que esté de vuelta aquí a las doce. Utilice los campos. Manténgase apartado de la carretera principal. ¿Podrá hacerlo, muchacho?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas, mi capitán.

—Entregue este despacho, en mano, al brigadier Bozakolski. Dígale que la Compañía B no aparece. Nosotros continuamos hacia el norte.

—Sí, señor.

Andrei vio cómo Tyrowicz picaba espuelas y hacía emprender la carrera a su caballo. Luego se volvió hacia el sargento Styka.

—Mande que los exploradores de vanguardia se adelanten. El primer pelotón marchará al frente. Ponga guardia en los flancos. Que estén en la carretera dentro de cinco minutos, en columna de a dos. Dese prisa.

—Sí, señor.

El amanecer era frío. Los hombres se calentaban dándose golpes, y de sus bocas salían dardos de aire helado. Los primeros rayos de luz penetraron en el bosque, cambiando el tono gris del feo día. De un extremo a otro se oían las voces tajantes ordenando montar. Ninguna maldición, ninguna queja. A todos les invadía una tensión que los ponía serios. Algunos de los más piadosos estaban de rodillas rezando avemarias a toda prisa. «¡Qué extraño!» pensó Andrei. La Compañía nunca había demostrado mucha afición al rezo. Dirigió otra mirada al reloj. Dentro de cuarenta minutos se vería perfectamente.

¿Dónde diablos estaba la Compañía B? ¿Dónde diablos estaban?

Andrei sintió un nudo en el estómago, de un modo muy similar a como le ocurría

antes de un partido de fútbol. Aquella mañana callada y el té malo de Styka, ¿eran la guerra?

El sargento primero regresó.

—Estamos formados ya, señor.

Andrei movió la cabeza asintiendo y se quedó mirando cómo el sargento volvía al trote a la carretera.

Ahora el bosque estaba desierto. Andrei comprobó las hebillas de la silla de «Batory». Mascó un trozo de pan negro, bebió un trago de la cantimplora, y la deslizó de nuevo en la alforja de la silla. Luego fijó la mirada en aquel animal negro y magnífico. El caballo estaba nervioso.

Andrei apretó la frente al cuello de «Batory».

—«Te damos las gracias por nuestras vidas, que están en Tus manos, y por nuestras almas, que Tú guardas». ¿Por qué rezo? No había rezado desde que era muchacho. —«Batory» relinchó y se levantó sobre las patas traseras—. Tú también lo percibes, ¿verdad, chico? Quieto, amigo. —Andrei saltó sobre su caballo, al que pronto hubo apaciguado, y salió al trote a la carretera.

—¡En marcha! —bramó Styka.

El pelotón de vanguardia partió al galope. Los flancos se abrieron en abanico y los enlaces tomaron posiciones para establecer el contacto.

Avanzaban a un trote corto, transfigurados por la luz, cada vez más clara, del día. Hacia el norte. Una hora..., dos, tres, y cada kilómetro les llenaba de una inquietud mayor. Ni rastro de la Compañía B. Aquello quedaba fuera de todos los límites normales. O les habían cambiado las órdenes..., o había conflicto.

Como sucede con frecuencia en la guerra, cuando los hombres están en el campo, la decisión se les da hecha.

—Capitán —dijo Styka—, ¡por el norte vienen unos jinetes en esta dirección!

Andrei enfocó los prismáticos sobre ellos. Eran dos. Uno, suyo, el que había despachado antes. El otro, un desconocido. Ambos se metieron en el bosque con las cabalgaduras echando espumarajos. El desconocido manaba sangre y estaba casi sin sentido.

—Retroceded, maldita sea. Dejadle aire para respirar —ordenó Andrei.

—Es de la Compañía B, señor —dijo el jinete de la suya.

—¿Puedes hablar, soldado?

El soldado asintió con la cabeza y exclamó con esfuerzo:

—Madre Santa..., oh, Madre Santa, capitán. —Andrei le echó un trago de agua en el gaznate—. Oh, Jesús. Ni hemos sabido lo que pasaba. Los alemanes... vienen hacia el sur... por la misma carretera.

—Coged a ese hombre y sosegadle. Subteniente Vacek, coloque su mina de contacto en la carretera. Subteniente Zurawski, disponga las cuatro ametralladoras en

forma de U para fuego cruzado alrededor de la mina. Use las zanjas de uno y otro lado de la carretera como parapetos. Dzienciala, ¿podemos utilizar los morteros con eficacia desde esta distancia?

—Creo que sí, señor.

—Sitúe su escuadrón aquí en la arboleda como fuerza de cobertura. Los demás que se alineen para una carga en fila india. Yo iré en cabeza. Si nos acompaña la suerte, cogeremos en emboscada al primer envío de alemanes.

Quiero que sólo se les persiga una corta distancia. Replegaos al bosque para reagruparnos.

—Si no les perseguimos sabrán dónde estamos, mí capitán.

—Demonios, en Berlín sabrán dónde estamos diez minutos después del primer disparo.

—¿Qué planea el capitán para después de reagruparnos?

—Sentar nuestras plantas aquí e impedirles que sigan avanzando hacia el sur por esta carretera. Tan pronto como oscurezca, marcharemos hacia el norte al encuentro del batallón.

Al cabo de pocos minutos, la única mina terrestre estaba colocada en la carretera y dispuesto el fuego cruzado de las ametralladoras. Los dos escuadrones de morteros se situaron en el bosque y apuntaron a cero sobre aquel punto. El resto de la Compañía A se extendió en una línea que ocupaba casi toda la longitud del bosque..., y esperaron.

Una llamarada de advertencia se levantó en arco al norte, lanzada por los exploradores de vanguardia.

—Ahí vienen, capitán.

Allá al norte se levantaba una espiral de polvo. Andrei utilizó los anteojos y observó que la nube de polvo crecía hasta que todos pudieron verla. Entonces vino el ruido de los motores. Andrei los contó mientras doblaban la curva y avanzaban por el trecho llano de kilómetro y medio que se extendía, recto y más bajo, hasta la orilla del bosque.

Transportes de tropa; veintidós vehículos. Habrá unas dos compañías.

Y entonces pudo ver las esvásticas de los costados. Los camiones seguían carretera abajo sin aminorar la marcha. Andrei se dijo que los alemanes habían creído sin duda que después de haber desbordado el batallón y la Compañía B, no encontrarían ninguna oposición.

—¡Firme la hilera, maldita sea!

Andrei se llevó otra vez los prismáticos a la cara. ¡Ahora podía ver el rostro de su enemigo! En el camión de vanguardia, el conductor parecía un muchacho.

Por no sabía qué causa loca, en aquel segundo se acordó de Wolf Brandel; y «Batory» se levantó sobre las piernas traseras.

—¡Quieto!

El camión de vanguardia estaba acorazado. Cuando chocó con la mina, la tierra tembló y se abrió, y el camión se desintegró. El segundo camión, lleno de soldados, intentó parar en seco y volcó fuera de la carretera rodando dentro de la zanja y estallando en llamas. El tercero y el cuarto chocaron uno con otro. ¡Y entonces! ¡Ra-tat-ta! ¡Ra-tat-ta! Rayos de balas salieron de las ametralladoras, cogiendo a los alemanes en un fuego cruzado mortal. Los soldados germanos se derramaban fuera de los camiones en salvaje desorden, tratando de organizarse bajo los gritos frenéticos de sus oficiales.

Andrei bajó el brazo.

—¡A la carga! ¡A la carga! ¡Matad a los hijos de perra! ¡A la carga!

De la Compañía A se levantó, como una erupción, un grito de batalla que helaba la sangre, mientras los jinetes se derramaban otero abajo detrás de su capitán. Los ulanos penetraron dentro de la masa enemiga, desgarrándola, acuchillándola, pisoteándola en una sangrienta carnicería.

Incapaces de organizarse, los alemanes empezaron a huir a pie, para ser derribados, matados a tiros, aplastados.

La cola del convoy, los cinco camiones últimos, pudieron dar media vuelta y huir hacia el norte otra vez. Los morteros de la arboleda alcanzaron a uno, convirtiéndole en una antorcha. Los otros cuatro escaparon.

Todo quedó resuelto en diez minutos. Un centenar de alemanes muertos o agonizantes quedaban tendidos por la carretera y las cunetas, y el aire se calentaba con las llamas de los vehículos, incendiados, destrozados. Andrei replegó a sus hombres al interior de la espesura.

Allí bajó de la silla, cayó de rodillas y se dobló para recobrar el aliento. Sus hombres, chorreantes, agotados, lanzaban aullidos de gozo por la victoria. El primer olor del combate había sido triunfal.

Andrei se puso en pie despacio y se apoyó en su caballo húmedo de sudor también, pero excitado por el estímulo de haber llevado a su dueño a una matanza.

—Syka, no vamos a poner en escena una francachela de triunfo. Cálmelos; tenemos trabajo que hacer. Médico, ¿qué bajas hemos tenido?

—Cuatro muertos, señor. Trzaska, el subteniente Zurawski (creo que le ha alcanzado nuestro propio fuego cruzado), Wajwod y Lamejko.

—¿Heridos?

—Seis; uno, grave.

—¿Caballos?

—Diez, mi capitán —contestó Styka—. Todos han sido ejecutados.

Andrei contempló los destrozos de la carretera. Nada podía pasar adelante.

Los alemanes no podrían dar un rodeo, porque las zanjas de las cunetas eran

demasiado profundas.

—¿Alguna orden, mi capitán?

—Traiga aquí a los soldados de las ametralladoras. Es inútil tenerlos al descubierto. Nos quedaremos aquí; volverán. Déjenme echar un vistazo a los heridos.

La victoria había contribuido mucho a eliminar el miedo terrible del primer contacto. Todos aguardaron.

Andrei estaba en la orilla más alejada del bosque, empuñando las riendas de «Batory».

—Bien, muchacho, ya estamos en el baile —le dijo a su caballo—. Esto no ha salido mal, después de tantas veces como lo habíamos ensayado, ¿verdad que no? Demasiado fácil, maldita sea, si me lo preguntas. Ojalá tuviéramos la alternativa de cambiar de posición... En fin, ahora estamos comprometidos.

Hemos de tenerles alejados de esta carretera. ¿Si creo que podremos sostener esta posición? Sin duda que sí. Hoy no podrán organizar ningún otro ataque.

Sosiega, muchacho.

¡Blum!

Una explosión a los pies del otero, muy cerca de la carretera. Y otra. Y otra.

—¡Styka!

Era el fuego de cañón de largo alcance. ¿Dónde? Otra media docena de obuses estallaron subiendo por el otero. Andrei miró el reloj. Sólo cuarenta y ocho minutos desde que los había reagrupado después del ataque.

¡Blum! ¡Blum! ¡Blum! ¡Blum!

—Allí —dijo Andrei, señalando en dirección de la Prusia Oriental. Una docena de monstruos con ruedas de acero cruzaban el campo mientras sus cañones tanteaban el bosque. Andrei refunfuñó. En el espacio de unos minutos las comunicaciones por radio y los cañones de largo alcance habían convertido una buena posición defensiva en un verdadero cepo. ¿Pagaría su emboscada con intereses? Volvió la vista hasta su par de raquíticos morteros. No lograrían alcanzar los tanques hasta que éstos estuvieran muy cerca de la carretera. Los alemanes podían quedarse quietos fuera de alcance y volarlos a ellos hasta hacerlos trizas, si les parecía bien. ¿Emprender la huida, quizá? ¡No, maldita sea, jamás!

El fuego del cañón empezó a lamer el borde del bosque. La línea de jinetes comenzó a oscilar.

—¡Firmes ahí!

Dos tanques llegaron a la carretera.

—¡Fuego de mortero!

Los proyectiles de mortero saltaban alrededor de los tanques. Uno hizo blanco directo. Pero no servían lo más mínimo para detener el fuego de barrera alemán.

«¡Buen Dios! —pensó Andrei—. ¿Cómo podré pararlos?»

...Cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce. Ahora todos los tanques estaban en posición, disparando contra ellos desde trescientos metros.

—¡Desmonten! ¡Lleven los caballos atrás y trábenlos! Formen una línea de fuego quebrada.

¡Blum! ¡Blum! ¡Blum! ¡Blum!

Trozos de corteza de árbol se encendían en llamas. Una docena de caballos relinchaban de terror, y varios huyeron del bosque. La Compañía A se escondía detrás de la protección de los árboles. Sólo el capitán Androfski y «Batory» continuaban en una posición adelantada para observar.

Los tanques alemanes gimieron, poniéndose en movimiento hacia el pie del otero.

¡Los de las ametralladoras! ¡Fuego a ellos! ¡Apunten a las torretas!

Las ametralladoras hacían blanco en los tanques, pero sus balas rebotaban cual mordiscos de hormiguitas pequeñas.

—¡Capitán! ¡Aviones!

Los negros buitres cruzaban sobre las copas de los árboles y lanzaban sus alaridos hacia el suelo del bosque. Los aviones volaban lejos, dejando caer bombas incendiarias, y la espesura se inflamó como una antorcha. Un segundo grupo de aparatos vomitó sobre ellos diez millares de balas de ametralladora.

Al instante de haber pasado, los tanques empezaron de nuevo. Ahora los camiones de transporte descargaban infantería, que formaba detrás de los tanques.

—¡A los caballos!

Vomitando, asfixiados y sangrando, lo que quedaba de la Compañía A fue en busca de lo que quedaba de sus monturas.

—¡A la carga! —gritó Andrei. «Batory», con la negra crin al viento, dirigía la destrozada y patética hilera de ulanos otero abajo, hacia los tanques alemanes. En medio de su terrible cólera, Andrei sólo veía a los soldados de infantería detrás de los tanques. «¡Los cazaré! ¡Cazaré a esos canallas!».

Antes de haber avanzado cincuenta metros, los jinetes polacos habían volado fuera de sus sillas. Andrei describió un arco para levantar a sus hombres del suelo, empujarles otra vez sobre las sillas y tratar de reorganizar el ataque.

No quedaba nada. Era la derrota. Retrocedieron hacia el bosque, seguidos de su capitán, que les incitaba a copia de maldiciones a realizar otro intento.

Ahora los tanques avanzaban despacio subiendo por el otero, y los infantes alemanes se agachaban detrás de su parapeto metálico. La línea de acero se acercó hasta un centenar de metros —apuntando a cero—, y soltó otra vez la lluvia de balas, mientras la infantería se abría en abanico entre los tanques.

En la arboleda se percibía el olor a carne quemada y a madera ardiendo, y los alaridos de los hombres y los caballos. Era un caos terrible. Durante diez, quince, veinte minutos, Andrei consiguió reagrupar a sus hombres para detener a la infantería

alemana. Les hacía levantar del suelo a patadas, probaba de subirlos de nuevo sobre sus caballos, pero el enemigo los echaba otra vez fuera de las sillas y los ametrallaba y quemaba con metódica indiferencia.

Y entonces, Andrei se tambaleó, ciego, al darle en la cara una nube de humo. Llamó a «Batory», lo palpó con las manos y subió sobre la silla.

—¡Vamos, muchacho! ¡A ellos!

Espoleó al caballo contra los alemanes, pero de pronto sintió que giraba sobre sí mismo y el mundo se puso a rodar. Cuando abrió los ojos sintió como si le aplastaran el pecho, y lo único que pudo ver fue el cielo azul, allá arriba, y las copas de los árboles, incendiadas, rodando y rodando. Semiinconsciente se arrastró a gatas hacia «Batory».

—¡«Batory»! ¡Levántate! ¡Levántate, muchacho! ¡No te quedes ahí tendido!

¡Levántate! ¡Vamos a matarles!

Styka, el sargento primero, se arrodilló junto a Andrei y le zarandeó violentamente.

—¡Capitán, estamos acabados ¡Levántese, señor! Tengo dos caballos.

¡Hemos de buscar la salvación en la huida!

Andrei levantó entre sus manos la cabeza de su caballo muerto.

—¡«Batory»! ¡Levántate!

—¡Señor, su caballo está muerto! ¡Casi todos los hombres han muerto!

El corpulento soldado cogió a Andrei y le puso en pie. Andrei se desprendió de sus brazos y empezó a dar patadas al animal que yacía sin vida.

—¡Levántate, maldito seas! ¡Levántate! ¡Levántate! ¡Levántate!

CAPÍTULO XI

El pueblo alemán legó a la Humanidad sus Beethoven, Schiller, Freud y los talentos dudosos de un Carlos Marx. Ahora, el pueblo alemán presentaba a la Humanidad una nueva serie de autores: El general Von Bock, el general Von Küchler, el general Von Kluge, el general Von Rundstedt, el general Von Blaskowitz, el general List, el general Halder, el general Von Brauchitsh, el general Von Reichenau. El libro que escribieron éstos, ofreciendo al género humano otra innovación de la cultura alemana, se titulaba *blitzkrieg*, guerra relámpago.

Polonia formaba una gran comba que encajaba en las abiertas mandíbulas de Alemania, con Prusia en el norte, una frontera común de muchos centenares de kilómetros desde el Báltico hasta Cracovia, y en el sur la recién violada Checoslovaquia, hasta más allá de los Montes Cárpatos.

Las mandíbulas se cerraron en un mordisco, y los dientes de sable, bajo la forma de columnas acorazadas, desgarraron profundamente la carne de Polonia. Los polacos, arrogantes y tercos, saturados de un orgullo nacional temerario y dotados de un Estado Mayor inclinado a la ofensiva, echaron a perder la pequeña posibilidad que hubieran tenido de resistir en algún punto.

Despreciando la lógica, Polonia no se retiró detrás de las barreras defensivas naturales que le proporcionaban sus ríos. En lugar de hacerlo así, soñaba en vano con sostener una frontera de dos mil cuatrocientos kilómetros en la que el enemigo podía elegir sus puntos de ataque. Polonia se veía ya llevando a cabo un contraataque bajo la forma de una furiosa carga de caballería.

Las fuerzas polacas eran poco menos que estáticas y anticuadas, y no contaban con protección acorazada; su arsenal estaba bien provisto..., para una guerra de cincuenta años atrás. Sostenida por el mero coraje, Polonia pidió al caballo que combatiese al tanque.

Las fuerzas terrestres alemanas realizaron movimientos envolventes, encerrando a los polacos en dos y tres bolsas a la vez, ejecutando maniobras de libro de estampas; aplastaron, subyugaron, cortaron, superaron en todos sentidos a un enemigo casi indefenso, pero orgulloso. El nuevo texto invitaba a pasar por alto incluso las pocas muestras de humanidad observadas habitualmente en este arte organizado del asesinato que se llama guerra.

La muerte llovía de los cielos.

A las pocas horas de haber sido violada la frontera por los alemanes, la fuerza aérea polaca, insignificante y pasada de moda, quedaba hecha añicos en el suelo. A las pocas horas, las líneas de ferrocarril estaban arrancadas, montones de provisiones enviaban columnas de humo al firmamento y los incendiados puentes crepitaban, desplomándose dentro de los ríos. Ciudades y villas sin tan sólo un cañón antiaéreo

con que replicar, eran arrasadas y convertidas en montones de derribos hechos brasa.

La Luftwaffe, que había aprendido ya a violar ciudades abiertas, convirtió toda Polonia en un enorme campo de caza de pavos. Con sus balas abatió tropas polacas que huían en busca de refugio, campesinos que trabajaban los campos, niños polacos en los patios de las escuelas, mujeres polacas que trabajaban en clínicas de maternidad y monjas polacas oyendo misa.

Desde Checoslovaquia y a través de los Cárpatos, List empujó sus fuerzas acorazadas por los pasos de las montañas y envolvió el flanco de Cracovia por el punto en que había tenido lugar el engaño de la voladura de la emisora de Gleowitz. En el centro, le correspondió a Reichenau el honor de desatar la mayor masa de monstruos con andaderas de acero, y a su izquierda Blaskowitz formó una gran bolsa en la llanura, cerca del corazón industrial de Poznan. Y Von Bock y Von Küchler descargaron sus golpes desde las posiciones que ocupaban en el flanco norte, en Prusia y Pomerania, y el molesto Corredor Polaco dejó de existir.

Ciertamente, el libro había sido corregido y aumentado. Era la última palabra en cuestión de asesinatos técnicos y mecánicos. La degollación de Polonia —la matanza de doscientos mil hombres de su Ejército y de docenas de miles de paisanos, el robo de sus tierras—, fue una nueva obra maestra alemana.

Con un par de golpes, el sargento primero dejó sin sentido al capitán Andrei Androfski y le arrastró fuera de la escena de la muerte en llamas de la Compañía A. Con media docena de supervivientes, buscó caballos y consiguió regresar a la base de Grudziadz, donde los ulanos habían sufrido una catástrofe todavía mayor. Se había cometido la locura de concentrar en Grudziadz un tercio de las fuerzas polacas, con la idea de desencadenar un contraataque que jamás tuvo lugar. Los alemanes los envolvieron con una facilidad ridícula, y, teniéndolos ya en la trampa, los partieron a pedazos. El gran saliente de Westerplatte lo constituyó un doble movimiento envolvente que dejó encerrada la infantería de Marina polaca. Pronto se dio la última carga de caballería. Con el águila polaca todavía aleteando retadora, un ataque temerario trató de romper el círculo de hierro que los rodeaba. Sin ninguna caballerosidad, los alemanes hicieron trizas a los ulanos. El saliente de Westerplatte se hundió. Los ulanos que quedaban retrocedieron tambaleándose de Grudziadz a Torun. Y... una última boqueada, una carga más en Wloclawek, y quedaron eliminados.

No hubo descanso, porque el monstruo alemán cerró todavía más sus quijadas y, transcurrida otra semana, los dientes de sable empujaron hacia Varsovia.

En el espacio de siete días, al capitán Andrei Androfski le mataron cuatro

caballos debajo de su propio cuerpo. Estaba ensangrentado por las heridas en los brazos y en las piernas y tenía el cuerpo cubierto de magulladuras y de suciedad. Él y el sargento primero Styka eran sólo dos componentes de un puñado de supervivientes cuando, después de los de Wloclawek, la brigada se rindió por fin.

La noche del 7 de setiembre, antes de que los alemanes pudieran organizar plenamente los campos de prisioneros y completar el desarme de los polacos, Andrei, Styka y otros cuatro escaparon de su sector y al amparo de la oscuridad se arriesgaron a cruzar a nado el peligroso curso alto del río Vístula.

Dos se ahogaron. Los cuatro restantes pasaron el día siguiente escondidos en un bosque y de noche se arrastraron por las cuentas de las carretas, llenas de patrullas alemanas.

En la aurora del 9 de setiembre, los cuatro encontraron refugio en la choza de un campesino de los alrededores de Plock, a un tercio de la distancia que había hasta Varsovia. Como se encontraba más allá del límite normal de agotamiento, hambre, sed y, además, próximo a la muerte a causa de las heridas infectadas, el capitán Andrei Androfski se permitió el lujo de desmayarse.

Styka envió a los otros dos hombres a Plock en busca de un médico. Él se quedó junto a Andrei, que estaba terriblemente quieto y tenía un color amarillo de yeso. Andrei había gastado el último vestigio de energía arrastrando a Styka a través de la rápida corriente del río. La ofuscada mente del soldado recordaba pedazos de la semana anterior, desde el momento en que encabezando una carga tras otra y luchando sin cesar, incluso después de haberse producido el final. Jamás había visto en los ojos de ningún hombre una cólera tal como cuando les encerraron en el campo de prisioneros, a pesar de que Andrei apenas podía sostenerse de pie.

—Styka, tan pronto como oscurezca, cruzaremos el río a nado.

El campesino trajo pan y sopa de lentejas para Styka. El soldado estaba demasiado débil para levantar la cuchara o para morder el pan, y apoyó la cabeza en el pecho de Andrei. Sí, el corazón todavía latía. Los ojos de Styka empezaron a cerrarse. «No debo dormirme hasta que venga el doctor..., no debo dormirme...».

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el médico.

—Mi capitán —contestó Styka, con los labios hinchados. Su mente era como una niebla. Hombre ignorante, casi iletrado, Styka estaba demasiado exhausto para expresar con palabras el horror que había presenciado durante las jornadas pasadas. Sólo cuando el médico prometió que se quedaría con Andrei se derrumbó al suelo, al lado de su capitán, y se hundió en el sueño.

Cuando Andrei abrió los ojos parpadeando, veinte horas más tarde, su sargento estaba inclinado sobre él. Styka intentó sonreír. El médico de Plock se había marchado y regresado de nuevo. Andrei consiguió incorporarse sobre los codos,

dirigió una mirada por la choza y volvió a desplomarse sobre la cama.

—Nos estábamos preguntando si llegaría a despertar alguna vez —dijo el médico.

—¡Claro que había de despertar! No lo he dudado ni un momento! —rugió Styka.

La mujer del campesino se persignó innumerables veces y dijo entre gemidos que la Virgen, Madre Bendita, había escuchado sus plegarias.

—¿Qué dice el parte facultativo en relación a mí ? —preguntó Andrei.

—Las heridas están bajo control. La gran variedad de cortes y cardenales desaparecerá. Su estado de agotamiento exigirá descanso. Usted es el hombre más aporreado que haya examinado en mi vida. Tiene la constitución de un toro. No sé cómo pudo cruzar el río hallándose en el estado en que se hallaba.

Styka y el doctor le ayudaron a sentarse. Andrei bebió un buen trago de vodka de fabricación casera y se metió media hogaza de pan en el estómago. A despecho de las objeciones de todos, continuó sentado.

—¿Dónde estamos?

—En Pock.

—¿Qué ocurre ahora?

—Las noticias son malas por todas partes. Nos derrotan en todos los sectores —le informó el médico.

—¿Y Varsovia? ¿Qué?

—Los alemanes todavía no han llegado a Varsovia. Radio Polonia dice que Varsovia luchará.

Andrei probó de ponerse en pie. Las piernas se le doblaban; su cuerpo se bamboleaba.

—¿Dónde están los otros dos, Styka? Cruzaron el río con nosotros... ¿Dónde están? Hemos de regresar a Varsovia y combatir.

El médico y Styka se miraron.

—Vamos, ¿dónde están?

—Se han rendido.

—¿Rendido?

—Los alemanes han cruzado el río con grandes fuerzas. Todas las carreteras hacia Varsovia están cortadas. Yo me he quedado aquí hasta que usted estuviera bien, capitán, pero no hay ninguna probabilidad de llegar a Varsovia. Cada hora que continuamos aquí ponemos a esta buena gente en peligro. Los alemanes han fusilado a todos los que daban albergue a un soldado fugitivo.

—Soy polaco —afirmó el campesino—. Y jamás cerraré la puerta a un soldado de mi país.

—El sargento tiene razón —dijo el médico—. Ahora que sabe que usted está vivo, lo mejor que puede hacer es entregarse. En cuanto a usted mismo, yo le proporcionaré un escondite hasta que haya recobrado un poco las fuerzas, y entonces

deberá entregarse también.

Andrei miró a los cuatro. La mujer se estaba persignando y volvía a rezar.

—Si tienen la bondad de proporcionarme una hogaza de pan y una cantimplora de agua, y quizá un poco de queso, me pondré en camino. Me voy a Varsovia.

Styka dejó caer los brazos a los costados con desaliento.

—Mi capitán, no podemos hacer tanto camino.

Andrei consiguió acercarse a su sargento y le puso la mano en el hombro.

Styka bajó los ojos.

—Míreme, Styka... Míreme, le digo. ¿Se entregaría?

Aquel, hombre corpulento y feo había sido un buen soldado durante quince años. El polvo empapaba su mostacho, en otro tiempo orgulloso, y grandes gotas de sudor emergían entre la costra de suciedad de sus cejas y de su cara sin afeitar. Su rostro se inclinó sobre el pecho con una falta de ánimo absoluta.

—Sí, señor —murmuró.

—Ahora escúcheme —dijo el médico—. Varsovia se encuentra a cien kilómetros, las carreteras están cortadas, y por todas partes pulula un enjambre de patrullas alemanas. Si usted fuese el hombre más fuerte y sano de Polonia, no conseguiría llegar. En su situación actual no tendrá fuerzas ni para andar diez kilómetros.

Styka se puso a llorar, cosa que Andrei no le había visto hacer nunca.

—Mi capitán, señor. Hemos luchado lo mejor que hemos sabido. No nos hemos deshonrado.

Un vértigo repentino se apoderó de Andrei, que se echó en los brazos de Styka. Luego se libertó de nuevo y se desplomó en una silla, tambaleándose.

Siete días, y su guerra había terminado. Su brigada, su hermosa, su excelente brigada, pulverizada en una masa desorganizada y sangrante. La imagen de los ojos vidriosos de los soldados volvió a su mente, y vio la hilera de miles de cadáveres tendidos al borde de la carretera en las afueras de Torun, después de la carga de caballería, y los campos llenos de caballos sin vida.

El recuerdo de la batalla pasaba de una manera continua, sin día ni noche, sin principio ni fin. Los olores, las quemaduras, las agonías. A patadas hacía poner a los hombres en pie para otro asalto... un asalto más... Los surtidores de metralla destrozaban los oídos, y las cadenas de los tanques se hundían en muros de carne... y los heridos gritaban...

...El pequeño poblado del norte de Ryplin. ¿Qué nombre tenía? Él había organizado a cincuenta extraviados para un ataque. Se pararon en el pueblo por agua. Los niños salieron corriendo de la escuela y se desparramaron por la plaza para vitorearles. El sacerdote salió, y salieron las mujeres con las manos llenas de panes.

El avión vino tan de prisa que nadie lo oyó. Ra-ta-ta-ta... y se fue, y en la plaza

quedaron cinco niños tendidos, sangrantes. El sacerdote se arrodilló junto a ellos, rezando, y las mujeres lloraban. Aquella niñita muerta, estrechando contra su pecho la muñeca de trapo... Ra-ta-ta-ta; los aviones volvieron.

—Hemos luchado con honor —dijo el brigadier Zygmunt Bozakolski—.

Voy a rendir la Séptima Brigada. Espero que ustedes, caballeros, se portarán como oficiales ulanos.

El cercado carcelario. Los acordeones de alambre espino. El ir y venir de guardias alemanes.

—Styka, tan pronto como llegue la noche, salvaremos el alambre y cruzaremos el río a nado.

—Cuente conmigo, capitán.

Styka se tendió sobre la alambrada constituyéndose en puente humano y los otros pasaron por encima. Él siguió luego. Cuando llegaron a la orilla del río, el aire se llenó de pitos, silbidos de sirenas y gritos en alemán.

Los reflectores tantearon la oscuridad.

La corriente era rápida y les empujaba de nuevo hacia la misma orilla. Los reflectores proyectaban franjas de luz sobre el agua. ¡Blum! ¡Blum! ¡Salva la vida nadando! ¡Salva la vida nadando!

¡Un alarido! Han alcanzado a uno. La corriente le arrastra como un harapo inerte.

—Me hundo, mi capitán. No puedo cruzar. —Styka engullía agua y braceaba sin esperanzas.

—Descanse, Styka..., descanse. —La mano de Andrei cogía al sargento por debajo del mentón, y el brazo libre seguía remando.

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Santa Madre de Dios! —chillaba Styka.

—Cálmese, so canalla...

Andrei le dejó en la otra orilla, se arrodilló a su lado, le sacó el agua de los pulmones, y le abofeteó las mejillas hasta que volvió en sí.

...Y luego..., ¿qué sucedió luego?

Andrei levantó la vista. El campesino y su mujer. El médico. Y Styka, llorando.

—Si quiere entregarse, sargento, le doy mi permiso.

—¿Y usted, señor?

Andrei meneó la cabeza.

—¡Es usted un loco maldito! —exclamó el médico.

—Entonces creo que yo también soy un loco maldito —dijo Styka.

—¿Se irá con él? Ya sabe que no podrá llegar. ¿Por qué? Styka probó de pensar. Se le hacía difícil. Y encogiéndose de hombros, dijo:

—Porque es mi capitán.

CAPÍTULO XII

Los primeros días después de comenzar la guerra, Inglaterra y Francia trataron desesperadamente de conseguir que el ejército alemán se retirase, dispuestas a imponer otra venta estilo Munich a Polonia. Cuando Alemania se negó, Inglaterra y Francia tuvieron que hacer lo que debían haber hecho años atrás: declararon la guerra. Con la sentencia de Polonia más cierta cada día, las embajadas inglesa y francesa en Varsovia entregaron muchos de sus papeles y servicios a los norteamericanos, neutrales.

Los norteamericanos estaban faltos de personal, pero el espíritu continuaba excelente, incluso con las cargas adicionales.

Bien entrada la segunda semana, el hundimiento completo de Polonia era evidente.

Gabriela abandonó la embajada después de un turno de catorce horas.

Thompson insistía en que descansase. En lugar de obedecerle, ella hizo que un soldado de guardia, de infantería de Marina, la llevase en coche a Zoliborz a visitar a la familia Bronski, con la cual había perdido el contacto desde hacía varios días. Al llegar allí, Zoshia le dijo que Rachael y Deborah estaban en el Orfanato Bathyrano. Gabriela fue en su busca.

A medida que los ejércitos alemanes se acercaban a Varsovia, los bombardeos de la aviación habían aumentado en intensidad. La ciudad estaba determinada a luchar. En el orfanato, Susan Geller había publicado una petición urgente solicitando que se trasladasen los suministros bajo tierra, a fin de que tuvieran por lo menos alimentos, medicinas y lugar donde dormir durante las incursiones aéreas. Gabriela trabajó al lado de Deborah, Susan, Rachael y Sylvia y Alex Brandel toda la noche y todo el día siguiente, ayudando a transportar provisiones bajo tierra y descabezando el sueño de vez en cuando si tenían unos momentos libres. Después regresó a la embajada. Las cosas se habían calmado, y Thompson la envió a casa de nuevo.

Gabriela había llegado a un estado casi de sopor. Desde la calle levantó la vista hacia su piso. Aquello estaba muy solitario. Por las proximidades y todo alrededor de la plaza, las bombas habían alcanzado varios edificios. Gabriela se sorprendió a sí misma haciendo lo que hacía siempre que se encontraba sola: se encaminó hacia el norte, en dirección a la calle Leszno, y subió los cuatro tramos de escaleras que conducían al piso de Andrei. Como de costumbre, la puerta estaba abierta. Apenas llegar, las sirenas del servicio antiaéreo entraron en funcionamiento. Gabriela se situó junto a la ventana, extrañamente fascinada por las llamadas que brotaban de los barrios bajos, a kilómetro y medio de allí nada más. Parte del incendio parecía levantarse de la Ciudad Vieja. «¡Qué tragedia si le pasara algo a la antigua plaza!», pensó.

Una hora antes los bombarderos habían iniciado sus incendiarios ataques para iluminarse el camino hacia Varsovia durante la noche. Esta vez los asaltantes destrozaban hectáreas enteras de viviendas de trabajadores en Praga, al otro lado del río.

Abajo, en la calle, oía la confusión producida por los bomberos que se precipitaban hacia los barrios bajos, donde las casas estaban tan apiñadas y eran tan inflamables que el incendio podía propagarse por toda Varsovia si no lo contenían rápidamente.

De Praga venían unas explosiones apagadas.

No había ningún cañón polaco, ningún avión, para detener a los alemanes.

No obstante, los asaltantes acudían en continuas oleadas con el propósito de quebrantar la voluntad de resistencia del pueblo.

Gabriela cerró la ventana, volvió a pegar el papel en las rendijas, iluminó la habitación con una sola lámpara al lado de la cama y se tendió con la idea de llamar al sueño leyendo *Hojas de Hierba*, de Walt Whitman.

Una llamada a la puerta la sobresaltó.

—Entre.

Alexander Brandel penetró en la habitación. Gabriela se alegró de que hubiese venido.

—No quería alarmaría —dijo—. Primero he ido a la embajada y al piso de usted.

—¿Marcha todo bien en el orfanato?

—Bien, muy bien. Los muchachos son admirables. Procuramos dar a las cosas el carácter de un juego. Yo creo que ellos son más listos que nosotros.

—¿Qué tal va por ahí fuera?

—Toda la parte norte está en llamas. Praga recibe un castigo infernal. Pero Starzynski dice que hay que seguir luchando... y nosotros seguimos luchando.

¿Puedo tomar un trago de coñac?

Gabriela sacó una botella del armario y miró a Alex con recelo. Alex era un abstemio casi absoluto, excepto cuando estaba presente Andrei. El historiador apuró la copa de una sola vez. Cuando el fuego llegó a su estómago, tosió.

«Acaso se deba al bombardeo —pensó Gabriela—. Basta para poner nervioso a cualquiera.» Entonces, Alex se secó la frente.

—¿Qué sucede? —preguntó la joven.

—Andrei está en Varsovia.

Ella cerró los ojos y se llevó las manos al estómago, como si le hubieran dado un golpe. Quiso hacer preguntas, pero sus labios se negaron a formar palabras.

—Permítame decirle, lo primero de todo, que está bien.

—¿Lo jura...? ¿Lo juraría ahora?

—Lo juro. Le han herido, pero no es grave. Siéntese, por favor.

—¿En qué parte le han herido?

—Le aseguro que no es grave, y le ruego que conserve la calma.

—¿En qué parte?

—Gabriela..., por favor...

—¡Usted miente! Está muy mal. —Pero entonces hizo un esfuerzo y se dominó —. Muy bien, cuente.

—Sólo Dios sabe cómo ha podido volver a Varsovia. Ha sido un milagro.

Nadie sabrá nunca las penalidades que ha soportado.

—¿Dónde está?

—Al pie de las escaleras.

Gabriela se lanzó hacia la puerta gritando el nombre de su amado. Alex la cogió y le cerró la boca con la mano.

—¡Escuche, Gabriela! Está aplanado, sin espíritu. Usted tendrá que ser una muchacha muy valerosa...

—Andrei, Andrei —gimió ella.

—Ha venido a buscarme a mí primero y me ha pedido que yo la buscara a usted, porque... no quiere que usted le vea en su situación actual. ¿Lo comprende?

Gabriela movió la cabeza afirmativamente.

—Deje la habitación a oscuras, y yo le haré subir.

Gabriela dejó la puerta abierta y apagó la luz. Entraba un tenue rayo de una lámpara del vestíbulo, abajo. Gabriela salió al descansillo esperando que Alex bajase las escaleras. Oyó su voz. Con los nervios en tensión, aguardó otro sonido. Parecía transcurrir una eternidad. Habría de hacer un esfuerzo terrible para resistir el deseo de gritar el nombre de Andrei y saltar en su busca.

Luego... un lento clum, clum, clum. Las pisadas subían laboriosamente; a cada peldaño parecían más penosas que el anterior. Un arrastrar de pies, y luego una respiración profunda, jadeante.

El cuerpo de Andrei proyectó una sombra en el descansillo. Allí estaba, bamboleándose sobre las piernas y luchando por recobrar el aliento. Se acercó a la puerta, tentando con las manos la oscuridad.

—¡Andrei! —susurró Gabriela.

Andrei entró en la habitación tropezando como un ciego, encontró la cama y se dejó caer sobre ella.

Gabriela ardía en deseos de encender las lámparas, pero no se atrevió.

Inclinóse sobre la cama con gesto rápido, y su mano recorrió toda la cara de Andrei, palpándola. Los ojos, las orejas, la nariz, la boca. Todo estaba en su sitio. Brazos, manos, dedos, piernas. ¡Andrei estaba allí, entero!

Despedía un olor pútrido a causa de los humos de las batallas, la sangre seca y el sudor, y tenía el cabello empapado de tierra. Tendido en la cama, gemía débilmente.

Y entonces Gabriela se sosegó. Sentóse en el borde del lecho, le levantó la cabeza, haciéndola reposar en su regazo, y le acarició dulcemente. La cara del herido ardía de fiebre, sus dedos se cogieron al cobertor; los estremecimientos le sacudieron.

—Todo va bien, querido; ahora todo va bien.

—Gaby... Gaby...

—Estoy aquí contigo, cariño.

Y Andrei se puso a llorar.

—Mataron a mi precioso caballo —sollozó—. Mataron a «Batory».

Desde Bielany hasta Rakowiec y desde Praga a Kolo se levantaba la erupción de los agudos alaridos de las sirenas, mientras nuevas llamas se sumaban a las viejas y el estupor de Varsovia adquiría una violencia mayor aún.

—Mataron a mi caballo..., mataron a mi hermoso caballo...; Sí, lo mataron...

CAPÍTULO XIII

Anotación en el diario

Han cortado el pastel. Polonia, el bufón que carga con los palos de la Historia, representa de nuevo su antiguo papel. Hitler ha satisfecho lo que prometió en el trato con Stalin. Los ejércitos soviéticos se nos han echado encima por la espalda, avanzando obviamente hacia una frontera trazada de antemano.

La invasión alemana ha espantado a los pensadores militares más adelantados.

Smigly-Rydz, el Gobierno y las legaciones extranjeras ha huido. Dicen que parte de nuestro Ejército ha podido escapar.

De todos modos, Varsovia continúa resistiendo, pero yo me pregunto si el coraje polaco no demuestra quizá que la cobardía de Austria y de Checoslovaquia fueron la mejor manera de salir del paso.

ALEXANDER BRANDEL

Fechado en Varsovia.

21 de setiembre, 1939

por Christopher de Monti

(Agencia Suiza de noticias)

¿Cuánto tiempo podrá resistir Varsovia? ¿Cuánto tiempo podrá tener esta ciudad en orden el mayor Starzynski? He ahí la pregunta que nos hacemos un millar de veces al día.

Es ésta una batalla extraña, una guerra de empleados. Los soldados y los paisanos enrolados en batallones de trabajo ocupan sus posiciones en el perímetro exterior de defensa de Varsovia. Cuando llegan los que van a relevarles, ellos toman el trolebús y regresan a sus hogares de la ciudad.

Las líneas del frente empiezan a menudo donde terminan las de los trolebuses. Coches de servicio público, encarnados y amarillos, efectúan los

transportes de tropas, ayudados por los taxis, las droshkas tiradas por caballos, y las carretas.

En el perímetro de la ciudad se encuentra un abigarrado apiñamiento humano encuadrado en batallones de trabajo, cavando trincheras y preparando fortificaciones. Judíos ortodoxos (viejos y barbudos), secretarias, amas de casa adornadas con babushkas de colores alegres, estudiantes luciendo gorros universitarios, niños, banqueros, panaderos...

Por toda Varsovia se forman colas para obtener las provisiones, que cada vez escasean más. En algunos sectores se reparte el agua a un cubo por persona. Los bomberos tienen derecho de prioridad sobre el agua, a fin de proseguir su jornada de veinticuatro horas diarias para impedir que la ciudad entera se convierta en llamas.

Las mujeres que hacen cola no se mueven de sus puestos ni a pesar del fuego de artillería y las incursiones aéreas. Ayer, una pared que se derrumbó enterró casi a un centenar.

Alrededor de la ciudad, tanto los edificios famosos como los desconocidos, y los parajes todos, presentan hoyos y boquetes practicados por los obuses. El único rascacielos de Varsovia, el Edificio Prudential, que constituye un blanco visible para los cañones alemanes, ha sufrido más de ochenta impactos. Todavía continúa en pie, aunque sólo queda por destrozar una ventana del piso décimo.

El orgullo de Polonia, la Stare Miasto, la plaza de la Ciudad Vieja, con sus edificios estilo Renacimiento y sus templos históricos meticulosamente conservados, baja de nivel todos los días.

Las estatuas de los héroes polacos que adornan las múltiples plazas y los numerosos parques de la ciudad están ahora sin cabeza, sin brazos y sin espadas. Los magníficos surtidores de los Jardines Saxony y del Lazienki están secos; los cisnes que poblaban sus lagos han huido, y parece que nadie sabe a dónde.

A pesar de la situación, una extraña calma ha descendido sobre la ciudad. Hay una pasmosa apariencia de normalidad, y los polacos no han perdido su tradicional sentido del humor. Venciendo todos los obstáculos, salen dos periódicos diarios. Radio Polonia da obras de Chopin las veinticuatro horas del día, intercaladas con dramáticas e insistentes peticiones del mayor

Starzynski. El ataque frontal alemán, tanto tiempo esperado, debe producirse tarde o temprano. ¿Cuánto tiempo podrá resistir Varsovia?

Chris arrancó la hoja de papel de la máquina, señaló apresuradamente los errores con un lápiz de mina gris, y la puso dentro de un sobre grande.

Cuando se cortaron los teléfonos, una semana atrás, Chris pudo conseguir una línea telegráfica hasta que también ésta quedó cortada; luego le tocó el turno a la radio. Ahora, Varsovia estaba perfectamente aislada del exterior, excepto por la emisora de Radio Polonia, que actuaba a las órdenes de la ciudad dada la situación excepcional.

A Chris se le presentó una oportunidad súbita cuando, al día siguiente, se concertó una tregua de dos horas para permitir que el resto del personal de la Embajada norteamericana evacuase hacia Cracovia. Fue a ver a Thompson, el cual se avino a llevarse los reportajes del periodista y las fotografías de Rosy en una valija diplomática. Los dos hombres trabajaron febrilmente; Rosy revelando películas y Chris escribiendo una serie de artículos que no requerían fecha, pero que podrían circular como relatos de un «testigo ocular» por todos los periódicos del mundo, incluso después de la caída de Varsovia. Aquello representaría un gran triunfo de la Agencia Suiza de Noticias.

Rosy entregó a Chris una colección de fotografías. El periodista las repasó, numerándolas y comprobando los títulos. Retratos de casas destrozadas, de vigas colgando en forma grotesca, de madres atónitas arrodilladas al lado de sus hijos muertos y de hijos petrificados arrodillados al lado de sus difuntas madres. Cosecha de guerra, la jornada de campaña de un fotógrafo. Animales muertos, hinchados, cuyas curiosas expresiones preguntaban qué habían hecho para encontrarse cogidos en medio de la locura de los hombres; imágenes de damas ancianas rezando, gente que cavaba trincheras y brigadas exhaustas que transportaban cubos de agua.

La cámara de Ervin Rosenblum hacía justicia a la guerra. Chris puso las fotografías dentro de unos envoltorios.

—¿Dónde están las otras? —preguntó.

—El laboratorio de Kodak ha dejado de funcionar. Voy a ver si encuentro el material suficiente para improvisar un cuarto oscuro en los sótanos de mi casa.

—Si no puedes sacar copias tendrás que permitir que envíe los negativos.

Rosy refunfuñó. Para cualquier fotógrafo la idea más horrible es la de enviar cinta impresionada, que si se estropea no se puede reproducir ya más.

Pero Chris tenía razón. Sería probablemente la última oportunidad para sacar de Varsovia aquellas fotografías.

Rosy se entregó a su rutina habitual de meterse lámparas en los bolsillos y jugar con los obturadores de su cámara.

—Tendrá un efecto desastroso sobre la moral ver mañana cómo se marchan los últimos americanos —dijo—. Nos afectará más que media docena de incursiones de bombardeo, Ya sabes lo que pasa, todo el mundo tiene un tío en Gary o un hermano en Milwaukee.

—Sí —convino Chris—, será terrible, es cierto.

—¿Cómo ha sido que tú no evacúes?

—¿Por qué debería evacuar? Tengo un pasaporte italiano y ésta es una agencia suiza. Suiza no está en guerra. Acaso quiera formar parte de la delegación que salga a dar la bienvenida a mis libertadores.

—Chris, tú no llegas ni a fascista de tercera categoría. ¿Crees que los tipos de la embajada italiana responderán de ti? Eres tan americano que tanto daría que llevases un emblema.

—Sucede que los Estados Unidos tampoco están en guerra. Voy a tener abierta la oficina.

—Te diré lo que sé —repicó Rosy—. Y sé que los alemanes nos harán cerrar antes de haber transcurrido dos semanas.

—Algún recurso encontraré para resolverlo.

—¿Por qué? —insistió Rosy—. No podrás sacar ninguna noticia; únicamente una bazofia sin sustancia.

—¡Sabes de sobra la causa de que me quede! —exclamó Chris, enojado.

Rosy dejó su cámara, se situó detrás de la silla de Chris y apoyó una mano afectuosa en el hombro del periodista.

—No es que no quiera que te quedes, Chris. Tengo un buen empleo. Si la oficina cerrase lo pasaría muy mal. Pero..., a veces, cuando un amigo está en peligro, uno piensa demasiado en sí mismo. Por esto te digo: haz el equipaje y márchate mañana con los americanos.

—No puedo marcharme, Rosy.

—Mi Susan conoce a Deborah Bronski desde que iban a la escuela. Cuando dos personas como tú y ella vienen de extremos diferentes del mundo, ambas partes han de poseer una habilidad muy grande para ser capaces de ceder. A Deborah la dominan unas fuerzas interiores que imposibilitan todo cambio, aunque ella lo deseara.

—No es verdad. Bronski ha minado sus creencias durante diez años enteros.

—Sólo superficialmente. Cuando se presente la decisión final, Deborah se refugiará en ellas. No es capaz de obrar de otro modo; por esto camináis por un callejón sin salida.

—Ah, diablos, en la mitad de este pícaro mundo las mujeres se ven arrastradas hacia un muro de misticismo y superstición para poder continuar viviendo en una

sociedad que lucha contra ellas a todo lo largo del camino, palmo a palmo. Lo que os pasa a vosotros los judíos es que os metéis en la cabeza la idea de que poseéis la prioridad en materia de sufrimientos...

—Pero existe una diferencia, Chris. En el mundo entero, por muy sórdida que sea la vida, por muy mala, desnuda y estéril que sea, casi todos los hombres pueden abrir los ojos por la mañana en un país donde tuvieron un principio y en el que poseen una herencia. Nosotros no. Y yo sé las consecuencias que esto produce en mujeres como Deborah Bronski. Conozco a demasiadas como ella.

—No, te equivocas, Rosy. Si conocieses a Deborah, comprenderías que soy incapaz de abandonarla jamás.

Sonó el timbre. Abrió Rosy. Era Andrei. En una semana se había restablecido notablemente. El dolor continuaba atormentándole, y su cara manifestaba un profundo cansancio, pero reunía sus fuerzas para la última batalla, que no se había librado todavía.

Dos días después de haber regresado a Varsovia se presentó al comandante de la Ciudadela, y fue ascendido en el acto al rango de mayor y puesto al frente de un batallón del perímetro meridional. La tregua para evacuar a los americanos había de tener lugar en su posición.

—¿Cómo están las cosas por allí? —preguntó Chris.

—Igual —contestó Andrei—. Los canallas no quieren atacar.

—¿Para qué tienen que atacar? —comentó Chris—. Pueden seguir donde están y destrozar la ciudad hasta el final de los siglos.

—Quiero mirarles una vez más cara a cara —dijo Andrei.

—Es posible que los estemos mirando mucho, muchísimo tiempo —intervino Rosy—. ¿Y cómo te encuentras, Andrei?

—Nunca me sentí mejor —contestó el visitante, levantando el vaso de whisky escocés que Chris le había llenado—. Estoy aquí sólo por pocas horas.

Debo volverme. Ha ocurrido algo que os puede interesar, relativo a la tregua de mañana por la mañana para evacuar al personal americano de la Embajada.

Los otros dos movieron la cabeza asintiendo.

—Los alemanes se han puesto en contacto con nosotros hace pocas horas.

Han solicitado un intercambio de prisioneros de guerra al mismo tiempo que evacúen los americanos.

—¿Cuántos alemanes tenéis?

—Unos centenares, aproximadamente. La mayoría son polacos de raza germana.

—Parece un proceder normal —dijo Chris.

—No, en esto hay gato encerrado —repuso Andrei—. Los alemanes nos ofrecen cinco por uno.

—Me gustaría saber por qué lo hacen —dijo Rosy.

—No lo sé; pero este negocio tiene algo anormal desde el principio al fin.

—Lo mismo da que vayamos allá abajo y recojamos las noticias de la tregua —dijo Chris—. Pueden proporcionarnos un buen reportaje, aunque Dios sabe cuándo estaremos en condiciones de sacarlo de Polonia.

CAPÍTULO XIV

La embajada norteamericana cerró, excepto por media docena de personas que quedaron como muestra. Después de una escena de despedida, abundante en lágrimas, con Thompson, que había de evacuar durante la tregua de la mañana, Gabriela se fue al piso de Andrei a cuidarle, lo mismo que le había cuidado durante dos noches de angustia entre los disparos de la artillería y las incursiones aéreas.

Empezaba a oscurecer cuando llegó Andrei después de haber hablado con Chris. Se abrazaron fatigados. Andrei se desplomó en el amplio sillón mientras Gabriela le servía el último trago que quedaba de vodka. El licor descendía por su garganta produciéndole una sensación agradable y cálida. Gabriela se situó detrás de él y alivió la tensión de los músculos de su cuello a copia de masaje.

—He conseguido guardar un gran balde de agua —le dijo—. Cuando hemos cerrado las puertas, en la embajada, me he venido acá directamente. No he querido arriesgarme a hacer cola y dejar de verte si venías. Más tarde saldré a buscar unas cosas en casa de Tommy y te prepararé una buena comida caliente.

—Perfectamente —murmuró Andrei—. De todos modos, sólo puedo quedarme unas horas.

Y se puso a mascar el pan duro sin decir palabra. Gabriela estaba inquieta.

—Te conviene descabezar el sueño. Tienes un aspecto como si fueras a desplomarte.

—¡Deja de fastidiarme!

Las sirenas antiaéreas soltaron su lamento. Gabriela se apartó rápidamente para correr las cortinas y apagar la mitad de las luces.

—Canallas —murmuró Andrei, hundiendo el pan en las habichuelas—. Canallas.

Al cabo de un momento el ruido de los motores despedazaba el cielo.

Andrei se puso a escuchar, esperando los primeros alaridos sibilantes de los picados y las caídas de las bombas. No tuvo que aguardar mucho rato.

—Mokotow —se dijo a sí mismo—, el aeródromo. Sólo que ya no queda aeródromo. Son metódicos. Cada parte de Varsovia es como un número de reloj. Mokotow, luego Pakowiec, luego Ochota, después Wola. ¿Cómo no?

Nosotros sabemos que van a venir, pero no podemos disparar contra ellos.

¿Cómo no? Yo he visto a esos bastardos cara a cara. Volveré a verles antes de que termine el asedio. No nos dominarán con incursiones aéreas; tendrán que desencadenar un ataque, y cuando lo desencadenen...

—Déjalo, por favor.

Andrei comía y escuchaba. Los alemanes entraban por el norte, iniciando sin obstáculos su juego de picados en el borde meridional de la ciudad desde encima mismo del piso donde estaban ellos. Mientras los «Stukas» y los «Messerschmitts» se

lanzaban chillando sobre la ciudad indefensa, Gabriela se sobresaltó. Una racha mal calculada de bombas hizo caer una escalerilla sólo una manzana más allá de la calle Leszno. La explosión hizo retemblar el piso de Andrei.

—Quizá sería mejor que bajásemos a los sótanos —dijo.

—¿Tengo figura de topo? No quiero vivir debajo del suelo.

—Ese arrogante orgullo de ulano polaco nos acarreará la muerte.

—¡Vete al sótano, pues!

—¡No!

—Pues decide lo que quieras.

No fue una incursión larga, puesto que no quedaba nada en Varsovia que tuviese valor militar para bombardearlo. Los alemanes habían disfrutado de su diversión por el día en curso, y se marcharon. Gabriela contempló con desencanto la vacía botella de vodka. Andrei corrió las cortinas y miró las llamas que bailoteaban en la distancia. Luego se volvió hacia Gabriela, que se asustó. Andrei tenía en el rostro una expresión extraña, que ella no había visto nunca.

—He venido a decirte adiós, Gabriela —anunció—. Vete a casa y prepara el equipaje. Se te permite una sola maleta. Mañana te marchas con los americanos.

—Yo no... no creo que te comprenda.

—No hagas una escena.

—¿Cómo voy a cruzar las líneas alemanas? Quizá debería cantarles el «Swanee River» para que vean que soy americana.

—He hablado con Thompson. Te ha extendido ya un pasaporte diplomático. No hay recurso mejor para viajar. Tommy te llevará a Cracovia.

—¡Vaya, has estado muy ocupado! Yo pensaba que estabas defendiendo Varsovia, y andabas enredado en misiones diplomáticas.

—¡Te he dicho que no quería una escena!

—Yo misma decidiré a dónde y cuándo quiero marcharme.

—¡Todavía resultará que te he condenado al purgatorio! ¿América es un lugar tan malo? Sólo una loca de remate querría seguir teniendo el flaco pescuezo metido en esta ciudad.

—¿Desde cuándo me ordenas lo que debo hacer?

—¡Desde ahora! —replicó él, dando un puñetazo tan fuerte a la mesa que hizo bailar botellas y platos.

Gabriela contempló a aquel hombre de genio terrible con un poco de miedo y un poco de admiración. Andrei parecía expresar el ultimátum de que si se quedaba no volvería a verla. Ella no se atrevió a preguntárselo. Pero le miró con mirada ofendida.

—Andrei —murmuró—, ¿qué he hecho para enojarte de ese modo?

—Tienes a tu madre y a tu hermana en América. Y te irás allá.

—¿Me dices adiós?

—De un modo u otro...

Ella esperó a que Andrei diera un paso, a que manifestara algo. Él se quedó inmóvil como un objeto, mirándola furioso, sin cambiar de expresión.

—De acuerdo —murmuró Gabriela.

Cogió el abrigo, se lo puso despacio y se encaminó hacia la puerta, esperando, rogando a Dios que Andrei pronunciase su nombre. Él no movió un músculo ni parpadeó siquiera. Gabriela abrió la puerta y le miró. Era lo mismo que un extraño. Aquel hombre cruel no era Andrei... ¡Despediría igual que un noble despedía a un campesino!

«Si bajo esas escaleras, moriré», pensó Gabriela.

Entonces cerró la puerta y cruzó la habitación dirigiéndose hacia Andrei. Le rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Él continuó inmóvil.

—No ensayes trucos femeninos conmigo.

—Está bien —dijo ella—. Jamás creí que llegase el día en que no quisieras tocarme. Aunque te deje, no me obligarás a salir de Varsovia. Se da el caso de que también es mi hogar.

—¡Debes marcharte!

—No grite, mayor Androfski. Podría asustar a los «Stukas» y hacerlos huir.

Andrei dejó caer los brazos, desalentado, y la expresión de humanidad retornó a sus ojos.

—¡Maldita sea, eres una mujer tozuda de verdad! —exclamó—. Sólo he procedido de este modo pensando que si te amenazaba con no volver a verte quizá te marcharías. Ahora permíteme que te suplique. Éste ya no es nuestro país. Sólo Dios sabe cómo tratarán los alemanes a los tres millones y medio de judíos. Yo no puedo vivir sabiendo que por mi causa tú has recibido algún perjuicio. Si me amas, no me arrebates mi orgullo. Deja que sepa que te he dado vida, no que te la he quitado.

—¡Oh, Andrei! Debí ver en tu interior desde el primer momento. Yo te amo.

No sé amar de otro modo. Y no puedo marcharme porque no puedo hacer lo que para mí es imposible.

—¡Oh, Dios mío, Gabriela! No quiero que sufras ningún mal.

—Ssssiittt, cariño, ssiitt,..

—Eres una locuela, una locuela terrible.

CAPÍTULO XV

Varsovia daba boqueadas de náuseas. Nubes de humo se levantaban del suelo dejando caer después millones de partículas de polvo de ladrillo y argamasa triturados. Un silencio ultraterreno se mezclaba con los vapores de la guerra.

Christopher de Monti y Ervin Rosenblum estaban entrevistando ya a los evacuados cuando acudió el mayor Androfski.

Thompson fue el tercero que llegó adonde se encontraba Andrei.

—¿Dónde está Gaby?

Andrei se golpeó los hombros para alejar el frío que precede al alba y levantó los pies para patear el suelo.

—No quiere ir con ustedes, Tommy. Le juro por Dios que lo he intentado.

—Nunca creí de veras que quisiera. Coja estos documentos. Acaso pueda utilizarlos más tarde.

—Gracias, Tommy. Gracias por todo. Gabriela envía su afecto a Martha.

—Cuídela bien.

El segundo jefe, un capitán, se les acercó, y Andrei adoptó un aire militar.

—¿Ha comprobado las credenciales de toda su gente? —le preguntó el capitán a Thompson.

—Sí.

—¿Cuántos van?

—Veinte de la embajada americana. Quince de diversas embajadas neutrales, y doce paisanos de varias procedencias.

—Vuélvase con ellos. —Andrei miró el reloj, y luego esforzó la vista para penetrar la oscuridad—. Dentro de unos quince minutos empezará a clarear.

Estén preparados para salir, si todo marcha bien.

Thompson asintió. Se estrecharon las manos, y el americano regresó al trote al corral de una casa de campo, donde se apiñaban los evacuados.

Andrei se volvió hacia su capitán.

—¿Cuántos alemanes?

—Hemos conseguido reunir ochenta.

—¿Han radiado este informe a los alemanes?

—Sí, señor. Han contestado que nos devolverían trescientos noventa paisanos nuestros.

Andrei echó a andar por la carretera hasta el lugar donde los alemanes daban patadas al suelo, inquietos, mientras el frío cortaba como una navaja.

Estaban malhumorados y humillados. Sus rostros llevaban una máscara de odio y arrogancia. Parecían personas que Andrei hubiera visto toda la vida. Un panadero..., un caballero con hijos..., un profesor... ¿Qué era lo que los había traído a este lugar?

Andrei giró sobre sus talones, seguido del capitán, y anduvo con paso vivo hasta las trincheras más avanzadas.

El zum-zum-zum distante de la artillería no cesaba. La oscuridad seguía siendo demasiado densa para divisar la otra parte del campo. Otros ocho minutos. Andrei dio una serie de órdenes de precaución.

Chris bajó a la trinchera y se puso a su lado.

—¿Gabriela se queda?

—Sí.

—Era de prever.

—Yo probé...

—No te sientas culpable. Agradécelo. ¿Has sabido algo acerca del intercambio de prisioneros?

—Siguen entregándonos casi cinco por uno. Estamos en guardia por si nos juegan una treta. Dios sabrá lo que se proponen.

Los estampidos lejanos cesaron.

Todos los ojos se esforzaron por ver si se movía algo, en la penumbra gris y fea del campo. Andrei levantó los prismáticos y paseó la vista de uno a otro lado del horizonte, de uno a otro lado.

¡Ahora! Una sombra emergía de la espesura de árboles. Apenas discernible.

Entraba ya definitivamente en el campo. Andrei esperó unos minutos, mientras la figura se hacía más visible.

«So hijo de perra —pensó Andrei—. ¡Cómo me gustaría volarte los cochinos sesos!»

La figura se detuvo. Llevaba una improvisada bandera blanca de tregua.

Andrei saltó fuera de la trinchera y se encaminó hacia el alemán por lo que en otro tiempo había sido un campo de patatas. Ahora estaba lleno de hoyos y cubierto de deshechos. Desde ambos bandos, diez mil ojos fijaban la mirada en los dos hombres. Andrei se paró a pocos pasos del alemán. Era un coronel, pero no tenía el ceño adusto ni el cabello rubio de un ario, sino que parecía más bien un tipo raro. Se le veía inquieto, allí al descubierto. El coronel y Andrei estuvieron unos momentos mirándose fijamente, sin pronunciar palabra.

—¿Es usted quien ostenta el mando? —preguntó por fin el alemán.

—Sí.

—Dígame su situación.

Aunque Andrei hablaba bien el alemán vulgar, se dirigió al coronel en *yiddish*. Y procuraba dar un tono seco a su *yiddish*, al mismo tiempo que miraba a su enemigo sin desviar la vista.

—Tenemos cuarenta y siete ciudadanos de diversas naciones neutrales y de la embajada americana, y ochenta de los de ustedes. Hemos comprobado las

credenciales.

—Tráigalos aquí. Yo les acompañaré a través de nuestras líneas.

—Ustedes nos deben trescientos noventa polacos. Yo traeré los evacuados a este lugar cuando usted traiga a mis compatriotas.

Andrei daba a entender que desconfiaba de los alemanes, y lo daba a entender de una manera obvia. Los dos hombres deseaban decirse más cosas.

Andrei ansiaba quebrar el pescuezo del alemán con sus manos, y los ojos de éste transmitían en el mensaje: «procura que no te encuentre cuando entremos en Varsovia, judío».

De todos modos, esta parte de la guerra se desenvolvió según los reglamentos. Había que dominarse. El victorioso mostraba majestad. El que perdía salvaba el orgullo.

—Traigo un mensaje de nuestro comandante. Encarece que Varsovia se rinda para evitar nuevos e inútiles derramamientos de sangre.

—Yo tengo un mensaje de nuestro mayor para el caso de que el comandante de ustedes pida la rendición de Varsovia. No.

El alemán cortó la conversación, mirando el reloj.

—Tardaré unos seis minutos en tener a su gente viniendo hacia acá. Los hemos reunido en aquellos bosquecillos de allí.

—Esperaré.

El alemán dio un taconazo, se inclinó por la cintura en una breve reverencia y se alejó cruzando el campo.

Andrei se quedó solo. Exhaló un terrible suspiro y se mordió el labio.

Siguió con la mirada la figura del alemán, que se hacía más y más pequeña, y ahora los millares de ojos se fijaron en él únicamente. El último de los orgullosos polacos... erguido como una estatua. Todavía maldiciendo entre dientes, todavía pidiendo a Dios que el enemigo le combatiese cara a cara.

Seis minutos transcurrieron, segundo por segundo. El alemán era eficiente.

De los bosques empezaron a salir poco a poco racimos de hombres que se pusieron a cruzar el campo en dirección a Andrei. Éste se volvió hacia sus propias líneas y levantó la mano.

De su bando salieron dos grupos, uno encabezado por Thompson, y el otro por un oficial alemán al mando de los prisioneros de la misma nacionalidad.

Había menos distancia desde ellos hasta Andrei que desde éste a los bosquecillos. Los dos grupos llegaron al trote y formaron rápidamente.

Andrei dirigió la mirada de nuevo hacia los bosquecillos molesto por la lentitud con que venían los prisioneros polacos.

—Algo anormal pasa allá —dijo Thompson.

Andrei levantó los prismáticos de campaña, y los brazos se le cayeron. Su pie

aplastó con ira una patata que había en el campo. Volvió a mirar, y los estremecimientos de rabia contorsionaron su rostro.

—No es de admirar que nos den cinco por uno —dijo—. No nos envían sino mutilados.

—¡Ah, Dios de misericordia!

—¡Tienen que atormentarnos! —gritó Andrei.

—Si nos atormentan bastante, quizá despertaremos, y en América nos desprenderemos de nuestras conchas muertas —dijo Tommy—. ¿Podemos marcharnos, Andrei?

—Adelante, Tommy. Anden despacio. Quiero estar seguro de que aquellos hombres hayan llegado sin contratiempo antes de que ustedes estén en las espesuras. Los alemanes serían capaces de intentar algo si nuestros prisioneros quedaran en campo abierto.

Los americanos anduvieron hacia las líneas enemigas, apartando los ojos de los macabros caminantes que venían en dirección opuesta.

Andrei regresó a la trinchera.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Chris.

—Velo por ti mismo.

El periodista cogió los prismáticos de Andrei. Cerca de cuatrocientos hombres sin brazos o sin piernas se arrastraban hacia Varsovia. Los que tenían un solo brazo lo utilizaban para llevar camillas con hombres sin ninguna pierna, y los hombres que tenían una pierna cojeaban y se caían en los hoyos.

Andrei se dirigió al capitán.

—Vaya allá y ayude a aquella gente —le dijo.

Los soldados polacos dejaron las armas y corrieron por el campo. Las dos fuerzas se reunieron. En la distancia, el zum-zum-zum de los cañones empezó otra vez, y arriba las primeras bandadas de aviones de guerra alemanes dieron entrada al nuevo día.

Era de noche cuando Christopher de Monti llegó a casa de los Bronski, en Zoliborz. Mientras se acercaba al edificio, el sonido familiar de la música llegaba a sus oídos. Rachael tocaba el piano. ¡Cuán admirable! ¡Cuán admirable que Deborah fuese capaz de tenerlos reunidos y en actividad, rechazando el miedo y la tristeza! Aquellos días, Chris era alguien a quien recibían a gusto. El joven Stephan exhaló un gran suspiro de alivio cuando Chris le abrazó, porque sabía que mientras el periodista estuviera allí, él quedaba relevado de los deberes de «hombre».

Deborah se encontraba en la cocina con Zoshia, que gemía con dolor irresistible, su gordo cuerpo hinchándose y deshinchándose al compás del llanto. Deborah levantó los ojos hacia Chris.

—Pobrecita... Su hermana ha muerto en el bombardeo aéreo de hoy.

Chris fue al estudio, encontró coñac e hizo que la pobre mujer lo bebiese.

Ayudaron a Zoshia a ponerse en pie, la acompañaron al dormitorio de Deborah, la obligaron a tenderse en la cama y fueron en busca de Rachael y Stephan.

—Sentaos en su compañía, niños. No permitáis que se levante.

Zoshia pregonaba a gritos que quería irse a casa de su hermana.

—No, querida. Allí no se está a salvo. Las paredes se derrumban. Ahora descanse..., descanse.

Deborah encontró un sedante en el estudio de Paul, entre las medicinas que guardaba para el uso de la familia, y después de grandes dificultades, consiguió que la criada lo tomase. Al cabo de un rato, sus gemidos se redujeron a un llanto apagado.

Chris acompañó a Deborah al estudio, cerró la puerta y durante un momento la tuvo entre sus brazos y la tranquilizó.

—¡Pobrecita Deborah! —decía—. Su única hermana. Todo lo que le queda es un hijo de mala entraña, y hasta es posible que no pueda contar con él. No ha sabido una palabra desde el principio de la guerra.

—Os tiene a ti y a los niños.

Chris le llenó un vaso, pero ella lo rechazó.

—Los niños han sido muy valientes. ¿Cuánto tiempo puede durar esto?

—He hablado con el mayor Starzynski hace unos instantes. Puede terminar en cualquier momento.

—A veces pienso que tendré una alegría cuando termine. Ni aun con los alemanes en Varsovia podemos estar peor. ¿Has visto a alguien?

Chris movió la cabeza afirmativamente.

—Yo estuve en el orfanato —prosiguió Deborah—. Susan Geller está preocupada por Ervin. Hace tres días que no sabe de él.

—Rosy está bien. Le he dejado hace unos minutos nada más.

—Eso es bueno. ¿Y Gabriela? ¿Le has dicho que se viniera con nosotros?

Aquí se corre menos peligro que en el centro de la ciudad.

—No quiere abandonar el piso de Andrei. Ya lo sabes.

—¿Y Andrei?

—Estuve con él esta mañana, Deborah. La tregua para la evacuación ha tenido lugar en la posición que ocupa él en el fuerte. ¿Te has enterado?

—Sí —murmuró ella—. Nos han devuelto una colección de mutilados, me han dicho.

—Deborah, tu marido era uno de ellos.

Los largos pasillos de almacenamiento, debajo del Museo Nacional, ofrecían una confusión de catres y colchones extendidos sobre el suelo. La profundidad del sótano

lo defendía de los bombardeos, por lo que fue convertido rápidamente en hospital. Las bombas habían volado la instalación eléctrica de aquella parte de Varsovia. Hasta los generadores de emergencia habían desaparecido. Lámparas de petróleo iluminaban débilmente las salas. El aire era húmedo. Olía a moho, a carne herida y a antisépticos. Hacía un frío pegajoso, y se oía el ruido de las enfermeras moviéndose en medio de una especie de silencio resbaladizo, sobre el telón de fondo de las oraciones incesantes y los gemidos apagados, y de vez en cuando, un alarido de agonía.

En la improvisada sala de maternidad, los niños chupaban unos pechos vacíos y protestaban a gritos contra lo que la vida les había deparado en las pocas horas que llevaban en la tierra.

Chris condujo a Deborah por el laberinto de pasillos, siguiendo su camino entre los enfermos y los agonizantes. Luego descendió una docena de peldaños que desembocaban en un largo corredor que contenía armamento médico para otras guerras menos eficaces. Allí yacían los mutilados, y allí se arrodillaban sus afligidos familiares. Una enfermera sostenía una pila eléctrica cerca de la cara de Paul Bronski.

—Paul...

—Está bajo los efectos de un sedante enérgico.

—Paul...

Un hombre sin piernas que estaba cerca de Bronski tomó la palabra:

—Yo estaba allí cuando ocurrió. Había operado a veinte o treinta de nosotros..., trabajaba sin otra luz que la de una pila... y entonces le dieron a él... un impacto directo.., Era el único médico que quedaba con vida. Conservó el conocimiento todo el rato e indicaba a los soldados cómo debían amputarle el brazo...

—Paul...

Los ojos de Paul Bronski parpadearon y se abrieron. Los tenía vidriosos, pero en el ángulo de los labios se dibujó una ligera sonrisa manifestando que sabía que Deborah estaba allí. Ella le cogió la mano entre las suyas, hasta que volvió a sumirse en el sueño artificial de la droga.

—¿Es usted la señora Bronski? —preguntó un médico.

Ella asintió.

—Ha sido una fortuna que su marido fuese médico. Tiene todas las probabilidades de salir adelante sin infección ni complicaciones serias. Ya está libre del « *shock*». Se restablecerá sin contratiempos.

Deborah salió de aquel templo de la angustia.

Chris la esperaba en la puerta principal del museo. En el horizonte, los cañones vomitaban súbitas llamaradas de luz, cual relámpagos de verano. Los obuses describían un arco por encima de Chris y Deborah, zambulléndose en los cobijos de los obreros, al otro lado del río.

—Marchémonos de aquí —dijo él, cogiéndola del brazo para acompañarla a su coche.

Ella se libertó de un tirón.

—Ven, Deborah. Hablaremos de ello en casa. Si un obús de esos se queda corto nos enviará al otro mundo.

—¡Aléjate de mí! —gritó la mujer, con furia.

El horizonte se iluminó en rápidas, brillantes llamaradas, y Chris le vio el rostro. Deborah tenía los ojos de una loca. Él la cogió con fuerza.

—¡Quiero morir!

—¡Domínate!

—¡Nosotros tenemos la culpa de que Paul esté así!

Chris la zarandeó hasta que la cabeza de la mujer se movió como un objeto inerte.

—¡Nosotros no hemos sido los causantes de esta guerra!

—¡Dios me castiga! ¡Asesinos! ¡Somos unos asesinos!

Y se arrancó de entre los brazos de Chris y huyó, perdiéndose en la oscuridad.

SEGUNDA PARTE

Anochecer

CAPÍTULO PRIMERO

Anotación en el diario

27 de setiembre 1939 - Varsovia se rinde

Polonia ha sido dividida en tres partes. Alemania se ha anexionado la Polonia occidental hasta las fronteras anteriores a 1918. Rusia ha cogido en sus zarpas la Polonia oriental. La tercera parte ha sido designada como Arca del Gobierno General, que Alemania administrará. Parece que esta zona ha sido establecida como cojinete amortiguador contra Rusia.

Las calles de Varsovia temblaron bajo el rodar de centenares de tanques que subían por el bulevar de Jerusalén y el de Tres de Mayo, desplegados en desfile. A los tanques los seguían decenas de millares de soldados, marchando a paso de ganso y moviéndose con una precisión absoluta, mientras arriba, un escuadrón tras otro de aviones volaba en formación, rozando casi los tejados de las casas.

Ha sido una exhibición aterradora. En los bordillos de las aceras se alineaban filas de gente petrificada. Unas cuantas banderas alemanas ondeaban en los hogares de unos cuantos germanos de origen, o en las de los cobardes.

Creo que Andrei y yo éramos los únicos judíos —de entre los trescientos mil que hay en Varsovia— que presenciábamos el desfile. Los demás estaban sentados detrás de las cortinas corridas y de las puertas cerradas. Yo no pude resistir la tentación de ver a Hitler. Él nos miraba con ojo inflamado desde un "Mercedes" abierto. Tiene la misma figura que en los retratos.

Me fue preciso vigilar a Andrei. Estaba tan furioso que temía que intentase alguna locura y se hiciera matar. Pero se dominó.

Bien, ya estamos en el baile, hermano.

ALEXANDER BRANDEL

Franz Koenig frotó el pico del gorro con la manga para aumentar su brillo.

¡Qué lástima que Herr Liedendorf no estuviera allí para presenciar aquel momento! A Liedendorf, jefe durante mucho tiempo de los germanos de Varsovia, le

habían sorprendido haciendo señales luminosas durante las incursiones nocturnas de los bombarderos nazis, y una escuadra de ejecución polaca le fusiló. Murió como un verdadero hijo de Alemania.

Franz Koenig, oficial de nuevo cuño, había solicitado el ingreso en el partido nazi. Tenía la sangre pura. Su origen alemán se remontaba hasta los bisabuelos. Estaba seguro de que le admitirían. Se admiró a sí mismo en el espejo, clavóse la cruz gamada en la manga derecha y entró en el dormitorio para recoger a su rolliza esposa polaca. Ella tenía demasiado miedo para reír cuando vio al bajito y tripudo profesor embutido dentro de un uniforme de opereta cómica. Desde que frecuentaba a los alemanes, hacía unos años, Franz había cambiado. En otro tiempo, cuando él estaba en la Universidad, la mujer había tenido ambiciones para el marido. Ella le estimuló para que tratase de conquistar el decanato de Medicina. Ahora se había convertido en un hombre poderoso y mostraba una faceta oscura de su personalidad que la pobre mujer no sabía que existiese y que no le gustaba nada.

La esposa de Koenig tenía el aspecto de un árbol de Navidad superadornado, o quizá de un cerdo guarnecido de especias y listo para entrar en el horno. Por el bulto, hacía dos como su esposo. Franz la rodeó, calculó que su mujer tendría que comportarse, y salieron juntos del piso, encaminándose hacia el coche oficial que les esperaba para llevarles al gran salón de baile del Hotel Europa.

Cuando llegaron, la sala estaba llena de generales de las fuerzas terrestres, uniformados, de almirantes de las fuerzas del mar, de generales de las fuerzas aéreas y de miembros de las fuerzas diplomáticas, con sus pantalones a rayas, sus chaqués de cola de golondrina y las cintas de sus condecoraciones. Franz vio a muchos antiguos amigos, también con uniformes nuevos. Lo mismo ellos que sus esposas, tenían un aire ni más ni menos ridículo que el que tenía él mismo. Hubo una cantidad fantástica de taconazos, de firmes apretones de manos, de inclinaciones, de besos en las manos, de chocar de copas y de alegres felicitaciones a los sones de los valses vieneses, interpretados por una banda militar alemana. Los tapones saltaban de las botellas, entre risas y monóculos.

Había un cordón de nuevas queridas polacas, prontas a obedecer a los nuevos dueños, a las que había elegido el nuevo administrador de Varsovia para que prestaran el adecuado servicio.

La orquesta paró entre dos notas.

Un solo redoble de tambor.

Todo el mundo corrió a dejar el vaso y a alinearse a uno y otro lado de la larga escalera.

Adolfo Hitler apareció arriba. Mientras bajaba, seguido de una masa de hombres con uniformes negros, la orquesta interpretó un «*Deutschland überAlles*» que estremecía el alma. Era ciertamente un momento apropiado para que las espaldas

alemanas estuvieran tiesas como pértigas y para que los corazones alemanes latieran con furia. Incapaz de contenerse, un oficial de baja graduación gritó:

Sieg Heil!

Hitler se detuvo, movió la cabeza afirmativamente y sonrió.

Sieg Heil! —gritó de nuevo el oficial.

Y la sala estalló en una salmodia rítmica, los brazos derechos levantados al frente.

Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!

Lágrimas de gozo surcaban las mejillas del doctor Franz Koenig, sojuzgado, hipnotizado.

Lo mismo que los alemanes de Austria y de Checoslovaquia, los de Polonia se alineaban para recibir la recompensa por el servicio de espionaje realizado y por haber ayudado a destruir la nación en que residían, aun antes de llegar los ejércitos vencedores. En los meses que precedieron a la invasión, el doctor Koenig había llegado a ser un hombre poderoso dentro del movimiento. Sólo el difunto Liedendorf le aventajaba en autoridad. A Franz Koenig le nombraron delegado especial del nuevo comisario de Varsovia, Rudolph Schreiker.

—El doctor Paul Bronski está aquí para verle, señor —le dijo a Koenig una secretaria.

Koenig levantó los ojos de su mesa, maciza y deslumbrante, en la nueva oficina que ocupaba en la casa de la ciudad.

Paul fue introducido en el despacho. Koenig fingió estar absorto en el estudio de un papel que tenía delante. Permitió que Bronski se quedara de pie, sin demostrar que le conociese, ni estrecharle la mano, ni ofrecerle asiento, ni manifestar pena alguna por el brazo que le faltaba.

Paul Bronski se había restablecido bien, pero estaba muy débil todavía y sufría continuos dolores. Hubo de permanecer en pie delante de la mesa de Koenig cinco minutos largos antes de que el alemán levantase los ojos, y comprendió que Koenig se tostaba embelesado al amoroso sol del desquite.

Koenig paseó una mirada por el lujoso ambiente, como si quisiera hacer resaltar la distancia que había recorrido desde la habitación diminuta y atiborrada que había tenido en la Universidad.

—Siéntese —dijo por fin.

Encendió la pipa, meciéndose en el sillón, atrás y adelante..., atrás y adelante... Luego, al cabo de unos momentos más, después de unas insaciables sensaciones que rezumaban por todos sus poros, los deliciosos placeres de la venganza se disiparon.

—Bronski, le he llamado porque estamos en camino de formar una nueva Autoridad Civil Judía. Esta tarde disolveremos el Consejo Judío. Yo le designo a usted delegado representante de los profesionales judíos.

—Pero, Franz, mi posición en la Universidad...

—Desde mañana no habrá más judíos en la Universidad.

—¿No puedo elegir?

—No, en efecto. Si usted cumple nuestras órdenes y coopera, saldrá mucho mejor librado que los otros judíos de Varsovia, puedo asegurárselo.

—Yo no sé qué decir. Ciertamente, no me serviría de nada alegar que desde hace muchos años estoy completamente alejado de todo lo judío.

—Las órdenes emanadas de Berlín establecen claramente que todas las leyes nuevas referentes a los judíos se aplican también a los conversos al catolicismo y a las personas que tienen uno de los padres judío, o un abuelo, o un bisabuelo. El hecho de si el judaísmo se practica activamente o no, no se toma en consideración.

—Franz, yo..., a mí me cuesta trabajo creer lo que estoy escuchando.

—Los tiempos han cambiado, doctor Bronski. Habitúese a ello rápidamente.

—Hemos sido amigos mucho, muchísimo tiempo...

—Amigos, nunca.

—Colegas de profesión, pues. Usted ha sido siempre un hombre compasivo. Usted estaba aquí el mes pasado. Usted vio lo que sucedió. Usted es un hombre inteligente. No puedo comprender que haya perdido todo vestigio de sentimiento en relación a nosotros.

Koenig dejó la pipa.

—Sí, Bronski, me he puesto en paz conmigo mismo, si es esto lo que usted quiere decir. Vea usted, todos esos filósofos del bien que hablan de la verdad, de la belleza y del triunfo de los corderos, me habían mentido. Esto de ahora, en este momento, es real. Es una victoria de los leones. Alemania me ha regalado en un instante más de lo que habría alcanzado en mil años de dar picotazos en la mediocridad y de encontrar aliento en las citas de sabidurías falsas.

—Franz...

—Un minuto nada más, Bronski. Siguiendo el camino de ustedes me encuentro sujeto a sus astucias. Siguiendo éste, me encuentro dueño de ustedes.

Doy por descontado que usted formará parte de la Autoridad Civil Judía.

Paul rió irónicamente.

—Sí, con mucho gusto.

—Muy bien, pues. Mañana a las diez se presentará aquí para recibir las primeras instrucciones del comisario Rudolph Schreiker.

Paul se levantó despacio, tendiendo la mano. Koenig la rehusó.

—Obraría usted prudentemente si adquiriese el hábito de prescindir de delicadezas que hasta el momento presente nos hacían aparecer como iguales.

Usted me llamará doctor Koenig en toda ocasión, y demostrará, además, el respeto debido a un superior.

—Los tiempos han cambiado —dijo Paul.

Y se dispuso a salir de la habitación.

—Bronski. Una cosa más. El suburbio Zoliborz queda reservado para oficiales y funcionarios alemanes. Los judíos no podrán seguir residiendo allí.

Dentro de unos diez días, yo me trasladaré a la casa de usted, de modo que tiene todo este tiempo para procurarse nuevo acomodo. Antes de que se ponga a llorar, permítame decirle que en atención a nuestras relaciones pretéritas, le daré una cantidad razonable por su finca, cortesía que será negada a la mayoría de los demás judíos de Zoliborz.

Bronski sintió una terrible flaqueza en todo el cuerpo. Hubo de apoyarse en la puerta para sostenerse. Luego la abrió rápidamente.

—Mañana, a las diez, aquí. Ha de conocer a Rudolph Schreiker.

CAPÍTULO II

Anotación en el diario

Varsovia ha florecido con uniformes alemanes de todos los colores. Se necesita un programa para saber quién está über (por encima de) quién. El uniforme mayor pertenece, por lo visto, al nuevo Kommissar, Rudolph Schreiker. No sabemos mucho de él, pero es obvio que no se propondrá ganar aquí una competición de popularidad. El antiguo Consejo Judío, un gobierno casi religioso, ha sido disuelto. Han formado un instrumento nuevo llamado Autoridad Civil Judía. Emmanuel Goldman, músico y buen sionista, me ha pedido que formase parte de la junta ejecutiva. Yo le he esquivado, porque la llamada Autoridad Civil no me parece un plato completamente judío.

ALEXANDER BRANDEL

Rudolph Schreiker, el nuevo Kommissar de Varsovia, procedía de una pequeña ciudad de Baviera. No deseaba pasarse la vida en el banco de un zapatero remendón como su padre, su abuelo y su bisabuelo. De todos modos, era dudoso que hubiese salido un buen zapatero remendón, porque no valía gran cosa.

Rudolph había llegado a la madurez en la Alemania de la posguerra amargada por la derrota, sin empleo, aturdido, buscando a tientas una orientación. Un descontento más en una época de descontentos, gastaba sus energías censurando un mundo que no comprendía y al cual era incapaz de hacer frente. Su mediocridad le dejó con dos divorcios, cuatro hijos, muchas deudas y ataques alcohólicos.

En Baviera, por los años veinte, se produjeron rumores y ruidos confusos que sonaban como música en los oídos de Rudolph Schreiker y de todos los de su calaña. A gente oscura e insignificante se le ofrecía una posición en la vida que jamás habría podido conseguir por su esfuerzo. A Rudolph le explicaron sus fracasos de una manera que consideró muy acertada. Él no era responsable de su triste situación. Era una víctima de las conspiraciones del mundo contra su pueblo. Rudolph se hizo nazi inmediatamente.

Aquella nueva situación, aquel uniforme pardo, aquellas insignias impresionantes y aquel hombrecillo que tomaba la actitud de dios de Alemania, no le exigían que se abriese camino mediante el trabajo, el estudio o la inteligencia. Si se hubiesen requerido estas condiciones, todos los Schreiker habrían continuado en el ánimo y la voz del nazismo no habría tenido el timbre de las joyas. Pero como no las pedía, la palabra nazi tenía para Rudolph Schreiker un acento maravilloso.

Le bastaba con poner en juego la fuerza bruta, la misma clase de fuerza bruta que

había empleado al apalear a sus esposas. A pesar de sus pocas dotes personales y de su escasa capacidad mental, supo comprender que el único camino que tenía para triunfar o para hacerse una figura en el mundo, consistía en unir su suerte con la de los nazis.

Por instinto, se hizo suya la norma fundamental: obediencia absoluta. De acuerdo con la tradición alemana auténtica, Rudolph se plegaba a la disciplina y al poder. Como buen borracho y apaleador de mujeres, había demostrado su carencia de fibra moral, de modo que la moralidad no le planteaba ningún problema.

Lo único que Rudolph Schreiker quería de verdad era ser alguien, y Adolfo Hitler le daba ocasión de serlo.

Los nazis recogían matones y holgazanes y los convertían en héroes. En justa correspondencia, la canalla obedecía a ciegas. Schreiker no sufría náuseas ni conflictos interiores de conciencia cuando le ordenaban que destruyese una sinagoga o que asesinase a un enemigo del Partido.

Y los nazis cumplieron lo que Hitler había prometido. Alemania fue poderosa y temida, y a medida que se expansionaba, los fieles Schreiker recibían sus recompensas. Rudolph había obedecido, sin replicar nada, durante cerca de veinte años. Por tal mérito, le nombraron Comisario de Varsovia en el Área del Gobierno General.

Era una posición muy elevada para un hombre que fue siempre un subordinado y cuyo punto fuerte consistía en obedecer las órdenes. En verdad, Schreiker no era un cerebro poderoso, pero buena parte de las instrucciones vendrían de Berlín, de Cracovia, o de Lublin, donde sus superiores tenían las respectivas oficinas. No obstante, el cargo requería más habilidad administrativa, más iniciativa y más autoridad de las que él mismo había creído nunca que poseyera. No quería fracasar. Si tenía éxito en Varsovia, podría seguir avanzando por un camino sin límites.

En sus años de nazi, Schreiker aprendió muchas lecciones intuitivamente.

Uno de los axiomas más rígidamente aceptados por él, sostenía que los intelectuales eran hombres débiles. Abrazaban causas nobles que él no entendía. Los intelectuales discutían de ideales, pero no estaban dispuestos a morir por ellos, como él lo estaba por el nazismo. Aquellos mal llamados pensadores eran lo contrario exactamente de lo que aparentaban ser. No eran otra cosa que un amasijo de palabras. Eran cobardes.

Él, Schreiker, sabría gobernarles, porque sabría intimidarles. Y los otros no se rebelarían. Más aún, podría utilizarles para que hicieran por su cuenta lo que él no sería capaz de realizar por sus solos medios.

A poco de llegar a Varsovia, examinó las listas de los residentes de raza germana que habían apoyado a los alemanes. El doctor Franz Koenig. Perfecto.

De mediana edad, físicamente inútil y de lealtad demostrada. Médico y profesor,

muy instruido, amante de los clásicos y lector asiduo de los filósofos.

Un intelectual perfectamente manejable. Rudolph Schreiker le dio al doctor Franz Koenig un uniforme, un título, un rango y un poder casi ilimitado en sus actuaciones.

Un cachorrito bueno que le ayudaría a gobernar su distrito.

Koenig condujo a Paul Bronski por una serie de oficinas que se comunicaban unas con otras hasta la del Comisario de Varsovia. Rudolph Schreiker estaba sentado detrás de su mesa. El envanecimiento hacía de él una figura impresionante. Era un hombre corpulento y fuerte, con una fisonomía cuadrada, alemana y morena. Franz Koenig se situó a la derecha de Schreiker.

—Todos están aquí —le dijo.

Paul Bronski reconoció a los otros. Silberberg, el dramaturgo; Marinski, que dominaba la mayor parte de las tenerías de los alrededores de la parte baja de la calle Gensia; Schoenfeld, el más brillante de los abogados judíos de Varsovia y antiguo miembro del Parlamento polaco; Seiman, el ingeniero; el coronel Weiss, uno de los judíos de más jerarquía dentro del Ejército polaco; Goldman, músico sobresaliente, que había dado lecciones a Deborah y a Rachael y a quien se conocía entre los intelectuales como sionista convencido, y, finalmente, Boris Presser. Presser parecía fuera de lugar en aquella reunión, por otra parte tan distinguida. Era un comerciante, propietario de unos almacenes importantes, pero no tenía figura ninguna en Varsovia, ni en el terreno político, ni en el terreno social.

Los ocho hombres jugueteaban nerviosamente con sus dedos delante de la mesa de Schreiker. El Kommissar paseó lentamente la mirada de uno a otro, examinándolos uno por uno y recurriendo al juego de exhibir su poder y su autoridad mediante un amaneramiento deliberado.

—Por motivos de inferioridad racial —les dijo Schreiker—, consideramos necesario que los judíos se gobiernen por sí mismos, separados de los otros ciudadanos, bajo nuestra dirección. Vosotros ocho habéis sido elegidos para formar la junta ejecutiva de la Autoridad Civil Judía. Cada uno de vosotros será responsable de un departamento determinado: beneficencia, higiene, profesiones, propiedades, etc. ¿Cuál de vosotros es Goldman?

El famoso músico e idealista dio un paso al frente. Aunque anciano, Goldman lucía el destello y la vivacidad de un virtuoso.

—Tú serás el jefe, Goldman. Dependerás de mí directamente. Los demás recibirán las orientaciones del doctor Koenig.

Koenig tomó la palabra:

—Ocuparán inmediatamente las dependencias del número 28 de la calle Grybowska e instalarán sus oficinas. Su primera tarea consistirá en formar el censo de los judíos del distrito de Varsovia. Tan pronto como un judío quede registrado en

las listas de la Autoridad Civil, se le dará una *Kennkarte*, que al mismo tiempo servirá de base para una libreta de racionamiento. Todo judío a quien se encuentre dentro de tres semanas sin una *Kennkarte*, será castigado con la muerte.

—Espero que el censo se realizará de un modo eficiente —añadió Schreiker—. De lo contrario, formaremos una Autoridad Civil nueva al instante.

Se os avisará de las nuevas orientaciones. Quedáis despedidos.

Los ocho hombres arrastraron los pies hacia la puerta, atontados.

—Una cosa más por el momento —dijo Schreiker, poniéndose en pie y pasando a situarse delante de la mesa. Era un hombre corpulento y de una fuerza física evidente, y quería asegurarse de que los otros lo vieran—. En nuestra guarnición tenemos millares de soldados jóvenes y viriles que necesitan diversión. Nos proporcionaréis una lista de mujeres que se encarguen de satisfacer sus necesidades. Necesitamos, por lo menos, cincuenta o sesenta para empezar. Las elegidas tendrán la buena fortuna de prestar servicio en un lugar para oficiales.

Los judíos se miraron unos a otros, anhelando desesperadamente que alguno tuviera el coraje de replicar.

Schreiker cogió un papel con sus nombres.

—¿Quién es Silberberg? —Silberberg se adelantó, temblando. Toda su bravura se desahogaba en las palabras que escribía— ¡Tú eres un autor teatral!

Tú has de conocer actrices.

A Silberberg le dolía el delgado pecho de puro miedo. Inspirando profundamente, arrojó un escupitajo al suelo. Schreiker cruzó la habitación a la carrera y se paró frente a él. El escritor cerró los ojos, esperando el golpe. El otro se lo asestó en el puente de la nariz. Silberberg se desplomó de rodillas, sosteniéndose la ensangrentada, cara con las manos, temporalmente ciego.

Goldman se arrodilló a su lado.

—¡Apártate de él!

—Vamos, pégueme a mí también, valiente —le retó Goldman.

Schreiker giró rápidamente sobre sus talones, examinando con la mirada a los otros.

—¡Tú, mutilado! —dijo, señalando a Paul Bronski—. ¡Tú te encargarás personalmente de buscar las rameras!

—Me temo que no podré actuar bajo estas condiciones —respondió Paul Bronski.

Franz Koenig percibió que Schreiker había ido demasiado lejos, con una prisa excesiva. Y se apresuró a intervenir:

—Esto lo discutiremos a su debido tiempo —dijo—. Ahora salgan todos.

Schreiker quería darles una paliza colectiva, pero comprendió que Koenig había intervenido para salvarle de un paso en falso. No debía dar pasos en falso. Luego que hubieran salido, se puso a deambular por la habitación, lívido de rabia, soltando todas

las maldiciones que sabía. Después se hundió en el sillón y juró que él les enseñaría quién mandaba allí. Cuando se hubo sosegado, Koenig habló suavemente, con calma.

—Herr Schreiker —dijo—, hemos herido un punto muy sensible.

—¡Pero ellos me han desafiado!

—No se apure, Herr Kommissar. No les demos pretextos para unificarse.

Al fin y al cabo, los hemos escogido para que trabajen por nuestra cuenta, ¿no es cierto?

—¡Son unos privilegiados!

—Sí, sí, ciertamente —dijo Koenig—. Para que puedan trabajar por nosotros, han de tener una cierta suma de autoridad y de peso entre los judíos.

Si destruimos su autoridad obligándoles a una cosa que les pondrá en situación desairada delante de su gente, entonces no podrán llevar a cabo la tarea que les pedimos.

Schreiker meditó aquellas palabras. Sí, había cometido una estupidez. Él se disponía a crear un poder, y luego lo destruía del mismo golpe. Koenig era astuto. Estas cosas los intelectuales las veían siempre. Conservaría a Koenig a su lado para no cometer errores.

—Hay otros modos de proveer de mujeres los lupanares —dijo Koenig—.

Yo recomendaría que, por todo lo que se refiere a la Autoridad Civil, abandonásemos el asunto. Así esa gente creería que significa algo.

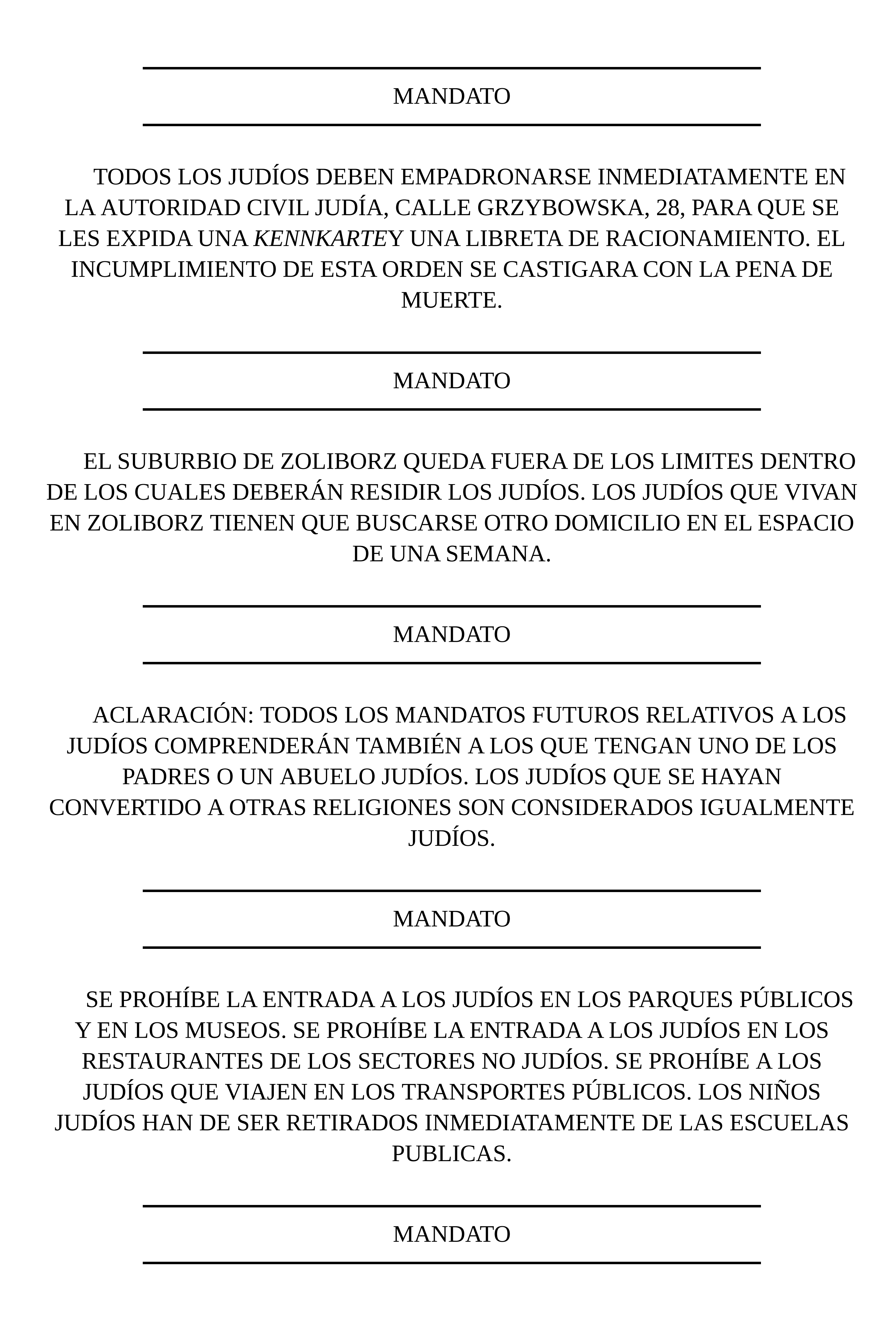
—Sí, por supuesto —convino Schreiker—. Únicamente los he puesto a prueba con objeto de ver si tenían bastante coraje personal para hacer cumplir nuestros mandatos... Los he puesto a prueba, nada más.

Anotación en el diario

Bien, en verdad que no hemos tenido que aguardar mucho para saber qué es lo que nos reservan y qué clase de hombre es Rudolph Schreiker.

La sede administrativa del Área de Gobierno General ha sido establecida en Cracovia, lo cual constituye una sorpresa. Estábamos seguros de que la establecerían en Varsovia. Allá abajo dirige la farsa un sujeto llamado Hans Frank. Todos los días publica un periódico de cuatro páginas titulado "Gaceta del Gobierno General". Las páginas primeras, segunda y tercera se ocupan de una diversidad de temas. La cuarta está dedicada al "Problema Judío". Ciertamente, estos días estamos de actualidad.

ALEXANDER BRANDEL



MANDATO

TODOS LOS JUDÍOS DEBEN EMPADRONARSE INMEDIATAMENTE EN LA AUTORIDAD CIVIL JUDÍA, CALLE GRZYBOWSKA, 28, PARA QUE SE LES EXPIDA UNA *KENNKARTE*Y UNA LIBRETA DE RACIONAMIENTO. EL INCUMPLIMIENTO DE ESTA ORDEN SE CASTIGARA CON LA PENA DE MUERTE.

MANDATO

EL SUBURBIO DE ZOLIBORZ QUEDA FUERA DE LOS LIMITES DENTRO DE LOS CUALES DEBERÁN RESIDIR LOS JUDÍOS. LOS JUDÍOS QUE VIVAN EN ZOLIBORZ TIENEN QUE BUSCARSE OTRO DOMICILIO EN EL ESPACIO DE UNA SEMANA.

MANDATO

ACLARACIÓN: TODOS LOS MANDATOS FUTUROS RELATIVOS A LOS JUDÍOS COMPRENDERÁN TAMBIÉN A LOS QUE TENGAN UNO DE LOS PADRES O UN ABUELO JUDÍOS. LOS JUDÍOS QUE SE HAYAN CONVERTIDO A OTRAS RELIGIONES SON CONSIDERADOS IGUALMENTE JUDÍOS.

MANDATO

SE PROHÍBE LA ENTRADA A LOS JUDÍOS EN LOS PARQUES PÚBLICOS Y EN LOS MUSEOS. SE PROHÍBE LA ENTRADA A LOS JUDÍOS EN LOS RESTAURANTES DE LOS SECTORES NO JUDÍOS. SE PROHÍBE A LOS JUDÍOS QUE VIAJEN EN LOS TRANSPORTES PÚBLICOS. LOS NIÑOS JUDÍOS HAN DE SER RETIRADOS INMEDIATAMENTE DE LAS ESCUELAS PUBLICAS.

MANDATO

LA PRÁCTICA DE LA RELIGIÓN JUDÍA QUEDA PROHIBIDA. TODAS LAS INAGOGAS SE CONSIDERAN CLAUSURADAS. QUEDA PROHIBIDA LA ENSEÑANZA RELIGIOSA JUDÍA.

MANDATO

LOS JUDÍOS NO PODRÁN EJERCER LOS OFICIOS Y PROFESIONES SIGUIENTES SINO ENTRE POBLACIÓN JUDÍA: MEDICINA, ABOGACÍA, PERIODISMO, EMPLEOS DEL GOBIERNO DE TODA ESPECIE, INDUSTRIAS DEPENDENCIAS DEL MUNICIPIO.

MANDATO

SE PROHÍBE A LOS JUDÍOS QUE ASISTAN AL TEATRO O AL CINE EN SECTORES NO JUDÍOS. SE PROHÍBE A LOS JUDÍOS QUE INGRESEN EN HOSPITALES NO JUDÍOS.

En cuanto empezó el empadronamiento, cada *Kennkarte* fue marcada con una J mayúscula. Pronto llegó una orden rebajando la ración de los judíos. Ello provocó una disputada carrera por obtener Kennkarten arias, falsas e ilegales.

En Zoliborz y otros sectores confiscados por los oficiales alemanes, los judíos desposeídos se vieron obligados a abandonar sus propiedades sin percibir ninguna indemnización.

Cada día un mandato nuevo.

Entretanto, Rudolph Schreiker retornó a la tarea que le era más familiar. El antiguo luchador callejero de los primeros días del nazismo en Baviera, organizó cuadrillas de granujas polacos y los incluyó en las nóminas alemanas con la orden de aterrorizar a la población judía. A las pocas semanas de haber entrado los alemanes en Varsovia, hubo una racha de rotura de ventanas, saqueos de tiendas y apaleamientos de judíos barbudos, que no encontró oposición.

Por las calles, vehículos con altavoces recorrían de uno a otro extremo los sectores judíos ladrando las órdenes más recientes y la página cuarta de la *Gaceta del Gobierno General*, y en las paredes de todas las calles aparecían pegadas las disposiciones del Comisario de Varsovia y de la Autoridad Civil Judía.

Un destacamento especial de fuerzas de las SS aprehendía a las personas, judías y no judías por igual, que era más probable que se resistieran, las cuales habían sido señaladas de antemano por el doctor Franz Koenig y otros polacos de origen alemán.

Una vez detenidas las hacían marchar hacia la prisión Pawiak, y los pelotones de ejecución las fusilaban.

En la radio, un programa de veinticuatro horas, repetido hasta la saturación, instruía al público polaco sobre las causas de la situación:

«Alemania ha venido para salvar a Polonia de los judíos que se benefician de la guerra.»

Y las carteleras que en otro tiempo anunciaban las películas de Irene Dunne, fueron sustituidas por dibujos representando a judíos barbudos que violaban monjas, judíos barbudos que utilizaban la sangre de niños cristianos para sus ceremonias religiosas, judíos barbudos sentados sobre montones de dinero y acuchillando por la espalda a los buenos y honrados polacos.

En general, el programa alemán obtuvo un éxito absoluto. El pueblo polaco, que no podía arremeter contra sus nobles (los cuales ahora habían desaparecido), ni contra los rusos, que le habían traicionado, ni contra los alemanes, que le habían sometido a terribles carnicerías, estaba dispuesto a aceptar la «cabeza de turco» judía tradicional como verdadera causa de su último desastre.

CAPÍTULO III

MANDATO

A PARTIR DE ESTA FECHA, TODOS LOS SINDICATOS JUDÍOS, LAS SOCIEDADES PROFESIONALES Y LAS ORGANIZACIONES SIONISTAS SON ILEGALES.

El Consejo Ejecutivo Bathyrano ha celebrado hoy una sesión de urgencia para preparar el paso a la clandestinidad, Debo encontrar algunos resquicios en los mandatos alemanes que nos mantengan reunidos y en actividad, quizá bajo la "fachada" de otra organización

ANA GRINSPAN

...ha realizado los mayores progresos. Nos informa de que el Cabildo de Cracovia está unificado. Tiene mucho valor esa chica. A pesar de las órdenes nuevas limitando la libertad de viajar de los judíos, Ana ha conseguido ya unos documentos falsos a nombre de una tal Tanya Tartinski, que no existe. Su aspecto nada judío le ayuda a trasladarse sin obstáculo. Se ha puesto en contacto con Tommy Thompson en la Embajada americana, actualmente en Cracovia, y Tommy ha dado la conformidad para recibir dólares americanos de los judíos de fuera de Polonia, especialmente de nuestros cabildos de América, y pasárselos a ella. Demos gracias a Dios por Tommy. Es un amigo de verdad. Ana recorrerá inmediatamente todos nuestros cabildos importantes para poner en marcha un sistema clandestino de comunicaciones que hemos estructurado

SUSAN GELLER

...se encuentra en una situación apremiante. Calcula que en la invasión murieron treinta mil soldados judíos. (Esta cifra parece notablemente exacta. Según nuestros cálculos más minuciosos, murieron un total de doscientos mil soldados polacos, muchos miles huyeron cruzando la frontera, y hay un número desconocido de millares en los campos de prisioneros de guerra.) Además, durante el sitio de Varsovia, muchos centenares de niños quedaron sin padres. Nosotros hemos de aceptar la parte que nos corresponde. Susan ha comprometido al Orfanato Bathyrano a acoger a otros doscientos niños, lo cual dobla nuestra capacidad actual. No es necesario decir el efecto que esto tiene sobre el presupuesto. Necesitamos personal. Ello significa que habremos de sacar a nuestros elementos mejores de los empleos que tienen en otras partes y enviarlos a trabajar en el orfanato. Dios sabe cómo lo solucionaremos. Con la reducción de las raciones de los judíos, habremos de

conseguir de la Autoridad Civil Judía un suplemento de cincuenta cartillas de racionamiento para los niños.

TOLEK ALTERMAN

...después de su discurso habitual sobre sionismo, prometió a Susan que cultivará nuevos terrenos en la granja para neutralizar las reducciones en el racionamiento.

Habrá que alentarle a que aumente la producción por si el precio de los alimentos se pone imposible. Pero para incrementar el trabajo de la granja también necesitaremos más personal.

ERVIN ROSENBLUM

...sigue trabajando todavía para la Agencia Suiza de Noticias escudado en el argumento legal de que es una agencia neutral, mientras la letra del mandato alemán prohíbe a los judíos que trabajen en periódicos polacos no judíos. (Esperamos que la Prensa judía será suprimida en cualquier minuto, aunque Emmanuel Goldman, presidente de la Autoridad Civil, embaucó a los alemanes para que la dejasen publicar como un medio de comunicación entre las masas que contribuye a divulgar sus mandatos. ¿Cuánto tiempo podrá sostener esta argucia?) Ervin no cree que ni él, ni la Agencia Suiza, ni Chris de Monti continúen en funciones mucho tiempo. Será una pérdida grande, porque Ervin se encuentra muy cerca de las fuentes de información y varias veces nos ha adelantado noticias que nos han proporcionado veinticuatro horas de margen para levantar nuestras defensas. Una nota muy triste. Me pesa en el alma la ausencia de Andrei. A los otros les mentí, diciendo que estaba en Bialystok por determinados asuntos. Tres o cuatro miembros me han informado de que planea algo que nos acarreará grandes males. Debo hacerle desistir. Cierro ahora esta anotación para buscarle.

ALEXANDER BRANDEL

Gabriela Rak abrió la puerta de su piso en la plaza de las Tres Cruces cuando llamó Alexander Brandel.

—Entre, Alex.

Gabriela cerró la puerta tras él y le cogió el abrigo y el gorro.

—¿Está aquí?

Gabriela movió la cabeza afirmativamente y señaló en dirección al balcón.

—Antes de que le vea...

La joven meneó la cabeza.

—No sé, Alex. Hay días que camina por ahí como un animal enjaulado y suelta maldiciones. Otros días, hoy, por ejemplo, se sienta, se queda enfurruñado y bebe sin decir palabra. Ayer y hoy ha estado fuera visitando gente. No sé para qué. No quiere confiarse a mí.

—Comprendo —contestó Alex.

—Jamás había conocido a nadie capaz de tomar una derrota tan a pecho, Alex. ¡Tiene un orgullo tan tremendo! Parece como si se asignara el deber de sufrir él solo por treinta millones de polacos.

Gabriela fue hasta las puertas vidrieras y las abrió. Andrei miraba sin objetivo hacia las destrozadas ruinas.

—¡Andrei! —le llamó una docena de veces antes de captar su atención—.

Alexander Brandel está aquí.

Andrei entró en el cuarto. Iba sin afeitar y tenía los ojos enrojecidos por el exceso de bebida y la falta de sueño. Se encaminó derechamente hacia el armario de los licores y se sirvió vodka en un vaso.

—Voy a prepararle té, Alex —dijo Gabriela, nerviosa.

—No, quédate —ordenó Andrei—. Quiero que escuches la gran disertación de la lógica sionista. Ahora caerán perlas de sabiduría, como lluvia de primavera. Deberíamos tener un balde para recogerlas todas.

Después de apurar el vodka, se sirvió más. Gabriela se sentó desazonada en el borde de una silla, mientras Alex se acercaba a Andrei, le quitaba el vaso de la mano y lo dejaba encima de la mesa.

—¿Por qué no has asistido hoy a la reunión del Consejo Ejecutivo?

—¿No te has enterado? Ya no hay bathyranos. Mandato número treinta y dos publicado por orden del Comisario de Varsovia.

—Ha sido una reunión de importancia capital. Hemos establecido el mecanismo para pasar a la clandestinidad.

Andrei chasqueó los labios, palmoteó y se acercó a Gabriela.

—Gaby, ¿quieres que te explique todo lo que han dicho, palabra por palabra? Veamos, pues, Susan Geller ha gritado más que nadie porque la guerra ha puesto en sus manos montones y montones de huérfanos nuevos, y ella, nuestra valerosa Suzy, se dispone a aceptarlos todos, desde el primero hasta el último. De modo que mañana, Herr Schreiker publicará un mandato poniendo a los huérfanos fuera de la ley. ¡Ah! Pero no nos estimes en menos de lo que valemos. Nuestro Alexander Brandel hallará el modo de burlarlo. Nuestro Alexander es un marrullero. Encuentra escapatoria para todo. «Desde hoy en adelante, a los huérfanos los llamaremos novicios, y el Orfanato Bathyrano se convertirá en el Convento de San Alejandro», declara Alex. A continuación, Tolek Alterman se ha puesto en pie de un salto, diciendo: «Camaradas, yo multiplicaré por diez la producción de la granja, porque aquello es sionismo viviente». Y luego Ana, la buena y querida Ana: «Yo desearía hacer constar que el grupo de Cracovia está cantando *Solidaridad Eterna*».

—¿Has terminado?

—No, Alex. Yo he celebrado unas cuantas reuniones por mi cuenta.

—Eso me han dicho. ¡Vaya planes interesantes los que has trazado!

—¿Qué planes? —preguntó Gabriela.

—¿Por qué no se los explicas, Andrei? —El otro se volvió de espaldas—.

¿No? Bien, se los explicaré yo. Andrei planea llevarse cincuenta de nuestros mejores elementos y abandonar Varsovia.

Andrei dio media vuelta.

—Deja que Alex y los demás de ese puñado de idiotas sigan con sus sociedades de debates mientras los alemanes los aplastan sacándoles la vida del cuerpo. Sí, voy a llevarme a cincuenta personas, y pasaré la frontera rusa y conseguiré armas, y volveré y escribiré unos cuantos mandatos de mi cosecha en las líneas alemanas de abastecimiento.

—¿Cómo no me lo habías dicho? —preguntó ella.

—Yo te dije que te fueras a Cracovia con los americanos. Mira, todavía tengo tus papeles. Serán el regalo que te haré cuando me marche.

—Pero, ¿por qué no me lo habías dicho?

—¿Para que formases equipo con ése y me aporreaseis con argumentos hasta dejarme muerto?

—Nadie se enzarzará en discusiones, Andrei —dijo Alex—. Ahí lo tienes, claro y bien dicho. Se te prohíbe que lleves adelante tu plan.

—¡Escúchale! El nuevo comisario ha publicado un mandato...

—No vas a quitarnos cincuenta elementos de los mejores. Los necesitamos desesperadamente para conservar la vida de otras personas.

—¡Canta, hermano Brandel!

—Gracias a nosotros y a otros grupos sionistas, el pueblo cuenta con organizaciones preparadas para actuar en su provecho. Si tú y un centenar como tú os lleváis cincuenta hombres y mujeres cada uno, despojáis a tres millones y medio de judíos de la única capa amortiguadora que tienen para protegerse.

—Ve si me detienes, Alex.

—Hemos trabajado juntos mucho, muchísimo tiempo, Andrei, pero te aseguro que no vacilaré en expulsarte de los *bathyranos* con deshonor.

—Entonces tendrás que expulsar a los otros cincuenta, porque me seguirán.

Ambos se interrumpieron súbitamente, cada uno plantándose en una posición de la que no podía retroceder. A Andrei le inflamaba una cólera que desafiaba la lógica. Alex estaba atónito. Entonces se volvió hacia Gaby, la cual levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Yo rogaba a Dios que mi hijo Wolf tuviera de hombre la mitad de lo que tenía Andrei Androfski. Cuando te vi regresar del combate arrastrándote sobre las manos y las rodillas, me dije: «Éste es el hombre más valiente que ha existido jamás. Pase lo que pase en los días que han de venir, todo lo venceremos si Andrei está con

nosotros». Ahora, te veo tal como eres. Un hombre sin verdadero coraje.

Gabriela se interpuso entre ellos, mirando al uno y al otro desesperada, y de súbito fue Alex quien recibió la explosión de su ira:

—¿Cómo se atreve a decirle esto?

Alex pasó por la vera de la joven y dio una bofetada en el rostro de Andrei.

Éste ni siquiera parpadeó.

—¡Basta ya! —gritó Gabriela.

—Es igual, Gaby. Pega como una mujer, sabiendo que no le devolveré el golpe.

—Pero los alemanes no pegan como las mujeres, y tú no tienes el valor de aguantar sus golpes sin mover las manos de los costados.

Andrei fue a sentarse en el sofá, al otro lado de la habitación.

—No quiero que se diga que yo destruí a los *bathyranos*. Guárdatelos aquí.

Me iré solo. Son cien mil soldados polacos que huyeron por las fronteras para volver a luchar. Serán ahora uno más.

Alex se inclinó sobre él.

—Eres un hombre egoísta y vengativo, movido únicamente por esa sed terrible que tienes de venganza personal. Olvidas a la mujer que te ama, olvidas a tu hermana y a sus hijos, olvidas a tus amigos, olvidas al pueblo al cual te debes... Cuando más te necesitamos, huyes a reunirte con tu banda nómada de salteadores de caminos. ¡Salud, y adiós al valiente mayor Androfski, de la Séptima de Ulanos!

—¡Deje de atormentarle! —gritó Gabriela.

—¡Por amor de Dios, Alex! —chilló Andrei—. Yo no sé hacer la guerra a tu modo. ¡No soy un traidor! ¡No sé hacer la guerra a tu modo!

—La has hecho al tuyo y no ha dado resultado. Ahora la batalla está más desequilibrada todavía. No se trata de unos hombres fuertes contra otros hombres fuertes. Somos un puñado de gente que tiene en sus manos la responsabilidad de tres millones y medio de personas indefensas. No disponemos de otras armas que la confianza absoluta de cada uno en los demás.

Andrei, siempre has querido saber qué es el sionismo. El sionismo es esto: ayudar a los judíos a sobrevivir. Debes entregarte a nosotros. No podemos prescindir de ti.

Andrei exhaló un suspiro y refunfuñó:

—¡Jesús! ¿Qué clase de guerra es esa? —Luego, levantando los ojos hacia Alex y Gabriela—: Todos estos años he representado el papel del gran Androfski, y ya sé por qué: porque librábamos una batalla hipotética. Todo el mundo era nuestro enemigo, pero no lo era nadie. Hablábamos de un sueño, hablábamos de unos anhelos. En cambio, ahora ya no me encuentro en una batalla dudosa. ¿No podéis comprender que he visto al enemigo cara a cara?

Quiero combatir con esto —afirmó, levantando unos puños que parecían mazos —. Quiero aplastar los rostros de aquellos canallas.

—¿Y así conservaremos la vida?

—No sé si poseo el coraje a que tú te referías, Alex..., el coraje de presenciar cómo asesinan y no levantar la mano.

—No nos dejes, Andrei.

Gabriela se arrodilló a su lado y probó de reconfortarle.

—Alex tiene razón —dijo—. Debes quedarte con los tuyos.

—¿No lo sabías, Gaby? Alex siempre tiene razón. ¿No lo sabías?

Andrei miró al uno y a la otra. Sí, su guerra había terminado. En su guerra le habían pisoteado y humillado. Ahora tenía que intentar hacer la guerra de Alexander Brandel.

—Lo intentaré —murmuró por fin—. Lo intentaré.

CAPÍTULO IV

Como miembro de la junta ejecutiva de la Autoridad Civil Judía, Paul Bronski disfrutaba de varios privilegios e inmunidades. Su familia tenía el mismo racionamiento que la de un funcionario polaco, aventajando en un cincuenta por ciento a la de una familia judía ordinaria. Franz Koenig convenció al Kommissar Schreiker de que esta generosidad daría fruto.

Paul pudo procurarse un hermoso piso en la calle Sienna, poblada de gente de diversas profesiones liberales de la clase media acomodada, y una de las más largas y elegantes de Varsovia. La ocupación alemana no le había realmente desconcertado. Su fortuna permanecía intacta en Suiza, fuera del alcance de los alemanes, y él había ascendido pronto al nivel más alto que la nueva sociedad permitía. Mientras Christopher de Monti continuase en Varsovia, era la cosa más sencilla del mundo para el periodista adelantar dinero a Paul Bronski, del que se resarcía luego importándolo mediante las cuentas de la Agencia de Noticias.

No obstante, el día de traslado deparó una inquietud terrible a Paul Bronski. Deborah parecía encantada de abandonar Zoliborz para instalarse en un sector predominantemente judío. Era como si el verse identificados forzosamente como judíos significase para ella una especie de triunfo. Mientras apilaban cajas y fardos, Paul se encerró en el estudio porque ya no podía soportar ninguna de las preguntas de sus hijos.

Sobre la mesa había unos brazales que en adelante tendrían que llevar. «Los alemanes no pierden detalle», pensó. Habían dado la orden de que el brazal había de ser de color blanco con una Estrella de David azul de no menos de tres centímetros de altura. Paul se rió ante la paradoja que implicaba todo aquello, y se puso el brazal experimentando la sensación de que al menos los había estafado en algo al perder el brazo especificado y haber de llevar la faja blanca en el izquierdo.

Dieron unos golpecitos en la puerta y entró Andrei.

—¡Ah, hola, cuñado! —dijo Bronski—. Deborah está por ahí, en algún sitio de la casa, haciendo paquetes.

—La verdad es que venía a verte a ti, Paul.

—¿A gozar con tu victoria? ¿A decirme el aire de tonto que tengo con la Estrella de David? ¿A levantar el índice y anunciarme que tu malhadada predicción se ha cumplido? «Bronski, tú eres judío tanto si quieres como si no».

¿O a preguntarme si he dado una lección a los alemanes sobre sionismo, el cual aborrezco, y he tratado de convencerles de que en realidad no soy judío? La mayor dificultad de tener un solo brazo se encuentra al querer cargar y encender la pipa, aparte la que se experimenta al abrocharse los pantalones.

Andrei encendió una cerilla y la sostuvo sobre la taza de la pipa de Paul mientras

su cuñado pegaba chupadas arrastrando la llama hacia dentro.

—¿Cómo te encuentras, Paul?

—Bien. He descubierto que todavía soy un médico condenadamente bueno.

¿Has dado alguna vez indicaciones a un cabo sobre la manera de amputarte un brazo a la luz de una pila eléctrica? Es toda una diversión, aunque lo diga yo mismo. Tú tienes buen aspecto. Las simples heridas de bala no te alteran.

—¿Cómo toman este traslado Deborah y los niños?

—¿Deborah? Creo que le entusiasma. El Señor le proporciona recompensas divinas por los años que la he obligado a ser agnóstica. Voy a desempolvar mi hebreo, leeré el Tora todas las noches y me pasaré el resto de la vida diciendo:

«Seré un buen judío», y que la calle Stawki me ayude.

—He venido a preguntarte si tú y yo no podríamos concertar una tregua.

Paul pareció sorprendido.

—Es usted un vencedor muy generoso, señor.

—No, se trata únicamente de que los tiempos se han puesto tan mal que no nos podemos permitir el lujo de pelearnos por un punto que ha quedado demostrado ya. Tú formas parte de la A. C. J. Sabes exactamente lo mal que están las cosas.

—¡Ah, no cabe duda de que están mal! Sufriremos una áspera transición.

Andrei había conseguido dirigir la conversación hacia su terreno, e insistió en sus puntos de vista:

—¿Estás seguro de que sólo se trata de una transición? Nadie sabe de veras qué objetivo persiguen los alemanes, ni cuándo cejarán.

Paul miró a Andrei con aire de sospecha. La tregua era una simple máscara detrás de la cual actuaba su cuñado.

—¿Y qué? —preguntó.

—Ahora que los judíos, los medios judíos, los conversos y los que no admiten que sean judíos llevan la misma etiqueta, existe una tremenda necesidad de unificarlos a todos.

—Sigue —dijo Paul.

—Paul, estamos haciendo los mayores esfuerzos por organizar una reunión de todas las fracciones de la comunidad, sea cual fuere su filosofía, para trazar una política común. Tú ocupas una de las posiciones clave. Queremos saber si podemos contar contigo.

—¿Contar conmigo? ¿Para qué?

—No podemos continuar ociosos dejando que los alemanes sigan derramando sobre nosotros su diluvio de mandatos y apaleando a nuestra gente por las calles. Hemos de presentarnos a ellos como un solo cuerpo y advertirles que nos opondremos a nuevos atropellos.

Paul suspiró, dejó, la pipa en el cenicero y se meció repetidamente en el sillón.

—Debí comprender de antemano que continuarías tratando de dar una carga de caballería.

Andrei, que se había jurado que no se enfurecería, dominó los nervios.

—¿Cuántos atropellos habrás de soportar de esa gente antes de sacar el genio? ¿Dónde están ahora tus preciosos estudiantes? ¿Dónde están ahora todos tus colegas de la Universidad?

—Andrei —replicó Paul con calma—, no eres el único que ha meditado sobre este problema. Cuando perdí el brazo derecho mi cuerpo sufrió un *shock*, pero, como ves, me he restablecido bien. Del mismo modo, los judíos de Varsovia están perdiendo sus brazos derechos. Es penoso, pero el *shock* pasará, y vivirán. No tan bien como antes, quizá, pero las cosas siguen este rumbo, y nada de lo que podamos hacer lo torcerá.

—¿Estás dispuesto a garantizarme que los alemanes se contendrán amputando un brazo nada más? ¿Puedes decirme sinceramente que sus mandatos no se nos llevarán el otro brazo y luego las piernas?

—Te diré lo que estoy dispuesto a hacer, Andrei. Estoy dispuesto a aceptar la vida tal como es. Los alemanes son la Ley. Han ganado una guerra. No veo alternativa.

—¿Crees de veras que puedes tratar con ellos?

—Creo de veras que no puedo elegir otra cosa, Andrei. Andrei... Andrei...

Tú siempre arremetes contra molinos de viento; estás buscando siempre al enemigo abstracto. Antes de luchar contra los alemanes, luchaste contra Polonia. No sabes aceptar la vida tal como es. Sí, yo he aceptado un compromiso, pero yo conozco la realidad. No he perseguido fantasmas. Acepto el compromiso ahora porque, de súbito, me han hecho judío otra vez y no tengo alternativa. Andrei, a mí me han colocado en un puesto de responsabilidad ante los judíos de Varsovia. Yo no lo pedí, ni lo quería. Tengo además una esposa y dos hijos a quienes mantener...

—¡Y por esto venderás el alma y el honor!

—Las frases hechas ensáyalas en otra parte. Ya sé lo que pretendes.

Insurrección..., agitación..., y clandestinidad. Quebrarte la cabeza contra una pared lo mismo que hacías antes de la guerra. Yo conozco la realidad que impera aquí ahora y haré que mi familia sobreviva a través de ella.

Andrei estaba a punto de bramar que Paul era un cobarde, que siempre buscaba el camino más fácil para salir de apuros. El gato que siempre caía de patas. El primero en vender su alma. Tuvo que echar mano de todas sus energías, pero se contuvo.

—Y puesto que hablamos de ello, Andrei, tus actividades serán descubiertas inevitablemente. Por la seguridad de Deborah y de los niños será mejor que te mantengas alejado de nosotros.

—¡Que lo decida mi hermana!

—Ah, para ella nada de lo que haga su querido hermanito puede estar mal.

Andrei giró sobre sus talones y salió picando fuerte. Fue incapaz de resistir la tentación de dar un portazo como signo de que no había perdido el dominio por entero.

Paul se golpeó ligeramente los dientes con la pipa y meneó la cabeza. «Ahí va él», pensó. Todavía buscando pelea. Todavía a la cabeza de una carga de caballería. ¿Cuánto tiempo duraría Andrei en aquella atmósfera antes de que le arrastrasen delante de un pelotón de ejecución?

Pero, eso sí, mientras le fusilasen, Andrei se reiría de ellos. Y por un momento Paul envidió aquel coraje temerario incapaz de dar cuartel. Él, Paul Bronski, había hecho gala de cierto coraje instintivo en un solo instante, cuando aquel matón alemán, Rudolph Schreiker, pidió mujeres judías para prostitutas.

En los días venideros se producirían otros momentos críticos. ¿Le gustaría ser Andrei Androfski en aquellos momentos? ¿Se mostraría retador la próxima vez que se presentara una ocasión de crítica? No lo sabía. ¡Ojalá pudiera guardar aquel segundo de bravura en una cajita y abrirla de nuevo cuando lo necesitase!

Un alboroto que venía de la cocina le sacó corriendo de su estudio. Deborah se erguía delante de Zoshia, gritando.

—¿Qué ocurre aquí?

—¡Zoshia nos robaba la plata! Rachael la ha visto mientras la entregaba al miserable de su hijo.

Paul se situó entre las dos mujeres.

—¿Es verdad, Zoshia? —preguntó.

—¡Es verdad y no me arrepiento! —gritó Zoshia.

—Es una puerca ladrona —dijo Deborah con escarnio.

—La plata es mía y más que mía, por todos esos años que he estado limpiando la mugre de judíos de ustedes.

—¡Oh, Dios Santo! —exclamó Deborah—. La hemos tratado con más afecto que su propio hijo, al cual hemos sacado de la cárcel, depositando la fianza cada vez que se ha dejado arrastrar por sus furores de borracho, y yo pagué las cuentas del médico por atenderlas a usted y a su hermana cuando no podían trabajar...

—¡Ustedes han traído a los alemanes a Polonia! —gritó Zoshia—. ¡Todo es culpa de los judíos! —La criada les escupió en la cara, y salió, bamboleándose como un ganso, de la habitación.

Deborah se apoyó en Paul y lloró con un llanto callado. Su marido trató de consolarla.

—No puedo creerlo —murmuraba ella—. No puedo creerlo...

—Nosotros no podemos hacer nada. Los alemanes les alientan a que se porten como se ha portado Zoshia.

Uno de los operarios del traslado entró.

—Tenemos un carro cargado. Usted había dicho que quería ir con nosotros a la calle Sienna para enseñarnos dónde hay que colocar las cosas.

—La señora Bronski sale al momento. Ella les acompañará.

El operario se levantó la gorra y salió.

Deborah se secó los ojos. Paul entró en su despacho y Volvió a salir con los brazaletes.

—Tú y los niños tendréis que llevar esto —dijo.

Deborah los cogió y los miró con atención; luego se puso uno en el brazo derecho.

—¿No es una vergüenza —exclamó—, que la primera vez que nos vemos obligados de veras a decir a los niños que somos judíos..., haya de ser de este modo?

CAPÍTULO V

Anotación en el diario

Andrei me avisó de que no podíamos contar con Paul Bronski. ¡Cuánta razón tenía! Continuamos rastrillando la comunidad judía para ver cuáles de entre nosotros están dispuestos a asistir a una reunión de dirigentes. Adquirimos mayor potencia, pero no con la rapidez suficiente. Unos cuantos mandatos alemanes más les convencerán mejor que todos nuestros argumentos.

Iré a ver al rabí Solomon. Su apoyo, si conseguirnos que nos lo conceda, podría llevarnos a la cima.

ALEXANDER BRANDEL

El nombre del rabí Solomon se pronunciaba casi siempre precedido de las palabras «el gran». Era uno de los hombres más instruidos no sólo de Varsovia, sino de toda Polonia, y recuérdese que ésta constituía el corazón de la judería en lo tocante a estudios religiosos.

El rabí Solomon era un hombre humilde, a quien amaban porque había entregado su vida al estudio, a la devoción y a la enseñanza. Sus decisiones eran acatadas unánimemente por todos los judíos religiosos.

Una de las cualidades de aquel hombre, y no la menor, era su gran agilidad política. Cuando uno se apartaba de los escritos del Talmud y de la Ética para descender a ras del suelo, precisaba de una gran destreza para ser capaz de marchar en buena armonía con todas las variadas facciones de la opinión y la filosofía judía. A causa de este talento brujo le visitaban a menudo para que interpusiera sus buenos oficios entre personas cuyas ideas eran completamente opuestas, desde los comunistas a los fascistas.

Todos los sionistas organizados creían que ellos y nadie más eran los abanderados auténticos del sionismo y que los que estaban fuera de sus filas eran meramente unos seudosionistas. Lo mismo le ocurría al rabí Solomon.

Estaba convencido de que su sionismo representaba la forma más pura, porque procedía de los libros de la Biblia que le decían que volvería a la tierra un «Mesías», el cual conduciría a los dispersos hijos de Israel a la «Tierra Prometida». Para él esto era más que sionismo, era judaísmo fundamental.

Todas las ideas nuevas —revisionismo, socialismo, comunismo, intelectualismo —, eran meros recursos expeditivos y radicales que ocupaban el lugar de la verdadera fe.

Si el rabí Solomon no estaba de acuerdo con las nuevas ideas, las miraba con tolerancia. Comprendía que se necesitaba una fuerza interior tremenda para no rebelarse contra las injusticias que habían sufrido los judíos. Por lo tanto, aquellas formas nuevas de sionismo eran rebeliones de hombres débiles que no sabían sufrir en silencio y con dignidad, ni rezar y aceptar como una parte de la vida las penalidades que Dios les imponía para que fuesen dignos de ser elegidos guardianes de la Ley Santa.

Cuando los alemanes hubieron cerrado su sinagoga, el rabí Solomon trabajó con más ahínco que nunca por sostener la moral de su pueblo. Durante el diluvio de mandatos, los judíos buscaban constantemente la serenidad de sus consejos y de su energía tranquila.

Después de uno de aquellos días agotadores, Alexander Brandel llegó al estudio del rabí. El anciano se alegró por anticipado pensando en el reposo que encontraría en la esgrima verbal con el erudito historiador sionista.

Los dos hombres repasaron los terribles acontecimientos del día con idéntica tristeza, se cruzaron las cortesías de rigor, y luego Alex entró en materia.

—Nosotros creemos que los imperativos actuales exigen que dejemos a un lado aquello que nos divide —dijo con cautela—, y nos unamos en lo que aceptamos todos.

—Pero, Alexander, dos judíos nunca están de acuerdo en nada.

—En ciertas cosas, sí, rabí Solomon. En velar por los huérfanos. En ayudarse recíprocamente.

—¿Y qué deberemos hacer con respecto a esas cosas sobre las cuales pretende que estamos de acuerdo?

—Ante todo hemos de celebrar una reunión. Cuento con dirigentes de diversas tendencias que han prometido asistir. Si usted viniera también, su gesto sería una señal para que la mayoría de rabíes de Varsovia siguieran el ejemplo.

—¿Tiene el apoyo del Bund?

—Sí.

—¿Y de la Federación de Sionistas Laboristas?

—Sí.

—¿Y de los comunistas?

—Sí.

—Esta reunión será un revoltijo.

—Tenemos además otro propósito.

—¡Ah!

—Hemos de hacer lo posible por presentar un frente unificado a fin de cortar los mandatos alemanes.

—¿Sí? Bien, Alexander, yo no soy un agitador social, tampoco soy político; soy

únicamente un maestro. En cuanto a los problemas civiles, tenemos una Autoridad Civil para enfrentarse con la mayor parte de problemas que usted plantea.

Alex se había prometido que no se desalentaría. Y empezó de nuevo:

—La Autoridad Civil la impusieron los alemanes, escogiendo sus miembros uno por uno. Nosotros pensamos que sólo desean utilizarla como instrumento que realice su política.

—Pero, sin duda, con buenos sionistas como Emanuel Goldman, Schoenfeld y Silberberg en la Autoridad...

—Rabí, la verdad es que carecen en absoluto de poder. Vivimos tiempos excepcionales, que requieren medidas excepcionales.

—¿Qué tienen de excepcional estos tiempos, Alex?

—Sería posible que nos encontrásemos comprometidos en una lucha por sobrevivir.

El anciano sonrió y se acarició la barba, grande, poblada y blanca. ¡Qué dramática se ponía aquella gente joven!

—Alexander. Dígame, erudito historiador, ¿en qué época de la historia del pueblo judío el sobrevivir no ha sido una contingencia improbable? A veces, la improbabilidad varía de grado, lo que ocurre actualmente en Polonia ha ocurrido muchas veces en nuestra historia. Ahora, dígame, Brandel el historiador, ¿no hemos sobrevivido a todos los tiranos del pasado?

—Creo que hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Desde los tiempos del Primer Templo, las carnicerías que hemos sufrido han obedecido a varias causas: el pueblo ha desahogado en nosotros las iras y contrariedades cosechadas en otra parte, los políticos gobernantes han azuzado a las masas contra nosotros para esconder sus propios fracasos; hubo además estallidos pasionales y los alborotos continuos nacidos de la ignorancia. Hasta hoy nunca nos habíamos enfrentado con un programa trazado a sangre fría, organizado, bien calculado, inflexible, para destruirnos.

—¿Y cómo sabe que eso es cierto el erudito historiador?

—Ha leído a Adolfo Hitler.

—Aaah. Dígame, Alexander, ¿qué supone que ganarán los alemanes destruyendo a los judíos? ¿Ganarán nuevos territorios? ¿Ganarán algo más que un poco de riqueza más bien simbólica? ¿Qué fin último puede tener el eliminar a algunos de los médicos, expertos, científicos y escritores mejores del mundo?

¿Qué objetivo alcanzarían haciéndolo así?

—No. No se trata de conquistar un objetivo. Han empezado arremetiendo contra nosotros del mismo modo que empezaron otros, pero en el caso de los alemanes no sé si tendrán la posibilidad de detenerse. Como no ha sucedido con ningún otro pueblo

en la historia, poseen una tendencia sicológica a destruir por el solo placer de destruir.

—De modo que me está diciendo que los nazis son el mal. Como historiador sabe seguramente que el mal se destruye a sí mismo.

—Mientras se destruye a sí mismo, es posible que nos destruya a nosotros.

¿En qué punto del Talmud y del Tora dice, rabí, que no debemos defendernos?

—Pero es que nosotros nos defendemos. Nos defendemos viviendo en la fe que nos ha mantenido vivos a todos esos siglos. Nos defendemos manteniéndonos buenos judíos. Con ello superaremos la hora presente lo mismo que hemos superado todas las otras crisis. Y el Mesías vendrá, como Él ha prometido.

—¿Y cómo supone que le reconoceremos?

—El caso no está en que nosotros le reconozcamos. Está en que Él nos reconozca a nosotros.

La discusión había llegado a un punto muerto. El anciano no cambiaría de postura.

Alex se quitó el brazal y lo puso delante de los ojos del rabí.

—¿Usted puede llevar esto con orgullo?

—Al rey David le pareció sobradamente bueno.

—¡Pero él no lo llevaba como un emblema de humillación!

—Alexander, ¿cómo es que todos los sionistas han de gritar? Las puertas del cielo están cerradas para quienes empuñan armas de muerte. Esto es lo que encontrará al final si forma una cuadrilla de gentuza. Aprenda a sufrir con humanidad y con fe. En esto únicamente está nuestra salvación.

CAPÍTULO VI

MANDATO

POR EL PRESENTE QUEDAN SUSPENDIDAS TODAS LAS PENSIONES DEL GOBIERNO EN FAVOR DE LOS JUDÍOS.

MANDATO

SE PROHÍBE A LOS JUDÍOS QUE REGENTEN MERCADOS DE COMESTIBLES Y GRANDES ALMACENES NO JUDÍOS.

MANDATO

LOS JUDÍOS QUE SALGAN DE VARSOVIA NECESITARAN SALVOCONDUCTO. LOS JUDÍOS TENDRÁN QUE VIAJAR EXCLUSIVAMENTE EN VAGONES ESPECIALES QUE LLEVARAN EL ROTULO: «PARA JUDÍOS».

MANDATO

A LOS JUDÍOS SE LES PROHÍBE FORMAR COLA PARA EL RACIONAMIENTO EXCEPTO EN LOS CENTROS DE REPARTO ESPECIFICADO PARA ELLOS.

Las andanzas de Alexander Brandel en busca de solidaridad, dieron unos frutos desalentadores. Entre la gente reinaba la confusión. Lo único que querían todos era poder velar por sus familias. Los únicos hombres cuyo poder e influencia habrían podido juntar y unificar a todos habían sido conducidos a la Prisión Pawiak y fusilados.

El mayor Starzynski, que había dirigido una lucha épica en defensa de Varsovia y era uno de los polacos en posición destacada para proclamar hasta qué punto los judíos habían contribuido a la defensa del país, desapareció.

Como a muchos otros, se lo llevaron en mitad de la noche, sin dar ninguna

explicación, y no regresó jamás.

Alex vio cómo se desintegraban sus camaradas intelectuales. Aquellos hombres que en otro tiempo alumbraban cascadas de idealismo parecían incapaces de llevar sus palabras a la práctica.

Entonces cortejó a Rodel, el comunista, que controlaba una organización importante. Aquel extremista, calvo y fumador empedernido, se pasaba la mayor parte del tiempo explicándole que la Unión Soviética había salvado real y verdaderamente a la Polonia oriental al atacarla por la espalda mientras el Ejército polaco luchaba por su vida. Para Alex, Rodel era siempre un sujeto chocante y divertido. Poseía un acopio pasmoso de habilidades dialécticas y de acrobacias políticas. En la primavera de aquel año, Rodel era un antinazi furibundo. En verano, después del pacto germano-soviético, decidió que al fin y al cabo, los alemanes no eran tan malos; habían sido las potencias occidentales las que realmente echaron río abajo a todo el mundo. Ahora volvía a ser rabiosamente antialemán, pero se pasaba el tiempo justificando la traición rusa.

A Rodel no le importaba nada del sionismo, porque, simplemente, no le importaba nada que no fuese el comunismo. Pero, a pesar de todo, Alex le necesitaba. Ignorar a los comunistas, con sus miembros no judíos, podían vanagloriarse ante los judíos de ser el grupo más compacto. Pero Rodel tenía las manos demasiado ocupadas. Los nazis perseguían a los comunistas más despiadadamente aún que a los judíos. Respecto a ellos, la Gestapo tenía una sola orden: ENCONTRARLOS Y FUSILARLOS.

Alex ni siquiera pudo hablar con el jefe de los revisionistas, Samson Ben Horin. Los revisionistas eran por tradición unos solitarios que no querían arte ni parte en un plan que les obligara a actuar integrándose en un grupo. Alex calculó que se estaban preparando para la lucha callejera.

A los hombres de negocios los atormentaban mil problemas. Los estantes estaban vacíos, los precios subían, los nuevos mandatos les sometían a una presión constante. La invitación a la unidad que les dirigió Alex la tomaron por una petición de limosnas. Para ellos, todo lo que se saliera de las actividades comerciales corrientes entraba en la consideración de «beneficencia». Y en la beneficencia sólo se podía pensar después de haber conseguido unas ganancias, pero por aquellos días las ganancias eran muy dudosas.

La entidad independiente más numerosa, la comunidad religiosa, se negó pura y simplemente a dar un paso. Siguieron el ejemplo del rabí Solomon y recurrieron a las armas tradicionales de la oración y la paciencia.

La Autoridad Civil Judía trató a Alex como si fuera un leproso. Silberberg, el dramaturgo, cuyo organismo perdió toda la energía para luchar con el solo golpe que recibió en el despacho de Rudolph Schreiker, le clavó el rótulo de pregonero de

calamidades. ¡Silberberg, cuyas obras humeaban en otro tiempo de frases hechas ensalzando el valor...! Los demás estaban celosos de sus posiciones. Sólo se podía contar con Emanuel Goldman, el pianista.

Fuera de la comunidad judía, la cosecha fue magra. Los intelectuales polacos estaban tan aterrorizados como sus colegas judíos. Paul Bronski vino a resultar un ejemplo clásico. Desde el día en que regresó a Varsovia hasta aquél en que se trasladó a la calle Sienna, no recibió ni una sola visita de sus antiguos colegas, ni de los estudiantes de la Universidad.

La mayoría absoluta de la población quería mantenerse al margen de la guerra germano-judía. Una minoría se hallaba comprometida en actividades antijudías.

Como táctico inteligente, Alexander comprendió pronto que la unidad era imposible, y en consecuencia se fijó con cuidado minucioso un objetivo secundario. Después de haber sopesado los pros y los contras, llamó a tres hombres fuertes de confianza. Los tres eran personas que comprendían la imperiosidad del momento sin que fuese necesario encarecérsela, y que, lo mismo que Alex, buscaban a tientas una manera de agruparse y sortear los temidos mandatos.

Cada uno de ellos se impuso del pensamiento de los otros en una serie de reuniones secretas.

Uno de los cuatro era Alex, naturalmente; otro era Simon Eden, el jefe y la mano de hierro de la Federación Conjunta de Sionistas Laboristas. Él solo estaba en situación de formar y gobernar diez facciones distintas de tendencia centrista e izquierda. Su Federación Conjunta comprendía más del sesenta por ciento de los sionistas organizados. Simon poseía las mejores cualidades de Alexander y de Andrei juntos, y pocos de sus defectos. A semejanza de Andrei, había sido oficial del Ejército y era un hombre recio y fuerte capaz de dejarse arrebatar por una furia indómita. A semejanza de Alex, era un pensador frío y metódico. Andrei admiraba a Simon más que a ningún otro hombre de Varsovia, exceptuando Alex.

El tercer componente era Emanuel Goldman, el pianista antañón, pero todavía gallardo, a quien habían nombrado presidente de la Autoridad Civil Judía.

Goldman representaba el único error de cálculo que había cometido Franz Koenig. El tripudo profesor pensó con acierto que el famoso músico tenía un nombre que pesaba de por sí entre los judíos, pero subestimó su devoción a las causas humanitarias. Goldman era realista. Sabía que no podía durar mucho en la Autoridad Civil Judía. Los alemanes necesitaban un hombre débil que hiciera cumplir sus órdenes. Goldman había tomado la decisión inquebrantable de encontrar un camino de salida para su comunidad antes de que le depusieran.

El cuarto miembro era David Zemba, director de la Sociedad Americana de Ayuda, una organización sostenida por los judíos de Estados Unidos. Zemba, judío polaco, era un hombre de corta estatura, con una barba cercenada y unas maneras

suaves, pero carecía en absoluto de miedo y poseía una perspicacia muy brillante. Estando Polonia ocupada, los dólares americanos que él manejaba habían de servir de base para cualquier aventura que quisieran emprender.

Juntos los cuatro, establecieron una fórmula.

Primera medida: Emanuel Goldman, como jefe de la Autoridad Civil, había de concertar una entrevista con el doctor Franz Koenig.

—Nos enfrentamos con un problema, Herr Doktor. Por tradición, nosotros los judíos hemos velado siempre por nuestra gente. En otro tiempo la beneficencia estaba en manos del Consejo Judío, que ha sido disuelto. Como usted sabe, la guerra ha agudizado el problema. No tenemos ningún instrumento legal por medio del cual ocuparnos de las obras benéficas.

—Doy por entendido que me pide que cree un departamento de beneficencia en la Autoridad Civil Judía.

—No es eso exactamente. La Autoridad Civil no dispone de personal entrenado, ni de fondos, y además estamos demasiado ocupados formando el censo.

—Estoy seguro de que usted no ha venido aquí sin una proposición.

—En efecto. La proposición que le planteo es la siguiente: Hay muchos benefactores públicos profesionales. Saben reunir el dinero, saben encontrar las personas adecuadas y saben dirigir orfanatos y asilos de ancianos.

—¿Sugiere usted la creación de un organismo independiente?

—Sí, señor.

—¿Que no sea una filial de la Autoridad Civil?

—Exacto.

—¿Por qué?

—En cuestiones de ayuda mutua los judíos están unidos casi siempre, no importa cuál sea su manera de pensar en lo demás. Si este servicio tradicional se efectúa a través de un organismo dependiente del Gobierno, se levantarán grandes murmuraciones de protesta entre diversos elementos. Reunir fondos sería una tarea extremadamente ardua, porque la gente tiene una tendencia natural a sospechar del Gobierno. Se producirá una confusión indecible, se duplicarán el trabajo y los líos administrativos, todo lo cual se evitaría creando un organismo independiente.

Koenig vio lógica en los argumentos de Goldman. Él podría ordenar a la Autoridad Civil, que vigilase el nuevo organismo. Por lo demás, si de las tareas de beneficencia se encargaba la Autoridad Civil, tendría a Goldman allí continuamente, luchando por arrancarle más fondos. Sin embargo, no todo resultaba tan claro. El doctor Koenig estaba dándose cuenta de que Goldman era un hombre de carácter, y aunque a primera vista aquello pareciera un asunto sencillo, Goldman no le plantearía una proposición que beneficiase a los alemanes.

Por su parte, Emanuel Goldman sabía que no se enfrentaba con un robot como

Schreiker. Koenig estaba tanteando el terreno, buscando el cepo.

—¿A quién propone como jefe de este organismo nuevo?

—Oh, pueden serlo muchos. Lo principal es que encontremos ejemplo.

—¿Brandel? ¿Con sus antecedentes sionistas?

Goldman sé encogió de hombros.

—Como grupo, los *bathyranos* jamás llegaron a la altura de Brandel como individuo. Ahora están desorganizados. Brandel es amable, inofensivo y goza de la confianza general.

—¿Supongamos que le concedo el organismo que me pide, pero con una condición?

—¿Qué condición, Herr Doktor?

—Que no lo dirija Brandel.

Habían llegado frente al muro. Goldman confió en poder llevar adelante el proyecto sin este incidente. Ahora tenía que aventurar una última jugada. Se puso la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó un sobre pequeño y lo dejó sobre la mesa de Koenig.

—El proyecto completo para el nuevo organismo está aquí dentro, Herr Doktor —dijo—. Le ruego que lo estudie detenidamente y mañana me dé la respuesta.

El anciano salió de la Casa de la Caridad sin saber si aquel era el último día que pasaba en este mundo.

Cuando Koenig abrió el sobre encontró cinco billetes de mil dólares.

Lo vio con toda claridad. Los judíos querían gobernar aquel organismo sin tener a su alrededor miradas que les acecharan. Su primer movimiento fue de cólera. Cogió el sobre de encima de la mesa con gesto furioso y se puso en marcha hacia el despacho de Rudolph Schreiker, De pronto se paró. Schreiker se reiría de él y se guardaría el dinero en el bolsillo.

¡Ah! ¡Pensar siquiera que un buen funcionario alemán aceptase un soborno!

Koenig volvió a su mesa andando despacio. Las últimas semanas le habían hecho descender del mundo soñado de la pureza teutónica. En aquel momento, Schreiker estaba organizando cuadrillas de maleantes para iniciar el saqueo de los almacenes judíos.

¿Por qué no habían de jugar la partida los judíos echando mano también de todos los recursos? ¿Pero qué papel le correspondía a él en semejante juego?

¡Cinco mil dólares! En un abrir y cerrar de ojos, más de lo que cobraba durante un año entero en la Universidad.

Mientras todo el mundo se lanzaba al bandidaje, ¿no sería una ridiculez absoluta que él quisiera plantarse allí solo, como dechado de virtud? Y si lo hacía, ¿cuánto tiempo continuaría al lado de Schreiker? Schreiker se había servido de él tomándole por tonto.

«Piénsalo bien, Franz. Schreiker te necesita. Puedes hacértele indispensable.

Y este juego... Es un juego brutal. La guerra fue brutal. Los negocios que tratamos aquí son brutales.»

Koenig pisaba nervioso el suelo de su hogar del suburbio Zoliborz, que había quitado a Bronski. «Todo el mundo busca artimañas y hace la vista gorda». Pero él, Koenig, estaba en una posición clave. «Esto es sólo el comienzo». Estaba en situación de amasar una fortuna fantástica durante los días venideros.

«Acepta el juego..., cinco mil dólares..., acepta el juego...» Uno por uno, los acontecimientos se habían llevado los fundamentos morales sobre los que el doctor Franz Koenig había edificado su vida. Desde el mismo momento en que unió su suerte a la de los polacos de sangre germana, antes de la guerra, tuvo que empezar a transigir, a modificar normas, a recomponer ideas, a buscar justificaciones.

Al día siguiente...

—Emanuel Goldman está aquí para verle a usted, Herr Doktor.

—Hágale pasar. —Y luego—: He hablado con el Kommissar. Logré convencerle de que lo mejor para todos los afectados por el problema sería la creación de un organismo que se encargue de las tareas benéficas. La Autoridad Civil cuenta con el permiso necesario para expedir la licencia correspondiente.

Goldman asintió con un movimiento de cabeza.

—He tomado en consideración el nombramiento de Alexander Brandel.

Creo que han elegido muy bien. Tratará conmigo directamente en lo tocante a raciones, personal y privilegios.

Goldman, volvió a mover la cabeza asintiendo, al mismo tiempo que pensaba que el doctor Koenig se introducía en el puesto apropiado para llevarse una buena tajada. Ahora no podía retroceder. Se había embolsado el primer soborno. Era posible comprarle. Habían ganado la partida. En el futuro no le llegaría el dinero tan fácilmente, porque los cinco mil dólares no sólo habían comprado su silencio, sino que además habían puesto su cuello en la guillotina.

«Habrá algo más para ti, ratón —pensó Goldman—, aunque no tanto como te figuras, si no quieres exponerte a que le expliquemos a tu amigo Schreiker que le has robado.»

Segunda medida: Creación de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua. Alexander Brandel fue nombrado director.

Tercera medida: La Beneficencia Americana puso en manos de Brandel decenas de millares de dólares como fondos de urgencia. En nombre de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua, Brandel arrendó quince fincas en la parte norte, donde eran menos caras, del sector judío de Varsovia.

Se organizaron los edificios como comedores gratuitos, puestos de racionamiento, puestos de asistencia médica y ayuda mutua, orfanatos, y para todo menester de

beneficencia que entrara en la jurisdicción de la sociedad.

Si bien aquellas casas funcionaban legalmente, en realidad cada una llenaba el objetivo adicional de servir de pantalla para la actividad continuada de los grupos sionistas que los alemanes habían disuelto.

Los sionistas habían cambiado de nombre con éxito, pero la verdad era que continuaban todavía intactos. El personal de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua lo formaban por entero personas clave de los grupos sionistas. Se les dieron brazales especiales e inmunidades especiales. Otro millar de dólares al doctor Koenig garantizó que el personal de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua no pasaría por el tamiz de los alemanes.

Uno de los motivos principales de la creación de la Sociedad fue el disponer de un medio para obtener dinero de la Beneficencia Americana sin que pasara primero por las manos de la Autoridad Civil para su administración. Goldman estaba seguro de que si la Autoridad ponía sus manos en aquel dinero, se lo estafaría.

Brandel contaba ahora con bases para operar: los sionistas intactos, y dinero para pagar el personal que dirigiría las granjas, para ampliar la capacidad del primitivo Orfanato Bathyrano, y para dar comida y ropas a los hambrientos y a los sin hogar.

Existía todavía un último objetivo. No todos los edificios se destinaron a tareas de beneficencia. Brandel pudo proporcionar a los de su grupo los empleos mejores, y muchos de ellos se trasladaron a la casa que servía de cuartel general, trabajando a las órdenes de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua y entregando los sueldos que percibían para un fondo común.

Esto, proclamó Tolek Alterman, era «sionismo puro».

Anotación en el diario

La Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua es una realidad. Toda la gente clave de Varsovia trabaja para nosotros.

He elegido el edificio de Mila, 19, para cuartel general. Veinte jóvenes bathyranos han abandonado sus casas y viven allí, dando todo lo que ganan para un fondo común.

¡Esto me enorgullece extraordinariamente! Seis edificios los hemos entregado a los Sionistas Federados de Simon Eden como "Obras de Huérfanos y de Ayuda Mutua"...

Simon ha escogido el 92 de la calle Leszno como cuartel general. Comunica también que en los seis edificios se han organizado comunalmente. Reservamos los demás edificios porque estamos seguros de que algunos de los grupos renuentes que no quisieron unirse vendrán ahora a buscarnos.

En el pasado la ayuda mutua fue siempre nuestra gran fuente de unidad. También ahora nos reunirá a todos. Diré de paso que en la última reunión pedí a Goldman, Zemba y Eden si tendrían inconveniente en tomar nota de lo que vean y oigan. Estos días ocurren tantas cosas, que yo no puedo dar noticia de todas. Quiero que las impresiones de mis cuatro compañeros figuren en este diario. Permítaseme decir que son tolerantes con este historiador. Todos prometieron recoger notas y entregármelas con ocasión de nuestras reuniones semanales.

CAPÍTULO VII

Anotación en el diario

He sostenido una larga conversación con Ervin Rosenblum. Quería saber su opinión acerca de lo que se proponen los alemanes y de quién gobierna Polonia en realidad.

Ervin dice que Hans Frank, el gobernador general, que está en Cracovia, no es el verdadero dueño. Sus antecedentes indican que es un administrador civil situado aquí principalmente para explotar a Polonia en beneficio de la economía alemana.

Lublin, y no Cracovia, es la verdadera capital. La policía política alemana, los administradores de campos de concentración, la policía criminal, los pelotones de servicios especiales y todo ese continente nazi que depende de Hitler personalmente y está desligado del Ejército alemán, tiene sus organizaciones y funciones tan entremezclados que es casi imposible determinar dónde terminan las de unos y dónde empiezan las de otros. Ahora sabemos que en Lublin hay un jefe de las SD, las SS y la Gestapo para el Área del Gobierno General. Es el gruppenführer Odilo Globocnik. Es austríaco, lo mismo que Hitler, y tiene un pasado de torturador de judíos. Como mayor general de las SS, sólo ha de responder ante tres personas de rango superior al suyo: Hitler, Himmler y el jefe de las SD en Berlín, Reinhard Heydrich.

Creo que Ervin está en lo cierto. Es cosa segura que tiene más poder que Hans Frank.

¿Y en cuanto al verdadero objetivo de los alemanes? En Berlín funciona el Departamento 4B de la Gestapo que se encarga de los "Asuntos Judíos". Lo dirige un tal teniente coronel Adolfo Eichmann, que, según tengo entendido, ha estado en Palestina y habla hebreo. Ervin asegura que los mandatos forman parte de un plan conjunto procedente del Departamento 4B, según las pautas trazadas por Reinhard Heydrich.

Parece que se disponen a ordeñar la riqueza judía sistemáticamente y a llevar a los dirigentes y a los intelectuales a campos de concentración. Nadie duda de que los alemanes asestarán otros golpes. Lo mismo que los faraones y que Roma, necesitarán trabajo esclavo. Yo creo que los tres millones y medio de judíos de Polonia están marcados para ello.

Ervin se figura que la Agencia Suiza la cerrarán cualquier día. Entre los recién llegados se cuenta un nazi llamado Horst von Epp, que dirigirá el Departamento de Prensa y Propaganda. Es sólo cuestión de tiempo que revisen las credenciales de Chris de Monti.

ALEXANDER BRANDEL

Horst von Epp se sumó al la afluencia de empleados nazis en Varsovia en el invierno de 1939. Completamente distinto a la mayoría de sus compañeros, era un hombre trabajador, con una gracia continental y un centelleante sentido del humor. No llevaba ninguno de los varios uniformes a elegir, sino que vestía unos trajes cortados a la medida según la última moda, y lamentaba que el encontrarse en guerra con Inglaterra le privase de su proveedor de Bond Street.

Vástago de una familia rica y de rancia nobleza, tenía poco en común con sus camaradas nazis. Los métodos violentos de éstos se le antojaban repugnantes, su mentalidad le merecía poco respeto, y consideraba completamente ridículas todas aquellas estúpidas teorías sobre los superhombres, la geopolítica, el espacio vital y la alegría por el trabajo.

Se encontraba más en su casa en París, en la Riviera, o en Nueva York que en Munich, pero adoraba Berlín. No obstante, era un nazi fiel y fomentaba los mismos principios que aborrecía. Privado de la mayor parte de los bienes de su familia a causa de la mala administración y el derroche excesivo, tuvo la perspicacia de reconocer, allá por los primeros años que siguieron al 1930, la fuerza ascensional incontenible del nazismo, y, sencillamente, se abandonó a la corriente. Albergaba pocos ideales y pocas convicciones que le impidiesen ir a la caza de placeres. Quería conseguir lo máximo con el menor acopio de esfuerzo. Sabía que la mentalidad flaca de la mayoría de los primeros nazis requeriría hombres como él para que pensaran por ellos.

Von Epp, que estaba en los cuarenta y pocos más años, era un hombre bien parecido, un libertino de primera fila que nunca fue fiel a su esposa más de un mes seguido, y un auténtico *snob*, superior intelectualmente a la mayoría de sus confederados.

Horst von Epp irritaba los nervios de hombres como Rudolph Schreiker.

Les hacía sentir insignificantes, y a ningún nazi se le debe dar esta sensación. A muchos les habría gustado desembarazarse de él, pero los que mandaban se daban cuenta de que le necesitaban por sus talentos particulares y que valía la pena soportar las molestias que causaba.

La propaganda alemana producía efectos que no se habían dado nunca en el mundo. Los que la manejaban conocían la premisa fundamental de que si una mentira

se repetía con la frecuencia suficiente, hasta los que sabían que era una mentira la miraban pronto como si fuese verdad. Luego venían las verdades a medias basadas en una alteración estudiada de los hechos. Horst von Epp había ayudado anteriormente a Josef Goebbels a poner en marcha algunos de sus golpes magistrales.

Ahora, mientras el Ministerio soltaba a chorro fantásticas alteraciones de la verdad, el trabajo de Horst von Epp consistía en echarle agua al vitriolo. En Berlín, los periodistas inteligentes e insatisfechos del mundo exterior estaban siempre a punto para poner en la picota la validez de las declaraciones y las acusaciones del Ministerio de Propaganda. Era imposible expulsar a todos los periodistas que las ponían en duda y al mismo tiempo conservar más o menos sosegada la opinión pública mundial.

Horst amansó las agitadas aguas. Se convirtió en el compañero de los periodistas. Era siempre el tipo estupendo, a pesar de que fuese nazi. A los nazis jamás se les conoció como muchachos de gran personalidad, de modo que el atractivo de Horst representaba un delicioso alejamiento de sus camaradas burócratas. Se convirtió en el hombre de primera fila que apartaba del círculo interior las miradas de los curiosos. Horst von Epp sabía proporcionarle lo que fuere a un periodista, desde una cita apresurada con una *fraulein*, de la talla y las características que deseara, hasta cualquier otra cosa..., siempre que el periodista fuese un amigo.

Varsovia se convirtió en el foco de la atención mundial. Había, pues, que mantener la opinión pública dentro de sus justos límites.

Durante el invierno de 1939, Francia e Inglaterra estaban enzarzadas en una guerra de simulacro contra Alemania en el frente occidental. Ninguno de ambos bandos disparaba un solo tiro. Los trenes corrían a lo largo de la frontera sin ser molestados. Alemania se embarcó en una campaña total tratando de disuadir a Inglaterra y Francia de continuar la guerra, ahora que «el caso de Polonia estaba resuelto».

De ahí que el Ministerio de Propaganda se señalase como objetivo primordial al evitar que saliesen de Polonia noticias adversas que pudieran desbaratar sus planes. Legiones de periodistas neutrales, procedentes de Italia, Suiza, Suecia y el Oriente, habían aterrizado sobre el Área del Gobierno General. Se precisaba de un operador ladino como Horst von Epp para «mantener las cosas en secreto».

Horst llegó a Varsovia y estableció un bien organizado cuartel general en el hotel Bristol, reservándose media planta. Sus habitaciones personales las proveyó de los manjares y licores de mejor calidad. Al cabo de dos semanas estaba en relación con todas las modelos y actrices de Varsovia no afectadas de nacionalismo polaco, y hacía que sus proposiciones resultaran muy atractivas para ellas. Veinticinco ejemplares escogidos entre los más arrebatadores fueron situados aparte para el contentamiento de los periodistas y diplomáticos extranjeros más sobresalientes. Con chicas

universitarias amigas de la promiscuidad, secretarias, mujeres de profesiones liberales y esposas atractivas ansiosas de aumentar sus ingresos formó un segundo equipo.

Después del soso, obtuso y jactancioso Rudolph Schreiker, Von Epp les hacía llevadera la situación a los periodistas extranjeros, lo cual suavizaba la tensión al mismo tiempo que reducía el alcance, de los fisgoneos de los extranjeros.

Chris estaba terminando de vestirse cuando sonó el timbre de la puerta de su piso del bulevar de Jerusalén. Abrió la puerta y encontró ante sí a Horst von Epp. El alemán vestía inmaculadamente y lucía una sonrisa placentera.

—Hola, amigo —dijo—. Yo soy Horst von Epp.

—Entre.

Von Epp paseó una mirada a su alrededor.

—Hermoso..., hermoso... ¡Ah! ¡Esa chaqueta que lleva usted! —Y miró la etiqueta—. Feinberg, de Bond Street. El mejor sastre de Londres. Fui parroquiano suyo hasta que estalló la guerra. Por supuesto, como es judío, tenía que arrancar las etiquetas, pero la mayoría de aquellos cabezas de chorlito no saben distinguir una hermosa prenda de tela, aunque la tengan delante de los ojos. ¡Uniformes! ¡Uniformes! Los sastres de Berlín son unos matarifes, ¿Le parece que podría conseguirme unas cuantas cosas de Feinberg, pasándolas por Suiza?

—Usted no ha venido aquí para eso.

—No. Ayer di una recepción a la Prensa extranjera. Le busqué a usted particularmente.

—Lo siento. Regresaba de Cracovia. Telefoneé expresando mi pesar.

—No se apure.

—He terminado de leer hace un momento sus cartas de amor —dijo Chris, refiriéndose a la nueva colección de normas de censura y procedimientos para llenar despachos.

—¡Ah, eso! —exclamó Von Epp, en tono de mofa—. Burocracia nazi. Ya ve usted, hemos puesto a un centenar de personas en la tarea de dictar órdenes, y luego otro centenar para revocarlas. Otro centenar se dedica a clasificar recortes de papel. Así saldamos nuestras obligaciones con los fieles del partido.

Gobernaremos el mundo por triplicado. ¿Un cigarrillo?

—Pues sí, la verdad. Me vine de Cracovia tan precipitadamente que me olvidé de comprar.

A Cris le impresionó el paquete de «Camel» americano.

—Le enviaré una caja. Será mi saludo. He tomado disposiciones, asimismo, para que ciertos miembros de la Prensa puedan retirar alimentos, artículos de uso personal, licores, etcétera, de los almacenes que tienen las SS en la Ciudadela.

«Vamos, este es un detalle nuevo en el sistema de propaganda nazi», pensó Chris.

El periodista estudió a Von Epp. ¿Por qué le había puesto aparte para un tratamiento especial? Le habían dicho que Von Epp venía a Varsovia y que era un sujeto aceptable. Taimado, muy taimado. Pero, no obstante, agradable.

—No quería importunarle —dijo Von Epp—, pero deseaba que nos conociésemos y tengo que tratar con usted de unos cuantos asuntos.

—Dispare.

—Si quiere conservar sus oficinas en el Bristol, es probable que se lo pueda conseguir, pero, francamente, aquello está inundado de nazis. No es preciso decir que habremos de situar escuchas en los cuadros telefónicos y en las líneas particulares... Probablemente usted estaría más cómodo en otra parte.

—Puedo trabajar aquí mismo, en mi piso. Hay una despensa vacía que comunica con la cocina. Me servirá.

A Chris le reconfortó la idea de que Von Epp le dejaría permanecer en Varsovia. Había temido mucho aquel momento, y hete aquí que había llegado y pasado ya. Así, tan sencillamente.

—Ahora bien, con Suiza las líneas telefónicas están abiertas. Le proporcionaré una comunicación directa con su agencia... Es la Agencia Suiza, ¿verdad?

—En efecto.

—Excelente. Conozco bastante bien a su jefe Oscar Pecora. Estamos montando un centro de comunicaciones en el Bristol, a fin de que ustedes dispongan de un servicio de veinticuatro horas. Lo mismo da que nos dejen ver en seguida los mensajes que reciben, porque más pronto o más tarde también los veríamos. En fin, ¿desea usted algo en particular?

—¿Cuál es el precio?

Horst von Epp sonrió.

—Usted es un gran muchacho. Ya sabe lo que puede y lo que no puede hacer. Lo único que quiero es su palabra de caballero de que se mantendrá dentro de límites razonables. No me gusta trabajar con exceso, y el mejor medio de facilitarme las cosas consiste en facilitárselas a ustedes. ¿Qué me dice?

Chris levantó los hombros.

—Nunca me lo habían presentado mejor.

—Temo que me queda en la agenda un asuntillo desagradable. Por lo que a mí respecta, un judío puede tomar una fotografía y escribir un reportaje tan bien como un ario rubio, pero...

—¿Rosenblum?

—Eso me temo.

—Hace varios días me ofreció marcharse. Sabía que llegaría este momento.

Horst von Epp dejó caer los brazos a los costados.

—Ojalá supiera qué hacer. Parece que Berlín no me deja campo libre para

moverme a mi modo con respecto al problema de los judíos.

Chris quería insistir sobre el tema. Rosy adivinó que llegaría este momento.

Pero Rosy se equivocó en lo de que los alemanes cerrarían la Agencia Suiza de Noticias. Sería mejor sujetar la lengua.

—No es culpa de usted —dijo.

—Tengo una idea. ¿Y si comiéramos juntos esta noche? ¿En mis habitaciones?

Chris se encogió de hombros. ¿Por qué no? No tenía otra cosa mejor que hacer.

—¿Quizá un poco de compañía para más tarde?

Chris fue hasta la ventana. Había visto tantas veces a Deborah de pie, delante de aquella misma ventana... Pero la última vez que la miró, ella tenía ojos de loca y se había zambullido en las tinieblas. La calle Sienna estaba sólo unas manzanas más allá. Tan cerca..., tan terriblemente cerca. Ahora ella estaba allí con Paul. En la calle Sienna. Otra noche solitaria, y otra, y otra. Él, Chris, ¿encontraría alguna vez un momento de paz? No quería volver a enfrentarse solo con la oscuridad. Atormentándose, añorando. Solitario. Se quedaría junto a la ventana, miraría hacia la calle Sienna y pensaría en ella. Rosy le dijo que era un tonto. Deborah no dejaría nunca a Paul Bronski.

Chris se volvió de cara al alemán.

—¿Señoras? Sin duda, ¿por qué no? Por mí, estupendo.

Chris consideraba la cita para comer con Horst von Epp lleno de recelo.

Todo aquello se había producido de un modo demasiado fácil. Él creyó que a estas horas estaría en un tren camino de Suiza, expulsado de Polonia de un puntapié. En cambio, él y la Agencia Suiza continuaban vivos y operando en medio de la ocupación alemana.

Se dijo que Horst von Epp sería un anfitrión perfecto. Y lo fue. La verdad era que se sintió más a gusto con el alemán que con nadie durante los últimos meses. Horst conocía todas las anécdotas recientes y tenía un enorme acopio de chismes sobre los amigos comunes del mundo del periodismo. A medida que transcurría la velada, los recelos de Chris empezaban a desvanecerse. Durante un rato estudió palabra por palabra, buscando algún signo delator de lo que Von Epp quería de él en realidad. El alemán no descubría su juego. Más aún, Chris se quedaba pasmado continuamente de las francas expresiones de desdén que tenía Von Epp para muchos nazis.

—Bien, hablando con realismo, yo estoy ligado a la política de Hitler —decía el alemán—. Si gana, seré un hombre de mucha categoría. Si pierde, me convertiré en un *gigolo* de la Riviera. Una cosa me causa una aversión horrible, y es el hacer un trabajo auténtico. Soy capaz de todo para evitarlo, y, francamente, no sirvo para mucho. —Chris admiró su sinceridad—. ¡Vamos! —exclamó Horst—. Tengo una sorpresa para usted. Las sorpresas hay que guardarlas siempre para los postres.

Y extendiendo la mano por encima de la mesa, le entregó una *Kennkarten*.

Chris la abrió. Era un documento firmado por el Kommissar Rudolph Scheiker.

Se autorizaba a Ervin Rosenblum a continuar en su puesto de la Agencia Suiza.

No estaba obligado a llevar un brazal con la estrella de David.

—No sé qué decir.

—Le ruego comprenda que no puedo garantizarle que este documento no será revocado, pero por el momento...

Chris rechazó el coñac al término de la comida, con un ademán, y se llenó el vaso de whisky escocés. Luego se puso la *Kennkarten* de Rosy en el bolsillo con risueña perplejidad. De la dirección de Horst venía el inevitable humo del cigarro puro.

—Herr von Epp —dijo Chris, levantando el vaso—, saludo a un anfitrión perfecto, pero desconcertante. Ya sabe usted, por su profesión soy un observador del juego del gato y el ratón con que se divierten los diplomáticos.

Tengo un talento especial para descifrar el sentido de las palabras engañosas. Y, sin embargo, me encuentro en medio de un juego de adivinanzas y estoy completamente desorientado. Perdone mi falta de sutileza, pero, ¿qué diablos de objetivo persigue usted? ¿Qué trato propone? ¿Qué cuerdas maneja? ¿Qué quiere de mí?

—¡Bravo, De Monti! Todos los periodistas han de ser desconfiados por naturaleza.

—¿Es usted homosexual? ¿Tiene algún designio sobre mí?

Von Epp soltó una carcajada estentórea.

—¡Dios mío, no! Pero confidencialmente, la Casa de la Ciudad está llena de ellos. Chris, usted ve los paletos nazis que andan por ahí. Se doblan muy rígidos por la cintura, besan la mano de una dama como un cerdo, y van con sus uniformes ridículos como si tuvieran un palo de escoba metido en el recto.

Usted es mi tipo de hombre. Nosotros bebemos whisky escocés y tenemos el mismo sastre en Londres. Creo que un apretón de manos de usted vale más que el pacto de un nazi. Quiero que seamos amigos.

—¿Ninguna orden?

Horst se encogió de hombros.

—Usted tiene amigos entre los judíos. Me figuro que en Varsovia los tiene todo el mundo. Simplemente, emplee una dosis razonable de sentido común.

—¿Qué dicen los archivos de ustedes sobre De Monti? —preguntó Christopher.

—Pues, veamos, déjeme recordar. Según su pasaporte, usted es súbdito italiano. Su madre es norteamericana. Estamos seguros de que usted se inclina hacia lo americano. Los caballeros de la embajada italiana creen que es usted un mal fascista. No obstante, ha informado sobre la guerra de Etiopía desde la parte italiana del frente. Usted tiene mucho cuidado en no escribir artículos de tesis, sino que

proporciona noticias. Esto es recomendable. ¿Qué otras cosas quisiera saber sobre usted mismo?

—Chris arrojó la servilleta sobre la mesa.

—¡Que me cuelguen! Usted gana.

—¿Nos comprendemos recíprocamente, Chris?

El periodista levantó el vaso a guisa de saludo.

—Por la amistad.

—Buen brindis.

Llegaron las damas de la noche.

Como Horst había prometido, eran dos de las cortesanas más hermosas de Varsovia. Chris las conocía ya, y de muy cerca. Eran dos artistas de segunda fila del cine europeo y pertenecían a una camarilla social reducida que se movía en un círculo cerrado. Hildie Solna era una rubia llamativa. Chris había tenido un asuntillo con ella antes de conocer a Deborah. La otra, unas cuantas aventuras de una sola noche..., el nombre se le había borrado de la memoria... Wanda noséquémás.

Horst von Epp les besó la mano según la moda establecida. A Chris le daba risa.. «Sí, Hildie habrá saltado al vagón de la orquesta y ha cambiado de dueños sin perder tiempo», pensó. Y se preguntó si Von Epp sabía lo deslucida que estaba debajo de la pintura. En fin, a la chica todavía le quedaban ardides para sobrellevar incólume una guerra más.

—¡Cariño! —gritó contentísima Hildie al ver a Chris.

«Querida Hildie»... Cuerpo sin alma... Palabras dulces sin significado. Chris la miró. ¿Sería capaz de dedicarle la noche a ella o a Wanda nosécuántos y no llorar por su verdadero amor?

No. Era mejor pasar la noche entre angustias, añorando a Deborah. Se volvió rápidamente hacia Von Epp y le habló en italiano:

—Creo que me iré a ver cómo está el tiempo. Finja que no soy su invitado.

Estoy seguro de que podrá sacarse de la bocamanga un buen oficial alemán que ocupe mi puesto. Yo aparentaré que soy un intruso y que pido permiso para retirarme.

—Adelante —respondió Von Epp—. Lo arreglaré todo.

Horst presenció cómo Chris le daba unas palmaditas en la mejilla a Hildie y le decía que sentía mucho no poder quedarse, pero que otra vez...

«¿Por qué huye así? —pensó Von Epp—. Es como me había figurado. De Monti tiene algo muy personal en Varsovia y no quiere marcharse. Una judía, casi con toda seguridad. Si es así, he descubierto ya su precio.»

CAPÍTULO VIII

Ervin Rosenblum estaba más feo que de costumbre cuando abrió la puerta para dar entrada a Chris. Recién despertado de un sueño profundo, bostezaba y se desperezaba dentro de un albornoz viejo y mal atado. Se acercó al reloj de la chimenea arrastrando unas zapatillas desgastadas. Miró la esfera de soslayo.

—¡Dios mío, más de medianoche! Algo terrible habrá ocurrido.

Chris le entregó la *Kennkarten*. Sin gafas, Ervin estaba casi ciego. Se acercó el documento hasta la nariz, pero no pudo leerlo.

—Espera a que me ponga las gafas.

Luego regresó del dormitorio con una expresión de asombro absoluto.

—¿Cómo te las has compuesto para conseguir esto, en nombre de Dios? Yo daba por seguro que habías venido a despedirte.

Mamá Rosenblum se había levantado y, para estar a tono con Ervin, llevaba una bata monstruosa. La anciana besó a Chris en ambas mejillas.

—¿Malas noticias?

—No, mamá, buenas noticias. Chris podrá seguir teniendo las agencia abierta, y yo cuento con un permiso especial de trabajo.

—Un milagro..., un milagro.

Chris la conocía demasiado para oponerse a que preparase té y les sirviera algo de comer.

El periodista le contó a Ervin las aventuras del día con Horst von Epp, Rosy no apartaba la vista de la Kennkarten y meneaba la cabeza.

—Tú eres el analizador, Rosy. ¿Qué deduces de esto?

—Chris, has informado siempre desde el bando italiano. Nunca te han cogido pasando artículos por bajo cuerda a la Prensa libre, pero un hombre como Von Epp ha de saber, sin duda, que procuras avisos e informaciones a otros que pueden utilizarlas. Quizá te está neutralizando. Sabe que eres hombre de palabra y no le traicionarás.

—Se me había ocurrido pensarlo. Pero, ¿cómo deja que me quede aquí, en primer lugar?

—Para tenerte de su parte. Para hacer un trato contigo, tarde o temprano.

Para utilizarte de algún modo.

—También es posible. Ha montado una verdadera representación en mi honor. Hasta ha tratado de ablandarme proporcionándome esta noche a Hildie Solna.

Rosy se puso a reír.

—Hildie tiene el instinto fino, no cabe duda. Todavía no se ha despejado el humo de la batalla y la buena chica está ya en el cuartel general de los alemanes. ¿De modo que habéis tenido una fiesta?

—Yo me he marchado.

—¿Antes o después?

—Antes. Lo he pedido.

—Quizá no hayas sido tan listo, Chris.

—Hildie es un buen adorno, pero ya sabes...

—Y en este momento también lo sabe Von Epp. ¿Por qué se ha de marchar un soltero sin compromiso de una fiesta volviendo la espalda a la mujer más cara de Varsovia? Porque está loco por una dama. Lo mismo daría que llevases un rótulo.

De la cocina llegaba el silbido de la tetera. Mamá Rosenblum les llamó. En la mesa había comida para diez hombres.

—Lamento no haber sabido que vendría. No tengo prácticamente nada —le dijo a Chris.

—No debería ser tan manirrota en época de racionamiento, mamá Rosenblum —contestó el periodista.

—Sólo le sirvo un pellizco de lo que nos envió usted el mes pasado. Puede sufrir que le cuiden un poco.

La mujer comprendió que Chris y Ervin querían hablar a solas, y se marchó.

Ervin removió el té lentamente.

—El inconveniente con un hombre como Von Epp es que uno nunca sabe lo que pasa de verdad por su cabeza. De Schreiker todos sabemos quién es y qué quiere. Von Epp es doblemente peligroso.

—Lo que hay entre Deborah y yo no lo sabe nadie, nadie en absoluto, sino tú. Es posible que Andrei y Gabriela lo sospechen. Hasta es posible que los sospeche Bronski, pero de verdad no lo sabe nadie.

—Procura que las palabras ladinas de Von Epp no te hipnoticen. Es nazi. Si llegara a enterarse sería capaz de aprovecharlo para obligarte a prestarle cualquier servicio. Ahora te permite que continúes aquí porque imagina haber descubierto un punto oscuro y quiere saber qué es. Aléjate de sus fiestas, y por amor de Dios, cuando os veáis con Deborah, ten cuidado. Habréis de encontrar otro sitio donde reuniros.

—Hace más de un mes que no la veo, Rosy. ¿No te fijas en que estoy perdiendo el juicio?

—Lo sé, Chris, pero sé también que procurarás verla.

—¿La has visto tú? —susurró Chris.

—Sí. Trabaja la mayor parte del día en el orfanato de Powazki. Susan está casi todo el tiempo con ella.

—¿Pregunta..., pregunta por mí?

—No.

Chris soltó una carcajada breve y dolorida.

—Es chocante, terriblemente chocante. Yo me reúno en secreto con Paul Bronski para entregarle su dinero. Es chocante, ¿verdad que sí, Rosy?

—No mucho. En adelante será mejor que me des los sobres para que se los entregue yo.

—Quizá tengas razón. Habla con Deborah por mí, Rosy. Ella tiene familiares en Cracovia. Podría inventarse una excusa para ir a verles. Yo tengo que estar allí dentro de unos días. Sorenson, el de la Stockholm Press, tiene un piso allí. Me permitirá que lo utilice.

Rosy le interrumpió cogiéndose del brazo.

—Ni que fueses hermano mío te amaría más, Chris. Pero no me pidas eso.

Chris se apartó.

—Esperaré. Ahora tengo tiempo. Algo ocurrirá.

—Bebe té. Mamá se enfadaría.

Chris bebió despacio, ahogando los borbotones de la cólera.

—Puesto que vas a Cracovia, ¿querrás ver a Thompson en la Embajada americana? Tiene un paquete para nosotros.

—Desearía que no me pidieses más que os traiga paquetes —replicó Chris, vivamente.

—Me parece que no te entiendo.

—He hecho un pacto con Von Epp.

—Vaya, eres un chiquillo de pies a cabeza. Hacer de mensajero para Paul Bronski, no te importa.

—Eso es diferente. Es dinero anónimo. No pueden seguir la pista.

—¿Y qué hacemos nosotros con lo que nos llega de Thompson? Alimentar huérfanos. ¿Ha pasado esto a ser un crimen?

—Rosy, ese tinglado de los *bathyranos* es asunto tuyo. Yo no quiero saber nada de él. No quiero verme mezclado en nada.

Chris se levantó de la mesa. Rosy quería desgarrar la *Kennkarten* por la mitad y arrojársela a la cara, pero no podía hacerlo. Tenía demasiada importancia para todos ellos. Había de continuar trabajando en el exterior todo el tiempo posible.

—Te veré mañana en la oficina —dijo Chris.

—Buenas noches, jefe.

Chris se derrumbó en la cama y fijó la mirada en el vacío. Las suaves melodías de Chopin en Radio Polonia habían sido sustituidas en gran parte por un Wagner retumbante y estrepitoso. Chris cerró la radio.

Se acercó a la ventana. Sólo unos bloques de casas le separaban de Deborah.

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Peinar el cabello de Rachael, llevar el compás mientras Rachael tocaba el piano, ayudar a Stephan en sus estudios? No, era tarde. Casi la una. Ella y Paul estarían en cama.

Chris cerró las cortinas bruscamente.

Se tendió otra vez en el lecho. «¡Andrei! ¡El bueno de Andrei! ¡Vamos a correrla en grande!». Chris giró sobre el costado y puso la mano en el teléfono.

«No, espera»... Andrei llevaba aquella maldita estrella de David. No podía entrar en ningún hotel, en ningún bar. ¡Qué importa! Andrei podía quitarse el brazal. Se meterían en unos cuantos garitos, armarían una juerga mayúscula.

¡Diablos! Se exponía a que Andrei enloqueciera y quisiera arremeter contra el ejército alemán. Chris dejó caer la mano del teléfono.

«Quizá debí quedarme con Von Epp —pensó—. Hildie Solna va bien para reírse un rato. La compañía de Von Epp es agradable. Si le hubiese conocido en cualquier parte del mundo, habríamos sido amigos. ¿No es razón suficiente para tener confianza en un hombre?»

No... En Von Epp no era posible tenerla.

«¿Hasta qué punto está informado de verdad sobre mí? Sabe algo de mi madre. Debe de tener un informe sobre mí de un palmo de grosor.»

Los pensamientos de Chris empezaron a retroceder más y más en el tiempo. Hasta llegar al principio.

CAPÍTULO IX

A Flora Sloan la habían descrito en varias ocasiones como una muchacha encantadora, vivaz, chistosa y alegre, temiblemente, terriblemente chic, deliciosa, inteligente, sin seso, voluble, hipertiroidea, y todo lo demás. Todas estas descripciones concordaban con la realidad en más o en menos, en un tiempo o en otro. Ella nunca permanecía estática el tiempo suficiente para que pudiera hacerse un resumen que la abarcase por entero.

Su procedencia era un misterio. La mayoría la creían del Oeste Medio.

Indiana... Una población pequeña de Wisconsin..., o algo por el estilo.

Nadie sabía en qué fecha vino a Manhattan, ni nada sobre sus primeros fracasos y aventuras. De pronto, la vieron allí. Tuvo un éxito formidable como gerente de una casa de modas, fue una maga de las finanzas, directora de una revista, y, por último, la abeja reina en la colmena de los arribistas de la sociedad.

Lo más logrado de sus provechosas aventuras fueron un par de casamientos y los arreglos para los divorcios subsiguientes, primero con el propietario de su revista, luego con un negociante en fincas rústicas, del cual obtuvo un buen pedazo en el centro de Manhattan. Después del segundo golpe, se retiró para convertirse en protectora de las artes y en la gran matrona de la camarilla de Flora Sloan.

Con una fortuna en sus manos, Flora no hizo nada que valiera la pena, pero tenía la habilidad de poner en su ocio un gusto exquisito. La única tarea que la absorbía era la de conservar su cara sin arrugas y el cuerpo hermoso. Pasó por una colección de amantes, de los cuales se cansaba en cuestión de días, de semanas y en ocasiones de meses. En el momento en que empezaban a babear hablando de acciones y obligaciones, había terminado.

Inevitablemente, tarde o temprano había de recibir su castigo. Y se enamoró de un artista joven. Sus pinturas manifestaban un talento más bien esquemático, pero poseía otros. Por primera vez en su vida se portó como una necia, engolosinó a su amante con costosos regalos, se volvió celosa como un demonio y consintió en ser el juguete de un hombre. Patrocinó una exposición suya en una época en que una expresión de agrado o desagrado de su parte era un mandato, y con ello el artista «hizo furor».

Todo el mundo parecía darse cuenta de que Flora se dejaba tomar el pelo, pero ¿quién se lo dice a una abeja reina? Flora se despertó una mañana para encontrarse con que su amante había huido del nido, despojándola de un buen puñado de dinero. Cuando los detectives le arrastraron a presencia de la dama para una confesión rezada con lágrimas, el artista confesó que tenía mujer y tres hijos «en algún lugar del Maine».

Las amigas oficiosas consolaron a Flora. Un viaje a Europa sería el remedio para aquella lacerante experiencia. Flora se sobrepuso a sí misma en atención a las amigas.

Sí, tenía razón. Un viaje por el océano y la gran experiencia turística que había aplazado ya demasiado tiempo, recompondrían los pedazos rotos.

Flora, su compañera de viaje, la secretaria, la doncella irlandesa y dos perros de aguas no llegaron más allá de la segunda escala, Mónaco. El conde Alphonse de Monti entró en escena a ciento veinte millas por hora con un «Ferrari» encarnado. El conde ocupó una silla frente a Flora, en el Casino, y empezó a echar billetes de diez mil liras sobre la mesa de bacarrá como si fueran pañuelos de papel.

Desde el mismísimo segundo en que el conde se inclinó en una reverencia para besarle la mano, Flora conoció que tenía ante sí a un caballero terriblemente elegante. Y con un título, por añadidura. Y chillaba de entusiasmo cuando él tomaba las curvas más cerradas haciendo zumbar su «Ferrari» encarnado. Y escuchaba sin aliento mientras él le cantaba en susurros las arias de amor de Verdi.

—Maldita sea —le dijo a su compañera de viaje—, ese encanto continental es el no va más. He comprobado su situación financiera y el granuja está cargado, como para despilfarrar a troche y moche.

Como los títulos europeos y las divorciadas americanas ricas son temas fascinadores, cuando Flora se convirtió en la condesa De Monti, el acontecimiento casi expulsó todas las demás noticias de las primeras páginas de los periódicos.

El destello duró lo que dos comidas a base de *spaghetti*. Flora descubrió que los italianos tenían unas ideas muy curiosas, pero que muy curiosas acerca de sus mujeres. La casa que poseía el conde en las afueras de Roma era suficientemente grande y con bastantes mármoles, pero aunque la esposa había investigado la solvencia del marido, no había atinado a informarse de la cuadra de queridas que tenía guardadas en sendas villas por todo el sur de Francia. Y ahora que Flora era propiamente la condesa De Monti, el conde reservaba su atractivo para ríos todavía no cruzados.

La verdad es que, en muchos aspectos, demostraba incluso desdén.

El conde poseía algunas peculiaridades que Flora no había observado antes en los hombres. Estaba saturado de orgullo desde los pies a la cabeza. Se zambullía en las tradiciones antiguas. Se declaraba profundamente religioso. Y, como muchos italianos opulentos y vigorosos, esperaba, sin sombra de duda, que su esposa se quedaría en la antigua casa a engordar tranquilamente, mientras él se lanzaba por toda Europa con su «Ferrari» encarnado.

Otra cosa todavía. ¡Un heredero! Los italianos consideran la producción de un retoño macho como una especie de hazaña monumental. Con Flora por compañera lo era, en efecto. Pero el conde se las compuso.

Flora armó unas pataletas fenomenales al verse tratada de aquel modo.

Alphonse se enorgullecía de que su esposa tuviese un genio tan salpimentado.

Pero cuando ella expresó el plan de librarse del niño que había de nacer, fue otro

cantar. Sin perder momento, la metió en un apartamiento privado, encerrada a cal y canto y bajo la mirada vigilante de un par de matronas, y luego escapó otra vez con su «Ferrari» encarnado.

El fruto de aquella feliz unión fue Christopher de Monti.

El orgulloso padre regresó al hogar y celebró el nacimiento largamente y por todo lo alto. De puro satisfecho, relajó tanto la vigilancia que Flora pudo envolver a Chris en sus pañales y huir a los Estados Unidos.

Esta vez el divorcio y la batalla por la custodia del niño barrieron en absoluto toda otra noticia de las primeras páginas.

Sentencia final. Mamá consiguió otro arreglo espléndido, principalmente en campos de olivos. Chris pasaría los veranos en Italia, con su papá.

Flora no perdonó nunca del todo a Chris el hecho de que por su culpa se arruinaran sus senos, desapareciera su cintura de veinte centímetros y se convirtieran en gelatina los músculos de su estómago. Por desgracia, una sociedad más extensa que su propia camarilla particular imponía ciertas condiciones que la obligaban a ser «una buena madre». Flora bañaba a Chris en un mar de ternuras maternales... cuando lo veían las amigas.

Chris recordaba cómo Flora le exhibía, cómo le conducía al salón donde atendía a su corte y escuchaba los ¡oh! y ¡ah! de aquella gente de rostro de cera, repartida por la habitación. Mamá le pasaba la mano por el cabello. Mamá le abrazaba. A Chris todo aquello le fastidiaba, porque cuando se encontraba en medio de tales reuniones se ponía invariablemente nervioso, y también invariablemente, su madre le clavaba las uñas en la carne.

¡Pero el verano! ¡Aquello era distinto! En verano subía a un barco enorme con su «nana» de turno para cruzar el océano camino de Italia y de papá.

Viajaba con papá en su «Ferrari» encarnado y visitaban museos, la ópera y la Riviera. Amaba a su padre entrañablemente. No creía que amase a su madre.

Terminado el verano, cuando había de regresar a América y volver al colegio, él lloraba y papá lloraba también. Flora interpretaba las súplicas de Alphonse para que le dejase retener al niño como una *vendetta* personal contra sus «sentimientos maternales».

De este modo, Chris pasaba en América nueve meses del año. Navegante veterano del Atlántico a la edad de doce años, era además, un asiduo de los colegios de moda que llevaban nombres que sonaban, bien como Exeter, bien como Briarwood.

Era un chico sosegado y un estudiante resuelto. Su verdadero carácter lo formaron los maestros que le enseñaban, en una época en que el liberalismo político, la conciencia social y los ideales no se miraban con recelo y desdén.

Amaba a papá más que a nadie en el mundo..., pero, en cierto modo, Italia

siempre fue un país adonde uno iba para divertirse.

Leyó a Lincoln, a Paine y a Jefferson. Se hizo un americano auténtico. No le gustaba el modo como los ricos trataban a los pobres en Italia.

El sueño americano —el ideal americano—, se convirtió en el norte de su vida.

Cuando tuvo edad suficiente, excusó Chris la debilidad de papá por las mujeres, y con frecuencia una querida nueva formaba terceto con ellos en sus viajes veraniegos. Pero a medida que se hizo mayor, empezó a ver las fragilidades humanas de su padre. Papá era vano. Papá era un *snob*. A papá no le conmovía la pobreza de Nápoles. Papá se sometía a las iniquidades del sistema de clases.

Papá era fascista.

Al principio, Chris no sabía qué significaba esto, pero cada año lo vio más y más claro. Era algo que no encajaba con la trama de la educación americana que había recibido.

Papá solía emborracharse un poco, y entonces hablaba de que Benito Mussolini restauraría el esplendor de la Roma antigua. Chris conocía a Mussolini —un asno pomposo—, pero nunca le dijo nada de ello a su padre.

Los italianos eran cordiales y bondadosos. Les gustaba cantar, comer, beber, farolear y creerse unos galanes formidables. Los años de humillación como potencia de segundo orden habían conducido a que unos hombres malvados les arrastraran con el engaño del fascismo.

Chris tenía diecisiete años. Al final del verano volvería a los Estados Unidos a estudiar.

Papá estaba singularmente perplejo.

—Yo confiaba en que tu madre te dejaría estudiar aquí. Ahora promete armar el escándalo acostumbrado si no regresas a Estados Unidos.

Chris no dijo nada. Anhelaba volver a América para iniciar los estudios superiores.

—Creo llegado el momento de que tú y yo sostengamos una conversación larga y seria sobre muchas cosas. Aunque una educación americana será satisfactoria, no es lo que yo deseaba realmente para ti. ¿Adónde piensas ir?

—A la Columbia University, en Nueva York.

—¡Hum! Confío en que den una buena enseñanza en materia de administración de negocios y en leyes. Durante los cuatro años próximos, debes prepararte para hacerte cargo de nuestras propiedades. Mi trabajo ha sido mediano nada más. Cuento contigo para devolver a la fortuna de los De Monti el esplendor que tenía cuando vivía tu abuelo.

—Papá, no lo comprendes. Yo iré a Columbia para matricularme en la Escuela de Periodismo.

—¿Periodismo? ¿De qué te servirá el periodismo para gobernar las propiedades

de los De Monti?

—El periodismo es uno de los mejores recursos para expresar los propios ideales. Es un medio de dar a conocer la verdad al mundo.

—¿Qué tonterías son esas? ¡Tú eres mi hijo! Tú me relevarás de mis deberes, lo mismo que yo relevé a mi padre, y mi padre al suyo. Y mientras te preparas para ello, ingresarás en la Liga Fascista Juvenil. Importa mucho que empieces a formarte como un buen muchacho italiano.

—Yo no creo en el fascismo.

Alphonse de Monti soltó un alarido y se puso a chillar contra Flora por su perniciosa influencia en la educación del muchacho.

—¡Tú comprenderás, Chris, lo que ha hecho Mussolini por nosotros! Ahora el pueblo italiano tiene trabajo. ¡Mussolini nos elevará a una grandeza que no hemos visto durante dos mil años!

Chris se sujetó la lengua. Sabía que a papá no le importaba un bledo que el pueblo italiano tuviese trabajo, y comprendía que el fascismo lo conduciría a la destrucción.

—¡Eres mi hijo, y harás lo que te mande!

—Lo siento, señor —replicó Chris—. Voy a ser periodista.

Alphonse le dio una bofetada en pleno rostro..., luego otra..., y otra, y otra, y otra... El muchacho permaneció inmóvil, pero sin doblegarse. Y entonces el padre se puso a llorar.

—Desde que estabas en pañales no he querido nada sino para mi hijo. Mi Christopher, un noble, tomaría sobre sí nuestras grandes tradiciones... Yo viviría para verte oficial del Ejército italiano, devolviéndonos nuestras glorias...

No he tenido ambición sino por ti, Chris.

¿Qué tradiciones? ¿La de los desdichados que trabajan como esclavos en los campos de olivos de papá? ¿La de correr en busca de faldas por toda Europa con coches de diez mil dólares? ¿La de sentarse en el casino como un retrato de la decadencia? ¿La de intentar resucitar el fantasma de la Roma antigua para emprender el camino del infierno?

Chris se entristecía, porque amaba mucho a su padre.

—Chris..., Chris..., *bambino mio* —suplicaba el conde.

—Siento mucho, papá, no ser el hijo que deseabas.

Aún en medio del dolor, hubo de aflorar aquel orgullo profundo y obstinado.

—¡Sal de mi casa y no vuelvas nunca!

En Columbia, Chris cursó sus estudios con brillantez. Escribió muchas cartas a papá, pero se las devolvieron todas sin abrir. Comprendía la profunda pena que había causado a su padre, pero sabía que no podía vivir sirviendo de instrumento a una cosa que odiaba. Su padre le desheredó. Se quedó sin un centavo.

En su penúltimo año de estudios, las actividades atléticas alegraron un tanto la situación. Era un delantero de primera clase del equipo de baloncesto de la Universidad, y tenía mucho acierto en los tiros con una sola mano, que por aquella época eran cosa nueva.

—¿Y Flora? Había sufrido un buen descalabro en el mercado de valores, pero de todos modos Chris tampoco quería nada de ella. Pasó la Navidad sin que el estudiante recibiera un saludo siquiera de su madre. A Flora no le gustaba tenerle cerca por aquellos días, porque la presencia de su hijo le recordaba que se estaba internando rápidamente por los caminos de la madurez. Flora tenía amantes casi tan jóvenes como Chris.

Eileen Burns era una estudiante de arte comercial, tan vibrante como Chris callado, que se enamoró ciegamente del guapo y esbelto delantero del equipo de baloncesto y de su temperamento grave.

Quizá Chris se apasionó por Eileen mucho más de lo que implicaba un idilio estudiantil, pero a su lado todos los años de soledad y desilusiones parecían derramarse de su pecho. Había conocido antes a otras chicas. Tenía quince años cuando empezó con la hija de una de las amas de llaves de papá.

Pero con Eileen podía hablar de temas que sólo recordaba haber discutido con sus maestros hacía mucho tiempo. Esto era diferente, porque Eileen formaba parte de sus esperanzas. Chris podía decir:

—Quiero ser periodista. Es una manera maravillosa de servir a la Humanidad.

Y Eileen le comprendía... ¡Le comprendía bien!

Durante el último curso, Chris conoció a Oscar Pecora. Oscar estaba de pie junto a la ventana de su cuarto cuando él llegó una tarde, al oscurecer, de jugar al baloncesto. Pecora era un sujeto bajito y de figura rara. Cuello duro, corbata de peto, sombrero hongo, traje a rayas. Por toda su persona se adivinaba el sello del europeo.

—Confío en que me perdonará —le dijo Pecora en italiano—. La puerta estaba abierta.

Chris le estuvo mirando un rato. Diez contra uno a que venía de la Legación Italiana.

—Si está aquí para pedirme que ingrese en la Liga de Estudiantes Fascistas, no malgaste su tiempo ni el mío.

Pecora abrió limpiamente la cartera y le puso una tarjeta delante de los ojos.

OSCAR PECORA
Director internacional - Agencia Suiza de Noticias
GINEBRA

Chris quitó la ropa sucia de una de las dos sillas del cuarto.

—Siéntese, señor.

—¿Conoce bien la Agencia Suiza?

—Sí, señor.

Sabía que era una agencia pequeña, pero con una de las mejores reputaciones del mundo en cuanto a seriedad profesional.

—Entraré en materia sin rodeos. Estamos ampliando nuestras actividades en América. Necesitaremos otro hombre para aliviar el trabajo de nuestras oficinas de Nueva York y Washington. Si está usted al corriente de la Agencia Suiza, sabe que seleccionamos a nuestro personal con mucho cuidado. Hemos visto que usted es uno de los tres estudiantes de este país a los cuales desearíamos entrenar e incluir en nuestro equipo. Cuando haya obtenido el título, saldrá inmediatamente para Ginebra a fin de asistir a un curso de especialización que le despoje de los malos hábitos que ha contraído en la escuela.

Chris y Eileen se casaron tres días antes de obtener el título. Una semana después, se hallaban a bordo de un buque en viaje de luna de miel.

Jamás otra pareja vivió unos meses más idílicos. Se amaron con una energía reservada a los muy jóvenes, en un escenario de país de hadas, con montañas nevadas y hogares rugientes. Aunque distraído pensando en Eileen, Chris consiguió aprender los métodos prácticos de periodismo que les enseñaba el personal veterano de la Agencia Suiza.

Al final del aprendizaje le destinaron, según le habían prometido, como auxiliar suplementario entre Nueva York y Washington. Eileen se moría de ganas de regresar, cosa natural en una muchacha que había pasado toda su vida en Nueva Jersey.

Al volver a casa, Chris sólo había de dar un pequeño rodeo: tenía que pasar por Roma.

El conde Alphonse de Monti había envejecido. Era el representante un poco arruinado de una nobleza descolorida. No obstante, sostenía una fachada de opulencia: los coches, los criados y las mujeres seguían presentes. También seguían presentes las deudas. Sus fracasos parecían hacer de él un fascista más devoto. Era fácil echar la culpa a enemigos inexistentes.

Alphonse de Monti era un caballero hasta la médula. Fue muy cortés con su hijo, y con la esposa de su hijo, pero su frialdad puso de manifiesto, con toda evidencia, que jamás aceptaría el hecho de que su hijo no fuese aquello que él deseó.

Chris abandonó Italia con la convicción de que posiblemente no volvería a ver a su padre.

Los recién casados pasaron a ser dos miembros más de esas legiones sin fisonomía que moran tras los acantilados de Manhattan, que van a comer y al teatro corriendo precipitadamente, que a la hora del almuerzo remojan el gaznate con demasiados martinis y que se aseguran de que el anuncio repentino de la venida de un

niño no echará a perder «el amor y la independencia recién conquistados». Chris medraba en medio de ello.

Eileen no le decía lo sola que se encontraba cuando él estaba en Washington. ¡Chris era feliz, tan feliz...! Además, un matrimonio reciente es una cosa inmensa y poderosa. Los pequeños lunares, las grietas, quedan a menudo invisibles bajo aquella magnitud que lo abarca todo. Cada nuevo encuentro después de una semana en Washington, enterraba la sensación de soledad.

Seis meses así. Luego, mientras Chris estaba en Washington, le llamaron de súbito para una conferencia en Denver. La próxima vez, Eileen intentó seguirle a la capital. Fue peor que quedarse en Nueva York. Se le cruzaba en el camino.

Un periodista había de moverse libremente, sin limitación de horas, sin tener que preocuparse por una esposa que le aguardaba en un cuarto de hotel.

—Chris, amor mío, ¿por qué no busco un empleo? Ya sabes, mamá y papá gastaron una fortuna para hacerme cursar estudios en Columbia y...

A Chris se le había metido en el cuerpo la dosis suficiente de orgullo, procedente de la vieja patria italiana, para parecerle inadmisible la idea de que la esposa de un De Monti trabajase.

Oscar Pecora llegó en el momento preciso.

—Usted es una de nuestras más brillantes estrellas jóvenes, Christopher.

Tenemos ahora una oportunidad extraordinaria. Jefe de oficina en Río de Janeiro.

¡Río! ¡Con menos de un año en la Agencia Suiza!

Chris era tan dichoso que Eileen disimuló su desilusión, como lo hace una buena esposa. Aquello era la vida de su marido, y aquella su gran oportunidad.

Eileen acariciaba el proyecto de hablar con Chris sobre la posibilidad de comprar una casa en Jersey, cerca de mamá y papá. Y quizá de tener familia. Ya se habían divertido bastante.

Pero se mordió la lengua, hizo el equipaje y se marchó con él.

Chris estaba en su ambiente en todos los bares de periodistas y en los vestíbulos de los capitolios y en los despachos de los primeros ministros y en los lugares donde había ocurrido un desastre. Cuando existía la posibilidad de un reportaje, ni las horas de luz, ni las de oscuridad, ni las grandes distancias significaban nada para él.

Tenían un hermoso apartamiento en la avenida Beira Mar, que circundaba la bahía. Eileen acabó por conocer todos sus rincones y por saber cuántas lositas de mármol había en el vestíbulo de entrada y cuántos colores diferentes tenían las cortinas.

Se esforzó con todo empeño por identificarse con aquel círculo de diplomáticos que parecían pasarse la vida entera con un vaso de cóctel en la mano, para celebrar la llegada del agregado cultural que venía, o para despedir al segundo secretario que se marchaba.

Se procuró un par de gatos para acariciarlos, y paseaba por el piso con un pijama flojo y esperaba hasta que regresaba Chris.

Pero luego, un día, estalló. Chris escribió:

«Apreciado Oscar:

»Debo renunciar a esta oficina por motivos personales. Si tienen un puesto para mí, me gustaría volver a Nueva York. En otro caso, me temo que tendré que abandonar la Agencia y buscarme un empleo allí, de todos modos.»

«Apreciado Christopher:

«Comprendo su problema, que despierta todas mis simpatías.

Procure comprender usted el mío.. Resista seis a ocho semanas más mientras yo dispongo los asuntos de modo que pueda usted entrenar a otra persona y yo pueda buscarle un puesto en Nueva York.»

—Cariño, ¿por qué no regresas tú primero a Estados Unidos? Ve a ver a tus padres. Te hará bien.

Eileen sintió alivio y espanto al mismo tiempo. Aquello era un augurio, lo sabía. Las pequeñas sombras se convertían en grietas cada vez más profundas.

También Chris se quedó preocupado, porque cuando Eileen estuvo fuera no la echaba tan de menos como antes pensaba que había de suceder. Al principio le asustaba la idea de regresar de un viaje y no encontrarla. Pero..., no resultaba tan malo. Siempre había alguna partida de póker en el Club de la Prensa, o en la Embajada. Siempre se estaba celebrando una fiesta para la que le habían reservado una invitación gratuita.

«Querido Chris:

»He aceptado un empleo en una empresa publicitaria de aquí. Sé lo mucho que te disgusta que trabaje, pero no te disgustará tanto cuando veas lo feliz que soy. Este empleo no nos privará ni de un momento de estar juntos. Se lo he puntualizado bien a mis jefes. Pero..., yo no podía continuar sintiéndome tan inútil. Te lo ruego, cariño, no te enfades.»

Chris se tragó el orgullo. ¿Por qué no? Eileen poseía demasiada vitalidad para que la encerrasen en un piso desierto. Y era demasiado sensata para ingresar en los campos baldíos de los clubs femeninos. Ésta era una de las cosas que había admirado

en ella desde el principio. El deseo de ser útil... No como la madre de Chris.

Cuando el periodista regresó a Nueva York, el encuentro fue maravilloso.

¡Oscar Pecora le había concedido la oficina de aquella ciudad de un modo permanente! Contaría con personal sobrado para no tener que hacer sino algún viaje, de vez en cuando, a Washington. Por un momento pareció que habían vuelto a los primeros días de su luna de miel.

Y luego, la escena:

—Eileen, cariño, sé razonable. La conferencia de Quebec es una de las reuniones internacionales más importantes del año.

—Tú lo prometiste, y Oscar lo prometió. Se acabaron los viajes.

—¡Eileen! Dan está enfermo. No puede trabajar. Está en el hospital.

—Pues deja que envíen a otro.

—La Agencia Suiza tiene un equipo reducido. No disponemos de tantos hombres.

—No necesitáis más. El bueno de Christopher de Monti está siempre dispuesto.

—No le des un tono tan dramático. Sólo son diez días.

—Diez días en Quebec..., diez días en Washington..., diez días en San Francisco... ¿Sabes lo que es pasar diez días sola aquí? Yo no pido mucho, Chris.

Únicamente trabajar hasta que decidamos tener un hogar y un hijo... Pero, ¿de qué serviría tener un hijo que no conocería a su padre? ¡Nos divertimos tanto los dos cuando tú estás aquí! Yo no pido mucho, Chris.

—¡Jesús! De una niñería estás haciendo una revolución mundial. ¿Cómo puedes pedirme que defraude a Oscar después de todo lo que ha hecho por mí?

—¿Y en mí no piensas, Chris? ¿No he hecho también algo por ti yo? ¿Te acuerdas alguna vez de no defraudarme?

Chris no respondió y entró en el dormitorio.

Eileen le siguió con paso tardo.

—Tienes todas tus cosas empaquetadas —dijo mientras las lágrimas le rodaban hasta la comisura de los labios—. Tu traje gris no ha llegado a tiempo de la tintorería.

—Eileen, cariño...

—Corre, Chris. Perderás el avión.

Cuando regresó de Canadá fue recibido con una cortesía fría. Por primera vez desde que se casaron, Eileen no quería las caricias de Chris al término de un viaje. Pero fue peor aún cuando se puso a representar el papel de esposa complaciente.

—Creo que nos espera un conflicto grave —dijo Chris a la mañana siguiente.

El silencio de Eileen sirvió de sobrada respuesta.

—Lo he meditado a fondo estando en Quebec. He reflexionado sobre nosotros y sobre la meta hacia donde nos dirigimos. He sido un egoísta ruin.

Me figuro que sólo me he preocupado de tomar..., y nunca de dar.

—Esto no es cierto, Chris. Lo has intentado. También lo he intentado yo.

Quería ser de veras la esposa que tú necesitabas.

—¿Me amas todavía?

—Sí, y creo que, a tu manera, tú también me amas a mí, Pero tengo una especie de celos, me figuro. Estoy celosa porque lo que tienes al margen de mí significa para ti mucho más de lo que nunca significaré yo. No es culpa tuya, ni mía.

—Probemos, Eileen, probemos. Sé que la mayor parte de lo que ha pasado ha sido por mi culpa.

—No permitas que ese orgullo italiano que tienes agrave el error.

—¿Por qué no hacemos una excursión hasta Jersey y echamos un vistazo a las casas en venta? Entonces yo enviaría una carta a Oscar...

—Chris..., Chris... Yo te amo, pero si te aparto de tu mundo, llegarás a odiarme.

Ambos se esforzaron denodadamente en recomponer la situación. Ambos se reprimían, y ambos sufrían los efectos desastrosos que tiene el reprimirse.

Chris hizo otros viajes —los haría siempre—, pero ella ya no armó ninguna otra escena, ni derramó una lágrima. También los nuevos encuentros perdieron aquel frenesí loco.

Pasaron un año separándose cada día más y sintiendo una indiferencia mayor uno por otro.

Y un día, Christopher de Monti tuvo que enfrentarse con ese momento en que el orgullo de un hombre se hunde hasta el nivel más bajo. Lo descubrió por azar, al llegar temprano a casa, de regreso de un viaje, y escuchar una llamada telefónica que no iba destinada a él. Eileen había empezado a tener relaciones ilícitas con otro hombre.

Chris nunca le habló de ello. Esperó hasta un fin de semana en que ella estaba de visita en casa de sus padres, y empaquetó sus cosas dejando una breve nota:

«Querida Eileen:

»Me he enterado de lo que hay entre tú y Daniels, el de tu oficina.

Sería completamente inútil que discutiéramos nada. Lamento la parte de culpa que me corresponde, pero será mejor para los dos que no vuelva a verte más. Si quieres dar los pasos necesarios para que consigamos el divorcio lo más rápida y calladamente posible, te lo agradeceré.»

Al cabo de un mes de continuados intentos por ahogar el orgullo en todos los bares de Europa, a Chris le llamaron a capítulo y tuvo que presentarse ante Oscar Pecora, en Ginebra.

—¡Menuda cuenta de bebidas ha consumido usted, Christopher! Es raro que todavía le quede hígado —dijo Pecora.

—Oscar, ahórrese el sermón, por amor de Dios.

—Dígame, Chris. ¿Su dolor nace de que quería mucho a Eileen, o acaso de que su condición de noble italiano se ha sentido ofendida?

—No lo sé, Oscar.

—Si todavía ama a Eileen, puede recobrarla. Me ha escrito media docena de veces. Por supuesto, usted ha recibido un montón de cartas que ni siquiera ha abierto. Eileen volverá a su lado bajo cualquier condición, se arrastrará a sus pies. Y si el pecho de usted alberga un amor tan grande, debería encontrar fuerzas para perdonarla.

—No sé si puedo, Oscar. Por otra parte, volvería a ocurrir lo mismo. Eileen es una mujer excelente. Ella hizo todo lo que pudo. Yo no tengo derecho a destrozar su vida.

—Y la verdad es que en el fondo del corazón no quiere que vuelva a su lado. Excepto por el golpe que ha sufrido su vanidad, usted se siente dichoso al verse libre.

Por un momento, pareció que Chris se había molestado.

—Eso es un golpe bajo, Oscar.

—A usted la verdad no le ofende, Christopher.

—Creo que tiene razón.

—En fin, no serviría de nada que además de perderle Eileen le perdiese yo.

Veía venir esto desde hace mucho tiempo. Uno de los dos había de sufrir una gran pérdida, y me alegro de no ser yo quien la ha sufrido.

—Déjeme reanudar el trabajo, Oscar. Inmediatamente.

—Estupendo. ¿Qué le parece Etiopía? Las legiones de Roma están en marcha. El pasaporte italiano que tiene usted resultará muy oportuno.

—Ya sabe cómo pienso en relación a los fascistas. No podré digerir el informar desde su bando en una guerra contra unos hombrecitos negros armados con lanzas.

—Usted es un periodista, Christopher. No mezcle en ello sus preferencias políticas personales. Podemos conseguirle un puesto como agregado al Mando italiano. Saque el mejor partido que pueda del campo de actuación que le concedan.

Chris se acercó al enorme mapa mural que había detrás de la mesa de Oscar Pecora.

—¿Etiopía? ¿Por qué no? Es casi lo más que puedo alejarme del maldito lío que he armado.

CAPÍTULO X

La campaña de Mussolini en Etiopía fue una guerra menor, agradable. Casi le hacía pensar a uno en los colonizadores del siglo pasado, que dirigían sus ejércitos desde una silla de campaña, a la sombra de los bananos, con un vaso alto y frío de ginebra y agua tónica en la mano, mientras repartían «civilización» a los zulúes.

Fue ciertamente una buena experiencia práctica para las nuevas y ambiciosas legiones de Roma. Los pequeños poblados de barro proporcionaban unos blancos excelentes a los artilleros. La infantería podía avanzar en zigzag por entre el matorral alto, cultivando y mejorando su eficacia sin demasiado peligro, pues los indígenas iban armados principalmente con lanzas y los pocos que tenían rifles eran tiradores pésimos.

Chris se puso en paz consigo mismo y jugó la partida limpiamente. Podía soportarlo casi todo, excepto cuando entrevistaba a los aviadores, jactanciosos y ensoberbecidos, a su regreso del bombardeo y la destrucción de indefensos poblados de chozas con tejados de bardas.

El verdadero campo de batalla no estaba en Etiopía.

La flota inglesa ordenó unas maniobras en el Mediterráneo para desperezar los músculos. Mussolini descubrió que se trataba de una baladronada. En París, en Nueva York y en Londres se formaron ante las Legaciones italianas indignados piquetes de personas que hacían sólo un mes, poco más o menos, se habían enterado de que existía realmente una nación llamada Etiopía.

Por su fugaz momento el mundo tuvo una pizca de conciencia. Se decretó un embargo contra Italia, pero en realidad no hubo tal embargo, ni mucho menos.

Entonces, en mitad de su inepta y malhadada existencia, la Sociedad de Naciones tuvo el honor de presenciar un gran momento en la historia de la dignidad humana: un hombrecito negro que usaba el título de León de Judá, Halle Selassie, emperador de Etiopía, dirigió una llamada a las almas de los hombres en favor de su pueblo. Pero Etiopía estaba muy lejos de casi todas partes, ¿y quién se inquietaba de verdad por Addis Abeba?

La apatía de los hombres libres: esto fue lo que triunfó realmente. El olor de la sangre abrió el hambre de las legiones de Roma.

En el río Yang-tsé fue hundido un cañonero americano llamado *Panay*.

Algunos americanos supieron convencer a otros americanos de que, en primer lugar, el *Panay* no tenía derecho a estar allí. En Oriente, unos hombres amarillos combatían contra otros hombres amarillos..., pero también aquello estaba demasiado lejos.

Siguió una época de apaciguamiento. Luego las botas alemanas pisotearon el Tratado de Versalles, invadiendo el territorio renano.

Los provocadores se envalentonaban.

Y vinieron otros incidentes. Incidentes cruciales.

Chris abandonó su neutralidad de periodista. Había perdido la fe en la raza humana. Muchacho pacífico que aprendió a amar la verdad ya antes de ser hombre, se había visto traicionado por su madre y desilusionado por su padre.

Había destruido sus relaciones con una mujer excelente, y se despreciaba por ello. Pero la desilusión que le deparó la vida de periodista fue la más cruel de todas.

Chris había sido siempre un periodista de costumbres sensatas, trabajador infatigable. Fue singularmente sobrio y responsable en medio de una fraternidad de gente no tan sobria y hasta en ocasiones irresponsable. Su primera gran calaverada la corrió con su propia razón..., cuando rompió su matrimonio con Eileen.

La segunda fue peor. Oscar Pecora le sacó bajo fianza de un cuartelillo de policía de París, después de un mes de bañar copiosamente sus desengaños en alcohol, y se lo llevó a su villa junto al lago de Lausana.

Oscar Pecora tenía mucha paciencia y un profundo cariño a Christopher.

Christopher era su protegido. Lo mismo que un hijo. Chris se encerró dentro de su humor huraño y amargado hasta que no pudo contener más la protesta que hervía en su pecho. Y una noche estalló todo.

Chris estaba borracho. Madame Pecora, antigua cantante de ópera, esposa de Oscar, se había retirado. Los dos hombres estaban sentados en la terraza, la luna llena brillaba sobre el lago y Chris apuraba el quinto vaso de whisky escocés.

—¿Por qué, Oscar, por qué? ¿Por qué ha ocurrido todo esto?

La compasiva mano de Oscar Pecora cayó sobre el hombro del periodista.

—Nosotros somos lo mismo que cubos de basura, Chris. Todo el mundo nos envía su porquería. A través de nosotros sale todo lo que hay de podrido en el hombre. Christopher, lo que le ocurre a usted ahora... Usted era una voz sola y débil clamando justicia en un mar embravecido, oscuro, y nadie le oyó. Hasta que a un hombre le pegan en su propia mejilla no quiere creer que le afecta el ataque dirigido contra su hermano.

Chris se levantó inseguro de la silla, tambaleándose hasta la baranda y se cogió a ella.

—¿Debo decirle por qué me hice periodista? ¿Conoce a Thomas Paine? «El mundo es mi patria, todos los hombres son hermanos míos... Hacer el bien es mi religión».

Oscar Pecora recitó:

—«Sobre una carroza de luz, de las regiones del día, vino la Diosa de la Libertad. Diez mil espíritus celestiales trazaban su rumbo, y aquí condujeron a la dama. Una hermosa rama en capullo de los sublimes jardines, donde viven millones y millones de seres en buen acuerdo, traía en la en la mano como prenda de su amor, y la planta

fue llamada Árbol de la Libertad... ¡De Este a Oeste sonó la trompeta llamando a las armas! Por toda la tierra dejó volar su sonido; que lejanos y próximos se usan, con un vítor..., en defensa de nuestro Árbol de la Libertad».

—¡Bravo, hermano Pecora! ¡Bravo! Y ahora le recitaré un trozo de William Lloyd Garrison... —Chris se irguió y levantó el índice—: «Con los hombres razonables, querré razonar; a los humanitarios les querré explicar; pero a los tiranos no querré darles cuartel...». Ea, ¿qué le parece esto como cita? —Chris regresó haciendo eses, a su asiento—. Un poco de Jefferson..., necesitaría un poco de Jefferson para redondearlo... Oscar, estoy borracho... Maldita sea, estoy borracho.

—Venga, Christopher. Lo que está es cansado. Ha perdido una dura batalla, pero es el mejor soldado que tengo y mañana hemos de volver al campo.

—Ella está en Jersey..., se casó con aquel tipo. Tienen dos hijos..., una casita preciosa, me han dicho. Yo..., yo soy el que ha triunfado realmente, Oscar. Por fin puedo transmitir la verdad a la gente...

CAPÍTULO XI

La tarde siguiente, después de despertar de un profundo sueño de dieciséis horas de duración, Chris se encaminó avergonzado hacia el estudio de Oscar Pecora.

—¡Chico, menuda la pesqué anoche! —dijo en tono de excusa.

—A cambio de talento, se puede perdonar casi todo.

—Ha sido una lección impresionante de verdad, Oscar. Ahora comprendo por qué la gente de nuestro oficio se vuelve ruda y cínica. Hacemos sonar una gran trompeta y nadie nos oye. Los hombres libres y de barriga llena se resisten a creer que los problemas de un indígena moreno de Etiopía les afecten, ni que el bombardeo de una ciudad abierta, en otra parte, sea el preludio del bombardeo de Londres.

—Christopher, usted se ha zampado mi comida, se ha bebido mi licor, y ahora madame Pecora le dirige miraditas dulces. Creo que ya es hora de que vuelva al trabajo.

—¿Y qué haré, Oscar? ¿Puedo seguir siendo periodista en estas condiciones? Ahora sé que la verdad no es la verdad. La verdad es únicamente lo que la gente quiere creer, y nada más.

—Pero usted continuará buscándola, lo mismo si trabaja de periodista que de chófer de autobús. Ha perdido de vista el hecho de que existe todo un mundo de personas decentes y que muchas de ellas nos escuchan. Necesitan a Christopher de Monti para que les sirva de ojos. Usted no es hombre que abandone a la raza humana por haber perdido una batalla. Y ahora, ¿qué me dice, Christopher?

Chris soltó una carcajada irónica.

—Mirándolo bien, no valgo para nada más. Ni siquiera sabría conducir un autobús.

—Durante el mes pasado llamé a consulta a varios jefes de nuestras oficinas de toda Europa. Tratamos de determinar qué rumbo tomarán ahora los acontecimientos. ¿Qué opina usted, Christopher?

Chris se encogió de hombros.

—Italia ha jugado ya su partida... —Se interrumpió y dirigió una mirada al mapa, detrás de Oscar—. A continuación empezará Hitler de nuevo.

—Bergman, de Berlín, opina lo mismo. ¿Qué le parece Varsovia? Tenemos allí una pequeña oficina.

—Si todavía me quiere a sus órdenes, ¿por qué no? Tan bueno es un sitio como otro.

—Convenido. Usted irá a Polonia. Tenemos allí a un franco tirador de quien hemos echado mano repetidamente. Un tal Ervin Rosenblum.

—Fotógrafo además, ¿verdad?

—Sí, un buen elemento. Reténgale con usted y pruébele. No intente ninguna

estupidez en Polonia, Chris. Procure que continuemos coleando allí todo el tiempo posible.

—No es preciso que me lo diga. Ya estoy harto de jugar a guardias y ladrones. En Polonia no daría más fruto que en otra parte. No se preocupe, Oscar. Sólo recibirá reportajes escuetos.

«Querido Oscar:

»Varsovia ha sido como un tónico. Me alegro de que uno de los dos tuviera buen sentido, y le doy las gracias. Esto es lo mismo que París.

»Ervin Rosenblum es un chico formidable. Quiero conservarle permanentemente. La oficina marcha bien. Los formalismos gubernamentales de costumbre, pero nada que haga temblar la tierra. La próxima semana confío en tener una línea telefónica directa con Ginebra.

De este modo todo marchará más de prisa.

»Aunque me desenvuelvo perfectamente sirviéndome del francés y el inglés, tomo una lección de una hora diaria de polaco. Y —¿podrá creerlo?—, como diversión me dedico a entrenar varios equipos de baloncesto.»

Chris tocó un silbato. Luego habló con Andrei Androfski en francés, y Andrei tradujo al polaco que el entrenamiento había terminado por aquel día.

Los miembros del recién formado equipo de la Séptima Brigada de Ulanos dieron las gracias a su entrenador y se alejaron al trote del gimnasio de la Ciudadela.

Andrei, capitán del equipo, jugó con Chris durante media hora más. Le intrigaba el arte extraordinario del periodista en sortear y en los tiros arqueados. Chris le enseñó las diferentes formas de pasar el balón guardándolo del contrario y la manera de engañar a éste moviéndose en una dirección y tirando la pelota hacia otra.

Después de la agitada actuación, se sentaron empapados en sudor. Chris se secó la cara con una toalla y encendió un cigarrillo.

—Estoy que me caigo. Hace años que no había jugado.

—Estos cigarrillos no valen nada —dijo Andrei—. Le quitan el resuello a uno. ¡Qué juego tan maravilloso! Yo no me daba cuenta de que tuviera tantas cosas bonitas. ¿Pero qué puedo hacer con esos bueyes obtusos? No tienen perspicacia.

—Van progresando. Hacia el final de la temporada jugarán como los Harlem Globetrotters. —Chris dio una palmada en la rodilla de Andrei—. Bien, a las duchas.

—Creo que me quedaré un rato ensayando tiros al cesto —respondió Andrei—. Diga, de paso, ¿qué programa tiene para esta noche?

—Estoy disponible.

—Estupendo. Mi coronel me ha cedido su palco en la ópera. *La Bohème*.

¡Ópera! La perspectiva hizo vibrar una cuerda de alegría dentro de Chris.

En los últimos tiempos la había tenido muy olvidada. En cambio, en Nueva York la ópera había sido para él como una religión, lo mismo que para papá en Italia.

—Comerá con Gabriela y conmigo y luego iremos a recoger a mi hermana.

Comería con nosotros, pero quiere traerse a los hijos, y la chica tiene una lección de piano.

—No sabía que usted tuviera una hermana casada.

—Sí, la única.

Chris quiso excusarse:

—Mire, yo sería un elemento extraño introducido en una reunión familiar.

—Tonterías. Su marido está en Copenhague asistiendo a un congreso médico. Por otra parte, a los chicos les entusiasmará contar con un italiano de verdad que les explique el libreto. ¡Asunto resuelto! Vaya al piso de Gabriela a las seis.

—Le presento a mi hermana, Deborah Bronski. Y a mi sobrina Rachael, y el *schmendrick* se llama Stephan.

—¿Cómo está, señor De Monti?

—Llámeme Chris..., se lo ruego.

Chris experimentó la sensación más extraña y subyugadora de toda su vida. Ya al encaminarse desde el coche hasta la casa notó que le invadía. En el mismo instante que vio los ojos de aquella mujer comprendió que estaba leyendo un mensaje que hablaba de una tristeza íntima y un desencanto profundos.

¡Buen Dios, qué hermosa era!

Chris era un hombre experimentado, todo lo contrario de un ingenuo. Sabía demasiado para dejarse tumbar súbitamente de aquel modo. Y no obstante parecía que le habían hecho perder la estabilidad como de un tiro. Aquella extraña sensación no la había experimentado jamás..., ni con Eileen.

Durante la representación ambos estuvieron desazonados, notando cada uno de los dos la presencia del otro. Era como si del cuerpo del uno al del otro saltara una especie de ectoplasma. Se cruzaron una serie de miradas disimuladas, en rápida sucesión. Se produjo un primer contacto accidental de los brazos que les hizo estremecer. Y se produjeron otros contactos menos accidentales.

En el segundo entreacto Chris y Deborah se hallaron apartados de los demás, olvidados del lujo y la ostentación que les rodeaban. Mientras se miraban fijamente y sin decir nada, Deborah se puso intensamente pálida.

Sonó el timbre y el público empezó a ocupar sus asientos.

Deborah dejó de mirarle súbitamente y dio media vuelta. Con gesto automático,

Chris le rozó el codo.

—Debo verla —balbuceó—. Le ruego que me telefonee a la Agencia Suiza de Noticias, en el Bristol.

Andrei les llamaba desde el otro lado del pasillo, diciéndoles que se dieran prisa.

Transcurrieron cuatro días.

Chris se estremecía cada vez que sonaba el teléfono. Luego empezó a resignarse a la idea de que Deborah no le llamaría nunca y de que él había cometido una estupidez. Los devaneos no pasaban de devaneos, pero aquello era otra cosa. En aquello no había nada del juego que suelen jugar hombres y mujeres. A pesar de comprender que Deborah no le llamaría, no podía alejar de sí aquella extraña sensación.

—Diga...

—¿Es la Agencia Suiza de Noticias?

—Sí...

—¿Christopher de Monti?

—Al habla.

—Aquí Deborah Bronski.

A Chris, la mano que sostenía el aparato se le humedeció.

—Estaré en los Jardines Saxony dentro de una hora, paseando por delante de los bancos que hay a la orilla del lago de los cisnes.

Cuando se encontraron sentados el uno frente al otro ambos permanecieron callados y confusos, sintiéndose ridículos y culpables.

—Me siento como una tonta —dijo Deborah—. Estoy respetablemente casada y quiero que usted sepa que jamás había hecho una cosa así.

—¡Es todo tan extraño!

—No puedo negar el hecho de que deseaba verle de nuevo, aunque no sé por qué.

—¿Sabe lo que pienso? Pienso que usted y yo somos dos imanes hechos de un metal único. Pienso que me trajo a Varsovia una fuerza magnética irresistible.

Luego se sumieron en un silencio penoso, buscando mentalmente una idea lógica.

—¿Por qué no damos un paseo y hablamos de algunas cosas? —propuso Chris.

Aquella noche Deborah la pasó despierta. Y se reunió con él otra vez y volvió a pasar despierta la noche. Todas las pequeñas cosas que hacen de un idilio una exploración —la más maravillosa— de un ser humano por otro ser humano, le habían sido negadas a Deborah. Ahora ocurrían de pronto, en una riada; una riada de emociones que nunca creyó experimentar, que ni sabía que existiera.

El contacto de la mano de un hombre. Los pequeños duelos de palabras intrascendentes para infligirse mutuamente leves heridas. El estremecimiento instantáneo en el momento en que él aparecía en el fondo del camino. Los zarpazos

de los celos. El color de los ojos, el cabello negro cayéndole sobre la frente, aquellas manos largas y vigorosas, las expresiones elocuentes, su tipo, alto, delgado, descuidado...

El sufrimiento de estar separada de él.

El primer beso. Ella no sabía lo que era un beso. No creía que las emociones de un beso formasen parte de la experiencia humana.

—Deborah, te amo.

Ninguno de los nuevos episodios se parecían a nada de lo que le había ocurrido antes.

—No estoy bien segura de saber lo que es el amor, Chris. Lo que sé es que hago mal viéndote y que si seguimos así nos buscaremos conflictos. Pero también sé que quiero verte a pesar de todo. Porque..., el estar lejos de ti se me hace cada vez más insoportable. ¿Es esto el amor, Chris?

CAPÍTULO XII

Anotación en el diario

Hoy ha nacido mi hijo. Asistía Susan Geller, junto con el doctor Glazer, de nuestro orfanato. Sylvia ha salido muy bien del trance para una mujer de cuarenta años.

Exteriormente debo manifestar una alegría sin reparos. Interiormente estoy preocupado. Es un mal momento para que nazca un niño judío.

Moisés es un nombre corriente, pero creo que el historiador que hay en mí ha inclinado la balanza de la decisión. El primer Moisés también nació en una época de prueba, y cuando el faraón ordenó que mataran a todos los niños varones judíos le escondieron entre los juncos. Con este precedente y mucha suerte, Moisés Brandel salvara los días difíciles que nos esperan.

ALEXANDER BRANDEL

A pesar de la austeridad de los tiempos y de que las ceremonias religiosas estaban prohibidas por la Ley, nada podía empañar la alegría colectiva de los *bathyranos*. Moisés Brandel había nacido para ser el mimado de todos. Era su niño, y estaban completamente resueltos a echar la casa por la ventana con ocasión del *bris*.

Tolek Alterman cerró la granja y se trajo a Varsovia a todos los trabajadores —treinta muchachos y diez chicas— con un despilfarro de provisiones.

Mamá Rosenblum se encargó de guisar los platos tradicionales. El rabí Solomon dirigiría personalmente las oraciones en la ceremonia.

El acontecimiento tuvo lugar en el Club de Escritores de la calle Tlomatskie, cerca del piso de Andrei, que la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua había «arrendado» como dependencia suya.

El octavo día después de su nacimiento, Moisés Brandel pasó de los brazos de un pariente a los de otro pariente, de los de un bathyrano a los de otro bathyrano, hasta que por fin terminó en los de su padrino, Andrei Androfski.

Al fondo de la calle, las puertas y ventanas de la Gran Sinagoga de Tlomatskie estaban cerradas y valladas, y había guardias apostados alrededor del templo, pero en el Club de los Escritores aquel niño selló un pacto con Dios en una ceremonia de cuatro mil años de antigüedad, en obediencia a los mandatos del Génesis. «Aquel de entre vosotros que tenga ocho días de edad habrá de ser circuncidado, todos los varones a través de todas vuestras generaciones».

Como en los antiguos tiempos, cuando Abraham circuncidó a Isaac, simbolizando el pacto con Dios, Finkelstein, el *mohel* profesional, circuncidó a Moisés Brandel. Hasta es probable que Finkelstein lo hiciera mejor, pues tenía más práctica. Había actuado de *mohel* en unos mil *brisim*.

El pequeño Moisés perdió la compostura y chilló.

—Bendito eres, Señor Dios nuestro, Dueño del Universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado introducir a Moisés, hijo de Alexander y de Sylvia, en el pacto de Abraham nuestro padre —canturreaba el rabí Solomon.

Cuando la ordalía del pequeño hubo terminado, lo devolvieron a su madre, que esperaba en su piso del final de la calle, y empezó el festejo.

—¡*Mozeltoff*! —felicitaban todos al orgulloso padre.

—¡*Mozeltoff*!

Y empezaron los brindis.

Y los cantos.

Y los bailes.

Y pronto el Club de los Escritores se estremeció bajo las pisadas de un corro que bailaba la *hora*. El «orgulloso padre» fue empujado al centro, y una por una las jóvenes muchachas bathyranas giraron con él alrededor del círculo al unísono con las palmadas y los golpes de los pies. Alex bailó y bailó hasta que no pudo más. No se precisó mucho vino para ponerle alegre; había estado excitado desde el nacimiento del niño.

Por fin salió tambaleándose de la pista de baile, sudando y boqueando en busca de aire.

Ervin Rosenblum y Andrei le cogieron por debajo de los brazos y le condujeron hasta una habitación vecina, donde se desplomó en un sillón, se secó el rostro y se abanicó.

—¿Cuál es la causa de que los judíos hayamos de armar tanto alboroto por el nacimiento de un hijo? —preguntó luego.

—Nuestros chicos han pasado encerrados tanto tiempo que están a punto de estallar de tanta tensión —contestó Rosy—. Esta fiesta beneficia a todo el mundo.

—¡Eh! —rugió Andrei—. ¿Cómo se siente ahora el nuevo padre?

—A mi edad, tener un hijo es un regalo inesperado.

Alex levantó lúgubremente los ojos para mirar a Andrei y a Ervin. Hasta allí llegaba la hilaridad de la otra habitación, pero ellos no se sustraían ni por un segundo a los tiempos que estaban atravesando. Hasta en medio del festejo asomó la inquietud en su mente.

—¿Habéis visto la nueva serie de mandatos alemanes?

Los otros dos movieron la cabeza afirmativamente.

—De modo que esta noche también ellos pueden celebrar su fiesta.

—¿Por qué, también, no lo olvidas tú por una noche, Alex! —dijo Andrei.

—He reflexionado mucho. Ahora me paso la mayor parte del tiempo, día y noche, en el cuartel general de Mila, 19. Tan pronto como Sylvia se tenga en pie volverá a trabajar en el orfanato. Creo que dejaremos el piso y nos trasladaremos a Mila, 19. Susan Geller ha indicado que también se trasladará allí. Creo que a nuestros jóvenes les dará ánimo vernos viviendo en la casa. Sólo utilizamos el primer piso para oficinas y para el dispensario. Podríamos distribuir el edificio en dormitorios para muchachos, y muchachas y llevar a unas sesenta o setenta personas más.

—Si puedo convencer a mamá, seguiremos el ejemplo —dijo Ervin Rosenblum.

—No. Mientras puedas trabajar fuera, será mejor que no te identifiques demasiado.

Alex miró por el rabillo del ojo a Andrei. La presencia de Andrei Androfski en el 19 de la calle Mila elevaría notablemente la moral de todos.

—¿A qué dedicaréis los sótanos?

—A almacenes.

—¿No has pensado en una imprenta clandestina?

Andrei se había portado bien durante las últimas semanas. Había sabido dominarse mucho, pero a medida que la situación empeorase constituiría un problema, pensó Alex. Ana Grinspan había iniciado, en Cracovia, la publicación de una hoja semanal. Alex no quería enfrentarse con tal contingencia. El descubrimiento de una imprenta clandestina podía acarrear la destrucción de toda la organización de Huérfanos y de Ayuda Mutua.

—Yo te ayudaré en lo de la imprenta, Andrei, pero no en Mila, 19.

—Entonces es que no necesitáis que esté allí, ¿verdad que no?

—Sería mejor que nos volviésemos a la sala de baile —apresuróse a intervenir Ervin.

El hombre —o mejor, el muchacho— olvidado en el *bris* de Moisés Brandel era Wolf, su hermano de dieciséis años. Todo parecía desorientarle. Cuando todos le decían «*Mozeltoff*», él se preguntaba por qué le felicitaban. Se sentía un poco abandonado en vista de la atención que acaparaba el recién nacido, y cada vez más desconcertado ante el hecho de tener un hermano. De todos modos, Wolf era bastante tímido; se contentaba recostándose contra una pared y mirando cómo los otros bailaban. Rachael le observaba mientras tocaba el piano.

«Pobre Wolf —pensó—. Es como un alma perdida.»

Cuando su madre la relevó, Rachael se acercó a él.

—¿Te gustaría bailar?

—Bah...

—Ven.

—No, no tengo ganas. Además, siempre me hago un lío con los pies.

Cuando la velada llegaba a su punto culminante, hubo un momento de vivísima emoción al entrar en la sala Emanuel Goldman y anunciarse que iba a tocar el piano.

Se había retirado del arte hacía varios años; sus manos y sus reflejos habían perdido agilidad, y su técnica se había enmohecido, pero conservaba toda la tremenda gracia personal de un virtuoso auténtico. Esta noche hacía una excepción y tocaría. Toda la sala contuvo el aliento de antemano mientras se sentaba muy erguido y desataba las notas de una polonesa trepidante.

Rachael Bronski salió al balcón donde estaba Wolf Brandel, solo, mirando calle abajo en dirección a la Sinagoga, Tlomatskie. Tenía las manos metidas en los bolsillos con aire de desamparo.

—¿No quieres oír tocar a Emanuel Goldman? —le preguntó.

—Le oigo muy bien desde aquí.

Rachael se situó detrás de Wolf, con lo cual él se sintió más incómodo y se apartó unos palmos, siempre dándole la espalda.

—¿Qué te pasa, Wolf? Nunca te había visto tan desdichado.

Wolf se volvió y levantó los hombros.

—La culpa la tiene todo, supongo. Principalmente la situación que atravesamos. Tener que llevar esto —dijo tocándose la estrella de David del brazo—. No poder ir a la escuela. ¿Sigues tomando lecciones de piano?

—Ahora me enseña mamá. Cuando no trabajo en el orfanato tengo mucho tiempo que practicar. Y tú, ¿sigues tomando lecciones de flauta?

—No. De todas maneras, no me gusta.

—Yo pensaba que sí.

—No; lo decía únicamente.

—¿Por qué?

—Para que mamá estuviese contenta. Además, en realidad aquello no era tan malo. Casi me acostumbré a esperar los jueves con ilusión. Para sentarme en el parque contigo después de las lecciones.

—También yo lo echo de menos —dijo ella en voz baja.

—Bah, tú lo superarás. Yo no valgo mucho.

—¿Por qué te desprecias continuamente?

—Mírame. Cada día tengo un aire más estúpido.

—No es verdad, Wolf. Te estás haciendo un hombre y serás muy guapo, mucho.

El chico se encogió de hombros. Su voz saltaba de los tonos altos a los tonos bajos, y ahora le costaba mucho esfuerzo conservarla firme. En este punto carraspeó gravemente.

—Me gustaría visitar a tu hermano Stephan —dijo—. Comprendo que tú y tu madre le hacéis de maestras, pero necesita un compañero masculino de más edad.

Una persona a la que vea en un nivel superior. Yo podría enseñarle el ajedrez y otras muchas cosas.

—Eso estaría muy bien. Stephan tiene necesidad de... un hombre mayor.

Tío Andrei no está mucho en casa, y papá trabaja hasta muy tarde.

—Bien. Iré a verle. Rachael...

—¿Qué?

—¿Crees...? Quiero decir... que... con todo el regocijo que se ve ahora por aquí... Quiero decir que todos se besan. ¿Te parecería adecuado si también nosotros expresáramos nuestra alegría? Quiero decir de un modo decente. Por el pequeño Moisés.

—No lo sé. Visto que todo el mundo es tan dichoso, puede que estuviera bien, ¿no te parece?

Wolf dio un beso en la mejilla a Rachael y retrocedió bruscamente.

—Ha sido un beso estúpido —dijo—. No ha sido un beso de verdad. ¿Te han dado alguna vez un beso de verdad, Rachael?

—Una vez —respondió la muchacha.

—¿Te gustó?

—No demasiado. En realidad el chico no me gustaba. Sólo quería saber cómo era un beso. Fue una cosa así..., pulposa. ¿A ti te han dado besos de verdad?

—A montones —contestó Wolf, haciéndose el despreocupado.

—¿Te gustaron?

—Ya sabes cómo va eso. Lo mismo puedo tomarlo que dejarlo.

Rachael y Wolf se miraron largo rato, y su respiración se alteró. Dentro estalló una salva de aplausos y se oyeron unos gritos espontáneos pidiendo que el maestro tocase algo más. Luego las voces callaron. Goldman interpretaba una melodiosa sonata de Beethoven.

Rachael empezaba a tener miedo de la extraña sensación que notaba en todo el cuerpo.

—Vale más que entremos —dijo.

—¿Podría... uno de veras?

Ella estaba demasiado asustada para hablar. Asintió con la cabeza, cerró los ojos, levantó la barbilla y entreabrió los labios. Wolf se armó de valor, se inclinó un poco y puso sus labios en contacto con los de Rachael.

Luego bajó los ojos y ocultó las manos en los bolsillos.

—Éste ha sido muy bueno —dijo Rachael—. No se parecía nada al de la otra vez.

—¿Podríamos repetirlo? —preguntó Wolf.

—Quizá no deberíamos... Bueno, otro nada más.

Esta vez Wolf la atrajo hacia sí dulcemente y cada uno sintió el contacto del otro, y todavía resultó más delicioso. Los brazos de Rachael se levantaron y rodearon al

muchacho, estrechándole contra ella. Fue un momento feliz.

—Oh, Wolf —murmuró.

En seguida se desprendió del abrazo y se encaminó hacia la puerta.

—Rachael.

—Di.

—¿Te veré pronto?

—Sí —respondió ella, y entró corriendo en el edificio.

CAPÍTULO XIII

Generalmente Paul Bronski se llevaba trabajo a casa después de las horas de oficina en la Autoridad Civil. El censo había resultado una tarea agotadora.

Se había producido una estampida salvaje a la caza de Kennkarten «arias» no marcadas con la sentencia de aquella J. Gran parte de la población judía trataba de comprar con dinero la salida del país, o en otro caso procuraba dificultar la confección del censo. Trescientos sesenta mil judíos habían dado sus nombres a la Autoridad Civil.

Los nuevos mandatos y el trabajo incesante de organización tenían a Paul trabajando todos los días hasta avanzadas horas de la noche.

Deborah, que pasaba los días en el orfanato y las veladas enseñando a los hijos, robaba unos momentos a éstos para prepararle el té a Paul.

Cuando entró en el estudio aquel día le encontró caído sobre la mesa, con los ojos encarnados de tanto leer, y pálido por la fatiga. Mientras él bebía el té a sorbitos, Deborah se situó detrás y le dio un masaje en la nuca. Aquellos masajes proporcionaban siempre un gran bienestar a Paul.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó la mujer.

—Cansado, nada más —respondió el marido—. Este muñón me duele.

Siente la humedad de la atmósfera.

—¿No podrías tomar algo?

—No quiero habituarme demasiado a los calmantes.

—Paul, tú trabajas con exceso. ¿Por qué no nos tomamos unos días de fiesta los dos? Podríamos ir a cualquier parte. Tú conseguirías un salvoconducto para viajar.

—Ojalá pudiera. Las responsabilidades que ahora me ligan a la comunidad judía consumen muchísimo tiempo.

Deborah se sentó en la mesa. Paul sonrió y apartó los papeles.

—No pasamos muchos ratos juntos —dijo ella—. Durante el día, orfanato (pero, ¡es que están tan faltos de personal!); por la noche, las lecciones de nuestros hijos... Reduciré unas horas el trabajo en el orfanato.

—No —respondió Paul—. Al fin y al cabo, yo tampoco podría volver a casa más temprano. Por lo demás, causa buena impresión que la esposa de un miembro de la Autoridad Civil preste servicio voluntariamente en la organización de Huérfanos y Ayuda Mutua.

Deborah encontró algo, en esta frase, que no le gustó. Paul había reaccionado ante su nueva situación adhiriéndose al sentimiento del deber, pero continuaba buscando el modo de ganar prestigio; de su pensamiento no se apartaba la idea de hacer siempre aquello que fuera más conveniente.

—¿Cuándo terminará todo esto? —preguntó Deborah en tono lúgubre—.

En otro tiempo fui tan tonta como para creer que nada sería peor que aquellos días de asedio.

—Ea, nadie conoce de verdad los propósitos de los alemanes. Pero ni siquiera ellos pueden ir tan lejos. Esto se apaciguará. —Paul cambió de tema rápidamente—. Hoy he visto a Chris.

—Ah...

—Ha conseguido transferir la mayoría de nuestras cuentas a Bancos americanos. —Paul rió con ironía—. Te reservo una paradoja. Somos más ricos cada día.

Deborah hizo un esfuerzo mayúsculo por esconder la impresión repentina que había sufrido al oír el nombre de Chris.

—¿Cómo está Chris? —se apresuró a preguntar.

—Bien, muy bien.

—No sabía que le permitiesen continuar aquí. Susan Geller me dijo que Ervin Rosenblum estaba preocupado por un posible cierre de la Agencia Suiza.

—Parece que se ha hecho muy amigo del tal Von Epp. Naturalmente, su agencia quiere que continúe en funciones todo el tiempo que los alemanes se lo permitan. De paso, hemos decidido que, por interés mutuo, no debemos vernos excepto en caso de necesidad. No vale la pena poner al tanto a los alemanes de que tenemos negocios entre manos, y yo podría hacer peligrar la posición de Chris aquí. Por fortuna no necesitamos los fondos, y si en algún momento los necesitamos, podemos operar a través de Rosenblum.

—Sí —dijo Deborah—, es una decisión sensata.

—Querida —continuó Paul—, ahora que estamos en ello, quiero hablarte del asunto ese de enviar a Stephan a estudiar con el rabí Solomon. Permite que te diga que tus motivos merecen todas mis simpatías, pero es un asunto arriesgado.

La dulzura de Deborah se desvaneció instantáneamente.

—¿Arriesgado para quién?

—Para el mismo muchacho.

—¿Has pensado en la conmoción espiritual que ha sufrido durante los pasados meses?

—Naturalmente que sí. Deborah, sé sensata. Somos muy afortunados. Nos hemos ahorrado todas esas tragedias horripilantes que ocurren en Varsovia.

—¿Se trata de eso realmente, Paul? —replicó ella en tono vivo—. ¿De defender nuestra situación?

—¿Has considerado alguna vez lo que sería de nosotros si me echasen de la Autoridad Civil? No cometo ningún crimen tratando de proteger a mi familia.

Paul jamás había visto en Deborah una expresión tan obstinada. En el pasado casi siempre había conseguido convencerla con sus argumentos.

—A nuestro hijo le humillan y le persiguen porque es judío —dijo Deborah—.

Debería contar al menos con algún apoyo moral para resistir estos golpes. No podemos permitir que soporte la situación presente dando traspiés sin saber por qué es judío.

Deborah quería decir más. Quería explicar a Paul que si asumiese su responsabilidad de padre judío se preocuparía de instruir y educar a su hijo como lo hacían otros padres judíos desde que las escuelas religiosas habían sido puestas fuera de la Ley. Pero lo que había dicho ya tenía un tono de autoridad que hasta entonces Paul no oyó nunca en sus labios. Deborah dejó que la discusión terminase en aquel punto, porque su marido estaba cansado y aturdido y ella no quería ofenderle.

Sonó el timbre de la puerta.

Paul abrió. Ante sí vio en actitud poco gallarda al desgarbado Wolf Brandel.

—Buenas noches, señor —dijo, poniéndosele la cara colorada.

Paul sonrió levemente y aprovechó la oportunidad para cambiar rápidamente la atmósfera de la discusión.

—Buenas noches, señor Brandel. ¿Ha venido a ver a Stephan, o a Rachael?

—A Rachael..., digo, a Stephan, señor.

—Se los dejo ver a los dos a cambio de una partida de ajedrez.

«Ah, maldita sea», pensó Wolf. Bronski era un hueso en ajedrez. Necesitaría una hora para ganarle. Entonces se le ocurrió una idea preciosa. Perdería a propósito. Con ello mataría dos pájaros de un tiro: halagaría la vanidad de Bronski y podría ver más pronto a Rachael.

Aquella noche Deborah estuvo despierta en la cama. La mención de Chris había removido una inquietud en su interior. Penaba por verle. Cerró los ojos y se puso a rememorar los momentos en que subía por el camino de los Jardines Saxony..., el contacto de su mano, el calor de su cuerpo, la música de su habitación mientras estaban tendidos entre las sombras. Deborah se revolvió en el lecho.

Había huido de él empujada por la cólera y el miedo. Pero en lo más recóndito de su mente supo siempre que le volvería a ver. Ahora..., separados por completo. Ni siquiera una mirada a hurtadillas..., ni un contacto de las manos..., ni tan sólo su voz en el teléfono. Debía de estar terriblemente, muy terriblemente ofendido. «Pero todavía en Varsovia..., todavía sigue aquí.»

Las lágrimas de Deborah caían sobre la almohada.

Paul estiró el brazo buscándola, y el cuerpo de ella se puso tenso y rígido, como ocurría siempre. Deborah contuvo las lágrimas con un esfuerzo de voluntad, inspiró profundamente varias veces para sosegarse, y se acercó a su marido.

Paul estaba en peligro. Iba caminando sobre un alambre. En los viejos días, antes de la guerra, se sentía muy seguro de sí mismo, muy independiente y muy listo. Ahora se tambaleaba y había de buscar apoyo en su esposa cada vez más.

—¿No estás enojada por lo que he dicho en relación con Stephan? Si para ti tiene tanta importancia, correremos el riesgo. Dejaremos que nuestro hijo continúe asistiendo a las clases del rabí Solomon.

La mano de Paul se deslizó por la cintura de su mujer. Deborah le rodeó con sus brazos mientras él apoyaba la cabeza en su seno.

—¡Te necesito tanto! —exclamó el marido.

Después de dieciséis años de disponer de ella sin preocuparse por sus gustos y opiniones, ésta era la primera confesión que salía de los labios de Paul Bronski.

CAPÍTULO XIV

Anotación en el diario

Una cosa nueva ha venido a sumarse a todo lo anterior. Por si no teníamos bastantes motivos de inquietud, hemos recibido un regalo: el Sturmbannführer Sieghold Stutze. A pesar del rango, nada elevado, de comandante de las SS, da la impresión de que Stutze posee mucho poder.

Ha venido de Lublin, la capital de las SS, las SD y la Gestapo de Globocnik. Lo mismo que éste y que Hitler, Stutze es austríaco. Llegó con un destacamento de las SS compuesto de hombres a los que se titula "especialistas en asuntos judíos". Nos vamos enterando de que el verdadero dueño de Polonia es Globocnik, y no el gobernador general Hans Frank. Puede resultar cierto, pues, que el verdadero dueño de Varsovia pase a ser Stutze y no Rudolph Schreiker.

Mientras Rudolph Schreiker ha demostrado ser un matón vulgar y simplote, con cabeza de cerdo, Stutze hace gala de una pasión de maníaco por la crueldad. Es bajo de estatura, lo cual le da un complejo napoleónico. Tiene una pierna un poco deforme y cojea. He ahí el hilo que conduce al ovillo del goce sádico que le da el causar sufrimientos. Este acontecimiento nos tiene muy preocupados.

ALEXANDER BRANDEL

Si bien los estudios religiosos habían sido prohibidos, ello sólo significaba que habría que continuar cursándolos en lugares secretos, como se había hecho un centenar de ocasiones en un centenar de lugares donde se había prohibido la enseñanza religiosa a lo largo de la historia judía.

Stephan Bronski había entrado en una edad altamente impresionable.

Después de haber vivido inmune hasta entonces, el verse marcado de súbito con el hierro de judío fue causa de que sus viajes a casa del rabí Solomon formasen parte de una gran aventura, de un descubrimiento trascendental. Le gustaba que hubiera que llevar todo aquello en secreto. Los extraños, crípticos garabatos en hebreo le fascinaban, y la infinita sabiduría del rabí le pasmaba, le maravillaba. El ir comprendiendo gradualmente los dos mil años de persecuciones inenarrables contribuyó mucho a mitigar la confusión que sentía en su interior.

A su clase asistían otros seis muchachos. Estudiaban en el sótano, debajo de la

vivienda del rabí Solomon. Hablaban en susurros. Por todo su alrededor se acumulaban los tesoros tomados de la sinagoga para conservarlos a salvo. La biblioteca del templo, compuesta de varios millares de volúmenes de literatura talmúdica y judía, estaba allí entera. Allí se encontraba el *menora*, el candelabro sagrado. Allí estaba el corazón del judaísmo, los pergaminos del Tora, tomados del arca del templo.

Los muchachos aprendían oraciones hebreas, la ética de los padres, y se preparaban para su *bar mitzvah*.

El anciano pasaba de uno a otro fijándose en la salmodia de sus rezos, daba unas palmaditas en la cabeza a uno, tiraba de la oreja a otro que se rezagaba.

Aunque fuese viejo, los muchachos no podían jugarle ninguna treta, pues parecía tener ojos en el pescuezo y oírlos a los siete a la vez.

Sthephan Bronski pidió si le excusaba un momento, y le fue concedido. Se puso en pie..., ¡y en aquel momento los vio!

En el umbral había tres nazis con uniforme negro. El mayor Stutze estaba delante de los otros dos.

—¡Rabí! —gritó Stephan.

Y todos se quedaron paralizados de terror.

Sieghold Stutze entró cojeando en la estancia.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Los chicos se amontonaron en rebaño detrás del rabí. Sólo Stephan Bronski se quedó delante del anciano. Con los ojos llameando de cólera, en aquel momento se parecía mucho a su tío Andrei.

Stutze apartó de un manotazo a Stephan cuando trató de «proteger» al anciano, cogió a éste por la barba y le derribó al suelo. Entonces se sacó el machete del cinto, pasó los pies respectivamente a uno y otro lado del hombre tendido en el suelo y le cortó los rizos, que los judíos religiosos llevaban porque el Rey David los había llevado.

Los otros dos nazis prorrumpieron en un coro de carcajadas. En seguida recorrieron la habitación, echando los libros al suelo, volcando las mesas y pisoteando los adornos simbólicos de la sinagoga.

—Harán una hermosa fogata —dijo Stutze. Sus ojos escudriñaron el sótano meticulosamente—. Ha de estar aquí, por alguna parte... ¿Pero dónde estará? —El alemán se acercó a una esterilla grande—. ¿Podría estar ahí debajo?

—¡No! —chilló el rabí.

—¡Aaah! —exclamó Stutze, apartando la esterilla y dejando al descubierto los pergaminos del Tora.

—¡No! —gritó el rabí de nuevo.

Stutze quitó el peto, desgarró la envoltura de terciopelo y sacó los pergaminos

que constituían la entraña del judaísmo, el cristianismo y el islamismo: los cinco libros de Moisés, Génesis, Números, Éxodo, Levítico y Deuteronomio.

—Aquí está el botín.

El rabí se arrastró hasta los pies del nazi, se le abrazó a las rodillas y le suplicó que no dañase los pergaminos. Stutze contestó enviando su bota a chocar contra las costillas del viejo.

Mientras él sostenía la piel de cordero del Tora, el árbol de la vida, colgando delante de la nariz de Solomon, el anciano lloraba murmurando oraciones.

Stutze soltó la carcajada; sus dos subordinados le imitaron.

—Tengo entendido que los judíos viejos muchas veces mueren por esta porquería.

—¡Máteme, pero respete el Tora!

—¿Vamos a divertirnos un poco? ¡Eh! ¡Muchachos! ¡En línea junto a la pared! Poneos las manos sobre la cabeza y de cara a la pared.

Los chicos hicieron lo que les mandaban. Stutze dejó caer el Tora al suelo.

El rabí Solomon se arrastró prestamente hasta él y lo cubrió con su cuerpo.

Stutze sacó la pistola y fue hasta la fila de muchachos.

—Muy bien, judío viejo, baila para nosotros. Encima del Tora.

—Matadme primero.

El austríaco amartilló la pistola y apuntó el cañón a la nuca de Stephan Bronski.

—No te mataré a ti, viejo judío. Vamos a ver a cuántos de estos chicos tendré que matar primero. Hala, baila para nosotros.

—¡No lo haga, rabí! —gritó Stephan.

Stutze se dejó arrebatar por un ataque de histerismo.

—A veces, cuando me divierto con este juego, tenemos que matar a dos o tres antes de que bailen.

El viejo se incorporó sobre las rodillas, gimiendo de congoja.

—Vamos, baila, viejo judío; queremos verte.

Mientras Stutze aterrorizaba a los muchachos apuntando la pistola a sus cabezas, ellos gritaban:

—¡Rabí! ¡Rabí!

Las lágrimas surcaban las mejillas del anciano.

El rabí Solomon puso el pie sobre el Tora y lo arrastró en una danza grotesca, pisando el pergamino sagrado.

—¡Más de prisa, judío, más de prisa! ¡Límpiate los pies con eso!

—¡Hala, judío, méate en esa piel! ¡Méate en ella!

Mientras los nazis se desternillaban de risa ante la profanación de la Ley, Stephan Bronski, aprovechando una fracción de segundo, había salido disparado como un rayo, huyendo hacia la libertad.

CAPÍTULO XV

Anotación en el diario

Desde que el Sturmbannführer Sieghold Stutze nos honró con su presencia, no hemos tenido ni un momento de aburrimiento. A su destacamento de las SS lo llama «Cuerpo Reinhard», en honor de Reinhard Heydrich, el jefe de las SD en Berlín. Esto nos da una pista sobre cómo se suceden los escalones de la cadena del mundo: Hitler, Himmler, Reinhard Heydrich, Globocnik y, en Varsovia, Stutze. En la reunión de esta semana con Emanuel Goldman, David Zemba y Simon Eden me dieron un buen puñado de notas para mi diario.

El Cuerpo Reinhard entró en la parte norte del sector judío con grandes camiones y vaciaron las tiendas judías de todas sus mercancías. .

El Cuerpo Reinhard ha entrado en casas particulares y ha cogido botes, cacerolas, lámparas, libros —que luego han quemado—, almohadas, mantas...

El Cuerpo Reinhard ha vaciado de provisiones los almacenes judíos, incluso los de la Beneficencia Americana, de Zemba. Esto ha originado una escasez de medicinas y alimentos. Luego el doctor Koenig nos ha vuelto a vender lo que Stutze había robado, pero con un aumento del seiscientos por cien.

Emanuel Goldman me dice que el racionamiento de combustible ha traído este invierno una epidemia de neumonía. Dice que ayer Schreiker ordenó otro corte en la ración alimenticia.

Para no dejarse aventajar por el Cuerpo Reinhard, Rudolph Schreiker lanza centenares de asesinos de Solee y hasta turbas de niños y de estudiantes a recorrer el sector judío, rompiendo ventanas, opalizando a los judíos ortodoxos. Es cosa sobrentendida que ningún polaco está castigado por un crimen contra un judío. Se ofrecen recompensas especiales a los polacos que entreguen a judíos poseedores de Kennkarten «arias».

La sinagoga del rabí Solomon fue quemada hasta los cimientos, pues Stutze le cazó enseñando cheder en el sótano. (Yo habría jurado que Stephan Bronski recibía instrucción religiosa allí. Quizá no. El caso es que no estaba entre los que llevaron a la Prisión Pawiak. A la congregación del rabí Solomon le han puesto una multa de veinte mil zloty para dejar en libertad a los niños y pagar el petróleo que los alemanes utilizaron para quemar la sinagoga. La

Beneficencia Americana de Zemba ha entregado la mitad del importe de la multa en dólares americanos.

Se obligó a todos los adolescentes de nuestro orfanato de Powazki y de una docena de orfanatos más a que dieran sangre para el ejército alemán. ¿Sabe Hitler que a sus arios les ponen sangre impura en las venas?

Simon Eden dice que la venta de veneno cobra volumen. Todo el mundo lleva una cápsula para el suicidio. Estas noches nadie duerme más que unas pocas horas. Silbidos, culatazos, pisadas recias. Dormimos con un ojo abierto. Tenemos noticia de cien casos diferentes de violación. Todas las noches, y toda la noche, se oye: «Juden 'raus» (Judíos, salid).

Si hemos de dar premio a la ingeniosidad, el Cuerpo Reinhard, de Stutze, será el que gane. Obligan a los ortodoxos viejos a fregar las aceras, tendiéndoles bajo las puntas de las bayonetas. Les han hecho bailar desnudos. Les han obligado a levantar grandes piedras. Les han obligado a pegarse unos a otros con zuecos. Les obligan a ensuciarse en los pantalones. Sin embargo, en medio de todo esto, yo estoy orgulloso de estos judíos. Se niegan a afeitarse la barba y a cortarse los rizos de las orejas. Andan con la cabeza alta y con gran dignidad a pesar de saber que su misma figura les acarreará atropellos. Son tercos y honorables, pertenecen todos a la estirpe del rabí Solomon, y nosotros, los sionistas, podríamos aprender de ellos un par de cosillas.

Schreiker, celoso de Stutze y no queriendo que le aventajase, dio vuelta a la loca Gerta, una polaca alemana que siente un odio sicopático hacia los judíos. A Gerta le han dado permiso para que merodee por los barrios septentrionales con un tubo de plomo.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XVI

Anotación en el diario

La mano de los alemanes se pone en evidencia cada día más. La Gaceta de Cracovia machaca incesantemente el tema de la «segregación de los judíos en zonas reservadas». Es una manera disimulada de reclamar ghettos.

Se habla además de traer judíos de Austria, Checoslovaquia y Alemania a Polonia.

Ayer las palabras se hicieron realidad. Decretaron la instauración de un ghetto en Lodz. Chaim Rumkowski fue designado presidente de un Consejo de Ancianos. Ahora está allí Ana Grinspan para ver si podemos organizar una «casa de ayuda mutua» como la de Mila, 19. En Lodz hay unos doscientos mil judíos, poco más o menos.

En la reunión de ayer con Emanuel Goldman, David Zemba y Simon Eden, Goldman expresó su opinión de que aquí, en Varsovia, vamos encaminados hacia una semana de crisis. Dice que todos los atropellos a que nos han sometido hasta la fecha no tenían otra finalidad que la de ablandarnos. Ha llegado otro nazi, el Oberführer Alfred Funk, lo cual equivale a un anuncio de contratiempos, porque Funk es el enlace directo entre Berlín y Globocnik, el jefe que está en Lublin, y sin duda tras los bolsillos llenos de caramelos fabricados por la nueva política alemana.

ALEXANDER BRANDEL

El brigadier de las SS Alfred Funk era el joven ario de ojos azules de que se vanagloriaba Adolfo Hitler. Era un hombre inteligente e industrioso que tenía una figura elegante y habría triunfado en cualquier camino que hubiese escogido en la vida. Era listo, astuto y de confianza, a diferencia del matón estúpido de Rudolph Schreiker, del oportunista tímido y conformista de Franz Koenig, del medio loco de Sieghold Stutze y del cínico y perezoso de Horst von Epp.

A semejanza de Von Epp, había calculado que el movimiento ascensional del nazismo era incontenible. A diferencia de Von Epp, creía sinceramente que Hitler podía llevar al pueblo alemán a la cumbre más alta de su historia. Como la mayoría de los alemanes, escogió voluntariamente el formar parte de aquella «marcha hacia el destino». Funk aceptaba la obediencia tradicional teutónica a la autoridad sin discusiones de ninguna clase. Deseó ser un hombre poderoso, importante, y había

visto cumplido su deseo. Al principio, los métodos de los nazis originaron en él unos cuantos conflictos de conciencia, pero pronto comprendió que la tiranía política manifestaba en los campos de concentración, la abolición de las libertades civiles y la destrucción de la oposición intelectual eran meramente medidas básicas para allanar el camino a la Gran Alemania.

Alfred Funk se constituyó en delegado de la tiranía con toda convicción. Los instrumentos de aquélla no suscitaban problema alguno en su mente, que sólo se ocupaba de los mejores métodos para emplearlos.

Con su cabello de oro y su cuerpo acicalado, Alfred Funk era hombre de una energía innegable, capaz de imponer su autoridad. Cuando Heydrich y Eichmann, de la sección 4B de la Gestapo, enviaron desde Berlín los planes rectores, el Oberführer Funk fue designado enlace especial con Globocnik, en Lublin.

Al ser llamado Emanuel Goldman a la Casa de la Ciudad para hablar con el Oberführer Alfred Funk, había colegido ya la misión que debía desempeñar éste en Varsovia.

Funk habló con aire impasible:

—Las costumbres antihigiénicas de los judíos nos tienen preocupados. Las casas de ustedes están llenas de piojos. Y los piojos transmiten el tifus.

Goldman pensó que Funk estaba poniendo en marcha una táctica nueva y ciertamente interesante.

—Yo no soy médico como el eminente Franz Koenig —respondió secamente—, pero las disposiciones de ustedes negándonos elementos sanitarios son las causas de la aparición de piojos.

Funk le miró fijamente, sin parpadear ni hacer el menor movimiento. «El viejo es duro», se dijo. Luego cogió un papel.

—Los datos científicos que hemos recogido prueban otra cosa. Todo el mundo sabe que los judíos son sucios. Mire a esos hombres que llevan barba.

Un sitio perfecto como nido de piojos.

—En el pasado nunca nos habían molestado en absoluto —respondió Goldman.

—Pero ahora sí molestan, ¿verdad, Goldman? Bien, Goldman yo quiero que la Autoridad Civil de ustedes nos ayude a proteger a los ciudadanos de Varsovia. Ordene que esa sociedad que tienen de Huérfanos y de Ayuda Mutua monte departamentos de desinsectación. A cada judío se le dará una tarjeta sellada en cuanto esté desinsectado. Para recoger el racionamiento, será preciso enseñar dicha tarjeta. Nosotros realizaremos extensas inspecciones de viviendas, a fin de acabar con esa plaga.

«Quiere decir incursiones de saqueo disfrazadas de inspecciones médicas», pensó Goldman.

—A fin de dominar el problema que los judíos han arrojado sobre Varsovia,

hemos aislado ciertos sectores de la ciudad, los cuales quedarán sometidos a cuarentena.

Goldman le comprendió... «Ahí sale».

—Todos los judíos deberán trasladarse en el espacio de dos semanas a los sectores sometidos a dicha cuarentena, bajo pena de muerte.

Funk extendió un plano de Varsovia sobre la mesa, delante del anciano. El área señalada comprendía desde el puente del ferrocarril del norte, más abajo de Zolibornz, hasta el bulevar de Jerusalén. El límite oriental formaba una línea quebrada hasta más allá de los Jardines Saxony, y el occidental corría poco más o menos siguiendo la línea de los cementerios católico y judío. Funk observaba atentamente a Goldman. Era inútil discutir con aquel nazi.

—Goldman —prosiguió luego—, usted reconoce que estamos en guerra con los judíos.

—No digo lo contrario.

—Por lo tanto, consideramos que los bienes judíos, tanto personales como de otra clase, constituyen un botín legítimo, despojos de guerra. En consecuencia, cuando el traslado a los sectores en cuarentena quede completado, ustedes empezarán una relación de todos los bienes de los judíos.

He nombrado al doctor Koenig registrador y custodio de tales bienes, que comprenden inventarios de negocios, cuentas bancarias, joyas, pieles, etcétera, etc.

«¡Koenig! ¡Caramba, cómo ha ascendido!»

—Una cosa más, por último, Goldman. Visto que ustedes, los judíos, nos han sometido a estos deplorables peligros y han desobedecido continuamente nuestros mandatos, les imponemos una multa de trescientos mil *zlotys*.

Retendremos a cincuenta personas en la Prisión Pawak como garantía del pago en el espacio de una semana. Esperaremos que la Autoridad Civil se encargará de recoger el dinero. Además, han de redactar mandatos referentes a las cuestiones de que acabamos de hablar, y usted volverá mañana aquí para que yo los estudie.

De regreso al edificio de la Autoridad Civil, en Grzybowska, 28, Goldman reunió a la junta inmediatamente. Expuso su conversación con el brigadier Alfred Funk ante siete hombres con cara de cera.

—La orden de cuarentena es meramente una leve máscara para disimular la creación de un *ghetto*. Si recaudamos esta multa colectiva, nos impondrán otras. En cuanto a lo de formar un registro de las propiedades, no es preciso que os explique lo que significa. Lo más horrible del plan que se han trazado es el hecho de obligarnos a nosotros a dar las órdenes.

»Quienes formamos parte de la Autoridad Civil creemos que podemos ser útiles a la comunidad y constituir un muro protector entre ella y los alemanes.

Pero los alemanes están convirtiendo a la Autoridad Civil en un instrumento

propio, encargado de realizar su repugnante tarea.

La sala estaba paralizada de miedo. Todo el mundo sabía lo que se proponían los alemanes. Todo el mundo sabía, además, que se enfrentaba con un momento crucial, que cada uno tendría que escudriñar las profundidades de su propia alma para ver si guardaba una reserva de coraje. Mientras cumplieran las órdenes de los alemanes, ellos y sus familias estarían a salvo. Desafiarlas podía acarrearles la muerte instantánea. ¿Valía la pena morir por esto? Emanuel Goldman, su presidente, creía que sí.

Uno por uno, todos se manifestaron. Weiss, que había sido coronel del Ejército toda su vida, nunca había practicado mucho la Ley judía. Se consideraba a sí mismo un polaco asimilado.

—Ciertamente, como conquistadores nos concederán la alternativa de retirarnos con honor —exclamó, abatiendo el puño sobre la mesa.

«¡Qué tonterías! —pensó Goldman—. Weiss sigue representando su papel de coronel». Y en voz alta replicó:

—Esos no son soldados, sino nazis. No sé si permitirán que dimitamos.

Ahora Silberberg. En otro tiempo había escrito obras dramáticas en las que hasta de las vigas del teatro llovían ideales. El terror le había reducido luego a la conformidad. Se enfurruñaba. Se aborrecía a sí mismo por ello.

—Nosotros no somos sus colaboradores —dijo por fin, hallando su reserva de energía.

Seidman, el ingeniero, era ortodoxo.

—La calamidad no es cosa nueva para el pueblo judío. Hemos vivido en ghettos en otras épocas.

A medida que hablaba, sus palabras se iban pareciendo cada vez más a las del rabí Solomon. Goldman sabía que se las inspiraba la convicción, no el miedo.

Marinski, el fabricante. Se había pasado la vida edificando su industria de curtidos. Las nuevas disposiciones acabarían confiscándole las fábricas, estaba seguro de ello. Tenía que hacer sus cálculos. «Como miembro de la Autoridad Civil, ¿puedo salvar mis fábricas? ¿O debo arriesgar una jugada en la confianza de que, si realizamos una exhibición de energía, los alemanes retrocederán?».

Otra cosa inquietaba todavía a Marinski: él era un hombre justo y orgulloso, para quien el bien y el mal estaban claramente separados.

—Debemos adoptar una actitud resuelta —dijo.

Ésta era también la opinión de Schoenfeld. Schoenfeld, el brillante abogado.

—Por muy completa que sea la ocupación, por muy fuerte que sea su autoridad, han de fundamentar todas sus acciones en un motivo. Han expresado el motivo con la excusa de una cuarentena. Si nosotros realizamos un esfuerzo decidido, estoy seguro de que les obligaremos a respetar las normas de la decencia fundamental. Les

obligaremos a negociar.

Y Paul Bronski tomó la palabra:

—No nos queda alternativa alguna. ¿A quién podemos apelar? ¿A un mundo exterior que no querrá oírnos? Schoenfeld, usted está loco si se figura que negociando les hará abandonar el proyecto del *ghetto*. Lo quieren, en Berlín lo han establecido, y lo tendrán. No podemos hacer nada.

—Sí, podemos —replicó Goldman— Podemos portarnos como hombres.

Boris Presser, el comerciante, que poseía el arte de quedar en el anónimo, no abrió los labios sino para votar con Paul Bronski y Seidman en contra de la proposición de presentar una protesta a los alemanes.

—Cinco votos contra tres en favor de presentar una protesta a Funk.

Paul se sintió invadido por una especie de mareo.

—No tenemos ningún estatuto que diga que podemos votar —dijo, alzándose sobre unas piernas inseguras—. Somos meramente los jefes de sendos departamentos independientes. Si quiere usted presentarse a Funk con una protesta, hágalo en nombre de los demás; en el mío no.

¿Fue un estallido de cobardía? ¿Fue un arranque del instinto de conservación? Goldman se lo preguntaba. Se preguntaba si todo aquello no era un gesto inútil. Habría cincuenta hombres como Paul Bronski para sustituirles a ellos, y otros cincuenta para sustituir a los segundos. ¿Qué fruto daría una protesta? Allí, el realista era Bronski. Los alemanes tendrían lo que querían, a pesar de todo.

Emanuel Goldman estaba muy cansado. Tenía setenta y tres años. Todos sus hijos se habían casado. Vivía solo, sin otra compañía que la de su ama de llaves.

Había disfrutado de una vida agradable y completa. Había viajado y dado fama a su pueblo y a su patria. Una pirueta del hado le había situado en un puesto que no deseaba, pero que aceptó sin protesta. Le nombraron presidente de la Autoridad Civil, porque Franz Koenig le consideraba un hombre débil.

Goldman distaba mucho de ser débil. Era un idealista que no sabía retroceder y abandonar sus creencias.

Goldman se pasó la noche atando los cabos sueltos de la situación en que se encontraba, una situación que expuso a sus amigos David Zemba, de la Beneficencia Americana, y Alexander Brandel. Y se separó de ellos sabiendo que, probablemente, no volvería a verles.

Por la mañana se presentó al Oberführer Alfred Funk. Se sentó delante del alemán con mucha calma, encarnación verdadera de la seguridad en sí mismo, y todavía con los modales desenvueltos de los antiguos tiempos. Funk se dio cuenta de todo desde el momento en que Goldman entró en el despacho, pero sus ojos azules, glaciales, no traicionaron los pensamientos que giraban en remolino detrás de ellos.

—¿Ha redactado los mandatos?

El anciano movió la cabeza negativamente.

Funk no manifestó ni sorpresa ni cólera.

—No quiero poner mi nombre en un mandato instituyendo un *ghetto* —dijo Goldman.

—¿Habla usted en representación de toda la junta?

—Le sugiero que se lo pregunte a ellos —replicó el viejo.

—Siento curiosidad —dijo Frank—. ¿Por qué da este paso?

Goldman sonrió.

—Yo siento más curiosidad todavía. ¿Por qué dan ustedes este paso?

Fue Funk el que cedió primero en aquella contienda de miradas.

Goldman se puso en pie, se inclinó ligeramente, mandando adelante el largo, blanco y sedoso cabello, dijo:

—Buenos días — y se marchó.

Alfred Funk meditó un momento las diversas posibilidades; después se encogió de hombros y, con gesto metódico, levantó el teléfono de su mesa.

—Busque al Sturmbannführer *Stutze*. Dígale que se presente a mí inmediatamente.

Anotación en el diario

Anoche asesinaron a Emanuel Goldman. Por lo que parece, ha sido un trabajo personal del Sturmbannführer Sieghold Stutze. Le mataron a golpes con un tubo de metal. Después arrojaron su cadáver a la calle delante del edificio de la Autoridad Civil, como un mensaje de significado clarísimo.

Boris Presser, a quien ninguno de nosotros conoce, ha sido designado presidente de la Autoridad Civil, y al doctor Paul Bronski le han dado poderes más amplios.

Ahora tendré que tratar con Bronski para todo lo referente a la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua. No podemos esperar de Bronski nada parecido a lo que Goldman hizo por nosotros.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XVII

Anotación en el diario

Estamos ya en el verano de 1940. Las noticias del mundo exterior, nuestra gran fuente de esperanza, registran un desastre tras otro. Noruega y Dinamarca han caído.

Los Países Bajos... y el desastre de Dunquerke. Italia ha sido arrastrada a la guerra. El poder alemán sigue en aumento, sin que nadie lo limite. Francia ha pagado el precio de una década de apaciguamiento.

Con Boris Presser como presidente, la Autoridad Civil Judía ya no crea nuevos problemas a Rudolph Schreiker. En sus relaciones con la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua, Paul Bronski se atiene rígidamente a los mandatos alemanes.

Los judíos pobres han visto cómo les despojaban de sus bienes personales y se los llevaban en carros. Ahora no tienen otro recurso que el de inscribirse para el trabajo esclavo en una de las docenas de nuevas fábricas y empresas alemanas que han brotado por todo el sector de Varsovia. El doctor Franz Koenig posee nada menos que tres o cuatro fábricas. Cuando les falta mano de obra, simplemente, rodean las calles, cogen a la gente, y ya no la vemos más.

Los ricos pueden desenvolverse mejor. Se ha puesto en marcha un comercio desenfrenado de oro, joyas y documentos "arios" falsificados. En las clases superiores, cada uno lucha para sí. En cuanto a nuestros compatriotas, obtenemos una ayuda superficial de ciertas clases, pero la masa de los polacos no manifiesta con respecto a nosotros sino una apatía completa.

¿Alguna pregunta acerca de quién gobierna Polonia? Está contestada: el Gruppenführer de las SS. Globocnik, desde Lublin. Se sabe que el gobernador general Hans Frank protestó ante Hitler de que se deporte a Polonia judíos de toda Europa. La protesta fue rechazada. Los judíos entran por decenas de millares en las dieciséis "reservas" establecidas por ese curioso plan trazado en Berlín, que exige la "reacomodación" de todos los judíos de los países ocupados.

De los judíos alemanes y austríacos, algunos son bastante altaneros. Han podido alquilar pisos hermosos y a nosotros, los pobres judíos polacos, nos

miran como a inferiores. No obstante, la inmensa mayoría llegan desposeídos de todo. El doctor Glazer, jefe del personal médico de Huérfanos y Ayuda Mutua, teme una epidemia de enfermedades y otra epidemia de hambre si vuelven a reducirnos el racionamiento.

¿Podrá David Zemba, de la Beneficencia Americana, hacer frente a los problemas colectivos que se nos presentan?

¿Cuál es el objetivo último del plan de los alemanes? A medida que aumentan sus victorias, el miedo que tenían a la opinión pública del mundo disminuye. Me han dicho que la sección 4B de la Gestapo, encargada de los asuntos judíos bajo el mando de Adolf Eichmann, en la Kunfurstendamm de Berlín, es un imperio dentro de otro imperio.

ALEXANDER BRANDEL

Cada vez que Andrei salía de viaje corría un peligro mayor. En el último pasó por un momento de grave apuro cuando, en un apartadero, procedieron de súbito a una inspección. Andrei deslizó una propina de trescientos zlotys en la mano del polaco que descubrió que llevaba un salvoconducto falso, y la treta salió bien. Siempre llevaba los billetes doblados y colocados entre los documentos, a fin de poder comprar sobre la marcha al inspector.

Cuando presidía la Autoridad Civil Judía Emanuel Goldman, a Andrei le expedían salvoconductos bajo el pretexto de que viajaba por asuntos de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua. Ahora que el enlace estaba en manos de Paul Bronski, éste suprimió todos los permisos, excepto los auténticos.

Andrei había de viajar con documentos falsos, como no judío. Su Kennkarte decía «Jan Kowal». A los riesgos normales se sumaba el creado por las bandas de granujas que rondaban por las estaciones a la caza de judíos escondidos, a los que saqueaban o entregaban a la Gestapo para cobrar las recompensas.

El aspecto ario de Andrei y sus obvias dotes físicas le habían permitido utilizar sin contratiempos seis salvoconductos falsos. Si podría seguir eludiendo durante mucho tiempo el ser detenido era una cuestión que admitía discusiones.

Andrei llegó a la estación terminal del bulevar de Jerusalén y se encaminó directamente hacia Mila 19, para presentarse ante Alexander Brandel. Había dejado atrás unas pocas manzanas de edificios solamente, cuando se paró de pronto y observó la marea humana que se derramaba dentro de los sectores judíos en cuarentena. Primero habían llegado de otros barrios de Varsovia, luego de los alrededores. Ahora los traían de fuera de Polonia. Los alemanes habían cerrado docenas de calles con acordeones de alambre espino, junto a los cuales situaban

centinelas, para delimitar los distritos aislados.

Una riada de seres humanos míseros, aturdidos, llenaba la calle desde la estación terminal, al norte, hasta varias manzanas más al sur. Las llantas de hierro de los carretones herían los guijarros con estrépito metálico. Algunos de los recién llegados más ricos transportaban sus pertenencias en vehículos tirados por caballos. Otros las tenían apiladas en carritos movidos con pedales, y todavía otros, en carretillas de mano. La mayoría transportaban sus bienes envueltos en una manta colgada del hombro.

Los buhoneros trataban de venderles brazaletes, botes, cacerolas, libros... lo que fuere. Miembros del personal de Ayuda Mutua procuraban organizar el caos.

—¿De dónde son? —preguntó Andrei a otro espectador.

—De Bélgica.

Por muchas veces que lo presenciase, aquel espectáculo siempre disgustaba a Andrei. La cólera hervía en su interior, le enrojecía el rostro. Volviéndose bruscamente, dejó de encaminarse a Mila, 19, y se dirigió a Leszno, 92, al cuartel general de Simon Eden.

Delante de Leszno, 92, había una hilera de refugiados que cubría una manzana. Unos voluntarios ayudaban a formar las listas y a preparar el comedor gratuito para atender a los recién llegados. Andrei atravesó la hilera.

Los rostros de sus componentes se volvieron una serie de manchas confusas...

Cuando entró en la sala principal, le reconocieron inmediatamente.

—Quiero ver a Simon —susurró a una de las muchachas de detrás del mostrador.

Como Simon Eden era el sionista más poderoso de Varsovia, vivía en el ático en un semiencierro. Tres llamadas del timbre le enterarían de que subía a verle un amigo. Otra consigna distinta le enviaría a buscar protección escondiéndose en los tejados.

Andrei ascendió por la escalera con conducía al ático. Simon le dio la mano para vencer el último peldaño. Después de palmearse mutuamente la espalda, Andrei y Simon entraron en los cuarteles que el segundo tenía en aquel desván.

El calor del mediodía se había filtrado a través del tejado dejando el aire del cuarto sin ventilación, casi irrespirable. Andrei se desabrochó la camisa y se quitó el sombrero. Simon sonrió al ver que seguía llevando las botas de oficial en simbólico desafío al enemigo.

Simon abrió y cerró media docena de cajones de una mesa y al fin encontró una botella de vodka llena hasta la mitad. Después de beber un sorbo, se la pasó a Andrei.

—¿Cómo ha ido el viaje?

Andrei se encogió de hombros.

—Bien y mal.

—¿Has visto a alguno de los míos?

—En Cracovia. La Prensa clandestina cobra importancia. Al menos, mantiene a la gente enterada de los motivos que persiguen los alemanes.

—¿Qué hay del ghetto de Lodz?

—No sé si podremos montar allí casas de Ayuda Mutua. Aquel canalla de Chaim Rumkowski se porta como un emperador loco. Siempre va con un par de guardianes alemanes.

Simon refunfuñó. Andrei le comunicó el resto de las noticias, ciudad por ciudad, y sobre ellos descendió un manto de sombras tan sofocante como el calor. Simon no tenía necesidad de ningún experto para analizar las noticias. Su fisonomía morena y arrugada se ponía tensa el escuchar las palabras con que su amigo le exponía una situación que empeoraba incesantemente.

—¿Qué opina Alex de todo esto?

—No le he visto todavía —respondió Andrei— He venido aquí directamente desde la estación.

Simon le miró con curiosidad.

—¿Qué ideas tienes en la cabeza, Andrei?

—Tú fuiste oficial del Ejército, Simon. Somos amigos desde que me alcanza la memoria. De todos cuantos se ocupan de este asunto, tú y yo somos los que pensamos de un modo más parecido. Cuando empezó esto, yo quería cruzar la frontera y conseguir armas. Alex me disuadió. Me he conformado a todo, pero..., después de este viaje... Simon, hemos de empezar a devolver los golpes.

Simon bebió otro trago de vodka de la botella y se rascó la no afeitada mandíbula.

—No pasa día sin que se me revuelva el estómago. Tengo que echar mano de todas mis fuerzas por no estallar.

—Si recurro a Alex me convencerá de que no debemos iniciar un movimiento de resistencia. Es capaz de convencer a un leopardo de que renuncie a sus manchas. Pero si fuésemos a verle tú y yo (tú hablando en nombre de los Sionistas Federados), y le presentáramos un ultimátum, tendría que entregarnos parte de los fondos de la Beneficencia Americana para comprar armas. Hemos de hacerlo en seguida. Thompson teme que los alemanes le vigilen. Si le envían fuera de Polonia habremos perdido una de nuestras fuentes principales para obtener dólares.

Simon se secó el sudor de la frente con la manga y se acercó a la ventana que daba sobre la calle desde una altura de seis pisos. Centenares de refugiados se alineaban delante de Leszno, 92, por un plato de sopa y una Kennkarten que les concedería el «privilegio» de trabajar como esclavos.

—¿Qué será de esa gente de ahí abajo? —preguntó—. Somos todo lo que les queda.

—¿Cuánto tiempo permitirás que te crucen la cara sin que tú levantes la mano?

Simon dio media vuelta, apartándose de la ventana.

—¿Qué diablos podemos hacer?

—¡Matar a los canallas! ¡Convertir su vida en un infierno!

—¡Andrei! ¡Dinamarca, Noruega, Polonia, Francia, Bélgica, Holanda!

¿Retrocederán ante nosotros? Matarán a veinte, treinta, cien, por cada uno que matemos nosotros; asesinarán mujeres, niños y ancianos. ¿Puedes asumir esta responsabilidad?

—Eres un tonto, Simon, y Alex es otro tonto. ¿Crees de veras que se contentarán con los ghettos y con el trabajo esclavo? Lo que se proponen es borrarnos de la faz de la tierra.

Los dos hombres se miraron de hito en hito, símbolos encarnados de la cólera y de la frustración. Simon movió la cabeza negativamente.

—Uno de estos días llegaremos a la hora crítica, y por Dios que entonces comprenderás que no hay otro camino que de abrirnos paso luchando —dijo Andrei.

Andrei dejó a Simon Eden soltando bufidos. No fue a Mila, 19, a entrevistarse con Alexander. Quedarían horas sobradas para informes y altercados. Alterman y Susan y Rosy escucharían la narración monótona y repetida del temor de que se iban a crear otros ghettos, de los asesinatos incesantes de intelectuales, de los campos de trabajo esclavo, de los atropellos increíbles. Y luego intentarían montar una nueva casa de Ayuda Mutua en Bialystok o Lemberg. Intentarían imprimir un periódico de una sola página.

Colocarían unos tristes sacos de arena para contener un río en avenida, salido de madre.

Andrei se encaminó velozmente hacia el piso de Gabriela, procurando cerrar los ojos a los oídos a los cuadros y sonidos de miseria y calamidad que le rodeaban. Por aquellos días, en Varsovia, muchas personas se hundían en el anónimo. Gabriela era una de ellas. Un código no escrito establecía que si uno ignoraba a un amigo que le había reconocido en un lugar público, ya se sabía lo que significaba.

Gabriela había dejado su piso y se había trasladado a otro más pequeño de la calle Shucha. Por conducto de Tommy Thompson hizo saber a su madre y a su hermana que si se comunicaban con ella la pondrían en peligro. Cuidó de que dejaran de enviarle a Polonia la pensión que le legó su padre, y aceptó un empleo oscuro como maestra de francés e inglés en el colegio, reducido, pero distinguido, del convento de las Ursulinas.

Andrei se detuvo delante del piso de la calle Shucha. Enfrente estaba el Cuartel de la Gestapo. Era una ironía, pero Andrei pensó que el piso de Gaby se encontraba, probablemente, en el lugar más seguro de Varsovia. Era temprano.

Gaby todavía no estaría en casa. Andrei escribió un billete a toda prisa y lo puso en el buzón de la correspondencia, a fin de que Gabriela no sufriera un sobresalto.

Una vez arriba, se quitó la gorra, se dejó caer en un gran sillón y luchó consigo mismo para librarse de la sensación de quemadura que la tensión nerviosa le producía en el pecho. Había sido un viaje terrible. Hasta aquel momento no se dio cuenta de que durante los tres días últimos sólo durmió unas pocas horas. Los ojos se le cerraban. Dejó deslizar la cabeza de modo que los rayos del sol le dieran en la cara y sintiera su calor tibio, y se durmió al instante.

El sonido de unas pisadas le despertó por completo. Gaby había leído su billete y subía las escaleras corriendo. La puerta del piso se abrió y se cerró rápidamente; Gabriela dejó los paquetes de alimentos y le buscó con la mirada por entre las sombras del atardecer. Al encontrarle se acurrucó en su regazo, apoyó la cabeza en su pecho, y los dos enamorados se abrazaron sin otro sonido que el de los profundos suspiros de la joven y sin otro movimiento que el temblor que la estremecía.

Gabriela miró a Andrei: tenía el rostro demacrado, fatigado. Día tras día, Gaby observaba cómo la fatalidad iba minando las energías de su amado. Cada viaje le dejaba exhausto. Andrei se devoraba a sí mismo por dentro.

Ahora, en este momento, ella, Gabriela, podía darle una transfusión de vida. Andrei sonrió con placer al sentir los dedos de ella siguiendo las líneas de su cara, al sentir en los ojos, en las orejas, en el cuello el roce de sus labios.

—Esta vez ha sido terrible —dijo—. No sé cuánto tiempo podré resistirlo todavía.

—Yo te cuidaré, cariño —le susurró Gabriela.

—Gaby...

—Di, amor mío.

—Cuando me acaricias de este modo, todo aquello parece alejarse. ¿Por qué eres tan buena conmigo?

—Sssitt..., sssitt... Descansa, cariño...

—Gaby, ¿cuándo terminarán? ¿Qué será de nosotros?

—Sssittt..., sssittt..., sssittt...

CAPÍTULO XVIII

Anotación en el diario

No escondas la sortija, madre,
tampoco la salvarás,
si no son los alemanes,
Kleperman la encontrará.

Esta estrofa se atribuye a Nathan " El Loco ", un semi imbécil que vaga por el ghetto improvisando rimas y haciendo algunas observaciones bastante clarividentes.

Nadie conoce el origen de Nathan " El Loco ", ni quiénes son sus padres, ni qué apellido lleva. Viste unos andrajos sucios y duerme en callejones y bodegas. Todo el mundo le considera un tonto inofensivo y le tratan con benévola tolerancia. Nathan "El Loco" se presenta en los mejores cafés de los distritos judíos y recitando unos cuantos versos nuevos, se gana la comida. Prefiere pescado, para poder compartirlo con la docena, o más, de gatos callejeros que le siguen. Él les ha puesto los nombres de los miembros de la junta de la Autoridad Civil Judía.

ALEXANDER BRANDEL

Max Kleperman era un producto de los barrios bajos. En sus tiernos años aprendió que era más fácil vivir a costa de su prójimo que, Dios no lo quisiera, doblar el espinazo en un trabajo de verdad.

A la edad de cinco años, Max era un artista de la prestidigitación. Sabía corretear por el maloliente y ruidoso mercado de la plaza Parysowski y hurtar géneros, con habilidad cegadora, a los judíos viejos y barbudos. Por la época en que cumplió los siete años, era ya un experto en esconder y guardar los artículos que había robado.

Mientras los buenos hijos judíos, como Andrei, repartían pollos por cuenta de sus padres, los hijos judíos malos, como Max Kleperman, manifestaban una aptitud natural para intermediarios. Max les compraba a los maleantes los pollos y otros géneros robados para revenderlos en el mercado al aire libre de la plaza Parysowski con unas ganancias pasmosas.

A la edad de catorce años había sido huésped tres veces de la Prisión Pawiak. Una por hurto. Otra por extorsión. Otra por estafa.

A los dieciséis años se instaló en el paraje que le correspondía por derecho

propio: se fue a vivir al barrio Smocza, poblado por el bajo mundo judío de Varsovia.

A los diecisiete fue aceptado como miembro bien curtido del Club Nocturno Granada, el tugurio más notorio de los criminales y «gangsters» de Polonia.

A medida que crecía en edad, los variados talentos de Max se desarrollaban. Llegó a ser el jefe de una cuadrilla de matones que imponían su dominio en el sector de la plaza Grzybowski, especializado en el comercio de material de construcciones. La plaza estaba flanqueada por almacenes de materiales de construcción, oficinas de albañiles, contratistas, carreros, herreros y vendedores de ladrillos. Poniendo en juego su talento de intermediario con la ayuda de los adecuados amigos. Max se abrió paso a codazos en aquella plaza hasta que su «refrendo» vino a ser cosa obligada en la mayoría de operaciones normales. Sólo la oposición de los sindicatos obreros le privó de imponerse como zar absoluto.

Su mano pellizcaba en todos los pasteles, desde los planos hasta el edificio terminado. Su dedo meñique lucía un diamante de ocho quilates y las cenizas de sus cigarros puros caían sobre la mitad de los contratos de edificación en Varsovia.

Max estaba como en su casa en el Club Nocturno Granada, o hasta en el bajo mundo de los *goyim* de Solec, donde se le respetaba. Pero, cosa extraña, llegó a un punto de su vida en que empezó a preguntarse de qué le servía haber trabajado tanto. En realidad, no era otra cosa que un golfo.

Max Kleperman no quería ser un golfo. Quería ser tan respetable como los «nuevos ricos» que los sábados paseaban por la avenida de los Mariscales. Pero no podía abrirse paso a codazos hasta el corazón de aquella gente, y esto le fastidiaba. En consecuencia, se puso a comprar respetabilidad. Primero, la hermosa y antigua casona de un noble que vivía en Francia. Aquello no sirvió.

En el terreno social, sus vecinos le miraban como a un leproso.

Max estaba resuelto. Contrató a un abogado de los caros y le impuso su deber con una sentencia de dos palabras:

—Hágame respetable.

El primer paso del abogado consistió en adquirir un par de asientos en la Gran Sinagoga Tlomatskie. Max podía exhibirse durante los Días Santos, cuando la sinagoga estaba llena a rebosar y unos policías de uniforme contenían a las turbas de curiosos que soltaban una infinidad de ¡oh! y ¡ah! contemplando a la *élite*.

Max se vio metido en un programa filántropo. Hizo donativos a los pobres, dio palmaditas en la cabeza a los huérfanos y patrocinó becas para estudiantes que nunca valieron demasiado.

Su actuación fue tan eficaz que le aceptaron como miembro de media docena de sociedades profesionales. Luego siguió una serie de pródigas fiestas.

Max Kleperman fue pronto tan respetable que despidió al abogado.

Para consolidar una posición tan duramente conquistada, Max tuvo que

desembarazarse de su ignorante esposa, que era una fuente continua de situaciones molestas. Entonces recurrió a los casamenteros con objeto de conseguir una muchacha de su casa, bonita y salida de una familia buena y religiosa.

Se le encontró una. Sonia Fichstein llenaba aquellas condiciones. Su familia era ortodoxa, respetable, tradicional, aceptable en cualquier sentido. El rabí Solomon fue llamado para negociar las cláusulas.

El rabí Solomon vio claramente el fraude de Kleperman. A éste le enfurecía la actitud del rabí. Llegó al extremo de acariciar la idea de quitarle de en medio.

Luego se enteró de que el rabí era también respetable, verdaderamente respetable, en realidad la persona más respetable de la Varsovia judía. Y se puso a cultivar al gran hombre.

El rabí Solomon no se dejaba engañar. Lo sopesó todo. Max no cambiaría nunca, pero el afán de respetabilidad haría en él las veces de un freno, y una pequeña parte de la decencia de que quería revestirse se filtraría realmente en su interior. Por otra parte, las posibilidades de casarse que tenía Sonia Fichstein disminuían rápidamente. En resumen, el rabí Solomon aceptó que se realizara el enlace.

Después se convirtió en el guardián terreno del alma de Kleperman. Debajo de sus hinchados carrillos, Max se daba cuenta de que el único eslabón que le unía con el Supremo Hacedor pasaba a través del rabí.

Cuando los alemanes invadieron Polonia, Max se entristeció, porque nadie le quería. No obstante, él era un hombre realista. Su pasado le hacía perfectamente adecuado para la clase de negocios que entonces florecían: mercado negro, contrabando, canje de monedas. Por lo demás, con los alemanes se podía tratar. Antes de haberse dispersado por completo el humo de la batalla, Max Kleperman se puso en contacto con el doctor Franz Koenig y le inculcó el convencimiento de que su organización sería indispensable a los vencedores.

Por aquellos días, el doctor Koenig se enfrentaba con el problema de abrir lupanares para los soldados alemanes, una aventura en la que la Autoridad Civil Judía se había negado a cooperar. Afanoso de demostrar la calidad de su temple a Rudolph Schreiker, el doctor Koenig hizo el primer encargo a Max: reunir un centenar de prostitutas. En sus años juveniles, Max había hecho de chulo, desde que se había vuelto respetable, no. Sin embargo, sus contactos en el Solec continuaban activamente, y en dos días le resolvió la papeleta a Koenig.

El doctor comprendió que tenía un excelente aliado.

Contando con permiso para operar, Max Kleperman reunió a su alrededor la cuadrilla de bribones más inmoral de Varsovia. Sus tentáculos se extendían a todas partes.

Cuando los alemanes introdujeron el trabajo esclavo, Max vio que por fin había destrozado a su enemigo: los sindicatos obreros. Tomó firmemente en sus manos el

control de la industria de la construcción, y partiendo de esta base, invadió docenas de negocios legales. Viéndole respaldado por el brazo fuerte de los alemanes, el espíritu realista aconsejaba tratar con Max y sus asociados.

La venta de protección vino a constituir la gallina de los huevos de oro. Si en una de sus encerronas los alemanes cazaban en la calle a un padre o a un hijo y los llevaban a los campamentos de trabajo esclavo, fuera de Varsovia, Kleperman contaba con recursos para lograr que los dejaran en libertad por un precio determinado.

En este ámbito era donde adoptaba el gesto de benefactor del pueblo.

Cuando alguno acudía a él solicitando la libertad de un pariente, Max le trataba con gran simpatía, estudiándole todo el rato, al mismo tiempo, para calcular cuánto dinero se podía sacudir de sus bolsillos. Y le decía que se necesitaba una buena suma para llegar a un acuerdo con los alemanes. Incluso entre los ladrones no hubiese conseguido la libertad del cautivo. El doctor Koenig, *Sieghold Stutze* y Rudolph Schreiker habían hallado también una gallina de oro en las compensaciones que recibían a través de Kleperman.

Las actividades de Max llegaron a ser tan extensas que él y sus seis subalternos arrendaron un edificio en la esquina de las calles Pawa y Lubeckiego, delante de la Prisión Pawiak, para dirigir sus empresas. Su organización fue conocida con el nombre de los Siete Grandes.

Cuando los alemanes ordenaron el censo de los bienes judíos el doctor Franz Koenig fue nombrado custodio de todas las viviendas judías de Varsovia.

Y los Siete Grandes pasaron a ser los agentes de Koenig.

Al decretarse la cuarentena, los judíos hubieron de trasladarse al nuevo sector delimitado. Ochenta mil cristianos que vivían en el mismo habían de ser remplazados por ciento cincuenta mil judíos que ingresarían ahora. Durante las dos semanas del traslado, con un cuarto de millón de personas desarraigadas de súbito, los Siete Grandes hicieron un negocio redondo.

Entre el torbellino frenético y las interminables riadas de carros y carretillas, hubo una lucha loca por encontrar alojamiento para ciento cincuenta mil personas en un espacio designado para ochenta mil.

Para los judíos, la propiedad estaba por las nubes. Como agente de la oficina de Koenig, Kleperman se hallaba en situación de alquilar y vender a precios astronómicas, incluso «haciendo un favor» a los que eran bastante ricos para permitírselo.

El precio de las fincas urbanas subió de nuevo cuando empezó la deportación en masa a Polonia de los judíos de las naciones ocupadas.

El doctor Franz Koenig y los otros jefes alemanes preferían tratar con los Siete Grandes, principalmente a causa de una barrera del lenguaje que les separaba de los

polacos. La mayoría de judíos hablaban *yiddish.*

Hacia el final del verano de 1940, avisaron a Max Kleperman para que se presentara en la Casa de la Ciudad, en la oficina del doctor Koenig. Cuando le introdujeron en la habitación le sorprendió encontrar también allí a Rudolph Schreiker y al Oberführer Alfred Funk. A Max no le importaba hacer negocios con Koenig, pero Schreiker no le gustaba, y sabía que la presencia de Funk en Varsovia era un anuncio de tormentas, porque Funk traía los mensajes de Berlín. Por muy bien que se portara él, Max, con Schreiker, el alemán le hacía blanco siempre de sus bravatas. El cuantioso donativo que había entregado al Socorro Alemán no había logrado aplacarle.

Max traicionaba su nerviosismo aplastando el cigarro incesantemente entre los dedos. El judío deslizó con gesto experto el diamante de ocho quilates dentro del bolsillo de la chaqueta, no se diera el caso de que fuese a parar también al Socorro Alemán de Invierno.

Hasta entonces no se había tropezado nunca con Funk. Funk era arrogante.

Max percibió inmediatamente el desdén que sentía por él.

El labio superior de Max se humedeció de sudor. Las cenizas del cigarro puro caían sobre sus pantalones.

Rudolph Schreiker extendió un plano de Varsovia sobre una mesa de conferencias. Max se secó la frente y lo estudió. Una gruesa raya de lápiz rodeaba los sectores que los alemanes habían sometido a cuarentena. En su mayor parte seguía la línea de los acordeones de alambre espino de las calles con «epidemia».

—Estas semanas pasadas he estudiado Varsovia, y estoy despavorido —dijo Alfred Funk—. Ustedes los judíos se han hecho culpables de las más flagrantes infracciones de nuestras órdenes. Hemos notificado a la Autoridad Civil Judía que imponemos a los judíos una multa de tres millones de *zlotys* y que deben reuniría en el espacio de una semana.

Kleperman asintió con la cabeza y aplastó el cigarro.

—Como usted, los judíos son un pueblo cochino— continuó Funk—. No parece que consigamos nada en relación con sus hábitos higiénicos. El tifus está alcanzando proporciones de epidemia, a pesar de las operaciones de desinsectación. En consecuencia, para proteger a la población de Varsovia, y a fin de aislarles más a ustedes, los judíos sucios, hemos decidido construir un cercado alrededor de los sectores en cuarentena.

Max no se atrevió a levantar los ojos del plano.

—El general Funk está dispuesto a considerar la posibilidad de que una empresa de construcción ajena a nosotros levante la valla. Yo propongo a los Siete Grandes, siempre que ofrezcan un presupuesto aceptable —dijo el doctor Koenig.

Max supo recoger todos los significados de la declaración del profesor.

Buenas tajadas para los alemanes. Una continuación del procedimiento ya clásico de obligar a los judíos a realizar los mandatos de los vencedores, y luego valerse de ello para gritar: «¡Mirad lo que les hacen unos judíos a otros!».

Aunque por un camino infame, Max se había convertido en un experto en construcciones. Sujetó el cigarro con los dientes, y su grueso índice recorrió las líneas señaladas por los alemanes.

—¿En qué tipo de valla han pensado?

—Una pared de ladrillo de tres metros de altura. En lo alto, tres cordones de alambre espino.

Max se humedeció los resecos labios. La línea corría en una extensión de dieciocho o diecinueve kilómetros, poco más o menos. Max escribió una página de números para calcular aproximadamente la cantidad de ladrillos, los kilómetros de alambre, el mortero que se necesitaría.

—¿Y en cuanto al coste de los jornales...?

—La Autoridad Civil Judía reclutará tres batallones de trabajadores.»

«Bien... Trabajo esclavo», pensó Max. Con darles comida, bastaba. Y volvió a escribir números, haciendo cálculos. Con trabajo esclavo, material inferior y ladrillos de derribos, podría hacer muy bien la obra dentro del presupuesto de los tres millones de *zlotys*, quedándole una ganancia cuantiosa para sí.

—Con el precio del *zloty*... —gimió—. Antes estaba a cinco por uno, ahora está a cien por uno... y sigue perdiendo valor.

—No roben tanto, y quizá vuelva a ganarlo —le espetó Rudolph Schreiker.

Max jugueteó un poco más con los números y miró de uno a otro a los reunidos.

—Estoy seguro de que podré resolverlo con un margen satisfactorio —dijo.

—Sí, seguro que sí —convino Funk.

Anotación en el diario

En tiempos antiguos, los judíos, trabajando como esclavos, construyeron monumentos para la gloria de los egipcios. Ahora construiremos uno para la de los alemanes. Lo pagaremos con una multa. Contemplamos el acontecimiento con extraña fascinación. Mucha gente siente alivio ante la creación de un ghetto. La seguridad está en el número. Bien, ya tenemos número. La población ha aumentado hasta más allá del medio millón, y todavía siguen viniendo otros.

Cada mañana, en varios puntos del sector en cuarentena, se forman batallones de trabajadores. Cada batallón se divide en una docena o más de grupos menores que van a trabajar en lugares distintos.

Una fila de ladrillos aquí..., una fila de ladrillos allá... Dos filas, tres filas. Parece una cosa sin objetivo, sin plan. De vez en cuando, dos grupos enlazan.

La "Gaceta" de Cracovia arrecia en sus diatribas de la página cuarta, con la campaña sobre la falta de limpieza de los judíos, afirmando que a nosotros, los infrahumanos, hay que aislarnos.

El muro va ganando altura. Dos palmos, tres, cuatro... Sigue un trazado raro, inexplicable. Desde los barrios pobres de la calle Stawki y la plaza Parysowski, que está atestada de refugiados, corre hacia el sur siguiendo la línea del cementerio judío y se para en la elegante calle Sienna, corre luego hacia la calle Wielka, y hacia el norte otra vez.

El muro deja fuera los Jardines Saxony y la Gran Sinagoga Tlomatskie. Hasta nos niegan los míseros Jardines Krasinski. No creo que haya dentro del ghetto ni un solo árbol.

Dieciocho kilómetros de curso quebrado, sin lógica. ¿Quién ha planeado esto? En algunos puntos, el muro corta por el centro una calle, dejando la mitad de las casas dentro del ghetto y la mitad fuera. En la calle Leszno parte en dos el edificio del juzgado.

La calle Chlodna es una lengua de tierra aria que divide el ghetto en dos trozos. El ghetto grande está en el norte. Un ghetto más pequeño está en el sur. Éste encierra la "élite": miembros de la Autoridad Civil, gente rica y deportados alemanes y austríacos.

Un puente protegido con alambre espino cruza la Chlodna, enlazando los dos ghettos. Le hemos dado el nombre de "Corredor Polaco".

Siete, ocho, nueve, diez palmos. Todos los tramos de muro están unidos. En su cima han clavado decenas de millares de pedazos de vidrio para que desgarren las manos de los que quieran escalarlo. Encima del vidrio, tres cordones de alambre espino.

Hay trece puertas. Nunca se ha dado a este número infortunado un empleo más siniestro. En cada puerta hay guardias. Unos cuantos miembros del Cuerpo Reinhard hacen de jefes de la Policía Azul Polaca. Corre el rumor de que organizarán una fuerza de policía judía dentro del ghetto.

Ironías... Una iglesia católica de la calle Leszno ha quedado incluida en el recinto.

Los católicos la tienen abierta. Han enviado al padre Jakub, franciscano, para tomar bajo su cuidado a los judíos conversos que se ven obligados a vivir como judíos, pero continúan fieles al rito católico.

¿Estadísticas? El ghetto tiene cuatrocientas hectáreas o un centenar de manzanas de edificios, o mil quinientos de éstos. De cualquier modo que se tome, resulta bastante difícil encontrar viviendas para medio millón de personas.

El 7 de noviembre de 1940, los Siete Grandes habían terminado el muro y quedó instaurado el ghetto. En un abrir y cerrar de ojos, docenas de millares de personas que trabajaban fuera del sector en cuarentena, quedaron sin empleo.

El cuerpo Reinhard de Sieghold Stutze tenía la misión de conservar el orden en el ghetto. Confirmando los rumores anteriores, se formó una Milicia Judía.

Sobre el papel, estaba bajo el mando de la Autoridad Civil Judía, un disfraz concorde con la política alemana que intentaba crear la ilusión de que los judíos se atropellaban unos a otros. Pero el verdadero dueño de la Milicia Judía era Stutze.

Stutze escogió como jefe a un antiguo guardián de la Prisión Pawiak llamado Piotr Warsinski, hombre con una vieja reputación de portarse brutalmente con los encarcelados, en especial si eran judíos.

Piotr Warsinski era achaparrado, calvo, y lucía un mostacho descomunal.

Tuvo una juventud atormentada por el miedo a un padre bestial, que le había dejado impotente y bullendo de odio. Warsinski daba la culpa de tener un alma demente al hecho de ser judío. Abjuró de su religión. La abjuración le dejó con un odio irracional al judaísmo. Ahora los alemanes le forzaban a ser judío otra vez, y esto intensificaba su furor.

Warsinski reunió a su alrededor las heces de la sociedad judía. Hombres y mujeres de mente estrecha, con antecedentes delictivos y sin conciencia. Se les dieron porras, brazales especiales, gorros azules, y se les equipó con botas, símbolo del poder. Se les concedió un racionamiento preferente y habitaciones para ellos y para sus familias.

Había una condición: Warsinski les dijo con toda claridad que si querían

sobrevivir habían de someterse a una obediencia absoluta.

Cuando el año 1940 tocaba a su fin, medio millón de personas formaban en el ghetto de Varsovia el corral humano mayor que el mundo haya conocido nunca. Estaba por completo a merced del mayor poder militar que haya sufrido jamás el hombre. Con taimada astucia, los alemanes habían puesto en obra su plan de obligar al judío a gobernar al judío a través de la impotente Autoridad Civil Judía, respaldada por la potente Milicia Judía bajo el mando del sádico Warsinski. Para aumentar sus problemas, los Siete Grandes seguían adelante con sus estafas legalizadas.

Lo único que quedaba para proteger aquel amontonamiento humano era una estrecha hilera de sionistas, de socialistas, y la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua, junto con la Beneficencia Americana.

CAPÍTULO XIX

Anotación en el diario

Me temo que Susan Geller morirá por habérsele destrozado el corazón. Los alemanes le han ordenado que abandone nuestro orfanato (nuestro orgullo y nuestra alegría) de Powazki y que ingrese en el ghetto. Los mandatos de los alemanes ordenan a Susan que deje allí todo el equipo que está fijado a suelos y paredes, equipo que comprende parte de los objetos que nos costaron más dinero. Hasta la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua las pasa moradas estos días para alquilar casas. El espacio está carísimo. Hemos podido encontrarle a Susan un edificio en la calle Niska, que ella deberá readaptar por completo. Difícilmente podría compararse con el de Powazki.

Doy gracias a Dios por mi querida esposa y por Deborah Bronski. Entre las dos impidieron que Susan se derrumbase el día del traslado. Es curioso lo diferentes que son Deborah y Paul Bronski. Ayer tuve que discutir tres horas largas con Paul para convencerle de pedir a los alemanes que nos permitan conservar en marcha la granja de Wework. Uno nunca sabe cómo reaccionarán los alemanes. Paul acaba de telefonearme que consienten en que la granja continúe en actividad. Tolek Alterman reventará de gozo.

Voy a enviar a mi hijo Wolf a la granja de Wework. Aquello le sentará bien.

Hemos recibido el primer grupo de judíos holandeses. Han tenido un viaje muy duro. Los amontonaron en vagones de ganado. ¿Dónde podremos colocarles? No lo sé.

El ghetto contiene ya más de quinientas mil personas.

El Consejo Bathyrano ha distribuido el edificio de Mila, 19. En el primer piso tenemos las oficinas administrativas en el ghetto de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua. A un comedor gratuito se puede entrar por la calle trasera (Huérfanos y Ayuda Mutua dirige ahora sesenta comedores gratuitos), y tenemos un dispensario para dolencias menores, y una sala de desinsectación, tal como exigen nuestros amigos los alemanes.

Segundo piso. Familias bathyranas. Nuestra norma consiste en una sola habitación por familia, no importa el número de sus miembros. La cocina para toda la casa se encuentra también en el segundo piso.

Veintiuna familias..., sesenta y dos ocupantes, incluidos (ahora que Wolf está fuera) Sylvia, yo y el pequeño Moisés.

Tercer piso. Hemos derribado los tabiques. Es nuestro dormitorio para muchachas solteras. Tenemos treinta. Repartidas en dos grupos iguales. Quince trabajan en el comedor gratuito y en el dispensario. A las otras quince las contratan para trabajos domésticos en el ghetto pequeño del extremo meridional. Yo hago una trampa: las proveo de brazales verdes de la Ayuda Mutua a fin de que puedan trasladarse sin que la Milicia Judía de Warsinski, con su celo excesivo, las moleste.

Cuarto piso. El dormitorio de cincuenta de nuestros muchachos. Veinte trabajan en Mila, 19. Treinta se ocupan en trabajos diversos por el ghetto, la mayoría haciendo transportes con carritos de pedales y tirando "rikshas".

El problema está en adaptarnos. De nuestros ochenta chicos, la mayoría han abandonado a sus familiares para vivir con nosotros en sociedad comunal. ¿A cuántos miembros de sus familias podremos admitir? ¿A los enfermos, a los ancianos? Esto se pondrá serio.

En el ático hemos formado una docena de cubículos para las parejas casadas. Todas viven en el segundo piso, la mayoría a razón de más de dos personas por cuarto, de modo que necesitan un sitio donde refugiarse para gozar de unas horas de intimidad. En las puertas hay unas señales cambiables para anunciar si el cubículo está ocupado o no.

Sylvia y yo tenemos suerte. Ausente Wolf y siendo Moisés todavía tan niño, nos arreglamos muy bien en el cuarto.

Ironías. David Zemba, que cada día se gana más y más mi aprecio, fue a ver a Schreiker para pedirle que se le permitiese a la Beneficencia Americana abrir una oficina en el ghetto. Y resulta que lo consigue. Los dólares que recibimos de los judíos americanos constituyen nuestro sostén principal, aunque no podemos seguir haciendo frente al creciente alud de refugiados, multas colectivas y confiscaciones.

El doctor Glazer dice que el porcentaje de defunciones por tifus se hace alarmante.

La neumonía, la tuberculosis y la desnutrición pasarán a ser problemas críticos.

Hasta el momento contamos con medios para conseguir pases de salida y entrada en el ghetto con relativa facilidad. Sabemos que esto no durará, por lo cual vamos localizando a la gente que en la Autoridad Civil Judía y en la Milicia Judía administran el asunto de los pases, a la cual se pueda sobornar en el futuro.

Con el dinero de la Beneficencia Americana, Huérfanos y Ayuda Mutua ha asumido otra función importante: la de dirigir todas las granjas de los sionistas laboristas y la que tenemos nosotros en Wework. Hemos abierto otras dos y podemos asimismo comprar alimentos y transferirlos mediante este sistema de granjas. A la operación en conjunto la llamamos "Toporol".

¿Una nimiedad sin importancia? Quizá, no lo sé. Con toda la astucia planificadora de que tienen fama los alemanes, están cometiendo un error enorme. En el ghetto tenemos a miles de personas del gremio de la construcción, artesanos, sastres, ingenieros, etcétera. Empleados debidamente, estos hombres podrían ser de una utilidad tremenda para el esfuerzo de guerra alemán. No hay causa ni razón que justifique el modo cómo meten a la gente en batallones de trabajo esclavo. A los carpinteros les envían a trabajar en la fábrica de cepillos, a los médicos los mandan a cavar trincheras y construir pistas de aviación (¿para un ataque contra Rusia?), y esta inconsecuencia me arrastra a dos conclusiones: 1.Los alemanes no saben bien por qué están trayendo rebaños de judíos a Polonia. 2.Todavía no se ha decidido una "solución final" del "problema judío".

ALEXANDER BRANDEL

En el invierno de 1940 y la primavera de 1941, Wolf Brandel trabajó en la Granja Toporol número 2, situada al nordeste de Varsovia, cerca del poblado de Wework.

Cada vez que llevaban al ghetto la leche y otros productos, los trabajadores de la granja enviaban cartas a sus seres queridos. Wolf escribía a su madre y a su padre y a Stephan Bronski, que le admiraba mucho. Y escribía también a Rachael Bronski.

«Querida Rachael:

»La vida es diferente, sin duda, aquí en la granja. Como en otro mundo distinto del ghetto. Somos diecisiete chicas y treinta muchachos.

Yo soy uno de los más jóvenes. Vivimos en dormitorios (el de las muchachas separado del nuestro).

»Tolek Alterman, que ha estado en Palestina, nos tiene en actividad constante. Casi todas las noches nos da una conferencia sobre sionismo y por todas partes hay pegadas consignas alentándonos a aumentar la producción y a enviar leche y hortalizas frescas para los niños del orfanato.

»Trabajamos muchos. Yo ordeño vacas. Soy torpe para esta tarea. Quiero a todos, incluso a Tolek. De todos modos, necesita un corte de pelo.

»¿Quieres escribirme? Tu madre podría dar las cartas a Susan Geller y así llegarían a mis manos. Te ruego también que cuides de que Sthephan me escriba.

»Tu sincero amigo,

»Wolf Brandel.»

«Querido Wolf:

»Ha sido una dicha saber noticias tuyas. Te escribiré con toda regularidad. Stephan estudia, ya sabes qué y ya sabes dónde, y cada día progresa más. Te echa de menos. Te admira profundamente. Estoy muy contenta de que te encuentres ahí, fuera... si comprendes lo que quiero decir,

»Con los más cariñosos recuerdos,

»Rachael Bronski.»

«Querida Rachael:

»Ahora ordeño mejor. Sin embargo, el trabajo de verdadera importancia en invierno son los cerdos, y he pedido que me trasladen.

No digas a nadie, por nada del mundo, que criamos cerdos. Los rabíes pondrían el grito en el cielo, si se enterasen, pero con esta escasez de carne, debemos hacerlo. Estoy seguro de que, a pesar de todo, Dios, admitirá en el cielo a los niños del orfanato.

»Por la noche nos lo pasamos muy bien. Tenemos una especie de sala de juegos. Nos reunimos todos y hablamos de la producción, de los problemas de la granja y de la división del trabajo. Luego, una conferencia de Tolek. Después podemos discutir, oír, música, estudiar, leer y jugar. (Soy campeón de ajedrez.)

»Antes de acostarnos, casi siempre organizamos un festival de canciones. Cantamos las que cantan los colonizadores en Palestina, y bailamos horas.

»Ni siquiera hemos de llevar la estrella de David, a menos que tengamos que ir al pueblo.

»Te ruego que escribas.

»Muy sinceramente,

»Wolf Brandel.»

«Querido Wolf:

»Por lo que me dices, en la granja se está muy bien y me alegro mucho por ti. Aquí, el invierno ha sido... En fin, puedes imaginártelo.

Mamá dice que en el orfanato la situación está muy mal. Nos sobran la mitad de los niños y nos falta la mitad de las raciones. Por esto vuestro trabajo tiene tanta importancia. Supongo que te enteras de las cosas que pasan en el ghetto. No quiero explicártelas, sufrirías.

»Con cariño,

»Rachael Bronski.»

«Querida Rachael:

»¡Eh, adivina qué! Estoy aprendiendo a tocar el acordeón y la guitarra. Tolek Alterman me enseña. Sabe todos los cantos de los colonos de Palestina, pues ha estado allí. Me gustaría enseñártelos.

»Lo más afectuosos recuerdos personales y cariñosos deseos y pensamientos,

»Wolf.»

«Querido Wolf:

»De veras que me gustaría aprender tus canciones. Pero, ¿cuándo? ¿Cuándo volveré a verte? Quiero decir que Stephan te añora mucho.

»También yo estoy atareada con la música. Doy recitales continuamente y bastantes conciertos. A veces, ocho o nueve por semana. He aprendido unas

cincuenta canciones infantiles y juegos corales (hasta en francés y en alemán), a fin de poder recorrer los orfanatos y distraer a los pequeños.

»¿Bailas con las chicas? Creo que siento envidia.

«Muy cariñosamente,

»Rachael.»

«Querida Rachael:

»Estamos celebrando el Succoth en memoria de Moisés y de las tribus antiguas cuando estaban en el desierto, y dando gracias por los primeros frutos de la cosecha.

»Antes de la guerra tú vivías en Zoliborz, y ahora no permiten que se celebren las festividades, pero pregúntale a tu madre cómo solía ser el Succoth. Casi todas las terrazas superiores y los patios de las casas judías estaban llenos de chochitas de succah construidas con ramas y ramitas y hojas para conmemorar cómo vivían los judíos durante su peregrinaje.

»Aquí nosotros hemos construido una succah gigante, cubierta de centenares de frutas y hortalizas, y tomamos las comidas dentro de ella. No te apures, en cuanto haya terminado la festividad enviaremos todos los comestibles al orfanato.

»Para contestar sinceramente tu pregunta: sí, bailo con las chicas. De todos modos, la mayor parte de las veces toco el acordeón para que bailen los otros.

»Wolf.»

«Querido Wolf:

»Ha pasado Hanukkah. En el ghetto las fiestas han sido terriblemente tristes. Todo el mundo hablaba de los viejos tiempos, cuando la sinagoga Tlomatskie estaba llena a rebosar de personas con trajes hermosos y por todas partes se veía un aire de alegría. Ahora, la sinagoga Tlomatskie ni siquiera podemos verla. Hanukkah parece casi una burla. Es chocante que celebremos la hazaña de los macabeos cuando entraron en tromba en Jerusalén, expulsaron a los tiranos y reconstruyeron el templo, ahora que estamos acobardados en un ghetto.

»Creo que lo peor de todo fue Yom Kippur, un tiempo antes. Todos estábamos sentados, meditando y haciendo penitencia por nuestros pecados. Este año la quietud era horrible. Por ninguna parte se notaba ni un soplo de movimiento. Real y verdaderamente, todo el mundo preguntaba a Dios qué cosa habremos hecho tan terrible para merecer este castigo.

»Lamento estar tan lúgubre,

»Rachael.»

«Querida Rachael:

»Sufro continuamente por lo que ocurre en el ghetto. Tolek no cesa de decirnos que somos soldados de primera línea, ni de encarecernos la importancia de la granja. Yo procuro convencerme de que tiene razón.

»Pienso en ti muy a menudo.

»Con afecto,

»Wolf.»

«Querido Wolf:

»Yo también pienso en ti, pero me figuro que no te sientes tan solo, teniendo a todas esas chicas ahí contigo. Ya sabes lo que quiero decir.

»También con afecto,

»Rachael.»

«Querida Rachael:

«Quiero ser franco contigo.

»Me han hecho proposiciones (bien, proposiciones claras, no) para besarnos y todo eso, pero no me interesan. A la mayoría de las chicas les gustan los devaneos amorosos. Creo que una o dos hasta llegarían más allá. (Así se rumorea.)

»No sé cómo tomarás lo que te digo, pero cada vez te añoro más. No pensaba que hubiera de ocurrirme, pero es así. Esto parecerá una cosa horrible, pero pienso principalmente en aquellas cuatro veces que nos besamos y nos

abrazamos. Probablemente tú dejarás de escribirme y yo no te lo reprocharé.

»Wolf.»

«Querido Wolf:

»No escribiste nada malo en modo alguno. Ojalá estuvieras aquí en este mismo momento para que pudiera besarte.

»Con el más profundo afecto,

»Rachael.»

«Querida Rachael:

»De verdad que no sé cómo ha de querer besarme nadie. En especial, una chica tan hermosa como tú. Nunca lo dije, pero siempre lo he pensado. Eres muy hermosa.

»Contemplo tu retrato siempre que tengo ocasión y me aprendo de memoria tus cartas. El par de veces que no he recibido estuve muy triste.

»Hablando francamente, estoy bien seguro de que estoy enamorado de ti.

»Te ama,

»Wolf.»

«Querido Wolf:

»No sé bien lo que es el amor, por lo tanto, no puedo estar segura. Pero sé que siempre que pienso en ti experimento en mi interior una sensación extraña, y pienso casi continuamente. Sé también que me aflige estar separados. No sabía que pudiera haber nada tan penoso. A veces, por la noche, lloro. Será porque soy una muchacha, supongo.

»¿No es curioso? Antes de marcharte te apreciaba mucho, muchísimo (no quiero que pienses que habría besado a un chico sin apreciarle mucho, muchísimo), pero desde que estás fuera me figuro que esto ha de ser amor, o una cosa muy parecida,

»Rachael.»

«Queridísima Rachael:

»Si dos personas comparten los mismos sentimientos la una por la otra y se ven obligadas a estar separadas sin que hubieran decidido nada antes de separarse, y luego descubren que cada día se añoran más mutuamente, creo que se podría llegar a un acuerdo.

»Hablando con franqueza, me gustaría que fueses mi novia. Te prometo que no tendré ninguna más ni haré el tonto por ahí hasta que te vea. No quiero imponerte las mismas condiciones a ti, sino solamente pedirte que si sientes una inclinación sería por otro, me lo comuniques inmediatamente. Luego, cuando nos volvamos a ver, podremos decidir cuáles son nuestros verdaderos sentimientos.

»Wolf.»

«Queridísimo Wolf:

»Creo que tu idea es maravillosa, pero puedes estar seguro de que no siento ni sentiré ninguna inclinación hacia ningún otro. La idea de que se me acercase otro chico que no fuese tú, me hace estremecer.

»Te ama, tu novia,

»Rachael.»

Una gran parte de aquella calma y aquella profunda perspicacia que constituían la principal característica de la personalidad del doctor Paul Bronski habían desaparecido. Daba la impresión de estar preocupado a todas horas. En casa se mostraba irritable y muchas veces pegaba a sus hijos por tonterías.

Deborah se esforzaba cuanto podía en compensarle reconfortándole, pero las cargas que pesaban sobre Paul se hacían mayores que la facultad que poseía Deborah para transmitir afecto. Como delegado inmediato del presidente, Boris Presser, Paul había de hacer cumplir los mandatos de los alemanes y negociar directamente tanto con Piotr Warsinski como con la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua, y a menudo servía de cabeza de turco a las dos partes. De Boris Presser conseguía poco apoyo, o ninguno. El presidente era un autómata de perfecta conformidad.

Después de haber sostenido una conversación confidencial, Deborah y Rachael esperaron varios días a fin de encontrar a Paul de un humor sosegado.

Una noche, mientras se disponían a acostarse, Paul dio a entender mediante esas insinuaciones que establecen en su vida particular las parejas casadas, que deseaba

cohabitar. Como siempre, Deborah se preparaba para complacerle. El momento en que él parecía un poco más distendido, mientras estaba sentado en el sillón cerca de la cama, sorbía té y contemplaba cómo su esposa se arreglaba el cabello, sentada delante del espejo, fue la ocasión oportuna.

Mientras la miraba, a Paul se le ocurrió pensar que era una cosa sorprendente que Deborah supiera conservarse tan hermosa. Deborah trabajaba ocho, diez, doce y a menudo catorce horas en el orfanato de la calle Niska. Se encargaba de que los estudios de Stephan y el piano de Rachael no quedaran olvidados y había sido una esposa buena y comprensiva. Con todo en su cara no había ni una arruga, ningún mechón gris en su cabello, ninguna flaccidez traicionera en su cuerpo.

Paul, en cierto modo, sentía envidia. En otro tiempo, Deborah era una mujer retraída, obediente y pasiva. Ahora parecía la más fuerte de los dos. A Paul le irritaba que cada día la necesitase más.

Deborah arrolló las largas y negras hebras de cabello en apretados arcos sobre la frente y con mano hábil clavó horquillas en ellos para mantenerlos en su sitio. Luego, cogió el cepillo, y se entregó al ejercicio cotidiano de cepillarse el pelo.

—Paul, querido.

—Di.

—Estuve pensando que, pasando los dos buena parte del día fuera de casa y tal como está la situación, ¿no sería bonito que Rachael pudiera marcharse y gozar de un cambio de decoración? A Sthephan me lo podría llevar conmigo al orfanato. Hay docenas de muchachos de su misma edad, y allí él se divierte.

Bronski arrugó el ceño.

—Sería bonito que todos disfrutásemos de un cambio de decorado. ¿Qué pasará con tus planes para que Rachael debute? Por otra parte, eso es una tontería mayúscula. No podría ir a ninguna parte sino a otro ghetto.

Deborah le miró en el espejo por el rabillo del ojo.

—Podríamos enviarla a la granja de Wework.

Paul dejó la taza.

—¿Wework? Aquel maldito establecimiento no es otra cosa que un refugio de sionistas. Todo el personal está formado por antiguos bathyranos.

—Pero es un lugar sano, y hay chicas de su edad, y Rachael tendría ocasión de ver árboles y flores y otras cosas, y no solamente desdichas.

—¿Ya sabes qué moral tienen los hijos de los sionistas?

—No, no lo sé —;le espetó Deborah.

—Son muy relajados.

—¿No se te ha ocurrido que Rachael tiene ya casi la edad que tenía yo cuando te conocía?

Al recibir aquel cachete verbal, Paul palideció. Luego, entornó los ojos.

—Espera un minuto. ¿No es allí donde está el chico de Brandel?

—Sí. Y antes de que pronuncies otra palabra, creo que es un joven excelente y que pondría mucho cuidado en no abusar de Rachael. Por lo demás, ésta es una cuestión que habrán de resolver por sí mismos, tanto si nos gusta como si no nos gusta.

—¡Vaya, escuchen la voz de la mundología moderna! ¿Te has convertido en una defensora del amor libre? ¿Vas a pasarte el resto de la vida defendiendo ante mí la corrupción?

—Paul, se da el caso de que Rachael está enamorada de aquel chico. Dios sabe que tiene pocas probabilidades, o ninguna, de poder llevar una vida normal, y no veo que sea pecado que nuestra hija quiera estar cerca de él.

—Hay otra consideración. Las granjas Toporol continúan en marcha apoyándose en una argucia legal. No tenemos ninguna garantía de que a los alemanes no se les ocurrirá la idea de ir a saquearla y enviar a todo el mundo a los campos de trabajo. Si cogen a Rachael allí, yo no podré hacer nada por ella.

Deborah dejó el cepillo y dio media vuelta sobre el taburete.

—¿Hay alguna garantía de que no vendrán aquí antes de diez minutos y no se nos llevarán a todos a rastras? La vida misma es un riesgo diario, puro y simple.

El caso estaba claro. Paul seguiría cediendo terreno, discutiendo sin aventurarse, con cautela. Deborah quería que su hija aceptara el riesgo de obedecer un impulso sano, normal.

¡Pacta, Paul, pacta! ¡Cautela! Deborah lo había hecho todo menos llamarle cobarde.

Paul caminaba nervioso por la habitación. Luego se fue excitando, abandonándose a una de sus pataletas más frecuentes.

—¡Maldita sea! ¡En este ghetto hay cerca de seiscientas mil personas! ¡Antes de que termine esta semana, tengo que encontrar sitio para cuatro mil familias nuevas! ¡No lo hay! ¡La gente duerme en patios, callejuelas, sótanos, áticos, almacenes, pasillos!

—No comprendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

—¡Todo está relacionado con todo! Estoy enfermo y cansado y mi mujer me reprende porque intento proteger a mi familia. ¿No basta con que Stephan continúe con ese capricho tuyo de que asista a las clases del rabí Solomon? Una vez escapó con vida por un pelo. ¿Sabes que a uno de los chicos que detuvieron le mataron de un tiro? Habría podido ser nuestro propio hijo. ¡Sigo siendo el cabeza de familia, y esa chica no irá a Wework!

Deborah movió la cabeza asintiendo, se volvió, cogió el cepillo de nuevo y se alisó el pelo. Cada día le veía caer más bajo. Que la señora Bronski, la esposa del delegado del presidente de la A. C. J., trabajase en un orfanato; que su hija tocase en

conciertos para elevar la moral, ¡bien! Lo único que importaba era no complicar la situación. Deborah quería gritar que el precio que Paul estaba dispuesto a pagar por su propio pellejo había de tener un límite..., pero se limitó a seguir cepillándose el pelo y a decir:

—Sí, Paul.

CAPÍTULO XX

Anotación en el diario

Wolf quiere volver a casa. No sé por qué. Pensaba que estaría a gusto en la granja.

Tolek dice que es uno de los elementos mejores que tiene allí. ¿Qué puede ser?

El breve matrimonio de conveniencia entre Alemania y la Unión Soviética ha sido anulado repentinamente. Rusia fue atacada la semana pasada (el 21 de junio de 1941).

Este año las bajas han sido Grecia, Yugoslavia, Creta y el África del Norte. Rumania y Bulgaria han declarado la guerra a los aliados. (¿Qué aliados?) Las noticias nos enteran de que la Luftwaffe somete a Inglaterra a unos bombardeos espantosos. Londres recibe unos golpes más duros todavía que los que recibió Varsovia. Cuesta creerlo.

La perspectiva de que de cuatro a seis millones de judíos de la Unión Soviética se encuentren en el camino de matanzas ininterrumpidas emprendido por los alemanes es una perspectiva terrible.

ALEXANDER BRANDEL

El anciano rabí Solomon entró en el cuartel general de los Siete Grandes, sito en la esquina de las calles Pawia y Lubeckiego, enfrente de la cárcel.

Muchos de los sujetos que había en la antesala eran unos caza-rabíes redomados. Todos se quedaron mirando fijamente al viejo. El rabí Solomon tenía una dignidad sagrada en su porte, casi como si poseyera un poder mágico para invocar la cólera de Dios.

—Anúncienme a Max Kleperman —ordenó severamente.

—¡Oh, mi rabí! —exclamó Max, con ancha sonrisa—. Mi propio, mi santo rabí —dijo en un arrullo al guardián personal de su alma. Y salió apresuradamente de detrás de la mesa, cogió al anciano por el codo para hacerle entrar, le acomodó en un sillón y corrió hacia la puerta para gritar—:

¡Estoy con mi rabí! No quiero que nadie me interrumpa. Ni por un incendio...,¡ni siquiera por el doctor Franz Koenig!

Aquí hizo un guiño para encarecer su falta de miedo. El rabí Solomon dejó que

interpretase su papel.

—¿Qué puedo servirle? Quizá un chocolate. Chocolate Jersey, de América... o café Nestlé, suizo, de mi despensa personal.

—Nada en absoluto.

—¿Ha recibido los paquetes de comestibles que le envié?

Solomon asintió. Todas las semanas recibía voluminosos fardos con manteca, quesos, huevos, pan, fruta, hortalizas, carne, dulces... Tales fardos pasaban prestamente a manos de la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua.

Como el rabí dijo que no le importunaba que Max fumase en su presencia, éste practicó todo el ritual de cortar la punta del cigarro, ablandarlo, encenderlo, chuparlo, saborear su aroma y utilizarlo para señalar.

—Confidencialmente, quería hablar con usted rabí. Ha sido usted olvidadizo. ¡Eso de enseñar el Talmud después de haber sido atrapado dos veces, y luego el seder pascual que celebró estando aún en la cárcel! Su último viaje a la Prisión Pawiak me costó sesenta mil zlotys en regalos al Socorro Alemán de Invierno. Esos goniffs aceptan socorros de invierno en mitad del verano.

El anciano no honró a Max con una respuesta. Parecía como si sus ojos despidieran rayos y la blanca barba se le erizase de cólera.

—Rabí, ¿puede aceptar una broma? Ya sabe que Max Kleperman está detrás de usted.

—A mí me gustaría que Max Kleperman estuviera a mi lado. La situación en el ghetto degenera. El problema de los pilluelos de la calle me angustia.

Muchos mueren de hambre. Sin familia, se volverán animales salvajes.

—Es terrible, terrible —convino Max, mientras se hurgaba la nariz con el dedo—. Confidencialmente, rabí, yo y mis socios entramos unas cuantas cosas en el ghetto para aliviar la situación. No es que pida que me den las gracias por ello, fíjese. Y mi Sonia, mi dulce esposa (Dios bendiga su alma), se pasa los días trabajando en un comedor gratuito de Huérfanos y Ayuda Mutua.

La huesuda mano del rabí Solomon descendió con furia sobre la mesa.

—¡Termina ya esta burla, hombre! A tu esposa no la has visto desde hace dos meses, y en este tiempo has vivido con ocho prostitutas distintas.

—En efecto. ¡Tengo unas cuantas debilidades de poca monta! Usted es el encargado de cuidar de mis necesidades espirituales, rabí. Ayer nada más, ante la pared de la plaza Muranowski, mataron a tiros a dos de mis hombres cuando trataban de entrar harina en el ghetto para que los pequeños puedan comer.

—Estoy seguro que ordenarás unos funerales adecuados y cuando los coches mortuorios regresen al ghetto, irán cargados de comestibles del mercado negro que venderás con una ganancia de un mil por ciento.

—¡Cállese, viejo! —gritó Max, súbitamente furioso.

—¡Contrabandista, embustero, ladrón!

Max levantó un voluminoso pisapapeles. Las venas le saltaban del cuello.

Se había puesto morado. No consentía que nadie le hablase de aquel modo, como no fueran los alemanes. No, aquellas palabras no se las toleraba ni a Piotr Warsinski. A Warsinski le había advertido que si la Milicia Judía se metía con algún negocio de los Siete Grandes, él personalmente le aplastaría el cráneo como una cáscara de huevo. Y Warsinski sabía que Max no bromeaba. ¿Por qué tolerar tales insultos de un truhán viejo y barbudo? «¡Ábrele la cabeza de un golpe!». ¿Qué extraño poder tenía el anciano sobre él? ¿Qué era aquel miedo al Más Allá que sentía Max?

El traficante se deslizó hacia el fondo del sillón. Se quedó encogido.

—¿Imaginas que la sabiduría de Dios penetra tan poco que no descubre tu plan de abrirte la entrada en el cielo mediante sobornos que me entregas a mí?

—Rabí —gimió Max—, usted no entiende los puntos fundamentales del mundo de los negocios. El negocio es el negocio.

Evitando los ojos del rabí Solomon, Max balbuceaba, quejándose de lo mal que le comprendía la gente. De pronto su mano hizo girar la llave de la mesa escritorio, sacó una caja de hierro y abrió la tapa. El sudor rodaba por sus mejillas mientras hundía su mano en la gaveta y sacaba un buen puñado de dólares americanos.

—¡Dé esto a los enfermos en nombre de Max Kleperman!

—¿Te atreves a sobornarme con esa pitanza?

—¡Pitanza! Son dólares americanos. ¡Valen doscientos zlotys cada uno!

El rabí Solomon se acariciaba la barba pensativo mirando el dinero. Max le observaba y rogaba a Dios que lo cogiese.

¿Cuál era la decisión más prudente? ¿Dejar el dinero y dejar que Max se friese en el infierno por toda la eternidad? ¿O recuperar parte de lo que aquel hombre había robado? Al fin y al cabo, nada podía hacer cambiar su manera de ser, y el dinero reportaría muchos beneficios a una gran cantidad de niños.

—¿Hay bastante aquí para abrir un orfanato, recoger a cien niños de la calle y alimentarlos?

—¿Un orfanato entero? Mis socios, el precio del zloty...

El cigarro puro de Max despedía una furiosa columna de humo, lo mismo que una locomotora.

—Contribuiría mucho a apagar las desagradables murmuraciones que corren sobre ti y los Siete Grandes. Un orfanato que llevase los nombres de Max y Sonia Kleperman.

Max había de pensarlo un poco. Aquello haría una buena impresión. Le situaría otra vez como benefactor del pueblo. Por otra parte, las nuevas operaciones de contrabando que tenía en marcha le estaban produciendo una fortuna.

—¿Cuánto costaría? —preguntó con cautela.

—Dos mil dólares al mes.

Max dio un puñetazo a la mesa.

—Hecho.

—Es decir, dos mil dólares al mes, dando por descontado que los Siete Grandes suministrarán los comestibles y las medicinas.

—Pero..., pero..., pero,..

—¿Pero, qué?

—Pero..., naturalmente.

—Ahora, si tienes la bondad de firmar un contrato de arriendo cediendo uno de los edificios que administras, yo me pondré en contacto con Alexander Brandel.

—¡Mis propias fincas!

—Yo creo que la casa de Nowolipki, 10, sería la más apropiada.

—¡Nowolipki, 10! ¡Rabí, usted es un goniff peor que el doctor Koenig!

Max gimió, anticipando todas las torturas de perder una de sus fincas más estupendas. Y el dinero del arriendo tendría que dárselo, él precisamente, a Franz Koenig, ¡de su propio bolsillo!

«¡Huerfanitos, so canallas condenados! ¡So canalla condenado de viejo rabí!»

«Dios te ha sacudido más fuerte que los alemanes», pensó Max.

El rabí Solomon cogió el documento y el dinero de encima de la mesa de Max Kleperman, se los metió en un espacioso bolsillo de la larga túnica negra, y pidió al Buen Señor que tuviera la misericordia de perdonarle los dudosos métodos que empleaba.

Alexander Brandel movió la cabeza con incredulidad.

—¡En nombre de Dios! ¿Cómo ha conseguido hacerle soltar esa finca a Max Kleperman?

—Dice bien. Ha sido en nombre de Dios.

Alex comentó la ironía del caso con unos sonidos inarticulados. Luego se lió bien la bufanda alrededor del cuello, como si tuviera frío, a pesar de que estaban en el corazón del verano y la habitación parecía un horno. Nadie, incluido el mismo Alex, parecía saber por qué llevaba la bufanda.

—Es un milagro —dijo—. Cien niños. Y encontraremos sitio para doscientos... Es un milagro.

—Dios hace milagros, Alex. Crea un poco más en Él y un poco menos en el sionismo.

Alex guardó los papeles y el dinero en un cajón de la mesa. Desde el bris de Moisés no había visto al rabí Solomon. Por su aspecto se habría dicho que el anciano estaba en buena forma. El historiador hizo un comentario en este sentido.

—El todopoderoso me conserva la vida para que pueda soportar la parte que me toca de las calamidades que nos afligen —contestó el rabí.

En cambio, Alex no tenía tan buen aspecto. El rabí Solomon no se lo dijo.

Alex había sido siempre un poco desaseado. Ahora se le veía zarrapastroso.

Tenía el aspecto que puede esperarse en un hombre con tres o cuatro o, en los grandes días, seis horas de sueño cada noche. Se pasaba los días y las noches sentado detrás de aquella mesa, regateando, suplicando, escamoteando vidas, escamoteando Kennkarten y racionamientos, escamoteando medicinas.

Debatiéndose con las agobiantes presiones que se le echaban encima desde todas partes. Discutiendo horas sin fin con Paul Bronski para arrancarle un gramo más en las raciones.

—¿Por qué ha hecho eso, rabí? Una vez fui a verle para pedirle que nos ayudase a unificarnos y usted se negó.

—Yo nunca discuto la palabra de Dios. Me limito a seguir sus instrucciones.

—¿Me está diciendo que ha dado este paso guiado por una revelación divina?

—Digo que no encuentro nada en el Tora ni en las Leyes Sagradas que me ordene no ayudar a los niños que se mueren de hambre. Me causa una pena muy grande pasar estos días por las calles y verlos. Estudié la situación durante muchas horas e interrogué mi alma, así como la palabra de la Ley. Y saqué la conclusión de que la ayuda mutua ha sido siempre una llave que Dios ha dado al pueblo judío para que sobreviviera. Por una misteriosa razón, Dios ha elegido a un goy como usted y a un goniff como Max Kleperman para instrumentos de esta ayuda mutua. Fíjese bien, yo todavía no suscribo las teorías radicales, ni el sionismo y la resistencia física.

«Como de costumbre, el rabí Solomon tiene una respuesta adecuada para todo. Quizá también la tenga para una cosa que me atormenta desde hace unas semanas», pensó Alex.

Hacía mucho tiempo que Alex ansiaba enseñar su diario a alguien. Deseaba otra opinión que respaldase la suya y le confirmase que las anotaciones del diario y las horas que empleaba en ellas poseían en realidad algún valor.

Sospechaba que Simon Eden y David Zemba habían sido más o menos indulgentes con un antiguo historiador. Una y otra vez sentía la tentación de confiar su secreto a otra persona. Pero, ¿a quién? ¿Al rabí Solomon? Bajo su exterior áspero se escondía una mente brillante, perspicaz. Una cosa era cierta, en todo caso: se podía tener confianza en él. Alex se puso a carraspear disponiéndose a anunciar la nueva.

—Alex, vamos ya. ¿Qué tiene en el pensamiento? Se le ve lo mismo que a un chiquillo con un secreto. ¿ Nu?

Alex sonrió y fue hasta la puerta para pasar el pestillo. Luego se acercó a la gran caja fuerte del suelo, detrás de la mesa, marcó la combinación, abrió las pesadas puertas de hierro, sacó tres volúmenes de gruesos cuadernos de notas envueltos en una lona y los dejó delante del anciano.

—¿ Nu? —dijo Solomon, poniéndose las gafas—. ¿Dónde está el gran misterio?

—E inclinó la cara de tal modo que la nariz rozaba el papel, para dar visión a sus ojos semi-ciegos—. Alex, usted es un goy. Incluso escribe en polaco.

—Encontrará parte en yiddish y parte en hebreo.

—¡Hum! Déjeme que vea. Déjeme que vea qué es lo que tiene tanta importancia... «Agosto de 1939. Ésta es mi primera anotación en el diario. No puedo menos que pensar que la guerra empezará dentro de pocas semanas. Si las lecciones de los tres años pasados sirven de barómetro, por poco que sea, algo horrible puede pasar si los alemanes proceden a una invasión victoriosa...».

El rabí levantó rápidamente los ojos para mirar a Alex y fijarlos de nuevo en el libro, y sólo sus labios se movieron, formando las palabras mientras leía con mayor velocidad.

A medida que volvía una página tras otra, el rabí Solomon parecía hipnotizado. Allí estaba todo. Desde el primer anuncio de la intuición que había tenido Alexander Brandel de un acontecimiento excepcional, hasta el registro diario a partir del momento de la ocupación. Hasta estrofas de Nathan «El Loco», habladurías, mandatos alemanes, el diario personal del historiador, acontecimientos del mundo exterior, poemas, canciones, poesías. Los títulos de obras teatrales en yiddish. La relación de las desapariciones súbitas de amigos.

La búsqueda constante de una respuesta.

Al final de la primera hora, cuando cerró el primer volumen del diario, el rabí Solomon sabía que había leído una notable historia del asedio que sufría su pueblo, comparable a otras historias de los asedios sufridos bajo Roma, Grecia y Babilonia.

Los ojos le dolían y los tenía llorosos, a pesar de lo cual se apresuró a abrir el segundo volumen y volvió una página tras otra con emocionada admiración.

Después se detuvo.

—¿Quién conoce la existencia de esto? —preguntó en voz baja.

—Eden... Zemba... Emanuel Goldman..., antes de que le asesinaran.

El rabí se había puesto en pie.

—¿Cómo ha encontrado tiempo?

—Por las noches, en mi cuarto.

—¡Pasmoso! Pasmosa la intuición de un holocausto. Pasmosa la sabiduría con que lo anotó todo en el papel antes de que se produjeran los acontecimientos.

Alex se encogió de hombros.

—Una y otra vez los judíos han escrito historias secretas guiados por la intuición.

—¿La intuición? Me extraña. El Señor tiene su manera propia de obrar.

Moisés era un goy, como usted. Alex, esto no debe dejarlo por ahí. Ni siquiera en la caja fuerte. Escóndalo.

—Rabí, nunca le había visto tan excitado. ¿Está seguro de que es una cosa importante?

—¿Seguro? Esto cauterizará las almas de los hombres durante los siglos venideros. ¡Este diario es un hierro que se marcará en la conciencia alemana de tal modo que un centenar de generaciones no nacidas aún habrán de vivir con remordimiento y vergüenza!

Alex suspiró y movió la cabeza asintiendo satisfecho. Ahora sabía que las innumerables horas nocturnas que pasó intoxicado por falta de sueño, obligando a su mano a escribir todavía otra línea, no las había consumido en vano.

—Que Dios me perdone por lo que voy a decir, Alex, pero este diario es un nuevo capítulo de la «Crónica del Valle de Lágrimas».

Anotación en el diario

El rabí Solomon siente un entusiasmo contagioso por el diario y me ha dedicado el elogio más estupendo. ¡Lo llama un capítulo nuevo de la «Crónica del Valle de Lágrimas». (El «Valle de Lágrimas» comprendía quince siglos de martirologio judío, detallando especialmente las carnicerías y los sufrimientos durante la Edad Media. El trabajo de toda la vida del rabí Yosef Hacohem fue descubierto por el rabí Eibeschutz en 1850, y traducido, y ha pasado a formar parte de nuestra ciencia popular, nuestros rezos y nuestras tradiciones.)

El rabí Solomon se empeña en que amplíe los diarios y dice que debería esconderlos mejor e incluso escribir un duplicado para el caso de que los alemanes descubran o destruyan el original. ¡Cuántas precauciones! Él y yo hemos bajado a los sótanos de Mila, 19, y hemos preparado unos escondrijos quitando unos cuantos ladrillos. A mí se me antoja una tontería, pero como esto le agrada al rabí...

Hemos formado una sociedad secreta de colaboradores. Nos damos el nombre de Club de la Buena Camaradería. De los primeros colaboradores quedan Simon Eden y David Zemba.

Todo el Consejo ejecutivo de los Bathyranos (excepto Andrei Androfski) es miembro del Club de la Buena Camaradería, es decir, Susan Geller, Ervin Rosenblum, Tolek Alterman y Ana Grinspan.

Otros miembros:

Silberberg, el que escribía obras de teatro, que forma parte de la Autoridad Civil Judía y es el mejor aliado que tenemos allí.

Rodel, jefe de los comunistas del ghetto. Desde la ocupación vive medio escondido, pero nos ha prestado una ayuda valiosa tanto en la cuestión de socorrer a los niños como por sus contactos en la parte aria.

El doctor Glazer, jefe del personal médico de Huérfanos y Ayuda Mutua.

El rabí Solomon, naturalmente.

El padre Jakub, párroco de la Iglesia de los Conversos. Le conozco desde 1930. Tiene un largo historial de comprensión y simpatía por nosotros.

De vez en cuando decidiremos por votación el ingreso de nuevos miembros.

Ervin Rosenblum, que continúa trabajando en la parte aria y tiene el tiempo menos ocupado que nosotros, se ha declarado conforme en dedicar las horas libres a clasificar y catalogar las informaciones que nos llegan ahora en gran cantidad.

El rabí Solomon está escribiendo copias dobles de los tres primeros volúmenes (en «yiddish» y en hebreo solamente). En la tradición judía, unos escribas especiales escriben a mano nuestros pergaminos del Tora. Por esto han salido tan sin alteraciones durante milenios. El ver al rabí Solomon copiando el diario, me hace pensar en ellos.

Emociona contemplar esta obra mientras cobra vida y pensar que se trata de un trabajo importante.

Debo recomendar a todos que escriban con mayor claridad, especialmente al padre Jakub.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XXI

—¡Rachael!

—¡Wolf!

Estaban cara a cara en el pasillo que desemboca en la gran sala de recreo del nuevo Orfanato Max y Sonia Kleperman, de la calle Nowolipki. Los niños pasaban en torbellino alrededor, delante de las enfermeras que los agrupaban dando palmadas con aire severo.

—¡Wolf, qué sorpresa verte!

—No sabía si podría entrar. No tuve tiempo para escribir.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Stephan me lo ha dicho. He pasado toda la mañana con él, hace una hora que estoy aquí. Te miraba desde este rincón mientras dabas el recital. Tocas muy bien.

—¿Por qué no has entrado?

—No lo sé. Me he puesto a mirar cómo cantabas y tocabas, y cómo todos los niños reían...

El pasillo se quedó desierto súbitamente. Estaba oscuro y les costaba trabajo verse. A medida que disminuía la impresión de aquel encuentro súbito, se quedaban sin palabras.

—Da gusto volver a verte —dijo Wolf.

—¿Estarás mucho tiempo aquí?

—Depende. No lo sé. —Wolf miró a su alrededor y refunfuñó—: ¿No podríamos dar un paseo, o hacer algo? Vamos, deja que lleve yo esas partituras.

—De acuerdo.

Wolf trataba de pensar. En el ghetto no había ningún sitio donde dar un paseo, ni banco en el que sentarse, ni ruiseñor al cual escuchar. Sólo había miseria y mendigos, sin una mata de hierba ni el verdor de un árbol.

—Me gustaría que nos sentáramos en algún sitio y hablásemos —dijo Wolf.

—También a mí me gustaría. Tenemos muchas cosas de que hablar.

—¿Adónde podemos ir?

—Si nos vamos a mi casa, Stephan no te dejará en paz. Después llegarán mamá y papá, y papá querrá que juguéis al ajedrez.

—A Mila, 19, no podemos ir,— naturalmente. En el mismo minuto que llegásemos a la puerta correrían toda suerte de habladurías. Además, no es un sitio apropiado para estar a solas.

—No podemos quedarnos aquí.

—De veras que me gustaría hablar contigo.

—Podríamos probar de irnos al piso de tío Andrei. Yo paso por allí muchas veces para hablar con él. La mayor parte del tiempo no está, pero nunca cierra la puerta.

—¡Diantre! Si me cogiera allí contigo, me rompería el cuello.

—¡Oh, no! Tío Andrei ladra mucho, pero no muerde.

—Bueno, de acuerdo.

En todo el camino hasta el piso de Andrei, no se miraron. Wolf tenía los ojos bajos, mirando al suelo, y Rachael había aprendido a caminar por las calles mirando al frente, al vacío, para no ver las cosas terribles que ocurrían por todos lados. Los niños mendigos tenían un aire más trágico cada día, y durante la semana última habían empezado a aparecer en los arroyos cadáveres de personas muertas de inanición.

De súbito se encontraron solos en el piso de Andrei. Wolf encendió la lámpara de encima de la mesa, mientras Rachael recobraba el aliento después de subir las escaleras.

Ahora podían verse. Wolf había cambiado. Su cuerpo larguirucho y ganglionar se había llenado, y su cutis blanco, descolorido, ya no estaba descolorido sino atezado por los días de trabajar al aire y al sol, y el desmirriado pelo de su barbilla se había convertido en una barba dura que podía afeitarse diariamente con pleno derecho, y la voz temblorosa se había vuelto ahora una firme voz de barítono.

También Rachael había cambiado. Antes tenía más aire de niña. Ahora era muy diferente. Llenita y suave, como su madre. Sus ojos aparecían saturados de tristeza y de cansancio.

Wolf se volvió de espaldas y se rascó la cabeza.

—¡Diablos! Esto no ocurre cómo yo me figuraba que ocurriría —dijo de pronto.

—Es muy extraño, ¿verdad? Casi como si nos encontráramos por primera vez.

Wolf se dejó caer, en una silla, desilusionado de su propia actuación.

¡Cuántas noches había estado despierto en la cama, allá en la granja, pensando en este mismo momento, en el momento en que vería a Rachael y la levantaría del suelo en un abrazo! Ahora, cada uno de los dos miraba al otro como a un desconocido, y cada uno pensaba con extrañeza en la pasión y las promesas que confiaron al papel en sus cartas.

—Wolf, tú estás desilusionado.

—Sólo de mí mismo. Hablando sinceramente, yo no sé decir cosas bonitas.

—Aquí se puso en pie lentamente y se inclinó hacia la muchacha—. Te añoraba mucho —consiguió decir.

Rachael se inclinó también un poco hacia él, y Wolf le rodeó los hombros con el brazo. Los de Rachael se levantaron y se cerraron alrededor del cuerpo del muchacho al mismo tiempo que el suyo se ponía a temblar. Y mientras se unían en un estrecho abrazo, la terrible desazón que cada uno sentía en su interior desapareció. Wolf inspiró tan profundamente que podía oírse perfectamente su respiración, y luego exhaló un suspiro de alivio. Ambos se examinaron mutuamente con la mirada, se

besaron y quedaron sosegados.

Rachael y Wolf estaban ahora de pie junto a la ventana, contemplando cómo venía la oscuridad. Miraban a la calle. Desde aquella altura veían hasta más allá del muro divisando el «Corredor Polaco» que unía el ghetto grande con el pequeño y la cúpula de la Sinagoga Tlomatskie que ahora les estaba prohibida. El brazo de Wolf rodeaba la cintura de Rachael, y la cabeza de Rachael descansaba en el hombro de Wolf.

—Esto es maravilloso —dijo ella.

—En verdad que sí.

—Te has vuelto terriblemente guapo y varonil.

Wolf se encogió de hombros.

—Rachael, todas aquellas cosas que te escribía las decía de verdad.

—Yo también. Ahora lo sé bien. —La muchacha se apartó un poco—. Wolf...

—¿Qué?

—¿Contestarías sinceramente a una pregunta?

—Sin duda.

—¿Tuviste relaciones con alguna chica en la granja?

—¡Diantre! ¿Qué estúpida pregunta es esa?

—Creo que pertenezco a la especie de las que tienen unos celos terribles —respondió Rachael.

—No vale la pena tener celos de mí.

—No me has contestado.

—Hice algunas tonterías. —Wolf añadió rápidamente—: Pero fue antes de que nos prometiésemos.

—¿Hacías tonterías?

—Ya sabes, me divertía un poco.

—¿Era más que... besar?

Wolf le dio unas palmaditas en la mejilla como demostración.

—Cuatro tonterías.

—¡Oh!

—Antes de que tú y yo nos prometiésemos.

—¿Hiciste otras cosas?

—Rachael...

—Creo que debo saberlo todo antes de que podamos estar seguros de nuestras relaciones. ¿Qué otras cosas has hecho?

—Rachael, yo soy un muchacho, y los muchachos son diferentes, y si te lo cuento es posible que te pongas furiosa.

—Tengo dieciséis años, casi diecisiete. Hace varios que soy mujer. Estoy enterada de todas esas cosas..., quiero decir que mamá y yo hemos hablado mucho de lo que

significa hacerse mayor.

Wolf se había sonrojado. Rachael no cedía.

—Wolf...

—¿Qué?

—¿Lo... lo has hecho alguna vez?

—En verdad que preguntas un montón de cosas. Y ésta no es una que a un hombre le guste discutir con su novia.

—Si somos novios de veras, tal como decimos, no habríamos de tener secretos.

—Una vez lo probé —tartamudeó Wolf—. Fue antes de ir a la granja. El día de mi cumpleaños. Cumplía dieciséis..., hace casi dos años. Tú no querrás que te lo explique.

—Sí, lo quiero.

—Pues mira, yo iba con tres compañeros míos. Uno era mayor: tenía diecinueve años y conocía a una mujer de Solec. Una de ésas...

—¿De cuáles?

—De las que lo hacen por dinero.

—¡Ah! Una de ésas.

—En fin, era mi cumpleaños y..., lo que pasa..., estábamos en casa de aquel chico y él cogió una botella de vodka del armario de sus padres. Hasta entonces yo no había bebido nunca, excepto un sorbito de vez en cuando. Me puse a reír y a reír, y no podía parar. Entonces empezamos a hablar de... de cosas, y aquel muchacho dijo que conocía a esa mujer de Solec. Sin saber cómo, fue aquello de si era capaz o no eres capaz, y yo me sentía muy animado.

—¿Y fuiste allá?

Wolf movió la cabeza asintiendo.

—¿Y lo hiciste?

—La cosa no llegó a tanto. Me asusté como un chiquillo y no supe qué hacer. Diantre, ahora me odiarás.

—No. Admiro tu sinceridad.

—¿No estás enfadada?

—Mamá me explicó que ciertas cosas son muy normales para los chicos..., es decir, para los hombres. Y me dice que no debo reprimir demasiado mis emociones y sentimientos porque el reprimirse demasiado conduce al fracaso.

—Es inteligente, sin duda alguna.

—A veces pienso que me lo dice porque ella se siente fracasada. Adivino que no ha sido muy feliz con papá.

—Es una pena. Mis padres son felices. Papá no parece necesitar mucho ciertas cosas, porque trabaja continuamente, pero sé que él y mamá son felices.

Rachael, en verdad que eres comprensiva.

—Yo... Wolf, todo el tiempo que estuviste fuera me pregunté si volvería a verte. Pero comprendía que si no hubiese sido la guerra y el estar en un ghetto, y si no ocurriesen los terribles acontecimientos que ocurren, me haría mayor más despacio, tal como debería ser. Pero este miedo que se cierne sobre nosotros continuamente... Despertar en mitad de la noche, cuando fuera suenan los silbatos durante los encierros, y caminar por las calles cuando zumban las sirenas y gritan los altavoces... Ahora, los niños muriendo por la calle... Todo esto me hace cambiar. Soy terriblemente agresiva, ¿verdad?

—Creo que eres la persona más admirable que ha vivido jamás.

Rachael rodeó a Wolf con sus brazos y le estrechó desesperadamente.

—Yo te amo de un modo diferente a como mamá quiere a papá. Ella trata de hacérmelo entender. ¡Wolf, yo no quiero morir desdichada como mamá!

Aquel beso fue diferente de todos los demás, porque en el mismo instante que sonó, ambos llegaron a la fase plena de hombre y mujer...

Se oyó un portazo.

Los dos muchachos miraron con terror a Andrei, que estaba en el otro extremo de la habitación. Andrei dio dos, tres pasos amenazadores en dirección a ellos.

—¡So granujita! —dijo con una voz que era un silbido.

Wolf se plantó delante de Rachael, y ésta escondió la cara en la espalda del muchacho y se puso a llorar.

—Sal del cuarto, Rachael —dijo Wolf, en voz baja.

—¡Te matará! —gritó ella.

Andrei se detuvo.

«Wolf Brandel abusando de mi sobrina. Pero, mira: Éste no es Wolf. Es un joven alto y fuerte que espera que me lance a despedazarle. Y Rachael... ¡Qué extraño! Hasta este momento no me había dado cuenta de que es una mujer.

Wolf Brandel. Cuando era niño le mudaba los pañales. ¿Ha sido nunca otra cosa que una persona excelente? ¡Santo Dios, Andrei! ¿Qué te pasa? ¡Estos dos se aman!»

Andrei se sosegó.

—En el futuro —dijo—, si dejáis los brazales en el buzón de la correspondencia, sabré que estáis aquí arriba y no os molestaré. Pero, por amor de Dios, cerrad la puerta.

CAPÍTULO XXII

Al día siguiente, Wolf volvió al piso de Andrei.

—Quiero que sepa que yo no utilizo a Rachael como una diversión —le dijo—. Nadie me había inspirado los profundos sentimientos que ella me inspira. La amo. Seguramente no valgo mucho, pero ella también me ama.

Andrei movió la cabeza asintiendo.

—Lo he meditado bien. Te creo. —Cogió un vaso y se sirvió vodka—. ¿Bebes licor?

—En la granja lo bebí varías veces. No me gusta demasiado. Quiero que sepa que... quiero que sepa cuánto agradezco su confianza. En el ghetto apenas hay un sitio donde dos personas puedan estar a solas.

—Fue una impresión tremenda ver, así, de súbito, a una persona a la cual mirabas como a una chiquilla en brazos de otra a la cual mirabas como a un chiquillo. En condiciones normales las cosas habrían seguido un curso más lento. En estos días uno tiene que hacerse mayor de prisa, no hay otro recurso.

—Andrei, la verdad es que yo no quiero hacerle nada.

—Estimo tus buenas intenciones, pero un día, en un momento de apasionamiento, las olvidarás. Procura obrar con la mayor dulzura posible y dile a ella que tenga cuidado.

Wolf se sonrojó violentamente.

—Creo que probaré un poco de vodka. —Bebió un sorbo y puso una cara como si el licor le quemara las entrañas mientras descendía hacia el estómago—. También quería verle por otra cosa. No volveré a la granja.

—¿No? Tolek Alterman me dice que eres el mejor trabajador que tiene.

Estoy seguro de que Tolek lo combinaría para que vinieses una vez por semana y pudieras ver a Rachael.

—Éste no es el verdadero motivo.

—¿Pues cuál?

—Allí la vida es fácil. Creo que debería hacer más.

—No seas tan noble.

—No soy noble. Si usted se marchara de Varsovia, también tendría una vida más fácil. Pero se queda.

—Mira, Wolf. Alégrate de que tu padre esté en situación de colocarte en la granja.

—Eso digo yo, precisamente. A mí se me da un trato de preferencia porque soy el hijo de Alexander Brandel. Esto no es justo. Anoche hablé con papá y mamá, después de acompañar a Rachael a casa. Les dije que no quería volver.

—¿Cómo lo tomaron?

—Mamá lloró. Papá argumentó. Ya sabe que nunca le faltan argumentos.

Entre él y Tolek Alterman me han llenado de tanta lógica sionista, que tendría bastante para seis vidas. De todos modos, y aunque es posible que no lo parezca, yo soy muy terco. Cuando papá comprendió que no volvería, empezó a dirigirse reproches por no haber sido un buen padre y no haberme dedicado más tiempo. Siempre lo hace así. Con esto, el pequeño se puso a llorar y los cuatro gemíamos al mismo tiempo. Más tarde nos sentamos en el despacho de mi padre. Él y yo nada más. No lo hacemos a menudo. Ahora está convencido de que tengo razón al querer quedarme. Me dijo que viniera a verle a usted.

Usted tendría trabajo para mí.

—¿Dijo qué clase de trabajo?

—No. Pero yo sé que está mezclado en aventuras importantes. Quiero ser enlace.

—¿Qué te hace pensar que sirves para ello?

—Pues..., no tengo un aspecto demasiado judío.

—Para enlaces utilizamos mujeres, Wolf.

—Yo puedo cumplir la misión tan bien como una mujer.

—Has dicho que no tienes un aspecto demasiado judío. Yo digo que sí.

¿Sabes lo que pasaría si un día te cogiesen? Te llevarían al cuartel de la Gestapo de la callé Shucha y te desabrocharían los pantalones. Al hacerte circuncidar, tu padre estableció un pacto entre Dios y tú a fin de que Él te reconociese como judío. Lo malo del caso es que los alemanes se valen del mismo signo para reconocernos.

La idea no agradaba a Wolf.

Andrei le examinó con la mirada. Dieciocho años. Alto, fuerte. Listo, listo como una centella. La timidez era un engaño. Wolf Brandel había cursado sus estudios como un alumno brillante. Tenía ideales. Cosa admirable. Por aquellos días había muchísima gente sin ellos. Emprendía un camino duro para satisfacer el deseo interior de ser justo. Un buen soldado en cualquier ejército.

—Ven, demos un paseo, hijo.

Bajaron por la calle Leszno hasta más allá de la Iglesia de los Conversos y el enorme complejo de edificios nuevos que formaban en conjunto un taller de confección y remiendo de uniformes del Ejército alemán. «Una empresa de Franz Koenig», decía el enorme rótulo. Koenig era también copropietario de la fábrica de muebles del ghetto pequeño y de la fábrica de cepillos del extremo norte del grande. El doctor Koenig se había hecho millonario.

Esperaron en la esquina hasta que llegó un autobús rojo y amarillo, y saltaron a la parte trasera del vehículo. En los costados y en el techo exhibía grandes estrellas de David. Las líneas del ghetto estaban en manos de los Siete Grandes.

En Smocza y Gensia saltaron. Wolf caminó al lado de Andrei hasta que llegaron al muro que corría por el centro de la calle Opokowa. El aire de aventura que tenía la excursión entusiasmaba a Wolf. Subieron calle arriba hasta la mitad de la manzana.

Al otro lado de la pared estaba el cementerio judío. Era aquel un paraje adecuado para el contrabando. La gente podía esconderse en el cementerio guardando géneros del mercado negro. En aquel sector, gran número de guardias vigilaban el muro. Andrei se paró delante del antiguo Teatro Obrero, ahora abandonado. Antes de la guerra fue uno de los locales al servicio de la escena yiddish de importancia vital. Ahora habían convertido el vestíbulo en otro comedor gratuito. El resto, desocupado.

Recorrieron el pasillo hasta la puerta del escenario. Andrei miró a su alrededor con cautela, abrió la puerta y empujó a Wolf indicándole que entrase.

Estaban en el escenario. Necesitaron un momento para habituar los ojos a la oscuridad y la nariz al olor a moho. Andrei le dijo en susurros que tuviese cuidado con los cables y otros obstáculos. El edificio tenía un aire fantasmal.

Los asientos, de respaldo duro, estaban sin reparar. Detrás de ellos colgaba un descolorido telón de fondo representando el jardín de un terrateniente polaco.

Andrei escuchó. Sólo distinguía los sonidos, muy apagados, del comedor gratuito. Fue de puntillas hasta el cuadro de la luz y bajó una palanca. No se encendió ninguna lámpara. Wolf estaba hipnotizado. Alguna señal, no le cabía duda.

Encima de ellos se abrió una trampa. Andrei se encaramó a toda prisa seguido del muchacho. Estaban en una espaciosa buhardilla. La trampa se cerró detrás de ellos.

—Señoras y caballeros —dijo Andrei—, todos conocen a nuestro nuevo colaborador.

Wolf abrió la boca espantado. Había allí cuatro personas, todos antiguos bathyranos que vivían en Mila, 19. Adam Blumenfield se inclinaba delante de un receptor de radio, con los auriculares puestos.

—Hola, Welvel —saludó al muchacho, empleando el mote que le daban.

Pinchas Silver estaba componiendo a mano un texto de imprenta. Al lado de la pequeña prensa había ejemplares del periódico clandestino Libertad.

Pinchas sonrió y dio la bienvenida al muchacho. En un rincón había una mesa para falsificar documentos y una cámara fotográfica.

Allí estaban las hermanas Farber.

—¿Alguna noticia?

Adam Blumenfield se quitó los auriculares.

—He captado la BBC. Han dicho algo de prestar destructores americanos a Inglaterra.

—¿Qué hay del Ejército Patrio? —preguntó Andrei, refiriéndose a las fuerzas clandestinas polacas, que crecían con gran rapidez.

—Están cambiando de frecuencia continuamente. A menos que podamos obtener su horario, sólo los captaremos por azar.

Andrei refunfuñó. Su tarea más urgente era la de montar un enlace sólido con el Ejército Patrio, pero no había tenido éxito. Volviéndose hacia Wolf, le dijo:

—Dos lecciones. Primera, vive teniendo acceso al piso más alto. En los casos de peligro nos subimos a los tejados. Segunda, este trabajo no es ni romántico ni intrigante. Es aburrido y exigente.

Durante las dos semanas siguientes Wolf aprendió a estar de guardia junto al receptor de radio y a manejar la prensa de la imprenta. Luego Andrei le hizo aprender de memoria los nombres de toda la Milicia Judía y saber cuáles de sus hombres «se portarían bien» mediante sobornos, y qué cantidades precisarían.

Uno por uno se enteró de los cuartos secretos detrás de tahonas, y en sótanos de sinagogas abandonadas, donde Simon Eden, el comunista Rodel y los pequeños núcleos de activistas clandestinos llevaban a cabo su nada idílico trabajo.

Tarea principal de Wolf: distribuir los ejemplares de Libertad. Dejarlos en las plazas de mercado, depositarlos en habitaciones secretas, pegarlos en paredes bien visibles. Como le había advertido Andrei, era un trabajo aburrido y exigente. Cada día resultaba más peligroso andar por la calle. La policía de Piotr Warsinski cazaba transeúntes a centenares para alimentar de continuo las fábricas con trabajo esclavo.

El doctor Franz Koenig hizo un rápido viaje a Berlín para ser recibido por Himmler, personalmente, y volvió con un contrato que le concedía la fabricación de una gran parte de los cepillos del Ejército alemán. Había que triplicar la capacidad del complejo de la fábrica del extremo norte. Cuando ya no se encontró a gente por la calle, Warsinski ordenó incursiones indiscriminatorias en las casas o en el atestado campo de refugiados, con objeto de procurarse obreros.

Wolf aceptaba, sin protesta, el servicio que le ordenaban. Envidiaba a las hermanas Farber. Rubias y con los ojos azules, poseían los requisitos necesarios para pasar por «arias». El aprender los caminos de un enlace constituía sólo una pequeña parte del entrenamiento.

Habían de aprenderse las normas religiosas católicas, habían de aprender a rezar en latín y a rezar el rosario. Habían de aprender a ser sordos para el yiddish y el alemán, las lenguas que sabían desde la infancia, a fin de «demostrar» que no eran judíos.

En la buhardilla del Teatro Obrero trabajaba todavía otro asiduo; era éste Berchek, en otro tiempo artista publicitario. De vez en cuando conseguían Kennkarten «arias», salvoconductos y hasta pasaportes. Había que distribuirlos con receta para el uso de los activistas clandestinos. Berchek enseñó a Wolf los principios fundamentales de la falsificación de documentos y le permitió trabajar en la tarea, más sencilla, de pegar fotografías en los papeles.

Andrei estaba inmensamente orgulloso de su protegido. El muchacho aprendía rápidamente y obedecía las órdenes sin discutirlas. En uno o dos momentos apurados, mientras repartía Libertad, se salió del conflicto gracias a la rapidez de pensamiento

de su cerebro.

Cuando terminaba el servicio, Wolf pasaba parte del tiempo libre en casa, con sus padres y con su hermano, en Mila, 19. Otra parte la pasaba con su hermano «de adopción» Stephan Bronski. Enseñaba a su joven amigo el hebreo que sabía, le instruía en temas fundamentales, jugaban al ajedrez y contestaba un millar de inquisitivas preguntas.

Y dos o tres veces por semana se reunía con Rachael en el piso de Andrei.

La ilusión de verse les conservaba la vida, conseguía hacerles olvidar hasta cierto punto los horrores que les rodeaban. Cada día ocurrían más y más cosas horribles. Mientras tuvieran aquel segundo cargado de electricidad en que él subía corriendo el último tramo de la escalera para arrojarse en brazos de ella, lo demás no importaba demasiado.

Anotación en el diario

Anoche se reunió el Club de la Buena Camaradería para discutir el desastre más reciente.

Ayer por la mañana veinticinco nazis del Cuerpo Reinhard, bajo la dirección personal de Sieghold Stutze, entraron en el ghetto por la Puerta Zelazna. Como tienen los cuarteles al otro lado del muro, enfrente mismo de allí, disponemos de poco tiempo para prepararnos, o de ninguno.

Se encaminaron directamente hacia el número 24 de Nowolipki y rodearon la casa.

Sacaron de ella a cincuenta y tres ocupantes —hombres, mujeres y niños—, y los cargaron en dos camiones del Ejército.

Mientras el camión se marchaba, la Milicia Judía pegó carteles por todo el edificio declarándolo "contaminado por el tifus, los roedores, etc...".

A los cincuenta y tres prisioneros los llevaron al cementerio judío. Delante de la pared norte les obligaron a cavar una zanja muy grande, desnudarse y alinearse en el borde de la misma. Los fusilaron por la espalda y, luego que hubieron caído dentro de la zanja, los cosieron a bayonetazos.

La Milicia entró después en el edificio de la calle Nowolipki y se llevó hasta el último objeto.

Hemos tenido ejecuciones en masa en el cementerio otras veces. Habitualmente un grupo acusado de actividades criminales, o un puñado de

intelectuales. Hasta ahora nunca habían barrido a cincuenta y tres personas sin discriminación ni excusa alguna.

Aunque la casa fue «condenada por contaminidad», esta mañana he podido alquilarla para orfanato. Me han dicho hace poco que los alemanes van a dar una serie de explicaciones legales de su proceder para «justificar» las ejecuciones. El «temor a la epidemia» les sirve de motivo principal, así como la muletilla de «actividades criminales».

Nosotros, los del Club de la Buena Camaradería, estamos seguros de que esta ejecución en masa la han realizado en plan de ensayo.

Otros signos descorazonadores. Esta mañana han ordenado una nueva reducción en el racionamiento. El doctor Glazer dice que esto nos lleva más allá del límite de resistencia al hambre. Esto significa que, según la lógica nazi, todo el que obtenga alimento suficiente para vivir es un «criminal». ¿Qué cerebro mercenario idea estos procedimientos?

Pero es en la Unión Soviética donde impera el verdadero terror. Cada día llegan más y más noticias de que los «Kommandos de Acción» especiales de las SS asesinan en masa a los judíos de los Países Bálticos, Rusia Blanca y Ucrania, pisando los talones del Ejército alemán en su avance.

Nos han hablado de un plan para enviar a todos los judíos a la isla de Madagascar.

(Esto podrían ser unas vacaciones.)

Hans Frank ha perdido la batalla de una vez y para siempre. No solamente siguen enviando judíos al Área del Gobierno General, sino además delincuentes, homosexuales, gitanos, «tipos eslavos», prisioneros políticos, prostitutas y otros seres marcados con el estigma de «infrahumanos». De modo que el Área del Gobierno General se ha convertido en el «sumidero» de los no arios de Alemania. Están construyendo varios nuevos e inmensos campos de concentración. Me han dicho que uno particularmente, el de Auschwitz, en Silesia, es descomunal.

El Club de la Buena Camaradería sostiene que este trasiego de judíos e «infrahumanos» significa un entorpecimiento para las líneas ferroviarias, y afecta especialmente al Ejército alemán del frente ruso. Además, se lleva decenas de miles de posibles combatientes.

Conclusión: Los alemanes han elaborado una «solución final» con respecto a nosotros . Me temo que se producirán otras ejecuciones en masa hasta que lleguen al nivel deseado para el trabajo esclavo.

El teléfono interrumpió a Alex.

—Diga, Alexander Brandel al habla.

—Alex. Shalom aleichem —dijo una voz en el otro extremo. Era el saludo de un elemento de contacto del otro lado de la valla, llamado Romek.

— Shalom —contestó Alex.

—Alex, confío en que no ha olvidado que estamos citados para almorzar.

—¡Oh, qué calamidad soy! Olvidé tomar nota.

—En casa de Yetta, a las dos.

—Bien, bien, allí estaré.

Alex guardó apresuradamente el volumen de su diario en la caja fuerte y subió a su cuarto. Wolf jugaba por el suelo con el pequeño Moisés.

—Hijo —dijo Alex—, ponte en contacto con Andrei al momento. Wanda ha llegado de Cracovia con un paquete. Dile que envíe al momento a una de las hermanas Farber a la plaza de la Ciudad Vieja. Él lo entenderá. El tiempo apremia. Wanda pasará a las dos.

Cuando Wolf llegó a la buhardilla del Teatro Obrero, sólo estaba allí Adam Blumenfield, de guardia ante el receptor de radio.

—¿Dónde están los demás? Ha llegado un enlace de Cracovia.

—Dios Santo —refunfuñó Blumenfield—. No la esperábamos hasta mañana. Andrei, las hermanas Farber y Berchek, todos están en la parte aria: Pinchas Silver no puede ir. Vete a ver a tu padre y díselo inmediatamente. Él sabrá lo que debe hacer.

Alex hizo tamborilear los dedos sobre la mesa, tratando de meditar. Era la una. Sólo faltaba una hora para recoger el paquete. Aquello había sido tan inesperado que los cuatro enlaces bathyranos estaban al otro lado del muro.

«Piensa, maldita sea, piensa», se decía Alex a sí mismo.

Su calma habitual se reducía a un leve hilo. El paquete contenía de ocho a diez mil dólares. Dólares preciosos, estupendos, a los que no se podría seguir la pista, procedentes de Thompson, el de la Embajada americana.

Alex miró en dirección al teléfono. Llamaría a Romek, al otro lado de la valla. No, esto sería faltar a la norma fundamental. Nunca, bajo ninguna circunstancia, había que telefonear a un contacto de la parte aria.

¿Qué pasaría si Wanda veía que no había ningún enlace? En una ocasión, un paquete similar se perdió por completo.

Alex levantó el teléfono y marcó el número de la División de Huérfanos y Ayuda Mutua, en Leszno, 92, cuartel general de Simon Eden, y solicitó hablar con Atlas.

A los pocos momentos Simon Eden se puso al aparato.

—Aquí, Atlas.

—Brandel.

—Diga.

—He recibido una invitación de Romek y debería estar en casa de Yetta a las dos para almorzar. Pero no puedo dejar el despacho. ¿Podría asistir usted por mí?

—Esto es para dentro de menos de una hora. Espere un momento y veré si puedo combinar mis obligaciones.

Otros treinta minutos preciosos transcurrieron segundo a segundo. Era la una y doce minutos.

—Alex.

—¡Diga!

—No puedo ir. Imposible.

Alex dejó el aparato con mano lenta. ¡Perdido! ¡El paquete se ha perdido!

Levantó los ojos y vio a su hijo arrimado a la mesa.

—Iré yo, papá.

—No.

—Tengo documentos falsos y estoy entrenado...

—¡He dicho que no!

—Papá...

—Hice mal de sobras permitiendo que me convencieses en aquello de abandonar la granja. Casi hemos matado a tu madre.

—Juro —dijo en voz baja el muchacho— que no volveré a dirigirle la palabra. —Wolf dio media vuelta, se encaminó hacia la puerta y descorrió el cerrojo.

—Wolf, por amor de Dios, no me pidas que... —Alex conocía a su hijo.

Dulce, pero obstinado. Más obstinado todavía que Andrei. Alex se dominó—.

Está bien. Deja todo lo que pueda identificarte sobre la mesa. Coge únicamente los documentos falsos. El tiempo pasa. Tendrás que salir por una de las tres puertas del norte; en alguna de ellas ha de haber un guardia «comprensivo». —Alex abrió un cajón—. Toma, mil doscientos zlotys en billetes variados. Esto servirá para que puedas salir del ghetto y volver a entrar. Vete al Museo Madame Curie de la plaza de la Ciudad Vieja. Por el camino compra violetas y envuélvelas en un papel de periódico. Wanda es Rebecca Eisen. Ya la conoces.

—¿Algo más?

—Si... pasa algo..., tú no eres Wolf Brandel.

—No se inquiete, papá. No pasará nada.

—Hijo, no hemos pasado mucho tiempo juntos..., y ahora, de repente...

—Papá, usted significa demasiado para muchísimas personas. Siempre estuve muy orgulloso de usted.

Wolf marchó a toda prisa hacia la puerta más cercana, la de las Calles Dzika y Stawki, a pocas manzanas de distancia del 19 de la calle Mila. Pasó a la carrera a guisa de ensayo hasta más allá de la puerta para estudiar a los milicianos que estaban de guardia. Como no reconoció a ninguno, quedó convencido de que ninguno le conocía a él.

Acercóse al de mayor graduación y le presentó su Kennkarten. El guardia desdobló aquel documento, distribuido en tres partes, y recogió con mano experta el billete de cien zlotys. Estudió el documento. Se trataba evidentemente de un papel falso porque no estaba marcado con una J. Un indicio de que se encontraba ante un caso de contrabando o de trabajo clandestino. Probaría si cosechaba algo más.

—Mi anciana madre está muy enferma —dijo.

—Debería verla un médico —respondió Wolf, deslizando otros cien zlotys en la mano del hombre.

Aquello era un maná.

—¿A qué hora volverá a entrar?

«El granuja quiere más», pensó Wolf.

—Dentro de pocas horas.

—Es lástima. Yo no estaré de servicio. Pruebe con mi primo Handelstein, en la Puerta Gensia. Dígale que habló con Kasnovitch.

—Gracias —respondió Wolf.

Al otro lado de la puerta, cincuenta zlotys se encargaron de tranquilizar a la Policía Azul Polaca.

Wolf se encaminó rápidamente hacia la plaza de la Ciudad Vieja. Se le agotaba el tiempo.

La Gestapo venía espiando los movimientos de Tommy Thompson, de la Embajada americana de Cracovia, desde hacía varias semanas. Conocían sus simpatías y estaban relativamente seguros de que pasaba dinero e informaciones a los judíos. La Gestapo le permitió que continuase, con la esperanza de poder seguir la pista de sus contactos y desbaratar la organización en el otro extremo, en Varsovia.

Recientemente había Thompson iniciado una actividad nueva. Se había formado el Ejército Patrio, extensa organización clandestina polaca, y crecía rápidamente, y él había colaborado con sus miembros. Éste era un asunto mucho más serio. Thompson quedó marcado para expulsarle de Polonia en breve.

La Gestapo decidió detener al primer enlace que se pusiera en contacto con Thompson. Por esta causa venía siguiendo a Wanda, la enlace bathyrana, desde el instante en que Thompson le entregó un voluminoso paquete conteniendo ocho mil dólares.

Entrenada y con el ojo alerta, Wanda empezó a sospechar cuando vio que en la

estación terminal de Varsovia daban una redada y a ella le permitían salvar la inspección con demasiada facilidad: no analizaron bien sus documentos falsos y no registraron el paquete.

Wanda entró en la plaza de la Ciudad Vieja con la sensación de que la seguían. La plaza no estaba excesivamente concurrida, sólo había treinta o cuarenta personas. No obstante, era imposible descubrir una encerrona porque el cuadrilátero de edificios de cinco pisos podía esconder un centenar de pares de ojos escudriñadores. Entró a propósito por la esquina opuesta al Museo Madame Curie y cruzó en diagonal pisando el pavimento de guijarros. Por el rabillo del ojo miraba hacia el parcialmente derruido museo. Había un joven delgado recostado contra la pared. Wanda se acercó más, siempre avanzando en diagonal y diciéndose que pasaría a una distancia de veinte o treinta metros de aquel joven, a fin de estudiarle mejor.

Clic-clic-clic cantaban sus tacones sobre los guijarros.

Violetas azules envueltas en un periódico. Wanda levantó un momento los ojos. Era Wolf Brandel. «Un chico listo —pensó ella—. Se da cuenta de que pasaré de largo».

Ahora Wanda había dejado una manzana y media de espacio libre detrás de sí. Si la seguían tendrían que salir al descubierto en la vasta plaza o correr el peligro de perderla. Quería mirar atrás pero no se atrevía. No podía establecer contacto con Wolf hasta que estuviese segura.

Wanda vio una reja cercana a la boca de una cloaca. ¡Estupendo! Caminó sobre la reja e intencionadamente clavó el alto tacón del zapato en ella de modo que quedase aprisionado. Arrodillóse para libertarse y al hacerlo deslizó una mirada hacia atrás. Dos hombres que venían por el centro de la plaza y estaba a mitad de camino se pararon en seco.

¡Una trampa!

Wolf la había observado con mirada atenta. Vio que la seguían dos hombres. Vio como Wanda arrojaba el paquete a la cloaca, sacaba el tacón de la reja y salía de la plaza. Aquello se llenó al momento de alemanes que cercaban a todo el mundo. Wolf se dominó.

—¿Violetas para tu madre, hijito?

Wolf se encontró mirando a los ojos de un par de miembros de la Gestapo que aguardaban.

CAPÍTULO XXIII

Como procedimiento corriente y ordinario, todo judío cogido en la parte aria era interrogado personalmente en el edificio de la Gestapo por el jefe, Gunther Sauer.

Pocos momentos después de que Rebeca Eisen, conocida por Wanda, se hubiese desprendido del paquete de dólares, fue detenida, y las cuarenta y dos personas que había en la plaza de la Ciudad Vieja fueron rodeadas y metidas en el edificio de la Gestapo para proceder a su interrogatorio. Entre ellas encontraron a cuatro judíos.

La figura de Gunther Sauer engañaba. Fláccido, envejecido y de mediana corpulencia, poseía una frente extraordinariamente alta y en medio de la misma un pico de cabello plateado. Tenía los párpados hinchados y semicerrados, y la voz suave.

Se le habría tomado fácilmente por un abuelo cariñoso en lugar de un jefe de la Gestapo. Y era, efectivamente, un abuelo enamorado de sus nietos.

Además, Gunther Sauer amaba los animales. Un perro «basset», de ojos brillantes, llamado «Fritzy», estaba sentado a todas horas al lado de su mesa en un cesto almohadillado. Sauer interrumpía sus trabajos a intervalos y se desahogaba en espasmos de risa cuando «Fritzy» se deshacía en zalamerías pidiendo una golosina.

Sauer era, ante todo, un hombre completamente entregado a su tarea, un maestro en su profesión, que vivía en un mundo aparte, como les ocurre a menudo a los policías. Sauer era un técnico en materia de terrorismo político, que se convirtió en la ocupación principal de la policía del Estado luego que los nazis hubieron tomado el poder. La extirpación de toda oposición política e intelectual constituía un dogma que había que ejecutar con una objetividad implacable.

Era maestro asimismo en la guerra sicológica que se utiliza para destrozar los nervios y la voluntad del contrario. Los intelectuales eran pasta moldeable.

Los competidores comerciales de los nazis, un problema todavía más sencillo.

La aplicación inteligente del miedo podía ganar batallas mejor que un centenar de ejércitos.

A diferencia de muchos de sus compatriotas de la Gestapo, Gunther Sauer nunca aplicaba el terror o el tormento por ellos mismos, sino como un instrumento del oficio para conseguir un fin. El tormento no surtía siempre efecto en algunas personas, ni tampoco lo surtía siempre la táctica sicológica del miedo. Según su modo de pensar, desmembrar a una persona que no iba a ayudarle a uno a resolver su problema «policíaco» era una pérdida de tiempo y de energías. Sauer aborrecía la brutalidad de *Sieghold Stutze*, el cual encontraba un placer personal singular haciendo sufrir.

Uno había de ser completamente objetivo con respecto a su víctima.

Después de estudiar a una persona, Sauer sabía calcular con bastante exactitud el límite de resistencia moral. Jamás empleaba el tormento en prisioneros a los que

sabía que el tormento no había de doblegar.

En cambio, si descubría debilidad, no vacilaba un momento. Tampoco le molestaba el hecho de haber de recurrir al tormento en la mayoría de los casos.

Una o dos veces, al principio de su carrera, había pasado noches sin dormir después de torturar a un hijo delante de su madre, pero aprendió a endurecerse para ello como parte de su trabajo cotidiano.

Sauer interrogó primero a los tres judíos. Todos ellos se mostraban nerviosos y locuaces. El primero era un elemento del mercado negro; su caso implicaba la existencia de soborno y de amistades en oficinas de alto rango.

El segundo, un loco que se había fugado de Lemberg, un vagabundo.

El tercero, uno de los muchos miles de judíos «escondidos» que vivían como cristianos en la parte aria de Varsovia. Aquel hombre dio una explicación tan enrevesada para cubrir su pista que se sospechó mucho de que sería el contacto de Rebecca Eisen.

Wolf Brandel fue empujado dentro de la oficina. Sauer estaba inclinado sobre la mesa, rascando el pecho de «Fritzy». El perro gemía y suplicaba mientras Sauer le tentaba abriendo y cerrando el cajón que contenía las golosinas. «Fritzy» conquistó el premio, corrió contento en círculo, luego se sentó en la alfombra y mordió la dura galleta.

Wolf se quitó la gorra y esperó en posición de firmes.

Una estimación rápida. «Dieciocho años, o cosa así. No demasiado judío, por el aspecto. Fuerte, bien alimentado, y por lo tanto con recursos. Talla y cuerpo perfecto para enlace. Se apoya ora en pie ora en otro, nerviosamente, pero tiene los ojos ingenuos. Me mira sin desviar la vista».

—¿Judío?

—Sí, señor, me han cogido.

—¿Nombre?

—Hershel Edelman.

—¿De dónde procedes, Hershel?

«Cuidado con sus buenas palabras, Wolf». Los judíos conocían las características de Sauer. Engañoso. Le liaba a uno.

—Soy de Wolkowysk.

—¿Cómo llegaste a Varsovia?

—A mi familia la llevaron al *ghetto* de Bialystok. Mientras los acorralaban yo me escondí en la iglesia. Después me fui andando a Bialystok a ver a un amigo de mi padre que estaba fuera del *ghetto*.

—¿Cómo se llamaba la iglesia donde te escondiste?

—La de San Casimiro.

—¿Cómo se llamaba el cura párroco?

—No lo sé, señor. Él no sabía que yo estuviera escondido allí.

—Sigue.

—Como decía, vi al amigo de mi padre. Solía tener tratos con él.

—¿Cómo se llama?

—Wynotski.

—¿Qué oficio tiene tu padre?

—Schoychet.

—¿Quieres hacer el favor...?

—Es un hombre que mata pollos y vacas para hacer *kosher* con su carne.

—¡«Fritzy», niño malo! Ponte en tu cama y quédate allí... Pero, Hershel, tú me has dicho que Wynotski tenía tratos comerciales con tu padre. Si Wynotski vendía carne de *kosher*, ¿no estaría en el *ghetto*?

—No, señor, Wynotski tiene una tienda de objetos para regalo. Vea usted, señor, en sus horas libres mi padre labraba piezas de ajedrez y las vendía a Wynotski. Si usted hubiese vivido por los alrededores de Wolkowysk y de Bialystok habría oído mencionar las piezas de ajedrez de mi padre.

—Sigue.

—Sea como fuere, Wynotski me proporcionó esta *Kennkarte* aria y este salvoconducto.

—Según entiendo, Wynotski no es judío.

—Medio judío, creo. De todos modos, tenía la casa y la tienda de regalos llena de crucifijos, rosarios, Biblias y trastos por el estilo.

—¿De dónde sacó Wynotski esa *Kennkarte* aria?

—Lo más probable es que la hubiese comprado a la familia de alguna persona que murió y no registraron la defunción. De todas formas, yo no le pregunté nada. Quiero decir, señor, que en estas ocasiones uno lo coge y no hace preguntas.

«Un joven inteligente —pensó Sauer—. O es un farsante estupendo, o es totalmente sincero.»

—Continúa —dijo Sauer.

—Así, pues, me vine a Varsovia.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? Es la ciudad más grande de Polonia. Me figuré que tendría las mejores probabilidades de continuar escondido, pues aquí no conozco a nadie y no me reconocerían a mí.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Tres días.

—¿Dónde te has alojado?

—Encontré una ventana que no cierra, en la parte trasera del retrete de la estación del ferrocarril. Aquello es como un almacén de trapos, cubos y otras cosas, y he

dormido allí.

—¿Qué hacías delante de la estatua de la plaza de la Ciudad Vieja?

—Del Museo Madame Curie —corrigió Wolf—. Esperaba a una persona.

—¿A quién?

—Pues ya se lo puede imaginar. Tenía que idear algo. Me puse a vagar por ahí. Me estoy quedando sin dinero y sin nada. Con ello, he ahí que uno oye hablar y se entera de cosas, y he ahí que me fui a Solec porque decían que allí le contratan a uno para lo que sea. Me fui al Granada Club. A fe que allí hay unos tíos duros, y allí encontré a aquella... pues... a aquella prostituta.

Sauer estaba hipnotizado.

—Y he ahí que descubro que es judía. Lleva el nombre de Selma. Estoy seguro de que es un nombre falso. Sea como fuere, al principio voy con cautela porque se me ocurre que puede estar a la Caza de fugitivos como yo, pero es curioso de qué modo saben localizarse dos judíos. Y he ahí que Selma me dice que conoce a una persona que puede ayudarme, pero que no vuelva al Granada porque los truhanes de allí van a la caza de judíos escondidos, y que al día siguiente nos encontraríamos en la plaza de la Ciudad Vieja.

—¿Qué hacías con aquellas violetas en la mano? —le espetó Sauer.

Wolf se rascó la cabeza y se puso encarnado.

—Aquella ramera fue buena de verdad conmigo, señor. Simplemente, me vino la idea de regalarle violetas.

Sauer habló suavemente con Wolf durante dos horas. Cada pregunta encubría un cepo peligroso. Wolf se quejaba bastante a menudo:

—Señor, si trata de aturullarme, en verdad que lo consigue. Ya me hago un lío al probar de recordar la verdad.

Aquella noche Wolf la pasó a solas en una celda. Los alaridos de los torturados agujereaban sus tímpanos desde el final del pasillo.

Con su estilo meticuloso, exhaustivo, Gunther Sauer escuchaba las cintas magnetofónicas que habían recogido las conversaciones con los cuatro judíos. Y

se olvidaba de los gritos de Rebecca Eisen, que venían de la sala principal de interrogatorios.

Por la mañana, Sauer telefoneó a la Gestapo de Bialystok. Por la tarde le contestaron. Sí, había una tienda de objetos para regalo regentada por un medio judío llamado Wynotski que había desaparecido. Había constancia de un schoychet de Wolkowysk a quien enviaron al *ghetto* y que tenía un hijo que se escapó. Edelman era realmente, famoso por las piezas de ajedrez que labraba a mano.

¿La prostituta de Solec? Imposible localizarla. En el momento en que la Gestapo se acercara al Granada Club nadie sabría nada. Ni siquiera podrían confiar en los informadores que tenían allí. Las prostitutas usaban una docena de nombres. Selma

podía ser Elma, o Thelma.

Las semanas de entrenamiento meticuloso pasaron por la prueba más dura.

Cada miembro del movimiento clandestino asumía la identidad de una persona real a la que no podrían localizar. Estas identidades se las proporcionaban los enlaces bathyranos de otras ciudades. La historia de Wolf Brandel había sido elaborada cuidadosamente durante semanas, antes de que le dieran al muchacho el nombre de Hershel Edelman. Evidentemente, el verdadero Edelman andaba por algún lugar de Polonia, disfrazado con la personalidad de otro.

—Traigan a Hershel Edelman —ordenó Sauer.

El muchacho no parecía más asustado de lo que una noche en el edificio de la Gestapo requería. Sauer quiso buscar el único punto falso posible. Abrió el cajón de la mesa y sacó un tablero de ajedrez y una caja de piezas.

—Siéntate.

—Sí, señor.

—¿Blancas o negras?

—Lo que usted prefiera, señor.

—He visto cómo te defiendes, Edelman. Ahora me gustaría ver cómo atacas. Coge las blancas.

—Señor —dijo Wolf, tartamudeando—. Señor, esto resulta bastante embarazoso. Quiero decir, en estas circunstancias... Me temo que le ganaré.

—Será mejor que ganes, joven.

Wolf ganó. En nueve jugadas.

Le enviaron a la sala principal de interrogatorios para que se sentase solo en la única silla debajo del foco luminoso. No había ningún otro objeto en la habitación. Gunther Sauer había dado con un problema insoluble. Su único recurso consistía en probar que aquel chico no era Edelman..., o recurrir al tormento. El muchacho le tenía asombrado y no estaba seguro de si se doblegaría. Incluso en el caso de que se doblegase, era posible que hubiese dicho la verdad y no pudiera revelar nada.

Sauer se situó en la cabina contigua a la sala de interrogatorios. Desde allí, por medio de una combinación de espejos, podía presenciar el interrogatorio sin Ser visto. Unos micrófonos extremadamente sensibles, refinados, capaces de recoger los latidos del corazón, le transmitían los sonidos.

—Traed a la mujer —ordenó Sauer.

Sauer observaba con viva atención mientras Wolf permanecía sentado en la silla, jugueteando nervioso con los dedos. Lo único que sabía hacer ahora el muchacho era esforzarse por conservar en la mente el recuerdo de Rachael y seguir pensando en ella y decirse que, pasase lo que pasase, Rachael estaría orgullosa de él.

La puerta de hierro se abrió con un chirrido.

Wolf dirigió la vista lentamente hacia ella. Dos miembros de la Gestapo estaban a

uno y otro lado de la figura de una mujer, sosteniéndola. De pronto la soltaron. La mujer se tambaleó y cayó al suelo de bruces.

Wolf abandonó la silla y se dirigió adonde estaba la prisionera.

Sauer miraba y escuchaba...

Wolf se arrodilló y volvió a la mujer cara arriba. Era Rebecca Eisen. Tenía el rostro ensangrentado y desfigurado. Un ojo aparecía cerrado por completo, hecho un muestrario de colores, y la sangre manaba de su destrozada boca y de las arrancadas uñas. La mujer abrió el otro ojo con un temblor. Se reconocieron.

—Señora —dijo Wolf—, señora, ¿está viva? Ojalá pudiera hacer algo por usted, señora.

—Muchacho..., muchacho..., agua...

Una leve sonrisa cruzó los labios de Gunther Sauer. Si eran actores habían representado su papel a la perfección. Hershel Edelman era inocente, obviamente, pero su relato era tan oportuno, tan difícil de comprobar..., y el muchacho le desconcertaba de tal modo...

—¿Qué opina usted, señor? —le preguntó un ayudante.

—No se conocen —contestó Sauer—. Por otra parte, aunque él fuese un contacto no sería preciso que se conocieran. Las violetas..., no sé qué pensar de las violetas.

—¿Debemos soltar el perro?

—Déjeme pensarlo.

El Club Miami de la calle Karmelicka, dentro del *ghetto*, era la réplica del famoso Granada Club del Solec como centro del contrabando, la compra-venta de géneros robados y la prostitución. Por el momento, la clase distinguida y directora del establecimiento eran los componentes del equipo de los Siete Grandes de Max Kleperman.

El Club Miami poseía una distinción única como «zona de comercio libre».

Todas las actividades que tenían lugar dentro de aquel templo a la inversa eran consideradas como «cosa no mencionable». Hasta los alemanes respetaban este acuerdo. Los nazis se daban cuenta de que, con bastante frecuencia, incluso ellos necesitarían los servicios de una «zona de comercio libre». Y por esto permitían que existiera. Media docena de habitaciones situadas al fondo de la sala principal servían para transacciones que la policía no espiaba ni escuchaba en secreto, como tampoco seguía ni fotografiaba a los que las llevaran a cabo.

Leyes no escritas, acuerdo entre caballeros, honor entre ladrones.

Cuando Max Kleperman recibió una llamada telefónica del rabí Solomon diciéndole que fuese al Club Miami, comprendió en seguida que ocurría algo anormal.

Max llegó al club prometiéndose gozoso un negocio considerable. El camarero le

avisó de que su contacto le esperaba en una de las habitaciones del fondo. Entró y cerró la puerta. Andrei Androfski dio media vuelta y se enfrentó con él. La columna de humo del inevitable cigarro puro de Max empezó a danzar por la habitación. Era extraordinario que hubiese ido allí Androfski en persona.

—Han capturado a uno de los nuestros —dijo Andrei.

Max refunfuñó desilusionado. De vez en cuando los sionistas habían recurrido a él para concertar la libertad de aquellos que caían estúpidamente en manos de Piotr Warsinski con destino a los batallones de trabajo. Kleperman se había llevado una tajada sustanciosa cuando Rodel, el comunista, fue encerrado en la Pawiak. Podría tratarse otra vez de uno de los gordos, confió Max. Al fin y al cabo le había llamado el rabí Solomon, personalmente, y se ponía en contacto con él Androfski en persona.

—¿A quién?

Andrei estuvo un momento callado.

—A Wolf Brandel.

Max soltó un silbido. Aquello se ponía interesante. Con gesto rápido se puso a frotar la sortija en la solapa de la chaqueta.

—¿Dónde está?

—En el edificio de la Gestapo.

Max dejó el cigarro y meneó la cabeza. Campos de trabajo... Sería fácil conseguir un arreglo. Compraría a unos cuantos guardianes corrompidos.

Fábricas de Koenig, en el *ghetto*... Un poco más difícil. El dinero pasaba directamente a Koenig y se precisaba más. La Milicia Judía..., todavía no había encontrado a ninguno de sus miembros que no se dejara convencer por un par de centenares de *zlotys*. La Prisión Pawiak... Muy difícil, pero siempre había logrado su objetivo.

—El edificio de la Gestapo —repitió Max—. El hijo de Brandel. No sé...

Max calculaba los pros y los contras rápidamente. Podía vender al hijo de Brandel y ganarse la confianza de los alemanes. Sería una prueba auténtica de su sinceridad y buena fe. El caso era éste, sin embargo: ¿se lo agradecerían? Por otra parte, los Siete Grandes y la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua cada vez tenían más tratos comerciales con él. Perdería mucho prestigio en el *ghetto* si corría la voz de una venta. Pero..., supongamos que intentaba poner en libertad al chico de Brandel y fracasaba..., y los alemanes tenían noticias de su intento. Entonces daría con el trasero en tierra, pero de verdad.

Max se puso en pie vivamente.

—Déjenme fuera de este asunto. Manos limpias. Olvidaré todo lo que me ha dicho.

—Siéntese, Max —dijo Andrei con voz dulce—. Max, aquel pedido de harina para Huérfanos y Ayuda Mutua... Anúlelo, sencillamente. Estamos tratando con otros

proveedores.

Max se acurrucó en la silla.

—Maldito sea, Androfski, no sabe los quebraderos de cabeza que tuve para entrar el trigo aquí. Entré una cantidad tan grande de harina que la mitad de las panaderías de la parte aria tuvieron que cerrar.

—Esto no es más que pensar en voz alta, Max; pero hay unos cuarenta o cincuenta de nuestra gente que creen que la operación de entrar géneros sabríamos llevarla a cabo nosotros con la misma efectividad.

El mensaje era claro. Había que libertar al hijo de Brandel costase lo que costase. Androfski no era uno de esos canallas que hablaban por hablar. Max abrió el cuadernito de cálculos de la cartera y se puso a garabatear números.

—Costará mucho dinero.

—Pagaremos.

—Tendré que trabajar con oro o con dólares. Sólo podemos valernos de gente encumbrada.

—Yo sólo tengo zlotys —mintió Andrei.

—También yo tengo *zlotys*. Un almacén lleno. No valen ni el papel en que están los impresos. Oro o dólares; tres mil dólares.

—¡Tres mil dólares!

—Tiene un oído excelente.

Los ojos de Andrei se humedecieron de rabia Se volvió de espaldas a Kleperman para esconder la cólera que hervía en su interior. ¡Espuma hedionda y sucia! ¡Regatear por una vida como si fuese un traje usado en el mercado Parysowski! Kleperman, hijo de perra maldito. Los ojos de Rachael... Día y noche esperaba en el piso de Andrei. ¿Podría volver a mirar los ojos de Rachael?

—Trato hecho —susurró.

—Tomemos notas de los detalles.

Andrei se sentó enfrente de Max escondiendo la cara entre las manos.

—Le detuvieron en la plaza de la Ciudad Vieja con una *Kennkarten* aria a nombre de un supuesto Stanislaw Krasnodebski. Le habíamos enviado para ponerse en contacto con una de nuestras muchachas de Cracovia. Los alemanes cogieron una redada de cuarenta o cincuenta personas. Interrogatorio en masa.

No cabe duda de que los alemanes le habrán examinado y por la circuncisión habrán sabido que es judío. Tenemos motivos para creer que en aquella redada pescaron a varios.

—En la misma encerrona cazaron a uno de mis muchachos —dijo Max. Y añadió irónicamente—: Él no es tan afortunado como Brandel. No tiene amigos tan buenos.

—Por último, el muchacho sostiene que es Hershel Edelman, de Wolkowysk. Si tenemos suerte, no le habrán identificado.

—Estando en manos de Sauer necesitará algo más que suerte. Veré en qué situación se halla. Si sospechan de él, no podemos hacer nada mientras se encuentre en el cuartel de la Gestapo. Le pondríamos, en mayor peligro. Sauer no acepta sobornos. Confiemos únicamente en que el muchacho no hablará.

Hemos de esperar hasta que le envíen a otro sitio.

Andrei asintió. Max se puso en pie.

—Max..., ya sé que los Siete Grandes pueden borrarnos del mapa, pero si nos traiciona, usted será el que caiga primero. Me encargo yo personalmente.

CAPÍTULO XXIV

Transcurrieron ocho días.

Rachael Bronski esperaba en el piso de su tío Andrei las veinticuatro horas del día, rechazando todos los consuelos y comiendo sólo lo necesario para conservar la vida.

Cada vez que entraba su tío Andrei y meneaba la cabeza, una dolorosa impresión se hundía en su ser lo mismo que los pedazos de vidrio de la cima del muro. Tenía los ojos abiertos, velando, hasta que se desplomaba agotada, y aún entonces sólo encontraba el alivio de sus pocas horas de pesadillas.

Durmiendo, se retorcía y sudaba en la cama y se despertaba con el corazón desbocado y el sudor entrándole en los ojos, y Wolf estaba allí a los pies de la cama, sanguinolento y descuartizado, y ella desahogaba a gritos el terror que la llenaba, y luego se ponía a caminar por el cuarto, despacio, como una enajenada.

Rachael adquirió una finura de percepción sobrehumana para los sonidos.

Desde lo alto de cuatro tramos de escalera oía la puerta del vestíbulo a la del piso, se apoyaba ella y se ponía a contar las pisadas.

Había que pisar sesenta veces para subir al piso de Andrei.

Rachael contaba. A veces el sonido de las pisadas se paraba en el primer descansillo, o en el segundo, o en el tercero. Ella distinguía si subían las escaleras o si andaban por un corredor.

Por el sonido, distinguía si las pisadas subían o bajaban las escaleras.

El noveno día.

Rachael se lavó la cara con agua fría, se peinó el cabello y se sentó junto a la ventana. La puerta de la entrada se abrió y se cerró. Rachael se puso a escuchar y a contar.

...Diez..., once..., doce...

Las pisadas habían llegado al primer descansillo.

...Dieciséis..., diecisiete..., dieciocho...

A medida que las pisadas subían, Rachael podía distinguir de quién eran.

El andar fatigado, arrastrando los pies, correspondía a un hombre. El sonido seco venía de los tacones de una mujer. El sonido suave correspondía a un niño.

...Treinta y tres..., treinta y cuatro..., treinta y cinco...

¡Dos hombres! Dos hombres que subían despacio. Por aquellos días todo el mundo andaba despacio.

...Cuarenta y tres..., cuarenta y cuatro..., cuarenta y cinco...

Su corazón se puso a galopar. Dos hombres en el descansillo del tercer piso.

«¡Dios Santo! Por favor, no dejes que entren en una vivienda de ahí abajo. ¡Te lo ruego, Dios mío! Hazlos subir acá. ¡Te lo ruego, Dios mío! ¡Todavía no he oído a dos

hombres subiendo al cuarto piso! ¡Te lo ruego! ¡Te lo ruego!»

...Cincuenta y uno..., cincuenta y dos..., cincuenta y tres...

Rachael retrocedió unos pasos.

...Cincuenta y nueve..., sesenta.

La puerta se abrió.

Andrei entró... Tenía a otro detrás.

—¡Wolf!

El muchacho entró con paso tardo y se quitó la gorra. Rachael se lanzó adelante arrojándose en sus brazos y esforzándose por combatir las tinieblas que querían engullirla.

Durante largos, larguísimos momentos estuvo demasiado aterrorizada para levantar la vista. ¿Era otro sueño?

No..., no..., ningún sueño... Levantó la Vista. Wolf estaba bien. Sólo una cicatriz en la mejilla. Y entonces ella se permitió el placer de estallar abiertamente en un llanto convulsivo.

—Rachael —susurraba Wolf—, estoy bien. No llores, por favor. Estoy perfectamente...

Andrei los dejó, cerrando la puerta tras de sí.

Alex y Sylvia se encontraban en su cuarto; tenían unos rostros fantasmales, privados de vida. Ninguno de los dos había pronunciado una palabra desde hacía una hora, desde que Wolf salió para ir a ver a Rachael.

Andrei llamó suavemente y entró.

—El doctor Glazer le ha examinado. No se ha infectado ninguno de los mordiscos del perro. No le pasará nada en absoluto.

Aquellas breves noticias arrancaron a Sylvia otro estallido de llanto. Y entonces el niño se puso a llorar y Sylvia le cogió, le estrechó contra su pecho y le meció, inclinándose adelante y atrás, sin hacer caso de las palabras de consuelo que le prodigaba Alex.

Con un movimiento de cabeza, Alex indicó a Andrei que dejaran sola a Sylvia y salió de puntillas del cuarto. Los dos hombres se fueron al despacho del historiador. Alex empezó a dirigirse reproches.

—Deja de lloriquear —pidió Andrei—. Wolf es un chico valiente.

—¿Dónde está ahora?

—¿No lo sabes?

—¿Debería saberlo?

—Está con su novia.

—¿Su novia?

—Mi sobrina.

—Ah, no sabía. —Alex empezó a denostarse de nuevo por ser tal mal padre que su propio hijo no quería confiarle su vida amorosa.

—Cállate, Alex; el muchacho está vivo y a salvo.

Alex continuó divagando.

—Durante estos ocho días horribles me he dicho que era justo liberar a Wolf. Hemos comprado la libertad de gente nuestra en otras ocasiones. Rodel nos costó cerca de dos mil dólares cuando le llevaron a la Prisión Pawiak, y ni siquiera es uno de los nuestros. Los comunistas no me devolvieron el dinero del rescate. Ha sido justo que comprásemos la libertad de Wolf. Habríamos hecho lo mismo por cualquiera de los nuestros...

—¡Puesto que quieres oírlo, te lo diré! —gritó enfurecido Andrei—. ¡No ha sido justo! ¡Debiste dejar morir a tu hijo antes que arrastrarte delante de Max Kleperman!

—¡No hables así, Andrei!

Andrei le arrancó de la silla, le cogió por las solapas y le sacudió como si no pesara nada.

—¡Rebajarme! ¡Pedir misericordia a Max Kleperman! ¡Con aquellos tres mil dólares hubiéramos podido comprar armas para asaltar el cuartel general de la Gestapo y sacar a tu hijo como un ser humano digno! —Alex se desplomó sobre su amigo y lloró, pero Andrei le arrojó hacia la silla—. ¡Dios te maldiga, Alex!

¡Dios te maldiga! ¡Abre tu precioso diario, tu condenado diario, y léeme lo que dice de las carnicerías de judíos en la Unión Soviética!

—¡Por el amor de Dios, déjame en paz!

—¡Quiero dinero! ¡Tengo que comprar armas!

—No... nunca. Nunca, Andrei. Nosotros conservamos con vida a veinte mil niños... No hay ni un *zloty* para armas.

Alexander Brandel abría la boca violentamente en busca de aire mientras la habitación giraba vertiginosamente a su alrededor. Jamás había presenciado la cólera del gigante que le miraba con los ojos en llamas. Arrinconado y vencido, su alma gritaba instintivamente, por las vidas de los niños.

—Estoy harto —silbó Andrei.

—¡Andrei! —exclamó Alex en tono patético.

—¡Fríete en el infierno!

—¡Andrei!

Un portazo respondió a la súplica.

Andrei Androfski erraba sin rumbo, como entre la niebla, por las calles del *ghetto*. Ya estaba hecho. No se podía retroceder. Anduvo, anduvo y anduvo con una ceguera que oscurecía la visión de los cadáveres y los gemidos lastimeros de los niños mendigos, o las porras brutales de la Milicia Judía.

Y se encontró delante de la fila de buzones de correspondencia de la entrada de la

casa donde tenía el piso. Su mano se metió instintivamente en la rendija número 18. Dos brazales blancos con las dos estrellas azules del oprobio. Los muchachos todavía estaban arriba. Wolf y Rachael. Andrei metió los brazales en la rendija y se hurgó los bolsillos. Dos billetes. De cien *zlotys* cada uno. Siempre que se hundía más y más una palabra le salvaba de llegar al fondo: «Gabriela». Doscientos *zlotys*. Lo bastante para llevarle a la parte aria.

Necesitaba desesperadamente a Gabriela.

—Los he dejado —dijo Andrei.

—Qué harás ahora? —preguntó Gaby.

—Procuraré ponerme en contacto con el Ejército Patrio. Me darían un mando. El Ejército Patrio necesita hombres como yo. Los otros no discutirán ni buscarán subterfugios; combatirán... cansados de todas estas malditas discusiones..., de todo este negociar con Kleperman. —Gaby le vio titubear—.

Roman. Éste es el nombre del comandante del Ejército Patrio en el distrito de Varsovia. Roman. Llegaré hasta él como sea. ¿Tú seguirás fiel a mí, Gaby?

—Ya sabes que sí.

Andrei le rodeó la cintura con el brazo. Gabriela le acariciaba el cabello.

—¿Estás segura?

CAPÍTULO XXV

Anotación en el diario

Nadie ha visto a Andrei desde hace diez días. Presumimos que vive en la parte aria.

Después de tantos años de trabajar juntos, se me hace difícil creer que se ha marchado de verdad. Ninguno de nosotros supo hasta ahora cuán gran símbolo de seguridad era. Su marcha ha sido un golpe terrible para la moral, aquí, en Mila, 19.

Actualmente dirigimos noventa comedores gratuitos y tenemos unos veinte mil niños al cuidado de Huérfanos y Ayuda Mutua.

El doctor Glazer me dice que nos enfrentamos con un problema nuevo: las enfermedades venéreas. Antes de la guerra, la prostitución nunca fue un problema social entre los judíos. Hoy en día me hablan más y más de esposas e hijas, muchas procedentes de antiguas familias ortodoxas, que se lanzan a la calle.

Para una familia, el casar a una hija con un miembro de la Milicia Judía es una gran hazaña.

A Tommy Thompson le han expulsado de Polonia. Hemos perdido un amigo querido. Sin embargo, hace mucho tiempo que lo esperábamos. Ana Grinspan ha encontrado ya un nuevo enlace para entrar fondos de la Beneficencia Americana.

Créanlo o no lo crean, se trata de un sujeto llamado Fordelli, segundo secretario de la embajada italiana. Aunque es un buen fascista, no está conforme con el trato que los alemanes dan a los judíos. ¿Acaso Ana tiene una aventura amorosa con él?

ALEXANDER BRANDEL

Alex poseía un fino instinto para las malas noticias. En el mismo momento en que Ervin Rosenblum entró en su despacho, adivinó que había ocurrido algo malo. Ervin andaba de un lado para otro retorciéndose las manos.

—Hala, sácalo.

—Han revocado mi pase para el sector ario.

—¿No ha protestado De Monti?

—Salió para el frente oriental hace cuatro días. Aún no lo sabe.

—Confidencialmente, lo mismo da que estés aquí, en el *ghetto,* con nosotros.

—Pero todos los enlaces de la parte aria...

—Cada día se te hacía más difícil ver a nadie, y De Monti se negó a colaborar. Te vigilaban todos los minutos del día. Ervin, estuve pensando. Tú puedes encajar perfectamente en Mila, 19. Te necesitamos en diversos puntos.

—¿Por ejemplo?

—Director cultural de Huérfanos y Ayuda Mutua. No, no te encojas de hombros ni pongas cara extraña. La ordenación de los debates, conciertos, teatro, torneos de ajedrez, resulta cada día más importante a fin de dar a la gente otras cosas en que pensar que no sean la miseria. ¿Qué me dices?

—Digo que es usted un buen amigo.

—Otra cosa. El club de la Buena Camaradería. Yo no puedo abarcar todo el material que llega para el diario. Hace mucho tiempo que reflexiono sobre ello.

Construiremos un cuarto secreto en los sótanos. Contando contigo para que les dediques algunas horas, podremos ampliar de verdad los archivos.

Ervin acogió todo aquello con frialdad. Se le antojaba una limosna.

—Piénsalo bien, Ervin, y luego contéstame.

Aquella noche, Susan Geller fue al piso de Ervin. Desde que existía el *ghetto* habían tenido muy poco tiempo para pasarlo juntos. Susan estaba entregada casi por completo al orfanato y Ervin se hallaba en la parte aria casi de continuo. Se encontraban una vez por semana en las reuniones del club de la Buena Camaradería, generalmente demasiado cansados para buscar placeres personales. Su compromiso de boda, ya oficial, parecía haber de quedar en eso: en un compromiso que no se cumpliría.

—¡Susan! —gritó muy contenta mamá Rosenblum.

—Hola, mamá Rosenblum.

—¿Te has enterado?

—Sí.

—Pues anímale un poco.

Ervin estaba sentado en el borde de su cama, contemplando lúgubremente, el agujero de la punta de su zapatilla. Susan se sentó a su lado, haciendo gemir la madera.

—¿Has venido quizá a rezar sobre el cadáver? —dijo él.

—Cállate. Alex te ha ofrecido una situación responsable, levanta pues el hocico. Sé un mártir.

—Me alegra que hayas pensado en animarme con tus tiernos consuelos.

—Ervin, ¿aceptarás el empleo?

—¿Puedo elegir, acaso?

—Deja ya de patalear. Alex está muy entusiasmado con los planes para un cuarto secreto en el sótano. Ya sabes cuánta importancia tiene que se trabaje en el diario.

—De acuerdo; de acuerdo. Estoy rebosante de dicha.

—Confidencialmente, Ervin, yo también reboso de dicha por que no tengas que volver más a la parte aria. He pasado miedo por ti, Tus documentos eran superficiales, un capricho.

—Eso ya es algo. No creía que te quedara tiempo para pensar en mí.

—¡Uf, qué malhumorado estás!

—Perdóname.

—Ervin —dijo Susan, cogiéndole la mano—, mientras venía he pensado mucho en nosotros. No somos cada día más jóvenes, y Dios sabe que yo nunca llegaré a ser hermosa. Tal como está la situación, quizá deberíamos tomar en consideración la posibilidad de casarnos. Además del hecho de que deberíamos ya disfrutar de un poco de placer de vez en cuando, hay motivos de índole práctica. Por ejemplo, tú trabajarás en Mila, 19, la mayor parte del tiempo. Se te hará difícil sostener este piso. Por lo tanto, ¿para qué tenemos que malgastar espacio? Si nos casamos, Alex nos cederá una habitación y podrás llevar allí a mamá...

Ervin extendió el brazo, la atrajo hacia sí y la besó en la mejilla.

—¿Cómo es posible que un hombre se resista a una proposición semejante?

Anotación en el diario

Ayer el rabí Solomon unió en matrimonio a Ervin y Susan. Ya era hora.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XXVI

Chris regresó a Varsovia desde el frente oriental para encontrarse con que Rosy no estaba, con que habían registrado su piso del suelo al techo y lo habían dejado lleno de micrófonos escondidos, y con que no podía servirse de su línea particular con Suiza.

Cuando marcó el número de Rosy en el *ghetto*, se enteró de que el teléfono estaba desconectado; entonces se fue, hecho una tormenta, a la División de Prensa del Hotel Bristol, donde un burócrata de segunda fila desbarató su intento de ver a Harst von Epp.

—Lo siento, señor De Monti. Herr von Epp está en Berlín para una conferencia.

—¿Cuándo regresará?

—Lo siento, no poseo este dato.

—Bien, ¿a dónde puedo llamarle en Berlín?

—Lo siento. No poseo este dato.

Otro empleado de segunda fila lo sentía igualmente y estaba igualmente desprovisto de datos acerca del hecho de que hubieran revocado las credenciales de Ervin Rosenblum, y un tercer empleado de poca monta sintió mucho que hubiesen cortado la línea telefónica que tenía Chris con Suiza.

—Lo siento, señor De Monti. Hasta nuevo aviso, tendrá usted que llenar sus despachos aquí, en la Oficina de Censura.

Chris estaba cansado y tenía la mente embotada por el largo viaje de regreso de las líneas del frente. Como sabía que no lograría nada hasta que pudiera volver a colocar cada cosa en su sitio, reprimió su irritación. Lo que le convenía por el momento era un baño caliente y un buen vaso de licor, y todas esas cosas en las que piensa un hombre después de haber vivido entre el barro.

Mientras se reblandecía en el agua y bebía unos sorbos, decidió no ocuparse de nada más hasta que tuviera el cerebro bien despejado por el sueño nocturno.

Chris se escondió en una mesa de un rincón del Hotel Bruhl para esquivar las conversaciones y se puso a mordisquear con desgana un *schnitzel* duro como el cuero. La sala retumbaba de sones guturales y de conversaciones sobre el frente oriental; las voces tenían un tono tajante, lleno de confianza.

—¿No tiene usted hambre esta noche, señor De Monti? —preguntó el camarero, muy servicial, cuando Chris abandonó la partida—. Cada día se hace más difícil combinar un menú comestible. Ellos..., se lo llevan todo.

Chris firmó la cuenta y salió distraído a la calle. Por aquellos días, Varsovia era una ciudad alegre. Estaba llena de tropas alemanas que se entregaban a su última francachela antes de embarcar para el frente oriental. Aunque el pueblo polaco manifestaba abiertamente su odio al enemigo, había suficientes mujeres no

molestadas por consideraciones patrióticas de ninguna especie para que los chicos alemanes pasaran un rato agradable. Los lupanares cosechaban una fortuna; en las tabernas corrían la cerveza, el vino y el licor, y hasta las callejeras antañonas habían dado con una vena de oro inesperada.

La mayor parte de los músicos de Varsovia eran judíos. Los soldados alemanes y las muchachas que los acompañaban se escabullían dentro del *ghetto* a bailar y a divertirse en uno de los cincuenta clubs nocturnos, propiedad en su mayoría de los Siete Grandes, porque la música de la parte aria era horrorosa.

Chris anduvo un trecho de varias manzanas. Estaba fatigado y descompuesto por las impresiones de la guerra, y el súbito giro de los acontecimientos en Varsovia le había dejado en el limbo.

De las tabernas salían un alboroto de cantos entonados por alemanes borrachos como polacos, y por polacos borrachos como polacos. Al fin de evitar que las callejeras continuaran importunándole, el periodista cruzó la plaza Pilsudski y se detuvo para orientarse.

¿Volvería a su coche y a su habitación? No. El maldito apartamiento le ponía de mal talante.

¿Buscaría algún sitio donde estuvieran de fiesta? ¿Una buena juerga, y luego quizá un poco de acción? No.

Chris echó una mirada a su alrededor y luego se sorprendió andando por un camino que conducía a los Jardines Saxony, camino que le parecía más delicioso a cada paso que daba, porque dejaba atrás los sonidos de Varsovia. A medida que caminaba, la luz y los ruidos se apagaban. De vez en cuando salía de la espesura o venía por el camino una pareja cohibida, que evitaba la mirada de sus ojos.

Chris anduvo hasta más allá del lago de los cisnes. ¡Cuán a menudo había aguardado allí a Deborah..., sentado en un banco..., esperando a que apareciese!

El primer instante, el maravilloso instante en que la veía... Aquel momento nunca cambiaba, nunca perdía interés.

¡Qué loco era al sentarse allí! «Deborah no subirá por el sendero..., no habrá cita. No habrá ninguna hermosa Deborah a quien mirar Sólo una habitación llena de micrófonos y de ojos escondidos».

Chris se sintió llevado por una atracción magnética hacia la pared del *ghetto*. Cruzó los Jardines Saxony y recorrió la calle Chlodna, que separaba el *ghetto* grande del pequeño. A ambos lados tenía el muro. Las luces nocturnas daban en los cortados vidrios clavados en la cima arrancándoles destellos similares al súbito brillo de los ojos de un ratón.

Tan oscuro..., tan callado. Costaba comprender que seiscientas mil personas yacieran en silencio al otro lado. No se oía sino el sonido de sus propias pisadas, no se veía ningún otro signo de vida que su propia sombra, que se alargaba más y más a

medida que la luz doblaba el ángulo de su movimiento.

Chris se plantó debajo del puente. Estaba cubierto de alambre espino.

Había ido allí muchas veces durante el día y había fijado la mirada en el puente, contemplando cómo pasaban los judíos de un *ghetto* a otro por encima del «corredor polaco» y esperando contra toda esperanza que pudiera divisar por un momento a Deborah.

Media hora estuvo allí, inmóvil.

«¡Qué diablos!», se dijo; y se alejó rápidamente.

Por el rabillo del ojo descubrió un movimiento en un entrante de la pared que tenía enfrente. Dos hombres salieron rápidos y le cerraron el paso. Chris se paró y miró por encima del hombro. Detrás había otros dos hombres. No podía distinguir sus caras, pero la línea maciza de sus ropas, la de sus gorras de cuero y la corpulencia de aquellos sujetos indicaba que eran maleantes.

—¿Esperabas a alguien debajo del puente, judío? —preguntó una voz procedente de una de las figuras.

Truhanes a la caza de judíos. Un gran deporte por aquellos días. Una buena fuente de ingresos. ¿Qué hacer? ¿Enseñar sus documentos y seguir adelante?

—Vamos, judío. Doscientos *zlotys*, o te das un paseo hasta el cuartel de la Gestapo.

A Chris le hervía la sangre.

—Idos al infierno —espetó. Y se encaminó derechamente hacia la pareja que tenía delante.

Uno de los de detrás le cogió por el brazo y le hizo dar media vuelta. Chris abatió el puño sobre la boca del sujeto, que cayó de espaldas, chocó contra el bordillo y se quedó tendido en el suelo.

«¡Ah, maldito! ¡Maldito sea ese genio!»

Otros dos le saltaron encima, pero, mientras luchaba por desasirse, el tercero le pegó en la mejilla con un rompecabezas.

Una marejada de fuerza bruta arrojó más allá a los asaltantes. Mientras se libraba de las zarpas de éstos, el primero levantó un puño como un martillo y le acertó en el ojo. Por un instante, Chris se quedó ciego. Dio unos traspiés y en seguida se detuvo bruscamente; su espalda había chocado con la pared del *ghetto*.

Chris soltó un gemido; el rompecabezas había hecho blanco otra vez. Las piernas se le doblaron, apoyó en el suelo las manos y las rodillas, y se quedó doblado mientras todo giraba vertiginosamente a su alrededor.

—¡Levántate, judío!

Chris alzó la vista. Los otros estaban de pie junto a él. Uno con el rompecabezas, otro con una botella rota. Otro con la boca ensangrentada a consecuencia de su puñetazo. Al cuarto no pudo verle.

La cabeza se le serenó y el suelo quedó quieto. Chris se lanzó hacia adelante para romper el sitio, hundiendo el hombro en el estómago del que tenía la botella. Con el aire expulsado súbitamente de sus pulmones, el granuja cayó y se quedó sentado en el suelo, dando boqueadas.

Pero entonces, Chris se desplomó bajo una lluvia de puñetazos y puntapiés.

Los otros le enderezaron y le arrimaron contra la pared, extendiéndole los brazos como para crucificarle. El jefe del grupo no supo resistir el deseo de asestar un último golpe al estómago de su víctima indefensa. Levantaron la luz de una pila hasta él rostro de Chris, y estudiaron sus rasgos morenos de italiano.

—Es judío, en efecto.

Chris hizo rodar la cabeza, abrió los párpados y les hizo una mueca de escarnio. El jefe le apretó la botella rota cerca del ojo, con lo cual él no se atrevió a moverse.

Pero levantó la rodilla, hiriendo las partes genitales del truhán, el cual lanzó un alarido y retrocedió dando traspiés, aunque luego arremetió otra vez, decidido a cortarle la cara.

—Espera. Lucha demasiado bien para ser judío. Conviene que nos aseguremos de si lo es.

—¿Qué importa ya? Coge su dinero y basta.

—¡Madre Santa! ¡Mira estos papeles! No es judío.

—Escapemos de aquí.

Pisadas precipitadas..., que se apagan..., se han marchado.

Chris se desplomó sobre el suelo, ensangrentado, y se revolvió a gatas tratando de levantarse.

Alguien se había parado junto a él. Chris consiguió levantar la cabeza lo suficiente para ver las caras, asustadas, de una pareja de mediana edad.

—Ayúdenme...

—No le toques, papá. ¿No ves que es judío? Ha saltado el muro.

Marchémonos..., marchémonos antes de que lleguen los guardias.

CAPÍTULO XXVII

Una semana entera transcurrió antes de que Horst von Epp regresase a Varsovia. El alemán entró en la iglesia de la Santa Cruz, localizó a Chris arrodillado en primera fila, y se arrodilló a su lado.

—Santo Dios —dijo Horst—, ¿qué le ha pasado?

—Me confundieron con un judío.

—Una confusión perniciosa en estos tiempos.

—Tenía que haberme visto hace una semana.

—He pensado que sería mejor que nos reuniésemos fuera de la oficina —dijo Horst, señalando con la cabeza en dirección a la cajita negra del altar, que contenía el corazón de Chopin—. Demos un paseo. En aquella cajita puede haber un micrófono escondido. Lo cierto es que esta mañana he mordido uno metido dentro del buñuelo del desayuno.

Los dos hombres se protegieron los ojos del sol. Chris se puso unas gafas ahumadas para cubrir las magulladuras, y echaron a andar por la calle del Nuevo Mundo. En la otra acera, dos hombres empezaron a seguirles. El coche de Von Epp arrancó, marchando muy despacio cerca de los seguidores.

—¡Hermoso sistema! —exclamó el alemán—. De este modo nadie sabe exactamente quién vigila a quien. ¿Cómo encontró el frente ruso?

—Nada más que victorias para la Gran Alemania. Lo malo es que las paso moradas para colar mis despachos por entre las magníficas realizaciones de ustedes.

—Lo siento de veras. Esta mañana han reparado su línea telefónica con Suiza. ¡Malditos cabezas cuadradas! Sabía yo que en el instante en que me marchase a Varsovia se produciría un pánico.

—¿También me devolverán a Rosenblum?

Los dos periodistas cruzaron la callé.

—Su silencio me ensordece, Horst —dijo Chris.

—Sea razonable.

—Rosenblum es mi brazo derecho.

—Ya le dije que no sabía por cuánto tiempo le podría tener fuera del *ghetto*.

Pasaron el resto de la manzana andando en silencio y al mismo compás, luego se detuvieron en el cruce donde el bulevar de Jerusalén desemboca en el del Tres de Mayo. El chillido de una colección de sirenas paralizó todo movimiento. Un par de motocicletas, seguidas del coche de un comandante y de un centenar de camiones llenos de soldados de repuesto, pasaron por su vera en la misma dirección. De dos o tres camiones llegaron hasta sus oídos algunas notas de una marcha militar cantada por los soldados. El convoy enfiló raudo hacia el puente de Praga, recién construido.

«Carne para el frente oriental», pensó Chris. «La guerra relámpago» se había

derramado sobre las estepas. La fantástica máquina militar estaba cortando a rebanadas la inmensidad de Rusia, desde el mar Negro hasta las puertas de Moscú. Horst y Chris siguieron tras la estela del convoy hasta la mitad del puente, donde se pararon y se apoyaron en la baranda.

—Schreiker me llamó y me interrogó acerca de Rosenblum. Todos se me echaron encima por causa de ese muchacho. En bien de los dos, de usted y de él, es mejor de este modo. Es imposible tenerle fuera del *ghetto* sin arrojar toda suerte de sospechas sobre usted. No cabe duda, Rosenblum anda mezclado con innumerables contactos por toda Varsovia, y probablemente le falta menos que muy poco para que le lleven al cuartel de la Gestapo. No insista más sobre esta cuestión, Chris.

Von Epp tenía razón. Rosenblum estaba metido hasta el cuello en las actividades de correo. Los alemanes serían unos tontos si permitían que siguiera andando suelto.

—Si necesita otro ayudante, ¡por amor de Cristo!, búsquese un hermoso ario sin mácula.

Chris movió la cabeza asintiendo. El río Vístula estaba lleno de barcazas que transportaban pertrechos de guerra para transferirlos al frente oriental.

—¿Usted acepta todo eso sin violentarse, Horst?

—Todo el mundo sabe que los judíos empezaron la guerra —recitó Von Epp, según el dogma fundamental.

—He visto unas cuantas cosas en Rusia, cerca de las líneas de ustedes, que resultarían un poco difícil de explicar.

—Créame, Goebbels encontrará explicaciones. ¿Y nosotros, los demás?

Diablo, nos encogeremos de hombros con un mirada de azul inocencia y diremos: «Ordenes eran órdenes, ¿qué podíamos hacer?». Gracias a Dios, el mundo disfruta de la bendición de una memoria corta.

—¿Dónde terminarán?

—¿Terminar? No podemos pararnos hasta que seamos dueños de todo, o hasta que nos hagan volar partidos en un millón de pedazos. Por lo demás, no sea demasiado duro con nosotros. Los conquistadores jamás han ganado premio alguno por su benevolencia. No somos peores que otra docena de imperios cuando dirigieron ellos la función.

—¿Con eso basta para hacer justa y razonable una conducta?

—Mi querido Chris, la justicia y la razón son propiedad exclusiva del bando que gana. El que pierde nunca tiene razón. Y, vamos, si yo fuera usted, me sumaría a nuestro bando por un rato, pues tal como marchan las cosas vamos a ser Roma, Babilonia, Gengis Kan y los otomanos, juntos y combinados, por varios siglos.

—¡Jesús, qué perspectiva!

Horst se echó a reír y dio unas vigorosas palmadas en la espalda de Chris.

—Lo que le pasa a usted, granuja, es que ha estado en el frente y ha visto el lado

peor de la cuestión. Varsovia es la recompensa, de los guerreros.

Desagarrótese un poco. ¿Qué le parece si nos diéramos una fiestecita esta noche? Usted, yo... y un par de señoras. Hildie Solna me dijo que usted estuvo bastante agradable con ella la última vez que salieron.

—De vez en cuando, mis humores se desequilibran. Hildie los vuelve a su punto normal. Por lo común cuando despierto de una borrachera.

—Le diré qué. Al diablo con Hildie. Esta noche voy a prestarle el número uno de mi cuadra particular. Dieciocho años, con un cuerpo como un melocotón maduro. Además...

Un camión que pasaba rugiendo suprimió toda nueva disertación sobre la orgía.

Chris volvió a sentirse hipnotizado por las barcazas del río. Horst von Epp había dicho bien. La justicia y la razón están con el vencedor. ¿Quinientos años de Alemania? Era posible. El viaje al frente oriental fue la culminación. Por muy oscura que se hubiese presentado la situación en otras partes, en Polonia siempre, había creído que el péndulo cambiaría de signo. Pero, ¿sucedería así?

Una brecha en Egipto pondría a Rommel en marcha hacia la India sin que nadie pudiera detenerle. Moscú se preparaba para un asedio. Los frenéticos preparativos en América..., demasiado poco y demasiado tarde. Chris había visto al poderío alemán desatar una furia, que dejaba la conquista de Polonia al nivel de un juego de niños. Kief: medio millón de soldados rusos cogidos en una trampa. ¿Quién podía parar a los alemanes?

Chris miró a Von Epp, quien estaba saboreando un cigarrillo. Ordenes son órdenes. Y un muro de indiferencia levantado a su alrededor, dejando fuera los conflictos de conciencia.

Y entonces... el recuerdo de las matanzas de los alrededores de Kief volvió a grabarse a fuego en su mente. Chris tenía que dar el paso. Darlo pronto.

Ahora..., ahora...

Horst von Epp era su única posibilidad.

«Dalo —se azuzaba Chris—, dalo... Mañana podría ser tarde.»

—Quiero entrar en el *ghetto* —dijo Chris, espantado de su propio valor.

—Vamos, Chris —contestó Von Epp, disimulando su alegría—. Esto nos pondría a los dos bajo una luz desfavorable.

La paciencia interminable de Horst empezaba a dar fruto. Chris había guardado un naipe escondido en la bocamanga desde el principio. Su deseo de quedarse en Varsovia a cualquier precio... Su renuncia a tomar parte en fiestas, después de haberse ganado una reputación de libertino en otros lugares y ocasiones. Chris quería algo, Von Epp lo había comprendido desde el primer momento. Ahora jugaba el naipe con precaución.

—Tengo que ver a Rosenblum para resolver un sinfín de cosas que han quedado

en el aire.

—Si usted se empeña...

—Me empeño.

Von Epp levantó los brazos, «derrotado».

—De acuerdo. —Dirigió una mirada a su reloj. «Para un día es bastante», se dijo. Volvió entonces, la mirada hacia el coche, que les había seguido y estaba aparcado al pie del puente—. ¿Puedo llevarlo al interior de la ciudad?

—Iré andando. Le veré después.

—Procure cambiar de ideas en lo de entrar en el *ghetto*. —Horst se había vuelto vivamente al mismo tiempo que se encaminaba hacia su coche.

—¡Horst!

El alemán se detuvo para ver a Chris andando ceñudo hacia él, a punto de tomar una decisión tremenda.

—Supongamos que quisiera sacar a una persona del *ghetto*.

—¿A Rosenblum?

—No.

—¿A una mujer?

—Y a sus hijos.

—¿Quién es?

—Mi abuela.

Horst von Epp sonrió. Christopher de Monti había jugado su naipe. Cada hombre tenía su precio. Von Epp siempre lo descubría. Para la mayoría, pequeños sobornos..., favores. Esto servía para la gente de poca monta.

¿Christopher de Monti?, Duro. Un idealista en las garras del conflicto. El chantaje siempre daba resultado. Casi todo el mundo tenía alguna pista sucia que procuraba esconder. Von Epp también sabía descubrirlas.

Por más duro, idealista, decente que fuese un hombre, tenía su precio. Todo hombre tenía su punto flaco.

—¿Hasta qué punto le importa? —preguntó Horst.

—Hasta el máximo —susurró Chris, culminando su decisión, poniéndose él mismo a merced del alemán.

—Es posible conseguirlo, supongo.

—¿Cómo?

—Ella puede firmar papeles asegurando que no es judía. Como usted sabe, tenemos impresos de cartas para todas las ocasiones. Se casa con ella, adopta los hijos. Una formalidad de diez minutos. Luego la envía a Suiza como esposa de un ciudadano italiano.

—¿Cuándo puedo recoger el pase para ir al *ghetto*?

—Cuando hayamos establecido el precio.

—¿Como Fausto? ¿Mi alma al diablo?
—En efecto, Chris. El precio será crecido.

CAPÍTULO XXVIII

Andrei aguardó por espacio de dos semanas de inquietud y de mal humor antes de poder localizar al hombre a quien conocía por Roman, el comandante en Varsovia del novel Ejército Patrio.

Una y otra vez tenía que reprimir el deseo de volverse al *ghetto* con sus amigos. Al atardecer bebía copiosamente, y cuando empezaba a oscurecérsele el cerebro le invadían los remordimientos. Se había mostrado poco comprensivo respecto a la batalla de Alexander Brandel. Se había portado mal con unos amigos que creían en él.

Andrei rememoraba todo lo acontecido desde que estalló la guerra. Él era terco..., colérico. Quizá ya no servía para asumir un mando. Hubo un tiempo en que dominó su genio y se movió por toda Polonia en una misión tras otra.

Había combinado y puesto en marcha una Prensa clandestina. Había actuado con la cabeza serena y la mente rápida.

Pero siempre estallaba la cólera. Le dominaba poderosamente el impulso de arrojar lejos de sí toda contención y combatir.

¿Y Gaby? También en relación con ella le asaltaban los remordimientos.

¿Qué clase de vida le había proporcionado? La había apartado de un mundo en el que se movía a sus anchas, había exigido mucho de ella, dándole poca cosa, o nada, a cambio.

«Cuando me concedan un mando en el Ejército Patrio, quizá me lleven lejos de Varsovia. Entonces, acaso podrá olvidarme y encontrar el camino para una vida decente.»

Por último llegó, a través de una red supercauta de informaciones, el aviso de que Roman le recibiría. Siguió las instrucciones con una inmensa sensación de alivio. Un contacto en Praga. Un viaje de regreso cruzando el río con los ojos vendados. Dos docenas de giros falsos para hacerle perder el sentido de orientación. Unos hombres que, hablando en murmullos, le acompañaban por un camino de tierra. Una puerta, una habitación. ¿Dónde se encontraba? No lo sabía exactamente.

—Puede quitarse la venda de los ojos —dijo una voz de tenor en un polaco inmaculado.

Andrei acomodó sus ojos a las sombras de la habitación. Estaban en un cobertizo grande. Unas toscas cortinas cerraban el paso a la luz. Una lámpara de petróleo sobre un estante. Un catre. Unos aperos de hortelano.

A través de las oscilaciones de la luz, percibió la cara de Roman. Andrei había visto aquel tipo de hombre un millar de veces en un millar de sitios. Alto, erguido, rubio, frente alta, cabello ondulado. Ostentaba el destello indisimulable de la arrogancia perpetua del noble polaco. El desdén de un coronel de ulanos, el emblema

de superioridad, la línea burlona de los delgados labios. Andrei casi habría sabido narrar la historia de aquel hombre. Hijo de un conde. Gente acomodada. Mal uso de la riqueza. Mentalidad medieval.

Probablemente, antes de la guerra, Roman vivía en el sur de Francia. Y le importaba muy poco Polonia, como no fuera para ordeñar sus fincas hasta la última gota aprovechándose de una esclavitud feudal legalizada. Veía muy poca cosa del país, excepto durante la temporada de la vida de sociedad.

La apreciación de Andrei era completamente exacta. Como sucedía con muchos de sus especie, un «nacionalismo» polaco latente habíase apoderado de Roman después de la invasión. Roman se adhirió al Gobierno exilado en Londres porque era lo que estaba de moda. Londres se hallaba atestado de polacos que se reunían para oír a Chopin, recitar versos y revivir el recuerdo de la Varsovia de los «buenos tiempos antiguos».

Roman saltó en paracaídas a Polonia para actuar en el Ejército Patrio, siempre escena de romanticismo inmaturo. A pesar de vestir las prendas de un obrero, las debilidades de Roman brillaban casi como la llama de una fogata.

—Es usted perseverante, Jan Kowal —le dijo Roman a Andrei.

—Tanto como usted evasivo, ni un punto más —respondió Andrei.

—¿Un cigarrillo?

Americano, por su puesto. De nada servía llevar el nacionalismo hasta el extremo.

—No fumo.

Roman sí, fumaba. Con una boquilla larga.

—Usted es Androfski, ¿verdad?

—En efecto.

—Recuerdo haberle visto en Berlín, en las Olimpíadas.

Andrei empezó a experimentar la molesta sensación que había experimentado un millar de veces en presencia de los iguales a Roman. Sabía leer los pensamientos escondidos detrás de los ojos de aquel hombre.

«Un muchacho judío. En nuestra finca teníamos familias judías. Dos. Uno era el sastre de la población. Tenía un hijo judío con unos rizos sobre las orejas.

Yo le sacudía el polvo con mi fusta. Él no quería luchar..., sólo rezaba. El otro judío..., un comerciante en cereales. Ladrón. Estafador. Mi padre siempre le debió dinero.»

La leve, tensa sonrisa de Roman no podía desmentir el odio acunado por espacio de siglos.

—Temo que en la situación en que nos encontramos actualmente —dijo Roman —, ustedes no puedan esperar mucha colaboración de nosotros, por el momento. Quizá más tarde, cuando estemos mejor organizados.

—Usted no entiende bien mi misión —respondió Andrei— Yo no represento a

nadie más que a mí mismo. Deseo ponerme al servicio del Ejército Patrio. De preferencia en un mando de combate.

—¡Ah, comprendo! Esto arroja una luz distinta sobre el caso—. Los dedos delgados, elegantes de Roman acariciaron la larga boquilla—. Naturalmente, el Ejército Patrio no actúa en las condiciones de una fuerza militar en tiempo de paz. Toda nuestra gente son voluntarios. El mantenimiento de la disciplina no puede lograrse con medios tan simples como un día de encierro en el cuerpo de guardia o la pérdida del sueldo. La disciplina es cuestión de vida o muerte.

—No comprendo lo que trata de expresar.

—Esto, sencillamente. Nosotros deseamos evitar desde ahora que surjan problemas innecesarios.

—¿Tales como...?

—Mire, nosotros no solicitamos sus servicios. Podría darse el caso de que no consiguiéramos que nuestros hombres acatasen el mando de usted. Y usted podría sentirse más bien incómodo entre nosotros.

—¡No hay sitio para judíos!

—Prácticamente hablando, no.

—Su Ejército representa al Gobierno de Polonia. Treinta mil judíos murieron durante la invasión, vistiendo el uniforme polaco. —Andrei se interrumpió. Sabía que sus argumentos caían en oídos sordos. Ahora los ojos de Roman decían: «Si no fuese por los judíos no nos encontraríamos en esta situación». ¡Ah, sí! Tendrían unos cuantos judíos, en efecto. Andrei lo sabía. Un cupo razonable, un hermoso sistema de cupos semejantes a todos los sistemas de cupos en que se había visto durante la vida —. Le haré una contraoferta.

Conozco la manera de entrar y salir de cada uno de los dieciséis ghettos.

Déjeme organizar mi propia unidad del Ejército Patrio.

Roman le volvió la espalda.

—Mi querido... err.. Jan Kowal. Eso sólo serviría para aumentar los roces.

¿No lo comprende?

—Da asco —estalló Gabriela.

—No, debía saberlo de antemano.

—Y ahora, ¿qué?

—No puedo retroceder. Por la mañana salgo para Lublin. —La cara de Gabriela se puso pálida y demacrada. Tarde o temprano, Andrei llegaría a una conclusión espantosa—. Los bathyranos tienen una buena colección de pasaportes extranjeros y visados. En recuerdo de los viejos tiempos, me darán uno, y dinero suficiente para el viaje. Utilizaré la vía clandestina. Por este procedimiento hemos enviado a mucha gente fuera del país. Se entra en Alemania, hasta Stettin. Desde Stettin será cosa fácil

cerrar el trato con una embarcación para que me lleve a Suecia. Desde Suecia me iré a Inglaterra y luego me alistaré en las Fuerzas Polacas Libres. Sí me niegan un puesto de mando, me alistaré en el Ejército británico.

Gabriela escuchaba las palabras, una por una, con un espanto cada vez mayor. Andrei dejó de pasear.

—En este mundo habrá alguien que me deje combatir.

Gabriela movió la cabeza asintiendo. Lo sabía. Andrei no volvería a encontrar la paz hasta que hubiese podido devolver el golpe.

—Y de nosotros, ¿qué? —murmuró.

—Vete a Cracovia con los americanos. Thompson se ha marchado, pero todavía tienes amigos allí. Ellos te sacarán de Polonia. Nos encontraremos en Inglaterra, Gaby.

Gabriela se mordió el dedo y se echó el cabello hacia atrás, por encima del hombro, con gesto nervioso.

—No quiero separarme de ti, Andrei.

—No podemos viajar juntos.

—Todo esto me da miedo.

—No podemos elegir.

Andrei, el tuyo es un proyecto loco. ¡Pueden salir mal tantas y tantas cosas!

Si te marchas mañana y no vuelvo a verte...

Andrei le puso la mano sobre la boca con ademán cariñoso, luego la aprisionó entre sus brazos con su maravilloso estilo, que no había usado durante mucho, muchísimo tiempo.

—Y cuando nos reunamos, en Inglaterra, ¿sabes lo primero que haremos?

—No.

—¡Casarnos, mujer, casarnos, por supuesto!

—¡Tengo tanto miedo, Andrei!

—Ssssitt... —Andrei le acarició el cabello y le pasó la mano por la nuca y ella runruneó y sonrió débilmente—. Tengo que ir al *ghetto*. Hay unas cuantas cosas en mi piso. Nada de valor, como no sea el sentimental. Me gustaría darlas a Rachael, a Stephan y a Deborah. —Andrei se separó de su amada y se puso la gorra—. Es raro..., yo quería ver a Stephan en su *bar mitzvah*. Bien, ahora no importa.

—Vuelve pronto, cariño.

El regreso al *ghetto* después de los días de ausencia le impresionó. Durante las pocas semanas que había estado fuera, la situación había empeorado con una rapidez espantosa. El invierno se acercaba y el cuadro de los cadáveres por las calles era cosa corriente. El hedor de la muerte, el gemido apagado de la miseria y la befa de la sentencia que acechaba a todos extendían una mortaja gris sobre el sol del mediodía.

Andrei metió la mano en la rendija del buzón de la correspondencia con la

esperanza de que quizá encontraría los brazales de Wolf y Rachael. En este caso tendría ocasión de hablar con ellos, de decirles unas cuantas palabras...

El piso estaba como él lo había dejado. Andrei dirigió una mirada a su alrededor. La biblioteca. Unos libros para Wolf, otros para Stephan, a fin de que los leyesen más tarde... si había un más tarde. Los adornos que en otro tiempo tuvieron un brillo cegador y embellecieron su uniforme se habían empañado.

Andrei los echó dentro de una caja, junto con sus medallas. Stephan querría guardarlos.

Los discos y el tocadiscos para Rachael.

¿Qué más había? Muy poco. Un organizador sionista no tenía tiempo para acumular tesoros personales. Era una vergüenza que tan pocas cosas tangibles dieran prueba de lo que había significado aquel cuarto zarrapastroso. En otro tiempo albergó mucha felicidad.

El álbum de fotografías. Los retratos, con marco ovalado, de mamá y papá.

El retrato de su propio *bar mitzvah*. Esto lo querría Deborah.

¿Debía ver a Alex? ¿A Rosy? ¿A Susan Geller? Le dijeron que Rosy y Susan se habían casado. Debían hacerlo, en verdad. ¡Diablos! Las despedidas eran un asunto enojoso.

«Dejémoslo. Aquí no se desea buen viaje.»

Andrei se sentó a la mesa y escribió un billete, que estaba seguro que Rachael y Wolf recibirían, repartiendo sus cosas y diciéndoles adiós.

Lo secó y lo dobló.

La puerta se abrió con un chirrido y volvió a cerrarse. Simon Eden estaba en la habitación con él.

—Las malas noticias se saben pronto —dijo Andrei.

—Teníamos montadas aquí una guardia de veinticuatro horas diarias.

Confiábamos en que volverías.

Andrei no quería ponerse a discutir con Simon. No quería que nada le hiciese cambiar de ideas, que nadie le arrojase a un torbellino de dudas, ni apelase a su fidelidad, ni pulsara la cuerda de la compasión. Había tomado una decisión firme.

—Me he pasado la vida discutiendo —apresuróse a decir—. No quiero una discusión ahora.

Simon Eden sabía de sobra que las palabras de Andrei expresaban una realidad: «Dos judíos les darán a ustedes tres opiniones distintas». La vida de Simon había sido un debate continuo. Interpretaciones de detalles.

Interpretaciones de las interpretaciones. Las clases del sionismo, las variedades de judaísmo. Cada hombre era un crítico literario y musical eminente. Cada hombre sabía todas las soluciones de todos los problemas. Debatir..., hablar, hablar, hablar, hablar...

—No he venido para discutir. Únicamente para preguntarte qué vas a hacer. Mi gente de la parte aria me ha dicho que te pusiste en contacto con Roman. ¿Te ha dado un empleo en el Ejército Patrio?

—No quieren a nadie que no sea un polaco con diez generaciones de sangre roja y pura.

—Yo te lo habría podido avisar de antemano. A los judíos que se encuentran en las filas de los partisanos les asesinan para quitarles las botas y las armas. Habría podido anunciarte también que el Ejército Patrio no respaldará unidades judías. ¿Vas a ver si todavía lo consigues?

—Creo que sí.

—Característica extraña y maldita la nuestra, Andrei. Somos una raza de individualistas como no hay otra. Defendemos con furia salvaje nuestro derecho a buscar la verdad cada uno por su lado. A veces da risa el número de soluciones que tenemos para el mismo problema, o nuestra, capacidad por enredar un caso sencillo a copia de conversación.

—La falta de unidad fue lo que nos perdió en Jerusalén en los tiempos antiguos —afirmó Andrei—. Es el mismo condenado defecto que nos destruirá ahora aquí.

Hablaban sin cólera. Simon era un hombre a quien Andrei tuvo siempre en gran estima por su energía y por su habilidad sin par por mantener unidas una docena de facciones de judíos enzarzados en diferencias ideológicas.

—Tú dices que el individualismo es una debilidad. Convengo en que lo ha sido, a veces. Pero, al mismo tiempo, es también nuestra gran fuente de vigor.

La búsqueda constante de la verdad realizada por un hombre solo, ha sido la clave de nuestra supervivencia.

—No me tiendas trampas, Simon. He dicho que no quería discutir. Ahora me estás metiendo en el cepo de una discusión sobre mi derecho a discutir.

—¿Puedo decir que te habías prometido demasiado?

—¿Yo? Lo único que he querido hacer ha sido...

—Sé de sobras qué es lo que has querido hacer. ¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez que no tenemos seiscientos mil Andreis Androfskis en el *ghetto*? Son sólo gente corriente que se aferra a un hilo de vida. Son gente que se aferra a una *Kennkarte* mágica, que les permita trabajar como esclavos. Algunos llegan al extremo de vender los cuerpos de sus hijas... Ruegan, suplican.

—¡Sin jefes! —estalló Andrei.

—¿Olvidas que este país ha sido pisoteado y sus jefes asesinados? ¿Te atreves a sostener que Alexander Brandel no es un jefe? ¿Te avergüenza el coraje de Wolf Brandel? Andrei, Alex no oye nada ni ve nada sino el llanto de los niños hambrientos. Su único dogma es el de meterles alimento en el estómago. Y así te condenes, a su propio modo ha sostenido una guerra formidable.

Andrei abandonó la silla.

—Gracias por la conferencia.

Simon le cogió del brazo.

—Escúchame todavía un minuto más.

Andrei se soltó. Simon no rogaba ni suplicaba, y él le apreciaba demasiado para librarse de su presencia de cualquier modo.

—Sigue.

—Tú has ido a suplicar que te dejasen morir estúpida, irracionalmente, en el anónimo, en vano. No se formará ningún ejército clandestino hasta que el pueblo quiera uno. Estamos llegando a fin de año, y en 1942 la gente querrá un ejército. Se entera de las matanzas del Este y ve que el porcentaje de defunciones en el *ghetto* asciende al número de un centenar por día. La gente ya no tiene miedo a las represalias, ni está tan seguro de que la solución de Brandel sea la que le permita sobrevivir. Andrei, Cada idea, cada pensamiento de los hombres, es bueno o malo según que se produzcan o no en el momento preciso.

Antes no era el momento adecuado para una fuerza combatiente. Ahora empieza a serlo. La gente va pensando más en ella. Habla de ella. Empieza a conspirar. A pensar en términos de armas.

Andrei volvió a sentarse en la silla. Simon se erguía ante él grabando sus argumentos al fuego, con pasión.

—¡Cuánto se ha perdido! —susurró Andrei—. ¡Cuánto hay que hacer!

—Ponte en contacto con Roman otra vez.

—¡Aquel canalla!

—No te fijes en tus sentimientos particulares. Exígele armas.

—¡Diablo, estás loco, Simon! Es demasiado tarde. El Ejército Patrio no nos dará otra cosa que evasivas. Piotr tiene una cuadrilla de vampiros, y la Gestapo millares de informadores. Los contactos que poseemos en la parte aria valen poco. No existe verdadera unidad. No tenemos ninguna fuerza para procurarnos armas.

—¿Qué pides tú? ¿La victoria o el derecho a luchar?

—¿Estás conmigo ahora, Simon? ¿Estás conmigo de veras?

Simon hundió la mano en el bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes. Todos de cien *zlotys* cada uno.

—Compra armas —dijo.

Desde el momento en que Gabriela oyó cuán ligeros sonaban los pasos de Andrei, conoció que había ocurrido un acontecimiento estupendo. Andrei abrió la puerta de par en par, con cara sonriente, arrojó el dinero sobre la mesa, cogió a Gabriela y le hizo dar un sinfín de vueltas.

Por primera vez desde que estalló la guerra, parecía gozar de serenidad.

Había mucho camino que recorrer y sus propios compañeros le combatirían incesantemente, pero, por Dios, pensaban ya como él. Comprendían, hasta cierto punto, que habían de buscar medios para defenderse.

Demasiado poco..., demasiado tarde..., pero no parecía que importase.

CAPÍTULO XXIX

Chris aparcó su coche delante de la entrada del *ghetto*, de cara a la plaza de las Puertas de Hierro. Un miembro de la Policía Azul polaca, con la barba sin afeitar, examinó su pase sin dejar de escarbarse los dientes con la uña del dedo meñique, y ordenó con un ademán que levantasen la barrera.

Unos pasos más allá del muro; un par de malcarados con largas chaquetas grises y las botas relucientes como un espejo comprobaron la documentación del periodista.

Chris se orientó rápidamente. Sabía por Rosy dónde era más probable que encontrase a Deborah. Donde tenía más probabilidades de verla a solas era en el orfanato de la calle Niska. El *ghetto* estaba lleno de espías y de informadores. No obstante, Chris comprendía que Horst von Epp era, a la vez, demasiado inteligente y tenía demasiada mundología para emplear la burda táctica de hacerle seguir. De un modo u otro, Horst le tenía en el puño. Pero si quería extremar la suerte, se arriesgaba a que su presa buscara un refugio.

Chris siguió a lo largo de la pared, al otro lado de la cual el «corredor polaco» dividía los dos ghettos. De pronto, se detuvo. ¡Allí! Al pie de las escaleras del puente. El cadáver de una mujer sin más que piel y los huesos. En los puntos donde los salientes de los huesos levantaban la piel, se formaban unos grandes círculos lívidos. Chris retrocedió unos pasos. En el frente del Este había visto cadáveres a millares —se acordaba de la matanza—, pero... aquí..., ¡muertos de hambre! Esto era diferente. Los peatones daban un rodeo, sin que nadie prestase la menor atención.

Chris subió las escaleras del puente y se vio aprisionado por el alambre espino. Entonces bajó la vista hacia el «corredor polaco». ¡Cuántas veces se había plantado en aquella calle, mirando hacia arriba, adonde estaba ahora, confiando poder ver a Deborah! Allí le habían cogido y aporreado. Luego cruzó el puente a toda prisa y descendió las escaleras hacia el *ghetto* grande.

Le saludaron unas altas paredes protegidas con alambre espino que rodeaban la fábrica de uniformes del doctor Franz Koenig. Al otro lado de las alambradas, los trabajadores esclavos, medio muertos de hambre, se movían lentamente. Los guardias de la Milicia Judía, en cambio, andaban de un puesto a otro con movimientos vivos, arrogantes.

A cada paso que daba, sus ojos veían una viñeta más de escualidez, de sufrimiento. Cada nuevo paso le revolvía el sensible estómago a riesgo de hacerle vomitar. Tendidos ante él aparecieron los restos harapientos, cubiertos de piojos, de lo que en otro tiempo había sido un ser humano.

El mosaico de miseria, el decorado de horrores se convirtió en una mancha confusa. Ahora entraba en una plazoleta.

—¡Brazales! ¡Compren brazales!

—Libros en venta... A veinte *zlotys* la docena...

«Spinoza» por un penique. El talmud por diez centavos... Un acopio de sabiduría de toda una vida.

—Compradlo a montones para encender fuego... Alimentad a mi familia un día más.

—¡Colchones en venta! ¡Garantizado que están libres de piojos!

Dos chiquillos le cerraron el paso a Chris. Encorvados, apenas humanos.

—¡Señor, un *zloty*! —gimió uno.

El segundo, un hermanito —o hermanita— menor, estaba demasiado débil para llorar pidiendo comida. Sólo los labios temblaban.

—¿Desea la compañía de una dama? Una hermosa chica virgen de buena familia Hassidim. Sólo cien *zlotys*.

—El violín de mi hijo. Importado de Austria antes de la guerra... Por favor, es un hermoso instrumento.

—Señor, ¿cuánto me da por mi anillo de boda? Oro macizo.

Una larga cola de seres flacos, andrajosos, recogiendo la limosna de un caldo acuoso en un comedor gratuito. La hilera se empujaba adelante, pisando fatigada el cadáver de uno que había muerto en el camino hacia la mísera sopa.

Un anciano se desplomó de hambre en el arroyo. Nadie le miraba.

Contra una pared, un chiquillo recostado, cubierto de llagas y picaduras de piojos, y ardiendo de fiebre, gemía lastimeramente. Nadie le miraba.

Los altavoces bramaban:

— *Achtung*! Todos los judíos del Grupo Catorce se presentarán mañana a las ocho en punto a la Autoridad Civil Judía, a fin de ser deportados para un trabajo voluntario. Al que deje de presentarse para el trabajo voluntario, se le podrá imponer la pena de muerte.

Los «reyés» de los Siete Grandes, dueños de la harina, la carne y los vegetales, realizaban sus trueques a la quieta, en murmullos, arrimados a las paredes, dentro de alcobas, en los patios.

Un sargento nazi del Cuerpo Reinhard de *Sieghold Stutze* estaba de pie en el centro de la calle Zamenhof, Rikshas a pedales, la moda corriente en materia de transporte, pasaban en arco por su vera. Todos los conductores se paraban delante del «amo» se quitaban la gorra y se inclinaban en una reverencia.

¡Clang! ¡Clang! El bulto tremendo del autobús rojo y amarillo con la enorme estrella de David delante y en los costados.

—¡ *Achtung*! ¡Escuchad, judíos! Por la presente quedan invalidados los sellos de racionamiento para alimentos verdes.

Otro cadáver..., otro..., otro...

Carteleras llenas de mandatos.

POR ORDEN DE LA AUTORIDAD CIVIL JUDÍA
EL EDIFICIO DE LA CALLE GENSIA NUMERO 39
ES DECLARADO CONTAMINADO

Las paredes lucían cantos desgarrados de carteles y publicaciones del movimiento clandestino, que la Milicia Judía había arrancado.

¡La Milicia Judía! Gorda y brutal, golpeando con sus porras a un rebaño de desventuradas muchachas, mientras las empujaban hacia el norte, destinadas a trabajar en la fábrica de cepillos.

Chris se dobló sobre el asiento, delante de la mesa del despacho de Susan Geller, en el orfanato. Tenía la cara amarilla, el estómago revuelto, presto a rebelarse por un solo cuadro más, por un hedor más.

Susan cerró la puerta y se quedó de pie delante del periodista. Chris se levantó con dificultad.

—Lamento no haber podido llegar antes —dijo—. Regresé del frente y me metí en un altercado. Ya sabes que tengo muchas dificultades para entrar aquí.

Susan permanecía inmóvil, sin decir palabra. Él añadió:

—He tratado de conseguir el retorno de Rosy.

—Estoy segura de que ha hecho todo lo que ha podido —respondió ella, fríamente—. Ervin no pierde nada estando en el *ghetto*. Con su nariz de judío, los maleantes le atacarían continuamente, a pesar de los documentos que le concedían la inmunidad.

—¿Dónde está, Susan?

—Vivimos en Mila, 19, con los otros.

Chris refunfuñó:

—Santo Dios, ni siquiera os he traído un regalo de bodas.

—No es necesario.

—Susan, ¿puedo hacer algo? ¿Algo que queráis o necesitéis?

Susan anduvo hasta la puerta vidriera que daba sobre un mar de catres amontonados conteniendo un centenar de niños abatidos por el tifus. ¿Hacer?

—Ésta es, sin duda, la frase más banal de todos los tiempos.

La frialdad de la joven hizo mella en Chris.

—Susan, ¿qué he hecho?

—Nada, Chris. Pero hay una cosa que sí puede hacer. Será un regalo de bodas valiosísimo para mí y para Ervin. Ya sabe a qué clase de trabajo se dedica mi marido. Le ruego a usted que no le delate a los alemanes.

—Me pesa mucho que creas necesario pedírmelo.

Susan se volvió hacia él.

—Por favor, señor De Monti. Nada de discursos sobre el honor y la humanidad.

—Rosy es amigo mío..

—Horst von Epp también es amigo de usted.

Chris se hundió en la silla, abrumado.

—Lamento las frases desagradables, Chris. Vivimos en unos tiempos desagradables. Cuando una persona lucha por sobrevivir es capaz de tratar con aspereza a un antiguo amigo. Ahora, si permite que vuelva a mi trabajo...

—Quiero ver a Deborah Bronski.

—No está aquí.

—Sí, está.

—No quiere verle.

—Tendrá que verme.

—Le transmitiré el mensaje.

—Susan, antes de que te vayas... Habéis sido amigas íntimas desde hace muchos años...

—Fuimos las dos únicas judías a las que se permitía estudiar en una clase de cincuenta enfermeras. Íbamos siempre juntas por instinto de conservación.

—¿Estás enterada de...?

—Ervin es mi marido. Tiene confianza en mí.

—Tengo la posibilidad de sacarles a ella y a sus hijos fuera de Polonia.

Susan Geller, que ya estaba en la puerta, retrocedió. Su cara vulgar revelaba claramente un profundo asombro. Eran muchas las cosas de Christopher de Monti que no le gustaban. Algo había en él que la hacía pensar en un noble polaco, a pesar de su lealtad para con Ervin. De lo único que Susan no dudaba respecto a Chris era de su amor por Deborah Bronski.

—¿Puedes ejercer alguna influencia sobre ella?

—No lo sé —respondió Susan— En esta situación angustiosa a la gente le pasan cosas raras. La mayoría de personas hace lo que sea por sobrevivir.

Muchos pierden por completo el alma, su sentido de la moralidad queda hecho añicos, se convierten en débiles masas de gelatina. Unos pocos, muy pocos, parecen encontrar fuentes increíbles de energía. Deborah se ha convertido en un símbolo único de espíritu humanitario para docenas de chiquillos. Yo diría que una mujer de menos temple se agarraría a la oportunidad de huir.

—Dile que la estoy esperando —atajó Chris.

Chris necesitó todo el dominio que poseía para reprimir el impulso avasallador de estrechar a Deborah entre sus brazos. Deborah estaba delgada, en su cara aparecían las huellas de la fatiga. Pero no recordaba haberla visto nunca tan hermosa. Sus ojos pregonaban una compasión que sólo se consigue por el sufrimiento. Ambos se quedaron en pie, uno frente al otro, con la cabeza baja.

—En todos estos meses no he dejado ni por un minuto de tener hambre y sed de ti —dijo bruscamente Chris.

—No es momento ni lugar de escenas para la galería —respondió ella, secamente —. He aceptado verte, sólo para evitar una discusión embarazosa.

—¡Ah, la gran piedad que prodigas! ¿No queda ninguna para mí? No tienes una palabra de consuelo por las horas que me he pasado debajo del puente rezando por poder verte un instante? ¿No te queda una pizca de compasión por las noches que me he emborrachado hasta perder el sentido, enfermo de soledad?

La aspereza huyo del alma de Deborah. Había sido cruel. Se sentó, juntando las manos sobre el regazo.

—Escúchame sin prisas ni cólera —suplicó Chris—. Puedo sacaros de Polonia a ti y a los niños sin que corráis riesgo alguno.

Deborah parpadeó y arrugó la frente como si de verdad no comprendiese lo que le estaban diciendo. Luego dirigió una mirada fugitiva a Chris.

—¿No comprendes lo que te digo?

—¡Hay tanto trabajo aquí! Cada día perdemos dos, o tres, o cuatro de nuestros niños.

—Deborah, los tuyos mismos recomiendan la fuga. No es ningún pecado.

Debes a tus hijos el don de la vida.

Deborah se turbó. Trataba de anudar un hilo de lógica.

—Mis hijos son fuertes. Lucharemos contra esta situación como una familia unida. Rachael y yo trabajamos...

Chris se arrodilló delante de Deborah.

—Escúchame. Yo estuve en la toma de Kief. Antes de una semana de haber entrado los alemanes, los Kommandos especiales de acción cogieron en una redada a cerca de treinta y cinco mil judíos. Los sacaban de los sótanos, de los retretes, de las cuadras. Los ucranianos les ayudaban a cazarlos por una ración suplementaria de carne. Luego los conducían en rebaño a un suburbio llamado Babi-Yar: Hoyos de la Abuela. Los desnudaban por completo, un millar cada vez: hombres, mujeres, niños. Los hacían poner en fila en el borde de los hoyos y les disparaban por la espalda. Después los cosían a bayonetazos... Luego los cubrían con cal... y luego llevaban allí a otro millar. Treinta y cinco mil en tres días. Y los ucranianos prorrumpían en hurras cada vez que los fusiles soltaban sus ladridos. Una demencia rara se ha apoderado de los alemanes.

La incredulidad empañaba la mirada de Deborah.

—¡Lo vi con mis propios ojos!

—Paul nos conservará la vida.

—Paul te ha puesto en esta situación. Se ha deshonrado y se ha vendido tan por completo que los alemanes jamás permitirán que viva.

—¡Paul lo ha hecho por nosotros!

—Tú misma no crees lo que dices. Paul lo ha hecho por Paul. Ahora escucha. Tú te marcharás. Yo cuidaré de que te cojan y te saquen aunque no quieras, antes que dejarte morir aquí.

—Nunca más volverás a tocarme.

Chris movió la cabeza asintiendo.

—Lo sé —dijo con voz débil—. Me he resignado ya al tormento de no volver a verte jamás. Ya sé que si Paul se queda aquí, nosotros no podremos vivir juntos. Pero esto no me importa. Lo único que quiero es que vivas.

—No puedo abandonarle —replicó Deborah.

—¡Pregúntaselo a él! Me figuro que consentirá que tú y su hijo y su hija muráis, antes que hacer frente solo a la situación.

—Eso no es verdad.

—¡Pegúntaselo!

Deborah quiso abrirse paso hacia la puerta, pero Chris le atenazó los brazos. Deborah intentó una resistencia inútil. Luego se irguió, muy rígida.

—Te perseguiré, Deborah. Todos los días y todas las noches te estoy esperando al otro lado del muro.

—¡Suéltame!

—¿No has tenido bastante castigo? ¿Deseas también la muerte de tus hijos como parte de la penitencia?

—¡Por favor, Chris! —suplicó ella.

—Dime que no me amas y quedarás libre de mí.

Deborah se apoyó en él, apoyó la cabeza en su pecho y sollozó tiernamente.

Los vigorosos brazos de Chris la rodearon con dulzura.

—Éste es mi pecado mayor: que todavía te amo —gimió ella.

Los brazos de Chris se quedaron vacíos. Sus ojos vieron desaparecer a Deborah por entre los catres de la sala.

Paul dormitaba en el sillón tapizado. Estaba enfermo de ansiedad por sí mismo desde que los alemanes cerraron la Autoridad Civil y trasladaron su sede al *ghetto* grande, a Zamenhof y Gensia, al edificio de la antigua oficina de Correos. Ellos también tendrían que trasladarse pronto, estaba seguro. Casa por casa, los alemanes vaciaban el *ghetto* pequeño, volcándolo sobre el del sur.

Deborah le observaba, mirándole por encima del libro. En ciertos momentos, la mente de Paul se quedaba en blanco en mitad de una frase y los ojos se fijaban en el vacío. Luego musitaba unas palabras en un esfuerzo por volver a la realidad. Paul quería dormir, solamente dormir. Para desterrar de su espíritu el tormento de los mandatos alemanes, cada vez tomaba dosis mayores de píldoras.

Los hijos nunca lo decían, pero Deborah se daba cuenta. Se daba cuenta de que se avergonzaban de su padre.

«Dios mío, ¿por qué he tenido que ver a Chris? Ningún ser humano racional sabría evitar que le dominase la idea de abandonar esta cámara de horrores.»

Cada día, Deborah contaba con menos medios para remediar los gemidos de los chiquillos míseros del orfanato. Babi-Yar... ¿Sucedería lo mismo en Varsovia? ¿Tenía derecho a negar a Stephan y Rachael una tentativa para salvar la vida?

Dudaba de que Rachael quisiera marcharse. Había hecho de su hija una mujer a la edad de diecisiete años. Tenía la convicción de que el mayor pecado hubiera sido acatar los dogmas morales de la sociedad y encontrarse cualquier mañana con que el muchacho había desaparecido para siempre y su hija llevaba la cruz de la soledad insatisfecha. Era poco lo que hubo entre ellos, y durante poco tiempo. Sin embargo, Rachael no abandonaría a su amado. Deborah lo sabía con la misma certidumbre que sabía que ella no abandonaría a Paul.

Quizá debería enviar fuera a Stephan, solo. Sthephan era un chiquillo tenaz, muy semejante a su tío Andrei. Siempre anhelando luchar. Stephan se rebelaría.

¿Y si se lo preguntase a Paul? ¿Les dejaría marchar o preferiría que muriesen primero? La debilidad de Paul por sobrevivir a cualquier precio, ¿era tan grande y dominadora que llevaría a su familia al desastre total, empujado por el terror?

Paul abrió los ojos parpadeando y vio que las negras pupilas de Deborah le escudriñaban interrogativamente.

—Me habré dormido —dijo, medio atontado—. ¿Qué pasa, querida? ¿Por qué me miras de ese modo?

Deborah se estremeció al darse cuenta de que él no la había oído.

—¿Ocurre algo anormal, Deborah? ¿Quieres preguntarme alguna cosa?

—No —contestó ella—. Ya sé la respuesta.

CAPÍTULO XXX

Anotación en el diario

Si quieres conocer el cine,
el viaje no te hará mella;
el ghetto es como Hollywood,
todos tienen una ESTRELLA
OBSEQUIOS DE NATHAN «EL Loco»

Ervin Rosenblum ha realizado una labor estupenda como secretario cultural de Huérfanos y Ayuda Mutua. Ahora tenemos una Orquesta Sinfónica del Ghetto, completa, quince obras teatrales en "yiddish" y en polaco, una escuela secreta en cada orfanato, tanto para la instrucción primaria como para la formación religiosa, exposiciones de arte, polémicas, lectura de poesías, etcétera, etcétera. Varios artistas individuales han formado "troupes" que actúan hoy un sitio y mañana en otro. La más conocida es Rachael Bronski, quien ha debutado en la orquesta sinfónica interpretando el Segundo Concierto, de Chopin. La llaman "El Ángel del Ghetto". ¡Qué lástima que Emanuel Goldman no esté entre los vivos para ver el gran talento de esa chica!

Pero... nuestra situación continúa empeorando. El número de defunciones principalmente a causa del tifus y el hambre, va en aumento: julio, 2.200; agosto, 2,650; setiembre, 3.300; octubre, 3.800. Hasta la fecha, en noviembre ha habido un promedio de ciento cincuenta por día. Cosa rara, el porcentaje de suicidios continúa descendiendo.

Conclusión: los más débiles ya se dieron muerte en los días pasados. Los demás están decididos a sobrevivir. Todas las mañanas, las familias depositan cadáveres nuevos en las aceras. No hay dinero para entierros. Los "equipos sanitarios" vienen con carritos de mano, cargan los cadáveres (veinte o treinta por carro), y los llevan al cementerio a enterrarlos en fosas comunes. El espectáculo de la muerte y de la inanición ya no impresiona a nadie. Tenemos que inmunizarnos. ¡Qué calamidad!

Los comestibles llegan diariamente a Transferstelle. No hay bastantes para alimentar a todo el mundo. Los Siete Grandes han elevado tanto los precios, que Huérfanos y Ayuda Mutua apenas pueden conseguir sino las raciones

mínimas escuetas. Virtualmente, los Siete Grandes dominan todas las tahonas autorizadas. Los panaderos son los "reyes" del ghetto.

El contrabando se ha convertido en una manera de vivir. Nadie puede ponerle coto.

Napoleón lo intentó y fracasó. Los alemanes no pueden cortarlo. Aunque fuesen escrupulosos y honrados, no podrían. Todos los guardias están corrompidos, la Milicia Judía en el interior, los Polacos Azules y los alemanes en el exterior. ¿Y por qué se habrían de empeñar los alemanes en suprimir el contrabando? Todos sus empleados de mayor categoría tienen los bolsillos forrados con el dinero de las gratificaciones.

El contrabando adquiere todas las formas, desde las primitivas hasta la de transacciones perfectamente organizadas. En su forma más elemental, unos chiquillos menudos y listos corren por ahí, y atraviesan la pared del ghetto por alguna grieta, o salen por uno de la media docena de túneles que la cruzan por debajo del suelo. De estos niños, algunos son meros proveedores de sus familias. Se arriesgan a pasar a la parte aria para espigar en los cubos de basura, hacer trueque, si tienen algo que trocar, pedir limosna en las plazas, o hurtar. Un pobre niño se quedó atascado en una grieta de la pared, y recibió a la vez los golpes de la policía de dentro y los de la de fuera del ghetto.

El punto principal del transferencia de géneros de contrabando se encuentra fuera del ghetto, allí donde los cementerios católico y judío tiene una pared común. A esa pared le han abierto brecha en una docena de sitios y viene a ser una especie de "zona de libre comercio". Los sepultureros encargados de abrir las fosas colectivas son los enlaces principales. Sin embargo, uno tiene que pertenecer al consorcio más encumbrado de contrabandistas para servirse de los cementerios.

No sería preciso decirlo, los Siete Grandes son los que tienen el negocio mejor montado y más provechoso. Han sobornado a todo el mundo, desde el primero al último.

No obstante, de tarde en tarde los alemanes representan la comedia y cogen a un contrabandista de los Siete Grandes y lo fusilan. De este modo, se da la sensación de que Kleperman no está confabulado con los alemanes. Estoy seguro de que le avisan por anticipado.

Las Siete Grandes colocaron una tubería subterránea debajo del muro para entrar leche desde la parte aria. Los sacos de harina y otros géneros los echan por encima del muro en horas y lugares señalados. Salen de la nada unas escaleras de mano, se apoyan contra la pared, y en tres o cuatro minutos —mientras el guardia se vuelve de espaldas—, hete ahí que ya están los géneros dentro. Los Siete Grandes han construido incluso una rampa portátil por medio de la cual entraron en el ghetto una vaca viva.

El epítome del arte del contrabandista lo constituyen los entierros solemnes (que sólo pueden permitirse los ricos). Los Siete Grandes administran las licencias para inhumar. Sus coches fúnebres vuelven a entrar en el ghetto, indefectiblemente, con algo así como una tonelada de mercancías. Según me han dicho, cuando el negocio flojea, los Siete Grandes montan la comedia de unos entierros ficticios, transportando féretros vacíos.

Para gobernar los precios, los Siete Grandes venden sólo parte de sus mercancías.

La escasez eleva el precio. Almacenan comestibles en sótanos repartidos por todo el ghetto. Me han dicho que en Mila, 18, al otro lado de la calle, enfrente mismo de nosotros, hay uno de los escondrijos más importantes. Un contrabandista "independiente", Moritz Katz, dirige una banda desde Mila, 18.

Una singularidad. El caprichoso límite del "corredor polaco" pasa por la calle Leszno. La pared divide el edificio del juzgado por la mitad de modo que se puede entrar en él por dos puntos. Los judíos entran desde el ghetto, por un sótano. Los polacos usan la puerta principal, que está en la parte aria. Las entrevistas tienen lugar en determinadas salas, oficinas y pasillos. Los representantes "autorizados" de Kleperman poseen su espacio en el edificio del juzgado, casi del mismo modo que uno alquila un asiento en la Bolsa (o una prostituta de Londres tiene su lugar señalado en la acera).

Mediante una comisión, los representantes "autorizados" de Kleperman permutan oro, dólares y piedras preciosas.

El cuadro más terrible de todos los del ghetto lo proporcionan los pequeños rateros.

Unos niños que se mueren de inanición merodean por las proximidades de las panaderías, y, empujados por el hambre, cogen de un zarpazo el pan de los

parroquianos que salen. Mientras corren se lo comen. Menudea el caso de que a uno de esos niños le dejen medio muerto de una paliza mientras se llena la barriga de pan.

El Club de la Buena Camaradería nombró un comité especial para analizar el misterio, siempre elusivo, de cuál será el verdadero propósito de los alemanes. Hemos reunido información acerca de las matanzas en el Este. Hay, concretamente, cuatro grandes grupos de "Kommandos de Acción", hombres de las SS entrenados para llevarlas a cabo.

Grupo A: Mandado por el mayor general de las SS, Franz Sthalecker en el sector Báltico-Leningrado.

Grupo B: Mandado por el general de la SS, Arthure Nebe, en la Rusia Blanca.

Grupo C: Otto Rasch (¿qué rango?) en Kief, en el frente sur. De su cerebro parece haber nacido la matanza de treinta y tres mil personas en Babi-Yar, en el espacio de tres días.

Grupo D: Mayor general de las SS, Otto Ohlendorf (¿es el distinguido ingeniero de los tiempos de la preguerra? Cuesta creerlo) en Rusia central.

El método es siempre el mismo. Realizado el encierro, las víctimas cavan sus propias fosas, son desnudadas y se las mata a tiros por la espalda. Por lo visto, el procedimiento divierte a los moradores de la localidad, los cuales prestan toda su cooperación. Las SS han ampliado sus filas con ucranianos y lituanos. Hasta el momento, tenemos noticias de matanzas en Rovno, Dvinsk, Kovno y Riga. Dicen que en Wilna fusilaron a setenta mil personas.

Estamos tratando de determinar qué tretas nuevas planea la política general alemana, y en qué sentido nos afectan a nosotros, los de Varsovia y los del Área del Gobierno General, estas matanzas. ¿Han calculado ya los alemanes la cantidad de personas que necesitarán para tener en marcha las fábricas alimentadas con trabajo esclavo? Es obvio que los grupos de acción los prepararon anticipándose a la invasión de Rusia.

Ervin Rosenblum desarrolla la teoría de las "excusas" alemanas. Nuestros amigos se toman un trabajo extraordinario intentando demostrar su "inocencia" y establecer sus "justificaciones". Ello significa, por supuesto, que saben que cometen un crimen y que creen necesario borrar la pista.

Los nazis han bastardeado el idioma alemán con sus expresiones como "alegría por el trabajo", "raza aria dominadora", "espacio vital", "destino alemán", "los fieles", "pueblo de la nación", "führer", "tratamiento inhumano de las minorías étnicas", etcétera, etcétera...

También el texto entero de su conducta para con los judíos lo han compendiado en este "lenguaje" nuevo. Las "teoría" fundamental es que los judíos han sido siempre los enemigos del pueblo alemán y por ello tratan de destruirlo; en consecuencia, los alemanes deben destruir a los judíos en "defensa propia". Aluden a la competencia económica con retratos clásicos del judío taimado que "ha odiado siempre al alemán" y le roba el derecho de ganarse la vida.

Aquí van unos ejemplos de su lenguaje de doble significado: Reserva = ghetto.

Botín de guerra legítimo = bienes robados o confiscados a los judíos.

Contaminado = que va a ser confiscado.

Medidas de saneamiento = una excusa para proceder a ejecuciones en masa.

Sinsabor = la perpetración de asesinatos colectivos.

Muerto cuando trataba de escapar = una frase corriente que aplican a quienes son asesinados en la cárcel.

Reacomodación = deportación acompañada de la confiscación de todos los bienes.

Trabajo voluntario = trabajo esclavo.

Infrahumanos = judíos, eslavos, gitanos, prisioneros políticos y comunes, clérigos, homosexuales (que no sean alemanes) y otros seres inadecuados para respirar el aire ario.

Cruzamiento = la excusa para "desembarazarse de infrahumanos" que contaminarían las descendencias de pura sangre alemana.

Bolchevique, aprovechado, fabricante de guerras = calificativos utilizados casi siempre delante de la palabra "judío" para acentuar la identificación.

Ahora bien, según teoriza Silberberg, el dramaturgo, los alemanes ponen una voluntad fantástica en convencerse a sí mismos de lo que están diciendo. Las acrobacias verbales se aplican hasta la saciedad. Punto básico: Para vivir en el ghetto, uno tiene que faltar a la ley. Por lo tanto, todo el que sigue con vida es un criminal y puede ser ejecutado legalmente. ¿Increíble?

He ahí algunas de sus "pruebas":

Soportarán fatigas tremendas para montar un juicio, documentado hasta el extremo, para castigar a un ladrón vulgar o a un simple vagabundo. Realizarán una investigación exhaustiva sobre un solo caso de defunción por tifus para "probar" su interés por las vidas humanas. Se declararán "estupefactos" ante la brutalidad de la Milicia Judía, la cual tiene que ser brutal forzosamente para imponer las disposiciones que ellos dictan.

Permitieron que unas pocas escuelas abrieran de nuevo sus puertas, para "demostrar" que los alemanes son amigos de la libertad de enseñanza. Como nosotros carecemos de medios para sostener muchas escuelas, como no tenemos libros de texto, ni combustible, ni material alguno, y como los niños están demasiado enfermos y débiles para asistir a clase, ello "demuestra" que esos infrahumanos de judíos no quieren dar instrucción a sus hijos.

Los ghettos los han instaurado para "aislar" a los judíos, sucios y fabricantes de guerras, de los polacos. Y asimismo para proteger a los judíos de la venganza de los polacos en cuanto éstos se dieron cuenta de las calamidades que aquéllos les habían traído.

Más "pruebas" del caso alemán: Unidades especiales de las SS han entrado en el ghetto a filmar los cobertizos de despiojamiento. ¿Han visto ustedes alguna vez a un hombre que pese veinte kilos menos de lo que debería pesar, helándose de frío y sin cabello? El relato que adjuntan los alemanes le presenta como a un "infrahumano" portador de enfermedades, y la figura de aquel hombre le retrata efectivamente como a tal.

Obligados por la fuerza, barbudos rabíes posan en los almacenes de Transferstelle al lado de toneladas de comestibles, mientras el narrador "demuestra" que la Gestapo ha localizado depósitos secretos que aquellos judíos barbudos atesoraban mientras sus vecinos se morían de hambre.

La Milicia Judía siempre está dispuesta a servir a sus dueños con un alarde de brutalidad que, una vez recogido en la película, halla el comentario

inevitable poniendo de relieve cómo los judíos destruyen a los judíos.

Pero su espectáculo máximo lo constituyen las orgías de los que se dedican al mercado negro. Son éstos gentes de mentalidad baja y de moral más baja todavía.

Reunidos en sus clubs posan alegremente dándose un atracón de comida, bebiendo, vociferando, armando escándalo con prostitutas. Luego los alemanes colocan cubos de basura llenos de sobras delante del edificio del club y retratan a niños mendigos hurgando en ellos.

La jugada más siniestra del plan alemán consiste en dar la sensación falsa de que todo esto son atropellos que cometen unos judíos contra otros. Las heces de la sociedad metidas en la Milicia Judía, la emasculada Autoridad Civil Judía, los contrabandistas: he ahí la "justificación final" de sí mismos que ofrecen los alemanes.

¿Qué viene luego en el programa nazi? ¿Quién lo sabe? De Berlín no sale nada bajo la forma de órdenes escritas (un indicio más de que tienen conciencia de su propia maldad). El general de las SS Alfred Funk trae las órdenes verbalmente. En el léxico alemán aparecen dos frases cada vez con mayor frecuencia:

1. En ruta hacia un destino desconocido.

2. Solución final del problema judío.

ALEXANDER BRANDEL

Sólo un hombre de la talla del rabí Solomon habría tenido el valor de arriesgarse a andar por las calles del *ghetto* a medianoche. El rabí Solomon dobló la esquina, embocando hacia la calle Mila a un trote regular; luego, cuando sus ancianas piernas se rebelaron, se puso al paso, para arrancar otra vez al trote después.

Ya en el número 19 de la calle, subió las escaleras rezongando y golpeó la puerta con el puño. La muchacha que estaba de guardia abrió alarmada.

—Rabí, ¿qué hace usted a estas horas de la noche?

—¿Dónde está Alexander Brandel? —preguntó el rabí con voz entrecortada, luchando por recobrar el aliento.

—Entre.

Cruzaron el despacho de Alex, siguieron por el pasillo y llegaron al descansillo del sótano. La muchacha encendió una cerilla, comunicó su llama a una vela y cogió

al anciano de la mano. Bajaron pasito a paso. Las escaleras crujían bajo el peso. El rabí guiñaba los ojos para acomodarlos a la súbita negrura. El sótano estaba mohoso y oscuro. Un pasillo cruzaba por en medio de dos hileras de cajas de embalaje, cuyos rótulos manifestaban que contenían provisiones para la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua. La joven acompañó al religioso hasta el final de aquel pasillo y se detuvo ante una caja determinada de unos seis palmos de altura. Golpeó la caja con seis repiqueteos rápidos, luego abrió una puerta falsa, bajó la cabeza y entró en el cuarto secreto.

Alexander y Ervin Rosenblum levantaron los ojos de las extensas notas que tenían preparadas para redactar una anotación en el diario.

—¡Rabí! ¡Qué demonios...!

—¡La noticia! Acabo de oír la noticia por radio. ¡América ha entrado en la guerra!

TERCERA PARTE

Noche

CAPÍTULO PRIMERO

Anotación en el diario

Desde Pearl Harbour los acontecimientos se han sucedido con rapidez pasmosa.

Nuestro primer movimiento natural de alegría ha muerto ante la amarga realidad.

América recibe un castigo tremendo en el Pacífico. De súbito nos encontramos privados de nuestra fuente principal de ingresos, la Beneficencia Americana. Las reservas de dinero que tenemos sólo pueden durarnos unos días. Estamos tratando con ansia frenética de encontrar nuevos manantiales de aportaciones.

Dos días después de lo de Pearl Harbour, unos destacamentos de las SS de Waffen, procedentes del campo de concentración de Trawniki, llevaron a cabo una rápida incursión de encierro en nuestra granja de Wework. De un solo golpe hemos perdido a cincuenta componentes de lo más selecto de nuestra juventud. ¿Hice mal manteniendo la granja en actividad a pesar de saber que podía ocurrir una cosa así? ¿Dónde habríamos podido colocar a cincuenta personas en Mila, 19? No lo sé. Después de haberles apresado, subieron a los cincuenta jóvenes en un vagón de ganado, junto con todo un tren de deportados de los países bálticos.

Luego se ha producido la historia más inesperada. El tren tomó un rumbo incierto, dando rodeos, hacia Alemania. Evidentemente, al final del trayecto, trabajo esclavo. Por no sé qué milagro, Ana Grinspan trabajaba por entonces en el ghetto de Czenstochowa, y el tren paró allí. (Ahora se me ocurre que Czenstochowa es un lugar de milagros; es decir, según versiones cristianas. Es la patria de la «Madona Negra», la «Montaña Luminosa» y el «Milagro del Monte».) Ana (que viajaba bajo la identidad de Ana Tanya Tartinski, aria) se enteró de algún modo de que en uno de los vagones de ganado había bathyranos y siguió el tren hasta el interior de Alemania. Los internados fueron dejados en un campo de redistribución cerca de Dresde. Ana penetró en el campo armada de documentos falsos, una historia fantástica y un hutzpah judío, y consiguió sacar a Tolek Alterman y a diez de nuestros muchachos.

¡Esta Ana Grinspan es formidable! Es la cuarta vez que se ha internado en Alemania, se ha metido en campos de concentración y ha libertado a personas importantes. En el Volumen 4A del diario recogemos por extenso su historia. Me pregunto si cuando la lean en tiempos venideros darán crédito a sus hazañas.

Tolek y Ana regresaron a Varsovia. Tolek pasó inmediatamente a trabajar con Andrei. Los otros diez libertados se han dispersado. ¿Volveremos a tener noticias de ellos? ¿O de los que quedaron en el campo de Dresde?

Tolek explica una anécdota relativa al viaje hacia Alemania que debo dejar anotada aquí. El tren estaba compuesto exclusivamente de vagones abiertos; todo el mundo se moría de frío. Fue un viaje de tormento, con paradas continuas. Tardaron tres días en llegar a la población de Radomsk, cerca de la frontera alemana, donde pararon de nuevo en un apartadero para dar prioridad a un tren militar con destino al frente oriental.

Alrededor del convoy de deportados se reunieron docenas de campesinos curiosos. Los nuestros, que no habían comido ni bebido durante tres días, estaban medio muertos de sed, y suplicaron a los campesinos que les dieran unos puñados de nieve para satisfacer su necesidad. Los campesinos exigieron primero que les arrojasen los anillos, el dinero y demás objetos de valor. Luego..., les dieron un puñado de nieve.

Mira y Minna Faber fueron capturadas en la parte aria de Varsovia junto con nuestro enlace principal, Romek. Ambas murieron torturadas en el cuartel de la Gestapo. Romek sigue con vida, pero tengo entendido que está ciego y terriblemente mutilado. Con esto hemos perdido nuestro enlace más importante en la parte aria. El caso de las hermanas Faber me tiene enfermo de pena. Eran unas muchachas admirables, dulces, calladas. Veintidós o veintitrés años, creo. Y con la maldición de poseer unos rostros nada judíos que las recomendaban como «mensajeras». Demos gracias a Dios de que sus padres murieran antes.

Ana Grinspan sigue en Varsovia para ver de reorganizar nuestro destrozado sistema de mensajeros. De todos modos, la situación en Cracovia está negra. Hemos perdido varios centenares de nuestros elementos mejores y una provisión de comestibles irremplazable.

ALEXANDER BRANDEL

Wolf Brandel, con sus dieciocho años, experto y endurecido, pasó a ser el primer lugarteniente de Andrei Androfski. Si bien Andrei y Alexander habían hecho las paces, cristalizó entre ellos cierta frialdad.

Alexander, poseía bastante sentido de la Historia para darse cuenta de que, poco a poco, se le escapaba de las manos la iniciativa, y su filosofía quedaba en falso. La teoría de la resistencia, de Andrei, se adueñaba lentamente de todos.

De vez en cuando Alexander sostenía una tesis, pero si Andrei forzaba un acontecimiento, el otro se replegaba. Al principio Alexander no permitía ninguna actividad ilegal en Mila, 19. Ahora Andrei pedía que abriesen otro cuarto secreto en los sótanos del edificio, a fin de utilizarlo para construir y almacenar armas. Alex evitaba un choque abierto y definitivo, temeroso de la fuerza cada vez mayor que Andrei podía reunir detrás de sí. Por ello permitió que construyesen la habitación.

Aquel segundo cuarto fue excavado de modo que quedara debajo del centro de la calle Mila. Andrei trajo a Jules Schlosberg, un químico de nota antes de la guerra, con el propósito de fabricar elementos de combate de poco coste, y en los que entraran componentes fáciles de conseguir. La primera arma de Jules consistió en una bomba hecha con una botella, combustible de baja calidad, una mecha y un fulminante de plástico. Resultaba una bomba incendiaria a prueba de fracasos. A continuación Schlosberg dedicó sus esfuerzos a perfeccionar un arma más complicada: una granada en la que el explosivo se ponía dentro de un tubo de conducción de agua de veinte centímetros y estallaba mediante un percutor.

En la parte aria era difícil obtener armas. Tan pronto como aumentó la demanda, el precio subió en espiral. El Ejército Patrio disponía de dinero y enlaces para acaparar el mercado. Roman eludió los fantásticos esfuerzos de Simon Eden y otros judíos por conseguir una parte proporcional del armamento.

La compra de una pistola resultaba un proceso largo y complicado. De armas tales como un rifle casi no se podía hablar. Andrei se concentró en proveer su arsenal con los «inventos» de Schlosberg, que los bathyranos manufacturaban en cuartos secretos repartidos por todo el ghetto. Rodel, el comunista, si bien cooperaba en asuntos de Ayuda Mutua, se mostraba celoso de sus fuentes de armamento. En el número 37 de la calle Nalewki, los revisionistas se mantenían apartados tanto de la Ayuda Mutua como de la fabricación de armas. Andrei logró adquirir diez pistolas, todas de calibre diferente, con una docena de cargadores cada una. Aunque aquello parecía completamente ridículo para combatir a un ejército alemán que había conquistado todo el trozo del mundo que se propuso, Andrei estaba contento de su trabajo y tenía la agradable convicción de que, en el momento y el lugar precisos, su microscópica potencia dejaría oír un bramido formidable.

La fuente principal de pistolas habíala encontrado Andrei en un pequeño almacén de artillería cerca del depósito principal del ferrocarril en el bulevar de Jerusalén,

donde transbordaban a los oficiales alemanes heridos que regresaban a Alemania. Allí les recogían las armas cortas para comprobar su funcionamiento y devolvérselas luego, pero, cuando había una aglomeración el sargento jefe del destacamento podía «perder» oportunamente unas cuantas.

Inmediatamente después de haber cesado en sus actividades la Beneficencia Alemana, Alexander Brandel envió un mensaje por radio a los dos judíos miembros del Gobierno polaco exilado en Londres, Artur Zygielboim e Ignacy Schwartzbart, suplicándoles que enviasen fondos de emergencia. Ellos contestaron radiando un mensaje en hebreo en el que se servían de pasajes de la Biblia como referencia para avisarles de que les remitían los fondos por medio de un avión inglés que los arrojaría con paracaídas al Ejército Patrio. Luego recibieron aviso de que el lanzamiento había tenido lugar, y Tolek Alterman salió del ghetto para pasar a la parte aria y recoger el dinero de manos de Roman.

Cuando Alterman regresó al ghetto, Andrei y Ana Grinspan fueron llamados a la oficina de Alexander Brandel.

Tolek entró, se quitó la gorra y les dio la sensación de una persona desconocida, pues todavía no se habían habituado a verle sin barba. El largo y colgante cabello que fue en otro tiempo su característica personal peculiar se lo habían cortado a fin de darle un aspecto más ario.

Con gesto dramático, Tolek depositó un paquete de billetes americanos sobre la mesa de Alexander.

—Sólo he podido conseguir una tercera parte de la cantidad que arrojaron para nosotros —anunció.

Alex puso mala cara.

Andrei estaba sentado con las piernas estiradas, el tacón de una bota sosteniéndose en equilibrio sobre la punta de la otra. Sus ojos contemplaban fijamente las puntas de su calzado.

—¡Ese canalla arrogante de Roman! —estalló Tolek con furia creciente.

—No pierdas el tiempo destrozando los muebles a mordiscos, Tolek —le recomendó Andrei con voz sosegada—. El simple hecho de haber conseguido ponerte en contacto con Roman y hacerle reconocer que había recibido el dinero, por no hablar ya de lograr que te entregara algo, ha sido una gran hazaña.

—Yo os diré por qué le entregó una parte —intervino Ana Grinspan—. Lo hizo para que no renunciemos a nuevos envíos por el mismo conducto. Roman sabe qué con tal que obtengamos unas migajas procuraremos que siga llegando dinero.

Alex se frotó las sienes tratando de pensar.

—Necesitamos más con urgencia. ¿Cuándo nos lo volverán a traer los ingleses?

—Dentro de diez días. O de dos semanas —respondió Andrei—. Tan pronto como llegue de América.

—En este caso, Andrei, hemos de enviar allí a uno de los nuestros para cuando lo arrojen.

—Olvídalo. Roman no querrá permitirlo. Cojamos lo que nos dé y tengamos la boca cerrada.

—¡Así no podemos sostener nuestra organización! —exclamó Alex. Estaba a punto de acusar a Andrei de que arrebañaba demasiado para sus locos inventos de armas en el sótano, pero lo pensó mejor—. Dave Zemba me ha explicado esta mañana que tiene un plan para obtener dinero en el ghetto —dijo con un acento de desesperación—. Pero necesitamos ese otro dinero.

—Una cosa salta a la vista —intervino Ana Grinspan—. Desaparecido Romek, hemos de contar con un enlace nuevo en la parte aria. Tan pronto como lo tengamos hemos de ponernos en contacto directo con nuestra gente de Londres y concertar la manera de que nos lancen el dinero a nosotros, sin intermediarios. —Andrei levantó la vista de la punta del zapato. Adivinaba lo que estaba pensando Ana, sabía de antemano lo que diría ahora. Ana se plantó ante él—. ¿Qué nos dices de Gabriela Rak? —inquirió.

Andrei no parpadeó siquiera. Limitóse a encogerse de hombros.

—¿Por qué no? —respondió—. Se lo preguntaré.

Salió de la reunión sabiendo lo que debía hacer. Andrei había comprendido siempre que algún día habría de perder a Gabriela, que sólo la tenía de prestado. Cuando se instauró el ghetto comprendió también que tarde o temprano (sería sólo cuestión de tiempo), alguien sacaría a relucir su nombre para hacerla participar en el trabajo clandestino. El momento había llegado ya.

Andrei se había preparado de tal modo para dicho momento que cuando se mencionó el nombre de Gabriela no dio señal alguna de inquietud.

Ahora estaba sentado en su piso, solo, meditando y reuniendo sus energías para la tarea que le esperaba. Andrei empezó a revivir recuerdos de Gabriela desde aquel primer instante en el baile de gala de los ulanos. Aquello fue muchísimo tiempo atrás. Él estaba sentado aquí, a esta misma mesa, cuando Gabriela cruzó el umbral y solicitó el derecho de amarle. Recordó también todos los episodios aislados, todas las ocasiones en que Gabriela le alentó con su cálido afecto y sus consuelos cuando él se hundía en las profundidades de la desesperación.

Al día siguiente, sin manifestar nada todavía a sus amigos, se fue al sótano de Mila, 19, donde Jules Schlosberg había terminado su primera granada de tubo. Andrei, quien, como era lógico, ansiaba poder probar el artefacto en alguna parte, en un campo despejado, lejos del ghetto, se ató el tubo —ideado de forma que un hombre pudiese llevarlo escondido entre el codo y la muñeca—, al antebrazo izquierdo. Después le dijo a Ana que hablaría con Gabriela acerca de fijar la vivienda que ésta ocupaba en la calle Shucha como punto de contacto, y luego salió del ghetto.

Ya en el piso de Gabriela, apenas vio a su amada creyó que se pondría a tartamudear. La cara de Gaby tenía aquella misma expresión que revelaba la tensión de estar escuchando siempre por si llegaba él, la ansiedad de esperarle y el alivio que sentía al verle. Una sonrisa débil. Un abrazo tembloroso... Cuando sintió el contacto de las manos de la joven, Andrei pensó que primero moriría antes que ser capaz de llevar a cabo su propósito.

—Ven, cariño —dijo ella—. Tengo comida preparada.

—Lo siento. No puedo quedarme.

—¿Regresarás tarde esta noche?

—No.

—Tienes un aire extraño, Andrei. ¿A qué se debe?

—Quiero hablar contigo de una cosa. —A copia de esfuerzo, Andrei consiguió aparentar un aire plácido, casi aburrido—. Hemos tenido que proceder a un sinfín de reorganizaciones. Cada día se me hace más difícil entrar y salir del ghetto. Hoy he tenido que salir pisando los talones de un batallón de trabajadores que iba a reparar carreteras. Por otra parte, todos opinan que debo permanecer allí. Además, cada vez corro mayor peligro viniendo a verte. Algún día me seguirán los pasos; sólo es cuestión de tiempo.

—Entonces me iré contigo al ghetto, naturalmente —replicó ella.

—Pues, la verdad es que esto tampoco sería aconsejable.

—Nunca has sido un embustero experto —dijo Gabriela—. ¿Qué ideas tienes en la cabeza, en realidad?

—Es la última vez que te veo, Gabriela. He venido para decirte adiós. No es cosa fácil...

—¿Por qué? Tengo derecho a saberlo.

—No quiero una escena.

—Te aseguro que no habrá ninguna.

Andrei inspiró profundamente.

—Ana está en Varsovia desde una semana después de lo de Pearl Harbour.

Hemos tenido que trabajar mucho juntos y, naturalmente, nos hemos visto a menudo.

—Sigue.

—Desearía que no insistieses.

—Pues insisto.

—Muy bien. La noche que llevaron a Romek y a las hermanas Faber al cuartel de la Gestapo, Ana se encontraba en mi piso. Estaba muy cansada y trastornada, como puedes imaginarte. Pues bien, una cosa condujo a la otra... —Andrei vio que la espalda de Gabriela se ponía rígida a causa del daño que le hacían aquellas palabras, y que sus ojos se humedecían—. No es preciso que te trace todo el diagrama. Ya

sabes lo que fuimos con Ana en otro tiempo...

Además, ella se ha hecho mayor y mejor. Niveladas las cosas, resulta un arreglo muy bueno tanto para ella como para mí.

Andrei se interrumpió cuando Gabriela le dio un brusco cachete en pleno rostro. Luego levantó los hombros.

—No veo por qué has de adoptar esa actitud. Confesémoslo francamente: nos estamos cansando un poco uno del otro. Yo al menos me canso. Bien, la vida es así. Deberíamos portarnos como personas educadas y estrecharnos la mano y desearnos mutuamente buena suerte. Al fin y al cabo...

—¡Sal de aquí!

Andrei caminó vivamente calle abajo, sabiendo que la mirada de Gabriela no se apartaba de su espalda. Cuando hubo doblado la esquina y desaparecido de su vista, se detuvo, se recostó en el edificio, se tocó el sitio donde había recibido el cachete y se tragó las lágrimas. Un dolor incontenible se apoderó de él, y se deslizó hacia el suelo hasta quedar sentado en la acera, dejando caer la cabeza entre sus brazos, que rodeaban las rodillas.

—Un borracho —comentaron diversas personas al pasar.

Un par de «policías azules» polacos se inclinaron sobre él.

—Ponte en pie —le ordenó uno, tentándole con la porra.

—Dejadme en paz —musitó Andrei—, dejadme en paz y nada más.

Los otros se inclinaron más, uno a cada lado, le cogieron por los sobacos y le levantaron.

—¡Veamos tu Kennkarte!

Andrei los cogió por el pescuezo y golpeó la cabeza del uno con la del otro.

Los dos policías dieron unos traspiés, ensangrentados y casi sin sentido. Andrei se marchó tambaleándose calle abajo, cegado por sus propias lágrimas.

Al otro lado de la calle un par de soldados alemanes iban y venían, cruzándose una y otra vez, con movimientos de autómatas, delante de las puertas de hierro de la casa de un alto jefe nazi. Andrei se acordó de la granada de tubo que llevaba atada al brazo. La mano derecha subió tanteando por dentro de la manga izquierda y dejó la granada libre.

Andrei esperó hasta que los alemanes se acercaron uno a otro y calculó el tiempo de modo que la granada cayera a sus pies en el momento en que se cruzaban. El tubo describió un arco en el aire y golpeó la acera con un breve sonido metálico. Luego, una llamarada, un estrépito espantoso y una serie de alaridos.

Ana esperaba en el piso de Andrei. Los ojos atontados del recién llegado, sus movimientos inconexos la alarmaron.

—¡Andrei!

Él meneó la cabeza con fuerza, descendiendo en espiral hacia la realidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tropiezo hubo? ¿Qué te ha dicho?

Andrei se lanzó hacia el armario que contenía su reserva de media botella de vodka. Un buen trago le reanimó.

—¿Qué esperarías que dijese cuando he entrado en el piso sin anunciarme y los he encontrado a ella y a su amante polaco?

—¡Oh, Andrei! Lo siento.

—No te apures, no te apures. Hace mucho tiempo que lo sospechaba. No importa. Mañana volveré a salir y empezaré a establecer otros contactos.

En los días que siguieron, Andrei sufrió unos tormentos que no sabía que existiesen. Se pasaba las noches abatido de angustia, tratando de encontrar una fuente secreta de energías que le privara de ir a arrastrarse a los pies de Gabriela. Era incapaz de comer. Se puso débil. Sólo dormía cuando la intoxicación del cansancio le subyugaba, y aun a cortos intervalos, con un sueño poblado de pesadillas que le excitaban y afligían. Cada recuerdo de su Gabriela le hundía en una nueva profundidad de tormentos. Andaba por el ghetto con un abandono que concordaba con el de la vida que le rodeaba. Era como si, por primera vez, hubiese perdido la voluntad de vivir.

Unos días antes de Navidad, Andrei arrastraba los pies escaleras arriba subiendo a su piso.

Gabriela Rak estaba de pie detrás de la mesa. En sueños, Andrei la había visto con un realismo obsesionante. Pero ahora..., ¡una alucinación en pleno día!

Se acercaba el final. Andrei se daba cuenta de que estaba perdiendo el juicio. La visión se negaba a desaparecer.

—¿Gaby? —preguntó, asustado.

—Sí —respondió ella con una voz lo bastante viva como para desmentir toda ilusión de los sentidos.

—¿Qué diablos haces en el ghetto? —rugió entonces Andrei—. ¿Cómo has entrado?

—Tú no eres el único ser de la raza humana depositario del don del talento.

—Quiero saber, lo exijo...

—Ten la bondad de no gritar.

—¡Cómo has entrado!

—Trabajo con las Ursulinas, ¿no recuerdas? El convento tiene una iglesia.

Mi buen amigo el padre Kornelli es el cura. El padre Kornelli me dijo que el padre Jakub, de la Iglesia de los Conversos, necesitaba más cirios para el día de Navidad, y yo me ofrecí para traérselos. ¿No tuve un gesto simpático?

De pronto Andrei percibió la presencia de otra persona en el piso y volvió la

vista, poco a poco, hacia la cocina.

—Hola, Andrei —le saludó Ana desde el umbral.

Andrei paseó la mirada desde Ana hasta Gabriela y desde Gabriela hasta Ana. ¡Le habían cogido con las manos en la masa!

—Realmente, Andrei —dijo Ana—, te has vuelto un embustero temible.

Debería estar enojada por la mancha que arrojaste sobre mi honor.

—¿Qué te parece peor, Ana, la historia que se inventó Andrei sobre vosotros dos, o el pintarme a mí con mi amante polaco?

—En verdad, ambas valen la pena. Ah, de paso, Andrei, ¿no se te ha ocurrido todavía ir a contarle a Jules que su granada funciona perfectamente?

Por fortuna para nosotros, la Gestapo atribuyó el hecho al Ejército Patrio.

—Muy bien..., muy bien —replicó Andrei—, basta de guasas. Ana, explícale a Gabriela cómo murieron Mira y Minna Faber.

El humor zumbón se evaporó al instante.

—Anda, díselo, Ana. ¿No? Bien, se lo contaré yo. Cuando la Gestapo hubo terminado la tarea con ellas las entregaron a los cuarteles del Cuerpo Reinhard para que sirvieran de diversión. Stutze encabezó el desfile. Detrás siguieron un centenar de sus compañeros de jolgorio. Aquellos caballeros continuaron violando a las dos hermanas aun horas después de haber fallecido. Violaban dos cadáveres. Ana me envió a pedirte que ocuparas su puesto en Varsovia.

—A mí no me pasaría eso, cariño. Yo llevo siempre conmigo una botellita de veneno.

—¡Yo no quiero que a ti te pasa nada de todo eso! ¡Nada en absoluto!

—Gritas otra vez.

—Ana, por amor de Dios..., ¡explícaselo!

—Yo te lo explicaré a ti, Andrei —repuso Gabriela—. Te explicaré que he visto al único hombre a quien he amado jamás viniendo a mí una y otra vez con el corazón roído de indignación ante la indiferencia del pueblo polaco. Estoy humillada y avergonzada al ver cómo se vuelven de espaldas a esta horrible tragedia. Y ahora tú me pides que yo también me sienta indiferente. No, voy a llevar mi parte de carga. Trabajaré con Ana, tanto si lo prohíbes como si no.

Andrei se puso a mirar, malhumorado, por la ventana.

—Creo que no necesitáis mi presencia —le susurró Ana a Gabriela.

Ésta la acompañó hasta la puerta. Las mejillas de una rozaron un momento las de otra, y Ana se marchó. Gaby pasó el cerrojo y fue hasta el centro de la habitación.

Andrei continuó enfurruñado largo rato, dirigiéndose imprecaciones por la condenada situación en que había colocado a Gabriela por el simple hecho de conocerla. Al fin dio media vuelta.

Sabía que, a pesar de todo, iba a rendirse sin condiciones...

Se acomodaron el uno en los brazos del otro y conversaron con ese cariño especial que sólo conocen los que están muy enamorados y sienten que han descubierto una cosa que no tiene par en el Universo.

—Algo hemos hallado en la vida, Gaby. Más de lo que halla la mayoría de personas en toda su existencia.

—Andrei Androfski sólo hay uno. Un hombre que me pone muy triste y me hace muy feliz, pero estoy contentísima de que sea mío. He gozado de más maravillas, de más satisfacciones, que un centenar de mujeres corrientes en su centenar de vidas vulgares.

—¿Ningún pesar?

—Ninguno. Contigo he sido más feliz de lo que una mujer tiene derecho a esperar.

—Lo mismo me pasa a mí contigo, Gaby. Me pregunto por qué habría sido Dios tan bueno conmigo.

—Andrei, prométeme que jamás intentarás alejarme otra vez de ti.

—Te lo prometo; nunca jamás.

—Porque estoy dispuesta a soportarlo todo. Sea lo que fuere lo que nos reserva el futuro, lo afrontaremos juntos, y si llega lo peor de lo peor, seguiré siendo dichosa.

—Oh, Gabriela... Gabriela... Gabriela...

—Amor mío..., amor mío.»

CAPÍTULO II

Anotación en el diario

Gabriela Rak nos ha dejado pasmados a todos. ¿Cómo no la hemos empleado antes?

Me figuro que la causa está en que Andrei trataba de protegerla. Un impulso natural, perdonable. El primer trabajo que ha realizado Gabriela ha sido el de hacer que el padre Kornelli organice un grupo de sacerdotes jóvenes de Varsovia, los cuales están de acuerdo en no comunicar a las autoridades las defunciones que ocurran en sus parroquias. De este modo (por conducto de los sacerdotes) Gabriela puede comprarles a las familias las Kennkarten de los difuntos. Calculamos que el número de judíos escondidos en la parte aria ronda los veinte mil. Disponiendo de Kennkarten arias, consiguen al menos libretas de racionamiento.

Las Hermanas Ursulinas nos han demostrado siempre mucha simpatía y se han llevado tantos niños nuestros como les ha sido posible. Además, nos han proporcionado una ayuda similar por parte de las Hermanas de la Orden de Nuestra Señora Inmaculada y de las Hermanas Szarytki de los hospitales municipales de Varsovia.

Gaby ha alquilado pisos para otras tres enlaces nuestras (sus nombres de clave: Victoria, Alina y Regina) cuyo trabajo principal consiste en suministrar dinero a los judíos escondidos.

Andrei me dice que el piso de Gabriela de la calle Shucha tenía una alcoba de dos metros de profundidad y sin ventanas. Cerrando dicha alcoba, construyeron una librería que gira sobre unos goznes. Andrei asegura que resulta imposible descubrir que detrás de la librería hay una habitación escondida.

Zygielboim y Schwartzbart nos avisaron por radio de que han arrojado al Ejército Patrio quince mil dólares. Tolek Alterman no pudo conseguir sino mil seiscientos cincuenta. Hemos decidido dar prioridad urgente a la tarea de establecer un contacto nuestro directo con Inglaterra.

Gabriela hizo un viaje a Gdynia (donde su padre estuvo de ingeniero, y fue uno de los principales, con motivo de la construcción del puerto) para ver a un antiguo amigo, el conde Roadzinski, Es un noble comprensivo, un ejemplar

casi único. Su finca incluye varios kilómetros de costa y posee varios botes. El conde hizo una travesía de prueba —con éxito— hasta Karlskrona, en Suecia. Esto podría significar una ventaja enorme para nosotros. Desde su finca podríamos, sacar del país clandestinamente a personas importantes, al paso que podríamos traer de Suecia fondos americanos, así como visados y pasaportes. (Los talleres de falsificación que tenemos aquí nos resultan caros y toscos.)

¿Qué seriamos capaces de llevar a cabo con un millar de polacos como Gabriela Rak? ¿O con un centenar? ¿O con una docena?

ALEXANDER BRANDEL

Anotación en el diario

Se inician estudios extraños. El doctor Glazer me explicó hace seis meses que tenía un cáncer y que le quedaba poco tiempo de vida. Hace unas semanas se puso muy enfermo. El examen subsiguiente ha revelado además un caso grave de desnutrición. El doctor Glazer ha decidido morir de hambre, a fin de que los médicos de Huérfanos y Ayuda Mutua puedan realizar en su persona el primer estudio mundial completo de la inanición. Hay la manía de sacar algún provecho incluso de esta forma, la más baja, de muerte humana. Los médicos se reúnen todos los días y sostienen debates sobre los cambios físicos y mentales que sufren los que mueren de hambre. La mayoría de ellos mismos presentan desnutrición y discuten sus propios casos. (El estudio completo de la inanición lo llevamos como un volumen separado, el 9A, del diario.) El doctor Glazer dicta los síntomas y los cambios mentales que nota en él mismo. Las características son: la carne se retrae, delgadez, la piel cambia de color, debilidad, llagas supurativas, depresiones, alucinaciones, huesos nudosos, estómago hinchado. Un regalo judío a la posteridad: un relato detallado de cómo se muere de hambre.

Una paradoja. Esta semana llegaron a Transferstelle un cargamento de trigo y varias toneladas de patatas y fueron distribuidos gratuitamente entre los orfanatos. El nuestro de la calle Niska recibió también medicinas que no creíamos que existiesen ya, y hasta bombones de chocolate (que nadie había visto desde hacía dos años). Luego dieron permiso para abrir una escuela y llegaron libros de texto. En seguida descubrimos la causa de que quisieran matarnos de cariño. Los minuciosos preparativos se llevan a cabo en beneficio de una delegación suiza de la Cruz Roja Internacional que ha llegado para investigar la situación en el ghetto. Nuestro orfanato ha sido

elegido como «típico y representativo».

Los suizos han cumplido con la farsa a la perfección. Han reunido una junta en el edificio de la Autoridad Civil Judía y han llamado a testigos. La A. C. I., dirigida por Boris Presser y Paul Bronski, ha declarado obedientemente que el nivel de vida mejoraba. (La verdad escueta: En diciembre los muertos de inanición pasaron de los 4.000.) Silberberg, el último amigo que nos queda en la junta de la A. C. I., trató de ponerse en contacto con los suizos para explicarles la verdad. Le llevaron a la Prisión Pawiak como «agitador bolchevique». A mí me invitaron a declarar, pero decliné el honor. ¿Qué podía decir? ¿Podía poner en peligro esos cargamentos que representan un chorro de vida cuando sé que en el momento que los suizos hubiesen vuelto la espalda todo habría quedado igual que antes?

Habíamos decidido enviar a Andrei a la parte aria para que se pusiera en contacto con Christopher de Monti, porque sabemos que De Monti acompaña a los suizos por Varsovia. Pero Andrei arguyó que sería mejor no hacer nada por comunicarnos con el periodista, pues, aunque éste estuviera dispuesto a entregar el informe, los suizos no querrían examinarlo. Es dudoso que los suizos quisieran poner de súbito su cuello en peligro tomando medidas abiertamente en favor de la humanidad. Yo reconocí que Andrei tenía razón. Los suizos no quieren indisponerse con los alemanes. Miran todo lo referente a la guerra con indiferencia. Nos enteramos de numerosos ejemplos de valor de los daneses, los holandeses, los franceses, y otros, en defensa de las comunidades judías de sus países respectivos. Incluso los suecos, que son neutrales, están albergando a millares de refugiados de nuestra raza. ¿Será que sólo puede haber ghettos en Polonia, los Países Bajos y Ucrania? Nuestros bathyranos de Hungría y Rumania nos dicen que a Adolf Eichmann le cuesta mucho trabajo arrancar a los judíos que hay allí. Ervin Rosenblum trabaja en el sótano, archivando más y más documentos. Parece que estos días todo el mundo escribe diarios. Existe el miedo espantoso de que se nos olvidará.

Jules Schlosberg sigue construyendo armas estrambóticas en el cuarto vecino al de Ervin. Estoy seguro de que algún día morirá hecho añicos.

ALEXANDER BRANDEL

En el invierno de 1941, después de la entrada de los americanos en la guerra, las calles se volvieron peligrosas. Los únicos que no se apartaban de ellas eran los

cadáveres depositados cada mañana para que los recogiesen los equipos de saneamiento. Hasta el santuario del Club Miami se hizo sospechoso.

Por aquellos días Andrei casi no aparecía nunca en público, de modo que cuando Paul Bronski le hizo saber por un intermediario que deseaba verle, las cosas se dispusieron de modo que Paul fue conducido por un laberinto de caminos y de pasillos falsos hasta que por fin se le permitió llegar adonde se encontraba su cuñado, en un sótano situado en un punto cercano a la Puerta de Gensia. Entonces le quitaron la venda de los ojos, y él los acomodó poco a poco a la luz de la vela.

Andrei se erguía ante él, más delgado y fatigado. Le estudiaba. Paul había envejecido; los músculos de su cara descendían afectados de una flaccidez repentina. Tenía el magro rostro de tono amoratado, los dedos amarillos por las manchas del tabaco y temblaba agitado por una tensión constante.

Primero intercambiaron unas cuantas frases sin significado. Luego Paul sacó un cigarrillo y tuvo que hacer una serie de gestos con el brazo para encenderlo.

—El asunto ese de entrar armas y de publicar Prensa clandestina pone a la población entera en grave peligro —dijo después.

—Sigue.

—Pienses tú lo que pienses de quienes formamos la Autoridad Civil, nosotros hacemos todo lo que podemos dentro de nuestro limitadísimo campo de acción. Si vuestras actividades van en aumento, únicamente servirán para enemistarnos más con los alemanes.

—¡Cállate, Paul! ¡Por amor de Cristo!... ¡Enemistarnos con los alemanes!

¿Crees que la muerte ronda por las calles como resultado de alguna actividad clandestina? Después de dos años de vivir en esta situación, ¿eres todavía tan ingenuo que creas que la población corre más o menos peligro según que exista un movimiento clandestino o no?

Bronski meneó la cabeza.

—Ya le dije a Presser que era inútil discutir contigo. Andrei, no existe ninguna fórmula mágica para librarse de los alemanes. Vuestras actividades nos están costando millones de zlotys en multas y centenares de vidas en represalias.

—¿Y qué me dices de las multas y de las ejecuciones anteriores a la existencia de un movimiento clandestino?

—Yo procuro hacer todo lo que puedo —gimió Paul.

Andrei ni siquiera llegaba al extremo de odiar a Paul Bronski. En otro tiempo, antes de la guerra, había sentido una renuente admiración por aquel espíritu penetrante y aquel ingenio mordaz que sabía perseguirle a través de las acrobacias mentales. Lo que ahora tenía ante sí era una concha vacía, sin otra cosa que balbuceos.

«¡Qué extraño!», pensó Andrei. El pequeño Stephan Bronski había empezado

como enlace entre el orfanato y la sede general de Ayuda Mutua hacía un año nada más, y cada mes había ampliado su esfera de acción. El muchacho miraba como un ídolo a Wolf Brandel, quien le había enseñado a recorrer el ghetto por encima de los tejados, cruzando patios y sótanos, y le había ilustrado sobre todos los escondites secretos. Stephan insistía continuamente en que le confiaran misiones de mayor responsabilidad; hasta suplicaba que le dejasen pasar a la parte aria. Y Stephan no había cumplido aún los trece años. «¿Cómo es posible que un muchacho quiera caminar como un hombre y su propio padre se arrastre por el barro?»

—Andrei, piensa lo que quieras de mí, pero la gente que tenemos en el ghetto no pide otra cosa que sobrevivir. Tú lo sabes, Andrei: sobrevivir. Y la mejor manera de seguir viviendo consiste en acatar la Autoridad Civil. Nadie ha contestado a tu llamada a las armas. Lo que tú propugnas sería el suicidio colectivo. Escucha, Andrei, Boris Presser y yo hemos negociado con Koenig.

Koenig es un hombre razonable y sabe manejar a Schreiker. Koenig promete que si logramos que el movimiento clandestino ponga fin a sus actividades establecerán un convenio con nosotros acerca del racionamiento, las medicinas y la ordenación de las fuerzas de trabajo.

—Buen Dios, Paul. ¿Eres capaz de creer tus propias palabras?

—¡No tenemos otra posibilidad!

No había por qué seguir hablando. Andrei no sabía disimular su desprecio.

Entregando a Paul Bronski la venda para los ojos, replicó:

—No sé nada de ningún movimiento clandestino.

Bronski cogió el trozo de tela.

—Tendrás que atármela tú... Yo no puedo con una sola mano.

Ervin Rosenblum trabajaba en el mohoso cuarto de los sótanos de Mila, 19, clasificando las notas del Club de la Buena Camaradería. Al oír unos golpecitos en la falsa caja de embalajes que servía de entrada apagó las luces y se quedó inmóvil.

—Susan ha llegado hace un momento —dijo Ana Grinspan, entrando—. Sube a vuestro cuarto.

—¿Ocurre algo?

—Sube.

Ervin avanzó por el pasillo lleno de cajas de embalaje. En la oficina grande del primer piso encontró a todo el mundo con la mirada inmóvil. De pie en la puerta de su despacho, Alexander Brandel movía la cabeza tristemente.

Ervin subió a la carrera, aunque con precaución, las escaleras que llevaban al segundo piso. No había baranda; unas semanas antes la habían cortado a trozos para combustible. Ervin recorrió el pasillo hasta la celda que compartía con su esposa y su madre.

Mamá Rosenblum yacía en un catre, debajo de una pila dé colchas. Hacía un frío glacial. La casa no tenía calefacción alguna. El cuarto era feo y desnudo, excepto por el catre de mamá, la cama de matrimonio de Ervin y Susan, una sola mesa y dos sillas.

La cara de Susan tenía una expresión desesperada. Ervin sintió que se le oprimía el corazón. Susan había poseído siempre una resistencia elástica para la tragedia, siempre había seguido adelante, realizando su trabajo pasara lo que pasase. Ervin no la había visto nunca así. El marido se limpió las gafas con gesto nervioso, tratando de acomodar la vista al cambio de luz respecto al sótano.

—Cuéntamelo —dijo por fin.

—El doctor Glazer... —gimió Susan.

En cierto modo, Ervin sintió alivio. Hacía días que esperaban su muerte.

Una muerte, otra, otra. La gente principal moría a carretadas. Glazer había sido como un padre para Susan desde el día que ella conquistó el título en la Universidad. Bernard Glazer, aquel hombre que había traído tantos niños al mundo, los vio morir después, impotente para salvarlos. «Glazer está mejor ahora», pensó Ervin. Pero, Dios Santo, ¡cómo le echarían de menos! En su especialidad no había otro como él.

Ervin dejó caer las manos y sólo supo decir:

—¡Qué pena!

Susan arrojó un pliego de papeles sobre la mesa.

—Un regalo de despedida para ti, Ervin. Un relato detallado, minuto por minuto, de su muerte.

¡Qué legado! Ervin se quedó con la mirada fija en los amarillos papeles, pero no los tocó.

—¡Cógelos, Ervin! ¡Son el regalo que te hace el doctor Glazer!

—Susan..., Susan..., por favor.

—¡Maldito seas! —chilló la mujer—. ¡La gente muere y tú escribes en tu sucio diario! ¡Maldito seas, Ervin!

Mamá Rosenblum se revolvió en la cama.

— Kinder, Kinder —dijo con voz débil—, no os habléis a gritos.

Susan se sentó en el lecho y le puso la mano en la frente con gesto automático.

—Lo siento, mamá. No lo decía de veras, Ervin.

—No te inquietes, Susan, lo comprendo.

—Dios mío, no sé lo que haré, faltando el doctor Glazer. Dios mío... Hoy han fallecido cuatro niños... Dios mío... —El aliento de Susan salía rápido en chorros de aire húmedo.

Anotación en el diario

A medida que se diezma la población, los alemanes cierran el ghetto pequeño

del sur. Apenas queda un poco de espacio disponible en el ghetto grande, cierran casas en el sur. Los judíos de lujo de Alemania, los empleados y miembros de la Autoridad Civil Judía, la Milicia, los contrabandistas ricos y los miembros de los Siete Grandes están cruzando el «Corredor Polaco». En el ghetto pequeño sólo queda un complejo de trabajo importante, y son los talleres de carpintería. A medida que el ghetto pequeño queda desierto se convierte en tierra de nadie, donde se esconden los desarraigados sin Kennkarten a fin de no tener que someterse al trabajo esclavo. El ghetto pequeño ha pasado a ser el punto de cita de los contrabandistas y el sitio donde van a prostituirse las mujeres todavía bastante decentes en apariencia para que su cuerpo tenga precio. De noche entran en el ghetto pequeño grupos de saqueadores que arrancan y se llevan en carritos suelos de madera, puertas, buhardillas y todo lo que puede servir para encender lumbre. En el ghetto grande el apiñamiento es peor que nunca. La gente duerme en pasillos, bodegas y patios al aire libre.

Nosotros seguimos tratando de conseguir dólares, que los ingleses nos arrojan con paracaídas, pero no damos pie con bola. Al reducirse nuestra provisión de dólares, el zloty sigue de nuevo el camino de la inflación. David Zemba ha trazado un plan muy simple. A través de nuestros amigos de Londres hemos logrado que la Ayuda Americana colocase varios centenares de miles de dólares en cuentas suizas. Muchos contrabandistas poseen montones enormes de zlotys que no saben en qué gastar y que les resultan perfectamente inútiles. Nosotros les compramos los zlotys transfiriendo dólares de Suiza a las cuentas personales que tienen ellos en Ginebra. De este modo obtenemos un cambio favorable y con suficientes zlotys compramos lo más esencial.

Procuramos no tratar con los Siete Grandes, pero lo cierto es que Max Kleperman ha metido a gente suya en este negocio. Además, nuestro dinero suizo hemos podido trocarlo directamente, con los contrabandistas que tienen almacenes secretos, por casas, habitaciones, oro, comestibles y medicinas. Esto resulta mejor que cambiarlos por zlotys . David Zemba se pasa todas las horas del día en conferencia, negociando con los dólares que tenemos en Suiza. Ha salvado centenares de vidas.

En el ghetto grande quedan tres grandes complejos de fábricas que emplean trabajo esclavo, todas propiedad de Franz Koenig. En el ghetto pequeño hay unos talleres de carpintería. En el norte, el distrito de la fábrica de cepillos. Esta última abastece al Ejército alemán de la mayor parte de cepillos que

necesita. La mayoría de personas, en su afán desesperado de vivir, continúan sosteniendo que una Kennkarte con el timbre de obrero es el mejor pasaporte hacia la vida.

De la tercera fábrica nos ha llegado una noticia que constituye un rayo de esperanza, aunque débil. Se trata del taller de uniformes. Aunque los alemanes proclaman que están en las puertas de Moscú, nosotros percibimos la primera gran derrota que han sufrido en esta guerra. Del frente oriental han llegado cerca de cien mil uniformes ensangrentados. En el taller, los trabajadores esclavos limpian, remiendan, zurcen y preparan los uniformes para ser distribuidos de nuevo en Alemania.

¿Cien mil bajas alemanas? Buena noticia.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO III

Rachael tocaba a la carrera unos rápidos pasajes del Segundo Concierto de Chopin preparándose para la próxima actuación de la Orquesta Sinfónica del Ghetto, que había de tener lugar en la fábrica de uniformes de Franz Koenig.

Al iniciar el andante su mente se desvió de la tarea. Habían fallecido otros tres miembros de la orquesta. Sólo quedaban cuarenta músicos y estaban abatidos. Un espasmo nervioso agarrotó el estómago de la joven. Esta vez Wolf había estado ausente cinco días. Era la tercera en un mes que Andrei le había enviado al sector ario. Decían que no querían hacerlo, pero tenían que utilizar a Wolf, incluso a pesar del peligro. ¿Qué harían ellos dos? Rachael anhelaba casarse con Wolf, pero su padre se opondría violentamente. En otro tiempo, el padre de Wolf fue un sionista activo, y ahora muchas personas sabían a qué trabajo se dedicaba el hijo. Paul Bronski no consentiría que nada comprometiera su posición en la Autoridad Civil. Sobre este punto no admitía discusión.

En el dormitorio, Stephan estudiaba el Haftora, preparándose para su *bar mitzvah*. Stephan recordaba siempre el sonido de la música de su madre y de su hermana, que poseía la virtud mágica de llevarle a una esfera fuera del alcance del mal y de la fealdad. Rachael tropezó en un pasaje; luego se abrió camino con dedos ágiles por los compases siguientes.

Stephan dejó automáticamente de leer, rodó sobre el lecho, se levantó y se acercó a la ventana. Hacía muy poco que se habían trasladado a esta nueva vivienda del ghetto grande. Tenía que compartir el dormitorio con Rachael, un cuarto bastante destartalado, pero notablemente mejor que los que tenía mucha gente. Allí enfrente, al otro lado de la calle, se levantaba el edificio de la antigua oficina de Correos, donde se alojaba la Autoridad Civil desde que los alemanes cerraron la casa de la calle Grzybowska. Allí trabajaba su padre. Delante de aquella estructura grande, cuadrada y adornada con columnas, había el único árbol y el único trecho de hierba del ghetto. Tendiéndose y revolcándose en ella se disfrutaba de una sensación de frescor y blandura.

La música cesó.

Stephan se volvió a la cama y se tendió sobre el vientre, aguardando a que Rachael comenzara a tocar otra vez y él pudiera reanudar el estudio.

Stephan y Rachael habían estado siempre en comunicación, aun sin necesidad de palabras. Ahora tenía ella ganas de hablar. La muchacha se sentó en el borde de la cama y pasó la mano por el cabello de su hermano, desordenándolo. Él se rebeló un poco.

—¿Cómo puedes leer estos garabatos de pata de pollo? —preguntó Rachael, refiriéndose al texto hebreo.

—No son peores que los que tú lees en el piano —contestó Stephan, Cerrando el libro—. ¡Ojalá volviera Wolf y me ayudase a estudiar las lecciones!

El rabí Solomon..., mira, hemos de saberlo perfectamente bien. Es un hombre duro.

—Stephan.

—Di.

—Wolf me dijo que les pediste a él y a tío Andrei que te dejaran repartir el periódico clandestino. —El muchacho no respondió—. ¿Es cierto?

—Creo que sí.

—¿Lo sabe mamá?

—No.

—¿No crees que habría sido mejor decírselo?

El muchacho se apartó a toda prisa de la cama, alejándose de las indagaciones de Rachael.

—¿Qué haríamos nosotros si te pasara algo?

—¿No lo comprendes, Rachael?

—Con Wolf y tío Andrei haciendo el trabajo que hacen... Yo no puedo perderos a todos.

—Si al menos papá... —Stephan se interrumpió en seco—. Nada.

—Tú no puedes cubrir su deserción, Stephan.

—¡Me da vergüenza! Durante demasiado tiempo traté de creerlo que me explicaba.

—No seas muy duro con papá. Nadie sabe cuánto ha sufrido. Debes ser benévolo.

—¿Cómo puedes decir eso? Si no fuera por papá tú y Wolf podríais casaros.

—A pesar de todo es tu padre, Stephan, y sé que el rabí Solomon sería el primero que te diría que debes honrarle siempre.

—Rachael... Mamá y papá ya no se quieren, ¿verdad que no?

—La culpa la tiene la época que atravesamos, y nada más, Stephan.

—Está bien. No es preciso que te esfuerces en darme explicaciones.

Rachael cambió de tema rápidamente.

—De modo que la semana próxima serás ya un hombre de verdad. Vaya, déjame ver si tienes pelo en la barba. —Rachael cogió a su hermano en plan de pelea y le tumbó al suelo. Stephan se dejó sujetar. Los dedos de la chica le hurgaron las costillas y él se revolvió, mitad enojado, mitad riendo.

—¡Basta, Rachael! Ahora ya no puedo forcejear contigo.

La muchacha sacó las uñas.

—¿Y por qué no?

—Porque eres una chica.

—¡Vaya! ¡Stephan Bronski! ¡Te haces hombre, realmente!

Un momento después volvía a ensayar el andante. Stephan se deslizó en el banco, a su lado, y apoyó la cabeza en su hombro. Rachael rodeó a su hermano con el brazo y le besó en la frente.

—No tendrás un *bar mitzvah* muy lucido, ¿verdad que no?

—El solo hecho de jurar que uno vivirá como buen judío tiene mucha importancia —respondió el adolescente.

—Eres un hombrecito.

—No tengas miedo, Rachael. Wolf regresará. Anoche te oí llorar. No temas.

Rachael, creo que comprendo todo lo que os pasa a ti y a Wolf y quiero que sepas que estoy muy contento porque, después de tío Andrei, Wolf es el hombre más excelente que ha vivido en este mundo. A mí me ha explicado muchas cosas..., respecto a ser hombre..., cosas que papá debería haberme explicado...

Rachael palideció, y después se puso a sonreír.

—Ojalá regrese. Ojalá regrese...

—Dijo que volvería para asistir a mi *bar mitzvah*. Volverá, Rachael.

El despacho de Alexander Brandel quedó convertido en una sinagoga improvisada, exactamente igual que en el transcurso de dos mil años se habían adaptado para el culto prohibido un millón de lugares diferentes. El rabí Solomon se invistió de las antiguas vestiduras de su sacerdocio, abrió el pergamino del Tora y canturreó dirigiéndose a los asistentes de entre los cuales Ervin Rosenblum, Andrei, Alex y otros tres bathyranos estaban muy cerca de lo que hacía las veces de altar. Al otro lado de la mesa de Alex se apiñaban Rachael, Susan, Deborah y muchos amigos de Stephan. El cascarón del hombre que había sido en otro tiempo Paul Bronski estaba solo junto a la puerta.

Stephan Bronski movía los dedos con cierto nerviosismo mientras su madre le pasaba la mano por el *tallis* (manto especial) que en otro tiempo perteneció al padre de ella. Como desde la ocupación no se había confeccionado ningún manto nuevo, el rabí dictaminó que sería apropiado que el muchacho llevase aquella prenda, como símbolo de que una generación transmitía a otra una de sus tradiciones. Los meses de estudio de Stephan llegaban a su punto culminante.

El muchacho miró hacia la puerta, confiando en que Wolf aparecería en el último instante, pero no vio sino a su padre. Entonces dirigió una breve sonrisa a Rachael.

El rabí Solomon se dirigió a los reunidos. Otro muchacho estaba dispuesto a aceptar sus deberes como hijo de los Mandamientos, guardián de las Leyes, y a tomar sobre sus hombros la carga terrible de vivir como judío.

La semana anterior nada más, se había celebrado otro *bar mitzvah*. El hijo de Max Kleperman había llegado a la edad de trece años. Se le entregaron los símbolos de la edad varonil en un gran salón del cuartel general de los Siete Grandes, en medio de

una ruidosa francachela. El anciano quería volver la espalda a la burla que había organizado Kleperman, pero no lo hizo, porque él era un mero administrador de la voluntad de Dios y no su juez.

La voz cada vez más delgada y aguda del rabí pidió al candidato que avanzase unos pasos.

Stephan dio un último suspiro y sintió que la mano de su madre le daba un apretón en el hombro. Luego fue a recibir la nueva categoría que le conferían en la sociedad. Era un muchacho bajito y delgado como su padre.

—Bendito sea el Señor a Quien hay que tributar alabanzas.

—Alabado sea el Señor, que es Bendito por toda la eternidad —respondieron los hombres que había en la habitación.

—Bendito eres Tú, oh Señor Dios nuestro, Rey del Universo, Quien nos escogió entre todos los pueblos para darnos su Tora. Bendito eres Tú, oh Dios, Dador de las Leyes —salmodió Stephan.

El muchacho y el anciano se volvieron hacia los pergaminos del Tora, que estaban sobre la mesa de Alexander Brandel. Stephan tocó el Tora con las borlas del manto, luego besó el manto y leyó pasajes de las Leyes de Moisés. Después de la bendición pasó al punto culminante de sus estudios, el canto del Maftir Aliya del Libro de los Profetas, una de las más difíciles entre todas las lecturas hebreas.

Stephan se puso de cara a la concurrencia y cantó de memoria. Era su voz poco potente y aguda, pero vibraba en ella ese grito de angustia nacido de la opresión ejercida por muchos faraones de toda especie en muchísimas épocas.

Los asistentes quedaron pasmados viendo el dominio absoluto del texto de que hacía gala aquel adolescente al llenar su cometido. El mismo rabí Solomon rebuscaba en su memoria tratando de recordar si alguna otra vez un joven había recitado el Haftora con mayor autoridad, gracia y perfección musical.

Dada la bendición final, arrollaron los pergaminos del Tora, para llevárselos y esconderlos a fin de evitar que los alemanes los profanaran.

Stephan Bronski se volvió de cara a los asistentes. Su tío Andrei le guiñó el ojo. Stephan miró hacia todas partes, confiando en que Wolf hubiese llegado, pero quedó defraudado. Luego, carraspeó.

—Desearía dar las gracias a mi madre y a mi padre —dijo, según la apertura tradicional del discurso de despedida— por haberme criado dentro de la tradición judía.

Tal declaración pocas veces dejaba de llenar de lágrimas los ojos de las mujeres. Deborah y Rachael demostraron no ser una excepción. Pero en el fondo del despacho, aquellas palabras se clavaban en Paul Bronski como puñales. Mientras su hijo continuaba, él bajó los ojos.

—Me doy cuenta de que el ser reconocido como hijo de los Mandamientos es

precisamente la señal de que se ha llegado a hombre. Muchos me han expresado su pesar por no haber podido celebrar mi *bar mitzvah* en tiempos de paz, pues entonces la Gran Sinagoga Tlomatskie habría estado casi llena, y de toda Polonia habrían llegado parientes y habríamos tenido una gran fiesta e infinidad de regalos. He pensado mucho en todo esto, pero en realidad me alegro de haber celebrado mi *bar mitzvah* en un sitio como este despacho, porque precisamente en sitios como éste se ha conservado viva la fe judía durante otras épocas de opresión. Creo también que uno ha de considerar un privilegio especial el celebrar su *bar mitzvah* en tiempos malos. Cuando las cosas marchan bien, cualquiera pueda vivir como judío. En cambio, ahora, el jurar que uno será siempre judío tiene verdadera importancia. Sabemos que Dios necesita judíos auténticos que defiendan Sus Leyes. En fin, nosotros hemos sobrevivido a todos los que en el pasado trataron de destruirnos porque hemos conservado esta clase de fe. Nuestro Dios no nos abandonará. Me siento muy orgulloso de ser judío y pondré todo mi esfuerzo en estar a la altura de mis responsabilidades.

El rabí Solomon sostuvo el *tallis* sobre la cabeza de Stephan y canturreó la bendición sacerdotal que cerraba el acto. Los asistentes se adelantaron para apiñarse alrededor del muchacho y felicitarle con cordiales Mozeltoffs. Paul Bronski salió de la casa de prisa y a la callada.

—Supongo que ahora estarás satisfecha —le espetó Paul a Deborah—. Has dado ya tu pequeña función de circo. Has ganado la batalla. Me has puesto delante de todo el ghetto como un tonto de remate.

Deborah hizo un esfuerzo por dominarse. Sus ojos volvían a tener aquella mirada medio enloquecida.

—Has restregado mis heridas con sal —continuó él—. Me has puesto en ridículo.

—Stephan no ha celebrado su *bar mitzvah* como una *vendetta* contra ti.

—¡Qué me dirás!

—Paul, vámonos a la cama —suplicó ella.

—¿A dormir? —Paul soltó una carcajada sardónica—. ¿Quién duerme? —

Quiso encender un cigarrillo, pero la mano le temblaba con tal violencia que sólo lo consiguió cuando su esposa se la sujetó—. Bien, Deborah, ahora que tu hijo es auténticamente judío y tú has ganado la cruzada para purificarte santamente de mis pecados...

—¡Basta ya!

—...Ahora quizá podamos discutir un asunto de familia. Todavía *somos* una familia, ya sabes.

—Si hablas como una persona civilizada.

Paul se había desahogado con aquel pequeño estallido, y se calmó.

—Es preciso que dejes de trabajar en el orfanato, y Rachael ha de dejar de dar conciertos. En cuanto a Stephan, pasa en la calle demasiado tiempo. —Deborah se limitó a entornar los ojos ante tal declaración—. Hemos de someter a nuevo análisis a todos nuestros amigos. Una asociación continuada con Brandel, Rosenblum y Susan podría resultar peligrosa. Todo el mundo conoce su filiación pasada y nadie está seguro de que no formen parte del movimiento clandestino actual.

—Vamos, párate donde estás, Paul.

—¡Déjame terminar, maldita sea, déjame terminar! Yo no puedo garantizar vuestra inmunidad por culpa de tu condenado hermano y de sus agitadores.

Los alemanes han detenido a toda la familia de uno de los miembros de nuestra junta y los retienen en la Prisión Pawiak como un aviso para que desbaratemos el movimiento clandestino. —En aquel instante, su ser pareció perder todo lo que le quedaba del afán de honorabilidad. Su piel tomó un tono gris horrible—.

Hemos decidido...

—¿Qué?

—Hemos decidido que nuestras familias han de venir a trabajar en el edificio de la Autoridad Civil y que nunca estarán fuera de nuestra vista.

—¡Oh, Dios mío, a esto hemos llegado! —Deborah se llevó la mano a los ojos, pero sólo por unas pocas lágrimas—. Durante todo este tiempo, he esperado pacientemente que... Paul, al principio hice un esfuerzo, un esfuerzo muy grande por convencerme de que la conducta que seguías era realmente la buena. Pero con el paso de los días, a medida que te degradas más y más, has dejado de ser una persona humana.

—¿Cómo te atreves...?

—¡Buen Dios, Paul! ¿No has oído a tu hijo hoy? ¿No te impresiona, no te conmueve el coraje de un chiquillo?

—¡No quiero escuchar!

—¡Escucharás, Paul Bronski! ¡Escucharás!

Paul se arrodilló desesperado delante de ella, la cogió por el brazo y se lo sacudió.

—¡Podemos hablar de literatura hasta que el infierno se hiele, pero lo que yo te digo es la realidad!

Las lágrimas corrían ahora a raudales por las mejillas de Deborah.

—¿La realidad? Pobre hombre mío, tú eres el que ha vivido apartado de la realidad. Voy a decirte cuál es la realidad. Yo envié a tu hija junto a Wolf Brandel, a pesar de que si se hubiesen casado habrían puesto en peligro la preciosa situación de colaboracionista de su padre.

—¡Aquel canalla...!

—¡Bien! Por fin tienes la honradez de manifestar cólera. Pero Wolf es un joven excelente, y doy gracias a Dios de que Rachael encuentre unos minutos de felicidad

en medio de este infierno. ¿Debo explicarte más realidades? Yo trabajo fabricando bombas en la bodega del orfanato, y tu hijo Stephan reparte el periódico clandestino. —Paul Bronski se puso en pie y gruñó cual un animal aturdido, moribundo—. ¿Sabes por qué, Paul? El chico acudió a mí y me suplicó: «Mamá, alguno de nuestra familia ha de ser un hombre».

Paul se desplomó sobre una silla y se puso a sollozar. Deborah se quedó de pie ante aquella piltrafa envilecida, estremecida, y el desdén se disolvió en un cansancio terrible.

—Yo sólo lo hice por vosotros —lloriqueó Paul—. Sólo por vosotros.

—Estoy cansada, Paul. Vencida. —De súbito, sin que se lo hubiera propuesto, las palabras se abrieron camino entre sus labios—. Tengo ocasión de abandonar el ghetto con nuestros hijos.

Él levantó los ojos y la miró, parpadeando.

—De Monti... De Monti...

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Has sido capaz de hacerme eso?

—He sufrido la expiación. He pagado y vuelto a pagar un millar de miles de veces, y juro que aún no sé si hice mal ni siquiera al empezar. Pero si lo hice, tú me has castigado. Te lo prometo, Chris no será nada para mí. Lo único que quiero es encontrar un hoyo en alguna parte para meterme en él y no seguir oyendo el llanto de los niños que se mueren de hambre. Quizá un trecho de hierba... Sí, eso es lo único que quiero... Nada más... Un trecho de hierba...

Paul se deslizó de rodillas al suelo y se dobló sobre los pies de Deborah.

—No me dejes, te lo ruego —pidió llorando—. No me dejes, te lo ruego... No me dejes, te lo ruego...

CAPÍTULO IV

Primavera de 1942.

El espantoso invierno había terminado, pero el hedor de la muerte perduraba. El pequeño ghetto del sur quedaba poco menos que liquidado. A medida que los judíos pagaban un tributo de vidas siempre en aumento, iban ocupando su terreno familias polacas. Todo lo que quedaba en el sur eran unas cuantas calles de judíos, los talleres de carpintería y la «tierra de nadie». El ghetto grande estaba más atestado que nunca.

Con los refuerzos que recibió la guardia de SS de Waffen, el ghetto cayó en las garras de un miedo más terrible que el que había sentido hasta entonces. El atildado Cuerpo Selecto, con sus rayas de fuego sobre los negros uniformes, entró en Varsovia recién salido de la tarea que había llevado a cabo en calidad de Kommandos Especiales de Acción en las matanzas del frente oriental. Sus componentes, colocados bajo el mando de Sieghold Stutze, eran una colección de patanes a los que la vista de la sangre de sus víctimas convertía en bestias salvajes. Los recién llegados llenaron los cuarteles del 101 de la calle Leszno, inmediatamente detrás de la pared y enfrente de la fábrica de uniformes de Koenig.

Después llegó una segunda colección de guardia. Letones y lituanos que vestían el uniforme de Auxiliares Nazis con la insignia de las calaveras y los fémures cruzados en las hombreras. Aquellos campesinos de los países bálticos habían representado su papel en las carnicerías del Este con deleitado regocijo.

Todavía llegó una tercera fuerza del cuartel general de Globocnik, en Lublin. Ucranianos. Borrachos o serenos, los hombres de su coro cantaban con una armonía tal que se les apodaba «Los Ruiseñores».

Lituanos, letones y «Los Ruiseñores» ocuparon el edificio de ladrillo rojo de la esquina inmediata a los cuarteles de las SS.

Todas las noches, los sonidos de las francachelas de los beodos agudizaban el miedo.

El general de las SS, Alfred Funk, correo de los mensajes verbales relativos a los «problemas judíos», llegó a Varsovia como un heraldo de calamidades.

Recién aleccionado en las conferencias sostenidas con Heydrich, Himmler y Hitler, en Berlín, vino acompañado de Adolf Eichmann, el hombre de la Gestapo 4B, el experto en asuntos judíos.

Gaceta de Cracovia dedicaba cada día más espacio y energías a preparar el terreno para la «solución final del problema judío». La actividad febril que, construyendo campos de concentración, reinaba por todas partes, en Polonia trajo buen número de expertos alemanes en transportes y construcciones. Pero estos campos nuevos eran diferentes. No estaban designados para el trabajo esclavo ni para albergar enemigos del Reich. Los construían con gran secreto en localidades

apartadas de las grandes rutas y sus estructuras tenían formas raras, nada semejantes a todo lo que se había visto hasta entonces.

A mediados del invierno, Alfred Funk terminó sus conferencias en Varsovia y regresó a Lublin con nuevas instrucciones verbales para Globocnik.

A primeros de marzo llegó a Varsovia uno de los enlaces de Ana Grinspan trayendo la noticia de que estaba en marcha una Operación Reinhard —el nombre de Heydrich— para liquidar el ghetto de Lublin. A los ocupantes del ghetto, así como a otros judíos traídos en trenes de otros países, los enviaban a un campo llamado Majdanek, en las afueras de la ciudad.

Cuando Funk llegó a Varsovia todo el mundo se puso a especular afanosamente por descubrir el significado de su presencia allí, pero después del invierno que acababan de sufrir, nadie creía que la situación pudiese empeorar más.

El rabí Solomon estaba sentado en el suelo de otra sinagoga improvisada, delante de su depauperada congregación, la cual había formado en otro tiempo un orgulloso grupo, de mucho prestigio en todos los círculos religiosos de Polonia. Los pocos miembros dispersos que quedaban de aquel antiguo grupo representaban el corazón de la judería europea. Stephan Bronski, el alumno favorito del rabí, se hallaba cerca del docto anciano.

Era el noveno día del mes hebreo de Ab, el día en que se había abatido sobre los judíos el mayor de los desastres. En el Tisha B'Ab, los babilonios destruyeron el Primer Templo de Salomón, y dos siglos después, el mismo día, el Segundo Templo cayó en poder de los romanos, iniciándose una serie de acontecimientos que con el tiempo dispersaron a los descendientes de Abraham por todos los rincones del mundo reduciéndolos a la condición de errantes y extranjeros perpetuos.

En el Tisha B'Ab bajó del monte Sinaí un Moisés enfurecido y partió en mil pedazos las tablas de los Mandamientos, al ver a las tribus de Israel en una orgía, adorando un ídolo. Fue como si hubiera lanzado una maldición eterna sobre su semilla, pues en esta noche del Tisha B'Ab las luces estuvieron encendidas hasta muy tarde en las oficinas del cuartel de la Gestapo, en el cuartel general del Cuerpo Reinhard y en las oficinas de Rudolph Schreiker.

El rabí Solomon leía el «Valle de Lágrimas», y sacaron el Sagrado Tora y el anciano se bamboleó repitiendo con voz de llanto las agoreras profecías de Jeremías:

—«Y el Señor os dispersará por todas las naciones y quedaréis pocos en número».

Un murmullo triste respondía a sus palabras.

—«Hemos buscado paz, pero de nada ha servido. Hemos esperado una época de salud. ¡Y he ahí el mal! Porque, mirad, "Yo enviaré entre vosotros serpientes que resistirán a todo encantamiento, y os morderán», Dijo el Señor.

La cosecha ha pasado, el verano terminó y no nos hemos salvado..., porque la

muerte ha subido a nuestras ventanas y ha entrado en nuestros palacios a desmembrar a los hijos de fuera y a los jóvenes de las calles..., y las carroñas de los hombres caerán como estiércol sobre el campo libre...»

Mientras el rabí Solomon entonaba estos lamentos, tenían lugar los prolegómenos de la catástrofe más terrible en una historia saturada de ellas.

El Viernes Santo dio entrada a la Gran Acción.

Los nazis llamaron a los componentes de su red de informadores y durante la noche les ordeñaron todas las noticias posible. Al alba, idearon un golpe rápido y despiadado para despojar a los judíos de sus últimos dirigentes.

Haciendo gemir las sirenas en horrible armonía con los rezos del rabí, las SS, junto con sus letones, lituanos, «polacos azules», Milicia Judía y ucranianos, irrumpieron por todas las puertas y barrieron el ghetto, valiéndose del humo para sacar a los elementos de la resistencia de sus cuartos secretos.

Docenas y docenas de ellos fueron llevados andando sin miramiento alguno hasta el cementerio, donde un pelotón de ejecución de «Los Ruiseñores» los fusilaba.

Ana Grinspan, Andrei Androfski y Tolek Alterman tuvieron la buena fortuna de encontrarse en el sector ario. Otros bathyranos se escondieron en los sótanos de Mila, 19, junto con Jules Schlosberg y Ervin Rosenblum, entre diarios del Club de la Buena Camaradería y bombas incendiarias de fabricación casera.

Simon Eden se pasó el día cruzando tejados, y Rodel, el comunista, se acurrucó en el humilde refugió de un retrete escondido.

Alexander Brandel y David Zemba se contaban entre los afortunados que no figuraban en la lista.

Pero docenas de elementos bathyranos, sionistas, laboristas, revisionistas y bundistas no tuvieron tanta suerte. El Viernes Santo desarticuló el ghetto y lo hundió en los más negros abismos.

En el Sabbath que vino después de la matanza, el ghetto quedó cubierto de bandos con órdenes aterradoras, y los vehículos con altavoces corrían de acá para allá y de allá para acá, bramando los edictos.

AVISO DE LA ORDEN DE DEPORTACIÓN

---

1. Por orden de las autoridades alemanas, todos los judíos que viven en Varsovia, sin distinción de edad ni sexo, han de ser deportados al Este.

2. Los mencionados a continuación quedan excluidos de la orden de deportación:

a) Todos los judíos empleados por las autoridades alemanas o que trabajen en empresas alemanas y tienen sus *Kennkarten*.

b) Todos los judíos miembros o empleados de la Autoridad Civil Judía en el día de la fecha.

c) Todos los judíos pertenecientes a la Milicia Judía.

d) Las familias de los arriba mencionados. Las familias las componen únicamente marido, mujer e hijos.

e) Los judíos que trabajen en organismos benéficos bajo la dirección de la Autoridad Civil Judía y la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua.

3. Cada deportado tiene derecho a llevarse como equipaje quince kilos de posesiones personales. Todo lo que exceda de dicho peso será confiscado. (Es preciso llevarse todos los artículos de valor, tales como dinero, joyas, oro, etcétera, a fin de servirse de ellos para una adecuada reacomodación). Es preciso llevarse comida para tres días.

4. La deportación empezará el 22 de julio de 1942 a las 11 de la mañana.

5. Castigos:

a) Los judíos comprendidos en las listas publicadas que no se presenten, serán fusilados.

b) Los judíos que emprendan actividades para eludir y obstaculizar una ordenada deportación, serán fusilados.

AUTORIDAD CIVIL JUDÍA, VARSOVIA
BORIS PRESSER, PRESIDENTE

ANUNCIO

A todo deportado que se presente voluntariamente se le suministrarán tres kilos de pan y uno de mermelada. La distribución de comida tendrá lugar en la plaza Stawki.

El centro, ejecutor de la deportación será el centro ordenador de los números 6-8 de Stawki, en la Umschlagplatz.

AUTORIDAD CIVIL JUDÍA, VARSOVIA
Dr. Paul Bronski, Presidente adjunto

ANUNCIO

Cada día se fijará en sitios bien visibles el anuncio de las deportaciones que habrán de tener lugar al día siguiente. Para el 23 de julio, los deportados procederán de los sectores enumerados a continuación: Calle Elecktoralna. Números del 34 al 42.

Calle Chlodna. Números 28-44, inclusive.
Calle Orla. Números 1-14 y 16-34.
Calle Leszno. Números 1-3, 7-51 y 57-77.
Calle Biala. Toda.

POR ORDEN DE PIOTR WARSINSKI
Milicia Judía de Varsovia

CAPÍTULO V

Después del Viernes Santo, el movimiento clandestino se replegó y dedicó su atención a determinar qué era lo que se escondía detrás de la deportación.

Durante los tres días primeros, los alemanes tuvieron un éxito inesperado.

Los desarraigados que vivían escondidos sin *Kennkarten* abandonaron sus chozas secretas, incapaces de resistir la tentación de los tres kilogramos de pan y el kilogramo de mermelada prometidos por los alemanes. Hubo más voluntarios de los que podían despachar en la Umschlagplatz.

El centro de deportación se encontraba en un edificio gris de cemento armado, de cuatro pisos de altura, sito en Stawki, 6-8, un poco más allá de la entrada norte del ghetto. Quedaba fuera de la vista así del ghetto como del sector ario. Primitivamente había sido una escuela, y luego un hospital de Huérfanos y Ayuda Mutua.

El Hauptsturmführer de las SS de Waffen, Kutler, jefe del destacamento, era miembro de los Kommandos que habían llevado a cabo las matanzas del frente del Este. Kutler se hallaba en estado de embriaguez, atormentado por una pesadilla continua de sangre. La mayoría de los otros componentes de aquellos Kommandos compartían sus ensangrentados sueños, y para seguir adelante recurrían al licor y a las drogas.

De los goznes de la entrada colgaban un par de puertas de hierro. Dentro, de pie ante las colas interminables de seres humanos, media docena de nazis seleccionaban a los futuros deportados. A unos pocos les devolvían al ghetto a trabajar. A la mayoría les hacían cruzar el inmenso patio empedrado con guijarros y rodeado por un alto muro.

El destacamento del patio estaba formado de «Ruiseñores» y de camaradas letones y lituanos bajo la dirección de unos cuantos hombres, de las SS, cuyas manos sujetaban las correas de unos perros cargados de malas intenciones.

De un extremo a otro del patio se extendía un andén cubierto por un tejado de ladrillo. Junto al mismo, esperaba, preparado para la marcha, un tren compuesto de cuarenta y cuatro vagones de ganado y de carga.

A medida que los seleccionados iban entrando, se les registraba el equipaje, en busca de joyas, dinero y toda clase de objetos de valor. A fin de dejar sitio en los vagones para un mayor número de personas, la mayor parte de las prendas de vestir que llevaban se las confiscaban.

Un destacamento de judíos de la patrulla de trabajo de Koenig transportaba con carretillas aquellas ropas a un edificio que servía de almacén. Los forros de los abrigos eran desgarrados por si escondían algo de valor. Los recuerdos personales —cartas familiares, retratos, regalos— los quemaban en un horno grande emplazado junto al edificio.

Cuando habían reunido un total de seis mil personas, las cargaban en los trenes. Todas las tardes, a las tres, sin más demora, los trenes partían para «un lugar ignorado del Este».

Los desarraigados que se habían presentado voluntariamente durante los primeros días de la Gran Acción se hallaban tan acobardados, que casi no ofrecían ninguna resistencia. Pero si alguno retrocedía hacia el patio de la Umschlagplatz, los guardias se le echaban encima al momento, sin piedad.

Fuera del patio, los «polacos azules» y la Milicia Judía mantenían el orden en las colas que alimentaban de gente el centro de selección.

Los ancianos, los mutilados y los que se veía claramente que no servían para trabajar eran sacados de la Umschlagplaz y asesinados por pelotones de fusileros de los SS, en el cementerio, distante de allí unas manzanas de edificios.

De esta manera, los alemanes «demostraban» que a los nuevos campos de trabajo sólo llevaban personas sanas.

A pesar de la pasividad de la comunidad ortodoxa, hombres como el rabí Solomon seguían ejerciendo gran influencia sobre el pueblo. A medida que más y más rabíes partían para un destino desconocido, los que quedaban heredaban una responsabilidad mayor.

En el cuarto día de la Gran Acción, los restos del movimiento clandestino tenían la Umschlagplatz bajo observación y se escabullían por toda Varsovia tratando de enterarse del punto de destino de aquellos trenes.

Alexander Brandel visitó al rabí Solomon con el propósito de convencerle para que acudiese a la Autoridad Civil Judía. El anciano se había trazado un círculo inalterable que limitaba sus deberes. La Autoridad Civil Judía, arguyó, quedaba fuera de su esfera de actividades. Mediante razones y argumentos sacados del Talmud, Alex trazó paralelos con los exilios sufridos en la antigüedad y debilitó su posición de tal modo, que al final el rabí convino en reunir un parlamento de colegas y consintió en que Alex expusiera su petición a los cinco rabíes que estaban en condiciones de asistir.

Los cinco rabíes decidieron que era moralmente justo que el rabí Solomon se dirigiera a la Autoridad Civil.

El anciano estaba parcialmente ciego, sólo veía imágenes borrosas. Meses atrás había tenido que abandonar su trabajo en las notas del Club de la Buena Camaradería, y en el diario de Brandel. Entró en el edificio de la Autoridad Civil, de las calles Zamenhof y Gensia, del brazo de Stephan Bronski, su estudiante predilecto.

Paul Bronski estaba más nervioso que de costumbre. La vista de Stephan con el rabí a plena luz del día y en un lugar que era una ratonera de informadores le enervaba. Stephan fue enviado a casa. Aunque Solomon no podía ver a Paul, podía

captar el desasosiego que traslucía su voz.

—Doctor Bronski, se ha hablado mucho de esas deportaciones. Lo cierto es que apenas se habla de otra cosa.

—Se comprende perfectamente.

—Tenemos noticia de que en unos campos de muerte especiales, continúan las matanzas del frente oriental.

—Tonterías. ¿No ve usted que esto sale del mismo grupo de agitadores con el cual hemos de contender desde el primer día de la ocupación? No tenemos otro punto de apoyo que la propaganda de dicho grupo para pensar que haya habido nunca matanza alguna en el Este.

—¿La Autoridad Civil Judía ha interrogado alguna vez a los alemanes acerca de la veracidad de los relatos sobre tales carnicerías?

No, por supuesto. Paul apretó los dientes. Por más que hubiera perdido la vista, el anciano conservaba intacto el filo incisivo de su mente y su estilo cáustico peculiar de tender cepos verbales.

—Mi querido rabí Solomon, nadie pretende que la vida en el ghetto haya sido fácil. Somos los derrotados en una guerra en la que nos han elegido para cabeza de turco. Sin embargo, merced a haber procedido con orden, la verdad es que hemos conservado a la mayoría de nuestra gente con vida y junto a nosotros.

—En tal caso, presumo, doctor Bronski, que está usted dispuesto a asegurarnos que la mayoría de nosotros continuaremos con vida y en este ghetto dentro de tres o cuatro semanas.

Paul sólo había hablado de las deportaciones con Boris Presser.

Personalmente confiaba que dentro de una o dos semanas los alemanes habrían repoblado sus campos de trabajo y las deportaciones cesarían.

—Estoy esperando una respuesta, doctor Bronski.

A Paul le daba miedo tomar una posición. Supongamos que dijese que las deportaciones terminarían, y no terminaban. Supongamos que los rumores relativos a los campos de muerte fuesen ciertos y se viera que la Autoridad Civil no había adoptado ninguna actividad respecto a ellos. Paul se había quedado sin espacio para maniobrar. Durante dos años y siete meses había encontrado cada vez una salida, y luego otra, y después otra. Ahora se encontraba en un callejón que no la tenía.

—Estoy razonablemente seguro de que las deportaciones terminarán tan pronto como los alemanes hayan descongestionado el ghetto. La descongestión del ghetto aliviará muchos de los problemas que tenemos aquí, y los traslados de población realizados a fin de reforzar su reserva de trabajo cerca del frente oriental satisfarán a los alemanes.

—¿Querría preguntarles a los alemanes esa Autoridad Civil si ellos también comparten las razonables certidumbres de usted?

La trampa verbal del rabí Solomon se había cerrado de golpe. Paul no quería seguir hablando con aquel hombre y se apresuró a musitar que se ocuparía del asunto.

Boris Presser llenaba sus deberes en la Autoridad Civil Judía casi como una figura inexistente. Era un hombre callado cuyo fuerte lo constituía una habilidad extraordinaria en no cruzarse en el camino de los demás y en gobernar su oficina de un modo mecánico, sin ningún apego emocional. El asesinato de Emanuel Goldman, el primer presidente de la Autoridad Civil en los días iniciales de la ocupación, señalaba claramente las limitaciones de su poder.

Presser evitaba diestramente toda suerte de reuniones clandestinas con los elementos subversivos, los organismos benéficos y los contrabandistas.

Dominaba el arte de no saber nada, no ver nada, ni oír nada. A copia de pericia se mantenía impoluto. Era, en realidad, el instrumento perfecto al servicio de la lógica nazi, que hacía notar que los judíos se exterminaban unos a otros.

Cuando, de vez en cuando, se encontraba entre la espada y la pared, Presser sabía justificar siempre la existencia de la Autoridad Civil. Sin ella, explicaba, la situación estaría mucho peor. Se convencía a sí mismo de que era un instrumento de supervivencia.

Cuando Paul Bronski confrontó a Boris con la oleada de aprensión que habían levantado las deportaciones, Presser no se dejó coger en el cepo de hablar con los alemanes. Igual como lo había hecho en un centenar de ocasiones anteriores, delegó a Paul Bronski.

¿A quién escoger? Imposible hablar con Schreiker y el Cuerpo Reinhard.

¿Podría valerse de Max Kleperman? No, los Siete Grandes no querían saber nada de las deportaciones. ¿Utilizaría como conductos a Brandel y a David Zemba? No, ellos eran en realidad los autores de que se hubiera ejercido aquella presión sobre la Autoridad Civil.

No le quedaba otro recurso que acudir al doctor Koenig.

El doctor Koenig tenía su residencia en un palacio de cuarenta habitaciones, la confiscación más reciente que había ordenado en su calidad de jefe de tales actividades. En pocos años se había hecho multimillonario.

Pero también se había vuelto anormalmente obeso. Su cuerpo parecía una pera y su cabeza un tomate hinchado, con un odioso plano de pelusa cortada horizontalmente en la cima.

El poder no le sentaba bien. Después de los primeros y dulces paladeos de la venganza y de la satisfacción de sus ambiciones, tuvo que andar a la greña con la realidad desnuda que le mostraba que se había aliado con hombres de una bestialidad que nunca creyó pudiera existir entre personas civilizadas. Su maravillosa Alemania, el país que había regalado tesoros de cultura, la gobernaban maníacos y sádicos. Koenig recordaba la primera discusión que había sostenido acerca de las matanzas en

masa. Ahora se preguntaba qué había hecho. No obstante, empujado por una fuerza irresistible, ascendía cada día a una altura mayor. El mismo Himmler le recibía con frecuencia. Franz Koenig abandonaba todo lo que había sabido de la verdad y la belleza. Víctima del miedo, se dejó comprar entero: mente, alma y corazón.

Cuando se encontró de pie ante el doctor Koenig, Paul sentía la garganta cubierta de una costra seca. Mediaba una larga distancia desde la Universidad hasta aquel despacho de doce metros. Sin embargo, la presencia de Paul siempre producía el efecto desconcertante de hacerle recordar a Koenig que en otros tiempos se sentía satisfecho leyendo a Schiller y escuchando a Mozart, alejado de su gorda esposa polaca.

Paul consiguió soltar por fin el mensaje de aprensión sobre las deportaciones.

—Disponen de una milicia. Utilícenla —le espetó Koenig, irritado.

—Si la utilizamos más de lo que la hemos empleado ya como instrumento para las deportaciones, ello no servirá sino para confirmar las sospechas de la gente.

Koenig se mecía en un sillón descomunal. Podía trasladar el asunto a Rudolph Schreiker, quien cerraría de un golpe brutal todas las discusiones.

¿Sería prudente obrar así? Con sólo unos pocos días, el chorro de voluntarios para la deportación se había secado casi en absoluto. Se corría el riesgo de que, con el crecimiento del movimiento clandestino, se endureciese la resistencia.

Koenig tenía una docena de fábricas dentro y fuera del ghetto que necesitaban un suministro constante de mano de obra. Schreiker no había modificado ni una pizca su modo de actuar, atropellado y estúpido. Él, Koenig, había aprendido a manejarle, a solidificar su posición, haciéndole sentir que le era indispensable.

Schreiker había contraído una enorme deuda con él a través de sobornos y préstamos.

Paul Bronski y Boris Presser habían sido unos lacayos obedientes. Si había que sustituirles después de una purga repentina, la medida podía trastornar el bien conservado equilibrio que Koenig mantenía en el ghetto.

—Es razonable que la Autoridad Civil Judía asegure al pueblo que nos animan unas intenciones excelentes —dijo Koenig, en términos comedidos.

Cuando Paul hubo salido, Koenig se fue a la Casa de la Ciudad a convencer a Rudolph Schreiker de cuánto importaba que la Autoridad Civil Judía publicase una proclama abogando por que las deportaciones continuaran de una manera ordenada. Como de costumbre, los problemas del momento tenían demasiado confuso a Scheriker para que hiciera otra cosa que balbucear su consentimiento, autorizando a Koenig a obrar según su propio parecer.

Al día siguiente, Paul Bronski, Boris Presser y los demás componentes de la Autoridad Civil Judía fueron sacados a toda velocidad del ghettho a fin de que realizasen sendas inspecciones en Poniatow, Trawniki y docenas de campos de

trabajo del Este, instaurados con objeto de suministrar brigadas de construcción de carreteras y de pistas de aterrizaje, y también obreros para las fábricas de municiones. Los ferrocarriles habían sufrido los primeros bombardeos por parte de los rusos. Brigadas de judíos los ponían en servicio otra vez.

Aquella inspección superficial corría paralelamente a las que realizaba la Cruz Roja Suiza al investigar las condiciones de vida del ghetto. No obstante, sirvió a Presser y a Bronski de gesto para salvar la faz. Al final del recorrido, que no mostró ni demostró nada, Koenig sometió los hechos auténticos a la distorsión de la lógica nazi. La «inspección» demostraba que las deportaciones de judíos de Varsovia no tenían otro objeto que el que se había anunciado, o sea, dispensar y descentralizar la industria y trasladarla más cerca de la línea de combate del frente oriental.

Ni Boris Presser ni Paul Bronski pudieron permitirse el lujo de averiguar la verdad. A su regreso a Varsovia, Koenig tenía preparadas unas declaraciones para que las firmasen. Ambos pusieron sus respectivos nombres en los documentos, declarando su satisfacción en vista de que las deportaciones se realizaban por los motivos publicados anteriormente y de que las condiciones de trabajo eran aceptables, y pedían con insistencia la cooperación de todos para que los envíos de personal siguieran de un modo ordenado.

Sobre un millar de paredes se fijaron copias de tales documentos, pero a pesar de ello, las riadas de voluntarios se habían secado ya en el sexto día de la Gran Acción.

— *Juden! Raus!*

—¡Judíos! ¡Afuera!

¡Silbatos! ¡Sirenas! Las calles desiertas. El miedo tenso detrás de las cortinas corridas.

«Los Ruiseñores», que cantaban con tan bella armonía, saltaban de los camiones en otro de sus golpes de mano repentinos para dejar aislado un edificio, derramarse por el interior, derribar las puertas y arrastrar a la calle a los ocupantes que se resistían.

Wolf Brandel acechó por una ventana de un rincón del piso de Andrei, fijando la mirada en la escena de horror que se desarrollaba en el patio. Rachael trató de mirar, pero Wolf estiró el brazo y la contuvo manteniéndola a distancia.

En medio de la confusión, estalló un drama violento cuando un hombre intentó romper el cordón de ucranianos para alcanzar a su esposa, y como premio por sus esfuerzos, recibió una serie de golpes con las porras que le hicieron caer al suelo cubierto de sangre. Otro estallido. Una madre joven y frenética empujaba a un guardia corpulento, arañándole la cara y mordiéndole la mano en un desesperado intento por recuperar a su hijo. El guardia soltó una carcajada de trueno, la cogió por el cabello y la arrojó en medio del círculo de porras que no cesaban de sacudir golpes.

El cordón empujó a sus cautivos calle arriba, en dirección a la Umschlagplatz, con un firme tamborileo de trancas.

Wolf se puso la pistola en el cinto, apoyó la espalda en la cabecera de hierro de la cama y dejó caer el rostro sobre las rodillas. La muchacha se acurrucó junto a él, dejando reposar la cabeza en su regazo, y ambos permanecieron inmóviles y mudos hasta que los últimos gritos se perdieron por completo en la distancia.

—¿Adónde se dirigen esos trenes? —murmuró la joven con voz estremecida.

Wolf meneó la cabeza.

—Mi padre dice que terminarán pronto, pero yo no lo creo. Se habla de campos de muerte.

Rachael se puso a temblar, y la cara y las manos se le quedaron frías como el hielo. Wolf trató de reconfortarla.

—No quisiera ser de este modo... Ha sido sólo que... tuve tanto miedo al ver que no llegabas a tiempo para el *bar mitzvah* de Stephan. Sueño trenes continuamente. Sueño que se llevan a Stephan. Se arriesga demasiado, Wolf.

Frénale.

—¿Cómo puedo discutir con él pidiéndole que se oponga a lo que intentamos defender?

—¿Qué defendemos? Dímelo, en nombre de Dios, ¿qué defendemos?

—No lo sé bien. Mi padre sabría expresarlo con palabras precisas. Lo mismo el rabí Solomon. Lo único que yo quiero es vivir y que tú vivas. Creo que es todo lo que defiendo, en realidad.

Al cabo de poco rato, la muchacha se calmó.

—Un día habrá terminado todo, Rachael. Alguna vez ha de terminar.

—Si al menos pudiera ser tu esposa... Si al menos pudiera tener un hijo tuyo... Wolf, si a uno de los dos se lo llevan en aquellos trenes, quiero que sepas cuánto te amo.

—Nosotros venceremos esta época de calamidades..., Rachael. —Aquí su voz tomó un acento triste—. Mi padre habló con el rabí Solomon para que nos casara en secreto, sin que tu padre se enterase. El rabí no quiere hacerlo.

—¿Por qué? Será únicamente porque mi padre jamás consentiría...

—Para el rabí Solomon ello significaría tomar el partido del movimiento clandestino contra la Autoridad Civil. Ya sabes cuán inclinados son los ortodoxos a encontrar significados secretos en las cosas. Por lo demás, yo querría que todo el mundo supiera que eres mi esposa.

—Yo hago un gran esfuerzo por recordar a mi padre como solía ser antes, pero creo que le odio. Te lo juro, a veces casi desearía que hubiese...

—Ssssitt...

Unos ruidos en el tejado los dejaron encogidos de miedo Wolf sacó de un tirón a

Rachael y la empujó dentro de una alcoba, situándose luego delante de ella. Arriba, alguien hacía sonar las tejas. En la claraboya del techo de la cocina apareció una figura irreconocible que se puso a tirar de la trampa de madera.

Wolf sacó la pistola, la amartilló y apuntó al tragaluz. La trampa se abrió con un gemido, dejando pasar un chorro de luz y de aire. Por el agujero descendieron un par de piernas, y la figura se dejó caer al suelo.

—Es Stephan.

Stephan se puso en pie, frotándose la muñeca, que le dolía por el golpe recibido al querer amortiguar la caída.

—Lamento haber tenido que venir aquí —excusóse—, pero tío Andrei te necesita inmediatamente, Wolf.

—¿Dónde está?

—En la buhardilla de encima del escenario, en el Teatro Obrero.

Wolf se caló la gorra y miró por la ventana. Abajo, «Los Ruiseñores» patrullaban por la calle.

—Tendrás que ir por los tejados —dijo Stephan.

—Vosotros dos subid al tejado y quedaos allí hasta que haya oscurecido —ordenó Wolf.

Rachael obedeció en silencio, temiendo que si hablaba se derretiría en un mar de lágrimas. Colocaron una mesa de cocina debajo de la claraboya. Wolf subió a ella, dio un salto, se agarró y pasó por el agujero. Al ver la caída vertical hasta la calle, cerró los ojos un momento. Las alturas escarpadas siempre le producían vértigo. Luego se tendió y estiró los brazos hacia el interior de la cocina. Rachael izó a Stephan hasta los brazos de Wolf. Ella pasó la última. Wolf cerró la trampa y les indicó con un ademán que se escondieran detrás de una chimenea. Stephan y su hermana se acurrucaron detrás de ella y siguieron con la mirada a Wolf mientras desaparecía.

Una hora le costó salvar el kilómetro y medio de distancia cruzando tejados, bajando escaleras, pasando a la carrera a través de patios abiertos e intersecciones de calles, precipitándose hacia el refugio de los sótanos acogedores.

Wolf comprendió en seguida que se trataba de una reunión importante, porque además de Andrei se hallaban presentes Simon Eden y Tolek Alterman.

Hasta entonces, Andrei y Simon habían procurado estar separados para evitar el riesgo de que los capturasen a los dos. Lo mismo hacían los otros dirigentes, pues el Viernes Santo los informadores habían descubierto docenas de escondites.

Simon dirigió la palabra a Wolf y a Tolek:

—Los alemanes mienten en lo de las deportaciones. Uno de los míos ha podido observar la Umschlagplatz. Desde hace seis días van y vienen los mismos vagones. Imagináoslo. Los trenes salen a las tres de la tarde y regresan a las ocho de la mañana

del día siguiente. Diecisiete horas de viaje. Ocho y media de ida y otras ocho y media de regreso. Restad una hora para descargarla.

Restad otra hora para dar la vuelta al tren. Considerad en qué condiciones se viaja hoy.

—En resumen —dijo Andrei—. Nosotros deducimos con conocimiento de causa que el tren no va hasta más allá de setenta u ochenta kilómetros de Varsovia.

Tolek se rascó la mandíbula y dibujó mentalmente un plano de los alrededores de Varsovia.

—No existe dentro de este radio ningún campo ni combinación de campos que puedan seguir absorbiendo seis mil personas todos los días.

—Exacto.

—Como sabéis —continuó Simon—, el Viernes Santo, mi sistema de enlaces quedó desarticulado casi por completo. Perdí toda la gente que tenía en la parte aria.

Andrei entregó sendos paquetes de dinero a Wolf y a Tolek.

—En la Puerta Tlomatskie hay un guardia que se deja convencer. Salid a las seis con un intervalo de quince minutos entre uno y otro y reuníos en el piso de Gabriela. Allí habrá un funcionario de los ferrocarriles esperando. Él os colocará en puestos de observación a lo largo de la vía.

Cuando los dos se hubieron marchado, Simon Eden preguntó a Andrei si conseguía armas nuevas. La misma historia de siempre. No había armas. No había dinero. El Ejército Patrio no les prestaba ninguna ayuda. Deserciones.

Fracasos. Después del Viernes Santo, sólo les quedaban quinientos soldados.

Andrei echó una mirada a su reloj y dijo que también había de marcharse.

—¿Debes ir a Lublin? —le preguntó Simon.

—Sí.

—Si hubiera un modo de ordenarte que no fueses...

—No, Simon.

—¿Estás seguro de que podrás penetrar en aquel campo?

—No lo sé. Ana localizó al sargento de mi antigua compañía. Un buen soldado, el tal Styka. Tengo fe en él. Lleva dos semanas dedicado a esta tarea.

Ana me trajo el mensaje de que Styka puede introducirme.

—Andrei, si te perdemos...

—¿Qué se puede perder, Simon?

Simon dejó caer las enormes manos a lo largo de los costados.

—¿Qué se puede perder? He pasado más de dos años en medio de una niebla. Intento decirme que todo esto es una imaginación, que no sucede en realidad. Me siento adormecido, pero sobrevivimos por instinto.

Andrei le dio una palmada en la espalda.

—¡Bien! —exclamó Simon—. Desearte buena suerte dentro de Majdanek resulta

una frase más bien risible en estos tiempos. ¿Está enterada Gabriela?

—No. Le prometí no tener secretos, pero no sé decidirme a hablarle de este viaje a Lublin. De todos modos, esta noche, en el mismo minuto que cruce el umbral de su puerta, no será posible engañarla ni un segundo más.

—Te envidio esa clase de amor, Andrei. Pero, por Dios, regresa sano y salvo. Sin ti, no puedo seguir adelante.

—Hasta la vista, Simon.

CAPÍTULO VI

Andrei se restregó los ojos con gesto fatigado y enfocó la mirada al otro lado de la sucia ventanilla. El tren dejaba atrás una aldea de chozas con tejado de bardas rodeadas por los campos de arroz de las tierras altas y llanas de Lublin. El viaje resultaba largo y lento. Sería más de media tarde cuando llegasen a Lublin. «¡Vaya con el bueno de Styka!». Había salido del mal trance.

Las palabras de Simon cruzaron por el cerebro de Andrei: «He pasado más de dos años en medio de una niebla... Me siento adormecido, pero sobrevivimos por instinto». En las noches que precedían a una misión peligrosa, también a Gabriela la guiaba el instinto. Había pasado toda la noche con los ojos abiertos, estrechándose contra su seno y sin pronunciar ni una sola palabra.

Ante la nueva situación de grave peligro, Andrei se concedió la recompensa de un suspiro y de permitir que por un momento, en su interior, los nervios se rebelasen. El tren se había parado inesperadamente en un apartadero y había tenido lugar una inspección. La vida o la muerte dependieron de un rápido intercambio de miradas con un policía polaco, que retornó un poco después a recoger el soborno.

La libertad o el cautiverio habían pendido de un hilo tantísimas veces que ya no era capaz de contarlas. Todos los días el hado, o la suerte, o un movimiento instintivo adecuado, constituían la delgada valla que separaba la vida de la muerte. Todas las noches, en Mila, 19, los bathyranos narraban una serie de historias sobre los momentos de peligro terrible que habían vivido durante el día y sobre las escapatorias milagrosas que los habían salvado.

Andrei sacó una cantimplora de la mochila, bebió un trago de agua y luego comió un pedazo de pan seco. Dolorosa tarea la de poner alimento en el estómago, el cual, encogido por la falta de comida, se rebelaba contra la repentina distensión.

El tren dejó atrás una aldea. Las vías partían en dos un campo muy grande en el que los hombres y los bueyes peleaban fatigados con las correas del arado, y las mujeres trabajaban doblándose sobre el suelo. Unos hombres con abultadas chaquetas de cuero y unas mujeres arrugadas vistiendo deslucidos andrajos negros arrastraban una existencia primitiva, que casi no había cambiado desde la época feudal. Los campesinos representaban un enigma para Andrei, que se preguntaba cómo eran capaces de continuar en la pobreza, la superstición, la ignorancia, con una ausencia absoluta del deseo de hacer florecer ni sus campos ni sus vidas.

Entonces recordó una reunión de los bathyranos habida mucho tiempo atrás. Tolek Alterman había regresado de las colonias de Palestina, y ante el directorio nacional, exaltaba los milagros que se hacían allá, desecando pantanos y regando el desierto. Y recordó también que su propia reacción había sido de indiferencia absoluta.

¿Había descubierto el significado demasiado tarde? Esto le apesadumbraba.

El suelo de las altiplanicies de Lublin era rico, pero no parecía que nadie le diera ninguna importancia. En las estériles tierras de Palestina, los hombres se quebraban la espalda exprimiendo la fuerza de voluntad hasta la última gota.

En cierta ocasión, Andrei se hallaba sentado al lado de Alexander Brandel en la presidencia de un congreso sionista. Todos los asistentes formaban parte de aquella asociación de ideologías diversas y mal trabadas y cada uno censuraba al vecino mientras se daba golpes en el pecho, orgulloso de sus soluciones. Cuando Alexander Grandel se levantó para hablar, la sala quedó en silencio.

—A mí no me importa si las creencias de cada uno de ustedes le llevan por la senda de la religión, por la del trabajo, o por la del activismo. Estamos aquí porque todas nuestras sendas se unen en una ancha y única carretera que termina en los montes desnudos y erosionados de Judea. Aquella es nuestra meta única. El modo de cruzar el bosque debe determinarlo la conciencia de cada uno. El final del viaje es siempre, y para todos, el mismo. Todos buscamos lo mismo por caminos distintos: un final para esta larga noche de dos mil años de oscuridad y de atropello inenarrables que continuará azotándonos hasta que la Estrella de David ondee sobre Sión.

Así definía Alexander Brandel el sionismo puro. Unas palabras que sonaron bien en los oídos de Andrei, aunque no creía en ellas. En el fondo de su corazón, no sentía ningún deseo de ir a Palestina. Aborrecía la idea de desecar pantanos, de sufrir los escalofríos de la malaria, o de renunciar a sus derechos naturales de nacimiento.

Antes de entrar en batalla había dicho a Alex:

—Yo sólo quiero ser polaco. Mi ciudad es Varsovia, no Tel Aviv.

En cambio, ahora, sentado en un tren, camino de Lublin, Andrei se preguntaba si no estaba recibiendo un castigo por su falta de fe. ¡Varsovia!

Andrei veía los ojos relamidos del jefe del Ejército Patrio, Roman, y de todos los Roman, y las caras de los campesinos que no expresaban con respecto a él otra cosa que odio. Habían permitido que se formara en el corazón de Varsovia aquel negro hoyo de muerte sin lanzar un grito de protesta.

En otro tiempo había salones deslumbrantes en los que los Ulanos se inclinaban haciendo reverencias y besaban las manos de las damas mientras ellas coqueteaban desde detrás de sus abanicos.

¡Varsovia! ¡Varsovia!

—Señorita Rak, yo soy judío.

Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, aquella traición le roía las entrañas. Andrei rechinó los dientes.

«Odio Varsovia. Aborrezco Polonia y a todos, los hijos de sus malditas madres. Toda Polonia es un ataúd», se dijo.

La terrible visión de las calles del ghetto inundaba su mente.

«¿Qué es lo que importa ahora? ¿Qué hay más allá de esta niebla?

Solamente Palestina, pero yo no viviré para verla, porque no tuve fe.»

Más de mediada la tarde, el tren entró despacio en el terreno de maniobras de la estación terminal de Lublin, lleno de hileras de vagones preparados para derramar los aperos de la guerra por todo el frente ruso.

En un apartadero, otro tren que por aquellos días resultaba un cuadro familiar. Deportados. Judíos. El ojo experto de Andrei calculó de dónde procederían. No eran polacos. Por su aspecto, dedujo que eran rumanos.

Andrei se dirigió hacia el centro de la ciudad para acudir a la cita con Styka. De todas las poblaciones polacas, Lublin era la que odiaba más. Los bathyranos habían muerto todos. En el ghetto quedaban pocos judíos nativos que hubieran vivido en la ciudad.

Desde el momento de la ocupación, Lublin se convirtió en un punto focal.

Él y Ana observaban atentamente lo que sucedía allí. En general, Lublin era una avanzadilla de lo que había de ocurrir en otras partes. Ya en 1939, poco después de la entrada de los alemanes, Odilo Globocnik, el Gauleiter de Viena, estableció allí el cuartel general para toda Polonia de las SS. Los bathyranos se informaron a fondo acerca de Globocnik y tuvieron que concluir que estaba enzarzado en una enconada guerra con Hans Frank y los administradores civiles.

Globocnik formó el Cuerpo de la Calavera. Lublin representaba la semilla de los movimientos para la «solución final» del problema judío. A medida que los mensajes de Himmler, Heydrich y Eichmann iban llegando por conducto de Alfred Funk, el manantial de Lublin soltaba su chorro.

Por todo el sector floreció un entretejido de campos de detención, campos de trabajo y campos de concentración. Sesenta mil prisioneros de guerra judíos desaparecieron en la telaraña de Lublin. A Lublin llegaban y de allí salían infinidad de proyectos, indicando la confusión que reinaba entre los alemanes.

Se hablaba de una reserva extensa en las altiplanicies que habría de contener millones de judíos...

Se hablaba de un plan para enviar a todos los judíos a la isla de Madagascar... Los relatos de la depravación de los guardianes de los campos de Globocnik pulsaban la cuerda del terror a la simple mención de sus nombres.

Lipowa, 7, Sobibor, Poltawa, Belzec, Krzywy-Rog, Budzyn, Krasnik... Baños helados, descargas eléctricas, vapuleos, perros feroces, aplasta-testículos...

El Cuerpo de la Calavera admitió en su seno a Auxiliares bálticos y ucranianos, y los *Einsatzkommandos* se hundieron hasta la rodilla en un río de sangre y se convirtieron en unos maníacos borrachos, dominados por las drogas. Lublin era su centro.

En la primavera de 1942 empezó allí la Operación Reinhard. El ghetto, una miniatura del de Varsovia, fue volcado en el campo del suburbio de Majdan-Tartarski llamado Majdanek. A medida que el campo se vaciaba, volvían a llenarlo desangrando los campos y las poblaciones de los alrededores de Lublin, y luego con deportados de fuera de Polonia. La gente entraba en un rebaño continuo, incesante, interminable, por las puertas de Majdanek. Entraba y no volvía a salir jamás, y, sin embargo, Majdanek no crecía.

¿Qué ocurría en Majdanek? ¿Acaso la Operación Reinhard obedecía al mismo plan que los trenes que actualmente salían de la Umschlagplatz de Varsovia? ¿Existía, según ellos sospechaban, otro Majdanek en el sector de Varsovia?

Andrei se paró en la plaza Litowski y paseó una mirada rápida por el límite de los edificios civiles. El reloj le dijo que había llegado temprano. Hacia el fondo del bulevar pudo ver un trozo de la pared del ghetto. Buscó un banco desocupado, abrió un periódico y estiró las piernas. El bulevar de Cracovia estaba lleno de negros uniformes nazis y de los uniformes parduscos y sucios de sus auxiliares.

—¡Capitán Androfski!

Andrei levantó los ojos por encima del periódico y fijó la mirada en la cara bigotuda y vulgar del sargento Styka. El sargento se sentó a su lado y le estrechó la mano con excitada sacudida.

—Desde el alba estoy esperando al otro lado de la calle, en la oficina de Correos. Pensé que quizá llegase en un tren de la mañana.

—Es un placer volver a verle, Styka.

El sargento examinó con la mirada a su capitán, y estuvo a punto de estallar en llanto. Para él, Andrei Androfski había sido siempre el símbolo del oficial polaco. Su capitán estaba flaco y macilento, y las botas que llevaba aparecían gastadas, destrozadas.

—Acuérdese de llamarme Jan —le advirtió Andrei.

Styka movió la cabeza asintiendo, se sorbió los mocos y se sonó la nariz ruidosamente.

—Desde la guerra no me había sentido tan dichoso como cuando aquella mujer me encontró y me dijo que usted me necesitaba.

—Ha sido una suerte para mí que usted siguiera viviendo en Lublin.

Styka refunfuñó, quejándose del hado.

—Durante un tiempo tuve la idea de ver si podía unirme a las Fuerzas Polacas Libres, pero una cosa condujo a otra. Puse a una chica de compromiso y tuvimos que casarnos. No es una muchacha mala. De modo que tenemos tres hijos y muchas responsabilidades. Trabajo en un granero. No se puede comparar a los viejos tiempos pasados en el Ejército, pero voy tirando. ¿Quién se queja? He intentado muchas veces ponerme en contacto con usted, pero no sabía cómo. Fui a Varsovia un par de veces,

pero allí había aquella maldita pared del ghetto.

—Lo comprendo.

Styka volvió a sonarse la nariz.

—¿Pudo llevar a cabo los preparativos? —preguntó Andrei.

—Hay un hombre llamado Grabski que es el capataz de los albañiles de Majdanek. Le dije que usted cumple órdenes del Ejército Patrio y que tiene que entrar en el campo, a fin de redactar un informe para el Gobierno exilado en Londres.

—¿Qué respondió?

—Diez mil *zlotys*.

—¿Merece confianza?

—Se da cuenta de que si le traiciona no vivirá ni veinticuatro horas más.

—Muy bien, Styka.

—Capitán Jan, ¿debe entrar en Madjdanek? Se cuenta... Todo el mundo sabe perfectamente lo que ocurre allí.

—Todo el mundo no, Styka.

—¿Qué provecho se sacará de ello, en realidad?

—No sé. Quizá..., quizá... a la raza humana le quede un jirón de conciencia.

Quizá si la gente se entera de este caso se levantará un grito colectivo de indignación.

—¿Lo cree de veras, Jan?

—Tengo que creerlo.

Styka movió la cabeza lentamente.

—Yo no soy más que un simple soldado. No sé meditar las cosas a fondo.

Hasta que me destinaron a la Séptima de Ulanos tenía las mismas ideas sobre los judíos que cualquier otro polaco y el soldado mejor de los Ulanos. Diantre, señor... Los hombres de nuestra compañía se pelearon una docena de veces defendiendo el nombre de usted. Usted nunca se enteró, pero, ¡por Dios!, que les enseñamos a todos a respetar al capitán Androfski. —Andrei sonrió—.

Desde la guerra estoy viendo de qué modo se portan los alemanes, y pienso:

«Madre santa, nosotros nos hemos portado así durante centenares de años. ¿Por qué?».

—¿Cómo se le puede decir a un loco que razone, o a un ciego que vea?

—Pero nosotros no estamos locos, ni ciegos. Los hombres de su compañía no habríamos consentido que nadie deshonrase el nombre de usted. ¿Cómo permitimos que los alemanes hagan lo que hacen?

—He pasado muchas horas pensando en esto, Styka. Nunca pedí otra cosa que ser un hombre libre en mi propia patria. He perdido la fe, Styka. Yo amaba este país y creía que algún día ganaríamos la batalla por la igualdad. Pero ahora creo que lo odio profundamente.

—¿Y cree de veras que al mundo de fuera de Polonia le importará el caso de ustedes, más de lo que nos ha importado a nosotros?

La pregunta llenó de miedo a Andrei.

—No entre en Madjdanek, se lo ruego —insistió Styka.

—En cierto modo, todavía soy soldado.

Era una respuesta que Styka comprendía.

La cabaña de Grabski se encontraba al otro lado del puente del río Bystrzyca, cerca del centro ferroviario. Brabski estaba sentado con su camiseta empapada de sudor, maldiciendo el calor excesivo que imponía una quietud desazonada antes de la puesta del sol. Era un hombre cuadrado como un ladrillo, con una fisonomía polaca, hundida. Las moscas acudían en enjambre alrededor del cuenco de lentejas en que mojaba un pan negro y amazacotado.

Por la barbilla le corría la mitad del caldo. El hombre empujó las lentejas gaznate abajo con un buen sorbo de cerveza y soltó un eructo que subía de lo más hondo.

—¿Qué? —preguntó Andrei.

Grabski miró a los dos recién llegados y refunfuñó una especie de respuesta afirmativa.

—Mi primo está empleado en la Oficina de Trabajo. Él le extenderá los papeles de obrero. Necesitará unos días. Yo le haré penetrar en el campo principal como un miembro más de mi brigada. No sé si podré hacerle entrar en el campo interior. Puede ser que sí, puede ser que no, pero desde el tejado de un cuartel que estamos construyendo, podrá observarlo todo.

Grabski se abrió paso a sorbos hasta el fondo del cuenco.

—No sé comprender cómo es posible que alguien quiera entrar en aquel lugar maldito —comentó luego.

—Ordenes del Ejército Patrio.

—¿Por qué? Allí no hay otra cosa que judíos.

Andrei se encogió de hombros.

—A veces recibimos órdenes raras.

—Bien... Y del dinero, ¿qué?

Andrei sacó del fajo, cinco billetes de mil *zlotys*. Grabski no había visto nunca una cantidad tan grande. Sus dedos anchos y planos, petrificados en macizas salchichas por años y años de colocar ladrillos, arrebataron el dinero con gesto torpe.

—Esto no es bastante.

—El resto lo cobrará cuando yo haya salido sin contratiempo de Madjdanek.

—No quiero correr ningún condenado riesgo por ningún asunto judío.

Andrei y Styka guardaron silencio. Grabski paseaba la mirada del uno al otro con una mueca de escarnio, haciéndose el bravucón. Pronto se dio cuenta de que los hombres que tenía ante sí eran tan grandes y duros como el Cuerpo de la Calavera.

Comprendió, además, que Styka le mataría. Entonces refunfuñó, maldijo, y se metió el dinero en el bolsillo de los pantalones.

—Esté aquí mañana a las seis de la mañana. Empezaremos a preparar el pase de trabajo.

Una súbita brisa del norte empujó las cortinas de saco hacia el interior de la habitación y trajo un hedor terrible, que provocó náuseas en los tres hombres.

Grabski se apartó de la mesa y cerró la ventana con un empujón enérgico.

—Cada vez que sopla el viento nos llega este olor de Majdanek.

Andrei y Styka se quedaron de pie detrás de Grabski. El sargento señaló la línea del horizonte, donde una columna de humo grisáceo se levantaba rápida de una alta chimenea.

—Allá lo tiene: Majdanek —dijo Styka.

—El único camino por el cual los judíos salen del campo es por la chimenea —dijo Grabski.

Y divertido al descubrir en sí mismo a un humorista, estalló en un chorro de sonoras carcajadas.

CAPÍTULO VII

Horst von Epp esperaba con infinita y sabia paciencia a que Christopher de Monti se pusiera en evidencia después de su primera visita al ghetto. Horst llevaba el juego como un maestro en el arte de manejar títeres, confiado en que Chris se estaba hundiendo cada vez más, hundiéndose hasta la zona en que a uno le abandonaban por completo las voces de la moral, las cuales han dejado sentir en su interior un grito cada día más débil. Horst veía que sus cálculos se cumplirían inexorablemente.

Por aquellos días, Chris bebía en exceso, y las mujeres a las cuales se había resistido en otro tiempo con aburrida facilidad eran ahora sus compañeras constantes. Se había convertido en el huésped perpetuo de las perpetuas fiestas que antes evitaba. A medida que creciera y se condensara aquel abatimiento interior, el periodista no tardaría en llegar al punto que no admite el regreso.

Una semana, un mes, dos... A Horst no le importaba, porque, según sus cálculos, la caída de Chris era inevitable. Un día acudiría a él balbuceando una súplica en favor de la vida de la judía desconocida que habitaba en el ghetto, y pagaría el tributo.

Las fiestas del doctor Franz Koenig constituían orgías sin freno que los generales recordaban con cariño durante las largas noches invernales del frente ruso. Koenig tenía un gusto internacional, salpimentando las invitaciones de modo que incluyeran el cuerpo diplomático, la Prensa y las estrellas del momento, además de los nazis de mayor categoría. Para la conquista del hartazgo y la francachela, Koenig no ahorraba medios. Representando el papel de industrial degenerado con notable perfección, Koenig importaba continuamente de Berlín rubias jóvenes, esbeltas, de pómulos salientes, que venían a sumarse a las cortesanas de Varsovia.

El doctor Koenig inauguró el salón de baile, recién reformado, con el primer gran acontecimiento de mediados del verano de 1942. El salón había sido decorado de nuevo con descocada elegancia. Entre vasos tintineantes, reverencias y besamanos, los rumores cobraban auge, y se llevaban a cabo negocios, trueques y sobornos. La conversación giraba en gran parte en torno a la profundidad que habían alcanzado recientemente las penetraciones alemanas. En el norte de África, el magnífico Afrika Korps de Rommel se encontraba delante de El Alamein, y en el frente ruso se había llegado hasta el río Don. Los huéspedes japoneses tenían un aire de confianza absoluta. Los americanos no se habían recobrado de la devastación de Pearl Harbour. El Estado Mayor nipón estaba convencido de que los estómagos americanos no tenían el temple suficiente para hacer los sacrificios que exigía desalojarles de las islas del Pacífico. Era una noche apropiada para que el Eje se regocijase.

América había entrado en la guerra con pocos elementos y demasiado tarde. El brillo del nuevo salón de baile del doctor Koenig ponía a los asistentes tan impetuosos que hasta se hablaba de una brecha hacia la India, que había sido el sueño

prohibido de una docena de imperios en una docena de épocas distintas.

Hacia la una, los más puritanos se habían marchado ya, y la reunión se dividió en varios grupos que se dirigían a uno u otro de los varios y lujosos saloncitos contiguos al salón grande.

Una hora después, el número de huéspedes incluía únicamente a los diez o veinte íntimos del doctor Koenig y a las rubias recién importadas de Berlín. Iba a empezar la parte importante de la fiesta: la orgía.

El cáliz de Chris había rebosado ya. Se encontraba en ese estado de calma ebria en que por el momento le parecía haberse librado de todas las tensiones que le agarrotaban las entrañas. En la biblioteca, descansaba la cabeza sobre el hombro de una joven modelo alemana. La chica estaba contentísima de haber encontrado a un italiano, y éste dijo que hacía mucho tiempo que no había estado junto a una chica alemana, de modo que la aventura había de resultar divertida. La habitación se hallaba bastante oscura, iluminada sólo por candelabros y por la claridad que se filtraba del salón de baile.

Un ayudante de Koenig se acercó a la muchacha alemana y le habló tan rápidamente que, a través de la neblina alcohólica, Chris apenas pudo descifrar lo que le decía. Al parecer, su presencia era imprescindible para algo que no podían llevar a cabo sin su colaboración. La chica se marchó deshaciéndose en excusas y promesas. Chris bostezó y cerró los ojos un momento.

Los abrió de nuevo, chasqueó los labios y paseó una mirada a su alrededor buscando a un sirviente. Enmarcada en el umbral aparecía la figura de una mujer bajita. Chris trató de pensar. A aquella muchacha la había visto varias veces, desde cierta distancia, durante la velada. Estaba completamente seguro de que le conocía de alguna parte, y hasta le pareció que ella le observaba a él.

La joven entró en la biblioteca y se fue al rincón desocupado, junto al candelabro. Chris se levantó y se situó detrás de ella.

—¿La conozco? —le preguntó.

La joven se volvió y le miró cara a cara, levantando la barbilla hacia la luz de las velas.

—En otro tiempo me conocía.

Chris miró de soslayo, tratando de reconocerla bajo una rendija de luz.

—¡Gabriela!

La joven asintió con la cabeza. Él se puso amarillo.

—¿Qué diablos hace aquí? ¿Qué quiere?

—Un antiguo amigo de usted desea verle. Se encuentra en una situación desesperada.

—¿Andrei?

—Sí.

Chris se secó la húmeda frente.

—Imposible. Más aún, usted corre peligro estando aquí. Lo corremos los dos. —Y cogiéndola por el brazo, añadió—: Espere. Déjeme pensar.

—¡Hola, Chris! Le estaba buscando.

Chris dio media vuelta para encontrarse con Horst von Epp, cuyos brillantes ojos no le miraban a él, sino que estaban fijos en Gabriela.

—Lo siento, no pude venir hasta muy tarde, aunque tengo entendido que ha sido una fiesta bastante sosa. Es decir, hasta este momento. Esto lo recompensa todo. ¡Por Dios, Chris! Usted posee un talento infalible para encontrar a las criaturas más estupendas.

Gabriela representó su papel, agradeciendo el interés del alemán con una sonrisa engañosa.

—Vamos, ¿no nos presentará, Chris?

—Sí, ciertamente.

—Soy Victoria Landowski. He llegado hace poco a Varsovia procedente de Lemberg, para visitar a mi prima. Por las muchas descripciones que he oído, doy por seguro que es usted el barón Von Epp.

—Madame... —dijo Horst, cogiendo la mano de Gabriela. Al mismo tiempo que la rozaba con los labios, dirigió una mirada a la joven que encerraba todas las implicaciones posibles. Ella permitió que sus ojos contestaran lo suficiente nada más para darle a entender que comprendía y acogía con agrado sus intenciones—. ¿Y dónde se hospedará, miss Landowski?

—No lo sé todavía, barón. ¿Por qué no me pongo en contacto con usted en cuanto esté acomodada?

Horst se inclinó y retrocedió, magnánimo, cediendo la muchacha a Chris, ahora que contaba con la promesa de una relación futura.

—La temporada de otoño habrá de ser estupenda, diría yo... Chris, ¿está enfermo?

—El doctor Koenig es demasiado generoso con sus licores. Creo que he bebido una copa de más.

—¿Por qué no vamos a respirar unas bocanadas de aire puro, Chris? —propuso Gabriela.

—Buena idea.

Horst von Epp les siguió con la mirada mientras se marchaban, intrigando por aquella mujercita preciosa. El atareado ayudante de Koenig le susurró al oído que le invitaban a pasar al conservatorio, donde las muchachas se disponían a divertirles.

El portero cerró la portezuela del «Fiat» de Chris. El periodista buscó con mano insegura el botón de ignición.

—Comete usted una locura terrible al meterse en este avispero —murmuró.

Chris guiaba el coche sin rumbo fijo y a una marcha muy corta, consultando

continuamente el espejo retrovisor para ver si le seguían.

—Lo que quería decir es que las cosas han cambiado.

—Yo diría que eso se nota a la legua.

—Gaby, usted no lo comprende.

—Lo comprendo perfectamente bien. Le he dicho a Andrei que sería perder el tiempo y que usted no vendría.

—Gaby...

—Si Andrei le importase lo más mínimo, usted no habría dejado transcurrir dos años y medio —afirmó la joven.

Chris quería explicarle a Gabriela que el año pasado había intentado verla, y que perdió su pista por haber cambiado ella de piso. Pero no supo decirlo.

—¿Dónde está? —preguntó en un arranque impulsivo.

—En un cuarto de hotel, cerca del Club Náutico de Saska Kempa.

El periodista consiguió llenarse los pulmones de aire, refunfuñó, miró otra vez al espejo retrovisor, luego describió un viraje en U y siguió por el bulevar del Tres de Mayo, enfilando directamente hacia el puente Poniatowski. En Saska Kempa escondió el coche dentro de la cuadra de un carrero, varias manzanas más allá del cochambroso hotel.

Un tímido apretón de manos. Un desviar los ojos evitando la mirada de Andrei. Unos momentos insoportables de conversación banal. Chris se abandonó sobre una silla de respaldo duro, estudiando los dibujos del linóleo del suelo.

—¿Qué tal has estado?

—Perfectamente bien.

—¿Has visto a Deborah?

—Sí. Se encuentra bien.

—¿Y los niños?

—Están muy bien.

—¿Tienes un vaso de agua? Me siento completamente deshidratado. —Bebió unos sorbos y miró a sus interlocutores—. Vaya reunión penosa, ¿verdad? Bien, aquí estoy. Gaby me ha dicho que se trataba de un caso desesperado.

—Te hemos necesitado muchísimas veces, durante los dos años pasados —dijo Andrei—. Pero no habría recurrido a ti si no se hubiese tratado de una cosa tan importante que me obligase a ello.

Andrei se quedó observando la serie de gestos desazonados que hacía el periodista.

—¿De qué se trata?

Chris miró a Gabriela, pero la joven no dulcificó su expresión.

—Chris, en los campos de exterminación asesinan todos los días a decenas de miles de personas —dijo Andrei, con una voz saturada de un tono de súplica extraño

en él—. Hemos redactado un informe auténtico, detallando los emplazamientos, los nombres del personal y de sus jefes, el método que siguen.

Hemos acudido al Ejército Patrio y les hemos suplicado que lo hicieran llegar a nuestro Gobierno en el exilio, pero no han querido ayudarnos. Cada día significa veinte, treinta, cuarenta, cincuenta mil seres humanos. Chris, tienes que sacarnos este informe al extranjero y entregarlo a la Prensa de todo el mundo. Hemos de poner fin a este baño de sangre. Y éste es el único recurso.

Chris se puso en pie con dificultad.

—Había oído hablar ya de estas cosas, pero no las creo. Alemania es un país civilizado. Los alemanes no son capaces de hacer lo que tú dices. Esto es una mentira.

—Acabo de salir del interior de Majdanek. Si te interesa interrogar a tu amigo el barón Von Epp, te proporcionaré con mucho gusto algunas preguntas importantes que puedes hacerle.

Chris se hundió en la silla, sumido otra vez en un estupor. Andrei puso delante de él un libro de unas cien páginas, escrito a máquina. Chris lo miró por el rabillo del ojo y apartó la mano del judío.

—No soy el hombre que necesitáis —susurró.

—Chris, hemos pasado demasiadas horas juntos sometiendo este cochino mundo al análisis de nuestros microscopios. Sé que estos dos años pasados te han destrozado, pero también he sabido siempre, con toda mi alma, que en el momento crucial eres incapaz de alejarte de los clamores de los angustiados sin destruirte a ti mismo como ser humano.

—¡Te he dicho que no! ¿Cómo diablos me habéis pedido que viniera aquí?

—¡Chris! ¡Chris! ¡Chris! ¡Tú y yo creemos en la nobleza fundamental del hombre! ¡No puedes volvernos la espalda!

El puño del periodista golpeaba la mesa con un martilleo sordo, monótono y repetido.

—¡En otro tiempo clamé por la Justicia, Andrei! ¡Y mis clamores cayeron en oídos sordos!

—¡Dios mío, Chris! Los hombres siempre se han destruido mutuamente.

Siempre se destruirán. Pero tú no puedes retirarte del combate sólo porque te hirieron una vez.

—¿Crees, de veras, que el condenado mundo que se extiende ahí fuera se conmoverá al leer este informe? Eres tú el loco, no yo. ¡Nadie se preocupará por los judíos asesinados, como no se preocupa por los indios que mueren de hambre, ni por las inundaciones de Holanda, ni por los terremotos del Japón, con tal que los no afectados tengan bien repletas sus malolientes barrigas! La condenada conciencia del hombre en la cual tú confías es un mito, Andrei.

Andrei se inclinó sobre Chris y le zarandeó los hombros, pero el periodista no cedió. Andrei dobló las piernas lentamente hasta quedar de rodillas.

—Chris, así, arrodillado, te ruego que nos ayudes.

Gabriela le cogió enojada y le dio un brusco tirón.

—¡Deja de arrodillarte! —ordenóle—. ¡Deja de arrodillarte! ¡Nunca más te pondrás de rodillas ante nadie!

Chris levantó la sudorosa faz hacia el rostro enfurecido de la joven. A través de los enrojecidos ojos, quiso rogarle que se callase.

—¡So bastardo santurrón! —gritó Gabriela, con voz estremecida—. Usted se sienta ahí en su trono contemplando cómo nosotros, pobres hormiguitas, corremos amedrentados por sobrevivir mientras usted se divierte haciendo comentarios tajantes y observaciones cochinas. Les presento a Christopher de Monti, campeón de la Prensa. ¡Ah, no, por Dios! No ensucie sus preciosas manos con nuestra sangre.

—Lo único que he querido siempre es que Deborah viviese... Esto es lo único..., lo único que he querido siempre. Sé que nunca volverá a verme, pero quiero que viva. Es lo único que he querido siempre.

—Tu hermana es una mujer muy afortunada, Andrei. En el espacio de una sola vida ha tenido a los hombres tan sobresalientes como Paul Bronski y Christopher de Monti, que venderían su alma por ella.

Andrei se sentía decaído a causa de la debilidad y la humillación.

—Mi hermana es una mujer —musitó—. Primero perderá su vida y la de sus hijos antes que permitirte que la salves al precio de una venta a los nazis.

—Basta, Andrei —dijo Gabriela—. Mírale. Está degenerado por completo.

Andrei cedió y se encaminó hacia la puerta.

—Tenías razón, Gabriela. No debíamos pedírselo. Me gustaría escupirte, Chris, pero debo ahorrar las energías.

—Usted no vale siquiera lo que su salivazo —dijo Gabriela, siguiendo luego detrás de Andrei.

Chris se derrumbó sobre la mesa, llorando, ahogándose con su propia saliva y con sus lágrimas. Su mano cayó sobre el informe. Entonces levantó la cabeza, recuperó en parte el dominio de sí mismo y volvió la primera página.

> INFORME DE LAS ORGANIZACIONES JUDÍAS COMBINADAS SOBRE LOS CENTROS DE EXTERMINIO QUE ACTÚAN EN EL ÁREA DEL GOBIERNO GENERAL DE POLONIA, JULIO, 1942.
>
> Estamos en condiciones de atestiguar con toda firmeza que en el Área del Gobierno General existen cuatro centros cerrados con el solo propósito de proceder al exterminio en masa. Existen, además, dos campos combinados de concentración y exterminio. Hay en Polonia quinientos campos de trabajo,

ciento cuarenta de los cuales están reservados para judíos. Todos ellos disponen de elementos para el asesinato.

La única conclusión que puede sacarse es la de que está en marcha un plan alemán para la destrucción total del pueblo judío. Al principio, la inanición colectiva, las enfermedades y las ejecuciones diezmaron los diversos ghettos en decenas de miles de personas. Después de la invasión de Rusia, los Kommandos de cuatro grupos de Acción Especial asesinaron a centenares de miles. La culminación de este plan consiste ahora en reunir a las víctimas para asesinarlas sistemáticamente. Debe concluirse que el plan procede de Hitler a través de Himmler y Heydrich. Los autores materiales de las ejecuciones son los elementos de la llamada Sección 4B de la Gestapo (Asuntos Judíos), bajo la dirección del teniente coronel Adolfo Eichmann.

Los centros de exterminio se hallan emplazados en estaciones de origen de ferrocarriles, y, generalmente, en sitios escondidos. La guardia de los mismos la componen elementos de las SS de Waffen y Auxiliares bálticos y ucranianos.

Para llevar a cabo esta operación, en un momento en que Alemania está en guerra en varios frentes, se emplea una cantidad pasmosa de preparativos, material y elemento humano. Por ejemplo, los vagones de ferrocarril resultan de necesidad urgente para embarcar materiales de guerra hacia el frente ruso, y no obstante, parece que el acarreo de judíos de los países ocupados por los alemanes hacia el interior de Polonia se le ha concedido la prioridad sobre las necesidades del Ejército. Por añadidura, miles de ingenieros, científicos y personal clave de diversas especialidades se encuentran atados a esta operación, como también una cantidad de hombres que se necesitan desesperadamente en otras partes. Podemos calcular, sin temor a equivocarnos, que esta tarea ocupa, directa o indirectamente, de dos a trescientos mil hombres. Todo este gran esfuerzo atestigua la loca resolución de los alemanes, así como la gravedad de nuestra situación.

Los mencionados campos siguen todos una pauta fundamental. Se procede en ellos con disimulo y se mantiene el secreto. Esto indica ciertamente que los alemanes tienen conciencia del crimen que están perpetrando. En todos los campos, cuando llegan los deportados son clasificados en centros especiales de selección. A unos cuantos les dejan aparte para el trabajo esclavo. A los demás, incluidos niños y mujeres, los trasladan a un «centro de saneamiento», bajo el engaño de que han de recibir una ducha desinfectante. Les cortan el cabello. Los guardias representan la comedia hasta el final entregándoles pastillas de jabón (que luego resulta que están hechas de piedra) y recomiendan a las víctimas que recuerden el número del colgador en que han dejado su ropa. Muchas mujeres intentan esconder niños entre sus ropas o arrojarlos desde los trenes a los

campesinos, pero casi siempre los descubren.

Cuando los ocupantes están dentro de la cámara, cierran las puertas de hierro y un empleado cuida de abrir el gas.

Las primeras matanzas por gas las realizaron con monóxido de carbono de los escapes de los motores. Este método resultó lento, y el petróleo, caro, por lo cual la Compañía de Insecticidas de Hamburgo compuso una mezcla de ácido prúsico llamado Cyclon B. La muerte se produce en pocos minutos.

Trabajadores esclavos judíos limpian las cámaras y transportan los cadáveres a los hornos crematorios, donde son incinerados. Al principio, la incineración se realizaba en hoyos abiertos, pero el hedor se hacía insoportable.

Los trabajadores judíos resisten, por lo común, unas semanas nada más, hasta que pierden el juicio.

Hay muchas variantes, pero la pauta general es ésta. Antes de quemarlos, despojan a los cadáveres de los dientes de oro. Todo lo que tenga algún valor se recoge para el esfuerzo de guerra alemán. Todo lo demás —ropas, gafas, zapatos, miembros artificiales, incluso muñecas— lo depositan en almacenes y luego lo registran por si hay escondido algún objeto de valor. El cabello lo empaquetan y lo envían a Alemania para utilizarlo en la manufactura de colchones y en la fabricación de periscopios de submarinos inmunes al agua. En un campo, han hervido cadáveres, a fin de aprovechar el contenido de grasa para la fabricación de jabón.

Además de los campos polacos, tenemos motivos para creer que varios campos de Alemania poseen instalaciones para el exterminio. Dachau, entre otros, lo utilizan como «centro médico experimental». Se obliga a los seres humanos a soportar experimentos, tales como injertos de huesos, trasplante de órganos, pruebas llevadas hasta más allá de toda resistencia sobre la congelación, las descargas eléctricas, etcétera. En todos los campos, lo mismo los de exterminio que los de trabajo, se han generalizado hasta hacerse universales las indignidades, los atropellos, los tormentos y las violaciones.

Todo esto lo relatan con mayor detalle los informes suplementarios adjuntos.

Las instalaciones de exterminio que tienen los alemanes en Polonia permiten asesinar a un mínimo de cien mil personas por día. No poseemos el número adicional de los que matan dentro de Alemania. Por lo común, los campos polacos trabajan al máximo de su capacidad. A fin de aumentar la cantidad de exterminados, están construyendo nuevas cámaras de gas y nuevos hornos crematorios.

Los campos polacos son:

DISTRITO DE LUBLIN

Belzec. Emplazado en la línea del ferrocarril Lublin-Tomaszow cerca de Rawa Ruska, que extermina judíos del sector Lwow-Lemberg, con una capacidad de diez mil por día.

Sobibor. Entre Wlodawa y Chelm. Se cree que tiene una capacidad de seis mil por día.

Bajdanek. Fue primeramente un campo de concentración, emplazado en el suburbio Majdan-Tartarski, de Lublin, bajo la dirección personal de Odilo Globocnik, grupenführer de las SS de Polonia. Su capacidad pasa de los diez mil diarios.

POLONIA OCCIDENTAL

Chelmno. El centro de exterminio más antiguo (funcionaba ya a finales de 1941), a quince kilómetros de Kolo, sobre la línea del ferrocarril de Lodz a Poznan, que extermina a los judíos de la Polonia occidental.

POLONIA CENTRAL

Treblinka. Descubierto muy recientemente gracias a los esfuerzos del movimiento clandestino, emplazado en la provincia de Sokolow Podlaski, y que asesina a judíos del ghetto de Varsovia, así como de Radom, Bialystok, Grodno, los Países Bálticos, Czenstochowa y Kielce.

POLONIA MERIDIONAL

Auschwitz. Situado en las afueras del poblado silesio de Oswiencim. El campo de concentración cuenta con unos cincuenta campos de trabajo satélites.

Las instalaciones de exterminio se encuentran en un combinado llamado Birkenau. Su capacidad sobrepasa los cuarenta mil por día. Aquí eliminan a gitanos, prisioneros de guerra rusos, políticos, delincuentes y otros, además de judíos.

INFORME SUPLEMENTARIO NUMERO 1

por «Jan», sobre el campo de exterminio de Majdanek, en Lublin.

Pude entrar en Majdanek disfrazado de obrero polaco, como uno de los varios centenares empleados en trabajos de construcción en las instalaciones exteriores.

A las siete salí de Lublin, en un carro tirado por un caballo, junto con un acompañante llamado «Leopold». Nos hicieron parar en una estación terminal del ferrocarril, distante aproximadamente un kilómetro de la entrada principal del campo. Dicha estación limita con la carretera. Allí estuvimos sentados y esperando mientras por la carretera conducían en rebaño a varios millares de judíos rumanos, dirigiéndolos hacia la entrada del campo.

Una hilera de furgonetas de la Cruz Roja esperaban a lo largo del edificio de la estación. Los guardias alemanes cargaron en ellas a los ancianos, los tullidos, los niños y a otros incapacitados para recorrer a pie la distancia.

Leopold me explicó que aquellas furgonetas de la Cruz Roja eran en realidad cabinas de plancha que cierran herméticamente. Tan pronto como se ponen en movimiento, el óxido de carbono de los tubos de escape pasa a la furgoneta, de modo que cuando el vehículo llega a Majdanek sus ocupantes han muerto ya.

(*Nota*: Este mismo método lo utilizaron en Chelmno y en Treblinka, aunque luego lo repudiaron por demasiado lento y caro. Se emplea únicamente para suplementar las instalaciones de exterminio principal.) Entré en el recinto exterior a las ocho, por una puerta que ostentaba un rótulo: EL TRABAJO BRINDA LIBERTAD. Mi brigada trabajaba en un cuartel de ladrillo del recinto exterior, a cincuenta metros del campo interior, cuartel que había de ocupar un nuevo contingente de guardias. Pude situarme en el tejado de un tercer piso en un lugar escondido y que me permitía observar, por medio de unos anteojos de campaña que me había traído en la caja del almuerzo.

Yo calcularía que todo el campo cubría unas dos hectáreas y media. Desde su punto más próximo distaba sólo un kilómetro y medio de Lublin. El recinto exterior contiene cuarteles para los guardias, la casa del comandante, un almacén general, un garaje y otros edificios que prestan servicios de carácter permanente.

El recinto interior está compuesto de cuarenta y seis barracones de madera del tipo de los que los alemanes emplean para establos. Me dijeron que cada barracón alberga cerca de cuatrocientos prisioneros. Es obvio que están tan amontonados que sólo tienen espacio para las planchas que sirven de camas y un estrecho pasillo hacia la entrada principal.

El recinto interior está rodeado de una doble pared de alambre espino de cinco metros de altura. Entre las dos paredes ronda continuamente una patrulla de ucranianos con perros alsacianos. Me dijeron que por las noches la alambrada interior está electrificada.

Por toda la extensión de la alambrada exterior se levantan cada veinticinco metros altas torres de guardia dotadas de reflectores y ametralladoras.

Leopold llamó mi atención sobre la serie de barracones que teníamos más próximos. Me dijo que eran almacenes. Los judíos rumanos a quienes habíamos visto antes en la estación del ferrocarril iban entrando en el primero, que sirve de centro de selección. Sólo unos pocos pasaban luego al campo. Los demás desfilaban por un espacio libre hasta un edificio de cemento armado señalado con unos rótulos que pude ver claramente y que decían: CENTRO DE SANEAMIENTO.

El «centro de saneamiento» es muy bonito, con céspedes y árboles y flores

por todas partes.

Cuando se habían reunido cuatrocientas personas, la hilera que salía del almacén se interrumpía y los guardias hacían entrar al grupo en el «centro de saneamiento». Al cabo de unos diez minutos, aproximadamente, oí un estallido de alaridos espantosos que no duraron más de unos diez o quince segundos.

Entonces rodearon el edificio unos prisioneros judíos (*Sonderkommandos*), los cuales, según me contaron, limpian las cámaras y transportan las posesiones personales al segundo almacén, donde son clasificados.

Diez minutos después de la primera tanda de gas, los prisioneros judíos sacaron fuera los cadáveres. Los vi claramente. Eran los de las mismas cuatrocientas personas que habían entrado veinte minutos antes. Luego los apilaron en una especie de narrias de una sola pieza —de seis a ocho en cada uno—, tiradas por los mismos prisioneros judíos. Los *Sonderkommandos* salieron por la puerta del recinto interior hacia una carretera secundaria de una longitud de un kilómetro que sube por una loma hasta un edificio grande dotado de una alta chimenea. Gracias a mis anteojos de campaña, pude ver también claramente esta maniobra.

Todo el proceso para eliminar a cuatrocientas personas duró unos treinta minutos. Durante el primer día que estuve en observación, hubo doce tandas diferentes de suministro de gas, o sea eliminaron a unas cuatro mil ochocientas personas, aproximadamente. El segundo día hubo veinte tandas, o sea eliminaron a unas ocho mil personas, y el tercer día, diecisiete tandas, o sea que asesinaron a unas seis mil ochocientas personas. Me dijeron que en un período de veinticuatro horas han llegado a suministrar más de cuarenta tandas de gas, y que nunca han sido menos de diez.

Leopold y otros obreros han trabajado en la reparación de la cámara de gas y también en la del crematorio. Leopold me dice que la cámara es una habitación baja de techo, de doce metros de largo por cuatro de ancho. Se parece a un cuarto de duchas falsas. Un hombre de las SS puede variar el volumen de gas, mirando por una ventana enrejada de observación. Leopold y una brigada de obreros tienen que entrar cada pocas semanas en la cámara para reparar las paredes de cemento, cuya superficie desconchan las víctimas en sus desesperados esfuerzos por salir.

Leopold trabajó asimismo en la construcción del horno crematorio cuando desecharon el procedimiento de quemar los cadáveres en hoyos abiertos, a causa del mal olor. Cuando las narrias han llegado al crematorio, colocan los cadáveres sobre una mesa y los examinan para ver si tienen dientes de oro, y les abren el vientre por si se han tragado oro o joyas. Al mismo tiempo, los cuerpos se desangran y la sangre corre por un tubo de desagüe. Luego los llevan al

> departamento vecino y los colocan en uno de los cinco hornos. Cada horno puede contener de cinco a siete. Si algún cadáver tiene los brazos o las piernas extendidos y no cabe, se los cortan con un hacha. La incineración dura unos minutos. Por unas puertas de reja situadas en el lado opuesto sacan los huesos.
>
> Con mis anteojos de campaña pude divisar montones de huesos, algunos tan altos como una casa de dos pisos. Leopold me dice que recientemente, en una ocasión en que fue a reparar los hornos, habían instalado una máquina trituradora y que la harina de hueso la ensacaban y la enviaban a Alemania como abono del campo.

Christopher de Monti escondió la cabeza entre las rodillas y empezó a vomitar. Vomitó hasta que sus entrañas lanzaron gritos de dolor. Una página tras otra continuaba invariablemente el relato de las atrocidades. El informe completo de Andrei Androfski, los informes de un puñado de supervivientes de Treblinka y Chelmno y de los campos de trabajo.

—¡Dios mío! ¿Qué hice? —gritó angustiado—. ¡Soy un judas! ¡Soy un judas!

El vómito, las lágrimas, el sufrimiento y el licor se combinaron formando una losa que le hizo caer al suelo desmayado, medio muerto.

CAPÍTULO VIII

¡CAMARADAS JUDÍOS! ¡UNA ADVERTENCIA!

¡NO OS PRESENTÉIS EN LA UMSCHLAGPLATZ PARA SER DEPORTADOS!

¡EL PUNTO DE DESTINO ES UN CAMPO DE MUERTE EMPLAZADO CERCA DE LA POBLACIÓN DE TREBLINKA! ¡ESCONDED A VUESTROS HIJOS!

¡RESISTID! ¡ESTA ES LA SEÑAL PARA UN LEVANTAMIENTO! ¡UNÍOS A NOSOTROS!

FUERZAS CONJUNTAS

Anotación en el diario

¡Oh, Dios mío! ¿Por qué nos has abandonado? ¿Cómo ha llegado el hombre a una depravación tan grande? ¡Nos encontramos en el fondo de un abismo de borrachera y es medianoche! En toda la larga y atormentada historia de nuestro pueblo es ahora cuando hemos llegado a la mayor degradación.

ALEXANDER BRANDEL

Como resultado inmediato, aquellas revelaciones trajeron la unidad, tanto tiempo buscada, de todos los diversos elementos del ghetto. Simon Eden y los sionistas tenían establecida ya una alianza con Andrei y los bathyranos. Ahora los comunistas y muchos grupos religiosos marginales, así como personalidades individuales, se agruparon bajo la bandera única de las Fuerzas Conjuntas. Los revisionistas establecieron con éstas un pacto de colaboración, aunque reservándose su libertad de acción. Simon Eden fue nombrado jefe supremo y Andrei Androfski lugarteniente de Simon; los comunistas se encargaron de las actividades al otro lado del muro. Aunque dentro del ghetto tenían poca fuerza, los comunistas del exterior les proporcionaban el núcleo más compacto de aliados que habrían podido encontrar entre todos los demás grupos del sector ario. A Wolf Brandel le enviaron al distrito de la fábrica de cepillos con la misión de organizar una unidad combatiente dentro del complejo de edificios de la fábrica.

Las Fuerzas Conjuntas disponían de sesenta pistolas, treinta y cuatro rifles y una sola arma automática.

Aquellas armas eran de tantos calibres diferentes y de tan diversas clases que algunas sólo contaban con munición para media docena de cargadores. El diminuto arsenal quedó un tanto reforzado con varios centenares de bombas de botella, de fabricación casera, y cierto número de granadas fabricadas con tubos, inventadas por el químico Jules Schlosberg en el sótano de Mila, 19.

La fuerza total de combate se elevaba a quinientos sesenta hombres y mujeres jóvenes, la mayoría de poco más de veinte años, desprovistos casi por completo de instrucción militar.

Anotación en el diario

La llamada para una rebelión ha caído en oídos sordos. ¿Cómo puede rebelarse la gente? ¿Con qué elementos cuenta? ¿Qué ayuda recibiría del exterior? Haciéndole dar una última pirueta al idioma alemán, los nazis se refieren a los exterminios con la frase de «concesión de un trato especial». El deseo de sobrevivir ha llegado a tal punto que la gente no quiere creer que exista un campo de muerte en Treblinka. La Milicia Judía y los miembros de la Autoridad Civil arrancan los carteles del movimiento clandestino con la misma rapidez con que los pegamos. Todo el mundo sigue mirando las Kennkarten estampilladas para el trabajo esclavo como una especie de llave mágica que abre las puertas de la vida.

Resulta pasmoso ver de qué modo la gente se somete a una muerte en vida peor que la muerte total. Hasta las sociedades más decadentes de los tiempos pretéritos comprendieron que a un esclavo, e incluso a un animal, había que concederle un mínimo básico para que pudiera rendir una jornada de trabajo aceptable. Los alemanes han realizado una innovación en el asunto convirtiendo a Polonia entera en una gran reserva de trabajo esclavo. Como hay millones de trabajadores sobrantes que no pueden subsistir de otro modo, la lucha por obtener el derecho de ser esclavo alcanza una virulencia feroz.

A los esclavos de las fábricas de cepillos y de uniformes del doctor Koenig los separan de sus familias, los designan con un número, los estampillan y, en el trabajo, les pegan. Trabajan en condiciones abismales de dieciséis a dieciocho horas por día. En invierno no hay calefacción de ninguna clase, ni ventilación, ni luz. Viven despojados de toda propiedad personal y de todo derecho humano. Los aterrorizan y los matan de hambre de tal modo que entre ellos la lucha por procurarse alimentos es un combate más por la vida.

Los lugares donde duermen no servirían ni para pocilgas. Todos los esclavos de todos los tiempos han soñado con la libertad, y todos los tiranos de todos los tiempos les han concedido el derecho a soñar. Aquí la única alternativa es la muerte. La más ligera falta al trabajo, en plan de protesta o por enfermedad, acarrea la liquidación inmediata y la sustitución del que ha faltado por otro que se agarra con frenesí al derecho de ser esclavo.

La Gran Acción entra en su segunda semana. Ayer no se presentó en la Umschlagplatz ningún voluntario. La Milicia y «Los Ruiseñores» rodearon la fábrica de cepillos de Koenig y seleccionaron a los obreros, llevándose la mitad para deportarlos.

Hoy la Autoridad Civil ha pedido voluntarios para cubrir las bajas. ¡Se han ofrecido más de los que hacía falta! Por supuesto, esta nueva treta de los alemanes no durará mucho, pero resulta fantástico que la gente continúe dejándose engañar.

Nathan «El Loco» se sitúa cerca de la Umschlagplatz y profetiza entre lamentos que será el único superviviente de Varsovia. Su último salmo:

Tanto nos quieren los nazis
que hasta entran al asalto
para darnos vacaciones
sin que nos cuesten un cuarto.

ALEXANDER BRANDEL

El noveno día de la Gran Acción, Alexander Brandel entró en los cuarteles de la Milicia Judía, contiguos al edificio de la Autoridad Civil, en las calles de Zamenhof y Gensia. Aquella policía que había bravuconeado por todo el ghetto durante cerca de dos años se inquietó ante la presencia de Brandel. El historiador ofrecía un aspecto más descuidado que nunca. En verdad, su corta estatura no implicaba amenaza alguna de daño físico, y no obstante le temían.

Era uno de los pocos intocables. Hacerle algún mal equivalía a atraer sobre las propias cabezas represalias terribles. Pero lo que más temían era su calma.

Brandel expresó el deseo de hablar con Piotr Warsinski.

Warsinski, el renegado, cuyo odio contra los judíos corría parejas con la perversidad del Cuerpo Reinhard, también temía a Alexander Brandel.

Warsinski tenía siempre el dorso de las manos de color carmesí a causa de una comezón nerviosa. Al ver a Alex entrando en la oficina, se clavó las uñas en la carne, partiendo la piel en sanguinolentas escamas.

—¿Qué busca aquí? —gruñó.

—Me gustaría intervenir en la Umschlagplatz y colocar a una docena de enfermeras mías en el centro de selección.

—Usted está loco.

—Pagaré el privilegio.

—Salga de aquí con viento fresco, si no quiere hacer un viajecito en tren usted mismo.

¡Maldita sonrisa la que aparecía en la cara de Brandel! ¡El muy canalla! Lo que más odiaba Piotr era la calma de Brandel, su negativa a discutir. Cuando era guardián de la Prisión Pawiak, a Warsinski le gustaba ver a los prisioneros retorciéndose, dominados, a sus pies. De pronto aparecía uno como Brandel.

Sin miedo. Warsinski odiaba a los granujas que no tenían miedo. Ahora su comezón se acentuó y sus estrechos ojos se humedecieron.

Aquella misma mañana había golpeado, con sus propias manos, a una mujer hasta dejarla muerta. Las mujeres le recordaban su impotencia, su incapacidad por ser hombre.

Warsinski dejó caer las manos debajo de la mesa y se las escarbó con las uñas.

—¿Qué quiere?

—Quiero ver al haupsturmführer Kutler y al sturmbannführer Stutze. Están llevando a la Umschlagplatz a ciertas personas a las cuales queremos rescatar.

—¿Con qué pagarán?

—Con dólares americanos.

—Les transmitiré el mensaje. ¿Cuánto por cabeza?

—Seis dólares.

—Haga el trato que haga, añada otro dólar para la Milicia.

—Perfectamente —respondió Alex, apartándose de la mesa para disimular su revulsión. ¿Qué perlas de sabiduría había reunido en toda una vida de estudio para ablandar el corazón de Piotr Warsinski? Siete dólares por cada vida. Los ojos crueles de Warsinski le estaban diciendo que algún día estaría de pie en un andén contemplando cómo él, Alex, partía para Treblinka en un vagón de ganado.

Cuando Warsiski llegó a los cuarteles de la SS, el haupsturmführer Kutler estaba borracho como una sopa. La vista de las sanguinolentas manos de Warsinski le hizo levantar el codo apresuradamente para volver a engullir más licor. Durante varios días había sufrido unas pesadillas singularmente terribles, reviviendo las matanzas de Babi-Yar, y se despertaba por la noche dando gritos, pues soñaba que se estaba

ahogando en sangre. Ahora atormentaba su sueño la visión de animalitos pequeños que le desgarraban la carne. A Stutze le daba náuseas el poco temple de los alemanes que habían sido Kommandos en las Escuadras de Acción. Éstos se emborrachaban constantemente hasta caer en el delirium tremens, y se atiborraban las venas de droga. Los austríacos dominarían a la especie alemana, más débil. Kutler no estaba en condiciones de hablar.

Stutze mandó a un par de guardias que le llevasen a su cuarto, y se volvió hacia Warsinski.

—De modo —dijo—, que le ha ofrecido seis dólares por judío. Cuánto ha añadido usted para sí?

—Solamente un dólar por cabeza, herr sturmbannfürher, y buena parte de esta cantidad habrá que repartirla entre mis hombres.

El austríaco cojo meditó un momento.

—Hum. ¿Qué importa? Dejémosle que compre judíos. De todas formas, volveremos a cazarlos. Sólo que... los judíos regatean. Usted es judío, Warsinski.

Regatee.

Warsinski sufrió un retortijón al oírse llamar judío.

—Quiero diez dólares por cabeza, pagaderos al final de cada jornada de trabajo —añadió Stutze.

—Sí, señor.

—Y, de paso, esta transacción quedará entre nosotros.

—Sí, señor.

Al precio final de once dólares con cincuenta centavos por cabeza, Alexander Brandel y sus enfermeras obtuvieron el permiso para entrar en la Umschlagplatz. Durante unos días, arrancaron a unos cuantos escritores, científicos, profesores, niños y rabíes de entre los miles de personas amontonadas en el tren diario.

La artimaña de llevarse trabajadores de las fábricas fracasó, porque ya no se presentaron nuevos voluntarios para ocupar sus puestos. El nuevo sistema de limpieza consistió en organizar redadas sistemáticas del ghetto para meter en el saco millares de niños mendigos, a los desarraigados y a los sin hogar, para deportarlos. Nathan «El Loco» cayó en una de las redadas, pero Alexander compró su vida, porque el bueno de Alex era un historiador sentimental y «El loco» había llenado sus diarios con centenares de estrofas y anécdotas.

En aquellos días las colas de deportados no avanzaban tan ordenadamente como al principio. Por toda la Umschlagplatz centelleaban las monedas para sobornos. Cuando no había dinero, los deportados ofrecían a los guardas relojes, anillos, pieles —cualquier cosa—, para comprarse el retorno al ghetto por un día más, por una hora más. Y todos los días, cuando los trenes salían a las tres en punto, quedaban sobrantes en la plaza. A estos prisioneros los llevaban al piso superior del edificio, y eran los

primeros en la cola del día siguiente. Todas las noches, los guardias ucranianos desnudaban a los prisioneros en busca de objetos de valor. A las mujeres las conducían a los pisos inferiores del edificio y las violaban.

El décimosegundo día de la Gran Acción, el Consejo Bathyrano se reunió y pidió a Alex que no se acercase por la Umschlagplatz. Tolek y Ana alegaron que, por cualquier antojo, Kutler o Stutze podían anular el pacto y poner su vida en peligro. Alex no aceptó ninguno de sus argumentos, como tampoco a las órdenes de los demás, ni a las amenazas que, a fin de sujetarle, acabaron por hacerle. Llevaba demasiados años batallando por insuflar vida en el cuerpo de los moribundos. Él no podía hacer retroceder la riada, pero se lanzaba, con ímpetu frenético, a salvar los productos de una gran cultura.

Y al día siguiente, como de costumbre, corría en círculo por el patio de la Umschlagplatz.

—¡Alex! Venga de prisa. El rabí Solomon ha salido del centro de selección.

Se lo llevan al cementerio para ejecutarle.

Alex atravesó la plaza a la carrera, tropezando, respirando con dificultad; entró en el edificio, recorrió el pasillo, pasó por el cuerpo de guardia y se metió en el despacho de Kutler. El capitán había vaciado más de la mitad de la botella de ginebra de Holanda, a pesar de que todavía no eran las doce. Alexander perdió la compostura por completo.

—¡El rabí Solomon! —gritó.

—No fuerces demasiado tu suerte, judío —le espetó Kutler.

Alex sintió pánico.

—¡Cien dólares!

—¿Cien? —Kutler se puso a reír—. ¿Cien dólares por aquella vieja carroña judía? Maldita sea. Hoy en día los judíos viejos se pagan bien. Es enteramente tuyo, judío.

Mientras Alex suspiraba y se volvía a toda prisa, Kutler retrocedió unos pasos y rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

En mitad de la noche, Sylvia Brandel se fue de puntillas hacia el despacho de su esposo. Mila, 19, dormía, sólo estaban despiertos sus guardianes.

Anteriormente, aquel mismo día, había intentado ver a Alexander, pero éste tenía la puerta cerrada y se negaba a responder a sus llamadas. Sylvia no sabía si había de mostrarse colérica u ofendida, si había de valerse de la compasión, o si había de dejarle en paz. Era ciertamente una conducta muy extraña en Alex, Sylvia hizo rechinar la empuñadura y llamó de nuevo. Alex abrió y se apartó de su esposa.

Sylvia se quedó con la vista fija en su espalda, tratando de ponerse a tono con la espantosa experiencia que habría vivido su marido, porque Alex no era como los

demás hombres. Alex había sido siempre un robusto faro de piedra, hacia el que volvían la vista los otros en busca de luz y refugio. Sylvia no recordaba que, en veinte años de matrimonio, le hubiese visto nunca decaído, ni pidiendo ayuda a gritos. Al principio, al ver que su marido no parecía necesitar la compasión que los otros hombres necesitaban, la hacía sufrir, pero pronto aprendió a reverenciarle y a vivir para servirle. Alex habitaba en un mundo propio, compuesto de ideales e imaginaciones, y se movía alimentado por unas reservas inagotables de valor y de paciencia. Verle fuera de su centro causaba espanto.

—¿Cómo está el rabí Solomon? —preguntó Alex.

—Le hemos preparado un catre en el cuarto del sótano del Club de la Buena Camaradería. Ervin se quedará con él esta noche. Alex, ¿quieres comer algo? En la cocina hay sopa que ha sobrado.

—No tengo hambre —murmuró él.

—Son casi las tres. Sube a la cama, por favor.

Alex se desplomó ante su mesa y dejó caer la cara entre las manos en una actitud de derrota total.

—Alex, yo nunca he discutido tus decisiones, pero ahora te lo ruego... No vuelvas más a la Umschlagplatz. Lo que yo puedo resistir también tiene un límite.

Las lágrimas brotaban de los ojos del historiador y rodaban hasta la mitad de las mejillas para perderse en la nada.

—Nadie puede seguir como has seguido tú sin acabar destrozado.

—He fracasado —susurró él—. He fracasado.

—¡Alex, por amor de Dios!

—Hoy he perdido la cabeza. Y volveré a perderla.

—Estás cansado, muy cansado...

—No. Lo único que hay es que hoy he comprendido... que todo lo que he sostenido..., todo lo que he tratado de llevar a cabo ha sido un error.

—Oh, no, cariño!

—¿Mi recurso? Conservar la vida a un cadáver más por un día más. Toda mi perspicacia dedicada a salvar a un solo hombre... y ahora son millares los que marchan en riada hacia la muerte, y yo no puedo hacer nada... ¡Nada!

Sylvia le cogió con gesto torpe.

—¡No quiero que te denigres después de todo lo que has hecho!

—¿Hecho? —Alex soltó una carcajada—. ¿Qué he hecho, Sylvia? ¿Negociar con estafadores y nazis? ¿Emplear astucia y artimañas? ¿Qué he hecho? —El historiador cogió la mano de su esposa y volvió a ser el cariñoso Alex—. Van a destruir toda nuestra cultura. ¿Cómo puedo salvar unas cuantas voces para mostrar al mundo quiénes éramos y qué le hemos dado? ¿Quién quedará? —Alex dio unos pasos apartándose de Sylvia—. Aquí, en Mila, 19, no hablamos de ello, pero Andrei y yo

tenemos poco que decirnos desde que estalló la guerra. ¿Sabes por qué? Cuando vinieron los alemanes, él quería llevarse a nuestra gente al campo y luchar. Yo se lo impedí. Yo le dejé sin armas y sin balas. Mi remedio... Tuve que imponer mi remedio.

—¡Alex, por favor!

—¡Equivocado! ¡Estoy equivocado y lo estuve siempre! Ni mi diario, ni las oraciones del rabí Solomon podrán libertarnos. Únicamente las armas de Andrei, pero ahora es demasiado tarde y yo soy quien le hizo esta ofensa.

A semejanza de las catacumbas de Roma, debajo del ghetto de Varsovia fue abierta a zarpazos una ciudad subterránea. Todos los que estaban en condiciones de trabajar se unieron en una carrera loca por construir viviendas secretas.

Cincuenta mil trampas, cincuenta mil entradas disimuladas conducían a habitaciones escondidas, situadas debajo de los sótanos, junto a los retretes, detrás de las bibliotecas, en los áticos. En las tiendas y panaderías escondían debajo de los mostradores estufas sin encender. Construían escondrijos metiendo el cascajo en las camas, debajo de tubos, en cubos de basura.

Vivían un segundo nada más fuera de sus portezuelas de escape. El andar por las calles se convirtió en un recuerdo. Como vías de comunicación, utilizaban los tejados. Detrás de tejas sueltas, estufas, cuartos de aseo, cuadros, se escondían las entradas a las habitaciones secretas.

Los sótanos proporcionaban buenos escondites, porque podían contener grandes reservas de comestible y era fácil disimular la entrada, pero los áticos tenían la ventaja de procurar mejores vías de escape.

Aquel despliegue de ingenio no impidió a la Gran Acción el reunir los cupos diarios de deportados. El llanto de los niños, el fino olfato de los perros adiestrados y las acechanzas de los informadores ponían al descubierto continuamente un número cada vez mayor de habitaciones secretas. Desde la calle, unos guardias observaban cómo otros, desde el interior de las casas, reventaban todas las ventanas, pues las ventanas sin reventar revelaban la presencia de un cuarto escondido.

En Mila, 19, y en Leszno, 92, Andrei y Simon, respectivamente, ocuparon sendos cuartos en el ático dotados con un timbre de alarma, cuyo sonido los enviaba al tejado, adonde los guardias no sentían demasiados deseos de seguirles.

La entrada a través de las cajas de embalaje del sótano de Mila, 19, fue desechada por poco segura, y en el piso principal construyeron un retrete falso.

Quitando un fleje suelto del suelo, el lavabo giraba a su lado, dejando al descubierto un agujero en la pared lo bastante grande como para que pudiera pasar un hombre por él. Una escalera conducía a las nuevas dependencias del sótano, excavadas desde el comienzo de la Gran Acción y que podían albergar a una docena de personas que Alex había rescatado en la Umschlagplatz, así como los archivos y

los almacenes de armas. Abrieron también un túnel de salida que enlazaba con el tubo de una cloaca que se prolongaba hasta muchos metros más allá de Mila, 19. El conjunto de habitaciones subterráneas se extendió hasta que lo detuvo la línea principal de la tubería de desagüe que pasaba por debajo del centro de la calle Mila. Se oía constantemente el ruido del agua sucia que corría por su interior.

En agosto, al final de la tercera semana, la Gran Acción se interrumpió repentinamente. Cesaron los encierros.

CAPÍTULO IX

Max Kleperman no poseía solamente uno de los pocos teléfonos judíos del ghetto: tenía dos; el segundo era una línea directa con Franz Koenig, con quien realizaba gran cantidad de negocios. El permiso para comprar y vender oro, administrar y negociar bienes inmuebles, pasar géneros de contrabando e informar, eran derechos exclusivos reservados a los Siete Grandes.

El teléfono particular de Max Kleperman dejó oír su llamada.

— *Ja, Herr Doktor... Ja, Herr Doktor... Ja, Herr Doktor...*

Después de otros varios " *Ja, Herr Doktor*", Max colgó, y llamó a su secretaria.

—El doctor Koenig quiere ver a todos los socios aquí, en mi despacho, dentro de una hora. Reúnalos inmediatamente y dígales que esperen. Yo voy a verle a él en su residencia, y volvemos juntos para la reunión.

Max se echó un vistazo, se quitó del dedo meñique la sortija con el diamante y llamó con unas palmadas a su chofer y a su guardaespaldas.

Salieron del ghetto por la Puerta Krasinski. A Max le gustaba salir del ghetto.

Gozaba mirando los árboles. En todo el ghetto sólo había uno, y estaba delante del edificio de la Autoridad Civil. Aquel árbol particular le disgustaba, porque Max consideraba siempre a la Autoridad Civil en competencia con los Siete Grandes. Muchas veces acarició la idea de plantar varios delante de su cuartel general de la calle Pawia, pero decidió que podría tomarse como una provocación.

Max tenía un cariño especial a los Jardines Krasinski. De muchacho había empezado su carrera allí, contratando a maleantes polacos para que robasen a los chicos judíos que repartían géneros y volviendo a vender lo robado en la plaza Parysowski. En la actualidad, desde las deportaciones, la plaza Parysowski estaba cerrada para el comercio.

Ahora, que las deportaciones habían cesado, Max exhalaba un suspiro de alivio. Incluso él y los Siete Grandes sentían recelo. Ciertamente, los alemanes habían conseguido ya lo que se proponían. La mente de Max pasó entonces a imaginar cuál sería la nueva golosina que le esperaba en casa del doctor Koenig.

Terminadas las deportaciones, algo bueno se estaba preparando. «He recorrido mucho camino desde los viejos tiempos», pensó.

De todos los alemanes, el doctor Koenig era con quien se trataba mejor. No gritaba ni le denigraba a uno, y tampoco se obstinaba con una parte sustanciosa.

Hombre excelente, el doctor Koenig.

Max fue introducido en el despacho del profesor. Sentóse y manoseó el cigarro saboreando de antemano, con excitada satisfacción, el bonito negocio en perspectiva, y cuando el doctor Koenig le indicó con una inclinación de cabeza que no había inconveniente en que fumase, encendió el cigarro con el encendedor de plata de

encima de la mesa.

—¿Están los socios de usted esperando en los Siete Grandes? —preguntó el doctor Koenig.

—Allí estarán como usted lo ha ordenado, herr Doktor.

Pues, bien, Max, hablemos un poco de negocios.

Kleperman abrió los brazos en un gesto generoso.

—Soy su humilde servidor.

Koenig se caló unas gafas bifocales, abrió un archivo, sacó una hoja de papel y la estudió.

—Durante estos últimos años, ustedes han reunido todo un capital, Kleperman.

De la cara de Max se borró la sonrisa. Por encima del hombro entrevió a un par de elementos de las SS de Waffen guardando la puerta. Max carraspeó y se apoyó sobre el codo. ¿Qué se proponía Koenig?

—Debo decir que ha sido muy listo. Nos ha estafado un cuarto de millón de dólares.

Max extendió la mano en un gesto de protesta.

—¡Una terrible exageración!

—Uno de sus asociados nos ha proporcionado el informe por propia iniciativa.

Los gruesos dedos de Max forcejeaban para aflojar el cuello de la camisa, mientras el doctor Koenig, iba leyendo un relato terriblemente exacto de sus curiosas andanzas.

—Y, finalmente, usted ha entregado a los organismos de beneficencia *zlotys* devaluados, valiéndose de agentes que se los han cambiado por dólares depositados en Bancos suizos. Arrendó a Huérfanos y Ayuda Mutua edificios que administraba, y también cobran en dólares. Bien, Max, ya sabe usted que todo esto es ilegal.

El pensamiento de Kleperman corría más que el de Koenig. El judío miró por encima del hombro para ver si los guardias habían desaparecido milagrosamente. No, allí estaban. Vaya *hutzpah*, vaya desfachatez la de Koenig sentado allí con aquel aire de «yo soy más santo que tú», cuando era él, Kleperman, quien había preparado la mayoría de tratos en favor del tudesco.

Ambos se habían revolcado por el lodo, y ahora Koenig se ponía a representar la comedia de la equidad. ¡No había nada peor en el mundo que un ladrón virtuoso!

—Como Kommissar de los bienes judíos —dijo Koenig—, miro espantado el estado de los asuntos dirigidos por usted. Usted ha traicionado descaradamente la confianza de las autoridades de ocupación.

«¡Piensa de prisa! Te encuentras en una mala situación, Max Kleperman».

Su cerebro galopaba. Tendría que proponer un arreglo. Habría de poner en juego el dinero de Suiza y salvar el que tenía en Sudamérica. Del que tenía en América del Sur, nadie sabía nada.

—Me encuentro en mala posición para discutir —dijo con una sonrisa.

—Me figuraba ya que se daría cuenta de la situación.

—Pero, como siempre, Max Kleperman es un hombre razonable.

Con estas palabras acompañó un movimiento de cabeza en dirección a los guardias de las SS. Koenig les ordenó que aguardasen fuera.

—Ahora, Kleperman, hablemos claro. ¿Cuánto tiene depositado en Bancos suizos, y cuáles son estos Bancos?

—Tengo cuarenta mil dólares en cuenta corriente —confesó Max.

—¿En qué Bancos?

Max se secó la frente con la manga.

—¿Debo deducir, Herr Doktor, que los diversos contratos entre usted y los Siete Grandes están a punto de terminar?

—Puede deducir lo que guste.

Max carraspeó y se inclinó sobre la mesa para hacer una confidencia importante.

—La verdad es que tengo unos cuantos dólares más. Cincuenta mil.

Francamente, estoy cansado de los negocios. Me gustaría disfrutar de los frutos de mi trabajo. Bien, hagamos un último trato. Yo firmaré una transferencia a nombre de usted por la mitad de esta suma ahora mismo y otra por la otra mitad cuando llegue a Berna con mi familia, sin contratiempo.

Koenig se meció en el sillón y sonrió levemente.

—Dispuesto a saltar del barco, ¿eh, Max?

Max guiñó el ojo.

—¿Y sus asociados?

—Créame, he tolerado a esos ladrones todo el tiempo que ha sido humanamente posible. Ésta me parece una manera razonable para que dos hombres de honor pongan fin a una larga y provechosa asociación.

—Pero, Max, ¿cómo vivirá?

—Como sea. Lucharé para abrirme paso.

—¿Quizá con el dinero que tiene en el National Bank de Ginebra?

—¡Ah!... ¡Ah, sí! También en ese Banco tenía una cuenta.

—Y en el Banco Sudamericano, de Buenos Aires, y en el Grain Exchange, de Río de Janeiro.

— *Herr, Herr, Herr…*

Koenig extendió seis documentos delante de Kleperman y le entregó una pluma.

—Firme estos papeles, simplemente, señor Kleperman. Luego llenaremos los detalles.

El rostro de Max se torció en un gesto violento. Un eructo de humo del cigarro, que había errado el camino, le sofocó.

—Los otros socios también tienen dinero al otro lado de la frontera. Si firmo estos

papeles y le proporciono una información sobre ellos, ¿habré conseguido un pasaporte?

Koenig sonrió.

—Usted mismo ha hecho el trato. Aceptado.

Max garabateó su firma en los documentos, cediendo más de doscientos mil dólares mal ganados. Mientras firmaba las transferencias, las gotas de sudor caían sobre el papel.

—Cuando llegue a Suiza, le daré los informes sobre los otros.

Koenig asintió.

—Sabemos que podemos contar con su cooperación, Max. Recibirá noticias en breve sobre su partida.

Max sentía náuseas, pero todavía conservaba la vida. La pareja de guardias de las SS le acompañó hasta la puerta del palacio de Koenig. Max tenía dinero en ocho Bancos. Quedaban dos que aquel ladrón virtuoso de Koenig no había descubierto. Max se derrumbó en el asiento trasero de su coche, se quitó el sombrero y se puso a abanicarse, lanzando gemidos.

¡Los ojos se le saltaban de terror! El cigarro se le cayó de la boca. Su chofer había sido sustituido por un hombre de las SS, y el guardaespaldas había desaparecido. Antes de que pudiera moverse, un par de elementos de las SS se sentaron a uno y otro lado de él y el coche se deslizó rápidamente por el paseo de salida. Seis minutos después se paraba en la entrada del cementerio judío.

Max se quedó blanco de terror a la vista del Sturmbannführer Sieghold Stutze. Los hombres de las SS tuvieron que ayudarle a andar. Mientras arrastraban a Max a su presencia, Stutze se daba golpecitos en la palma de la mano con un trozo de tubo. Kleperman se quitó el sombrero.

—Su Excelencia, Sturmbannführer, yo..., yo...

Stutze le interrumpió:

—En el caso de usted, he querido asistir personalmente, Kleperman. Usted es el más cochino de todos los cochinos judíos. Siempre he admirado aquel anillo que lleva. No, no se moleste dándomelo ahora. Lo cogeré después de la ejecución.

—Ah, entonces..., usted no ha recibido el aviso. El doctor Koenig y yo hemos hecho un trato. A usted le corresponden cien mil dólares, ¿comprende?

—¡Cállese! ¡No pensará en serio que le dejaríamos salir de Polonia, con lo que sabe!

—Mis labios están sellados. Lo juro.

—No es preciso que lo jure. Se los vamos a sellar nosotros.

Seis manos poderosas cogieron al miserable, que cayó de rodillas, y empezaron a llevárselo.

—¡Esperad! —ordenó el austríaco—. Dejadle que se arrastre.

—Excelencia... Hay más dinero... No se lo he dicho a Koenig. Usted..., yo..., un trato particular...

El tubo de plomo le dio a Kleperman detrás del oído. Max cayó de bruces sobre el polvo y se arrastró hasta Stutze y se le abrazó a las rodillas.

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad para Max Kleperman!

El tubo descendió y volvió a descender una y otra y otra y otra vez, hasta que la cara de Max quedó aplastada como una sandía demasiado dura. A Stutze le inundó el sudor. Con la pierna coja se puso a dar patadas, chillando y lanzando denuestos hasta que se agotó en aquella orgía de sangre y sus soldados de las SS tuvieron que sostenerle.

El cuerpo sin vida de Max Kleperman fue arrastrado por el largo sendero bordeado de profanadas señales de tumbas y arrojado sin ninguna ceremonia a una zanja de seis metros de largo y cuatro de profundidad.

A los otros socios y a cincuenta miembros de los Siete Grandes los alinearon en el borde de la zanja. Ellos lloraban, suplicaban, proponían tratos.

Abajo, Kleperman yacía sobre un lecho de cal.

Algunos caían de rodillas y clamaban a Dios y a sus madres. Dueños de lupanares, ladrones, informadores.

—¡Piedad!

—¡Fuego!

El estampido de las descargas de fusil era un ruido familiar dentro de aquellas paredes. Los enterradores judíos miraban impasibles mientras los cadáveres caían al fondo y les contemplaban a ellos con ojos muy abiertos y fijos, desde unos cuerpos que adoptaban posturas grotescas. El pelotón de ejecución avanzó hasta el borde de la zanja y derramó balas sobre los cuerpos que se retorcían hasta que quedaron quietos. Los enterradores extendieron encima unas paladas de cal. Y otro lote de gente de los Siete Grandes fue arrastrado al interior del cementerio.

¡PROCLAMA!

SE HA DESCUBIERTO QUE LA COMPAÑÍA DE LOS SIETE GRANDES HA SIDO CULPABLE DE INNUMERABLES CRÍMENES Y ERA LA CAUSANTE DE GRAN PARTE DE LOS SUFRIMIENTOS DE LOS JUDÍOS.

EN NOMBRE DE LA JUSTICIA MÁS ELEMENTAL, LAS AUTORIDADES ALEMANAS HAN SENTENCIADO A LOS CRIMINALES DESPUÉS DE LAS INVESTIGACIONES Y JUICIOS CORRESPONDIENTES EN ESTA FECHA QUEDAN ANULADAS TODAS LAS NUEVAS DEPORTACIONES.

LAS ESCUELAS ESPECIALES PODRÁN FUNCIONAR DE NUEVO Y SE PERMITIRÁN DENTRO DEL GHETTO LAS REUNIONES

AUTORIZADAS. EL TOQUE DE QUEDA SE RETRASA OTRA VEZ HASTA LAS 7 DE LA TARDE

POR ORDEN:

RUDOLPH SCHREIKER
Kommissar, distrito de Varsovia

CAPÍTULO X

Rachael hizo correr con el pulgar las hojas de una pila de papeles de música, seleccionó varios números y se puso el brazal con la estrella de David.

Deborah, vestida con una túnica y una bata, entró en el cuarto, bostezando y estirándose.

—¿Estás segura de que no es peligroso dar hoy un recital? A mí me tiene inquieta.

—Mamá, hace cuatro días que no hay deportaciones. Ervin está colocando programas por todo el ghetto para alejar de la mente de sus habitantes el recuerdo de estas tres semanas pasadas. Además, tocaré en el orfanato de usted, en la calle Niska, y allí no pasará nada.

—En fin, supongo que todo terminará bien.

—Es posible que vea a Wolf. Hace diez días que no nos vemos.

Deborah jugueteaba con el cabello de su hija.

—Quisiera que no volvieseis al piso de Andrei.

—No podemos ir más, mamá. Lo tienen vigilado continuamente.

—Podéis venir aquí. Tu padre no regresará a casa hasta muy tarde.

Mientras Rachael se volvía de cara a su madre, ésta se dio cuenta, por primera vez, de que su hija era tan alta y madura como ella misma.

—Gracias, mamá, pero en este punto, Wolf tiene mucho amor propio. Por otra parte, esto ya no es lo que importa más. Lo único que necesitamos de veras es vernos y hablarnos unos minutos.

Deborah le dio unas palmaditas en la mejilla.

Stephan entró precipitadamente en el aposento.

—¡Eh, vamos! ¿Todavía no estás a punto?

—Tened cuidado, hijos. Conservad a mano las *Kennkarten* de la Autoridad Civil y perdonad que no vaya con vosotros. Siento un cansancio de muerte.

Tengo que dormir unas horas antes de volver al orfanato. Decidle a Susan que haré la guardia de noche.

Stephan y Rachael dieron unos besos en la mejilla de Deborah. Al abrir la puerta, Rachael se paró.

—Es extraño poder andar de nuevo por las calles —dijo.

—Tened cuidado —repitió Deborah.

El salón de reuniones del orfanato de la calle Niska era suficientemente grande para contener a la mayoría de los cuatrocientos niños. El orfanato era una de las veintiocho instituciones dirigidas por la Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua de Alexander Brandel, las cuales conseguían, mejor o peor, alimentar, y en secreto, instruir a más de veinte mil muchachitos que no tenían padres. A diferencia de lo que

pasaba en el resto del ghetto, aquellos hogares carecían de escondites, puesto que habría sido imposible construirlos sin que se notase. Al fin y al cabo, concluía Brandel, allí sólo había chiquillos, y él tenía que confiar en que un resto de misericordia del enemigo los dejaría en paz.

Rachael Brandel era la auténtica favorita de los niños, que se apiñaban, llenando todos los bancos, sentados en los pasillos y delante de su piano en la tarima del fondo de la sala. Enfermeras, profesores y empleados de la beneficencia estaban de pie a lo largo de la pared del extremo opuesto.

Rachael miraba continuamente hacia la puerta trasera por la cual era posible que apareciese Wolf. Mucho tiempo atrás, cuando su amado regresaba de la granja bathyrana de Wework, solía venir a verla durante un recital en aquel mismo salón. Quizá hoy viniese también.

Rachael levantó las manos pidiendo atención y explicó a los niños cuál sería el primer número. Era nuevo. En él narraba la vida de Chopin mediante un combinado de valses, nocturnos, estudios, y terminaba con el patriótico crescendo de una polonesa.

El número siguiente era un popurrí de canciones *yiddish*. Rachael observaba las caras de los chiquillos que buscaban en sus memorias la débil voz del pasado que les había cantado aquellas mismas canciones.

¿Seré yo un rabí?
No he aprendido el Tora.
¿Seré mercader?
Nada tengo que vender.
Ya no tengo heno,
Cebada no tengo.
Un trago de vodka sí me gustaría,
pero mi mujer me maldeciría.
Una piedra grande buscaré,
me sentaré y lloraré.
¿Seré yo un *schochet*?
No sé manejar un *chalef*.
¿Seré yo un *melamed*?
No conozco un *alef*.
¿Seré zapatero?
No me queda cuero.
¿Seré un arriero?
Caballos no tengo.
¿Seré herrero, pues?

Yunque y hierro no tendré.
¿Pondré una taberna?
Se emborracharía mi dueña.
—¿Qué os gustaría oír a continuación?
—¡Palestina!
—¡Rachael! ¡Cántanos cosas de Palestina!
—¡Palestina!
—¡Palestina!
Las rosas florecen en Galilea,
y el campo sonríe al sol.
Todo el día y la noche entera,
trina gozosa mi voz.
¡Oh! Galilea nuestra, te adoramos,
por ti canta el corazón.
Sin temer al destino te velamos
con el alma y el cañón...

Susan Geller entró por la parte trasera de la sala. Dirigió una rápida mirada hacia todas partes, y luego susurró algo a su enfermera ayudante. La mujer pareció sobresaltada un momento. Después asintió con un movimiento de cabeza y habló al oído a otra enfermera.

—¡Ahora todos a la vez, niños!

Las rosas florecen en Galilea,
y el campo sonríe al sol...

Susan Geller dirigió otra mirada a su alrededor y al localizar a Stephan avanzó en zig zag por entre el apiñamiento de chiquillos, le cogió de la mano y le acompañó hacia una puerta lateral.

—No grites, Stephan. La Milicia rodea, el edificio. Sube arriba. En un aula del ático hay veinticinco o treinta niños. ¿Sabes dónde está?

Stephan movió la cabeza afirmativamente.

—Llévalos por los tejados a Mila, 19. Dile a Alexander Brandel que vaya rápidamente a la Umschlagplatz.

Rachael arrugó la frente al ver que Stephan se escabullía fuera de la sala.

Oh, Galilea nuestra, te adoramos,
por ti canta el corazón...

Susan se sentó en el banco al lado de Rachael.

—Al final de esta canción anunciaré una cosa. Tú sigue tocando. No queremos que estalle el pánico. ¿Comprendes?

—¡Oh Dios!

—Sigue tocando, Rachael, sigue tocando.

—Lo..., lo comprendo...

Susan se situó delante del piano y levantó las manos.

—¡Niños! —dijo—. ¡Tía Susan os guarda una sorpresa maravillosa! ¡Hoy saldremos de merienda al campo!

El anuncio fue saludado con ¡Oh! y ¡ah! de incredulidad.

—Haremos un viaje en tren fuera del ghetto y veremos todas aquellas cosas de las que hemos hablado tanto: árboles, flores y granjas. Todas esas cosas admirables que vosotros no habéis visto nunca. Ésta será la experiencia más grande de vuestra vida. Ahora saldremos en fila al vestíbulo y a la calle. No les tengáis miedo a los soldados, porque hoy están aquí para ayudarnos. Vamos, Rachael, ¿quieres tocar algo mientras nosotros salimos?

Susan salió al pasillo en el mismo momento en que Piotr Warsinski entraba en el edificio. La enfermera le cerró el paso hacia la puerta del salón, diciendo:

—Estamos dispuestos. Si tiene la bondad de decirles a sus hombres que no alarmen a los niños, nosotras los mantendremos en calma.

—Sólo queremos los niños, no a vosotras.

—Hemos decidido ir también.

Warsinski se encogió de hombros.

—Sea como quieras. Sacadlos a la calle.

—De prisa —ordenó Stephan Bronski a dos docenas de niños de seis años en la sala de clase del ático.

La vida del ghetto los había predispuesto para obedecer a su mandato con una disciplina absoluta. Stephan pasó delante para subir al tejado por la escalera de escape.

¡Un ucraniano en el tejado!

Stephan indicó con un ademán a la hilera que le seguía que permaneciese quieta. El guardia iba y venía, andando y empapando la sucia camisa parda con mangas negras. Ahora se volvía, Stephan pudo verle la cara y las hombreras, con la calavera y los fémures, y las nudosas manos agarrotadas alrededor del rifle.

El guardia se paró cerca de la esquina del tejado que tenía un caballete que subía unas cincuenta pulgadas sobre el nivel general. El guardia se arrodilló sobre él, fijando la mirada más allá de otro tejado de tejas, muy inclinado, que cerraba parcialmente la vista de la calle, cinco pasos más abajo.

Clum..., clum..., clum...

El hombre miró atrás, en dirección al objeto que venía volando hacia él.

Antes de que pudiera reflexionar o ponerse en pie, aquel objeto se le había echado encima a una velocidad loca. Stephan hizo chocar su cuerpo con el del ucraniano en el mismo instante en que el hombre trataba de enderezarse. El golpe hizo perder el equilibro al guardia. Sus piernas se doblaron y cayó sobre el alero después de soltar el rifle en el tejado.

Con gesto alocado, el ucraniano se agarró a la cima del caballete. Stephan levantó el rifle que el otro había abandonado y con la culata aplastó las manos asidas al caballete.

¡Un alarido!

El guardia se deslizó por encima de las tejas, braceando frenéticamente, presa del pánico, en busca de algo adonde cogerse. Su cuerpo rodó por el borde y se hizo más pequeño, más pequeño, más pequeño, hasta que se detuvo repentinamente en la acera.

—¡De prisa! —gritó Stephan, apartando de sí el miedo o la revulsión que pudiera causarle su hazaña.

Los niños subieron al tejado uno a uno.

En la calle estallaban disparos de rifle. Allá abajo gritaban:

—¡ *Junden kinder*! ¡Niños judíos!

El ratón del ghetto conocía bien el camino. Volaba sobre la techumbre de la ciudad con la pericia de un experto. Aquí se interrumpía la senda.

La hilera de edificios descendía de cinco pisos a cuatro. Una mella de cuatro pies de anchura separaba los edificios. Stephan buscó con la mirada el colchón que habían colocado en el tejado interior para amortiguar las caídas.

¡Lo habían quitado! Las circunstancias le daban la decisión hecha. No podía pararse allí ni retroceder.

—Ahora tendremos que saltar a ese tejado de ahí abajo. Tendremos que ponernos aquí en el mismo borde, a fin de salvar el espacio abierto. Cuando aterricéis, hacedlo con los pies y utilizad las piernas como si fueran muelles gigantes. Doblaos y luego dejaos caer sobre las nalgas.

Una niñita lloraba de miedo.

—Tú serás mi lugarteniente —le dijo Stephan al niño más fornido—. Te quedarás hasta que hayan saltado todos. Cada uno que elija una pareja. —Tomando rápidamente por la mano a la niña que lloraba, añadió—: Tú serás la mía.

Y antes de que ella pudiera expresar ninguna protesta, se arrojaron al vacío, saltando al tejado inferior.

Piotr Warsinski se presentó ante el haupsturmführer Kutler.

—¿Cómo va? —preguntó el alemán.

—Ha sido la «caldera» con más éxito que hayamos hecho nunca. Todos los orfanatos han quedado limpios.

—¿Qué número?

—Quizá diez, quizá doce mil cabezas.

—Es un buen montón de niños judíos. Bien, ésos no traen joyas. Empezad a cargarlos. A los bastardos sobrantes subidlos a los pisos superiores para que queden almacenados hasta mañana o pasado. Esta noche quiero a todos los hombres de usted de guardia aquí en la Umschlagplatz. Los granujas del ghetto serían capaces de intentar algo.

Warsinski dio media vuelta para marcharse.

—Buen trabajo, jefe —le dijo Kutler, riendo.

Kutler salió a las mesas de selección y frunció el ceño al ver a las enfermeras mezcladas con los niños.

—¡Warsinski!

—Diga, señor.

—¿Qué hacen aquí estas mujeres?

—Han querido venir con los niños, señor.

Susan Geller se acercó a ellos.

—Sin duda no tendrán inconveniente en reacomodarnos junto con nuestros pupilos —dijo.

Kutler hizo una mueca. La cara feúcha de Susan no le gustaba. Entonces dirigió la vista hacia las otras enfermeras, y hacia los doctores, profesores y demás empleados, que mantenían agrupados sus pequeños rebaños. «Malditos judíos», pensó Kutler. Tenían un extraño apego a morir como mártires.

Recordaba a los padres cubriendo los ojos de sus hijos con las manos en el borde de las fosas de Babi-Yar, en Kief.

—A ustedes no les necesitamos para esta transferencia —dijo el alemán.

—Los niños disfrutarán mucho más de su merienda en el campo si nos tienen a nosotros con ellos para explicárselo todo. Vea usted, muchos no se acuerdan de haber estado nunca fuera del ghetto.

Kutler desvió los ojos de la mirada fija e insistente de Susan Geller.

—¿Qué trae en ese bolso? —le preguntó.

—Bombones. Los guardaba para una ocasión magnífica como esta.

Kutler reventó.

—Sed héroes —musitó en seguida, precipitándose hacia su despacho, cuya puerta cerró. El alemán tiró con furia perversa de un cajón de la mesa, incapaz de abrirlo con la rapidez necesaria y rompió el cuello de la botella de ginebra de Holanda, de la cual se puso a beber hasta que una cálida oleada de alcohol le inundó las venas y se estrelló contra su cerebro, embotando sus pensamientos.

—Héroes..., mártires...

El patio estaba cubierto por diez mil chiquillos andrajosos, demacrados, junto con una salpicadura de enfermeras que representaban la comedia de una alegría fingida. Algunos niños mayores, que sabían a dónde iban, se lo guardaban para ellos.

—¡Niños judíos, empezad a subir por las rampas!

—Bien, niños, ahora empieza nuestra maravillosa merienda en el campo.

—Tía Susan, ¿cuándo regresaremos?

—¡Ah! Probablemente esta noche, bastante tarde.

—¡En marcha hasta la punta del andén para subir al primer vagón!

La máquina se calentaba y despedía unos borbotones de humo.

La hilera de malaventurados se dispersaba por las rampas. Blasfemias y patadas les hacían moverse más de prisa.

Kutler, completamente borracho, salió tambaleándose al patio a presenciar el desfile. Con una mueca feroz, lanzaba sonidos medio inteligibles, chillando que terminase pronto la maniobra. De súbito, divisó a una docena de niños pequeños recostados contra una pared distante, doblados por el agotamiento y el hambre, y demasiado débiles para ponerse en pie. Kutler fue hacia ellos haciendo eses.

—¡Arriba, niños judíos! —chilló.

Dos o tres enfermeras acudieron corriendo y les ayudaron a levantarse.

Una niña raquítica de tres años, vestida con sucios harapos, tropezó y cayó sobre los guijarros, escapándosele de las manos una desgarrada muñeca de trapos que no tenía brazos ni piernas. Su diminuta mano avanzó para cogerla.

La mocosilla miró con curiosidad al hombre alto, con uniforme negro, que se inclinaba sobre ella.

—Mi niña... Quiero mi niña —gimió débilmente.

Y su mano tiró de la muñeca, tratando de arrancarla de debajo de la bota del nazi. La pistola «Mauser» de Kutler salió de la funda.

El arma soltó un estampido.

—¡Déjenme pasar! ¡Déjenme pasar! —gritaba Alexander.

Media docena de corpulentos milicianos judíos retenían al desesperado Brandel sin dejarle entrar en el centro de selección. Luchando y pataleando le llevaron a rastras a través de la calle Stawki hasta el almacén en que Warsinski tenía la oficina del destacamento de la Umschlangplatz.

—¡Pido que se me permita entrar en la Umschlagplatz!

—La inmunidad que disfrutaba se está agotando, Brandel. Llevadle al ghetto —ordenó Warsinski.

Claqueti-clac, claqueti-clac... El tren rodaba por el campo. —Ahora, niños, tengo otra sorpresa: ¡Bombones! —dijo Susan.

Susan hizo pasar el bolso de bombones envenenados por todo el vagón.

—¿Verdad que tienen un gusto delicioso? Ahora, cantemos:

Adelante, adelante,
hacia Palestina.
Adelante, adelante,
a unirnos con el gozoso tropel...

—Tía Susan, tengo sueño.

—Bien, ¿por qué no te tiendes y descansas?

—Yo también tengo sueño, tía Susan.

—Vaya, dormid un ratito todos. Esto debe ser a causa de la excitación y el aire puro.

Uno por uno, los pequeños cerraron los ojos. Susan Geller se acurrucó entre un par de sus niños, los atrajo hacia sí y engulló lentamente la última pastilla de chocolate.

Shluf mine faygele,
mach tzu dine aygele.
Eye lu lu lu.
Shluf geshmak mine kind,
Shluf un zai-gezund,
Eye lu lu lu.
Duerme, pajarito mío,
cierra los ojitos.
Oooooh lu lu lu.
Duerme bien, mi niño.
duerme bien tranquilo.
Oooooh lu lu lu.

CAPÍTULO XI

El Sturmbannführer Sighold Stutze era maestro en el arte de imitar a su dios, Adolfo Hitler, hasta en los más leves gestos. Con los pulgares en el cinturón, cojeaba arriba y abajo del patio reteniendo la apiñada concentración de la Milicia Judía. Parándose delante de un micrófono, dirigió una mirada fija a su cautivo auditorio. La Junta de la Autoridad Civil Judía formaba a su derecha, y una compañía del Cuerpo Reinhard a su izquierda.

Levantando bruscamente una mano por encima de la cabeza, gritó con una voz estridente que rebotó sobre las piedras del patio:

—¡Gordos judíos! ¡Estáis gordos porque os hemos recompensado en exceso!

¡A pesar de que nosotros nos hemos portado lealmente con vosotros, vosotros continuáis permitiendo que se publiquen mentiras contra nosotros! ¡Permitís que los agitadores comunistas se muevan delante de vuestras propias narices!

¡Serán descubiertos y destruidos! ¡A causa de sus mentiras, hace cuatro días que no se presenta ningún voluntario para la deportación acompasada y metódica hacia el Este! —Stutze se volvió en dirección a Warsinski!—: ¡Lea las nuevas órdenes!

Warsinski abrió un documento.

—Desde hoy en adelante, cada miembro de la Milicia Judía tiene el deber personal de traer cada día a tres personas a la Umschlagplatz, a fin de que sean deportadas para un trabajo honrado. En el caso de que un miliciano deje de traer su cupo, serán deportados inmediatamente él y su familia.

La tregua en la Gran Acción, la comedia de «justicia elemental» representada con la ejecución de los Siete Grandes y la reapertura de las escuelas, todo formaba parte de un plan para engañar al pueblo y hacer que abandonase la guardia el tiempo que necesitaban los alemanes para reorganizarse y lanzar un nuevo asalto.

Los de la Milicia Judía, aterrorizados bajo las obedientes arengas de Warsinski, habían vendido su alma hacía mucho tiempo. Y ahora se hundieron todavía más en las profundidades de la degradación. Ver a uno de ellos arrastrando a sus propios familiares a la Umschlagplatz para que les deportaran, cuando no había podido llenar su cupo, se convirtió en un espectáculo corriente.

Las *Kennkarten* del ghetto estampilladas por el trabajo habían sido consideradas largo tiempo como una llave mágica para la vida. De un solo plumazo fueron declaradas todas nulas. Excepto un corto puñado de personas, en el ghetto todo el mundo había perdido la inmunidad para la deportación.

Todos los días se llevaban a cabo «calderas» y «pucheros» nuevos. Calles enteras o manzanas de casas eran rodeadas por completo, aisladas herméticamente, y escudriñadas de un modo metódico, desde los sótanos hasta los áticos, en busca de ocupantes.

El manantial constante de las artimañas manaba a chorro, se utilizaba el señuelo de la comida para adquirir espías nuevos. Torturaban a los hijos delante de sus madres para que éstas descubriesen el emplazamiento de refugios secretos.

La gente había adquirido una especie de inmunidad contra la tragedia. No obstante, el apresamiento de los huérfanos consiguió lo que los autores principales del plan sabían que conseguiría. Pareció aplastar toda la moral, toda la voluntad de vivir que pudiese quedar.

Alexander Brandel, que había sido tanto tiempo el símbolo del amor y la dignidad, el símbolo del alimento y la medicina, se convirtió de la noche a la mañana en un hombre huraño, deprimido. Ya no representaba la fuerza dinámica que empujaba a sobrevivir.

El rabí Solomon se sentaba en el oscuro sótano de Mila, 19, contiguo al tubo de la cloaca y gemía antiguas oraciones hebreas día y noche, al sol del precipitado curso de las aguas sucias.

Deborah Bronski era la única enfermera que quedaba del orfanato de la calle Niska para tomar bajo su cuidado a las dos docenas de niños y niñas que Stephan había conducido por los tejados hasta Mila, 19. No obstante, todavía abrieron otro cuarto a lo largo del tubo y lo acondicionaron con arcones como sala de clase.

Deborah encendió la vela de su dormitorio. Abrió los cajones de la cómoda uno por uno y llenó una maleta. Del joyero sacó una par de objetos. Luego unas pocas cosas de uso personal. Todo lo demás había que dejarlo. Dio un repaso al cuarto de sus hijos buscando los recuerdos que ellos habían pedido, y después anduvo por el largo corredor.

Del estudio de Paul salía luz. Deborah entró y pudo ver la cabeza de su marido, sentado en su sillón giratorio, de espaldas a ella, delante de la mesa.

—Te dejo, Paul. Debería haberte abandonado hace mucho tiempo. Stephan y Rachael irán conmigo.

Paul permanecía inmóvil.

—Adiós, Paul.

Cuando se volvía para salir, vio que la mano de su marido colgaba inerte sobre el brazo del sillón y se cerraba alrededor de una arrugada hoja de papel.

En el suelo había una botella. Deborah la reconoció como la que solía contener las píldoras somníferas de Paul. Estaba vacía. Hacía pocos días que la había llenado. Deborah fue despacio hasta la parte delantera de la mesa. Paul estaba rígido. Tenía los ojos cerrados. Deborah dejó la maleta en el suelo y le tentó la mano. Fría como el hielo. El pulso no latía.

Paul Bronski había muerto.

—¡Dios mío, perdóname! —exclamó Deborah—. Desearía poder afirmar que

siento pena.

Entonces arrancó el papel de la mano del cadáver.

«Mi querida Deborah:

»Ojalá supiera qué decir o qué he hecho para merecer este desprecio por tu parte. Boris Presser tiene un sobre detallando varios asuntos que estoy seguro que encontrarás en orden...»

Y aquí terminaba el escrito.

La cima de la mesa estaba limpia. Paul era meticuloso en sus hábitos. Todo había de estar en orden. Hasta su muerte. Había cerrado una jornada de trabajo suicidándose, simplemente, porque no le quedaba otra alternativa.

Deborah meneó la cabeza en un último movimiento de pasmo, y contempló cara a cara aquel rostro lívido, sin vida.

—¡Oh, Paul, Paul, Paul! Hasta esto había que hacerlo ordenadamente. ¿Por qué no has escrito un mensaje para tu hijo y tu hija? ¿Por qué no has hecho de esta acción un grito de justicia y de protesta? Paul, Paul... ¿Por qué?

Deborah cogió la maleta. Sin remordimiento, sin lágrimas, sin pena, sin compasión, abandonó todo lo que había habido entre ambos, para siempre.

—¡Hemos de encontrar ayuda! —gritaba Andrei, apasionado.

Roman, el comandante del Ejército Patrio en Varsovia, le escuchaba con la cabeza inclinada y los ojos lánguidamente semicerrados. Con gesto delicado, el noble colocó un cigarrillo en la larga boquilla y lo encendió. Un Andrei defraudado rechazó con un ademán el cigarrillo que le ofrecía Roman.

Jan Kowal —dijo con voz suave el polaco—, la semana pasada nada más les enviamos treinta y dos rifles.

—De seis calibres distintos con ciento seis cargadores. Uno de los rifles queda inutilizado en el momento en que dispara sus tres balas.

—Si se produce un diluvio repentino de armas automáticas, de grueso calibre, yo seré el primero que le avise.

Andrei abatió el puño sobre la mesa.

Roman se levantó y se cogió las manos por la espalda con un gesto teatral.

—¿Qué quiere exactamente?

—No tenemos fuerza suficiente para organizar un ataque sin que nos ayuden desde el exterior. Si usted ordena que tres compañías del Ejército Patrio den tres golpes de mano distintos en los suburbios, nosotros podremos abrirnos camino fuera

del ghetto.

Roman suspiró desencantado. A pesar de los rigores de la vida en la clandestinidad no había perdido el tonillo tajante que caracterizaba a un *snob* criado en Francia.

—Es imposible —respondió.

—¿Tanto puede odiar a los judíos que se quede impasible viendo cómo nos asan vivos?

Roman se apoyó en el alféizar de la ventana y mordió la boquilla de marfil con los estudiados gestos de la persona que sabe que está en el escenario. Sus cejas formaron sendos arcos en la elevada frente.

—¿Hemos de ponernos fríamente realistas? ¿Qué pasará si yo ejecuto el plan que me propone? ¿Adónde irán ustedes? ¿Cuántos podrán abrirse paso?

—Tantos como usted pueda sostener luego.

—¡Ah! —replicó Roman, con una sonrisa—. Ahí está el quid. El noventa por ciento de los campesinos están dispuestos a entregar a un judío por una botella de vodka. El noventa por ciento de la gente de ciudad está convencida de que esta guerra se libra por culpa de la Banca judía internacional. Mis sentimientos personales no son éstos, fíjese bien, pero yo no estoy en situación de llevar a cabo un programa para educar al pueblo polaco.

Roman tenía razón, toda la razón, una vez más.

—Entonces, permita por lo menos que nuestra fuerza combatiente se abra paso juntamente con los niños.

—¿Niños? Los conventos y monasterios que aceptan niños judíos están llenos a rebosar.

Andrei cerró los ojos.

Roman se animaba con sus propios argumentos y se pasaba la lengua por los dientes mientras caminaba de un lado para otro.

—Yo no puedo permitir unidades de partisanos compuestas de judíos. No mando un ejército disciplinado. La fuerza clandestina se funda en el secreto y la fidelidad. Usted sabe perfectamente bien que le traicionarán, lo mismo que le traicionaron cuando nos dio el informe sobre los campos de exterminio.

Alguien lo vendió a la Gestapo.

—Al menos..., al menos, denos armas y dinero. Al menos, el dinero que nos ha robado.

Roman arrugó el ceño y se sentó en la mesa, cogiendo unos papeles que se disponía a leer para demostrar que estaba demasiado ocupado. Andrei se los arrebató de la mano y los arrojó al suelo.

—¡De acuerdo, Jan! —estalló el otro—. Alguno, sea quien fuere, sacó de contrabando su precioso informe fuera de Polonia y ha sido publicado en Londres.

¿Ha oído a los jefes de Estado lanzando apasionados gritos en pro de la justicia? ¿El mundo se ha puesto en pie furioso de indignación? Jan Kowal, en realidad a nadie le importa un ardite.

Andrei se apartó de la mesa.

—No vomite su basura polaca sobre el resto del mundo, Roman. Éste es el único rincón de la tierra en que puede haber campos de exterminio. El Ejército alemán no tiene bastantes divisiones para contener a la gente si lo intentaran en Londres, en París o en Nueva York. ¡Sólo es posible en su maldita Varsovia! Por todo este continente, los hombres y las mujeres se portan con una decencia cristiana fundamental. Usted es cristiano, ¿verdad?

Roman se desahogó con una serie de arrogantes gestos de disgusto tolerante.

—Ustedes no saldrán indemnes de esto. En Auschwitz empiezan ya a meter polacos en las cámaras de gas sólo por que ustedes consintieron que lo hiciesen con nosotros. Desfile hacia la cámara con el mentón en alto, Roman, le está llegando el turno.

Andrei salió como un terremoto.

Roman sacó de la boquilla el consumido cigarrillo y lo apagó. Luego, levantó los ojos hacia su pasmado ayudante.

—Si esos judíos condenados tratan de ponerse en contacto conmigo otra vez, no estoy visible, ¿comprendes?

—Sí, señor.

—¡Los judíos son tan emotivos! ¡Ah, caramba! Al menos cuando termine la guerra no tendremos problema judío...

Simon Eden se daba puñetazos en la abierta palma de la otra mano, mientras Andrei relataba su conversación con Roman. Un abatimiento lúgubre cayó sobre el cuarto del ático. Tolek, Alexander Brandel, Ana, Ervin, Wolf Brandel, Simon Eden... Una morbosidad cadavérica los aplastaba. Todo había terminado. Cada uno de ellos pensó lo mismo, en el mismo instante. Todo había terminado... Era el fin.

El timbre de alarma dejó oír cinco vibraciones cortas indicando que subía un «amigo». Rodel, el comunista, entró en la habitación. Por un instante, los demás le miraron ansiosos, con un destello de esperanza de que se hubiera producido un milagro. Rodel movió la cabeza negativamente.

—Pueden proporcionarnos cuatro hombres armados, nada más. En realidad, no pueden desprenderse ni de éstos.

Tolek enumeraba con voz monótona los nombres de los escritores, médicos, actores, periodistas y sionistas que habían sido llevados a la Umschlagplatz durante los últimos días. Seguía pronunciando nombres y más nombres, como una plañidera en un desfile de la muerte.

—Cállate —le dijo Andrei.

Pero él continuaba murmurando. El último de los rabíes... Uno salvado por la Iglesia Católica como reliquia de una civilización pretérita; el otro estaba en el sótano. Los demás, muertos.

—Muertos, todos muertos —decía Tolek—. La granja perdida..., la granja perdida... Todo el mundo ha muerto.

—Cállate —replicó Andrei.

Ana Grinspan, símbolo inalterable de la energía, encarnación de la temeridad, se desplomó y se puso a llorar con llanto histérico. En la habitación no había nadie capaz de consolarla.

—Di algo, Alex —suplicó Simon Eden.

Pero aquellos días, Alex no decía nada.

—Muertos..., todos muertos... *Nishtdoo, keiner, keiner nishtdoo*...

—¡Corta tus malditos lamentos! —gritó Andrei.

Ervin se humedeció los resecos labios. Las lágrimas mojaban los gruesos lentes de sus gafas de tal modo que las personas que tenía delante no eran sino imágenes borrosas. En el espacio de cinco días había perdido a Susan y a su madre. Ervin había intentado valientemente llenar el vacío de Alexander Brandel después del apresamiento de los chiquillos.

—Simon... Andrei..., camarada Rodel..., yo... he cogido todas las notas y los volúmenes del Club de la Buena Camaradería y los he escondido en botes de leche y en cajas de acero. Hoy he tenido ocasión de hablar con vuestros comités.

Todos han estado completamente de acuerdo conmigo en que si este último intento por conseguir ayuda fracasaba, deberíamos incendiar el ghetto y suicidarnos en masa.

—No tienes derecho a celebrar reuniones a espaldas mías —protestó Eden, sin convicción.

—No había ya tiempo para pararnos en normas de procedimiento —respondió Ervin.

—¿Cuál de entre nosotros no ha pensado en el suicidio? —gimió Ana.

Y luego, el silencio. No hubo discusiones.

—Como sionista laborista..., como sionista laborista... —balbuceó Simon.

Después se echó el cabello atrás para despejar los ojos—. Como judío y sionista laborista —musitó a tropezones, buscando una expresión. ¡Oh, Dios mío, la muerte sería tan dulce, tan intensamente dulce!—. Como comandante de las Fuerzas Conjuntas, no puedo dar ni daré la orden para estipular el suicidio colectivo. Pero si tal es el deseo de todos, entonces dimitiré de mi mando y obedeceré también esta decisión.

Andrei levantó la vista hacia su camarada. Simon había sido soldado.

Simon había sido un hombre fuerte. Simon había sido un jefe. Ahora tenía las entrañas destrozadas. Los finos rasgos de su cara morena colgaban fláccidos por la pérdida de la voluntad.

Wolf Brandel, el comandante más joven del ghetto, se encaminó despacio hacia la puerta.

—Yo no obedeceré esa orden —dijo—. Mi novia y yo viviremos, y si nos capturan se lo haremos pagar caro. Si me necesitan, ¡dejadles que entren e intenten cogerme! —gritó con voz fuerte.

Y cerró la puerta ruidosamente tras de sí.

—Bien —susurró Andrei—. Uno queda entre nosotros con la energía suficiente para querer vivir.

Tolek cayó de rodillas.

—¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Ayúdanos, te lo ruego! ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho?

Ninguno miraba a los demás. Todos escondían la cara entre las manos. Se pasaron la noche entera sentados sin pronunciar palabra, hasta que el alba los rindió de cansancio y se hundieron en breves intervalos de sueño saturado de pesadillas.

Y entonces, tan súbitamente como habían empezado, la Gran Acción terminó. El 16 de setiembre de 1942 no hubo más deportaciones ni «calderas».

El ghetto de Varsovia, el corral humano más grande de la historia del hombre, había albergado en otro tiempo cerca de seiscientas mil personas. Este número fue diezmado por la inanición, las enfermedades, las ejecuciones, las deportaciones para el trabajo esclavo y, finalmente, por el asesinato en serie en Treblinka. Cuando terminó la Gran Acción, en el ghetto quedaban menos de cincuenta mil personas.

CAPÍTULO XII

Enmarcado por la alta ventana del piso de Chris y transfigurado por la primera nevada del invierno y los acordes de un disco de Chopin, Horst von Epp encarnaba el concepto clásico del barón alemán, tieso y erguido.

Chris vino del exterior, dándose palmadas para ahuyentar el frío de sus huesos, y saludó a Horst con un movimiento de cabeza, manifestando placer ante la inesperada visita.

—Confío en que no le molestará que haya asaltado su morada y saqueado su whisky —dijo Horst, llenando un vaso para Chris.

—¿Cómo habría de molestarme? En este apartamiento no hay nada que sus amigos no hayan examinado veinte veces.

El disco de Chopin llegó al final.

—Me gusta Chopin. Esos cabezas cuadradas sólo tocan cosas de Wagner.

Un tributo a Hitler. ¿Verdad que la primera nieve tiene una gracia profundamente encantadora?

Chris abrió las cortinas de la alcoba del dormitorio, se quitó los zapatos y los húmedos calcetines y estiró el brazo debajo de la cama buscando las zapatillas.

— *Oh, la nieve, la hermosa y pura nieve — nieve en el cielo, en la tierra nieve — que cubre la calle y cubre la casa — y la cabeza de todo el que pasa — Que danza — y avanza— con su blanco manto — ¡La hermosa nieve no puede causar daño!* "

—¡Oh, dioses, Chris! Eso es horrible.

—James Whittaker Watson, 1824-90. El recitado que me tocó en el examen para el título de segundo grado. Mi madre asistió al examen. Yo nunca olvidé la nieve, la hermosa y pura nieve.

Horst le entregó un vaso bien lleno.

Fröhliche Weinnachten... Feliz Navidad... —dijo.

—Soy, sin duda, un canalla. Navidad... La había olvidado por completo.

—Brindo por aquellos pobres arios mal guiados que yacen tumbados en la nieve sobre sus barrigas mojadas, en el frente del Este, a mayor gloria de la madre patria —dijo Horst.

—Amén... Diga, ¿qué sensación causa verse metidos en el saco?

—En Stalingrado perderemos, ¿verdad que sí, Chris?

—Será una catástrofe, barón. Su jefe de Estado Mayor debería haber leído las memorias de Napoleón y aprendido cómo castiga el «padrecito invierno» a los intrusos.

—A mí se me ocurrió hace cosa de una semana. Se me ocurrió de pronto que Alemania perdería la guerra. Esto desbarata todas las fiestas de Navidad.

Todo el mundo está terriblemente malhumorado. Stalingrado, El Alamein, los

desembarcos en el norte de África. Pero, ¿sabe usted?, lo que realmente me tiene confundido son esos americanos. Guadalcanal. Ea, allá tenemos un nombre romántico. Todo el mundo subvalora a los americanos. ¿Por qué?

—Confundir la amabilidad con la debilidad es lo mismo que subvalorar un invierno ruso.

—El año que viene bombardearán Berlín —dijo Horst—. ¡Qué lástima! ¡Ay, amigo mío, cómo nos van a devolver los golpes! En fin, feliz Navidad.

Horst dejó su vaso y se embelesó de nuevo con la nieve que caía.

—Chris —añadió mirando al exterior—, el Gobierno polaco exilado en Londres acaba de publicar un informe. Un maligno Libro Blanco detallando supuestos campos de exterminio que actúan en Polonia. ¿No se había enterado?

—He tenido alguna noticia.

—Dígame —pidió Horst—, ¿cómo lo sacó de Polonia?

Chris no realizó sino un intento nominal por cubrir su hazaña.

—¿Qué es lo que le hace pensar que fui yo?

—Mi vanidad masculina. Cuando una hermosa pieza de caza, Victoria Landowski de Lemberg, resultó no ser una pieza de caza ni ser siquiera Victoria Landowski, mi masculinidad se sintió ofendida.

—Buscad a la mujer. Detrás de las conspiraciones más siniestras, hay siempre una mujer.

—Lo malo fue que no pude encontrar a la mujer. Mi amigo Christopher de Monti se había vuelto una esponja temblorosa empapada en alcohol. Entonces aparece Victoria Landowski y Christopher sufre una transformación mágica.

Vuelve a ser (¿cómo lo llaman ustedes?) un *All-American boy* de pies a cabeza.

Yo empecé a tomar en cuenta aquella súbita resurrección espiritual. No fue difícil figurarse el resto.

—Por Dios, Horst, usted posee una clarividencia infalible. Bien, ¿qué hará Sauer, el jefe de la Gestapo? ¿Me entregará a los perros, me hará tragar un cuartillo de aceite de ricino, o empleará los aplasta-testículos para obligarme a hablar?

—¡Bah, déjese de tonterías! Esa horrible gente de la Gestapo no se imaginará lo ocurrido hasta dentro de muchos meses... ¿Cómo sacó los informes? ¿Mediante diplomáticos italianos?

—Algo por el estilo —respondió Chris.

—¡Fíjese! Yo le dije a Hitler personalmente que no se fiase de los italianos.

Esa gente es excesivamente romántica para combatir en una auténtica guerra de aniquilación. En cuanto llegamos a las pruebas del ácido, nos abandonan.

Chris se puso a reír.

—Yo sólo soy italiano por el pasaporte. Pensándolo bien, casi no soy nada de nada. Pero conozco al pueblo italiano. Al pueblo italiano le vendieron la mercancía

de que era la reencarnación de los nobles romanos de veinte siglos atrás. ¿Y por qué diablos no habían de creerlo? Lo único que querían los italianos era volver a ser alguien otra vez.

—Cogidos a los faldones de Alemania.

—La novia se despertó y encontró su virginidad destruida, pero él dios teutónico con quien se había casado se había convertido en un gorila negro.

Algo así como «la bella y la bestia», a la inversa. Horst, el pueblo italiano no tiene estómago para lo que ustedes están haciendo en Polonia. No fue tarea difícil encontrar a cinco hombres dispuestos a sacar cinco copias, una cada uno, del informe sobre los campos de exterminio.

—Ese prototipo del alemán villano que soy yo no puede comprender por qué los que están completamente aplastados se empeñan en hacer gestos moribundos de desafío —dijo Horst—. Los mártires son temibles. Yo estaba observando cómo se hundía usted en la desesperación. ¿Cuál fue la voz que le llamó y le hizo huir de los brazos de Satán? ¿Qué le dijo?

—Me dijo— que debo volver a ser lo bastante digno como para recibir el salivazo de un hombre que en otro tiempo fue amigo mío.

—Moralidad... —Horst meneó la cabeza—. Poco antes de la guerra vi a ese barítono americano alto y retumbante... ¿cómo se llama...? Sí, Tibbett. Lawrence Tibbett. Cantaba en París... Después de una canción sobre el pastel a estilo del sur que guisaba mamá, nos berreó otras cuantas poesías horribles. Sin embargo, estos días los condenados versos martillean de continuo mi mente: «Saliendo de la noche que me cubre, — negra como abismo que va de polo a polo, — doy gracias a los dioses que pueda haber...».

—«Por mi alma inexpugnable» —concluyó Chris—. De William Ernest Henley, 1849-1903.

«Bajo los trancazos del azar, — sangra mi cabeza, pero no se inclina.»

—Esto trae de inmediato a mi mente la pregunta de por qué todos los poetas tienen tres nombres[2] y por qué mi madre tampoco asistió a las ceremonias del comienzo del primer grado.

—Una poesía que no remplazará nunca a Schiller ni a Heine, es decir, antes de que Heine se hiciera judío. Ya sé, no se puede encerrar el alma de un hombre en un ghetto ni asfixiar su espíritu con gas en Treblinka. Esto suena muy bien, manejado por los poetas, pero uno se queda pasmado cuando ocurre en realidad. ¿Qué consiguió usted, Chris? Unos cuantos sermones de obispos de segunda categoría, unos cuantos editoriales de periódicos de poca circulación, unas cuantas declaraciones manidas de políticos de poca monta, unos cuantos suicidios cometidos por idealistas desconocidos. ¿Qué confiaba lograr? *Ach*.

Ahora tendré que pasarme el invierno entero escribiendo contrapropaganda.

—Lamento que ello le haga perder muchas horas de sueño. Yo pensaba que aquel informe quizá simplemente le indignase.

—No me dirija esa mueca de periodista matutero. Ya sé... ¿cómo ha sido posible que obrásemos así? El bueno, el culto pueblo alemán, del cual yo suelto la matraca de los nombres de músicos, poetas, médicos, y hago una lista de los regalos que hemos ofrecido a la Humanidad. ¿Cómo hemos podido obrar así?

Los grandes cerebros filosóficos y siquiátricos necesitarán un siglo para encontrar un nivel moral que explique esta conducta.

—Yo simplificaré el caso —dijo Chris—. Ustedes son una manada de bestias.

—¡Ah, no, Chris! Ni siquiera nos clasificarán entre las bestias. El hombre es el único animal de ese planeta que destruye a su propia especie. Pero, ¿cómo diablos me he visto metido en esto? No soy más culpable que usted. Menos, quizá. Yo estoy metido en una trampa. En cambio, ustedes, querido Chris, ustedes, todos los moralistas del mundo, han condenado el genocidio mediante la conspiración del silencio.

—La conspiración del silencio —murmuró el periodista—. Sí, esto lo acepto.

—Diantre, mi propio pellejo importa poco. Después de la guerra desenterrarán todo este asunto y el género humano manifestará el pasmo y el horror adecuados. Luego, la gente dirá: «Olvidemos el pasado. Dejemos que lo pasado quede pasado». Y por toda Alemania les contestará a ustedes un coro de «Amén». ¿Qué canción se entonará? Aquí, en Alemania, no había nadie sino nosotros, los antinazis. ¿Campos de exterminio? No teníamos noticias de ellos.

¿Hitler? Siempre creíamos que estaba loco. ¿Qué podíamos hacer? Órdenes eran órdenes. Y el mundo dirá: «Mirad a todos esos alemanes buenos». Colgarán a unos pocos nazis para muestra y todo el buen pueblo alemán se escabullirá hacia sus bancos de zapatero y se pondrá triste y esperará el próximo Führer.

Horst comenzó a trasudar repentinamente y perdió la compostura. Con gesto precipitado, engulló un buen trago de whisky.

—¿Qué le corroe las entrañas, Horst?

—Los judíos. Ellos clavarán una maldición sobre nosotros... Ellos nos convertirán en una plaga de la Humanidad por espacio de mil años.

—La historia la escriben los supervivientes. Y no habrá supervivientes judíos —afirmó Chris.

—¡Diablos! Son gente peligrosa. Tienen ese deseo loco, insaciable, de confiar las palabras al papel. Esa manía de documentar sus tormentos... —Horst se calmó y se puso a meditar—. La última vez que documentaron su destrucción nos dieron una Biblia. Después, un Valle de Lágrimas... Y ahora, ¿qué? Ya sabe, Chris, antes de la guerra, mi hermano estuvo en Palestina, en una colonia de los Caballeros Templarios. Todos los inviernos trepaba a las cuevas que se encuentran cerca del mar Muerto

buscando escritos hebreos antiguos.

—Caramba, Horst, usted tiene miedo a la posteridad. Jamás lo habría soñado.

—Se me ha metido en el cuerpo la sospecha de que dentro del ghetto hay diez mil diarios enterrados debajo del suelo. Y esto será lo que nos aplastará.

No los ejércitos enemigos, no unas pocas prendas de reparación, sino las voces de los muertos, desenterradas. De este estigma jamás podremos... Perdóneme, la Navidad suele ponerme en un estado de espíritu raro.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó Chris, vivamente.

—Lo he pensado mucho. No puedo dejarle salir de Polonia. Quiero decir que, en resumidas cuentas, hemos de atenernos a las normas del juego. Los dos hemos jugado limpiamente, y he perdido yo. Calculé mal. Por otra parte, sería inútil permitir que Sauer le pusiera las manos encima. ¡Yo creo en los gestos grandiosos! ¡Llene una maleta!

Horst encaró su coche bulevar de Jerusalén abajo. A su alrededor, los polacos y unos soldados alemanes malhumorados se esforzaban, con triste empeño, en hallar la alegría de Navidad.

—Chris, debo saber una última cosa. Aquella Victoria Landowski... ¿Era de verdad una buena pieza?

—¿La verdad? No sabría decirlo.

—Pasmoso. Sencillamente pasmoso. Bien, algún día la encontraremos.

—Cuando la encuentren, hágame un favor. Dele la oportunidad de acabar consigo misma antes de sufrir los malos tratos de Sauer.

—Chris, usted pide demasiado.

—Tengo mucho interés por ella.

—¡Qué canastos, es Navidad! Se lo prometo. Por Dios, estoy olvidando mi excelente amaestramiento alemán y me convierto en un sentimental incorregible.

El auto se detuvo delante de la entrada del *ghetto* que daba enfrente de la Sinagoga Tlomatskie. Horst entregó una *Kennkarten* y unos documentos especiales a Chris.

—Adentro del ghetto. Estos papeles le librarán de caer en manos de la policía hasta que encuentre a sus amigos. Dentro de tres días daré parte de la ausencia de usted. Con ellos habrá usted tenido tiempo suficiente para enterrarse ahí dentro.

—Me temo que ya no me quedan amigos —respondió Chris.

—No esté tan seguro. Los judíos tienen un sistema de información infalible.

De un modo u otro se habrán enterado de que el informe sobre los campos de exterminio salió rápidamente de Polonia.

Chris saltó del coche.

—Usted es un personaje de novela.

—¡Qué caramba! Tres hurras por el triunfo final de la moralidad en los hombres. Si algún día nos topamos después de la guerra, diga una palabra a mi favor. Continuamente se solicitan ex barones alemanes para jardineros o camareros, y para el papel de «malo» en las películas. Soy un hombre de variados talentos.

Y se alejó a toda velocidad.

Las calles del ghetto estaban desnudas de vida. Chris se subió el cuello de la chaqueta y anduvo sin rumbo entre los remolinos de nieve. Desde el momento en que entró le seguían los ojos apostados en los tejados. Chris erró por las calles hasta que se sintió cansado. ¿Adónde ir? ¡Qué final tan extraño!

¿Había gente detrás de aquella quietud? ¿Quedaba algo de vida?

¿Adónde ir? ¿Hacia dónde volverse?

—¡Usted!

Chris giró rápidamente sobre sus talones, pero no vio a nadie en el patio del cual había salido la voz.

—¡Usted! —le llamaron de nuevo.

Chris anduvo en dirección a la voz. Venía de una mella del edificio.

—Dé media vuelta y camine. No mire atrás. Yo le indicaré.

Chris estaba solo, sentado en el catre del ático de Mila, 19. Luego entró Andrei Androfski.

Chris se levantó por fin y se volvió de espaldas a Andrei.

—Castigo divino. El pecador ha venido a enfrentarse con sus jueces. Justicia poética en su forma más pura.

Andrei se sentó ante la mesa de madera y puso el codo en el centro.

—¿Quieres probar la fuerza del brazo? No he comido tan bien como tú, pero todavía soy capaz de vencerte.

—¿No me conoces Andrei? Yo estaba con las manos en los bolsillos y los oídos sordos ante los gritos de los moribundos.

—¿Es preciso que te pongas tan dramático? Lo único que yo quiero es luchar con el brazo.

—Andrei...

—Sabemos que aquel informe llegó a Londres. Gracias.

Chris se mordió el labio para retener las lágrimas.

—Esta mañana hemos pasado un caballo por encima del muro. Esta noche habrá chuletas. Toma esta pistola. Más tarde te enseñaré a moverte por ahí.

Pondré aquí otro catre para ti. Cuando oigas cinco timbrazos cortos es que sube un amigo. Si los timbrazos son largos, nos vamos al tejado. Hemos de tomar muchas

precauciones. Los tejados están helados.

—Andrei...

—No te apures. Te comprendo.

Chris se quedó solo, y se puso a mirar por la estrecha ventana de la buhardilla. La nevada había cesado, dejando visibles las agujas de las iglesias más allá del mundo. Las iglesias estarían llenas de gente arrodillada, de gente que rezaría y cantaría. Unos a otros se darían humildes regalos, y, por un instante, el espíritu de la bondad pasaría por el corazón de los hombres.

¿Pensarían durante un momento fugitivo en los que estaban dentro del ghetto?

¿Se acordarían de que Jesús fue judío? A Chris le inundaba una sensación extraña, maravillosa, cálida, y la paz inundaba su cuerpo y su alma. Era un alivio que no había conocido en toda su vida inquieta, de búsqueda constante.

Ahora lo había alcanzado.

Cinco timbrazos cortos.

—Deborah...

—No digas nada. Deja sólo que te abrace, Chris. No hables..., no hables...

Deja sólo que te abrace.

CUARTA PARTE

Aurora

CAPÍTULO PRIMERO

Anotación en el diario

Alexander Brandey continúa estando retraído. Apenas nos ha dirigido la palabra en todo el invierno. La Sociedad de Huérfanos y de Ayuda Mutua todavía existe "legalmente" y goza de "Kennkarten" inmunes. Yo he asumido los deberes de Alexander, tal como quedan "oficialmente". Seguimos teniendo muchos tratos y contactos con la Autoridad Civil con respecto a las raciones, etc.

El ghetto se asemeja a un depósito de cadáveres. Es imposible creer que la cara de la luna esté más silenciosa y desierta que estas calles. Durante la Gran Acción, las mujeres que iban a la Umschlagplatz querían llevarse los edredones de seda y los colchones de pluma, pero hacían demasiado bulto. Por ello los abrían y vaciaban las plumas y el plumón sobre los tejados, a fin de poder llevarse las telas nada más (con la esperanza de encontrar algo con que volver a llenarlas en el punto de destino). En algunos puntos de los tejados hay una capa de plumas que llega al tobillo, y cuando sopla el viento parece que nieva, Pero continuamente revolotean algunas plumas por el aire aumentando el tormento de la quietud.

Creemos que quedamos unos cuarenta mil. Varios millares trabajan en la fábrica de cepillos y en la de uniformes. Suma un millar aproximadamente el personal «autorizado». (La causa no la sabemos.) Y la mayoría son «desarraigados». El ghetto se ha transformado en una ciudad subterránea con laberintos de túneles, cuartos secretos y sótanos excavados debajo de otros sótanos. La Milicia y «Los Ruiseñores» destrozaron todas las casas vacantes, de modo que ahora resultan completamente inhabitables.

Estamos absolutamente incomunicados con el ghetto pequeño, que ha pasado casi un año sin albergar a ningún judío, excepto por los talleres de carpintería, que han cerrado ya. Los polacos se trasladan paulatinamente al ghetto pequeño, disputándose las casas mejores de las calles de Sienna y Sliska, puesto que se las apropian sin tener que dar ninguna compensación a los ocupantes que marcharon.

Este invierno nos hemos dedicado a sacar a la parte aria a personas de importancia primordial. David Zemba abandonó el ghetto, de mala gana, con su familia, pero me han dicho que sigue viviendo en Varsovia y se niega a

abandonar el país. Hemos podido colocar a seis niños (de los que escaparon del orfanato de la calle Niska y viven en los sótanos de Mila, 19), en el convento de las Hermanas Franciscanas, de Laski.

Las Fuerzas Conjuntas cuentan con unos setecientos combatientes en período de instrucción, los cuales se entrenan en las tácticas de la lucha callejera, en el manejo de diversas armas y en las rutas de los tejados. Tenemos veinte grupos, que llamamos compañías de batalla, un tercio de los cuales dispone de armas. Hay siete compañías de sionistas laboristas, dos del Bund, cuatro comunistas, dos bathyranos y varios grupos religiosos y mixtos. Los revisionistas, separados de las Fuerzas Conjuntas, cuentan con un grupo bien armado de cincuenta o más en su refugio, debajo del 37 de la calle Nalewki.

Armas, comestibles y provisiones médicas los tenemos escondidos en refugios alternos de almacenamiento repartidos por todo el ghetto. El arma más abundante de que disponemos es el rifle polaco del 35. De éstos tenemos treinta, con un millar de cargadores de munición. Les siguen en importancia las cincuenta y seis pistolas de 9 mm. de modelos diversos («Mauser», alemanas, «Parabellum» y «Lahtis», suecas). Las armas fuera de serie son un estorbo, pero las aceptamos a pesar de lo que nos cuesta encontrar municiones. Tenemos unas pocas «Berettis», (calibre 32) y «Glisentis», italianas del 10'35. Los dos «Baby Frummer» húngaros, del 380, sólo tienen ocho cargadores entre ambos. (Un cargador de munición para un «Baby Frummer», cuesta de doscientos ochenta a ciento veinte " zlotys ".) Contamos con varios millares de botellas incendiarias y un millar de granadas manufacturadas con tubo de plomo según la fórmula de nuestro genio, Jules Schlosberg.

Contamos asimismo con tres docenas de granadas polacas y un surtido diverso de cuchillos.

El nuevo invento de Schlosberg consiste en un bote de hojalata lleno de tuercas y pernos. El extremo abierto del bote lo sellamos con fulminantes de plástico por percusión y lo cubrimos con una delgada capa de cera. El ingenio va bien. Probamos cuatro, en casas vacías, y el impacto fue tan potente que algunos pernos atravesaron limpiamente los tabiques de yeso y entraron en las habitaciones. A esta arma la llamamos el «balón matzo».

Las Fuerzas Conjuntas operan desde cuatro refugios principales. El cuartel general de Simon Eden (en el 92 de Leszno), el de debajo de la Casa Bund, el de Gensia, 43, y nuestro refugio de Mila, 19, forman el «Mando Central».

Rodel tiene una serie de pequeños refugios en el extremo sur, alrededor de la fábrica de uniformes. ¡Su refugio principal está en la Iglesia de los Conversos! El padre Jakub no se entera de nada. Es un buen amigo. El otro mando del distrito de la fábrica de cepillos lo ostenta Wolf Brandel, quien apenas habrá cumplido los veinte años. Wolf nos asombra a todos por su imaginación y por su serenidad perfecta. Su refugio principal está en la calle Franciskanska, casi junto a la pared del ghetto. Rachael Bronski, que ahora es soldado, se ha ido a vivir al refugio de Franciskanska. Diré de paso que a Stephan Bronski se le consideraba el mejor enlace del ghetto.

La fábrica de cepillos sigue entregando seis mil por día a la Wehrmacht. Esto significa, naturalmente, que del exterior entra un chorro constante de materias primas.

Wolf ha sacado partido del hecho conquistando con dinero a unos cuantos empleados principales encargados de la recepción y expedición de géneros. Resulta fácil marcar botes de alimentos y provisiones y utilizarlos para entrar en secreto pistolas y municiones.

Antes de que David Zemba pasara a la parte aria tuvimos una última reunión del Club de la Buena Camaradería. (Sólo quedamos la mitad de los que lo formábamos al principio.) Se decidió que todos los volúmenes fuesen escondidos inmediatamente, menos el que se estaba redactando. Hemos encerrado y sellado dentro de catorce botes de leche cincuenta volúmenes completos, y los hemos enterrado en catorce lugares distintos. Otros diez botes de leche y cajas de hierro contienen material no clasificado ni anotado en los diarios; materiales tales como fotografías, diarios, poesías, ensayos.

Únicamente seis personas saben dónde están escondidos los veinticuatro botes y cajas: David Zemba, Andrei Androfski, Gabriela Rak, Alexander Brandel, Christopher de Monti y yo. David, Andrei, Gabriela y Alex, cada uno por su parte, saben dónde está una parte de lo escondido, de modo que si cogieran a uno no podría revelar los archivos enteros.

Sólo Christopher de Monti y yo sabemos el emplazamiento de todos los botes y cajas. Hemos concedido la prioridad más urgente a la tarea de sacar a Chris de Polonia, porque es la esperanza más grande que nos queda para que el mundo fije su atención en el holocausto que hemos sufrido. De todos modos, en el sector ario le buscan con un encono sin precedentes, y será casi imposible hacerle salir de Polonia.

Una noticia buena. Aunque Finlandia está aliada con Alemania, se ha negado rotundamente a entregar su comunidad judía (compuesta de dos mil personas) a Eichmann. La verdad es que el anciano mariscal Mannerheim ha amenazado con utilizar al Ejército finlandés para proteger a los judíos. Tenemos noticias de otros retos similares, particularmente por parte de Dinamarca. También nos han dicho que ni Bulgaria ni Rumania quieren entregar judíos, a pesar de las fanáticas presiones de Eichmann. ¡Señor, Señor, qué no podríamos hacer con la protección del Ejército Patrio polaco, que ahora tiene un cuarto de millón de hombres!

Escondidos los archivos del Club de la Buena Camaradería, creo que mi trabajo está terminado. Me siento muy solo sin Susan y sin mamá. Estoy casi ciego a consecuencia de los años de trabajar en estas notas en un sótano y con mala luz. A causa de la humedad, la artritis me ha hinchado las manos y los hombros. Estoy sufriendo continuamente. ¿Cuánto tiempo más podremos resistir? ¿Cuántos de nosotros escaparán? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Cincuenta? ¿Cuántos? ¿Y qué será de las Fuerzas Conjuntas? Un ejército de locos. Ni en sus sueños más atrevidos, nadie cree que podamos resistir un asalto de dos o tres días. Luego, ¿qué provecho sacaremos?

¿Cuándo lucharemos? ¿O llegaremos a luchar? ¿Quién de entre nosotros se atreverá a disparar el primer tiro contra los alemanes? ¿Quién?

Primera anotación de un primer volumen, escrita por Ervin Rosenblum el 15 de enero de 1943.

CAPÍTULO II

El Oberführer de las SS, el rubio, atildado, inteligente e ingenioso Alfred Funk, el hombre de los ojos azules, estaba de pie, en correcta postura, en la cabecera de la brillante mesa. Sentados a su izquierda, y escuchando con arrebatada atención, estaban Rudolph Schreiker y el doctor Franz Koenig.

Enfrente de éstos, Gunther Sauer, jefe de la Gestapo, y el Sturmbannführer Sieghold Stutze, recién nombrado jefe de la policía de seguridad de toda Varsovia. Con una atención menos profunda, Horst von Epp, aburrido, miraba por la ventana del extremo opuesto de la mesa.

Hacía tanto tiempo que Funk traía órdenes verbales de Berlín para Polonia, relativas al «problema judío», que el significado de las palabras traslucía perfectamente a través de los leves velos que lo cubrían. Funk hablaba con voz monótona, huérfana de inspiración.

—Los que quedan en el ghetto son comunistas, criminales, pervertidos y agitadores.

Cuatro de sus oyentes manifestaron su conformidad. Von Epp jugaba con un sujetapapeles.

—Himmler ha decidido que en bien de la justicia elemental debemos borrar esa mancha. En breve emprenderemos la fase final para la liquidación del ghetto.

Cada uno de aquellos hombres tradujo inmediatamente la orden a su esfera personal de acción.

Para Rudolph Schreiker sería un alivio extirpar de su sector el problema judío, que se estaba poniendo demasiado complicado para que él pudiera comprenderlo. Por lo demás, de este modo podría enterrar en el ghetto muchos de los tratos que había tenido en materia de negocios.

Franz Koenig se había adelantado a los acontecimientos, previendo la orden de liquidación del ghetto. Había negociado ya nuevos contratos de guerra, empleando mano de obra de Trawniki y Poniatow.

Sauer aceptó la orden sin preocuparse. Un policía siempre está ocupado.

Antiguos problemas quedan resueltos y detrás de ellos surgen otros nuevos.

«La Gestapo nunca descansa, nunca descansará. Apagas un fuego, se encienden otros dos». No importaba.

Horst von Epp quería que la reunión terminase a fin de poder irse a un teléfono y comprobar si habían llegado de Praga las chicas nuevas.

Stutze era el que manifestaba exteriormente mayor preocupación. Sobre sus hombros recaería la tarea de sacar las alimañas de sus madrigueras. Los judíos habían demostrado un ingenio notable para esconderse, y habiendo contado con un invierno entero para minar, él necesitaría más refuerzos.

—Por supuesto, ustedes se dan cuenta de que los judíos han bajado al subsuelo —dijo—. Se puede andar horas y horas por las calles del ghetto sin ver un signo de vida. Viven como topos. Según los informes de su Autoridad Civil, quedan de cuarenta a cincuenta mil. Y no se puede pasar por alto el hecho de que se han armado.

Funk atajó secamente a Stutze.

—¿No querrá indicar que los judíos lucharán?

—Por supuesto que no, Oberführer —respondió el austríaco con excesiva presteza—. Pero usted mismo ha dicho que en el ghetto se han refugiado criminales y comunistas.

—Tengo confianza absoluta en que el Cuerpo Reinhard de usted estará a la altura de la situación —concluyó.

Stutze palideció. Funk le había colocado en una posición tal que no podía pedir tropas adicionales.

—Por supuesto, Oberführer.

—Bien..., bien —dijo Funk—. Me gustaría que mañana por la tarde me expusiera los planes que se haya trazado para completar la liquidación.

—Por supuesto, Oberführer.

—Usted, doctor Koenig, tendrá que presentar la nota de lo que necesita para hacer trasladar la maquinaria de sus fábricas.

Koenig movió la cabeza asintiendo.

—Hasta mañana por la tarde, caballeros.

Todos se pusieron en pie vivamente.

—*Heil* Hitler.

—*Heil* Hitler.

—Herr Sauer..., un momento, por favor.

El jefe de la Gestapo volvió a su asiento. Horst von Epp se quedó también.

Cuando los otros estuvieron fuera, Funk se dirigió a Sauer.

—Sobre ese asunto de los archivos del ghetto, de los cuales le hablé en mi última visita, ¿qué ha podido averiguar?

—No demasiado. Los judíos protegen a esos historiadores con una fidelidad poco común. Ni siquiera su Milicia quiere delatarles. Será por el miedo a las represalias, supongo.

—¿De qué se trata? —preguntó Horst.

—De la manía que tienen los judíos por los diarios. Los hemos desenterrado a millares en las reservas de Polonia, y particularmente en los campos de tratamiento especial. Hace mucho tiempo que nos damos cuenta de que existe toda una organización dedicada a escribir informes.

«¡Vaya, vaya!», pensó Horst.

—No podemos llevar adelante la liquidación final del ghetto hasta haber

encontrado esos informes —continuó Funk—. Hitler en persona me dio la orden de que cuidase de hallar esas mentiras judías. No podemos permitir que sus alteraciones de la verdad salgan a la luz.

Las frases de doble sentido de Funk dejaban impasible a Sauer. El general lo notó.

—¿No es bastante —insistió elevando la voz hasta un tono agudo— que aquel cochino fardo de mentiras sobre nuestros campos de trabajo saliera clandestinamente de Polonia?

—Quizá Hitler debería trasladar el asunto a nuestros amigos italianos para enterarse de cómo tuvo lugar el hecho —dijo tranquilamente Sauer.

—A la Gestapo le corresponde la tarea de enterarse de esas cosas y ponerles coto antes de que se perpetre el crimen.

A Horst le fascinaba la súbita virulencia de la discusión: uno de los dos tendría que ceder.

—Necesitamos una información positiva sobre los archivos del ghetto —espetó Funk.

—Ciertas personas —replicó Sauer—, tenían tanta prisa por encubrir sus transacciones comerciales que eliminaron prematuramente a los Siete Grandes y de un solo golpe destruyeron todo mi sistema de informadores. —La alusión era obvia. La mitad de los nazis de Varsovia querían ver sellados los labios de Max Kleperman.

El policía se frotó los ojos y se quedó meditando. Luego habló como consigo mismo.

—Si alguien en el ghetto sabe algo de esos papeles ha de ser Alexander Brandel, pero no se le ha visto en todo el invierno. Sabemos que debajo de Mila, 19, hay un refugio. No hemos podido localizar la entrada.

Funk, furioso por simplificar el asunto hasta el extremo y librarse de Sauer, a quien no podía amedrentar con bravuconadas, tomó una decisión repentina.

—Ordenaré a Stutze que busque inmediatamente a ese Brandel. Entonces podremos proceder a la liquidación del ghetto.

A últimas horas de aquella tarde, Horst bajó dos tramos de escaleras del Hotel Bristol hasta la puerta, flanqueada por un par de guardias de las SS, que conducía al juego de habitaciones de Funk. El ordenanza de éste lo dejó entrar.

—El Oberführer está tomando un baño —dijo. Y después de preparar un vaso de licor para Von Epp desapareció dentro del dormitorio.

Funk se bañaba otra vez. Funk se bañaba antes y después de todas las conferencias. Algunos días se bañaba cinco o seis veces. A menudo, cuando una fiesta buena estaba pasando a su segunda fase y las mujeres se ponían deliciosamente perversas, Funk se excusaba y salía corriendo a tomar una ducha.

A pesar de que la lectura del judío Freud estaba prohibida por la Ley, Horst se

había traído a Varsovia diversos volúmenes. Las interpretaciones de Freud le proporcionaban una lista interminable y divertida de pistas con respecto al extraño comportamiento de sus cohortes nazis. La manía de la limpieza que tenía Alfred Funk, concluía Horst, representaba un esfuerzo inconsciente por lavar con jabón su alma mancillada. Sin embargo, por aquellos días disponían de un sustituto del jabón de muy mala calidad.

Horst se puso a meditar sobre las extravagantes reacciones habidas unas horas antes en la conferencia. Había asistido a muchas conferencias alrededor de largas y esmaltadas mesas en las que Funk y otros nazis desarrollaban los dogmas y ponían a todos del humor más alegre con vibrantes «*Heil* Hitler». En cambio, hoy la sala se había llenado de actuaciones inusitadas. Las primeras grietas. Los diminutos rasgos de la duda y del miedo.

Rudolph Schreiker se había desahogado con una docena de suspiros de alivio al saber que iban a liquidar al ghetto.

Uno podía ver los engranajes de la mente de Koenig poniéndose en marcha para transferir su fortuna a la Argentina, única nación que manifestaba amistad a los nazis.

A Stutze le daba miedo ejecutar la liquidación final. En un momento determinado demostró una cobardía evidente.

Sauer. «Un sujeto excelente, como yo mismo. Sauer nunca flaquea. Sigue adelante. Él y yo somos verdaderos amigos.»

Pero había sido Funk el que había dado el verdadero espectáculo, reflejando el pánico de Berlín por ciertos oscuros archivos judíos. Funk había retrocedido ante Sauer, cosa que hasta entonces no había hecho nunca.

Funk, envuelto en un ancho albornoz, entró en la sala de estar, arrastrando los pies y chorreando todavía.

—Se te ve cansado, Alfred —le dijo Horst—. Tengo precisamente el específico que recomendó el médico.

El ordenanza de Funk se echaba casi encima de su dueño, tratando de secarle el cabello. El Oberführer le despidió secamente; luego encendió un cigarrillo, se dejó caer en un ancho sillón y estiró las piernas, entreabriendo la parte superior del albornoz lo suficiente para dejar al descubierto los dobles trazos de rayo tatuado debajo del sobaco izquierdo, marca y señal de un miembro de las SS Selectas.

—He cazado a un par de hermanas checas recién llegadas de Praga. Vienen con excelentes recomendaciones.

—Estupendo. Necesito un poco de distracción.

Funk salió de la habitación con un vaso en la mano, dejando la puerta del dormitorio entreabierta a fin de que pudieran seguir hablando.

Cuando empezaron a tratarse, Funk detestaba a Horst von Epp. Su actitud cínica, su ironía de mal fondo y la falta evidente de una sincera devoción por los ideales

nazis, así como las saetas continuas que soltaba en las conferencias, irritaban a Funk hasta el extremo. Luego Horst empezó a dominarle.

Horst von Epp dirigía su oficina con una eficiencia alemana envidiable. Por lo demás, era el mejor buscón de Europa para los oficiales, y en cuanto uno se había habituado a su sentido del humor, sus ironías perdían mucha agresividad. Funk llegó a comprender que la mayor parte de las veces Von Epp no hacía otra cosa, con sus bromas, que criticarse a sí mismo.

También apreciaba a Von Epp por otro motivo. Funk se resistía a confesarlo, pero le gustaba hablar con él. Desde que ingresó en el Partido en 1930 se encontraba en una liga de hombres de labio apretado, sin humor, que consideraban peligroso expresar sus pensamientos íntimos o confesar siquiera que los tuviesen. Aceptaban unos votos tan duros como los de los monjes de una de estas órdenes eclesiásticas silenciosas.

Cuando los primeros sobresaltos que le produjeron las secas observaciones de Von Epp sobre los nazis se apaciguaron, se sorprendió a sí mismo esperando con afán el momento de regresar a Varsovia. Con Von Epp podía compartir pensamientos, hablar, esgrimir verbalmente, confiar desencantos. Podía expresarse de un modo que no se atrevía a utilizar ni siquiera con su mujer y sus hijos.

Horst se recostaba en el marco de la puerta mientras Funk se acicalaba ante el espejo hasta conseguir su mejor aspecto ario.

—¿Qué tal toman en Berlín nuestra derrota en Stalingrado? Con buen humor, supongo.

Funk dejó el cepillo y dio media vuelta enojado. Luego se contuvo.

—En Stalingrado nos abriremos paso.

—Eso es lo que yo temía. Vosotros los aguafiestas seréis demasiado cabezotas para ver la sentencia escrita en la pared. ¿Y el aplastamiento de nuestro Afrika Korps en Túnez?

Funk soltó con presteza las andanadas de la logística nazi. Los rusos se hundirían pronto. Los Estados Unidos tenían el espinazo demasiado débil para librar una guerra larga, renunciar a sus hijos y sus lujos, y hacer los sacrificios necesarios para la victoria. ¿Inglaterra? Estaba exhausta.

—¡Oh, por amor de Cristo, Alfred! —exclamó Horst, sentándose en el borde de la cama—. La mayor parte de esas estupideces las escribí yo mismo después de Dunquerke. ¿Sabes lo que estuve haciendo últimamente? Escudriñarme el alma. ¿No te escudriñas nunca el alma?

—Es una ocupación peligrosa, reservada exclusivamente a personas cuya avanzada edad las hace inútiles en todos los demás aspectos. Yo la abandoné hace doce años, cuando ingresé en el Partido.

Funk se colocó los tirantes y aseguró a su criado que era capaz de abrocharse la

guerrera por sí mismo. Horst siguió al general hasta la sala de estar, donde se acomodaron, disponiéndose a esperar la llegada de las hermanas de Praga.

—¿Por qué se preocupa tanto y tan de súbito Hitler por unos cuantos escritos judíos? ¿Se siente culpable? ¿Se da cuenta de que Alemania perderá la guerra, a menos que pueda abrir brecha en Stalingrado? ¿Compara Hitler esos escritos con el otro libro que escribieron los judíos y que ha atormentado la conciencia del hombre durante dos mil años? ¿Teme que vengan dos milenios de maldición judía a corroer el alma de las generaciones alemanas todavía por nacer y alterar su crecimiento? ¿Teme el castigo divino?

—Tonterías —espetó Funk. Y estaba a punto de recitar la lección nazi de que la guerra la había desatado la judería internacional, pero decidió ahorrarle el disco a Horst, o mejor todavía ahorrarse él las réplicas del otro.

—¿Dirías tú que ese extraño deseo de encontrar unos cuantos libros cuando dominamos la mitad del mundo indica que la pluma es ciertamente más poderosa que la espada?

—Nada de eso. Todos los conquistadores han justificado sus acciones. En nuestro caso, la obliteración de los judíos constituye nuestra misión sagrada, del mismo modo que la obliteración de otros pueblos ha constituido la misión sagrada de otros imperios.

—¿No dirías que ese deseo de encontrar los archivos se parece mucho al afán del perro que araña al suelo para cubrir su montoncito de excrementos?

—Déjalo ya, Horst. Hablas como si el pueblo alemán hubiese cometido una especie de crimen.

—¿Y no lo ha cometido?

—Claro que no. Por todo nuestro alrededor encontramos precedentes.

Hasta los antiguos hebreos destruyeron a sus enemigos..., atribuyéndolo a los mandatos de Dios. Los mogoles levantaban pirámides de cráneos. Los chinos empleaban cuerpos humanos como argamasa para construir la Gran Muralla.

Napoleón tenía su Gestapo, y los rusos tienen la suya. Nosotros no hacemos otra cosa que introducir variaciones en un tema antiguo. Cada hombre quiere ser el mejor. El impulso de dominar es una expresión perfectamente natural de la conducta humana. En un individuo este impulso encuentra su expresión empujando la pluma del escritor y escribir un libro, empujando al atleta a esforzar su corazón y sus músculos. Cuando este impulso se convierte en una expresión nacional toma la forma de conquista. Todos los pueblos de todas las edades han aceptado su turno. El mundo sólo tiene una medida para demostrar que uno es mejor que otro, y esta medida es la conquista.

Horst refunfuñaba escuchando aquella lógica cruel pero exacta.

—Demos por descontado —dijo—, que el deseo de dominar es un rasgo

inalterable del ser humano. Llevemos la cuestión un paso más adelante. Una mujer quiere cometer adulterio. Tiene familia, hijos, una posición en la sociedad. ¿Andará desnuda por la calle en busca de su amante y se unirá a él en un escaparate? No. ¿Por qué? El adulterio es un pecado que otros nos permitimos, pero la mujer busca un sitio escondido, engaña a su esposo y evita el escándalo. Lleva el juego respetando las normas. Ya ves, Alfred, hasta en el juego del pecado hay que respetar las normas. Del mismo modo, hay que hacer la guerra respetando las normas.

Funk dejó el vaso sobre la mesa.

—Tú estás diciendo que cuando la puntería deficiente de la Luftwaffe mata mujeres y niños en Londres el hecho es permisible. Si lo hacemos de intento, faltamos a las normas. ¿No te parece esto una regla falsa, hipócrita? ¿Es un pecado mayor para el capitán de un submarino matar a un hombre en un barco sin previo aviso, que despanzurrarle, a estilo de caballeros, a distancia y en el «campo de honor»? Tu norma dice: «Matad soldados». ¿Matar a un hombre armado tiene menos de asesinato en realidad que matar a un niño? Hemos aprendido que otras conquistas fracasaron porque no se puede ir a la guerra con compasión. Guerra total significa muerte total. Si la victoria exige reducir Polonia a una masa de siervos de la gleva sin cultura, entonces hay que reducirla a ello.

—¿Pues por qué no usamos los gases venenosos contra los ejércitos enemigos?

—Esto no lo decide la compasión sino el sentido práctico. No vacilaríamos, en verdad, si supiéramos que los otros no harán lo mismo con nosotros. No se puede medir la brutalidad por grados. Todos los conquistadores justifican sus objetivos con una teoría política. En nuestro caso los nazis nos procuran esa quincalla. Ningún país va a la guerra sin la creencia de que le asiste la Justicia; nosotros llevamos la cuestión un paso más allá. Nosotros llevamos a la práctica lo que otros sólo ponen en teoría. En los campos de concentración reducimos a nuestros enemigos políticos hasta que toman la apariencia física de seres infrahumanos. Entonces, por comparación, nosotros pasamos a ser superhombres.

—Alfred, a ti personalmente, ¿no te disgusta todo eso?

—No. En 1930 decidí que uno, o se hacía nazi, o se hundía. Mis puntos de vista personales sobre el problema judío carecen en absoluto de importancia.

Horst, ¿has presenciado nunca un exterminio por gas?

—No.

—Te prepararé uno.

—Gracias de todos modos.

—La primera vez que presencié uno me sentí completamente fascinado.

Aquella noche dormí muy bien. Lo único que me fastidió un poco fue que algunas judías que llevaban consigo a sus hijos hacia las cámaras me miraban con sonrisa burlona.

Horst lamentaba haber sacado a colación aquel tema..

—Te diré por qué el pueblo alemán será capaz de lograr lo que otros no han logrado —continuó Funk—. Es porque nosotros sabemos colocarnos en el estado de espíritu perfecto que se precisa. Nosotros sabemos plegarnos a una obediencia absoluta, acatar una autoridad total, como nadie más sabe.

Horst agitó los cubitos de hielo con el dedo índice, y levantó los ojos hacia la cara de Funk. El Oberführer mostraba una indiferencia, un desapasionamiento absolutos; en su figura dominaban los rasgos crueles e impersonales del monstruo.

—Otros hablan de amor a la patria. Nosotros realizamos el trabajo mediante el instrumento de la obediencia completa. Hace ahora cuatro años era yo comandante de la escuela de las SS de Waffen para el entrenamiento de jóvenes en Dachau. Recibíamos muchachos de dieciséis años de edad para adoctrinarles durante un año, y como parte de la instrucción teníamos prisioneros vivos con los cuales realizar experimentos. El curso entero se dirigía a enseñar una obediencia absoluta, sin discusión, a la Madre Patria. A cada muchacho, cuando ingresaba en la escuela, le dábamos un cachorro alsaciano de seis u ocho semanas de edad. Durante aquel año una parte de los estudios del muchacho consistía en adiestrar al animalito, vivir con él, hacerlo competir con los otros canes. Nosotros alentábamos en los alumnos el afecto natural que un muchacho suele sentir por un perro.

Funk hizo una pausa y se cogió las manos por la espalda.

—El último examen para ver si el muchacho era digno de ser un oficial de las SS consistía en llamarle a una habitación particular, ordenándole que se trajese su perro. Y cuando estaba en posición de firmes delante de mí, con el perro a su lado, yo le decía: «Hans, te ordeno que estrangules a tu perro en este mismo instante».

Horst temió que se pondría a vomitar.

—Ah, claro, unos pocos fueron incapaces de hacerlo. Algunos hasta estallaron en llanto. ¡Pero! Casi todos, sin rastro de remordimiento, sin un segundo de vacilación, contestaron: «*Jawohl, herr kommandant*», y al momento estrecharon el cuello de su perro sin manifestar la menor emoción. Y esto, Horst, es el estado supremo de obediencia absoluta a que han llegado los alemanes.

Horst se sirvió una ración triple de licor, y dijo:

—*Heil* Hitler.

El Sturmbannführer Sieghold Stutze paseaba furioso de un extremo a otro del cuarto que tenía en los cuarteles. El jefe de la Gestapo, Sauer, acababa de salir, después de haberle dado la orden de que procediera a un «puchero» en masa en Mila, 19, y no abandonase la tarea hasta haber localizado el refugio subterráneo y hallado a Alexander Brandel.

«¡Lo mismo que aquel canalla prusiano de Alfred Funk al encargarle a él la

cochina tarea!», se decía Stutze, echando humo. ¿Dónde estaba su ascenso a Standartenführer? Los galones de coronel los tenía más que ganados. Todo ello formaba parte de las confabulaciones alemanas contra los austríacos.

Los judíos se habían pasado el invierno en el ghetto, armándose. No había que decir de qué serían capaces aquellos locos. Stutze empezó a sudar.

Que le colgaran si se metía en una trampa por un capricho de Funk.

Simplemente, el general no comprendía el peligro que se corría.

Y entonces se le ocurrió la idea; se le ocurrió al oír un alarido en el fondo del pasillo. Era aquel condenado de Kutler, otra vez con sus pesadillas. ¡Espera!

Kutler. Aquel animal beodo se había convertido en un trasto perfectamente inútil. ¡Sí! ¡He ahí la solución! Kutler mandaría la fuerza que entraría en el ghetto. Kutler montaría la «caldera». Buena idea..., buena idea.

CAPÍTULO III

—¡Ah, ah! —exclamó Andrei con maligno regocijo, frotándose las manos—. ¡Ah, so estúpido! ¡Has hecho una jugada de tonto! —Y en seguida hizo saltar el caballo sobre el tablero de ajedrez—. ¡Jaque!

Chris replicó al momento, matando una torre no defendida y dejando las piezas de Andrei en una posición imposible.

—Una jugada de tonto, es cierto —dijo—, pero el tonto que se ha equivocado has sido tú.

Andrei estudió el tablero unos momentos, lanzando maldiciones en voz baja.

Chris se levantó de la mesa y se puso a caminar inquieto por la pequeña buhardilla.

—¿Qué te pasa, Chris?

—Tengo hambre, quiero fumar, estoy harto de encontrarme encerrado...

Quiero ver a Deborah.

—Todavía no he hallado ni a una sola persona que se pronunciase en pro de la vida en el ghetto —dijo Andrei.

—Tiene sus ventajas. A mí me ha sacado el feo vicio de la bebida. —Aquí Chris se dio unas palmadas sobre el estómago—. Y fíjate qué delgado me he puesto.

—¿Qué es lo que te acongoja? —preguntó Andrei de nuevo.

—Ir o no ir. Diablos, comprendo la importancia que tiene que salga de Polonia, ahora que sé dónde están enterrados los archivos, pero si antes me resultara imposible dejar a Deborah, aun creyendo que me odiaba, ahora, te lo juro, dudo que tenga fuerzas para marcharme.

—Mujeres —refunfuñó Andrei—. Tienen una gracia especial para metérsele a uno debajo de la piel. —Andrei fue a situarse detrás de Chris y le puso una mano en el hombro—. Confío en que cuando llegue el momento tomarás la decisión acertada, y si tienes mucha suerte, esta decisión se te dará hecha.

Ambos quedaron absolutamente inmóviles en el mismo instante, esforzándose por oír algo que había puesto en alerta cierto sexto sentido, más fino que su oído normal. Unos segundos después, el timbre de alarma estalló en una serie de llamadas breves.

—Nunca me habituaré a ese maldito timbre —dijo Chris.

Wolf Brandel entró transportando una maleta grande. Sus ojos se fijaron en el tablero de ajedrez.

—¿Quién jugaba? —preguntó. Chris señaló a Andrei con el pulgar. Wolf hizo una mueca y exclamó—: Vaya, vaya...

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó Chris.

—No fumo.

—Al diablo.

—Eh, Andrei. Hemos conseguido tres «Kar» del 98 con varios cargadores de munición. Muy buena. Y hemos hallado el modo de procurarnos cuatro «Mauser» de 9 mm., pasado mañana.

—Buen trabajo —dijo Andrei—. A este paso, dentro de unas semanas tendremos armas para la mitad de nuestra fuerza. ¿Cómo está Rachael?

—Perfectamente.

—¿Qué hay dentro de esa maleta?

—Quiero poner unas cuantas granadas «balón *matzo*» y llevármelas a mi refugio. Ayer probamos una. ¡Blam! Tuercas y pernos por todas partes. Quiero hablar con Schlosberg y decirle que deberíamos preparar un «balón *matzo*» grande de verdad. —Wolf levantó las manos para indicar un diámetro de seis palmos—. Una cosa similar a una mina terrestre, que pudiéramos hacer estallar con una chispa. Una granada con un par de millares de pernos y tuercas dentro.

—Buena idea —admitió Andrei.

Wolf dejó la maleta sobre la mesa.

—Echa un vistazo.

Andrei levantó la tapa, no sabiendo qué esperar. Luego desplegó una manta. Un arma automática con cuatro cargadores de munición apareció de pronto ante su vista.

—Dios mío —exclamó, sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. ¡Dios mío!

Una pistola ametralladora *Schmeisser*. ¡Dios mío! —Andrei se relamió los labios; sus manos temblaban de deseo de coger el arma, pero temía que desapareciese como un espejismo—. ¿De dónde diablos la has sacado, Wolf?

—De un sargento de tanques alemán. Perdió una pierna en el frente del Este. La vendió sólo por cuatro mil *zlotys*.

—¡Dios mío!

—Anda, Andrei, cógela.

Andrei sacó el arma de la maleta y la acarició con un cariño reservado únicamente para Gabriela. Hizo correr el cerrojo, apuntó, se apoyó la pistola en la cadera, hizo sonar el gatillo...

—Es tuya —dijo Wolf.

—¿Mía?

—Un regalo del mando de la fábrica de cepillos.

—No puedo aceptarlo.

—Celebramos una reunión y lo decidimos por votos. Resolvimos de una manera democrática que en tus manos tendría la mayor efectividad.

Naturalmente, la mayoría de votantes eran bathyranos.

A Andrei le dominaba la emoción.

—La quiero tanto que sólo puedo darle un nombre: ¡«Gaby»! ¡Quizá

«Gaby» disparará un tiro que se oirá por toda la tierra! ¡Wolf, te adoro!

El timbre de, alarma volvió a sonar. Esta vez entró Simon Eden.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Chris.

—Solamente *ersatz* alemanes, pero se los regalo.

Chris retrocedió hacia el catre acariciando él paquete de cigarrillos con el mismo afecto que Andrei había manifestado por la *Schmeisser*.

—¡Mira! —dijo Andrei enseñando la pistola ametralladora a Simon.

—Sí, ya lo sabía —contestó éste—. Como comandante de las Fuerzas Conjuntas, tuvieron conmigo la cortesía nominal de dejarme votar con los bathyranos para decidir qué destino se le daba.

Andrei vio al momento y con toda claridad que los ojos de Simon procuraban esconder la inquietud.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Simon?

—Funk llegó anoche a Varsovia.

Hacía tiempo que esperaban aquel instante. Todo el mundo sabía que había de llegar y lo que significaba el regreso de Funk. La liquidación final. No obstante, el silencio fue largo y saturado de temor.

—Alfred Funk —dijo por fin Chris—. El heraldo de la primavera. El mensajero de la paz y de la luz.

Andrei dio unas palmaditas a su *Schmeisser*.

—«Gaby», niña querida, has venido en el momento preciso.

El alto y anguloso comandante paseó una mirada de duda desde Wolf a Andrei y a Chris, y luego dijo:

—Voy a proceder a un cambio de estrategia —dijo—. Sacaré nuestras compañías de sus posiciones actuales, demasiado expuestas, las fraccionaré y las meteré en los refugios.

—¿Por qué? —preguntó Andrei—. ¿Para que esperen en el suelo como perros temblorosos a que les cacen y les degüellen refugio por refugio?

Simon movió la cabeza derrotado.

—He procedido a un recuento de nuestras fuerzas. No podemos presentar batalla en la calle.

—¿Qué? ¿No fue Simon Eden el que se acercó a mí hace un año rezumando sionismo puro por todos los poros y diciendo: «No luches ahora, Andrei.

¡Espera! ¡Haz que tus disparos se oigan! ¡No mueras en silencio!»?

—Maldita sea, Andrei. ¿Crees que me gusta esta decisión?

—¿Por qué me mentiste?

—Porque..., porque creía con toda el alma que reuniría un ejército embravecido de diez mil soldados. No podemos resistir más de dos o tres días.

No recibiremos ayuda alguna del sector ario. Nada..., nada.

Simon sacó un plano grande y lo extendió sobre la mesa.

—Mirad —prosiguió luego—, el plano de la ciudad trazado por un ingeniero, con el sistema de cloacas que corren por debajo de Varsovia.

Trasladaremos nuestras compañías a los refugios que pueden enlazar con las cloacas. He enviado a Rodel al otro lado del muro a comprar camiones y contratar conductores. Los comunistas nos prepararán rutas de escape y escondites en los bosques. Pasaremos por debajo del muro un grupo cada vez, nos internaremos por las cloacas y saldremos a ocho o nueve kilómetros de distancia del ghetto, por sitios preparados de antemano.

Andrei cogió de un zarpazo el plano de encima de la mesa y lo estrujó entre los dedos.

—¿Hemos de destruirnos a nosotros mismos con un gesto pueril de tres días? —chilló Simon—. ¿O tenemos el deber (sí, el deber) de sacar de aquí a un puñado de supervivientes? Si nos quedamos, moriremos..., moriremos todos. Al menos de este modo podrán salvarse unos cuantos para explicar lo que hemos sufrido.

—Tiene razón, Andrei —dijo Chris, situándose entre los dos—. Esta historia debe ser contada.

Andrei volvió la vista despacio hacia Wolf Brandel.

—Yo no sé... —arguyó Wolf.

Andrei se sentó lentamente y reprimió el genio.

—¿Qué historia explicarán, Simon Eden? ¿Desenterrarán los diarios de Brandel y leerán que quinientos mil borregos marcharon calladamente, sin protesta, hacia la muerte, y que los grandilocuentes idealistas que se alzaban en defensa del honor huyeron a gatas por las cloacas llenas de porquería para hablar al mundo de nuestra herencia? ¿Qué historia, Simon? ¿Qué historia? ¿No tienes vergüenza? ¿No te queda furor para vengar a los niños asesinados?

¡Simon! ¡Una semana! ¡Quedémonos y lucharemos como hombres una semana!

—No podemos resistir una semana entera. Es imposible.

—¡Betar! ¡Masada! ¡Jerusalén! ¡Hemos de demostrarles que los judíos todavía saben luchar, Simon!

—Tenemos el deber de intentar sobrevivir —dijo Eden.

Andrei se dirigió a Wolf:

—Ordena a los bathyranos que regresen a Mila, 19. Nosotros no querremos tener parte alguna en esa deshonra final de nuestro pueblo.

—No apartes a tu gente del mando —suplicó Simon.

—¿Me oyes, Wolf? ¡Te he dado una orden!

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!, gritaba el timbre de alarma con prolongados toques.

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

Wolf fue a dirigir un rápido vistazo a la calle.

—Es un hormiguero de SS.

Los cuatro hombres comprobaron rápidamente sus armas y saltaron hacia la escalera para subir al tejado. Andrei subió el último. Cerró la trampa tras de sí, y se frotó las manos, heridas por el estallido repentino del filo de enero.

—Hacia Mila, número cinco —ordenó después—. Tened cuidado en no levantar plumas y revelar nuestra posición.

Avanzaban muy agachados, pisando las plumas como si anduvieran sobre huevos. Chris tropezó con un oculto témpano de hielo y se cayó sin poder contener un grito de dolor.

—¡Mi rodilla!,—gritó, desgarrado por el sufrimiento.

—¿Qué pasa?

—Esta rodilla, delicada a consecuencia del baloncesto. Bonito momento para salirse de su sitio.

—Mirad por encima del alero —ordenó Andrei. Wolf se alejó a gatas con Simon.

Chris hacía muecas mientras se esforzaba en devolver a su sitio el cartílago suelto, que por fin encontró la rendija, produciendo un chasquido. Los labios de Chris estaban completamente blancos.

—¿Puedes moverte?

—Átame la rodilla con algo para que no vuelva a salirse —refunfuñó el periodista.

Andrei se quitó la chaqueta de cuero, se arrancó la manga de la camisa y con ella sujetó hábilmente la rótula en su sitio.

Desde el borde del tejado, Wolf y Simon Eden fijaban la mirada abajo, en la calle, por la que se movía un enjambre de alemanes. La redada estaba tendida desde la calle Nalewki a la de Zamenhof y el grueso de la fuerza se concentraba sobre el cuartel general de Huérfanos y Ayuda Mutua, en Mila, 19. Luego retrocedieron hasta donde se encontraba Andrei.

—Estamos encerrados —dijo Simon.

—¿Podemos realizar un intento por llegar a tu cuartel general?

—No —respondió Simon—. En Mila, 5, tendríamos que cruzar un patio abierto, y no lo conseguiríamos.

—Tampoco podemos quedarnos donde estamos ahora —dijo Wolf—. Dentro de pocos minutos habrán subido al tejado.

—Yo tengo un escondite por aquí —respondió Andrei—, creo que cabremos los cuatro.

Chris se puso en pie con esfuerzo. Simon y Wolf le sostuvieron por los hombros, y Chris pudo andar cojeando. Andrei los dirigió hacia la última casa de Mila y Zamenhof.

El tejado descendía en rápida pendiente por unos quince metros hasta los canalones de la lluvia. Cerca del mismo borde, delante de los aleros colgantes, había

una chimenea grande.

—Hemos de bajar hasta la chimenea —dijo Andrei—. Tendeos perfectamente y avanzad en línea recta con la chimenea a fin de que no os vean desde la calle.

Andrei se tendió cabeza abajo, sobre las inclinadas tejas, con la *Schmeisser* acunada en los codos, y descendió centímetro a centímetro, encogiendo y estirando el cuerpo como una serpiente. «Cuidado con el hielo —iba diciéndose—, hunde los dedos de los pies, no mires hacia el borde (es un salto de cinco pisos), calma..., calma». La sangre le bajaba a la cabeza produciéndole un momento de ofuscación, y la debilidad consiguiente a tres días sin alimento hizo sentir de pronto sus efectos. Los cantos de las tejas se le clavaban en las piernas y en el vientre y cortaban su chaqueta de cuero, y el frío agarrotaba su cuerpo. Unos palmos más..., sólo unos palmos más. Andrei se puso en línea con la chimenea y rodó contra ella.

Apoyada la espalda en la pared, indicó con el ademán que bajara otro.

Simon emprendió el descenso. Andrei levantó una teja suelta. Luego hizo deslizar otra y luego quitó cinco, dejándolas sobre la contraarmadura. Había hecho un agujero lo bastante grande como para dar paso a un hombre.

Simon había cometido el error de bajar con los pies por delante. Aunque se encontraba así en una posición mejor para agarrarse con las manos, no podía ver la chimenea ni las capas de hielo y era muy posible que errase el camino, puesto que Andrei no podía orientarle a gritos sin llamar la atención de los de la calle, A mitad de camino, Simon hubo de invertir el sentido de su cuerpo a fin de bajar de cabeza.

«Ven, Simon. Ven, por amor de Dios —murmuraba Andrei para sí. El tiempo pasaba—. Ven, Simon. Si se nos echan encima seremos lo mismo que palomos.»

Simon Eden llegó a la chimenea, apoyó la espalda en ella y dejó caer la cabeza entre las piernas, a punto de llorar de puro miedo.

A continuación, Chris. Wolf formaba la retaguardia vigilando, agachado, los tejados.

A pesar de sufrir atrozmente al arrastrar la pierna mala, Chris descendió de prisa y sin vacilación. Andrei se atrevió a asomar la cabeza por la esquina de la chimenea y mirar a la calle. La suerte les acompañaba, hasta el momento.

—Baja ahí dentro, Simon. Arrástrate adelante todo lo que puedas. Sitúate siempre sobre las aldabías. Los maderos de debajo están podridos. Síguele, Chris. Arrímate a él todo lo que puedas a fin de que quede sitio para todos.

Simon entró de cabeza por el agujero e hizo deslizar el cuerpo por encima de las vigas, con las que las sopandas formaban un ángulo agudo, de modo que un hombre corpulento como él se encontraba casi lo mismo que metido en el tornillo de un banco de carpintero. A pesar de todo, se arrastró delante con gran esfuerzo hasta que no pudo más.

Chris le siguió, luchando con la dolorida pierna.

Andrei levantó la vista tejado arriba e hizo señas a Wolf para que bajase.

Wolf odiaba los tejados. Le daban vértigo. Apenas había descendido unos metros cuando lo único que veía era el borde, allá abajo, y lo único que podía pensar era en su cuerpo cayendo raudo por aquel abismo dé cinco pisos, hasta la calle.

Cerró los ojos. Parecía que todo giraba a su alrededor. Wolf se quedó inmóvil donde estaba. Andrei y la chimenea se le antojaban a muchos kilómetros de distancia.

Andrei regañaba. Quería gritarle, maldecirle, estimularle, darle órdenes. Se les acababa el tiempo. ¿Debía arrastrarse en busca de Wolf? No, con ello atraería indefectiblemente la atención de la calle. Pero si permitía que Wolf continuase donde estaba, los alemanes se le echarían encima en cualquier momento.

«Ven, chico —rezaba Andrei—. Ven. Muévete, chico, muévete.»

El sudor que cubría los ojos de Wolf se convertía en hielo. El muchacho levantó la cabeza. «Tengo que bajar..., tengo que bajar..., tengo que bajar..., tengo que bajar»... Más cerca, más cerca, más cerca. Andrei se estiró hacia arriba, le cogió de la mano y le arrastró el espacio de los seis palmos últimos.

Wolf temblaba.

—Baja ahí —dijo Andrei, metiéndole de cabeza en el escondite.

Andrei entró el último. Le saludó una acumulación de sesenta y cinco años de suciedad y telarañas. Tendió el cuerpo adelante hasta que los pies de Wolf le detuvieron. Luego giró sobre el costado y se arrimó a la chimenea, y desde esta posición levantó las tejas y las colocó en su sitio. Colocada la última, el hueco quedó sumido en la oscuridad.

Los cuatro hombres estaban encerrados en un féretro sin luz, tendidos dentro de un triángulo formado por las vigas, las traviesas y la pared. Cada uno de ellos descansaba sobre unos maderos de seis centímetros por cuatro, que sostenían su cuerpo dando apoyo a las pantorrillas, los muslos, la espalda y los hombros. Debajo de las vigas había un techo, parte del cual se extendía hacia los aleros, directamente sobre la calle.

La cara de uno tocaba en toda su longitud con los pies del otro. Sus movimientos quedaban limitados a un espacio de pocos centímetros. El único alivio era que, con un ligero esfuerzo, podían ponerse de bruces, después de estar un rato de espaldas.

—¿Todo el mundo sin novedad? —susurró Andrei.

Los otros contestaron afirmativamente.

—¿Cómo va la pierna, Chris?

—Se hincha como una pelota.

—¿Duele?

—Déjame sufrir en paz.

Un chinche mordió a Wolf, debajo del ojo.

—¿Cuánto rato pasabas aquí, Andrei?

—Una vez estuve seis horas.

—¡Madre Santa!

—Naturalmente, no tenía una compañía tan agradable. No te apoyes en el suelo. Está podrido. Podrían caer pedazos a la calle. Y estira los brazos y da masajes a los pies de tu compañero, a fin de que le circule la sangre.

Andrei embutió bien la *Schmeisser* en el ángulo de la sopanda y la viga y vio una rendija de luz en el extremo del alero. Mediante los esfuerzos y las contorsiones más difíciles, logró levantar la cabeza y aplicar el ojo a ella.

—Por Dios. Hay algunos tablones con grietas. Veo la calle. —Entonces, haciendo entrar y salir la hoja de un cuchillo, separó dos tablones cosa de un centímetro—. Veo el número 19.

—¿Qué pasa?

—Hay un enjambre de alemanes. Deben de estar buscando el refugio.

Wolf y Simon notaban que Chris se encogía mientras las lanzadas de dolor le recorrían toda la pierna. Un momento después la dolorida pierna se retorcía contra el rostro de Wolf. Simon dio un pañuelo a Chris, diciéndole:

—Muerda esto.

Unos ojos luminosos atisbaban a los cuatro extranjeros que habían invadido su hogar. Se oyó un escarbar de uñas.

—¡Ratas!

—¡Fuera de ahí, granujas!

—Oh, Dios mío, odio las ratas —gimió Wolf.

—Dentro de pocas horas las encontrarás muy sociables —dijo Andrei—. Son los murciélagos, de noche, los que le pone nervioso a uno.

Wolf sintió un escalofrío en la piel cuando el animalito pasó corriendo sobre su pecho y le rozó la cara.

—¡Ah, Dios la maldiga! —gritó—. Odio las ratas.

Todos se quedaron callados. De las casas abandonadas de la calle salían rebotando unas órdenes guturales que subían hasta ellos como un eco. Habían encontrado a un judío en la calle Mila y le estaban torturando para que revelase el emplazamiento del refugio del número 19.

Los gritos de agonía que se oían abajo les decidieron a soportar con calma su propia incomodidad. Luego se produjo automáticamente ese silencio de cuando uno respira con deliberada pausa, porque en el tejado, encima de ellos, se movía alguien.

—¡Ningún judío por esta parte, sargento!

—Nunca se sabe dónde se esconden esos bichos. Sitúe a un guardia aquí, y a otro en el otro extremo de los tejados.

—Sí, señor.

Andrei calculó que los guardias estaban apostados en el punto en que el tejado

iniciaba su pendiente, a unos quince metros de allí. Por su hablar, eran ucranianos.

Las vigas les penetraban en los cuerpos, pero ninguno de los cuatro se atrevía a cambiar de posición. Ahora el más leve ruido podía delatarles.

Los ruidos que subían del ático, debajo de ellos, les sumieron en una quietud y un mutismo todavía más absortos. Abajo rompían cristales. Se oía el ruido de las hachas y de los martillos reventando tabiques y puertas. Estaban desmantelando el edificio entero en busca de habitaciones secretas.

Cada uno de ellos tocó su arma en el mismo instante, tratando de encontrar en ella un alivio que en realidad no existía.

Hasta su tumba penetraban las maldiciones que refunfuñaban los fracasados cazadores.

Chillidos de pitos por la calle. Habían localizado a otro judío, acurrucado en una cloaca de un patio.

Ahora había más hombres en el tejado, encima de ellos.

El cuerpo de Chris se estremecía convulsivamente de dolor. Sus ojos rodaban y parecía que se le hundían en la cabeza. Sus dientes se hincaban en el pañuelo que tenía en la boca. Simon estaba tratando de decidir si le dejaba inconsciente de un golpe con el cañón de la pistola, pero en aquel momento el periodista se estiró y quedó inmóvil.

Chris veía a su padre arrodillado ante el altar contiguo a la biblioteca de su villa de las afueras de Roma. ¡Qué curioso ver a su padre, rezando! ¿Era un hipócrita? Bebía, jugaba, era un libertino..., era fascista. «Pero papá rezaba. Yo he querido rezar, pero no pude. Simplemente, no podía...».

«¡Oh, María, Madre de Dios! ¡Ayúdame! ¡Voy a chillar! ¡Mi pierna! ¡Jesús!

¡Jesús! ¡Ayúdame!»

—Mande a sus hombres que abran agujeros en el tejado. ¡Los judíos se esconden en los tejados!

Se empezó a oír la vibración de los martillos partiendo tejas. Las viejas vigas trepidaban bajo los golpes, atravesando los cuerpos de los prisioneros con los alfilerazos del miedo. Wolf lloraba calladamente para sí mismo. Cada nuevo golpe acercaba más y más al enemigo al borde del tejado.

Lo único que Chris podía ver era la capilla de su padre.

Andrei no pensaba sino en el momento en que el martillo destrozaría las tejas que les escondían y le dejarían al descubierto. Dispararía el arma contra sus podridos rostros.

Simon Eden estaba tranquilo. Ya nada importaba mucho, pensaba. Sus padres, su hermana y su hermano habían muerto. Los años de organizador de los sionistas laboristas le habían enseñado que cuando las fuentes del idealismo se secaban, uno sopesaba las posibilidades sin emoción y aceptaba la realidad.

Aquello era el fin. Estaba encerrado en un ataúd con ratas y arañas. Ni siquiera había conocido el amor. Su matrimonio terminó en un fracaso. Para ser la esposa de un organizador sionista, una mujer había de parecerse a Sylvia Brandel. Nunca había tenido una novia como Gabriela. Envidiaba a Andrei. Él no se había casado sino con el sionismo.

Los cazadores bajaban por el tejado con sogas atadas a la cintura. Andrei rezaba mientras tenía preparada la pistola ametralladora y el dedo le temblaba sobre el gatillo. Sólo había una esperanza. Andrei pensó que quizá se encontraban demasiado cerca del borde del tejado y los otros no bajarían hasta allí.

Transcurrió una hora. Luego dos; después tres.

Al final, los martillazos encima de ellos cesaron.

El alivio de la tensión les hizo sentir de nuevo un intenso sufrimiento físico.

Sus cuerpos se sumieron en un bendito embotamiento. Chris murmuraba alucinaciones. Los cuatro prisioneros se estiraron uno después de otro, cambiaron ligeramente de posición y se dieron masaje cada uno a sí mismo y unos a otros para restaurar la circulación.

Tenían que continuar callados; los ucranianos seguían arriba. El terror en las calles no había disminuido.

Wolf jugaba mentalmente una partida de ajedrez. Era el tablero más magnífico, más cubierto de joyas que uno podía imaginarse. Los cuadros negros estaban hechos de oro macizo, y los blancos de marfil; cada pieza, labrada en una gema preciosa distinta. «Muevo el peón..., no, el alfil». Wolf trató de pensar. Entonces el tablero se volvió confuso y las piezas del contrario se convirtieron en ratas y arañas. «¿Cómo no veo bien el juego? ¿Cómo? ¡En otras ocasiones he jugado con los ojos cerrados!». Entonces las ratas se comieron sus piezas y él no podía mover las manos para auxiliarlas. «¡Basta de comeros mis piezas! Rachael... Por favor, no me dejéis pensar en Rachael... Si pienso lloraré».

Andrei se lamía los labios. «¡Comida! ¡Ah, mírala! Deborah, no tenías que haber guisado tanta. Guisas exactamente igual que mamá. El *gefilte* está en su punto preciso. ¡Tan rico!».

Andrei olisqueó. Salía poco a poco de su trance. ¡Humo! La chimenea de ladrillo, junto a él, se ponía caliente. Eficiencia alemana. En el ghetto, muchas chimeneas tenían cámaras disimuladas que servían de escondites. Los alemanes lo remediaban encendiendo fuego, a fin de que si había algún judío escondido muriese asfixiado por el humo. El hueco del tejado se convirtió en un horno sofocante. El sudor manaba a chorros de los cuerpos de los cuatro compañeros, agudizando sus sufrimientos. A través de la desmigajada argamasa se filtraban hasta la socarrena bocanadas de humo. Andrei daba arcadas y torció el cuello acercando la cabeza a las grietas que daban a la calle a fin de sorber unas bocanadas de aire puro.

—¡Por aquella sale humo! —oyó que gritaba alguien—. Borradla de la lista.

Andrei volvió a cerrar los ojos y soñó comida.

El grito agudo de los murciélagos.

Simon soñaba frío y agua, y el sueño le hizo orinarse.

Andrei abrió los ojos. Oía los golpes de las alas y las vibraciones del aire.

¿Sueño o realidad? ¿Sueño o realidad? «Oh, Dios mío, tengo hambre». Unas diminutas gotitas de luz centelleaban, apagándose y encendiéndose, apagándose y encendiéndose. Andrei miró por la rendija de los dos maderos.

Fuera lucía una luz artificial muy brillante. Entonces se volvió de nuevo y miró el centelleo de encima de su cabeza. Eran los chorros de luz de los reflectores que penetraban por las grietas del tejado. Debía de ser de noche. Andrei estuvo escuchando unos momentos. En el tejado no se oía nada.

—¡Simon! —atrevióse a susurrar—. ¡Simon!

—¡Andrei!

—¡Chris!

—Está inconsciente —dijo Simon—. Se desmaya y vuelve en sí, se desmaya otra vez y vuelve en sí de nuevo.

—¡Wolf!

Le respondió un gemido débil. Andrei dio una patada en el hombro del muchacho.

—¡Wolf!

La respuesta fue un balbuceo incoherente.

—Ha de ser de noche. Utilizan reflectores.

—Es lo que yo me figuraba —dijo Simon.

Andrei volvió a mirar a través de los maderos, entornando los ojos a fin de atravesar con la mirada los rectángulos de luz. En Mila, 19, seguía viéndose una concentración de SS. Andrei buscó a tientas su arma y acarició la idea de salir de aquella tumba y disparar contra los reflectores. No, en esos segundos le habrían echado a tiros del tejado.

—Me figuro que no estamos peor que los pobres desgraciados del refugio.

Al menos, a nosotros no nos buscan.

—No podemos hacer otra cosa que esperar —dijo Simon.

—Sí...

Y entonces otra vez el silencio, pues oyeron los pasos de unos hombres que patrullaban por el tejado encima de ellos, quejándose de la mala fortuna de haberles tocado un servicio nocturno.

No se podía hacer nada, sino esperar. Andrei se dejó caer de espaldas otra vez, confiando en que un sueño confuso le llevase adonde hubiera platos llenos de comida.

—No he entendido su nombre.

—Yo sé cómo se llama usted, señorita Rak. Como tantos otros soy un admirador del trabajo de su difunto padre, de modo que mi nombre no tiene importancia. Puede chasquear los dedos y decir. «¡Eh, usted», y yo sabré que se dirige a mí.

—¿Baila usted, subteniente?

—La verdad es que soy un bailarín excelente, pero, francamente, sólo bailo por galantería.

«¡Gaby! ¡Gaby! ¡Tengo miedo, Gaby! ¡Tengo mucho miedo!»

¡Silbatos!

Andrei hizo un esfuerzo por abrir los párpados. «Debo de estar muerto —se dijo —. No estoy en ninguna parte. En el cielo. En el infierno. Estoy muerto».

En su cuerpo no tenía lugar ningún movimiento. Ninguna sensación. Ningún dolor.

Pero entonces el frío le hizo estremecerse y el hambre le agarrotó el estómago.

«¡Ni pensar en que esté muerto!». Andrei intentó mover los brazos.

Paralizados. El cuello y los hombros sin sensibilidad a causa de la presión de las vigas. Primero los dedos..., sólo los dedos, primero. Los levantó cual si fueran garras, abriéndolos y cerrándolos repetidamente. Luego sacudió las muñecas.

Después se arañó las piernas y los costados una y otra vez para recobrar parte de la sensibilidad. El cuerpo les cosquilleaba a medida que se lo iba escarbando con furia creciente. Volvió a pellizcarse y se dio manotazos en la cara. Poco a poco el torrente sanguíneo volvió a circular.

—¡Simon! —graznó.

—¡Andrei!

—¿Y los otros?

—Desmayados por completo. Ninguno de los dos ha pronunciado una palabra desde hace varias horas. Yo me he entretenido contando segundos. Ha de ser de día otra vez.

—No lo sé.

—¿Divisas la calle, abajo?

Andrei sentía la cabeza como una bola de plomo, pero a pesar de todo la empujó hacia la grieta. Había niebla. La calle continuaba llena de alemanes.

—Todavía están ahí.

—Yo creo que han bajado del tejado. He oído cómo les daban la orden.

Hace más de quince minutos que no se oye ningún ruido.

—¿Te parece que puede ser una treta?

—Hemos de aceptar el riesgo —respondió Simon—. No podemos resistir otro día aquí.

Andrei rodó sobre su espalda. Las punzantes agujetas del dolor recompensaron el

esfuerzo que hizo por levantar los brazos encima de la cabeza. Buscó a tientas la teja clave y la movió un poco. Tiró desesperadamente.

La teja se deslizó fuera de su sitio, dando paso a un chorro de luz que casi le dejó ciego. Entonces sacó las otras cinco. Luego se puso a gatas, apoyando las rodillas en un par de vigas, y asomó la parte superior del cuerpo por el agujero.

—¡Luz del día! ¡Simon, hay luz del día!

Andrei salió al tejado y se acurrucó contra la chimenea, metiendo la mano por el agujero hasta que encontró la cabeza de Wolf. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, arrastró al muchacho por encima de las vigas hasta que su cuerpo apareció debajo de la abertura. A continuación, Simon empujó a Chris hasta que Andrei pudo cogerle.

Simon se abrió paso entre los dos cuerpos postrados, inconscientes. Simon y Andrei se miraron. Ambos tenían la cara hinchada por los mordiscos de las chinches, y las ropas hechas jirones. Estaban cubiertos de sangre y magulladuras, y una capa de suciedad escondía sus fisonomías. Se miraron fijamente como desconocidos.

—De veras que tienes un aspecto infernal —dijo Andrei.

—Y tú no pareces ningún lirio de los valles, Androfski. —Simon miró su reloj y se lo acercó al oído—. Hemos pasado treinta horas ahí dentro.

Andrei volvió a mirar a su amigo y se puso a reír. Simon se puso a reír también. Se echaron uno en brazos del otro, y ambos estallaron en una carcajada histérica, incontrolable, hasta que les dolieron los músculos y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Una carcajada que fue cediendo poco a poco, mientras meneaban la cabeza alternativamente. Andrei limpió su *Schmeisser* y contó sus cargadores que tenía. Después se puso de rodillas, estiró el brazo hacia abajo y dio unos cachetes en el rostro de Wolf.

—¿Está vivo?

Andrei siguió abofeteando la cara del muchacho.

Wolf lanzó un gemido convulso e inspiró el aire. En seguida parpadeó y se apartó de la luz.

Al mismo tiempo, Simon se ocupaba de Chris.

Wolf recobró el sentido lo suficiente para mirar a sus camaradas y sonreír al verlos.

—Oye, Wolf... Quédate aquí con Chris. Date masaje y dáselo a él sin descansar un momento. Todo el tejado está lleno de agujeros, de modo que éste no llamará la atención.

—¿Adónde vais?

—Arriba, a echar un vistazo. Han dejado de patrullar por el tejado, pero todavía están en las calles. Quedaos aquí hasta que vengamos a buscaros con sogas.

Andrei se arrastró hacia la cima, seguido inmediatamente de Simon.

Cuando llegaron a la parte más plana del tejado, se acercaron con precaución

hasta el borde para ver lo mejor que pudiera la calle Mila.

Andrei oprimió la *Schmeisser* con fuerza entre sus dedos, enfurecido por el cuadro que aparecía ante sus ojos. Un doble cordón de hombres de las SS del Cuerpo Reinhard formaban un pasillo y un círculo alrededor de las personas que salían del edificio, expulsadas del refugio. Vio cómo arrojaban al suelo al rabí Solomon. Alex se arrodilló para ayudarle a levantarse. Sylvia Brandel llevaba a su hijo pequeño en brazos. Tolek, Ana y Ervin estaban al lado de Deborah, ayudándole a tranquilizar a los niños.

Kutler ladraba órdenes, palmoteando entusiasmado por haber terminado el registro.

—¡Schnell!

—¡Andad de prisa, judíos!

Andrei retrocedió lentamente.

—Ven, Simon —dijo.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde te figuras?

—Nos destruirás a todos —espetó Simon.

Y poniéndose en pie rápidamente, le cerró el paso.

—Déjame pasar —dijo Andrei, con voz sibilante.

—Eres un loco condenado —replicó Simon, cogiéndole por la camisa.

El puño de Andrei chocó contra la boca de Simon Eden. El talludo jefe cayó de espaldas. Pero antes de que pudiera dar un paso, Andrei se encontró con la vista fija en el cañón de la «Luger» de su amigo, que le apuntaba al corazón.

Los dos hombres se miraron furiosos, sin que ninguno se atreviera a moverse.

—¡Judíos, en marcha!

El rostro de Simon quedó relajado al momento y la mano que empuñaba la pistola descendió.

—Voy contigo —dijo.

Los dos amigos caminaron a toda prisa por los tejados hasta llegar al número cinco de la calle Mila. Las escaleras estaban desiertas. Bajaron a la carrera, salvando medio tramo en cada salto, y se pararon en el patio.

—Campo libre.

Cruzaron el patio corriendo, penetraron en los sótanos de Mila, 1, y se metieron por un túnel que desembocaba en la orilla de la plaza Muranowski.

Una rápida carrera en línea recta, calle Niska abajo, los llevó a la primera encrucijada situada delante del cordón de gente, que avanzaba despacio.

Andrei apoyó la espalda contra la casa de la esquina. Las piernas se le doblaron. Asomó la cabeza. Kutler andaba a saltitos, risueño y jovial, con una docena de hombres de las SS a la vanguardia de la presa, una hilera de miembros de las SS en

cada acera y un grupo de «Ruiseñores» a retaguardia.

Andrei hizo seña a Simon de que se acercase.

—Kutler y unos cuantos de las SS van delante de los nuestros, a cosa de unos diez metros. Dejémosles que pasen. Les atacaremos por la espalda.

—¿Cuántos guardias?

—Un centenar.

Andrei empujó un cargador dentro de la *Schmeisser* y echó el cerrojo. Simon abrió el cierre de seguridad de su pistola.

Paso a paso, cual en un cortejo fúnebre, la caza cobrada en Mila, 19, caminaba en dirección a la Umschlagplatz. Alexander Brandel andaba erguido y bravo, a pesar de la ordalía sufrida en el refugio. Caminaba como un patriarca que marchase hacia el Calvario, y su presencia infundía coraje en los que venían detrás.

Una docena de uniformes negros pasó más allá de la esquina de la calle Niska.

¡Ra-ta-ta-ta-ta!

La punta del cañón de la pistola ametralladora de Andrei vomitó una llama. Kutler cayó adelante, cara al suelo, con la parte posterior de la cabeza arrancada por las balas. Cuatro hombres de su cohorte se desplomaron a su alrededor.

¡Ra-ta-ta-ta-ta!

¡Bam! La pistola de Simon Eden detonaba con una puntería mortal. ¡Bam!

Alaridos. Alemanes tumbados en el suelo.

Andrei salió de la esquina y disparó una ráfaga contra la hilera de guardias del flanco.

Fue una confusión salvaje. Los nazis se desorganizaron y se dispersaron.

—¡Corred, canalla, corred! ¡Corred! ¡Corred!

¡Ra-ta-ta-ta! !Ra-ta-ta!

—¡Corred, canalla cochina! ¡Corred! ¡Corred! ¡Corred!. ¡Corred! —gritaba Andrei, vomitando muerte en sus cuerpos.

Simon Eden, más calmado, elegía sus blancos, dejando secos a los atónitos alemanes. De la camisa de Tolek Alterman salió una bomba incendiaria escondida que trazó un arco hasta una alcoba llena de gente de las SS en función de cobertura. Aquellos hombres salieron a la calles lanzando alaridos y tratando de apagar las llamas que los devoraban.

—¡Dispersaos! —ordenó Simon—. ¡Alex! ¡Tolek! ¡Ana! ¡De prisa todos!

¡Huid!

Los cautivos huyeron de la calle.

—¡So canallas! —gritaba Andrei—. ¡So canallas! ¡Morid!

Y corría por la calle Zamenhof, buscando al aterrorizado enemigo. Las balas vinieron silbando hacia él. Andrei se arrodilló, sembrando una lluvia de fuego.

Entonces un impacto súbito le hizo girar sobre sí mismo, chocando de cabeza

contra la pared de un edificio. Su cuerpo se deslizó sobre la acera.

Apoyándose con las manos y las rodillas, hizo un esfuerzo por ponerse en pie, pero no pudo levantarse, y todo se convirtió en una mancha confusa. Su cara golpeó la acera, la sangre rezumaba por las comisuras de sus labios... El olvido...

CAPÍTULO IV

—¡Idiota!

El Oberführer de las SS Funk dio una bofetada en la boca al Sturmbannführer Sieghold Stutze. El austríaco se encogió. Luego se puso rígidamente firme.

—¡Imbécil!

Funk dio otro cachete a Stutze, dejando unas marcas encarnadas en su mejilla. Stutze se puso todavía más tieso.

—¡Cerdo! —Otro bofetón.

—*Herr* oberführer —gimió Stutze.

—¡Expulsado por los judíos! ¡Once hombres de las SS muertos!

¡Flas! ¡Flas!

—*Herr* Oberführer. ¡Nos atacaron cincuenta locos!

—¡Embustero! ¡Cobarde! Reúna a sus oficiales en los cuarteles inmediatamente.

—*Jawohl, herr oberführer*! —Stutze dio un taconazo—.*Heil* Hitler!

—Salga de mi presencia, so gusano.

Horst contemplaba la función con aire divertido.

—Parece que empiezo a descubrir lunares en la altanera teoría de la obediencia absoluta —dijo, cuando Stutze hubo salido—. Ah, sí, se lo admito.

Los alemanes son los que tienen más probabilidades de triunfar como robots, pero a pesar de todo, estamos cargados de fragilidades humanas. Stutze es un cobarde, Schreiker un tonto condenado, Koenig un ladrón, y yo... ¡Bah! Será mejor que no me meta en eso.

Funk no oyó una palabra. Estaba demasiado ensimismado en el dilema que se le había planteado de pronto.

—¿Acaso el mundo se ha vuelto completamente loco? Primero los bandidos checos asesinan a Reinhard Heydrich, y ahora... esto.

—Sí, nuestro querido Reinhard. Todos echaremos de menos su noble alma

—dijo Horst.

Funk continuó hablando en voz alta consigo mismo:

—*Ach*! Himmler tendrá un berrinche terrible cuando se entere de este caso.

—Encendió un pitillo y juntó los dedos en un movimiento rápido, advirtiendo entonces que tenía necesidad de limpiarse y arreglarse las uñas. Mejor hacerlo en seguida. La suciedad le molestaba—. Mañana dirigiré yo personalmente las operaciones iniciales para la liquidación del ghetto.

—¿Lo consideras prudente, Alfred?

—¿El qué?

—El entrar en el ghetto mañana.

Funk tomó la frase como una afrenta directa a su valor. ¡Él no era Stutze!

Pero antes de que pudiera contestar al reto, Horst levantó la mano.

—Un momento nada más. Hoy los judíos han reventado otra de nuestras teorías favoritas como si fuera una pompa de jabón. Han descubierto que no tenemos nada de superhombres, ni mucho menos. Atraviesas a un alemán con una bala y caerá muerto lo mismo que otro hombre cualquiera. Este delicioso sabor de la sangre, después de tres años de tormentos, les espoleará hacia esfuerzos mayores.

—Hoy no tengo tiempo para tus teorías —replicó secamente Funk, cuyos ojos revelaban plenamente toda su crueldad.

Le sulfuraba la idea de que la escoria humana pudiese levantar un obstáculo, pero no deseaba discutir, porque Horst le había clavado un alfiler debajo de la piel y le estaba provocando.

—¿Tienes idea de la potencia judía? —preguntó Horst.

—¿Qué importa la potencia que tengan?

—Un buen general debería conocer el volumen de las fuerzas enemigas.

—¡Fuerzas enemigas, es verdad! ¿Desde cuándo consideramos a los judíos como una fuerza de combate?

—Yo diría que sería muy adecuado empezar desde la fecha de hoy.

Funk dio un puñetazo sobre la mesa. Horst se negaba a dejarse intimidar y, evidentemente, a él no le daría bofetadas como el austríaco. Funk recordó la causa de que al principio odiara a Horst von Epp. Era por esa actitud de saber algo que él, Funk, no sabía. Por esa habilidad para saber operar en un nivel de perspicacia que eludía la fidelidad severa, rígida, dogmática de las SS. Funk sonrió levemente, tratando de seguirle la corriente al barón.

—¿Y qué piensas que puede pasar si mañana meto el Cuerpo Reinhard dentro del ghetto?

—Ni lo pienso, ni lo indico. Lo sé —respondió Horst—. Conducirás a trescientos hombres a una matanza.

—Y yo digo que los judíos huirán y se enterrarán en sus escondites con sólo vernos. No lucharán.

—¡Qué desgracia que te hayas convertido en una víctima de nuestra propia propaganda! Ah, sí, lo sé. Tienes pruebas. Hemos traducido nuestras teorías haciendo pesar nuestra superioridad sobre gente indefensa. Ahora verás que dentro de aquellas paredes han quedado unos hombres de un calibre distinto.

—¿Crees de veras que yo vacilaría delante de los judíos?

—Cuando estaba en el Ministerio, en Berlín, me pasé una semana tras otra inventando y exponiendo las teorías de la cobardía judía, Alfred. La verdad lisa y llana del caso es que somos unos embusteros.

Toda la fisonomía de Funk reaccionó expresando el pasmo más profundo.

—Dudo de que haya habido en el mundo guerreros más furiosos en la batalla que

los antiguos hebreos, como tampoco ningún otro pueblo en la Historia ha luchado con más denuedo por la libertad. No una, sino muchas veces hicieron tambalear a los romanos. Pero desde su dispersión, como no han tenido la oportunidad de luchar bajo una bandera judía, hemos podido aislarles en unidades individuales y abrumarles con complejos de inferioridad. Los tormentos alemanes han cogido a esas masas segregadas y las han machacado y las han unido en un pueblo por primera vez en dos mil años. Nosotros no podemos medir hasta qué punto estarán dispuestos a libertarse, pero podemos deducir, con fundamento de causa, que desde hoy en adelante valdrá la pena que tengamos mucho cuidado.

Funk se puso en pie de un salto.

—No quiero escuchar esas teorías anarquistas. ¡Tú mancillas los nobles propósitos del Tercer Reich!

—¡Bah! Deja de gritar, Alfred. Yo inventé la mitad de los nobles propósitos del Tercer Reich. —Horst fue hasta la ventana y abrió las cortinas. Por encima del bulevar de Cracovia y más allá de los Jardines Saxony, se veían algunos tejados del ghetto—. El que quede en aquel ghetto es un hombre en mil de cualquier época, de cualquier cultura, que gracias a ciertos misteriosos juegos de fuerzas dentro de su alma se erguirá desafiando a todos los amos. Es ese hombre único entre mil cuyo espíritu indomable no se dobla. Es ese hombre entre mil que no marchará en silencio hacia la Umschlagplatz. Ten cuidado con él, Alfred Funk. Le hemos empujado hacia la pared y sólo le queda una salida.

El Oberführer Funk se quedó desconcertado. Von Epp, uno de los auténticos creadores del mito ario, lo estaba haciendo pedazos. De pronto, vio el caso perfectamente claro.

—Himmler me ordenó que liquidase el ghetto, y esto es lo que hay que hacer —dijo, secamente.

Horst dejó caer las manos a los costados con disgusto.

—Sencillo, ¿eh? Ordenes son órdenes.

—Naturalmente.

—Alfred, tú representas a esa desconcertante idiotez alemana, incapaz de improvisar a partir de un plan fijo. Olvida que las órdenes son órdenes y no cometas un fallo monumental.

—Ya lo sabes, Horst... La verdad es que debería informar a Himmler de lo que has dicho. En serio que debería hacerlo. Cumpliendo las órdenes, ¿qué paso en falso puedo dar? Admitamos que esas nobles criaturas presenten combate.

¿Y qué? Las destruiremos.

—No hemos pasado diez años predicando el evangelio de la cobardía judía.

¿Qué pasa si mañana el Cuerpo Reinhard sale barrido del ghetto? ¿Qué explicación le daremos al mundo? ¿Diremos que, después de todo, los judíos también

combaten? ¿Cómo miraremos a las gentes a las que hemos dado la impresión de que somos superhombres si hemos de vernos obligados a reconocer al menos que los judíos se han levantado contra nosotros?

—En esto no había pensado —confesó Funk.

—Supongamos que el desafío del ghetto, queda en pie por espacio de una semana..., de diez días...

—Imposible.

—Pero supón que ocurra. Esto podría encender la mecha de multitud de rebeliones por toda Polonia. «Oye, los alemanes nos mintieron. Vamos a arrearles un poco nosotros también», dirían los polacos. Es posible que a los checos y a los griegos les gustase abrir unos agujeros en los pellejos de los superhombres. Tú incitas a la insurrección.

Ahora Funk se hundió en el sillón, completamente aturdido.

—Hitler perderá la cabeza de rabia —musitó.

—Vuelve a Berlín inmediatamente —dijo Horst—. Hemos de hacerles comprender que sólo se puede proceder a esta liquidación total si es posible llevarla a cabo sin otro conflicto armado. De otro modo, nos expondríamos a provocar un precedente peligroso. En cuanto al desdichado incidente de hoy, yo diré que fue obra de una cuadrilla de comunistas o de bandidos. Ya sabes, lo minimizaremos saliendo con los cuentos de costumbre. Luego actuaremos con cautela. Seremos más listos que ellos. Emplearemos la astucia para hacerles salir con engaños.

—Muy bien —convino Funk—. Muy bien.

Andrei abrió los ojos parpadeando repetidamente. Se encontraba en una celda de un refugio, fuese cual fuere. Alguien se inclinaba sobre él. Era Simon.

—¡Mi arma!

—Está debajo de la colchoneta. No queda munición, fíjate bien, pero el arma está ahí.

Andrei cerró los ojos y trató de separar la confusión de acontecimientos que corrían entremezclados. Recordaba haber visto a Kutler cayendo en la calle, recordaba trozos de la agonía pasada en el refugio del tejado, fragmentos de sucesos que lo mismo podían ser sueño que haber acontecido realmente. Simon le administró un trago de agua, la mitad de la cual se le volvió a salir de la boca, incapaz de permear la gruesa y seca capa que forraba su garganta. Andrei chupó otro sorbo.

—¿Qué ha pasado?

—Nos portamos como dos buenos hermanos. Formamos una pareja muy animada.

—¿Dónde están los demás?

—Dispersos por media docena de refugios.

—¿Pudo escapar Alex?

—Está en la celda del otro lado del pasillo.

—¿Mi hermana?

—En el refugio Franciskanska con los niños.

—¿Chris? ¿Wolf?

—Están a salvo.

Andrei hizo un esfuerzo por incorporarse sobre los codos. Le dolía todo el cuerpo. Al sentarse con enorme trabajo en el borde del catre, sufrió un acceso de mareo y bajó la cabeza entre las piernas, a fin de que la sangre circulase.

Simon acercó una tosca mesita junto al catre y puso encima de ella un cuenco de gachas con una rebanada de pan duro. Era el primer alimento que Andrei tomaba en cerca de cinco días. Su estómago protestaba y su mano temblaba al hundir el pan en el cuenco a fin de ablandarlo. Tomaba el alimento despacio, con cuidado.

—¿Dónde estoy? ¿En tu refugio?

—Sí.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Yo te arrastré fuera de la acera. No lograste del todo el empeño de acabar tú solo con la guarnición alemana entera, pero no lo hiciste del todo mal. Once hombres de las SS y dos ucranianos, muertos. En el ghetto todo el mundo habla de ti.

Andrei se tentó el cuerpo, atormentado por el dolor.

—¿Me hirieron?

—Un arañazo. El médico dijo que en condiciones normales no te habría impedido jugar al fútbol una hora después, pero combinado con el hambre, el agotamiento y unas cuantas molestias más, te desmayaste.

—¿Desmayarme? ¡Vaya ridiculez! Sólo se desmayan las mujeres.

Andrei mojó el pan en las gachas con más rapidez, limpió el plato y se lamió los dedos. Simon se portaba de un modo extraño, pensó. Su voz tenía una vibración de amargura y evitaba la mirada de sus ojos. Simon no solía proceder así. Era capaz de ganar todas las discusiones con sólo la fuerza penetrante de su mirada.

—Uno de los nuestros no logró escapar —dijo Simon.

Y puso un conocido cuaderno de notas sobre el catre, al lado de Andrei.

Éste lo reconoció como un volumen del Club de la Buena Camaradería. Simon depositó sobre el cuaderno unas gafas de gruesos cristales.

—¿Ervin?

—Sí. Una bala perdida. Vivió el tiempo suficiente para decirme dónde había escondido este volumen. Era el que estaba llenando. Fuimos inmediatamente al refugio de Mila, 19, a buscarlo. El resto del refugio ha quedado destruido, pero pudimos encontrar muchas cosas escondidas. Hemos salvado todos los almacenes de armas.

Los ojos de Andrei se llenaron de lágrimas.

—Uno pensaría que hemos de habituarnos a que nuestros amigos mueran al cabo de un tiempo. Yo amaba a Ervin. ¡Tantos años juntos! —Andrei se mordió el labio, pero, a pesar de todo, las lágrimas siguieron manando—. Un hombrecito callado, amable. Tenía fe en lo que estaba haciendo, y no gritaba ni se daba palmadas en el pecho. Se limitaba a continuar en el sótano un mes sí y otro también, trabajando en los archivos. Nunca dijo por qué. Lo hacía, simplemente, porque alguno tenía que hacerlo. ¿Viste alguna vez lo hinchadas que tenía las manos a causa de la humedad? Ciego como un murciélago, y no obstante, continuaba en su sitio trabajando, incluso después que le arrebataron a Susan. Continuaba en su sitio, ocupado en sus asuntos... y nunca levantaba la voz.

Simon se sentó al lado de Andrei y el catre lanzó una queja. Simon cogió el libro, lo abrió, volvió las páginas y luego colocó la vela sobre la mesa, enfrente de su cara.

—He ahí su última anotación. —Y se puso a leer—: «¿Cuándo lucharemos?

¿O llegaremos a luchar? ¿Quién de entre nosotros se atreverá a disparar el primer tiro contra los alemanes? ¿Quién?» —aquí cerró el cuaderno y lo dejó.

Inclinando su macizo cuerpo delante, se frotó los nudillos de una mano contra la palma de la otra—. No merezco ser el comandante. Quiero que me sustituyas.

—No, Simon, no.

—No me tengas consideraciones, Andrei. Yo era el hombre que proyectaba enviar a nuestras compañías por las cloacas para que huyeran. Tú eres el que disparó el primer tiro, y yo te apunté la pistola al corazón para detenerte.

—¿No te figuras que sé cómo te desgarra el alma haber de dar una orden que nos convertirá en una fuerza suicida? —dijo Andrei.

—¡No lo comprendes! —exclamó Simon, poniéndose de pie bruscamente y volviéndose de espaldas a su amigo—. Te apunté la pistola al pecho porque tenía miedo de bajar a la calle. Tuve miedo y volveré a tenerlo.

—Tuviste miedo, pero bajaste de todos modos, y mientras yo estaba ciego de furor tú llevaste a los otros a lugar seguro, porque en el momento preciso tenías calma y reflexión, como debe tenerlas un buen comandante. —Andrei se situó detrás de Simon y le puso la mano en el hombro—. Mientras estábamos arriba en el tejado, tuve mucho tiempo para meditar. Encontré las respuestas a muchas preguntas. Me figuro que cuando uno está cerca de su Hacedor, muchos problemas insolubles se vuelven de pronto sorprendentemente claros y sencillos. ¿Quién es el que combate en la guerra y en qué clase de guerra?

¡Cuánto valor callado se precisaba para ser un soldado como Ervin Rosenblum!

Simon, yo..., yo no valgo un ardite para nada sino para lanzar cargas de caballería.

—Quizá si estuvieras siempre a mi lado para tumbarme de espaldas...

—No creo que vuelva a ser necesario.

—Hoy hemos cometido demasiados errores —dijo Simon, con repentina animación—. Hemos de colocar centinelas en puestos de observación, a fin de que no pueda penetrar nadie en el ghetto sin que nosotros tengamos tiempo de colocar a nuestras compañías en orden de batalla.

Andrei movió la cabeza, asintiendo.

—Y hemos de enseñar a nuestra gente que la norma fundamental es la de recoger las armas del enemigo y despojarle de sus uniformes. Hoy hemos fallado en este punto.

Andrei asintió, sonriendo levemente al ver a su amigo dueño plenamente de la situación y ansioso por actuar.

—Estoy pensando. Deberíamos encontrar otro refugio Cerca del sector central, para que nos sirviera de puesto de mando. —Aquí Simon se interrumpió bruscamente, viendo que Andrei contemplaba el volumen del diario y las gafas de Ervin—. Andrei, ¿qué fue lo que te hizo bajar a la calle?

—No lo sé. Sólo la convicción de que aquel era un momento que no podíamos dejar pasar. No fue ni siquiera al ver a mi hermana. Fue por Alex. No podía permitir que llevasen a Alexander Brandel a la Umschlagplatz. —Andrei cogió el libro—. Ha pasado mucho tiempo sin que Alex y yo nos hayamos dirigido la palabra apenas... Ojalá supiera pedirle perdón.

—¿Por qué no lo intentas?

—¿Qué excusa le daré por haber sido un loco de remate?

—Ven —dijo Simon.

Andrei salió de la celda con paso inseguro, siguiendo a su amigo, y ambos cruzaron el estrecho pasillo para entrar en la celda de enfrente. Simon apartó la cortina de saco. Allí estaban los tres. Sylvia con el pequeñuelo en el regazo. A la edad de cuatro años, Moisés Brandel estaba habituado ya a la disciplina del silencio de la vida en la clandestinidad. Pálido y canijo por la falta de aire, de sol y de alimento. Alexander fijaba en el suelo una mirada vacía, con el mismo aire que tenía desde que llevaron a los niños a la Umschlagplatz. Sylvia se puso en pie, dejó al niño y quiso cerrar el paso a Andrei, pero Simon le indicó con un movimiento de cabeza que saliera de allí. Sylvia miró a Andrei y luego a su marido. Después cogió al niño y le acompañó fuera del cuarto.

Andrei se plantó desamparado delante de su desengañado amigo, buscando palabras. Luego se arrodilló al lado de Alex. Éste volvió la cara, le reconoció, y dejó caer la cabeza.

—Yo..., eh..., quería darte esto —dijo Andrei, enseñándole el libro—.

Tuvieron... la... la suerte de rescatarlo de Mila, 19.

Alex no respondió.

—Creo que... que habiendo muerto Ervin, tú querrás encargarte otra vez de este trabajo.

Sin respuesta de nuevo.

—Importa mucho que continuemos los archivos y... Mira, ahora sé una cosa que no sabía. Quiero decir que para hacer una guerra se necesitan muchas clases de hombres y muchas clases de batallas.

Andrei estiró el brazo y tocó el hombro de Alex, pero éste se apartó.

—Mírame, Alex, te lo ruego —susurró Andrei—. Sin duda oyes lo que estoy diciendo. Alex, una vez te dije que tu diario jamás llenaría el puesto de la Séptima Brigada de Ulanos, y tú me contestaste que la verdad es un arma que vale por mil ejércitos. Yo no lo he comprendido hasta ahora. Es cierto, ni todas las divisiones del Ejército alemán pueden destruir estas palabras.

Alex meneó la cabeza lentamente.

—Tú..., tú tenías razón. Con esto has ganado una gran batalla —insistió Andrei.

Los labios de la barbuda cara de Alex balbucearon para formar palabras con una voz cascada, vacilante.

—Yo le dije a mi amigo más querido que era un hombre sediento de venganza personal. Yo te quité las armas de las manos. Yo soy el hombre vengativo. Tu solución ha sido siempre la única.

—Te equivocas en esto, Alex. Mi solución no ha sido la única. Yo os habría llevado a todos a la destrucción hace mucho tiempo. Compréndelo, únicamente gracias a hombres como Simon y como tú ha sido posible un momento como el de hoy para hombres como yo.

—Los niños han muerto... Todo el mundo ha muerto... He fracasado.

Andrei cogió las manos de Alex con fuerza y le suplicó fervorosamente:

—¡Escúchame! —gritó—. Todos hemos hecho lo mejor que hemos podido con los medios de que disponíamos. ¡Nadie ha librado una batalla más digna que tú! Y era la única manera de luchar. Lo era, lo juro.

—No quieras favorecerme, Andrei. Soy yo y no tú el que debería estar de rodillas.

Andrei le soltó las manos y se puso en pie lentamente. El afecto ablandaba su voz.

—Toda mi vida he creído que andaba en la oscuridad, atacando molinos de viento, clamando en pro de causas perdidas, viviendo una vida insegura batalla. Mi padre me dio una patria que me odiaba, y tú has dado a tus hijos un ghetto y el genocidio. Sólo Dios sabe qué clase de mundo dará Wolf a sus hijos.

Estamos en este mundo en medio de una guerra que no se gana nunca. Siempre ha sido así... Una guerra interminable... Ninguno de nosotros vence nunca de verdad durante su vida. Todo lo que uno tiene derecho a pedirle a la vida es la libertad de escoger una batalla en esta guerra, luchar lo mejor que se pueda, y dejar el campo con honor.

Alex musitó:

—Librar la batalla de uno... Abandonar el campo con honor...

—Tú has librado tu buena batalla. Ahora la guerra continúa. Ahora tengo que librar yo mi batalla.

—¡Oh, Andrei, cállate! ¿Qué queda sino la condenación?

—¿Qué queda? No queda mucho. Podemos salir como hombres. ¿Qué importa que el campo se pierda? No se ha perdido todo. La voluntad indomable, el estudio de la venganza, el odio inmortal... Y el coraje de no someterse nunca ni ceder. No había comprendido estos versos hasta ahora. Pero ahora lo sé. No es una batalla dudosa.

Alexander cogió el libro y sus dedos lo acariciaron amorosamente. Lo abrió, levantó rápidamente los ojos hacia Andrei y luego repasó ávidamente las anotaciones de Ervin. Al llegar a la última «¿Quién disparará el primer tiro?», Alexander sacó un lápiz y su mano escribió:

Anotación en el diario

Hoy se ha disparado un gran tiro por la libertad. Creo que tiene muchas posibilidades de ser oído eternamente. Este disparo señala un cambio de rumbo en la historia del pueblo judío. Señala el comienzo del retorno a una situación digna que no hemos conocido en dos mil años. Sí, hoy se ha dado el primer paso del regreso. Mi batalla ha terminado. Ahora entrego el mando a los soldados.

CAPÍTULO V

Piotr Warsinski dejó de golpe el receptor del teléfono y se rascó las escamosas manos. Otra vez había suplicado en vano a Sieghold Stutze que dotasen de armas de fuego a la Milicia Judía. Después del ataque del 18 de enero. Warsinski estaba seguro de que los alemanes volverían al ghetto inmediatamente con una fuerza avasalladora. En cambio, habían transcurrido varios días en silencio y la policía judía empezaba a tener miedo de patrullar por las calles.

Warsinski rechazaba malhumorado la idea de que la emboscada de las calles Niska y Zamenhof hubiese sido otra cosa que un gesto demente realizado por un loco. Sabía que no se había planeado de verdad ninguna insurrección, y decidió abandonar los cuarteles e irse a la Prisión Pawiak. Las llamadas Fuerzas Judías Conjuntas no le daban ningún miedo. Hacía unas horas que habían traído a una chica sospechosa de formar parte de ellas. La tomaría un rato por su cuenta, y ello aliviaría la tensión. Acaso pudiera obligarla, a revelar el paradero de Eden, o de Andrei Androfski, o de Rodel. Si lograba presentar a Sieghold Stutze un regalo tan valioso, reafirmaría su prestigio personal.

Pero a medida que transcurría el tiempo, resultaba más difícil cada vez arrancar informaciones a aquella gente mediante el palo, murmuraba para sí Piotr Warsinski. El tormento no conseguía ya despegar los labios de los que quedaban. ¡Qué diablos! Desnudaría a la muchacha de sus ropas y la sacudiría bien. Sería una buena diversión vespertina.

A Piotr no le daba miedo andar solo por las calles. Así se lo decía a sus hombres. Sin embargo, habría sido una estupidez atraer sobre su persona el ataque de otro loco. En consecuencia, llamó a su guardia personal —seis gordos y fieles bravucones— para que le escoltasen hasta la Prisión Pawiak, unas manzanas más allá de los cuarteles.

Cuando llegó a la fea estructura de ladrillo rojizo, le aguardaba una llamada telefónica. La atendió en su despacho.

—Aquí el Sturmbannführer Stutze —dijo el austríaco.

—Diga.

—Warsinski, estuve pensando sobre su petición de armas. Quizá podamos suministrarle algunas para una escuadra especial de sus hombres..., a cambio de imponerles nuevos deberes.

—¿Cuándo podríamos hablar de este asunto?

—Mañana.

—Perfectamente. ¿Debo esperarle en los cuarteles? —preguntó Warsinski.

—No, no, no —apresuróse a responder Stutze—. Nos encontraremos fuera del ghetto, en la Puerta Stawki, a las doce.

—A las doce. En la Puerta Stawki.

Warsinski se desabrochó el largo abrigo gris y lo colgó. Luego se quitó la chaqueta y se bajó los tirantes. Su voluminosa barriga, libre de opresión, se derramó por encima de los pantalones. Sentía picazón en las manos, y se las rascó hasta que le dolieron. Entonces abrió el cajón de la mesa y extendió sobre ellas un bálsamo verde, untuoso. El ungüento hizo asomar las lágrimas a sus ojos. Warsinski se tendió sobre el catre, con las manos debajo de la cabeza y la camiseta sucia de sudor debajo de los sobacos.

¿Qué se proponía Stutze? La hinchada cara de Wasinski cambiaba de expresión al compás de los opuestos pensamientos que cruzaban por su cerebro. Tendría que acudir a la cita. ¿Sería una trampa? Stutze quizá fuera un cobarde que no se atrevía a entrar en el ghetto, y quería que la Milicia llenase los deberes del Cuerpo Reinhard. ¿Para qué otro fin le daría armas? ¿Había decidido Stutze que un converso como Warsinski no era verdaderamente judío y merecía la confianza de disponer de armas, lo mismo que los ucranianos?

Warsinski se cepillaba el mostacho de manillar de bicicleta. ¿Por qué no habían de armarle? Les había sido fiel. Pero... también los Siete Grandes les habían sido fieles.

—¡Crac!

El ruido de algo que se astillaba le empujó a sentarse de un salto. Vio que la puerta se abría con tal violencia que casi saltaba de sus goznes.

Tres pistolas lo apuntaban a la vez. Un hombre cerró la puerta, el segundo fue hasta la mesa y arrancó de un tirón el hilo del teléfono. Warsinski miró por el rabillo del ojo al tercero. Le conocía de alguna parte. Alterman... Tolek Alterman, de los bathyranos.

Warsinski les miró con ceño, sin asomo de miedo.

—Tengo el placer de cumplir la sentencia dictada por las Fuerzas Conjuntas, condenándote a morir como traidor al pueblo judío —dijo Tolek.

Warsinski soltó una carcajada de desprecio.

—¡Guardias! —rugió—. ¡Guardias!

—No te oyen, Piotr Warsinski. Están encerrados. La Prisión Pawiak está en manos de las Fuerzas Judías Conjuntas. En este momento ponen en libertad a los prisioneros.

De la faz de Warsinski desapareció la mueca de burla. Las pistolas que le apuntaban las sostenían unas manos firmes. El jefe de la Milicia cruzó las suyas, cerró los ojos e inclinó la cabeza.

—Ya no suplico como los judíos —dijo—. Adelante. Estoy dispuesto.

—La cuestión no es tan simple —dijo Tolek—. Primero has de contestar una serie de preguntas.

Warsinski les miró con escarnio. Se lo figuraba. Los cobardes judíos eran incapaces de llevar adelante la ejecución.

«Todo es una pantomima... Hablemos..., negociemos..., regateemos...»

La bota de Tolek subió a chocar repentinamente con la barriga de Warsinski, hundiéndose en ella desde la punta hasta el tacón. Un segundo puntapié le dio en la mandíbula, mandando su cabeza contra la pared. Piotr estaba desorientado. Tolek hizo una seña con la cabeza a sus dos camaradas. El primero, Pinchas Silver, arrojó sobre la mesa un tornillo de orejas y unas tenazas. Adem Blumenfeld sacó un látigo con púas en la punta.

—Hemos cogido un par de los juguetes que tenías tú en la sala de interrogatorios, Warsinski. Levántate y siéntate a la mesa.

Warsinski no se movió.

El látigo penetró hasta debajo de la ropa interior. Piotr se puso a gatas, arrastróse a toda prisa hasta la mesa y se sentó.

—El pulgar... Preséntanos el pulgar.

El látigo se abatió, esta vez encima del cuello.

—¡El pulgar!

Warsinski extendió una garra cubierta de ungüento Verde. Tolek aprisionó el pulgar de Warsiski dentro del tornillo e hizo girar lentamente el perno superior para someterlo a una presión firme.

—No tenéis reaños para darme tormento —dijo Warsinski, con una mueca de desafío—. No tenéis verdadero valor. ¡Los judíos son demasiado débiles!

Tolek deslizó su pistola dentro del cinturón, cogió el bigote excesivamente grande de Warsinski, encerrándolo dentro del puño, y de un solo tirón se lo arrancó de la cara.

—¡Ayyy! —gritó el otro, llevándose la mano libre al ensangrentado labio superior.

Tolek deslizó las tenazas hasta sujetar una de las sucias y desarrolladas uñas de la mano libré de Warsinski.

—Adam, aprieta el tornillo. Warsinski puede aflojar el perno con sólo que lo coja con la otra mano. El intento le costará una uña.

Adam hizo rodar el perno, clavando el tornillo en el nudillo de la víctima.

Éste abrió la boca de dolor. El sudor corrió por su rostro y convirtió su ropa interior en unos andrajos empapados de húmeda sangre. Adam hizo dar al perno otro cuarto de giro.

—¡Aaayyy!

Warsinski trató súbitamente de coger el tornillo, pero Tolek sujetó las tenazas con fuerza y la uña quedó arrancada.

De la nariz de Warsinski salió un chorro de mocos, y sus ojos se convirtieron en

un manantial de lágrimas.

—¿Querrás cooperar?

—¡Basta! ¡Basta! ¡Hablaré!

Cuando le dejaron libre el pulgar, Warsinski anduvo a tropezones por el cuarto, gimiendo y chocando contra las paredes hasta que se derrumbó sobre el suelo formando un montón balbuceante, gimiente, una masa de fealdad sudorosa.

Tolek y sus dos compañeros le miraron con disgusto. A Tolek le revolvía el estómago su propia brutalidad, pero comprendía que no podía ceder en presencia de un enemigo que lo habría considerado una prueba de debilidad.

—Ni siquiera ha resistido cinco minutos —dijo Pinchas—. Nunca creí que resistiese.

Los asaltantes arrastraron a Warsinski hasta el catre y lo echaron encima.

A los pocos minutos llegó Alexander Brandel, y después de estremecerse en el primer instante de ver a Warsinski, le amarró por espacio de doce horas a preguntas inspiradas por los datos que figuraban en los archivos del Club de la Buena Camaradería. Piotr Warsinski reveló sus propios crímenes, los perpetrados por sus oficiales, los emplazamientos de almacenes escondidos y dio informes sobre Stutze, Schkreiker, Koenig, «Los Ruiseñores» y el Cuerpo Reinhard.

La mañana siguiente, Piotr Warsinski fue ejecutado, según la sentencia de las Fuerzas Conjuntas, mediante una sola bala disparada en la nuca.

CAPÍTULO VI

El problema inmediato que se les presentaba a las Fuerzas Conjuntas era el de encontrar un nuevo refugio para el mando en el sector central. Los otros estaban atestados ya hasta su capacidad máxima, y las cien personas de Mila, 19, venían a agravar el problema. La construcción de un complejo subterráneo adecuado para albergar de dos a trescientas personas, exigiría varias semanas.

Los conocimientos adquiridos por Alexander Brandel, mediante los tratos tenidos en el pasado, fueron entonces de un valor incalculable. Por una u otra causa, Alex estaba enterado de casi todos los escondites del ghetto.

Alex sospechaba que en Mila, 18, al otro lado de la calle y enfrente mismo del cuartel general que había tenido él antes, existía un espacioso refugio.

Brandel había tenido frecuentes relaciones comerciales con un contrabandista llamado Moritz Katz, un hombrecito rechoncho que en el Varsovia de la preguerra había sido peletero y cuyo negocio habían mirado todos siempre como emplazado en el mismo borde, cual una maroma, entre lo legal y lo ilegal, si bien resultaba difícil declarar abiertamente que Moritz vendiese géneros robados. Su clientela estaba entre las clases elevadas, y entró en el ghetto trayendo consigo un peculiar concepto de la ética. En la sociedad de los contrabandistas, Moritz era un hombre decente. Al fin y al cabo, en la vida del ghetto el contrabando era una necesidad honorable. Moritz compraba y vendía a precios razonables. Más aún, tenía el corazón tierno. Cuando la situación llegaba a un extremo desesperado, Alex siempre conseguía que Moritz les entregase unos pedidos urgentes de género a precio de coste.

Dos rasgos peculiares distinguían a Moritz. Se pasaba el tiempo entregado a interminables partidas de naipes, y su boca mascaba a todas horas dulces, frutas, pasteles caramelos. Esta última debilidad había dado motivo a que se le conociera por Moritz «El Nasher».

Los bathyranos que guardaban los tejados de los alrededores de Mila, 19, habían observado a Moritz entrando y saliendo tantas veces de Mila, 18, que había que sospechar que allí tenía su sede principal.

Tales sospechas cobraron más cuerpo cuando el refugio de Mila, 19, fue ampliado hasta que sus habitaciones lindaron con la cloaca del centro de la calle. Deborah Bronski y los niños del orfanato ocupaban la habitación contigua a la tubería de las cloacas y muchas veces oían ruidos procedentes, ora del interior de la tubería, ora de más allá.

De ello dedujo Alex que Moritz «El Nasher» tenía un refugio debajo de Mila, 18, separado del suyo propio únicamente por los cuatro metros de anchura del tubo, posibilidad que sometió al criterio de Simon y Andrei.

—Estoy seguro de que debajo de Mila, 18, hay un refugio, y si es como

pensamos, ha de ser un refugio muy grande.

—Resultaría un emplazamiento perfecto para un puesto de mando —dijo Simon —. En especial porque habiendo localizado los alemanes el de Mila, 19, jamás sospecharían que estuviéramos en otro escondite tan próximo.

—Pero, ¿cómo diablos encontraréis la entrada? —replicó Andrei, con sentido realista—. Moritz Katz es el contrabandista más listo del ghetto.

—¿Podríamos enviarle un mensaje? —sugirió Alex.

—No le ha visto nadie durante semanas enteras, desde que apresaron a su cuadrilla en la Puerta Gensia y la llevaron a la Umschlagplatz.

Los tres se pusieron a meditar y reflexionar. La idea de un puesto de mando grande, y construido ya, poseía un atractivo formidable.

—Bien. ¿Quién se puede perder abriendo un agujero desde el cuarto de los niños y luego otro perpendicular al *Kanal*? Si nos acompañase la suerte, quizá diéramos con el refugio.

—Ya sabes cuán engañosos resultas los sones en las cloacas. Es posible que los niños oyeran un eco que viniera de centenares de metros de distancia.

—¡Qué diablos! —exclamó Andrei—. Pasamos al otro lado y echamos un vistazo. No podemos perder nada.

Simon manifestó una indecisa conformidad encogiéndose de hombros. A nadie se le ocurría una proposición mejor.

—Creo será mejor que vaya yo solo —dijo Andrei—. Si Moritz está todavía allí y ve entrar un ejército, el pánico se apoderará de él.

Horas más tarde, Andrei entraba en el destrozado edificio de Huérfanos y Ayuda Mutua en Mila, 19, y se dirigía hacia el retrete simulado, donde el falso lavabo escondía en otro tiempo la entrada secreta a los cuartos subterráneos. El lavabo estaba hecho pedazos, pero el tubo que conducía al sótano continuaba intacto.

Andrei se metió en el cinto una pila eléctrica, un pico de mango corto y un martillo, atóse la *Schmeisser* «Gaby» a la espalda con una correa, y descendió por el tubo. Luego encendió la pila. El círculo de luz tanteó los montones de derribos. Los alemanes habían desprendido a golpes las paredes de contención y las vigas del techo, que en muchos sitios se combaba sobre el túnel principal.

Andrei avanzaba despacio, apartando los obstáculos con las manos.

Así llegó al cuarto que había ocupado los niños. Aquello era una confusión.

Las hachas habían destruido las literas superpuestas, habían hecho pedazos los libros y destrozado los escasos juguetes. Andrei anduvo a lo largo de una pared de diez pies apoyada contra la tubería del *Kanal*. El agua sucia rezumaba por ella. Se oía el ruido de la corriente. Andrei trató de calcular el punto más próximo a Mila, 18.

Lo más probable era que cualquier decisión que tomase resultara equivocada.

—Ea, en algún punto tendré que empezar.

Y así diciendo, fijó la luz de la pila en un lugar concreto, hundió el pico en la pared de tierra y siguió golpeando hasta llegar a la concha exterior de la tubería.

Andrei dejó al descubierto un espacio suficientemente grande para abrir un boquete y atacó con el martillo el cemento hasta desmenuzarlo con sus golpes.

Una vez perforada la capa exterior, hizo desprender ladrillos bastantes de la interior para que pudiera pasar su cuerpo.

Mientras se secaba el sudor de los ojos y se metía de nuevo las herramientas en el cinto, maldecía en voz baja. Luego, se arrodilló junto al agujero y miró al interior del *Kanal* auxiliándose con la pila. No sería difícil. El río Vístula traía poca corriente, como había calculado de antemano, de modo que el agua de la cloaca sólo le llegaba a la cintura.

Andrei pasó por el orificio y penetró en la cloaca. Sus pies resbalaban sobre el légamo. La primera medida que tomó fue la de correr varios agujeros la hebilla de la correa a fin de que ésta quedara más alta en la espalda y la metralleta no se mojase. En ambas direcciones entraban por las bocas de la calle confusos chorros de luz que reverberaban en los ladrillos de las paredes con una claridad azulada, fantasmagórica.

Vadeó hasta el centro de la corriente y dirigió una mirada atrás con objeto de seguir en línea recta con el cuarto de los niños. Ya en la parte opuesta de la cloaca, aplicó el oído a los ladrillos, esperando percibir algún rumor. No escuchó ninguno.

El círculo de la pila se movió primero en una dirección por espacio de varios metros, luego recorrió la dirección contraria.

Andrei bajó unos metros más, chapoteando. Ante sus ojos apareció un grupo de ladrillos que no formaban el mismo dibujo que los otros, cual si los hubieran arrancado de su sitio y luego los hubieran colocado de nuevo. ¿Sería posible? Andrei exploró con los dedos. Evidentemente, los ladrillos no estaban sujetos por el cemento. Quitándolos, quedaba espacio para que pudiera pasar un hombre. ¿Habría un refugio al otro lado? ¿Acaso los niños oían realmente a los contrabandistas que entraban y salían por la cloaca?

Andrei golpeó los ladrillos con el martillo para fijarse en el sonido.

¡Sonaban a hueco! Al otro lado de ellos no había un cuerpo compacto. ¡Había un espacio libre!

Manejó ahora el pico, y los ladrillos salieron fácilmente.

Al otro lado había un hueco, en efecto. Andrei metió dentro la luz de la pila.

Después de introducirse, a su vez, movió la pila describiendo una circunferencia completa.

—¡Santo Dios! —musitó, silbando incrédulo.

Ahora se encontraba perfectamente de pie en un amplísimo cuarto subterráneo. Era la estructura más estupenda que hubiese visto nunca debajo del suelo. A lo largo de una pared había sacos de arroz, harina, azúcar, sal.., cajas enteras de

medicamentos... Carnes saladas. Cajas de botes de conservas.

Un bidón de hortalizas deshidratadas. Hermosos sofás, mecedoras, muebles, una cama...

—¡Santo Dios!

Andrei encontró la puerta que daba a un pasillo, por el cual se puso a caminar muy despacio. A uno y otro lado del mismo había otras cinco habitaciones, cada una tan grande como la primera y todas llenas de provisiones. Sobre su cabeza corrían los hilos de la electricidad, provistos de lámparas.

Llegó al extremo del pasillo, que formaba un ángulo desembocando en un túnel más pequeño al que se abrían una serie de celdas.

—No se mueva —le ordenó una voz a su espalda—. ¡Arriba las manos!

¡Bien altas!

Andrei levantó los brazos. Todo aquello había sido demasiado bueno para que fuera cierto. Andrei se llenaba de maldiciones porque con el entusiasmo del momento, al localizar el refugio se había olvidado de desatar el arma que llevaba a la espalda.

—Coloque ambas manos sobre la pared —ordenóle la voz. Andrei hizo lo que le mandaban—. Ahora vuélvase de cara.

Andrei se encontró mirando a una luz cegadora.

—¿Andrei Androfski?

—¿Es usted, Moritz?

—¿Cómo diablos se ha imaginado el emplazamiento de este refugio?

—Hemos atado cabos. Quite de ahí esa pistola condenada y aparte la luz de mis ojos.

—No quiera hacerme tomar decisiones precipitadas. No estoy seguro de si tengo que matarle o no. —Moritz dirigió el foco luminoso hacia una de las celdas—. Entre en mi oficina. Y para su gobierno, le diré que el arma que tengo en la mano es una escopeta.

Moritz encendió una linterna y se sentó detrás de la mesa. Tenía la barba canosa y el color anémico. Había perdido buena parte de su gordura.

Continuaba apuntando la escopeta al pecho de Andrei, quien ni se fijaba, demasiado ocupado maravillándose de aquel despacho. Además de la instalación eléctrica, había un teléfono sobre la mesa y una emisora de radio de pocos vatios.

—¡Vaya instalación!

Moritz se encogió modestamente de hombros ante el cumplido.

—Tratábamos de proporcionar un buen servicio a nuestros parroquianos.

Lo malo es que ya no nos quedan parroquianos. No tenemos ninguno. A la mayoría de mis muchachos los cogieron en una redada. Sólo quedamos mi esposa, yo y unos pocos más. ¿Conoce a Sheina? Está dormida en la otra habitación. Esa mujer

lo pasa todo durmiendo. Ni los tremendos golpes que daba usted en mi refugio han conseguido despertarla. Está enferma. Necesita un médico. Un cambio de vida.

—¿Cómo diablos hace funcionar las lámparas... y la emisora?

—Con un generador. ¿Qué otra cosa podría ser? Solía enviar mensajes a mis ayudantes de la parte aria, mediante una clave sencilla.

—¿Y el teléfono?

—Uno de mis muchachos trabajaba en la Telefónica. Hay un millón de maneras de burlar a la Compañía. Conectamos con una línea de los guardias ucranianos de la fábrica de cepillos, y hablamos *yiddish*. Hasta el momento no han sido capaces de imaginárselo. No, Andrei. Lamento que haya encontrado usted este refugio, porque siempre le había tenido en mucha estima. Ha sido muy listo al localizar mi escondite, pero, naturalmente, tengo que matarle.

—No tan de prisa, Moritz. Es obvio, yo no habría dado este paso sin contar con una protección. ¿Ha oído hablar de las Fuerzas Judías Conjuntas?

Moritz levantó el rostro. Sospechaba que estaba a punto de ser cazado.

—Todavía me entero de lo que pasa.

—Ellos saben que estoy aquí y lo que busco.

—¡Ah, maldita sea! —exclamó Moritz «El Nasher», dejando la escopeta sobre la mesa con gesto de disgusto—. En el mismo minuto que le vi perforar la tubería para entrar en mi refugio me he dicho: «Este truhán es demasiado listo para venir a pecho descubierto». Ahora le pido que hable con Alexander Brandel. Él le dirá que he colaborado lealmente con ese organismo de los Huérfanos. En todos los tratos que hemos tenido me he portado honradamente.

—Moritz, por amor de Dios, deje de presentar excusas. ¿Es que yo le estoy acusando de algo?

Moritz «El Nasher» tenía hambre. Abrió el cajón superior de la mesa, sacó un paquete de chocolate alemán, lo desenvolvió, lo mordisqueó y se puso a lamentar la falta de fruta fresca.

—Ustedes querrán mi refugio, sin duda.

—Sin duda.

—Y comestibles por valor de setecientos mil *zlotys*.

—Me duele de verdad, Moritz, créame.

—¡Qué patada en el trasero viene a ser la vida! Si no caes en manos de ese ladrón, caes en las de otro —filosofó Moritz.

Andrei le compadecía. Moritz «El Nasher» era un jugador, un contrabandista, un hombre que sólo existía gracias a su ingenio. Pero era también un realista completo. Sabía que le había cogido por sorpresa. Al menos, Andrei Androfski y las Fuerzas Conjuntas no le guardaban rencor. Quizá, tenía suerte, después de todo. Si le hubieran cazado primero la Milicia Judía o los alemanes..., le hubiera caído el telón... la

Umschlagplatz... Moritz confiaba en que él y su esposa Sheina podrían terminar la guerra en Mila, 18. Tenían provisiones y medicamentos suficientes para pasar uno o dos años sin salir siquiera a la superficie. Pero, ¿qué clase de vida era esa para un hombre? No ver nunca el sol. No tener con quien jugar a los naipes. Los caramelos se le estaban terminando. Siempre con el temor en el cuerpo de que en aquel mismo minuto, o en el otro, o el otro, los malditos perros alemanes le descubrían con el olfato.

—Permítame que le pregunte una cosa, Androfski —dijo Moritz—. ¿Fueron esas Fuerzas Conjuntas, o sea, ustedes, los que acribillaron a los alemanes en Zamenhof y Niska?

Andrei asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y han sido ustedes los que han saldado las cuentas a Warsinski?

Andrei asintió de nuevo.

—¿Se disponen a trabajar en serio?

Andrei movió la cabeza afirmativamente por tercera vez.

—Permita que le diga una cosa. Uno trabaja, uno vive, uno se desenvuelve lo mejor que puede, pero nunca llega a digerir bien la idea de por qué le trataban continuamente a patadas. La semana pasada (desde la emboscada aquella), por primera vez en mi vida me he sentido orgulloso de ser judío.

—Así es como queremos salir todos de aquí.

Moritz levantó los hombros.

—De modo que quizá me alegro de que me hayan encontrado ustedes primero. Evidentemente, se da cuenta de que me tienen sobre una bomba.

—Evidentemente —convino Andrei.

Moritz mordisqueó otra pastilla de chocolate, un tanto aliviado de que la tensa vigilancia observada hasta entonces hubiera llegado a su fin.

—Moritz —dijo Andrei—, una cosa que las Fuerzas Judías Conjuntas necesitan es un intendente.

—¿Qué es un intendente?

—Una persona de temple que traiga provisiones.

—¿Quiere decir un contrabandista?

—No. El de intendente es un cargo respetable. Todos los ejércitos lo tienen.

—¿Qué tajada se me reserva?

—Ea, un ejército regular, como el nuestro, no actúa concediendo tajadas.

—¡ *Oy vaya*! ¡Qué día he tenido! Siempre me ha tocado dirigir negocios bonitos y limpios.

—Moritz, usted es un jugador de demasiada categoría para pasarse la guerra en un agujero. Nosotros tenemos médicos. Sheina contará con la asistencia debida. Y usted contará con un buen número de personas interesantes que compartirán este

refugio.

—Ya lo creo que sí. Dígamelo sinceramente, Androfski. Ese cargo de intendente, ¿es importante? Quiero decir, ¿como un coronel de ulanos?

—En nuestro ejército es el más importante de todos —contestó Andrei.

Moritz suspiró resignado.

—Una condición. Nadie se meterá en pesquisas respecto a mis finanzas pasadas.

—Aceptado —contestó Andrei.

Los dos hombres se estrecharon la mano, y Moritz sacó una doble baraja descolorida de naipes, los revolvió y se puso a darlos.

—Antes de qué se trasladen ustedes aquí, vamos a jugar una partida de «sesenta y seis».

CAPÍTULO VII

En el edificio de la fábrica de cepillos, los trabajadores, cual una procesión de hormigas, doblaban la espalda empujando grandes y pesadas carretillas. La hilera se movía en un círculo interminable desde el almacén de la madera a la sala de los tornos y a la de reunión.

Un esclavo demacrado llamado Creamski, que fuese como fuere, había conseguido continuar viviendo al cabo de diez meses de trabajo, cargaba la carretilla en la sala de los tornos con mangos terminados de cepillos de aseo.

Luego empujaba la carga refunfuñando por el pasillo, caminando a paso de caracol.

La sala de reunión contenía diez mesas de doce metros de largo cada una.

Cada mesa tenía una serie de agujeros de diferentes dimensiones para meter las cerdas, atar los alambres y colocar los mangos. En cada mesa trabajaban cincuenta hombres.

Creamski empujó la carretilla hacia la mesa número tres: cepillos de aseo.

De pie en el extremo de cada mesa había un «jefe».

—Están aquí —le susurró Creamski al «jefe» de aquélla.

En seguida empujó la carretilla a lo largo de la mesa, depositando varios mangos en cada banco.

—Están aquí —iba susurrando.

—Están aquí.

El aviso circuló por la hilera de obreros propagándose a la mesa vecina y a la siguiente:

—Están aquí.

—¡Eh, tú! —gritó desde la galería el capataz alemán—. ¡Date prisa!

Creamski se movió con mayor celeridad, vaciando la carretilla. En seguida dio media vuelta, la empujó fuera de la casa, recorrió el pasillo, dejando atrás la sala de tornos y entrando en el almacén de la madera.

Mientras le cargaban la carretilla de maderos, entró en la oficina del facturador.

—¡Ahora! —le dijo.

Entre los dos apartaron la mesa, dejando al descubierto una trampa en el suelo. Creamski la abrió.

—¡Ahora! —gritó adentro del negro agujero.

La cabeza de Wolf Brandel asomó fuera del túnel. Wolf salió rápidamente de la oficina del facturador, escudriñando con la mirada las largas y altas pilas de madera.

—Sacadlos fuera —ordenó el lampiño comandante.

Uno tras otro, cuarenta combatientes judíos emergieron del pasaje subterráneo. El refugio Franciskanska, unas manzanas de casas más allá, conectaba con el *Kanal*. La

compañía de Wolf había seguido la cloaca hasta un punto situado dentro del complejo de la fábrica de cepillos y había abierto un túnel hasta la oficina del facturador.

Con un ademán, el joven comandante dispersó a su fuerza, compuesta por diez mujeres y treinta hombres, hacia las posiciones prefijadas. Los soldados se escondieron detrás de la madera, con las armas preparadas. Wolf exhaló un profundo suspiro e indicó a Creamski con un movimiento de cabeza que volviese a la sala de reunión.

Creamski refunfuñó e hizo un esfuerzo para poner la carretilla en marcha.

Al entrar en la sala de tornos hizo una señal con la mano de modo que pudiera ser vista por el «jefe» de una mesa de la sala de reunión. Todos los ojos estaban fijos en aquel «jefe», el cual movió la cabeza afirmativamente.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Los pies de los internos hirieron el suelo al unísono.

¡Bum! ¡Bum! Bum! ¡Bum!

Los obreros cogieron los mangos de madera y con ellos golpearon las mesas, armando un alboroto infernal.

—¿Qué pasa? —gritó el capataz por medio de un megáfono desde su jaula de la galería—. ¡Basta de ruido! ¡Basta! ¿Me oís?

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

El estrépito del edificio creció hasta salir al recinto.

—¡Guardias! —gritó el capataz en el teléfono de alarma—. ¡Guardias!

¡Edificio número cuatro! ¡Rápido!

Por todo el complejo hubo una erupción de una serie de pitidos breves para atraer a los guardias al edificio de reunión número cuatro.

El capataz cerró la puerta de barrotes de su oficina, sacó la pistola de la mesa y fijó la mirada en los quinientos pares de ojos enloquecidos clavados en él.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

—¡Krebs morirá! ¡Krebs morirá! ¡Krebs morirá! ¡Krebs morirá! —salmodiaban los obreros.

Ucranianos, letones y estonianos salían de los cuarteles de guardia con látigos, armas y perros dirigiéndose a la carrera al punto de la insurrección.

La parte de la fuerza de Brandel escondida en el exterior del edificio les dejó pasar adelante. No había más que una sola entrada, la del pasillo principal.

El joven comandante vio desde su puesto en la sala de tornos que el primer guardia entraba en la de reunión.

—¡Ahora!

Wolf y diez de sus combatientes penetraron en el pasillo y se enfrentaron con una masa de guardias. Los ucranianos se habían metido en una trampa.

Una granada de tubo estalló en medio de ellos, seguida de un tableteo de disparos

de pistola.

Los ucranianos del exterior retrocedieron apresurados en busca de la salida, pero los combatientes judíos que se encontraban fuera les cerraron el paso.

Aquello fue una carnicería.

Media docena de guardias lograron penetrar en la sala de reunión. Los esclavos saltaron fuera de sus bancos y con furia comprimida atacaron a los atormentadores y a sus perros con las manos desnudas. En el espacio de pocos segundos, guardias y perros cayeron muertos a porrazos, cubiertos de salivazos y patadas, despanzurrados y decapitados.

La turba de obreros volcaba los bancos y los destrozaba, rompía los tornos con los martillos.

—¡Krebs! ¡Krebs! ¡Krebs! ¡Krebs!

Al capataz se le saltaban los ojos del rostro, loco de miedo, encerrado en su propia cárcel. La turba subía a la galería en su busca. ¡No había modo de escapar!

—¡Krebs! ¡Krebs! ¡Krebs! ¡Krebs!

Krebs se aplicó el cañón de la pistola a la boca y apretó el gatillo al mismo tiempo que los brazos tendidos de los esclavos pasaban por entre los barrotes para cogerle.

Ana Grinspan, al frente de una compañía del distrito Central, era el comandante femenino de más alto rango del ghetto. Su compañía la integraban los diversos grupos y constituía la prueba concluyente de que se había conseguido la unidad total. Treinta y dos combatientes procedían de los bathyranos, Poale Sion, Gordonia, Dror, Comunistas, Akiva, Hashomer Hatzair, Hechalutz y el Bund. Tenía incluso siete sionistas Mizrachi religiosos, que no podían seguir apechugando con la pasividad de la Agudah Ortodoxa.

El objetivo secundario que se perseguía en la fábrica de cepillos lo constituía la confiscación de la flota de cinco camiones. En seguida que tuvieron segura en sus manos la fábrica de cepillos, Wolf entregó los camiones a Ana, la cual puso en marcha un plan establecido. Cada camión contaba con un chofer, cuatro combatientes y cierto húmero de esclavos liberados.

Con aquellos camiones recorrieron todos los almacenes que quedaban, todas las tiendas estaciones sanitarias, panaderías, y escondites particulares del ghetto que contuvieran algo aprovechable para las Fuerzas Conjuntas. Después de cargar rápidamente bajo la protección de los combatientes, los camiones se dirigieron hacia una serie de refugios pequeños dispersos por todo el ghetto.

No se permitían protestas ni conversaciones.

—¡Cargad! ¡En marcha!

Y partían.

Así transportaron hasta el último saco de harina y la última migaja de alimento.

Uno de los refugios del mando central se hallaba emplazado casi debajo mismo

de los cuarteles de la Milicia Judía, donde los combatientes tenían los cuarteles bajo su vigilancia. Simon Eden ordenó un asalto a fin de capturar media docena de milicianos.

Los prisioneros fueron arrastrados al nuevo centro de mando de Mila, 18, a presencia de Alexander Brandel, quien había redactado una lista de personas acusadas de haberse dedicado a operaciones ilegales. Los milicianos capturados declararon y firmaron rápidamente todo lo que sabían acerca del paradero de aquella gente.

Escuadras de combatientes judíos procedieron a una serie de incursiones, sacando una tras otra a todas las personas comprendidas en la lista. A los colaboracionistas más notorios los ejecutaron. A los otros les impusieron multas.

—A ti se te impone una multa de diez mil *zlotys* por facilitar informaciones a los alemanes.

—A ti te imponemos una multa de veinte mil *zlotys* por colaborar con la Milicia Judía.

—A ti te corresponde una multa de diez mil *zlotys* por no haber protegido a los judíos que llevaban a la Umschlagplatz, habiendo estado en condiciones de avisarles.

Tales multas eran cobradas en el mismo momento, bajo pena de muerte, sin admitir discusiones.

Rodel, el achaparrado y macizo comandante del sector sur, había sido un miembro destacado del partido comunista la mayor parte de su vida adulta. A él le parecía irónico que el refugio en que tenía el mando estuviera emplazado debajo de la Iglesia de los Conversos, con conocimiento pleno del padre Jakub.

Además, la guerra había empujado a entrar en extrañas alianzas con los sionistas laboristas, que sostenían puntos de vistas completamente distintos a los suyos. El sionismo era el opio del pueblo judío, había dicho Rodel en numerosas ocasiones. No obstante, no sólo colaboraba con los sionistas laboristas sino con los revisionistas de Jabotinski, a los que consideraba fascistas, y con elementos religiosos, a quienes consideraba mentalmente 410

ineptos. Para Rodel era una guerra extraña, pero no más extraña que el hecho de que la Unión Soviética y los Estados Unidos lucharan aliados.

Desde el momento del asesinato de Warsinski, Rodel ordenó a los obreros de la fábrica de uniformes que sabotearan el producto. En los días siguientes, los uniformes salían de Varsovia con las mangas y los cuellos cosidos, cerrados.

Botones sin ojales, y costuras que se descoserían al menor esfuerzo.

Una hora después de haber caído la fábrica de cepillos en manos de Wolf Brandel, Ludwing Heinz, el gerente de la de uniformes, envió un mensaje a Rodel por conducto del padre Jakub avisándole de que los guardias lituanos habían huido. Heinz, un hombre de raza alemana, era una de un número infinitésimo de personas

que manifestaban cierta dosis de humanidad hacia los trabajadores esclavos que tenían bajo su mando. Dentro de las estrechas limitaciones de su situación, se le reconocía que había salvado buen número de vidas. Heinz anduvo sin que nadie le agrediera hasta la esquina de las calles Nowolipki y Karmelicka para abrir las puertas principales y dar entrada a los combatientes judíos.

—Me alegro de que mi papel en esta función haya terminado —le dijo a Rodel.

El comunista meneó la calva y brillante cabeza.

—Es una guerra extraña —dijo—. Dentro de sus medios, usted ha sido honrado. Las Fuerzas Conjuntas me ordenan que le acompañe y le proteja hasta las puertas del ghetto.

—Me alegro de que esto haya terminado —repitió Ludwing Heinz.

—Vámonos —respondió Rodel, señalando en dirección a la Puerta Leszno, dos manzanas más allá.

Mientras Ludwing Heinz se volvía, Rodel sacó la pistola rápidamente y le golpeó con el cañón detrás de la oreja. Heinz cayó de bruces, inconsciente.

Rodel se inclinó, le desgarró parte de las ropas y le ensangrentó la cara con una serie de golpes.

—Muy bien —ordenó a dos de sus hombres—. Llevadle hasta la Puerta de Leszno y arrojadle fuera. Lamento haber tenido que golpearle, pero ha sido por su propio bien. Si hubiera salido completamente ileso, los alemanes sospecharían de él. De este modo, quizá tengan la impresión de que escapó por milagro.

Mientras los otros se llevaban a Heinz, Rodel movió la cabeza y repitió:

—Es una guerra extraña.

Samson Ben Horin, comandante de la compañía Jabotinski de revisionistas, había permanecido fuera de la jurisdicción de las Fuerzas Judías Conjuntas, pero los acontecimientos del día le impulsaron a mirar al ejército de Eden con un respeto nuevo. Por ello envió un enlace a Simon con el ofrecimiento de establecer contacto con su refugio y cooperar dentro de ciertos límites.

Simon no tardó en hallar una misión muy del agrado de Ben Horin.

El último día del mes de enero, Samson Ben Horin dirigía una compañía mixta —mitad revisionistas y otra mitad Fuerzas Conjuntas— por las tuberías de las cloacas hasta cruzar la pared e internarse en el sector ario. Escogió la hora de la corriente más baja en el Vístula, cuando las aguas sucias sólo llegaban hasta la rodilla. Utilizando el plano de la red de cloacas que poseía Eden, no tenían que recorrer sino un espacio de un kilómetro y medio. El grupo de Ben Horin se detuvo debajo de una boca próxima al Ministerio de Finanzas.

Tres enlaces de la parte aria les esperaban. Uno iba vestido de peón de limpieza de las cloacas, el segundo estaba sentado en el banco del conductor de un carromato

aparcado, y en tercero vigilaba en una esquina que le permitía observar el Banco Alemán de la calle Orla.

Era la víspera del día que pagaban a la guarnición alemana. A las doce en punto un camión acorazado del Ministerio se pararía para depositar parte de la nómina en el Banco.

El espía señaló la llegada del camión acorazado.

El carromato tirado por caballos se apartó de la acera y se detuvo junto a la boca de la cloaca. Del carromato salió una larga escalera, que descendió hasta el fondo. Samson Ben Horin sacó a su grupo de la cloaca. Sus componentes se dispersaron con pasmosa rapidez a fin de poder cerrar a la vez los dos extremos de la calle Orla, que no tenía sino la longitud de una manzana de casas.

Una docena de soldados alemanes montaba guardia alrededor del camión, delante del Banco. Los sacos de dinero empezaban a pasar hacia el interior del edificio.

Samson Ben Horin arrojó una granada «balón *matzo*» de fabricación casera, que describió un arco por el aire y fue a dar contra la cubierta de la rueda delantera derecha del camión.

En todas direcciones volaron pernos y tuercas, hundiéndose en los cuerpos de los alemanes.

Una segunda granada.

Una tercera.

La mitad de los alemanes estaba en el suelo retorciéndose con las entrañas llenas de hierro. El camión no podía arrancar, pero los guardias de su interior respondieron con disparos.

Una botella incendiaria fue a romperse contra el costado del vehículo, encendiéndose en llamas y obligando a salir a los defensores.

Samson Ben Horin hizo seña a sus hombres para que convergieran. Los judíos entraron por los dos extremos de la calle Orla. Los alemanes se encontraban acorralados contra la pared y el camión en llamas. Unos pocos buscaron la salvación metiéndose dentro del Banco.

La mitad de los asaltantes se dedicaron a recoger todos los sacos de dinero que había a la vista. La otra mitad penetró en el Banco y obligó a los empleados a que les abrieran las cámaras. A los ocho minutos de haber salido de la cloaca, los judíos desaparecían por el mismo camino llevándose más de un millón de *zlotys*.

Simon Eden denominaba estas acciones un «entrenamiento práctico» para enseñar a su ejército que el invulnerable enemigo era ciertamente vulnerable.

Al cabo de una semana de la emboscada de Andrei en las calles Niska y Zamenhof, que fue la señal del levantamiento, las Fuerzas Judías Conjuntas habían purgado el ghetto de colaboracionistas, añadido millones a su tesorería, dominado las calles, confiscado toneladas de comestibles, destruido las dos fábricas más

importantes operadas con trabajo esclavo, y libertado a los obreros.

Quedaban dos grandes tareas. La Milicia Judía, acobardada en sus cuarteles, y la Autoridad Civil. La acción meramente vengativa de acabar con la Milicia Judía tuvo que ceder la preferencia, por consideraciones de índole más práctica, a la de ajustar las cuentas a la Autoridad Civil Judía.

El 1.º de febrero de 1943, al alba, ciento cincuenta hombres y mujeres de las Fuerzas Conjuntas rodearon el edificio de la Autoridad Civil Judía. Simon Eden derribó las puertas y entró con cincuenta combatientes.

Desde su despacho del tercer piso, Boris Presser contemplaba la escena en compañía de su ayudante, Marinski.

—Sal a la antesala —apresuróse a ordenarle Presser—. Páralos. Evita que entren aquí.

Presser se sentó detrás de su mesa y trató de pensar. Había telefoneado todos los días a Rudolph Schreiker para darle cuenta del crecimiento de las Fuerzas Conjuntas. Matanzas por las calles, asesinatos, saqueos, expoliaciones.

Boris estaba seguro de que estas acciones terminarían por provocar unas represalias asesinas por parte del Cuerpo Reinhard, pero pasaba otro día, y otro, y otro, y no ocurría nada.

Cada día su gente se amontonaba en el edificio de la Autoridad Civil, junto con sus familias, tratando de empujarle a tomar una decisión. A Boris no le gustaban las decisiones, ni las complicaciones. De la ambigüedad había hecho una profesión. Los alemanes le habían explicado repentinamente cómo debía portarse. Y él seguía el consejo. Tenía siempre la excusa prefabricada de levantar los brazos al cielo y exclamar: «¿Qué podía hacer yo?».

Marinski entró de un salto en el despacho gritando, casi incoherente:

—¡Deténgalos! ¡Se llevan a nuestras familias!

—Deja de gritar. Los gritos no servirán para nada. Sal ahí fuera y procura que Eden no entre.

Boris cerró la puerta con llave y corrió al teléfono. Primero a Schreiker, luego a la Milicia. La línea estaba silenciosa. Presser golpeó el aparato con desesperación. Nada. Frotándose las sienes para librarse de su martilleo, se deslizó hacia la ventana. Mujeres y niños, familias de la Autoridad Civil, eran sacados a la calle bajo la amenaza de los rifles. Un estrépito en la antesala. Unas llamadas autoritarias a la puerta.

«Demórate..., procura ganar tiempo..., discute..., demora...»

Boris abrió la puerta. Simon Eden se plantó ante él. Negros los ojos. Alto, membrudo, resuelto. Simon se inclinó sobre aquel hombre más bajo, abrió la puerta de par en par y paseó una mirada por la oficina. Luego entró y entornó la puerta detrás de sí, dejando fuera a Marinski, que estaba demasiado aterrorizado para

protestar del apresamiento de su esposa y su hija.

Boris retrocedió, reuniendo todas sus facultades para conservar el dominio de sí mismo y no manifestar miedo.

—Protesto de este desacato a la Autoridad Civil —dijo.

Simon no le hizo caso. Sus ojos tenían una expresión casi de hastío.

—No tenéis derecho a meteros aquí dentro y secuestrar a nuestras familias.

No tenéis derecho a tratarnos como colaboracionistas.

Boris tanteaba con objeto de encontrar un punto de discusión.

Simon no estaba para debates.

—La Historia juzgará a la Autoridad Civil —replicó, secamente.

«Cuidado, cuidado... No le enojemos», se decía a sí mismo Presser.

—Debe comprender que no estoy autorizado personalmente para reconocer en usted categoría alguna —esgrimió Boris.

—Basta con que la reconozca a lo que sale de la punta de este hocico. Es muy simple. Tenemos en nuestro poder a sus familias. Queremos el tesoro de ustedes.

Gotas de sudor asomaron en el labio superior de Boris Presser. Negarse equivaldría a confesar que era verdaderamente un muñeco de los alemanes, porque lo cierto era que actualmente las Fuerzas Judías Conjuntas representaban la única autoridad del ghetto. Pero si se doblegaba a tratar con Eden, cuando regresaran los alemanes le castigarían. Boris estaba entre la espada y la pared. Abriendo los brazos con gesto benévolo, dijo:

—Como hombre que conoce la estructura de las organizaciones, usted, Simon, se da cuenta sin duda de que yo no soy quien dispone de nuestro insignificante tesoro. No tengo medio alguno para hacer nada en este sentido.

—Búsquelo —le interrumpió Simon—. Dentro de una hora depositaremos tres cadáveres en las escaleras de la puerta de este edificio. Uno será el de un miembro de su familia de usted. A cada hora que transcurra serán pasados por las armas otros tres rehenes, hasta que entreguen ustedes dos millones de *zlotys* a las Fuerzas Conjuntas.

Marinski, que escuchaba al otro lado de la puerta, irrumpió en la habitación.

—¡Dele el condenado dinero!

Boris se moría de ganas de beber un sorbo de agua para aliviar la reseca garganta, pero sabía que si levantaba un vaso de su temblorosa mano derramaría el líquido.

—Permítame que discuta el caso con la junta —dijo, continuando en su papel de hombre razonable—. Esto presenta una multitud de problemas legales delicados. Fíjese bien, yo creo que será posible resolverlos, pero la demanda resulta un tanto repentina. Deje que la desmenucemos. Les presentaremos un compromiso aceptable.

Simon Eden le miró con una expresión definida de disgusto.

—No tiene otra alternativa —le dijo.

Y antes de que Boris Presser pudiera tomar la palabra de nuevo, salió.

Una hora después, Simon recibía los dos millones de *zlotys*, la mitad procedentes del esquilmado tesoro y la otra mitad confiscada en concepto de rescate de la fortuna particular de cada uno.

—Yo me pronunciaba por arrojarle a usted en la Puerta Staci con Piotr Warsinski —dijo Simon, impasible—. Pero Alexander Brandel es un soñador. Él cree en la justicia poética de obligarles a usted y a su gente a cavar madrigueras en el suelo y vivir como todos..., del mismo modo que lo hemos hecho los demás.

Los combatientes judíos dejaron en libertad a los rehenes. Con el gesto de Boris Presser, la Autoridad Civil perdió definitivamente toda posibilidad de seguir siendo un instrumento útil a los alemanes.

Boris Presser y los demás que habían servido de mandaderos de los ocupantes fueron arrojados de allí y soltados para que pasaran el resto de sus días despreciados y escarnecidos por su propio pueblo y por el enemigo a un mismo tiempo.

La mañana siguiente aparecieron unos cartelones clavados en la puerta principal del abandonado edificio de la Autoridad Civil y pegados en las paredes de todos los barrios del ghetto.

¡¡ATENCIÓN!!

EN ESTA FECHA 1.º DE FEBRERO DE 1943, LA AUTORIDAD CIVIL JUDÍA QUEDA DISUELTA, ESTE GHETTO ESTA BAJO LA AUTORIDAD ÚNICA Y ABSOLUTA DE LAS FUERZAS JUDÍAS CONJUNTAS. HAY QUE OBEDECER SUS ORDENES SIN RESERVA DE NINGUNA CLASE.

FIRMADO:

ATLAS , *Comandante de las Fuerzas Judías Conjuntas*

JAN , *Comandante Ejecutivo*

CAPÍTULO VIII

Anotación en el diario

¡La Estrella de David ondeaba sobre el ghetto de Varsovia!

El 2 de febrero de 1943 se rindió en Stalingrado el Sexto Ejército alemán. Por primera vez tenemos la sensación de que Alemania perderá la guerra. Pero, ¿con qué rapidez se retirará el agua salida de madre?

Ninguno de nosotros está tan loco que crea que vivirá bastante para ver un Estado judío en Palestina, pero hemos hecho sonar la gran trompeta del retorno. Un ejército judío domina el primer pedazo de suelo judío autónomo después de cerca de dos mil años de dispersión. Nuestra "nación" tiene solamente unas cuantas manzanas de edificios y sabemos que no las retendremos mucho tiempo, más, como dice Tolek Alterman, "esto es sionismo viviente". Pase luego lo que pase, por el momento somos un pueblo orgulloso y libre.

La primera "capital" de nuestro "Estado judío" se encuentra en Mila, 18. Voy a describirla. Hay seis habitaciones grandes, a las que damos los nombres de los seis campos de exterminio. Las habitaciones Belzec y Auschwitz albergan a ciento veinte combatientes de dos compañías, una de Bund y otra bathyrana. Este grupo está bajo el mando personal de Andrei (además de los otros servicios que tiene que prestar).

Majdanek es la habitación que se encuentra a lo largo del Kanal. Las Fuerzas Conjuntas decidieron por votación reservar ese cuarto (y varios otros por todo el ghetto) para el uso exclusivo de tantos niños como podamos atender. Hemos reunido cuarenta, A ninguna otra cosa se le concede prioridad sobre la continuación de la tarea de Huérfanos y Ayuda Mutua. Tan pronto como podemos colocar a esos niños en el sector ario, buscamos otros para traerlos a Majdanek. Aunque Rachael Bronski vive en el refugio de Franciskanska (bajo el mando de Wolf... Estoy muy orgulloso de él. ¡Pensar que un soldado y un jefe de su temple sea hijo mío!), pasa mucho tiempo ocupada en la operación «niños». Llevamos adelante un programa de enseñanza y de juegos. Por la noche les dejamos salir para que hagan ejercicio y respiren aire puro. Roguemos a Dios que unos cuantos de estos chiquillos puedan sobrevivir. Son nuestra cosecha.

Treblinka contiene alimentos y es el «hospital» del mando central (dos médicos, cuatro enfermeras). Sobibor cobija a familiares de los combatientes y a los pocos intelectuales que hemos podido salvar, una miscelánea de escritores, científicos, artistas, teólogos, historiadores y profesores que representan la última voz de nuestra cultura agonizante.

Chelmno sirve de arsenal y de taller de fabricación de municiones. Jules Schlosberg y una docena de trabajadores preparan y almacenan bombas incendiarias y granadas.

(Las armas verdaderas, es decir, pistolas y rifles, escasean tanto como siempre.) El segundo pasillo está lleno de celdas más pequeñas, a las cuales hemos bautizado asimismo en «honor» a los campos menores.

Stutthof es un cubículo que guarda el generador; Poniatow contiene la oficina y la residencia de Simon, Andrei, Tolek (oficina de operaciones y entrenamiento) y Christopher de Monti. En Stutthof hay otros dos catres para el operador de radio y el telefonista de guardia. Trawniki es una celda chiquita reservada exclusivamente para cuarto del rabí Solomon. Es el último que queda en el ghetto. El padre Jakub me dice que la Iglesia esconde al rabí Nahum.

Dachau lo compartimos Moritz y Sheina Katz, Sylvia y yo. (¡Vaya sujetos privilegiados somos!) Nuestro número varía, pero el límite máximo es el de doscientas personas. Gracias a los ingeniosos cerebros de la desaparecida cuadrilla de Moritz «El Nasher», la circulación de aire por medio de respiraderos no es demasiado mala. El generador eléctrico para el alumbrado lo empleamos lo menos que podemos. Se nos hace difícil obtener petróleo, y lo necesitamos para las botellas incendiarias. La mayor parte del tiempo utilizamos velas. Pero las velas queman el oxígeno.

Mila, 18, tiene seis entradas: la cloaca contigua al cuarto de los niños, una estufa movible que hay arriba, en la casa, y cuatro túneles en direcciones distintas que se alejan de treinta a cien metros de Mila, 18.

El crecimiento de nuestro ejército es casi nulo. Pocos quedan en el ghetto aptos para combatir. En segundo lugar, la escasez de armas sigue tan grave como siempre.

Nuestras fuerzas, combinadas con los tres grupos de revisionistas de Nalewki, 37 (Jabotinski, Chayal y Trumpledor), arrojan un total de seiscientos

soldados. Menos de uno de cada tres disponen de un arma de fuego. Las operaciones de la semana pasada han mermado seriamente nuestras municiones. Tenemos un promedio de menos de diez cargadores por arma.

Nuestro «intendente», Moritz «El Nasher», hizo ayer su primera adquisición importante: varios centenares de pares de botas. Las botas, símbolo durante largo tiempo de la opresión alemana, se han convertido en un símbolo de nuestro reto. Por estos días en Polonia sólo los hombres fuertes llevan botas. Simon comprendió que serían un gran factor para levantar la moral.

Las Fuerzas Judías Conjuntas trabajan en tres actividades. Un tercio presta servicio de guardia en los tejados y formando patrullas móviles. Otro tercio construye refugios subterráneos. Otro tercio recibe instrucción militar. Los comandantes (Eden, Androfski y Rodel, y a veces Ben Horin) han montado un sistema de lucha en los tejados basado en la táctica de las emboscadas. Las compañías ocupan refugios alternos, de modo que cambiamos continuamente nuestras posiciones. La clase está en la formación incesante de un experto sistema de enlaces a fin de mantener las comunicaciones intactas. Aunque hemos procedido durante varios días a combates simulados de entrenamiento, la pregunta principal sigue sin contestar: ¿Podrá este ejército mal apañado y con tan pocas armas mantener su disciplina cuando se encuentre en fuego?

¿Esos soldados inexpertos tendrán coraje suficiente, y habilidad bastante para improvisar, de modo que hagan verdadera mella en el mayor poder militar que el mundo haya conocido nunca?

Resistir al menos una semana parece una tarea imposible, pero se respira un aire inconfundible de optimismo. La moral es espléndida. Entre la población superviviente se contagia un nuevo sentimiento de dignidad.

Esperamos al enemigo. Sabemos que esta lucha por la libertad es una lucha sin esperanza. Pero, ¿es que la lucha por la libertad termina verdaderamente alguna vez?

Andrei tiene razón. Todo lo que nos queda es el honor y el deber histórico de librar nuestra batalla en este momento.

ALEXANDER BRANDEL

Partiendo de Mila, 18, se había construido un ingenioso circuito telefónico a través de las cloacas, enlazando directamente con los otros puestos de mando: el de

Wolf Brandel en el refugio Franciskanska, y el de Rodel debajo de la Iglesia de los Conversos. Media docena de teléfonos, principalmente en fábricas alemanas, eran utilizados cuando llegaba la ocasión para comunicar con los del otro lado del muro, junto con la emisora de radio de poca potencia.

Tolek Alterman dormitaba en su catre cerca del teléfono de la oficina del comandante de Poniatow, en Mila, 18.

Sonó el timbre. Tolek tomó impulso y se sentó. Desde que había cesado de pasar al sector ario, se había dejado crecer el cabello de nuevo. Despejándoselo de los ojos, buscó a tientas el receptor.

—Jerusalén —dijo—. Roberto al habla.

—Hola, Roberto. Aquí Tolstoi, en Beersheba. —Tolek reconoció la voz de toro de Rodel—. Ponme con Atlas.

Andrei, que estaba de pie detrás de Tolek, recorrió a toda prisa el pasillo que conducía a Chelmno, donde Simon se interesaba inquieto por los planos de la mina «balón matzo» que estaba trazando Jules Schlosberg.

—El teléfono —dijo—. Es Rodel.

—Hola, Beersheba. Aquí Atlas, en Jerusalén.

—Hola, Atlas. Tolstoi, de Beersheba. Mis ángeles ven a las Doncellas del Rhin y a sus Cisnes en Stalingrado. Un millar de botellas. Parece que vienen a cruzar el mar Rojo.

—No bebáis vino a menos que os lo ofrezcan.

—Shalom.

—Shalom.

Simon dejó el teléfono y dirigió una mirada a Tolek y Andrei.

—Lo he oído —dijo este último. Y se fue rápidamente a Belzec y Auschwitz.

—¡Hala! ¡Subamos arriba! ¡A los tejados!

Los combatientes empuñaron las armas y se apiñaron hacia la escalera de mano que los llevaría por el camino de la estufa a Mila, 18.

—De prisa, de prisa —los animaba Andrei.

Alex salió con paso inseguro de su celda, despertando de un profundo sueño.

—¿Un ejercicio, Andrei?

—Nada de ejercicio. Vienen los otros.

—¡Enlaces! —bramó Simon Eden.

Una docena de muchachos adolescentes, veloces y osados, se arracimaron en la entrada de Poniatow. Simon irguió ante ellos su aventajada estatura.

—Los alemanes se concentran en masa delante de los cuarteles, junto con sus auxiliares. Esperamos que entrarán por la Puerta de Zelazna. Son un millar.

Avisad a todas las compañías. No disparéis a menos que disparen primero contra vosotros. ¡Rápido!

Los ratones del ghetto partieron de estampida por las seis salidas para dar la voz de alarma a los refugios dispersos.

Andrei estaba viendo como el último de sus hombres subía por la escalera hacia la estufa del piso. Stephan, el enlace personal de Andrei, seguía a su tío como si estuviese pegado a él. Andrei asomó la cabeza en Poniatow. Simon tenía miedo. Andrei le dio una vigorosa palmada en el hombro.

—No dispararemos hasta que nos llegue el olor de su aliento —le aseguró—. No te inquietes.

—Pronto lo veremos —contestó Simon—. Ojalá pudiera estar allá arriba contigo.

Andrei se encogió de hombros.

—Tal es el destino de un comandante —dijo, y se alejó seguido de Stephan, que le pisaba los talones.

Tolek corría de un extremo a otro del túnel.

—¡Parad el generador! ¡Situación de combate! Deborah, ten a los niños callados. Rabí, debo pedirle que rece en silencio. Moritz, la partida de naipes ha terminado por el momento. ¡Preparados..., todo el mundo preparado!

Cuando el generador paró y las luces se apagaron, Adam Blumenfeld, de guardia en la radio, conectó en las baterías.

Bip..., bip..., bip..., bip..., oyó con los auriculares. Entonces se los quitó y llamó en la oscuridad.

—¿Está aquí, Simon?

—Aquí estoy.

—La radio confirma. Los alemanes están en marcha.

Bip..., bip..., bip..., bip..., advertía la emisora móvil desde la parte aria.

Simon encendió una cerilla y transmitió la llama a la vela de encima de la mesa. Luego golpeó la palanca del teléfono.

—Haifa... Oye, Haifa.

—Aquí Haifa.

—Aquí Atlas de Jerusalén. Déjame hablar con el Maestro de Ajedrez.

—El Maestro de Ajedrez al habla —respondió Wolf desde el refugio de Franciskanska.

—Las Doncellas del Rhin están en Stalingrado. Un millar de botellas.

Vienen a través del mar Rojo. No bebáis vino a menos que os lo ofrezcan.

—¡Oh, chico!

Simon colgó. Veía a Tolek y Andrei en el límite del círculo de luz de la vela.

Había llegado la hora de angustia para el comandante: esperar en la oscuridad.

La prueba decisiva estaba allí. Reinaba un silencio mortal. Hasta los interminables rezos del rabí Solomon se redujeron a un callado movimiento de los labios.

Cruzando patios desiertos, saltando por los tejados, abriéndose paso por el agua sucia, subiendo y bajando veloces como flechas por escaleras abandonadas, los enlaces de Mila, 18, iban de un escondite a otro para poner en guardia a los combatientes. Las compañías se movían en medio de un silencio fantasmal hacia sus posiciones detrás de las ventanas, sobre los techos, en el abrigo de las cloacas. Sí, todo ello exactamente igual que un ejercicio de entrenamiento.

En las calles reinaba la misma quietud que en la faz de la luna. De los tejados caían revoloteando unas cuantas plumas arrastradas por los soplos del viento. Unos ojos escondidos vigilaban aquella inmovilidad etérea.

Un ruido apagado de tacones chocando con los guijarros del empedrado.

Clum..., clum..., clum..., clum..., clum...

Las SS de la entrada de Zelazna, parapetadas detrás de los nidos de ametralladoras, salieron a escape para quitar la puerta de alambre espino que cerraba el paso.

Rodel observaba desde la ventana de la fábrica de uniformes la erizada valla junto a la que los soldados en marcha, con sus negros uniformes, iban desfilando con el movimiento sacudido de una película que se interrumpe. El color pardo de los uniformes de los auxiliares avanzaba a un paso menos seco.

Rodel los seguía con la mirada, apretando los dientes en su cara de luna. Las fuerzas enemigas seguían desfilando incesantemente.

—Hola, Beersheba —telefoneó Rodel a su refugio—. Aquí Tolstoi. Avisa a Jerusalén que las Doncellas del Rhin y sus Cisnes han dejado atrás la Tierra de Gosén. Los dirige Brunhilde. Ahora suben por el río Jordán.

Andrei Androfski miró hacia uno y otro lado de los tejados a sus combatientes dispersos y quedó satisfecho al ver que se habían desplegado adecuadamente. Una vez en los tejados, el Mando Conjunto podía tener a sus compañías en comunicación mediante postes de señas de un tejado a otro. La compañía de Ana Grinspan envió el mensaje de que los alemanes avanzaban calle Zamenhof arriba casi en el mismo momento en que el mando de Rodel telefoneaba la misma noticia a Simon Eden. Andrei se arrastró hasta la esquina que daba encima del cruce de las calles Mila y Zamenhof, seguido inmediatamente de Stephan, y se dobló hasta colocarse en una posición que le permitiese observar la calle Zamenhof mediante unos anteojos de campaña.

Mientras enfocaba bien los anteojos, Andrei murmuró para sí:

—Brunhilde en persona. Stutze. ¡Qué bonito!

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! Los tacones de las botas golpeaban el suelo y su eco resonaba en las conchas vacías de los edificios.

—¡Alto!

Las SS, la Wehrmacht y los Auxiliares rompieron filas, y se dispersaron por la

esquina de las calles Zamenhof y Gensia, bajo los ojos y las armas de la compañía de Ana Grinspan.

Con el enemigo a tres manzanas de casas de distancia, Andrei cambió de posición, corriendo el riesgo de quedar un poco más al descubierto para poder ver mejor la calle. Entonces vio que los alemanes rodeaban el edificio de la Autoridad Civil y los cuarteles de la Milicia Judía. Los hombres de las SS irrumpieron en el abandonado edificio de la Autoridad Civil. A los pocos minutos observó una desorientada reunión de mandos en medio de la calle Zamenhof. Stutze señalaba y vociferaba.

—Hola, ¿qué es aquello? —susurró Andrei.

Milicianos judíos aparecían en la calle por primera vez desde que el terror los hizo encerrarse en sus cuarteles. Pero ahora salían delante de la punta de las bayonetas de la Wehrmacht. Varios milicianos, seguramente de alguna graduación, fueron sacados del rebaño general y metidos a golpes en el edificio de la Autoridad Civil.

Los estampidos de unas pistolas ametralladoras rasgaron el aire.

—¡Enlace! —llamó súbitamente Andrei.

Stephan se arrastró a su lado.

—Lleva un mensaje a Simon. Los alemanes están metiendo en una redada a la Milicia Judía. A algunos miembros de ésta los ejecutan en el edificio de la Autoridad Civil. Por lo visto no saben que la Autoridad Civil ha desertado. Es de prever que los alemanes llevarán a la Milicia calle Zamenhof arriba, directamente hacia la Puerta de Stawki y la Umschlagplatz. Necesitamos instrucciones.

Stephan repitió el mensaje y luego marchó por el centro del tejado en busca del camino más corto, que era el que pasaba por la claraboya de Mila, 18, y descendía por las escaleras hasta el refugio, donde apareció en el mismo momento que el enlace de Ana Grinspan, el cual traía un mensaje idéntico.

Simon dirigió una mirada a Tolek y Alex.

—Andrei pide instrucciones —dijo Stephan.

Los alemanes harían desfilar a la Milicia Judía bajo las armas reunidas de las compañías de Alfred y de Wolf, cerca de la Puerta Stawki. Había en la calle mil alemanes. Serían lo mismo que palomitos atados. ¿Debería empezar la rebelión con aquella nota: la de salvar a judíos? ¿No sería una justicia poética e histórica ver a aquellos vampiros conducidos a la Umschlagplatz, del mismo modo que ellos habían llevado allí a las personas de su propia carne, de su propia sangre? Un arranque que diera oportunidad a aquellos canallas para dispersarse y esconderse sólo serviría para disminuir la provisión de municiones de las Fuerzas Conjuntas.

¡Decisión del mando! «Santo Dios. Ojalá estuviera aquí Andrei para tumbarme de espaldas de un golpe». Tolek y Alex continuaban observándole a la confusa claridad.

Simon inspiró profundamente un par de veces. Los alemanes se encontraban enjaulados como quizá no volvieran a estarlo nunca.

Pero, ¿no se necesitaba precisamente el mismo coraje para tomar la decisión de dejarles salir del ghetto y conceder así a sus combatientes un día, una semana, diez días que les permitieran reunir más municiones?

—Dile a Andrei que guarde una disciplina absoluta. Que les dejen pasar. —Simon hizo girar la manivela del teléfono para confirmar su opinión—. Aquí Jerusalén. Atlas al habla. Las Doncellas del Rhin están en el Palacio de Herodes y se llevan a Korah y Absalom a Egipto. Dejadlas pasar.

En el refugio de los revisionistas de Nalewki, 37, Samson Ben Horm se enfrentaba con el jefe del grupo Chayal, que ocupaba los tejados de la calle Zamenhof, cerca de la compañía de Ana Grinspan. El oficial del Chayal, Emanuel, le espetó a Ben Horin:

—¡Nosotros no les dejaremos pasar!

Samson Ben Horin se acarició la barba recién crecida. Le gustaba. El enlace del cuartel general de Eden miraba, ora a Ben Horin, ora al oficial de grupo.

—No estamos obligados a obedecer las órdenes de Eden —insistió este último.

—Estás obligado a obedecer las mías —replicó Ben Horin—. Y se da la coincidencia de que son las mismas. Deja pasar a los alemanes.

Emanuel estaba furioso.

—¡Los alemanes se encuentran en una trampa!

Ben Horin se encogió de hombros.

—¡Eres un lacayo de los sionistas laboristas! —gritó Emanuel.

—Si no sabes obedecer te relevaré del mando en este mismo instante —amenazóle Ben Horin, enojado.

Emanuel se enfurruñó, contuvo la ira, calmóse y volvió a su puesto, afligido al ver que Ben Horin había adoptado una actitud en consonancia con la de las Fuerzas Conjuntas.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Andrei se arrastró tan cerca del borde del tejado como se lo permitió su osadía y miró a su gente. Las manos sudorosas de los combatientes se cerraban con fuerza alrededor de las armas. Los negros ojos llameaban en los rincones escondidos. Andrei levantó el puño haciendo seña de «no disparar».

Abajo, los alemanes conducían a la Milicia Judía hacia la Umschlagplatz y a Treblinka.

Andrei se lamió los labios y apuntó la pistola Schmeisser, «Gaby», el corazón de Stutze.

«¡Ah! —murmuró para sí—. ¡Qué blanco más hermoso y magnífico! ¡Cuán lleno

de clara sangre sifilítica!»

Y apretó los dientes en un esfuerzo por apartar del gatillo el índice, que le cosquilleaba y parecía doblarse automáticamente.

Los combatientes desparramados encima de la calle Zamenhof miraban a sus verdugos, haciendo un doloroso esfuerzo por no dar libre curso a su ira.

—Mira a aquel jugoso austríaco. ¡Ah, Stutze! ¿Se me presentará otra vez un disparo tan hermoso? —exclamó a media voz Andrei, hablando consigo mismo—. ¡Vaya guerra condenada!

—Hola, Jerusalén —decía Wolf Brandel—. El Ángel del Líbano nos avisa que las Doncellas del Rhin se han llevado a Korah y Absalom a Egipto. Están cargando el tren para el infierno. Todo despejado.

Cuando la retaguardia de la fuerza alemana desapareció por la Puerta de Stawki, las manos que empuñaban armas y granadas y botellas incendiarias aflojaron su zarpazo, y los cuerpos de sus propietarios se doblaron exhaustos, agotados por la tensión.

Una agitación de banderines de señales. De los tejados a las ventanas. De las ventanas a los tejados y a la calle. Una estampía de enlaces.

—Todo despejado.

El generador de Mila, 18, chisporroteó y se puso a girar cobrando vida de nuevo. Las luces se encendieron. Los niños de Majdanek, sentados en el suelo, muy apiñados alrededor de Deborah, reanudaron el juego de la lectura. El rabí Solomon levantó el canturreo de sus oraciones. Moritz, «El Nasher», cortó la doble baraja de naipes para otra ronda de «sesenta y seis», y Alexander escribió las anotaciones en su diario.

Simon Eden se doblaba sobre la mesa, agotado. Andrei entró y le dio una palmada en la espalda.

—¡Simon! ¡Yo tenía a aquel austríaco sifilítico bajo el punto de mira de mi pistola! El cuerpo entero me dolía de ganas de enviar su cabeza a volar por los aires. ¡Qué disciplina! ¡No se oía allá arriba ni un susurro! Ni una seña. ¡Stutze no ha sabido ni por un solo segundo que estaba bajo los cañones de nuestras armas! ¡Simon! ¡Simon! ¡Por Dios te juro que tenemos un ejército!

Simon movió la cabeza, débilmente, asintiendo.

—¿Sabes? —le susurró Andrei confidencialmente—. Apostaría todo lo que poseo a que somos capaces de resistir sus asaltos una semana.

CAPÍTULO IX

El Oberführer Funk llegó a Berlín lamentando un tanto el haber permitido que Horst von Epp conturbase sus ideas. Era absurdo sugerir una serie de tácticas nuevas para la liquidación del ghetto. Debería haber seguido fielmente las órdenes y vuelto allí con una tropa de hombres bien armados al día siguiente del acto de bandidaje que tuvo lugar el 18 de enero. Pero era demasiado tarde. No podía elegir. Y cuando expuso la teoría de Von Epp de apaciguar a los judíos, le fastidió que Himmler la considerase una idea excelente. Lo cierto es que semejante idea obtuvo tan buena acogida que Funk cosechó los honores de haber imaginado todo el plan.

En Berlín, los problemas se acumulaban por todas partes. La impresión de la catástrofe de Stalingrado había sacudido el Alto Mando, que ahora se enfrentaba con una contraofensiva rusa de invierno descomunal.

En África del Norte, el magnífico Afrika Korps de Rommel se hallaba comprometido en furiosas acciones con las fuerzas aliadas, cada vez más potentes. Parecía estar fraguándose un segundo desastre.

Italia se hallaba poco menos que impotente en el terreno militar. Y se olía que haría defección asimismo en el terreno político.

En el aire, la Luftwaffe había fracasado en su misión de aplastar la moral de los tercos ingleses, y ahora toda Inglaterra se iba transformando en un campo de aviación inmenso dispuesto a devolver las bombas alemanas multiplicadas por diez.

En el Pacífico, los americanos habían arrebatado la iniciativa y capturaban una isla tras otra, hazaña que los japoneses creían fuera del alcance del temple de los combatientes yanquis. Los nipones no habían contado con la magnitud del valor singular del Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos.

Por todo el imperio alemán se percibía el inquieto despertar de los conquistados. A despecho de las brutales represalias que desataban las actividades clandestinas, los ejércitos secretos continuaban creciendo.

Ciertamente, Yugoslavia estaba reuniendo una fuerza lo bastante potente como para distraer unas divisiones que Alemania necesitaba urgentemente en el frente oriental. La vigilancia de Grecia y Polonia requería hombres y armas que hacían falta en otra parte.

En menor grado, los sabotajes, asesinatos, acosos y espionajes se propagaban como una llamarada desde Praga a Copenhague, a Oslo, a Amsterdam y a Bruselas. No eran en verdad otra cosa que alfilerazos, pero en número suficiente para producir una dolorosa tumefacción. Hasta en el norte de Italia se estaba formando un ejército de partisanos.

Todo ello hacía volver a la realidad súbitamente a la bestia que se había creído invencible y que ahora se veía revolcada y atónita por primera vez y que se arrastraba

a nivel del suelo, concediendo una nueva estimación a su adversario. Alemania se encontraba aturdida y dolorida. La sonrisa despectiva se había borrado de sus labios. Se debatía en el dolor.

Las visitas de Funk a Eichmann en la Sección 4B de la Gestapo le manifestaron que Eichmann seguía ocupándose de la tarea de acorralar a los judíos con celo poco común, pero que estaba dando cabezazos contra muros de piedra. Finlandia desafió llanamente el mandato alemán de entregar a los judíos y amenazó con utilizar su ejército para defenderlos. De los búlgaros vino otra negativa pura y simple. Luego, Dinamarca. El rey Cristián respondió a la orden alemana de que todos los judíos llevaran la Estrella de David poniéndose él personalmente la primera y ordenando a todos los daneses que siguieran su ejemplo, dando a entender claramente que un danés era lo mismo que otro.

En Francia, Bélgica y Holanda escondían a los judíos en conventos y áticos, y hasta los rumanos se resistían, y los húngaros se dividían ante el caso. Italia se negó a tomar parte en el genocidio.

Aunque los agentes alemanes conseguían descubrir judíos y cazarlos mediante subterfugios, amenazas y métodos brutales, en ninguna parte de la Europa occidental estaban a la venta a cambio de raciones suplementarias, como ocurría en Polonia, Ucrania y los Países Bálticos.

Funk llegó a Berlín durante un período de angustiadas readaptaciones.

Himmler, Eichmann y los más interesados en la «solución final» convinieron en que había que liquidar a la callada el ghetto de Varsovia, el símbolo más considerable de la judería europea. Sería, en verdad, un terrible contragolpe propagandístico para Berlín el tener que admitir que los judíos eran capaces de luchar. Sería un grave mal si los judíos desataban la primera rebelión contra los nazis, y su gesto podría desencadenar una reacción en cadena entre los inquietos movimientos clandestinos.

Alfred Funk regresó a Varsovia sólo el tiempo necesario para cargar la tarea de la liquidación pacífica sobre los hombros del Kommissar del distrito, Rudolph Schreiker, y salió inmediatamente para Dinamarca, donde el incómodo movimiento clandestino danés estaba haciendo cisco de la red ferroviaria y guiaba a los bombarderos ingleses. Dinamarca, símbolo del «hermanito ario», se portaba mal.

Durante todo el mes de febrero de 1943, Rudolph Schreiker anduvo a tropezones en una infructuosa campaña por conseguir con engaños que los cuarenta mil supervivientes salieran del ghetto. Las Fuerzas Conjuntas habían publicado la orden inalterable de que todo el que se presentara voluntario para ser deportado o intentase marcharse bajo los auspicios de los alemanes sería fusilado.

Las Fuerzas Judías Conjuntas permitían que pequeños grupos de alemanes penetraran en el ghetto sin ser molestados. Los emisarios de Schreiker iban a las fábricas con el intento de conseguir «transferencias de empleo» garantizando buenas

condiciones de trabajo en Poniatow o Trawniki. Para confirmar la buena fe de sus intenciones, Schreiker envió al ghetto algunos alimentos y medicinas.

A unos cuantos judíos destacados que se encontraban presos en Varsovia los enviaron al ghetto a formar una nueva Autoridad Civil Judía que abriese escuelas y hospitales y reanudase las actividades culturales.

Pero nadie se movió de su escondite.

Al cabo de una semana, Schreiker se dio cuenta de que la nueva Autoridad Civil era impotente, y en un furioso acceso de cólera por su propio fracaso, hizo ejecutar a sus componentes en el ensangrentado edificio que había servido de sede al organismo.

Los periódicos y la radio denunciaron la falta de colaboración de los judíos en la tarea de reacomodarlos para un «trabajo honrado». Al pueblo polaco se le suministró la especie de que todas sus malaventuras había que achacarlas a los judíos, pues si éstos se hubiesen presentado para un «trabajo honrado», no habría habido necesidad de recurrir a los polacos. Era una «lógica» que éstos aceptaban plenamente.

Simon Eden disponía del elemento que le hacía más falta: tiempo. Por ganar tiempo había ordenado no disparar cuando los alemanes llevaron a la Milicia Judía a la Umschlagplatz. El tiempo le daba oportunidad para aumentar sus menguadas fuerzas.

Los revisionistas habían establecido un contacto firme con un pequeño grupo clandestino de tendencia derechista del otro lado del muro, la Brigada ND. A través de la Brigada ND, los grupos revisionistas —Chayal, Jabotinski y Trumpledor— se convirtieron en la compañía mejor armada del ghetto.

El movimiento clandestino comunista Guardia del Pueblo estaba mal armado y no podía desprenderse ni de una bala para facilitarla a los del ghetto, pero proporcionó a las Fuerzas Conjuntas un apoyo firme en la parte aria mediante los contactos por radio y los escondites con que contaba en Varsovia.

Por el mes de marzo de 1943, las diminutas Fuerzas Judías se hallaban profundamente escondidas en las catacumbas del ghetto, sabían obedecer prestamente las órdenes del mando y tenían un sistema de observación, comunicación y enlace tan bueno como las circunstancias permitían. Los reducidos equipos de combatientes habían demostrado un autodominio extraordinario en abstenerse de hacer fuego y en maniobrar sin ser vistos, y habían adquirido una supeditación tal a los jefes, que hasta el pesimista Simon Eden empezaba a creer que serían capaces de tener en jaque a los alemanes por espacio de una semana.

Mediados de marzo. Dos meses habían transcurrido y los judíos seguían dueños del ghetto. Alfred Funk llegó en tromba a Varsovia, encerró a Rudolph Schreiker en su despacho y le abrumó a insultos durante una hora. Schreiker fue despojado del servicio. Se le permitió conservar su puesto, porque los nazis no podían confesar

fracasos en asuntos judíos, pero la misión de liquidar el ghetto fue confiada a Horst von Epp y al doctor Franz Koenig.

El 17 de marzo, un coche militar absolutamente solo cruzó la Puerta Leszno-Tlomatskie con un par de grandes banderas blancas a uno y otro guardabarros. El automóvil avanzó a paso de tortuga calle Zamenhof arriba y se paró delante del edificio de la Autoridad Civil. Un solo soldado sin graduación alguna salió de detrás del volante y levantó otra bandera blanca.

Los combatientes judíos estuvieron observando el coche desde el instante en que penetró en el ghetto. El soldado se apoyaba nervioso, ora en un pie, ora en el otro, enervado por aquella quietud.

De detrás de los umbrales, por las ventanas, grietas y patios empezaron a asomar cabezas, formando un círculo a su alrededor. El soldado agitaba vigorosamente la bandera blanca. Después entornó los ojos al ver que se acercaba hacia él una mujer que empuñaba un rifle alemán, calzaba botas alemanas y dirigía a una docena de hombres.

Ana Grinspan había visto alemanes en el punto de mira de su rifle en otras ocasiones, pero aquello era diferente. Era la aplicación práctica de las continuas lecciones de Andrei asegurando que los alemanes no eran superhombres.

«Atraviésalos con una bala y se caerán». El soldado se mostraba claramente desorientado a la vista de su enemigo. El «infrahumano» era una mujer alta y hermosa a la cabeza de unos hombres con cuyas proezas no sentía ningún deseo de competir.

—Traigo un mensaje para su comandante de parte del doctor Franz Koenig, en representación de las autoridades alemanas —recitó.

—Enlace —ordenó Ana Grinspan—, ve a Jerusalén y dile a Atlas que el Faraón ha enviado un mensajero bajo tregua. Lo retendremos en el Palacio de Herodes.

Un enlace salió a escape calle Zamenhof abajo.

—Vendadle los ojos —ordenó Ana.

Momentos más tarde, Simon Eden hablaba a la espalda del soldado.

—Yo soy el comandante —le dijo.

—El doctor Koenig desea celebrar una entrevista bajo tregua con usted y su mando. Garantiza seguridad absoluta...

Simon le interrumpió.

—Dígale que si desea celebrar una conferencia cruzará solo y a pie la Puerta de Leszno-Tlomatskie llevando una bandera blanca y se parará delante del edificio de la Autoridad Civil. Vendrá entre las doce y las doce y diez minutos.

La solitaria figura obesa de Franz Koenig penetró bamboleándose en aquella quietud ultraterrena. Koenig temblaba de miedo, y a cada paso agitaba adelante y

atrás una desmesurada bandera blanca.

El recorrido calle abajo, por el centro... La aterradora sensación de que le seguía la mirada de un millar de pares de ojos. Escondidos. Fijos en él. Koenig miraba a hurtadillas hacia las ventanas y los tejados. Ni un movimiento. ¿Cómo era posible que existiera un lugar tan desierto?

Koenig quiso llevar traje de paisano, pero temió que los nazis pensarían que le daba miedo llevar uniforme. En seguida que estuvo dentro del ghetto, se quitó el brazal con la cruz svástica. «De nada serviría enemistarlos más», pensó.

Paso a paso, fue subiendo calle arriba, dejando atrás Dzielna y Pawia.

Todavía ningún signo de vida. Se paró en el cruce de Gensia y miró en las cuatro direcciones. Nada. Sólo una nevada de plumas. A su espalda se levantaba la fábrica del edificio de la Autoridad Civil.

—¿Hay alguien aquí?

«¿Alguien aquí..., alguien aquí..., alguien aquí?», repitió el eco de su voz.

—¡Eh!

«Eh..., eh..., eh...»

Pasaron diez minutos. Koenig estaba atontado de miedo.

—¡Koenig!

El alemán buscó con la mirada de dónde venía la voz.

—¡Koenig!

La puerta de la fachada del edificio de la Autoridad Civil estaba entreabierta. Koenig subió con presteza los peldaños y la empujó. La puerta soltó un gemido. Koenig semicerró los párpados para ver mejor el sombrío pasillo y agitó la bandera blanca, gritando:

—¡Tregua! ¡Tregua!

La puerta se cerró de golpe detrás de él. Koenig se volvió y se encontró ante la barbuda faz de Samson Ben Horin.

—Manos arriba —ordenó Ben Horin. Y dándole un leve empujón, añadió—: ¡En marcha!

Anduvieron pasillo abajo. Las paredes aparecían manchadas de sangre seca de las ejecuciones llevadas a cabo por los alemanes. El yeso se desconchaba.

Derribos por todas partes.

—Entre ahí dentro. Siéntese.

A Franz no le gustaba aquel cuarto sórdido, revuelto, destrozado. Olía mal.

Franz engulló saliva para despejarse la garganta, temeroso de mirar a los ojos de Samson Ben Horin. Samson sonrió con una sonrisa falsa.

—De modo que usted es un superhombre —dijo.

Koenig se sentía desarmado delante de aquel joven judío, flaco, de ojos negros y que, sin duda alguna, sería capaz de despedazarle. Samson se había sentado en el

alféizar de la ventana y hacía oscilar las piernas como un péndulo.

—De modo que usted es un superhombre —repitió.

La puerta se abrió. Simon Eden, con su alta figura, tiesa como una barra de acero; Andrei Androfski, con la fuerza de un león; Rodel, con la estructura de un tanque... Todos entraron y se apoyaron en la pared.

Koenig comprendió al instante que las Fuerzas Conjuntas no sólo no eran un mito, sino que los supervivientes pertenecían a una especie brava.

Alexander Brandel entró ayudando a caminar al rabí Solomon. Alex y el anciano se sentaron enfrente de Koenig.

—Póngase en pie en presencia de nuestro rabí, y cúbrase la cabeza —ordenó Andrei.

Koenig hizo retroceder su silla y se levantó.

Rodel no aplaudía demasiado la idea de que Samson Ben Horin y el rabí Solomon asistieran a la conferencia. Para él, los revisionistas de Ben Horin estaban emparentados con los fascistas. Además, Ben Horin no quería integrarse en las Fuerzas Conjuntas. En cuanto al rabí Solomon, consideraba que su presencia obedecía a un sentimentalismo estúpido. Pero en honor a la unidad, no protestó.

—Hable —dijo Simon.

—En nombre de... en nombre de la autoridad alemana, estoy autorizado para negociar un arreglo de nuestras dificultades.

La frase no produjo ninguna reacción. Koenig se aclaró la garganta y continuó:

—Desearíamos dejar el pasado atrás. Olvidemos lo pasado. Quiero decir que no sirve de nada el cargarse de prejuicios. Olvidemos el ayer y hablemos del mañana.

Los seis hombres qué tenía delante continuaban sin manifestar reacción alguna.

—Nosotros desearíamos completar la reacomodación del ghetto. Y ahora, antes de que ustedes digan nada, permítanme asegurarles que he venido aquí perfectamente preparado para garantizarles unas condiciones de trabajo excelentes en campos que ustedes pueden examinar con entera libertad.

Ben Horin continuaba moviendo la pierna adelante y atrás, como un péndulo, en su asiento de la ventana. Los ojos de Rodel llameaban de odio.

Simon y Andrei miraban a un punto inconcreto del suelo. Únicamente Alex manifestó alguna sorpresa.

Koenig carraspeó de nuevo.

—Estamos dispuestos a firmar un pacto. Damos palabra. Un tratado, si quieren denominarlo así...

Pero se interrumpió. Los seis pares de ojos estaban ahora fijos en él, expresando desdén. No hacía progreso alguno y se ponía más nervioso a cada momento.

—Muy bien. Yo les pregunto bajo qué condiciones tomarán en consideración el abandonar el ghetto.

Ya no quedaban nuevas tretas alemanas, ni más astucias, ni engaños, ni habilidades.

—Deben considerar lo que les digo —continuó Koenig—. Fíjense bien, yo no he venido a amenazarles, pero ustedes comprenden, sin duda, que se hallan en una situación insostenible.

Los otros seguían sin responder. Koenig había venido a cambalachear, dispuesto a batirse en retirada para conseguir lo que quería: la liquidación pacífica. El continuado silencio no le dejaba otra alternativa que la de presentar de golpe la oferta final.

—Ustedes representan el cuadro dirigente de una masa de personas que nosotros calculamos entre cuarenta y cincuenta mil. Para demostrarles que hablamos en serio, estamos dispuestos a pagarles una bonita indemnización.

Varios centenares de miles de zlotys. Los depositaremos en francos suizos, dólares americanos o como quiera que lo deseen, y les daremos dos mil visados para Suecia. Les garantizamos salvoconductos bajo los auspicios de Suecia o Suiza. Si lo desean, pueden marcharse en grupos de cien y comunicarse mediante mensajes cifrados para cerciorarse de que todos llegan a su destino sin novedad. Bien, caballeros, ¿se les puede ofrecer condiciones más favorables?

La oferta de Koenig era transparente como la luz del día. Era el soborno de la libertad. Permitirían a los dirigentes y a parte de las Fuerzas Judías que escapasen, y no sólo esto, sino que les pagarían la huida a cambio de dejar a los demás supervivientes sin defensores y a merced de los alemanes. Sin las Fuerzas Conjuntas, ya no habría peligro de ulteriores resistencias. Lo demás se resolvería a la callada.

—No tengas al doctor Koenig esperando, Alex —dijo Simon—. Estoy seguro de que ya sabes la respuesta que has de darle.

Alexander Brandel se levantó y se puso cara a cara con Franz Koenig. En seguida expectoró un tremendo salivazo mucoso que fue a parar a la nariz del alemán y descendió por encima de sus labios y su barbilla.

—Salga —dijo Simon, con voz sibilante.

Samson Ben Horin saltó al alféizar de la ventana y amartilló la pistola.

—Demos una respuesta de verdad a los alemanes.

—No —objetó el rabí Solomon—. Ha entrado en nuestra casa bajo una tregua. Estamos obligados a protegerle.

—¡Rabí! ¡Ése es el Faraón! Tiene las manos manchadas de sangre de esclavos judíos. Sus abultados bolsillos rebosan de oro amasado con el sudor de los judíos.

—No, Samson —reprendió blandamente el rabí—. Como el más anciano de esta comunidad, no quiero permitirlo.

Samson apretó el cañón de la pistola contra la sien de Koenig con una mueca horrible. Ni Andrei, ni Simon, ni Rodel se tomaron la molestia de detenerle.

—Los nazis sólo forman uno de los bandos de esta guerra. ¡Deja que ese cachorro

miserable se arrastre fuera de aquí llevando grabado en su alma destruida el recuerdo de unos hombres honorables, que viva temiendo el momento en que la ira de Dios nos vengará! —dijo Solomon.

Samson exhaló un profundo suspiro, asió el cañón del arma y lo apartó de la sien de Koenig, diciendo:

—Dejadle que se vaya.

Samson Ben Horin dio media vuelta y aporreó la pared con el puño.

—Salga antes de que yo cambie de idea —le dijo Simon a Koenig.

Franz Koenig saltó fuera del cuarto, tropezando y rodando a causa de su obesidad y recorrió la mitad del pasillo a gatas empujado por el frenesí de escapar. Luego salió a la calle corriendo y agitando la bandera blanca.

—¡Tregua! ¡Tregua! ¡Tregua!

Simon, Samson, Andrei, Rodel y Alex se reunieron junto a la ventana y vieron cómo Koenig llegaba al cruce de las calles dando traspiés y se perdía de vista.

—¡Tregua! ¡Tregua! ¡Tregua!

Andrei puso la mano sobre el hombro de Alex.

—*Nu*, ¿qué sensación da ser un hombre de violencia?

—Nada mala, Andrei. Nada mala, en absoluto.

—Una semana —murmuró Simon—. Resistamos al menos una semana.

CAPÍTULO X

Anotación en el diario

Durante todo el mes de marzo, los alemanes han realizado afanosos esfuerzos por conseguir con señuelos que los judíos se pusieran al descubierto. La Gestapo ha iniciado un sistema de «visados» destinados a que los «extranjeros» se inscriban en el Hotel Polonia. Pretenden simular la existencia de un acuerdo no escrito, según el cual a los judíos escondidos que estén en situación de comprarse la libertad se les concederá pasaje para Suecia.

La Gestapo ha llegado a extremos extraordinarios para dar un carácter de legitimidad a la venta de visados. Una falsa unidad de la Cruz Roja se encuentra en Polonia para dirigir el plan. (Nota: Los alemanes han empleado ya una y mil veces por toda Europa falsos establecimientos de la Cruz Roja como cebo para los prisioneros de guerra fugados y para otras personas escondidas. Utilizan incluso falsos movimientos clandestinos dirigidos por colaboracionistas.)

Por lo visto, permiten que unos pocos compradores de visados lleguen a Suecia, a fin de «demostrar» a los otros que se trata de una cosa seria y real.

Hemos quedado pasmados al enterarnos de que David Zemba ha dado tanto crédito a la estratagema de los visados que ha salido de su escondite y se encuentra en el Hotel Polonia con el propósito de ponerse en contacto con la judería mundial, a fin de reunir dinero para comprar visados. Éstos se pagan de diez a veinte mil zlotys cada uno.

Estamos seguros de que se trata de un plan bien meditado y destinado a disipar todos nuestros recelos. El leopardo no cambia sus manchas. Estamos más seguros todavía de que todo ese plan de visados es un engaño y de que la mayoría de los que se inscriban terminarán en Treblinka.

Es raro que un hombre con la experiencia de David Zemba pueda dejarse embaucar tan fácilmente. Supongo que la gente está tan desesperada que incluso consiente en engañarse a sí misma con la mezquina esperanza de que pueda haber un rastro de verdad en lo que le prometen.

En consonancia con la ofensiva de «paz» alemana, desde hace dos meses y medio no hemos sufrido ninguna acción abierta contra el ghetto. Sigue

habiendo electricidad en muchos sectores y los grifos continúan dando agua. Todavía llegan a las fábricas suministros de comestibles, aunque aquéllas ya no rinden nada. El contrabando continúa operando con relativa facilidad. Moritz Katz ha organizado un «Cuerpo de Intendencia» con una docena de antiguos contrabandistas. Nuestros intendentes han reunido un acopio de alimentos suficientes para sostener durante dos semanas a los combatientes y a las personas que dependen más inmediatamente de nosotros.

Almacenamos agua para beber con toda la rapidez que nos permiten los depósitos que encontramos y el espacio de que disponemos para guardarlos. (Calculamos que tenemos todavía un suministro para diez días.)

Una cosa es cierta. Los alemanes no desean combatir con nosotros. El ghetto está empapelado de carteles de «paz» incitando a la gente a que salga y se presente para trabajar. Las Fuerzas Conjuntas siguen advirtiendo a la gente de los peligros que nos amenazan. No consentimos que se presente nadie para ser deportado.

¿Cuánto tiempo tolerarán los alemanes nuestra conducta? Estamos ya en la primera semana de abril. Esperamos que el hacha caiga en cualquier momento.

ALEXANDER BRANDEL

El crepúsculo, callada transición hacia la oscuridad, condujo a Deborah Bronski y a cuarenta chiquillos comprendidos entre los tres y los diez años de edad por un túnel subterráneo de Mila, 18, a un patio próximo a la plaza Muranowski.

Salían de uno en uno de debajo del suelo, inspirando profundamente, a bocanadas, para llenarse los pulmones de aire puro, y parpadeaban deslumbrados por la intensidad de la luz muriéndose del día.

Sobre el tejado del edificio vecino, combatientes judíos iban y venían guardando a los preciosos chiquillos de un ataque súbito. Sylvia Brandel fue la última en salir. Los niños corrían, saltaban, se revolcaban, hacían cabriolas y daban palmadas con la alegría de verse libres del encierro. Pronto..., pronto llegaría la primavera.

A los pocos momentos, los pequeños se entregaban a los juegos propios de los niños de un ghetto. Jugaban al juego del «contrabandista», escondiendo un objeto para que no lo encontrasen en sus pesquisas los «Nazis y Ruiseñores».

Jugaban a las «fugas» entrando y saliendo de los pasillos de la casa abandonada para llegar al «sector ario» dejando atrás a los «Polacos Azules». Jugaban a «combatientes judíos y alemanes», salpimentándose unos a otros con bombas y balas

imaginarias.

Todos querían ser Atlas y Jan y el Maestro de Ajedrez y Tolstoi. Las chicas querían ser Tanya, como Ana Grinspan, o Rachael Bronski. Ninguno quería ser el Faraón, o Brunhilde, o los nazis, o los «Ruiseñores», o los Polacos Azules.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Te he cazado, judío!

Un chiquillo tropezó y cayó en el patio y le salió sangre de la nariz. A pesar del dolor, no lloró, porque le habían enseñado a no llorar aunque se hiciera daño. Los nazis y sus perros aguzaban el oído por si oían niños llorando, pues así descubrían viviendas secretas.

Deborah abrazó al niño y cortó el derrame de sangre. Un momento después, el pequeñuelo subía raudo por las escaleras para reanudar el juego.

Deborah dirigió una mirada a su reloj. Dentro de un momento llegaría Rachael. Cosa rara. Deborah había creído que al cabo de un tiempo, una persona había de empezar a adquirir las características de una rata o un topo.

Que el vivir debajo del suelo había de apagar los valores humanos. La tragedia había de inmunizarle a uno contra el dolor. La oscuridad había de ser un alivio para la soledad. Pero no sucedía así en modo alguno. El corazón le dolía intensa y repetidamente cada vez que los combatientes traían al cuarto de los niños de Mila, 18, un cuerpecito encorvado, un esqueleto lloroso recogido en una fría acera o en una callejuela oscura, o en un cuarto abandonado, destrozado.

Deborah lloraba entre las tinieblas al pensar en los ojitos salvajes de aquellos niños, en sus uñas, que arañaban como las de animalitos asustados. Lloraba por su pertinaz y atormentadora incapacidad para corresponder a la ternura.

¡Cómo añoraba a Rachael! Aquella sensación de soledad no le abandonaba nunca.

Y Stephan. El miedo le mordía las entrañas cada vez que su hijo salía del refugio con Andrei. ¿Cuántas veces puede morir una persona sin que los nervios mueran también?

—¡Si al menos Rachael pudiera vivir con ella! Porque la joven se exponía a muchos riesgos saliendo del refugio Franciskanska por las noches para ir a verla. Pero Rachael había de estar con Wolf. Y para los niños no había otro cuarto que el de Mila, 18.

—Saska Kempa —dijo un combatiente desde el tejado.

—Grochow —respondió una voz de muchacha desde la calle, respondiendo al santo y seña.

Rachael se acercaba cruzando el patio diagonalmente. A aquella distancia, Deborah no podía distinguir su rostro. Rachael llevaba unas botas nuevas que le llegaban a las rodillas y una chaqueta de cuero cruzada por un par de bandoleras. Los cinturones sostenían varias granadas, del hombro colgaba un rifle, y el negro cabello estaba atado en un moño debajo de la gorra de obrero.

En la mano llevaba la guitarra de Wolf. A pesar del disfraz, seguía siendo Rachael. Nada podía evitar que caminase como una mujer. Nada podía empañar su suavidad.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

—¿Dónde está Stephan?

—Ha salido con Andrei. ¿Cómo no viene Wolf contigo?

—Hace prácticas de pistola en la fábrica.

—Quizá no deberías venir sola de noche.

—Mamá, soy soldado.

Deborah le quitó la gorra a su hija, le desató el cabello y dejó que se le derramara sobre los hombros.

—Durante un rato no lo seas —dijo.

Rachael movió la cabeza en un signo de conformidad.

—¡Te he cogido! —gritó la voz de un niño—. ¡Hala, a la Umschlagplatz!

—Vaya juegos maravillosos —suspiró Deborah. Ella y Rachael se sentaron en un peldaño, viendo cómo los niños entraban y salían veloces del patio—. Tienes buen aspecto —dijo Deborah por decir algo.

—Tú no, mamá. ¿Estás enferma?

—No. Lo que pasa es que... de vez en cuando esa irrealidad se vuelve real y una interrumpe el trabajo un rato suficientemente largo para pensar. Nos encontramos en un agujero debajo del suelo y el único camino de salida es la muerte. Cuando tengo tiempo para pensar, siento miedo. Miedo puro y simple.

Rachael acarició la mano de su madre.

—Es extraño, mamá, pero estando con Wolf... Él despide una atmósfera de seguridad. Siempre tengo la sensación de que saldremos de todo eso.

—Ha de ser una sensación agradable —dijo Deborah.

—Sí —apresuróse a contestar Rachael—. Es una sensación que Wolf contagia a todos los que le rodean. Me cuesta trabajo creerlo, porque a veces no es más que un niño. No me dejó participar en el golpe de la fábrica de cepillos, pero todos me contaron después, cómo se portó. Tranquilo..., como el hielo...

Un verdadero jefe. Yo sé que los dos juntos somos capaces de vencerlo todo... —Rachael se interrumpió de pronto. ¿Qué estaba diciendo? Hablaba a su madre de la confianza de verse libres, cuando la situación de su madre no admitía esperanza—. Lo siento, mamá. No quería...

—No, querida. Da gusto oír una voz llena de confianza.

—Cuéntame tus cosas, mamá.

—Desaparecida Susan, no tengo amigas con quienes hablar. Ahora mi mejor amiga eres tú.

—Me alegro.

—Simon y Alex y Andrei están revolviendo cielos y tierra para sacar a Chris del ghetto. En la actualidad es el hombre más importante que tenemos aquí. Alex le llama nuestro pasaporte para la inmortalidad. Un día tendrá que marcharse. Se irá solo, naturalmente. Y esto le mata, lo mismo que me mata a mí.

Deborah apoyó la cabeza en el hombro de su hija y sollozó por lo bajo.

Rachael la consoló.

¡Qué terrible había de ser para mamá amar sin esperanza! Cada día un infierno de tormentos, sabiendo que la sentencia era inevitable. ¡No poder combatir contra la fatalidad, no poder gritar contra el destino! Estando al lado de Wolf, una tenía esperanza, siempre tenía esperanza.

—Sosiégate, mamá, sosiégate...

Deborah tenía los nervios tensos como muelles.

—Sosiégate, mamá, sosiégate... Ssssitt... ssitt...

—No sé lo que me pasa. La causa está en eso de permanecer encerrada todo el día en el refugio con los niños, fingiendo ante ellos, simulando que todo terminará bien... Ellos comprenden que soy Una embustera pésima.

—¡Tía Rachael! —gritó Moisés Brandel, al descubrir a la visitante venida de Franciskanska.

—¡Tía Rachael está aquí!

Los niños convergieron hacia ellas de todos los rincones de la casa. Deborah se secó los ojos y dijo:

—Es hora de que nos volvamos.

Todos recorrieron a tientas el túnel que conducía al cuarto de Majdanek.

Rachael, Sylvia y Deborah subieron a los niños a los superpuestos catres de paja y los arroparon. Los niños yacían junto al borde de sus respectivas literas, una colección de caritas menudas con los ojos fijos en la vela solitaria sobre la mesa de madera próxima a Rachael. La joven rasgueó la guitarra de Wolf y su voz delgada se puso a cantar las delicias del país de la leche y la miel que les esperaba.

Los niños no tardaron en dormirse. Rachael se marchó, y Deborah se quedó dormitando y aguardando el regreso de Andrei y Stephan.

—Deborah.

Ella abrió los ojos, parpadeando. Andrei estaba allí, de pie. Deborah sonrió.

—Stephan duerme en mi oficina —apresuróse a tranquilizarla Andrei—. Sal al pasillo. Quiero decirte una cosa.

De los cuartos de las compañías de combatientes llegaban voces cantando, bromeando, contando historias. Un bip-bip-bip de la radio. Un aullido de risas mientras Moritz «El Nasher» daba un puñetazo sobre la mesa mostrando los naipes de triunfo de una partida de «sesenta y seis».

Andrei y su hermana encontraron un sitio tranquilo a pocos pasos de la boca de uno de los túneles de salida.

—Chris te está esperando —dijo el hermano—. Está en el 24 de Muranowski. En el otro extremo del túnel hay un guardia que te acompañará.

—Gracias —susurró Deborah.

—Antes de que te vayas... Gabriela ha encontrado sitio para otros tres niños. Tendrás que proceder a una selección. Se trata de una casa excelente con un matrimonio sin hijos. Un leñador y su esposa.

¡Proceder a una selección! La sola idea hacía sufrir a Deborah. Le parecía como si estuviese en el centro de selección de la Umschlagplatz. Podía conceder a tres niños el derecho a vivir. ¿A cuáles elegiría? ¿A tres enfermos? ¿A los tres que tuvieran los ojos más tristes? ¿A los tres que llorasen con los gemidos más lastimeros? ¿Cómo escoger? ¿A los que llevasen más tiempo debajo del suelo?

—Las posibilidades de sobrevivir son excelentes. Escoge tres niños fuertes —dijo Andrei.

—De acuerdo.

Deborah y su hermano se miraron y se comunicaron los respectivos pensamientos sin necesidad de palabras. Ambos tuvieron el mismo impulso repentino. Enviarían a Stephan. Nadie se lo reprocharía ni les acusaría de favoritismo. El muchacho se había ganado de sobras el derecho a la libertad.

Pero Deborah y Andrei se hallaban prisioneros de los mismos conceptos que habían infundido en Stephan. ¿Cómo le dice una a su hijo que la dignidad y el honor son valores por los cuales hay que sacrificar la vida... de otras personas?

Unos pensamientos que no se convirtieron en palabras.

Andrei dio unas palmaditas en la mejilla a su hermana y le entregó una pila eléctrica.

—¿Se marchará pronto Chris?

—Cualquier día —respondió Andrei.

Deborah se hundió en el túnel, avanzando despacio mientras la pobre luz de la pila abría paso ante ella, entre las paredes de tierra debajo del ghetto, muerto allá arriba. Los veinte metros últimos había que recorrerlos a gatas.

El soldado de guardia en el 24 de Muranowski la cogió del brazo para hacerla pasar por la trampa y la ayudó a ponerse en pie. La mujer recobró el aliento, se secó la transpiración de las mejillas y enderezó la espalda.

—¿Hay agua aquí?

El guardia le señaló los recipientes del almacenamiento. Estaban en un ghetto y en guerra, pero Deborah era una mujer que iba a reunirse con su amado y había de hacer lo posible para estar deseable. Lavóse las manchas de tierra de la cara, se cepilló el cabello, se lo peinó del modo que le gustaba a Chris y despilfarró una gota

de un gramo de perfume que Gabriela le había enviado por conducto de Andrei. Luego subió las escaleras al encuentro de su amor.

En los primeros tiempos después del regreso de Chris, atormentaba a Deborah una sensación de sordidez. Le daba vergüenza que fuese capaz de amarle en un sitio como aquel. Sus lugares de cita eran los sótanos o los áticos, con frío, o con un calor opresivo; en túneles escondidos, o en rincones abandonados. Y en el destrozado refugio de Mila, 19, cerca de las rápidas aguas de la cloaca. Con los cuerpos sudorosos, o temblando y con la piel arrugada de frío.

Deborah abrió la puerta del ático.

Chris estaba contemplando cómo se encendía paulatinamente el parpadeo de las luces de la ciudad a medida que se extendía el manto de las tinieblas. Ella se deslizó a su lado y se puso a contemplar también los puntitos luminosos.

—Un zloty a cambio de lo que piensas —dijo la mujer.

—¿Mis pensamientos? No valen un zloty, ni siquiera con la inflación de hoy en día.

—Entonces, ¿un beso por tus pensamientos?

Chris sonrió con una sonrisa que no era tal.

—Estaba pensando en el hombre, en Dios y en el Universo... En todas esas cosas tremendas que uno no llega a comprender nunca de verdad.

—Esto bien vale un beso —dijo Deborah.

Chris no se dejaba apaciguar.

—Hoy, en un refugio de Mila, 18, Christopher de Monti, de la Agencia Suiza de Noticias, escuchaba a dos hombres discutiendo de filosofía sobre un punto insignificante, al cual se agarraban ambos con una inflexibilidad pasmosa. Ambos se aferraban a sus respectivas posiciones, a pesar de que jamás representarán la menor diferencia en ningún sentido, ni afectarán al precio del té en China. Alexander Brandel discute pidiendo que el rabí Solomon haga una declaración de apoyo a las Fuerzas Conjuntas como factor moral para los supervivientes del ghetto. El rabí Solomon cita opiniones del Tora, el Midrash y el Mishna sosteniendo que un acto de venganza es una forma de suicidio estrictamente prohibida. De modo que ahí lo tienes, Deborah. Dos hombres en un agujero del suelo discutiendo una cuestión que los hechos resolverán por su cuenta, de todos modos. Francamente, el hombre y el Universo me dan una pena muy grande.

—Caramba, de veras que estás de mal humor. Aquí me presento yo muy acicalada, a fin de estar atractiva, y ni siquiera puedo seducirte para que me des un beso.

—El amor no debería cruzarse nunca en el camino del hombre y del Universo. En este momento creo que debería renunciar para siempre al amor por un cigarrillo y un buen trago de whisky escocés.

Chris se apartó de la ventana, dándose unas palmadas en los bolsillos en busca de unos pitillos que no estaban allí.

—¿Cómo diablos será que Andrei no traiga unos cuantos paquetes de tabaco que se haya procurado por medio de Gabriela?

—Algunos de nosotros hemos vivido de este modo desde hace varios años —replicó Deborah, vivamente.

Chris se dejó caer en el catre y murmuró que lo sentía.

—¿Qué es lo que de veras te acongoja, Chris?

—¿No lo sabes?

—Quizá sería mejor que hablásemos de ello.

—No quiero. —El periodista meneó la cabeza lentamente—. Sencillamente, no quiero.

Habían llegado a un callejón sin salida. Dentro de pocos días, Gabriela habría encontrado una ruta para que él pudiera abandonar el país. Deborah se quedaría atrás. La era imposible dejar ni a los niños, ni a Rachael, ni a Stephan.

Y era imposible que se los llevase consigo. Chris tenía que marchar y ella tenía que quedarse. Un caso sencillo y sin discusión.

—Nunca había compadecido a los pobres bastardos sobre los cuales me arrojaba a la conquista de mi pan de cada día. Los generales, los almirantes, los jefes de Estado. Los grandes realizadores. Muchos de ellos se miraban a sí mismos como peones del hado. Yo no los consideraba así. Yo me decía:

«Merecen todo lo que les ocurre. En realidad, anhelan ese mordisco del destino.

Piden el martirio». Y, en cambio, ahora los compadezco. Mírame a mí, la esperanza grade y blanca de las trituradas tribus de Israel. Soy la voz de más allá de la muerte que no debe dejarse ahogar.

—Ninguno de nosotros puede elegir, Chris. Agradece la suerte de poder volver a caminar bajo los rayos del sol.

—Sin ti, Deborah. Todo lo que yo quiero es regresar a tu lado al final de cada jornada. Yo no estoy hecho de la tela, más dura y austera, de Andrei, de Alex, del rabí Solomon.

—Cuando llegue la ocasión, la encontrarás...

—No puedo resignarme a lo que te he dado, Deborah. Tormentos. Amor en las catacumbas. No puedo ponerme en paz con esta deuda.

—Chris, escúchame. Cuando yo muera...

—¡Calla!

—Cuando yo muera, Chris, la muerte me será muy penosa. Querré vivir porque he sabido lo que es el éxtasis. Si no nos hubiéramos conocido nunca, nada echaría de menos. ¡Qué soledad, qué vacío sería no haber sabido jamás lo que era dar y recibir amor, no (sí, eso también) haber conocido todos los sufrimientos que nos acarrea!

Deborah se arrodilló al lado de Chris. Él le levantó la cabeza, reteniéndola entre sus manos, y sonrió.

—Y el Vístula sigue corriendo —dijo.

—Durante estos momentos, nosotros podemos hacer que se detenga. Tú y yo tenemos el poder mágico de elevarnos por encima de la corriente del río, de las armas y de los gritos... Ahora, en este momento, amor... Todo lo demás está lejos..., muy lejos...

CAPÍTULO XI

Alfred Funk bajó los ojos hacia un desgastado plano del ghetto y se frotó las manos con anticipado regocijo. Después cogió una lupa y la movió por encima del plano, parándose en los emplazamientos de tropas, carros blindados y artillería, señalados con alfileres de varios colores. Un par de éstos los cambió de sitio para señalar sendas baterías de reflectores de gran potencia.

Se sentía honrado de que en Berlín hubiese encontrado un tal espíritu de perdón, de que le dieran la oportunidad de reivindicarse a sí mismo. Esta vez no fracasaría.

Su plan era muy sencillo. Cada siete metros, alrededor del muro, alternaría un «observador de raza extranjera» con un policía de los Polacos Azules. Un oficial de las SS estaría de patrulla en cada una de las secciones de doscientos metros, detrás de los ucranianos, para asegurarse de que no vendieran sus armas a los judíos. El círculo de soldados en torno a la pared del ghetto imposibilitaría toda salida en grupo de los de dentro, así como que un hombre solo se escabullera, burlando la vigilancia.

Los ingenieros de la ciudad y los del Ejército le aconsejaron que no volase las cloacas. Los enormes tubos del *Kanal* podían dar lugar a que parte de la ciudad se hundiera en el suelo, al paso que el desagüe hacia el Vístula quedaría interrumpido. Lo que haría sería colocar guardias en todas las bocas de cloaca que condujeran al ghetto, al mismo tiempo que haría bajar hacia el fondo acordeones de alambre espino. Con esta medida no se detendría la corriente de aguas sucias, y en cambio se cogería en una trampa a los judíos que tratasen de escapar por las cloacas. Tanto en ellas, como en los refugios del ghetto, emplearían, además, velas que daban un gas venenoso.

Una vez cerradas todas las salidas, Kunk metería dentro del ghetto al Cuerpo Reinhard, fuerzas de la Wehrmacht y de las SS de Waffen con vehículos acorazados listos para actuar. La mayoría de los cuarenta mil judíos se encontraban en los recintos de las fábricas. Funk los cazaría rápidamente y los pondría en camino de Treblinka.

La lupa se detuvo en un punto del plano del sector ario, cerca de la plaza Muranowski, señalado con una fila de posiciones de reflectores. Funk se elogió a sí mismo diciéndose que el colocar aquellos faros había sido una idea genial.

Haciendo actuar dos relevos de tropa día y noche, los judíos no tendrían la posibilidad de descansar ni de cambiar de posiciones. En cuanto estuvieran fuera los trabajadores de las fábricas, metería dentro los perros y detectores especiales de sonidos para descubrir los refugios y limpiarlos con dinamita, lanzallamas o gas venenoso.

La misma noche que sus soldados entraran a ocupar sus emplazamientos respectivos, cortarían el agua y la electricidad.

Era un plan maravilloso, sencillo, eficaz, a prueba de fracasos.

En Treblinka todo estaba a punto para aplicar el «tratamiento especial». El proceso completo ocuparía de tres a cuatro días. A lo sumo, cinco.

«Ahora pensemos en las Fuerzas Judías», se dijo Funk. Quería que fuesen ellos los que disparasen primero y se comprometieran en una batalla. De este modo podría barrerlos en pocas horas. Una vez eliminados los combatientes, la liquidación de los demás sería mucho más fácil. Pero, ¿dispararían contra unas tropas copiosamente armadas? No, maldita sea. Se acobardarían.

Si los judíos abrían fuego, el caso le costaría algunos hombres. De diez a veinte bajas. ¿Debería enviar allí a los ucranianos el primer día, a fin de que sufrieran las bajas ellos? No. ¡El honor debía cosecharlo el Cuerpo Reinhard!

Era una vergüenza tener que poner al Cuerpo Selecto en el riesgo de derramar su sangre, pero tales son los azares de la guerra. Significaría un insulto para ellos si no entraban los primeros en el ghetto.

Funk volvió a recorrer el plano, redistribuyó los tanques de reserva y colocó la artillería en posiciones que le permitiesen lanzar un fuego cruzado más eficaz. Luego dejó la lupa y cogió la lista de tropas que tenía a su disposición.

Unidades de las SS

Plana Mayor y oficiales de las SS, Varsovia.
Cuerpo Reinhard, Varsovia.
SS especiales de Waffen, Trawniki y Poniatow.
Batallón Panzer de Granaderos de las SS.
Batallón de caballería mecanizada de las SS.
Regimiento de Policía de las SS, Lublin.
Compañía de Perros de las SS, Belzec.
Todas las unidades de la Gestapo de Varsovia.

Unidades de la Wehrmacht

Batallón de Infantería.
Compañías independientes de Ingenieros.
Compañías independientes de lanzallamas.
Un batallón y una batería de artillería.
Destacamento especial de unidades de reflectores antiaéreos.
Compañía del Cuerpo de Sanidad.

Unidades locales

Todas las compañías de la Policía Azul Polaca.
Todas las brigadas contra incendios.

Guardias de razas extranjeras.

Un batallón mixto de guardias del Báltico.
Un batallón de ucranianos.

Alfred Funk suspiró de contento. Su brigada especial de ocho mil hombres se concentraba rápidamente. Los que estaban fuera de Varsovia se encontraban ya en camino. Era una bonita combinación de fuerzas. Funk murmuró unas palabras lamentando tener que exponer a los hombres de las SS al primer fuego, pero no había alternativa ... Simplemente, no había alternativa.

Horst von Epp regresó de su viaje mensual acostumbrado de cuatro días a Cracovia, sabiendo que el Oberführer Funk estaba en Varsovia desde hacía tres días. En el mismo instante que Horst entró en el despacho del Oberführer, éste se levantó de la mesa como disparado por un resorte, gritando entusiasmado:

—¡Ah, ah! Paso a Neville Chamberlain, el gran negociador. ¡El gran apaciguador!

—Por los trémolos de gozo de tu voz, diría que te han confiado la misión de aniquilar algo.

—¡Mira! —dijo Funk, señalando, orgulloso, el plano—. Agradezco esta oportunidad de reivindicarme. —Dio una palmada al cogerse las manos por la espalda, y empezó a pasear con aire garboso—. En seguida que llegué de Dinamarca, me llamó Himmler y me dijo: «Basta de tonterías. El Führer le ordena suprimir inmediatamente el ghetto de Varsovia. Hay que borrar de la faz de la tierra aquel símbolo de la judería. Usted, Alfred, tiene derecho de preferencia sobre todas las tropas del Área del Gobierno General».

Horst von Epp hizo una mueca y abrió de par en par el armario de los licores.

Funk apoyaba los nudillos en la mesa y se inclinaba adelante con el cuerpo muy tieso y los ojos llameando vehementes.

—Ya sabes, Horst, tú, con tus sedosas palabras, me tuviste unos momentos engañado. ¡Vaya que sí, negociar con los judíos! Fui un tonto al escucharte.

Debía cumplir las órdenes al pie de la letra ya en enero.

Un rápido trago de whisky escocés descendió por la garganta de Von Epp.

Lo siguió otro al momento, y un tercero fue a llenar el vacío del vaso. Entonces el barón dio media vuelta, se enfrentó con Funk y se puso a reír con una carcajada irónica. La cara del Oberführer se estremeció al pasar de la expresión de cólera a la del asombro.

—«Con los hombres razonables, razonaré... A los hombres humanos les suplicaré... Pero a los tiranos no les daré cuartel...»

—¡En nombre del diablo! ¿Qué estás balbuceando, Horst?

—Como buen propagandista, estudié el arte de otro buen propagandista.

Todos deberíamos estudiar a los que nos han precedido, ¿no te parece?

—No recuerdo la frase, ni veo que haya ocasión para tus risas.

—Te estoy recitando a William Lloyd Garrison, genial propagandista americano.

Los músculos del rostro de Funk se contrajeron de cólera.

—Quizá sería más adecuado que citases a Nietzsche.

—¡Ah, sí! Ese gran humanitario de Friederich Wilhelm Nietzsche. Para entrar en una civilización más elevada, una super raza debe destruir implacablemente las civilizaciones inferiores que existen. Hemos de despojarnos, purgarnos, limpiarnos de perversiones judeo-cristianas, a fin de conseguir esa forma suprema de vida. Bien, ¿qué tal te parece esto como cita de Nietzsche, Alfred?

—Sois los hombres como tú (que pactáis con formas infrahumanas de vida) los que impediréis que el pueblo alemán alcance sus metas.

Horst dejó caer las manos.

—Ahí estamos otra vez, subvalorando a los americanos. Una enfermedad nuestra, crónica, incurable, esa de subvalorar a los americanos. —Horst se acomodó en una silla frente a Funk, e inclinó una vez más la botella de whisky—. Yo parafraseo a un americano subvalorado. Los hombres razonables razonan... Los hombres misericordiosos manifiestan misericordia... Los tiranos destruyen. Nosotros destruimos porque debemos destruir, porque tenemos que destruir.

—Estás jugando a juegos peligrosos con cosas primordiales, Horst. Sigue mi consejo. Cambia de tono. En Berlín no están muy contentos con algunas de tus actitudes.

—Ahórratelo, Alfred. Cuando el Tercer Reich caiga aplastado, necesitaréis apologistas como yo para exponer la teoría de las excusas. ¿Qué diré? ¡Ah, sí!

Aquí no había nadie sino nosotros, los antinazis. ¿Qué podíamos hacer?

Órdenes eran órdenes.

—Tus palabras son una traición a la Madre Patria.

Horst se levantó de la silla de un salto y dio un golpe en la mesa con la botella. Era la primera manifestación de mal genio que Funk había visto en él y se quedó callado de puro asombro.

—¡Maldito seas! —gritó Horst—. No soy ni un tonto de remate, ni bastante cobarde para continuar sonriendo y fingiendo y dando taconazos y doblándome por la cintura en presencia de un desastre total. ¡Dilo, Alfred!

¡Alemania ha perdido la guerra!

A Funk se le salían los ojos de las órbitas de incredulidad.

—¡Hemos perdido la guerra! ¡Hemos perdido la guerra! ¡Hemos perdido la guerra! —bramó Horst.

Funk palideció y se sentó.

—Ahora se nos presenta la oportunidad de amortiguar los golpes de la derrota, si somos bastante inteligentes para reconocer que hemos perdido y nos preparamos cuidadosamente para el desastre. Pero, ¿qué hacemos?

Intensificamos los asesinatos en Auschwitz. Cinco mil polacos y eslavos más por día... Ante la realidad de la derrota, reaccionamos abriendo de par en par las puertas de nuestra propia destrucción.

Funk sonrió débilmente y se secó la frente. Pensó que sería mejor cambiar de tema. Cuando discutían, invariablemente, Von Epp le enredaba en un laberinto de confusiones. ¡Era el diablo en persona! Un hermoso día, Himmler le ordenaría que le desembarazase de Von Epp. Sería un gran placer, de veras.

Alfred Funk se aclaró la garganta.

—Una de las cosas de que hablé con Goebbels se refiere a ti. La semana próxima hemos de reunimos en Lublin y planear una campaña para minimizar los detalles desagradables que hay en Polonia. Empezaremos por reducir el número de judíos afectados por la solución final. Luego negaremos que los campos de tratamiento especial dispongan de instalaciones para otra cosa que no sea el trabajo. A fin de eliminar las pruebas, estamos instalando máquinas trituradoras de huesos en todos los centros de tratamiento especial. Además, a quienes se les aplicó el citado tratamiento por medio de pelotones de ejecución, los están exhumando para incinerarlos. En la 4B, Eichmann tiene en actividad grupos fijos de personal que sacan una serie duplicada de informes (juicios, epidemias y por el estilo), que explican buena parte de las defunciones. En Theresienstadt, Checoslovaquia, hemos establecido un campo modelo para judíos y hemos invitado a la Cruz Roja a que lo inspeccione...

—¡Cállate, Alfred! ¡Arañamos el suelo como perros, a fin de esconder las defecaciones, mientras procedemos a ahogarnos a nosotros mismos en nuestros propios vómitos.

Alfred Funk volvió a notar en el estómago aquella sensación extraña. Y midió sus palabras cuidadosamente:

—El mundo tiene una memoria corta.

—Yo creo que esta vez no olvidará. Los judíos poseen una memoria larga.

Siguen llorando por templos que perdieron hace dos mil años y repiten cuentos de viejas sobre liberaciones y ritos habidos en los albores de los tiempos. ¿Sabes lo que me respondió un rabí anciano cuando le pregunté una vez acerca de la memoria de los judíos?

—¿Qué?

—Que las palabras «yo creo» significan «yo recuerdo». Hasta a Nietzsche le dejaba atónito su capacidad para sobrevivir a todos los que han tratado de destruirles. Yo creo..., yo recuerdo... De modo que, ya lo ves, Alfred, dentro de dos mil años a

contar desde hoy, los judíos viejos gemirán acordándose del Faraón nazi que les tuvo cautivos en Varsovia.

Unos pensamientos aterradores cruzaban el cerebro de Alfred Funk.

Maldito Eichmann y su manía de acorralar judíos. ¡Maldito Globocnik! ¡Maldito Himmler! ¡Maldito Hitler! Todos ellos habían llevado demasiado lejos el asunto.

¿Qué podía decir él? ¿Qué podía hacer? Miró el plano de encima de la mesa.

Dentro de pocos días tendría reunido su ejército. Quizá..., quizá cuando hubiese destruido al último judío pudiera entrar en la forma más elevada de vida que los nazis prometían. Funk recobró la calma. ¡Al diablo con Horst von Epp!

—Te diré una cosa, Alfred —dijo Horst, con los ojos irritados por haber vaciado la botella con demasiada rapidez—. Tú eres un hombre que entiende de matemáticas de los cheques y los saldos. Nosotros, los alemanes, estimamos las matemáticas. El saldo del crimen es, invariablemente, el castigo. Sólo tenemos ochenta millones de alemanes. No es número suficiente para soportar nuestra culpa. Para equilibrar la balanza, transmitimos nuestras sentencias a un centenar de generaciones no nacidas todavía que habrán de cumplirlas.

Alfred Funk empezó a temblar visiblemente. A martillazos le metían en la cabeza palabras para él impronunciables, pero que expresaban pensamientos que no podía acallar.

—Nuestros nombres serán sinónimos de hermandades del demonio. Se nos despreciará y atropellará con furia no mayor ni menor que los desprecios y atropellos que nosotros hemos acumulado sobre los judíos.

Alfred Funk se apartó de la mesa. Trasudaba intensamente. Había de tomar un baño.

CAPÍTULO XII

Andrei estaba sentado en la última fila de bancos de la pequeña iglesia de un pueblo del borde septentrional de las altiplanicies de Lublin.

Gabriela Rak se arrodillaba delante del altar susurrando plegarias a la imagen de un Crucifijo toscamente labrado. Luego se puso en pie, encendió un cirio del lado derecho del altar, arrodillóse en el pasillo, se santiguó y retrocedió al encuentro de Andrei en el mismo instante en que entraba el padre Kornelli.

—Los chicos estaban agotados —dijo el sacerdote—. Las dos muchachas se han dormido al instante. El muchacho le espera a usted —le dijo a Andrei.

—¿Cuándo partirán? —preguntó Gabriela.

—Por la mañana vendrán a buscarlos Gajnow y su esposa. Para ir a su casa hay que recorrer unos quince kilómetros por el bosque. Gajnow es un buen hombre. Los chicos estarán a salvo en su compañía. Por supuesto, deben decirles que tienen que aprender el catecismo católico para su propia protección.

—Se lo he dicho a las chicas —respondió Gabriela—. Son muchachas inteligentes. Lo comprenden.

—Con el muchacho hablaré yo ahora —dijo Andrei.

—Le encontrará en mi cuarto —dijo el padre Kornelli.

Andrei cruzó un corral sin pavimento, lleno de gansos que huían asustados y de cerdos que se revolcaban, y entró en la casa del sacerdote. La puerta del dormitorio estaba entreabierta. Andrei la empujó un poco más y miró a las dos chicas dormidas. Una no tenía otro nombre que el que se había inventado para llamarla. Cuando la encontraron no sabía cómo se llamaba. La otra tenía doce años y era hija de un miembro de la Autoridad Civil. Deborah tuvo razón. Los niños eran niños. Ésta merecía una segunda oportunidad de vivir. Andrei cerró la puerta, bajó por el corto pasillo hacia la sala de estar y entró. Habían convertido el sofá en cama, pero su sobrino Stephan continuaba vestido.

—Ha sido una larga jornada, Stephan —dijo Andrei—. Deberías dormir un rato.

—¿Y tú, tío Andrei?

—Yo tengo que volverme a Varsovia con Gabriela.

—Me dijiste que me confiabas una misión. ¿Cuál es?

—Sí. Ahora he venido a comunicarte las órdenes. Te mandamos que sobrevivas.

—No te comprendo, tío Andrei.

—Stephan, tú y las muchachas viviréis en el bosque en casa de un matrimonio muy bueno.

—¿Viviremos?

—Sí, Stephan. He venido a decirte adiós.

El muchacho abrió desmesuradamente los ojos, atónito.

—¡Me has engañado!

—Te mandé que obedecieses las órdenes sin discusión. Esto no es un engaño.

—Sí, me has engañado. Me prometiste que me llevabas contigo en una misión especial.

—Se te confía una misión muy especial.

—No. No quiero quedarme. ¡Si no me llevas otra vez a Varsovia, huiré!

—Ha sido una decisión de tus mayores, el rabí Solomon y Alex.

Andrei se acercó al muchacho y le puso una mano en el hombro. Stephan se apartó bruscamente de un tirón.

—¡Me has mentido, tío Andrei! ¡Volveré a Varsovia por mis propios medios!

—¿Te he juzgado mal, Stephan? Pensaba que eras un buen soldado. Ahora veo que todavía eres un chiquillo.

—¡Soy un buen soldado! ¡Soy un enlace tan bueno como cualquiera del ghetto!

Andrei se encogió de hombros.

—En realidad, no. Un buen soldado sabe obedecer las órdenes hasta cuando se da el caso de que no le gustan.

—La misión de un soldado no consiste en esconderse en el bosque como un cobarde.

El muchacho era demasiado listo para engañarle con juegos de palabras.

Andrei no tenía otra alternativa que exponerle la terrible realidad en toda su desnudez cruel. Quizá debía haberlo hecho antes.

—¿Eres bastante hombre para escuchar la verdad? ¿Podrás soportarla, Stephan?

—Podré soportarla —contestó el muchacho, con firmeza.

—Tu madre morirá. Para ella no hay salida.

—¡No!

—La verdad, Stephan. Mamá va a morir. No puede abandonar a aquellos niños, ni puede sacarlos de allí. Está cogida en una trampa y sentenciada.

—¡Mamá vivirá!

—Únicamente si tú sobrevives y conservas su memoria.

—¡Regresaré y moriré con mamá!

—Te he preguntando si eras bastante hombre para escuchar la verdad. Y no he terminado todavía.

Los ojos de Stephan ardían con una rabia que manifestó a su tío que tendría el coraje de llegar al final. Andrei le señaló con un gesto que se sentara en el sofá.

—Tu hermana, Wolf y yo nos encontramos en una situación imposible.

Sería más fácil llegar a una estrella que lograr que alguno de nosotros escape con vida. ¿Sigues creyendo que te mentí cuando te dije que tenías una misión?

A tu hermana, a tu madre y a mí nos corresponde la tarea de morir por el honor de la familia. A ti te corresponde vivir por nuestro honor. Te lo digo con toda mi alma,

Stephan. Es a ti a quien le toca la misión más difícil. Tienes que salir de esta batalla para luchar y abrirte paso hasta Palestina, y luego habrás de luchar de nuevo por tu libertad.

Stephan levantó la vista hacia su tío, que estaba suplicando un gesto de afecto. El muchacho se mordió el labio con furia para reprimir las lágrimas, pero sus ojos seguían expresando cólera.

—Stephan, uno de nosotros ha de salir con vida de esta situación para demostrar quiénes éramos y qué defendíamos. ¡Es una tarea enorme, inmensa, hijo! Sólo el mejor soldado puede llevarla a cabo. Tú debes vivir por los diez mil niños asesinados en Treblinka y por un millar de escritores, rabíes y doctores destruidos. Es una misión terriblemente difícil.

Stephan arrojó los brazos a la cintura de su tío, hundió la cara en el pecho de Andrei y éste le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Lo intentaré —prometió el muchacho, llorando.

Andrei le consoló. Se arrodilló a su lado, le cogió las mejillas, manchadas de lágrimas, entre las manos, y guiñó el ojo.

—No me defraudarás, Stephan... Lo sé.

Entonces, Andrei se quitó el grueso anillo de oro que le habían regalado como miembro olímpico polaco, y dijo:

—Para cerrar el trato.

Stephan contempló el anillo con ojo incrédulo y probó de ponérselo en un dedo. Era demasiado grande hasta para su pulgar.

—Vamos, no te apures por eso ahora. En cuanto llegues a la casita del leñador y tengas aire puro, alimento y ejercicio, este condenado anillo será demasiado pequeño para ti. Ya verás como tengo razón.

Stephan procuraba contener las lágrimas, pero no lo conseguía.

—Lo intentaré..., lo intentaré... —dijo llorando convulsivamente.

—Ea, muchacho, vamos a desnudarte. Ha sido un viaje largo para cualquier soldado.

Stephan se sometió, permitiendo que su tío le desabrochara la camisa y los pantalones, se levantara en sus brazos y le llevara al sofá. Oprimiendo el anillo dentro del puño, hundió la cabeza en la almohada.

—Ahora hemos de hablar de otra parte de las órdenes, que comprenderás como buen soldado cuyo deber consiste en sobrevivir...

Andrei se interrumpió de súbito. Las lágrimas del muchacho mojaban la almohada.

—Háblame de «Batory».

—¡Batory»! ¡Ah! ¡Excelente caballo! El animal más negro y brioso de toda Polonia. Hace unas semanas nada más lo llevé a Inglaterra para el Grand National y

corrió tan raudo que partió el aire y provocó un trueno. Pues, señor, los ingleses...

El padre Kornelli y Gabriela esperaban en la diminuta sacristía. El padre puso dos dedos de kirsch en un vaso. Gabriela los sorbió con deliberada lentitud, percibiendo su calorcillo.

El sacerdote hablaba con afectuoso entusiasmo:

—¡Gabriela Rak! Ha sido para mí un placer inmenso poder establecer contacto con usted. Quiero encontrar sitio para más niños. Para docenas y docenas. Gajnow es un buen hombre. Debo encontrar otros.

De pronto, Gabriela hizo un mueca, palideció y se bebió el resto del licor de un sorbo.

—¿Le pasa algo?

—Sólo un pequeño mareo.

—¿Le parece que debe hacer tan pesados viajes encontrándose en su estado?

Gabriela se sobresaltó al verse desenmascarada tan repentinamente.

—No me daba cuenta de que se me notara tanto.

—En los votos que pronuncié no hay nada que diga que no puedo reconocer a una mujer embarazada cuando la tengo ante los ojos. Sé que el primer mes, o los dos primeros meses, son los peores.

Gabriela jugueteó nerviosa con el vaso. El sacerdote le echó otro chorrito de licor.

—No quiero un sermón, padre. No busco perdón ni me confieso de un pecado.

—Me ofende que me considere una vieja pescatera a la que no puede confiarse.

—Lo siento, padre. Sí, me gustaría oír mi propia voz expresando los pensamientos qué llevo encerrados en mí desde hace tanto tiempo.

—Tener un hijo en la situación en que se halla usted es una tarea difícil de verdad.

—Me doy cuenta perfectamente de las consecuencias.

—¿Lo sabe Andrei?

—Quizá sí, quizá no.

—No lo comprendo.

—Hemos tenido que adaptar la vida del uno a la del otro de un modo extraño. Un modo saturado de cosas que no nos decimos.

—He ahí una fuente constante de sorpresas —repuso el padre Kornelli—. La capacidad del ser humano para vivir en tensión continua. Hasta qué punto es posible dominar los nervios y esconder los pensamientos y los temores...

—En realidad, no, padre. Andrei y yo sabemos mutuamente lo que pensamos. Una mirada, un contacto, un suspiro bastan. Su manera de esquivar mis ojos. El modo como yo esquivo los suyos. El uno percibe los temores del otro, aunque nunca los digamos. El sonido de su respiración en la oscuridad, el contacto de sus dedos, son otros correos callados.

—¡Qué maravillosa experiencia saber comunicarse de este modo con otro ser humano!

Gabriela suspiró profundamente, con un suspiro entrecortado, y bebió otro sorbito.

—Sí, supongo que sabe que llevo un hijo suyo en las entrañas.

—Debería oírlo de labios de usted.

—No, padre. Todo esto forma parte de nuestro entendimiento tácito.

Ahora, Andrei volverá al ghetto, y ya no lo abandonará nunca más. Yo lo acepto. Yo no me opongo a ello, ni puedo abrumarle de inquietud por mí.

—Se expresa usted de un modo opuesto a todos los conceptos que consideramos sagrados. Usted no puede vivir sin esperanza. Es un pecado.

Los ojos de la joven se llenaron de tristeza.

—Lo sé, y él sabe que lo sé. Pero jamás lo hemos dicho y jamás lo diremos.

Mi Andrei es hombre de un amor propio tan tremendo que le sería completamente imposible abandonar el ghetto mientras haya una bala que disparar, y cuando se haya disparado la última bala, combatirá con los puños.

Ése es mi Andrei, padre.

El sacerdote le dio unas palmaditas en la mano.

—Pobrecita mía. Mi pobre niña.

Gabriela se rebeló contra la simpatía del padre y la compasión que se inspiraba a sí misma.

—No sienta pena por mí. No creo que lo comprenda. Yo tengo ese hijo con pleno consentimiento por mi parte.

La expresión del sacerdote sugería la idea de que era inmune al pasmo. La joven añadió:

—Decidí tenerlo, trazándome el plan meticulosamente y a sangre fría. Cada vez que nos separamos siento el miedo corrosivo de que es por última vez. Pero uno llega a endurecerse hasta para eso. Ahora que ha llegado de verdad el final, casi parece un alivio. Ésta es la última vez. Creo que Andrei confiaba que yo haría lo que he hecho, y pienso que está orgulloso de mí.

—¿Pero se da usted cuenta de lo que hace? —exclamó el sacerdote, asustado.

—Debo tener la vida de Andrei en mi cuerpo. No puedo permitir que le destruyan. Ésta es la única manera de conservar su vida. Lamento no poder darle un centenar de hijos.

—Esto no es un gesto de amor. Es un gesto de venganza.

—No, padre. Es un gesto de supervivencia. ¡No permitiré que Andrei quede destruido!

El padre estudió la furia animal que brillaba en los ojos de aquella mujer.

Era una criatura salvaje animada por el más fundamental de los instintos.

—Rezaré por usted y por su hijo como no he rezado nunca —murmuró.

Andrei sospechaba que Gabriela y el padre Kornelli estarían inmersos en una profunda e íntima conversación. Al separarse de Stephan y entrar en la iglesia hizo bastante ruido para advertirles de su presencia. Penetró en la sacristía con el rostro pálido.

—¿Cómo está Stephan?

—¿Cómo? Con el corazón destrozado.

—¿Qué hace ahora?

—Intenta con todas sus fuerzas portarse como un hombre, pero hace lo que haría todo chiquillo de catorce años en su caso. Llorará hasta que se duerma de cansancio.

—Comprenda, por favor, Andrei, que Gajnow protegerá a esos niños. Y yo, personalmente, haré todo lo que esté en mi mano.

Andrei dio unas palmaditas en el hombro al sacerdote.

—Se lo agradezco muchísimo, padre.

El padre Kornelli cambió de tono, abriendo la cortina del armario donde guardaba los ornamentos. De allí sacó una botella de vodka.

—¡Miren! La guardaba para una ocasión especial. Tómela, Andrei.

—Padre... Yo no puedo...

—Sí. Cójala. Quiero que se la lleve.

Andrei miró a Gabriela, la cual le indicó con un movimiento de cabeza que debía aceptar.

—Ea, hijos, se les ve completamente agotados. El pabellón de caza del conde Borslawski está desocupado ahora, y a la disposición de ustedes. Se halla a una milla de aquí, dentro del bosque. El caballo está enganchado al coche.

Encontrarán un fuego que ruge y una comida propia de reyes. ¡En marcha!

Váyanse, salgan de mi vista.

CAPÍTULO XIII

Anotación en el diario

Durante toda la semana han llevado a Varsovia destacamentos de tropas especiales procedentes del cuartel general de Globosnik, en Lublin, de los campos de trabajo de Trawniki y Poniatow y de los campos de exterminio. Se alojan en Praga, al otro lado del río. El Oberführer Funk les ha suministrado un suplemento de botellas de ginebra de Holanda y les ha prometido que con sólo tres o cuatro días de trabajo quedará liquidado el ghetto. Ellos se han dado el nombre de Brigada de la Calavera, imitando a los matarifes que Globosnik tiene en Lublin.

Cosa rara. Las dos filosofías extremas existentes en el ghetto han logrado la cooperación más estrecha en el sector ario. Los comunistas y la Guardia del Pueblo, en la izquierda, y los revisionistas y la Brigada ND, en la derecha, están estrechamente aliados. Por desdicha, ambos movimientos clandestinos son muy pequeños y poseen una eficacia muy limitada. No podemos esperar ya más ayuda por parte del Ejército Patrio.

La Brigada ND se ocupa incluso de la posibilidad de sacar del ghetto a los revisionistas para formar una unidad de partisanos. (Si se van, debilitarán terriblemente nuestras fuerzas, pero no están sometidos a nuestro mando).

Los comunistas tienen dos camiones escondidos en el suburbio Targowek. Hemos oído rumores de que en el bosque Machalin se forman unidades de partisanos judíos. Los comunistas se han declarado dispuestos a transportar al bosque a todas las personas que podamos sacar del ghetto.

Tenemos dos emisoras de corto alcance. Una está en Mila, 18, y la otra en el refugio Franciskanska. Solamente transmitimos mensajes en casos de urgencia. Sabemos que los detectores alemanes tratan de conseguir datos sobre el emplazamiento de nuestros refugios cuando transmitimos, de modo que cuando queremos enviar mensajes nos hemos de tomar el engorroso trabajo de sacar las emisoras de los refugios y trasladarlas de un sitio a otro. Como última medida de precaución, hemos establecido una serie de claves con la Guardia del Pueblo, que tiene organizado un servicio permanente de escuchas de radio en la parte aria. Transmitimos con una frecuencia baja, que puede ser captada por un receptor corriente. Con nuestras claves les comunicamos el número de personas que marchan por las cloacas y la boca

por la cual saldrán. Andrei me informa de que Gabriela Rafe está en contacto con la Guardia del Pueblo, confiando poder encontrar sitio para otros niños. También ella pasa varias horas de escucha todos los días junto a la radio.

Los alemanes han colocado alambre espino dentro de las cloacas en la mayoría de bocas. No obstante, la red de desagüe es tan complicada y vasta que conseguimos salvar el obstáculo. Además, hemos formado una escuadra especial a la que damos el nombre de "Ratas de Cloaca", cuyo deber consiste en zambullirse en la corriente de agua sucia y cortar los alambres de las cloacas principales.

Jules Schlosberg entregó la mina terrestre a mi hijo Wolf. El fabricante exigió más tiempo de lo que suponíamos, porque Wolf se empeñó en que quería el control de la detonación y se negó a ceder en sus pretensiones. Wolf arguye que de este modo puede alcanzar a un número máximo de enemigos. Está dispuesta de forma que se la puede hacer estallar mediante una chispa desde ciento cincuenta metros de distancia. La mina es una verdadera curiosidad; plana, y con un diámetro de casi metro y medio. Jules dice que tiene la potencia de una bomba de una tonelada, y contiene tantos pernos y tuercas que la llama "el tazón de kasha ". Yo creo que Jules compara todas sus invenciones con la comida porque tiene hambre; a la granada de tubo la llaman "Strudel largo", a la granada de pernos y tuercas "balón matzo" y a las botellas incendiarias "sopa borscht".

Simon, Andrei y Wolf discutieron largo rato el emplazamiento del "tazón de kasha". Wolf quiere sin vacilación plantarla debajo de la entrada principal de la fábrica de cepillos. Argumenta que los alemanes son demasiado arrogantes para entrar en la fábrica en formaciones separadas y que se situarán en masa encima de la mina. Tanto Simon como Andrei, militares los dos, dudan de que los alemanes demuestren tanta falta de criterio. Pero Wolf ganó. La mina va debajo de la entrada. Wolf es terriblemente terco, bajo su apariencia tranquila..., lo mismo que su madre.

No hemos podido encontrar una ruta segura para Christopher de Monti. No podemos aceptar el menor riesgo de que le capturen. Está como para que le aten; particularmente porque tiene que quedarse en el refugio con "las mujeres y los niños" cuando los combatientes suben a los tejados al darse la señal de alarma. Simon le asegura que es mucho más difícil quedarse abajo que subir a los tejados. Simon casi muere de tensión durante las alarmas.

El optimismo continúa, pero yo, personalmente, opino que no podremos

resistir una semana, a la vista de la potencia que los alemanes han reunido en Praga.

ALEXANDER BRANDEL

El Oberführer Alfred Funk paseó una brillante y majestuosa mirada sobre la asamblea de oficiales de su Brigada de la Calavera. La cruz gamada, la calavera y los fémures cruzados aparecían por todas partes. Con el puntero en la mano, Funk explicaba vivamente la disposición de las tropas.

—¿Alguna pregunta?

Naturalmente, no le hicieron ninguna.

—Ahora les leeré un mensaje del reichsführer Heinrich Himmler.

Todos se inclinaron hacia adelante con gozosa curiosidad.

«—Ésta es una página de nuestra Historia como no se ha escrito nunca ni jamás volverá a escribirse. Tenemos el derecho moral, tenemos el deber ante nuestro pueblo de destruir a los infrahumanos que quieren destruirnos a nosotros. Sólo mediante el cumplimiento implacable de nuestro deber conseguiremos el lugar que nos corresponde como dueños de la rama humana». —Alfred Funk inspiró profundamente, espantado por aquellas palabras. Luego dobló el documento y se lo metió en el bolsillo—.

Sturmbannführer Sieghold Stutze, dé unos pasos al frente.

El austríaco se acercó cojeando vivamente hasta el general y dio un vigoroso taconazo.

—Al Cuerpo Reinhard de usted le ha correspondido el gran honor de encabezar la Brigada de la Calavera en su entrada en el ghetto para iniciar la gran liquidación. ¡En consonancia con ese gran momento, el de la eliminación de la reserva judía mayor de Europa, tengo el placer de notificarle que ha sido ascendido de Sturmbannführer a Obersturmbannführer!

Stutze sufrió un ataque de náusea. Ni por el rango de Obergruppenführer deseaba entrar el primero en aquel ghetto. Hacía semanas que estaba pensando en la manera de conseguir un traslado a un campo de exterminio. Stutze volvió a repetir el taconazo, se inclinó ante Funk, y luego se puso todavía más erguido.

—Me siento muy honrado!

—*Heil* Hitler! —ladró Funk.

Toda la sala se puso en pie precipitadamente.

—*Heil* Hitler! —respondieron todos.

Impulsados por la enorme significación del momento, varios oficiales se pusieron a cantar espontáneamente el «Horst Wessel Lied».

«¡Prietas las filas! Levantad la svástica!
¡Tropas de asalto, adelante con tranquila resolución!
¡Pronto las banderas de Hitler volarán por el mundo entero!
¡Pronto Alemania ocupará el puesto que merece como nación!»

—Hola, Jerusalén. Aquí Tolstoi, en Beersheba.

—Atlas, Jerusalén. ¿Qué hay, Tolstoi?

—En nuestro sector nos hemos quedado sin agua ni electricidad.

—La misma noticia nos han dado en Haifa. Esperamos a un Ángel de Canaán para un informe completo. Di a tus Ángeles que transmitan una alarma azul.

—*Shalom* y... buen *yontof.*

—Felices fiestas para ti también.

Simon dejó el teléfono. «¡Qué raro que Rodel, comunista y ateo devoto, le deseara "buenas fiestas" para la Pascual!», pensó Simon se enfrentó con Andrei, Tolek, Alex y Chris.

—En el sector de Rodel se han quedado también sin electricidad y sin agua.

Rodel nos ha deseado una Pascua feliz... Tolek, despacha a los enlaces.

Transmite una alarma azul.

Todos se quedaron con un mal humor abismal. La decisión de última hora de traer a otros cuarenta niños atestaba Mila, 18, hasta más allá de su capacidad.

La circulación de aire, que bastaba para doscientas veinte personas, resultaba insuficiente para cerca de trescientas amontonadas en la catacumba. En las habitaciones no había sitio para moverse. Los pasillos estaban llenos de cuerpos sudorosos, que se habían quedado sólo con la ropa interior y sorbían un oxígeno que apenas, bastaba para que las velas siguieran encendidas.

—Pascua —dijo Andrei, con aire sardónico—. La fiesta de la liberación.

¡Vaya broma de mal gusto!

Simon movió la cabeza, asintiendo.

—¡Ah! ¿Dónde está Moisés para guiarnos a través del Mar Rojo y ahogar al ejército enemigo? Las únicas columnas de fuego son las que nos devorarán a nosotros.

—Bien, tendremos que celebrar el seder —repuso Andrei.

Chris meneó la cabeza.

—Ustedes los judíos me dejan atónito. Encontrándose en los abismos del infierno, a punto de ser destruidos, murmuran rituales de libertad.

—¿No clama uno más desesperadamente por la libertad cuando se la arrebatan? ¿Qué mejor ocasión puede presentarse que la de esta noche para renovar la fe? —dijo

Alexander Brandel.

—Vamos, Alex —le zahirió Chris—. Andrei, usted, Simon..., la mayoría de los que están ahí fuera no pueden renovar una fe que nunca han tenido. Rodel, el comunista, les desea buenas fiestas. ¿Cuál era su sinagoga?

—Sí, Chris, en cierto modo tiene razón. Y es muy extraño que nosotros, que no hemos vivido como judíos, decidamos morir como tales.

—No existe ningún motivo..., y existen todos los motivos. Lo único que sabemos es..., que hemos de celebrar el seder.

Pascua. La noche del seder. El renovado relato de un episodio de la antigua Hagada, tan viejo como la Historia escrita. La liberación de la esclavitud de Egipto.

¡Cómo habría reverberado, con entusiasmo incesante, la Varsovia judía antes de la guerra! Alex trató de recordar la Sinagoga Tlomatskie..., las turbas apiñándose para ver cómo lo más selecto de los judíos llenaba el templo marmóreo...

Incluso en las casas de los más pobres, candelabros de bronce y plata brillaban hasta lanzar destellos, y los blancos manteles y los platos relucientes cegaban el ojo, y las cocinas se llenaban del aroma de los pasteles y de los dulces preparados con el alma misma del ama de casa.

Las mesas ofrecían comidas especiales simbolizando los sufrimientos de Moisés y de las tribus. Las nueces cortadas en forma de prisma y las hierbas amargas representaban el mortero y los ladrillos que colocaban los judíos cautivos.

«¿Qué condenada especie de alverja amarga se encontraría en el futuro para el ghetto? —pensó Alex—. ¿Qué símbolo escogerían para el agua de las cloacas?»

Berros para la llegada de la primavera, y el huevo como símbolo de la libertad. Bien, la primavera llegaba a Varsovia. Pero no había huevo alguno, ni berros. Cuarenta mil personas aterrorizadas murmuraban antiguas oraciones, suplicando a un Dios que no escuchaba que cumpliese Sus promesas de llevar adelante..., de libertar..., de redimir..., de guiar a las tribus de Israel. En seiscientos refugios se repetía el mismo rito con voces apagadas y alteradas por las lágrimas, mientras la Policía Azul polaca ocupaba sus posiciones alrededor de las paredes del ghetto, un hombre cada siete metros.

Pero..., había que recitar el episodio. Alexander se preguntaba si existiría nunca el momento en que fuese más pueril que entonces el repetirlo. No obstante..., era preciso narrar la historia.

En el pequeño banco de la confluencia de dos pasillos de Mila, 18, lucía un par de candelabros que Moritz Katz había conseguido salvar. Burdos sustitutos ocupaban el sitio de los alimentos simbólicos prescritos.

—Alexander se abrió paso entre la masa humana hasta la celda del rabí Solomon.

—Estamos a punto para empezar el seder —le dijo.

Y ayudó al anciano a ponerse en pie. Solomon no veía ya sino siluetas borrosas,

no podía leer. Pero esto no importaba. Todavía tenía la voz clara y se sabía el Hagada de memoria. Le acompañaron hasta el banco y se sentó en un cojín, símbolo del hombre libre que descansa mientras celebra el banquete.

Desde todos los cuartos (Auschwitz, Balzec, Chelmno, Majdanek, Treblinka y Sobibor), los combatientes y los niños se apretujaban hacia la puerta conteniendo el aliento para escuchar... Allí estaban todos, sionistas corrientes y de sectas raras, niños, comunistas, bundistas, ortodoxos y contrabandistas.

El silencio era tal que se podía oír una inspiración. El aire estaba corrompido, y el calor era sofocante.

Al recipiente de plata del centro lo llamaban Copa de Elías. Cuando el Profeta que había predicho la segunda venida de Israel bebiese de la copa pascual, se cumpliría la profecía. Las manos ancianas de Solomon descendieron hasta el banco y buscaron la copa. Luego la levantaron y la agitaron. Estaba vacía; no tenían vino.

—Quizá —dijo el rabí— sea ésta una manera de deciros que Israel vendrá de nuevo. Quizá Elías ha venido aquí y ha bebido.

Alguno se puso a sollozar, pero un sollozo se fundía con el otro. Todos apiñados en una masa de cuerpos. Otra persona empezó a sollozar, y otra más.

Un hombre erudito camina por un laberinto buscando las habitaciones señaladas con la palabra «verdad». En el Tora, en nuestro Mishna, en el Midrash y en el Talmud encontramos pedazos del rompecabezas. Pero es muy curioso que las verdaderas pistas se nos den en el momento en que menos las esperamos.

—Mamá..., mamá —lloraba un niño.

Uno se puso a rezar; otros varios le imitaron.

La voz del anciano se levantó de nuevo.

—¿Por qué estamos en este lugar? ¿Qué trata de darnos a entender el Señor? ¿Por qué continúo con vida cuando todos mis colegas han muerto? ¿Hay en esto un mensaje para nosotros?

Alexander Brandel no había oído nunca al rabí Solomon clamando tan excitado. ¿Por qué? El llanto se había hecho general. La gente recordaba los centelleantes candelabros, las mesas combándose bajo el peso de la comida.

Recordaba las caras sonriendo de ternura y cantando arrullos. Recordaba a la hermana..., al hermano, al amado...

—¡Recordad la historia de nuestro pueblo! —gritó el rabí Solomon—. Recordad Betar, Masada, Arbel y Jerusalén. ¡Recordad a Simon Bar Kochba, a Bar Giora y a Ben Eliezer! Ningún pueblo de este mundo ha luchado por su libertad con más empeño que nosotros. Está noche nos encontramos en la víspera de otra lucha. ¡Perdonad a un anciano que os dijo que no utilizaseis las armas, porque ahora comprende que la manera más auténtica de obedecer a Dios consiste en oponerse a la tiranía!

El refugio estaba galvanizado. ¡Sí! ¡Sí! Alexander Brandel temblaba. ¡Ha encontrado una gran fuente de vida para todos: obedecer a Dios es luchar contra el tirano!

Las huesudas manos levantaron la copa de Elías.

—Esta noche Elías ha bebido nuestro vino. ¡Israel vendrá! —El rabí cantó una oración vieja como los siglos y el refugio entero tembló.

Luego reinó el silencio una vez más.

—Empecemos el *seder*—dijo el rabí—. Empecemos nuestra fiesta de la liberación.

El combatiente más joven de las Fuerzas Judías Conjuntas, un enlace de once años llamado Benjamín, abrió el Hagada para hacer preguntas.

—¿Por qué esta noche es distinta de todas las otras noches del año? —preguntó.

Y el rabí Solomon contestó, firme, y sin vacilar:

—Esta noche es distinta porque celebramos el momento más importante de la historia de nuestro pueblo. Esta noche celebramos su marcha triunfal, pasando de la esclavitud a la libertad.

Los combatientes del refugio Franciskanska estaban cansados y soñolientos. Wolf y una de sus escuadras habían terminado de colocar una mina «tazón de kasha» en la puerta de la fábrica de cepillos y habían regresado para celebrar un *seder* simbólico. Después del seder, el comandante, que todavía no había cumplido los veinte años, anunció un gran convite.

Cuando se apoderaron de la fábrica de cepillos encontró una caja de ginebra holandesa en la oficina de Krebs, el inspector eliminado, y la escondió para una ocasión parecida. Casi ninguno de los ochenta combatientes del refugio Franciskanska sabía lo que era el licor, exceptuando unos ligeros asaltos al vino y al vodka. No tardaron en sentir todos penetrados de un calorcillo agradable y pacífico. Wolf, sentado con las piernas cruzadas sobre la tierra del suelo de la habitación grande, empezó la canción de la fiesta, tocando el acordeón. Una escuadra de comunistas colocada bajo su mando insistió en que cantaran canciones populares rusas celebrando las victorias del proletariado.

Como jefe, Wolf había sabido mostrarse imparcial. Tocó para ellos, y los comunistas suplieron lo que les faltaba en número a copia de vigor. Los sionistas contestaron con canciones que narraban cómo los colonizadores de Palestina habían redimido los campos destruidos por la erosión. Todos cantaron y tocaron hasta ponerse roncos, en cuyo momento siguieron a boca cerrada en un tono nostálgico. El acordeón de Wolf estaba muy estropeado y gemía las notas con mucho esfuerzo.

Relevaron la guardia. Todo el mundo estaba sosegado. Sonó el teléfono.

Wolf se retiró a su pequeña «oficina» de un metro por dos y levantó el receptor.

—Haifa. El Maestro de Ajedrez al habla.

—Aquí Atlas, en Jerusalén. ¿Está en su sitio el «tazón de kasha»?

—Sí, señor.

Una pausa en el otro extremo de la línea.

—Maestro de Ajedrez, el Ángel acaba de regresar de Canaán. Por todo alrededor de las murallas de Jericó hay chicos azules. Esperamos que las Doncellas del Rhin vendrán al amanecer. Cambia la alerta de azul a Gris.

Shalom.

— Shalom.

Wolf colgó. La gente se había apiñado alrededor de su oficina. Ochenta pares de ojos fijos en él.

—Enlaces. Cambiad la alerta al gris. La Policía Azul polaca rodea el ghetto.

Esperamos a los alemanes al amanecer.

Mientras los enlaces partían para avisar a los refugios satélites, los atónitos soldados seguían mirándole. Wolf se encogió de hombros con aire despreocupado, cogió de nuevo el acordeón y se puso a tocar.

«¡Havenu shalom aleichem!
¡Havenu shalom aleichem!
Ve-nu Ve-nu
¡Shalom aleichem!»

Con una estrepitosa hora consiguió que todos dieran palmadas a compás, y pasó de uno a otro las cuatro botellas últimas de ginebra que había guardado.

Evaporados los efectos del entusiasmo, todos volvieron a sentirse maduros y soñolientos. Wolf dejó el acordeón.

—Conviene que durmamos un rato. Necesitamos estar bien dispuestos para recibir a nuestros huéspedes.

Wolf recorrió el refugio, comprobando con cuidado minucioso los detalles de última hora y repartiendo miradas y sonrisas de aliento. En una parte del refugio tuvo que arrodillarse; era demasiado alto para estar de pie.

Los combatientes empezaron a dormitar uno tras otro. Sólo ardían unas velas en las salidas para caso de urgencia. Reinaba la quietud... Los que continuaban despiertos libraban la batalla consigo mismos en silencio, al menos.

El cargo de comandante tenía sus pequeñas compensaciones. Wolf poseía su cubículo particular, aparte de la habitación principal, cerrado con una cortina de saco. Era suficientemente grande para contener una mesa para el teléfono, una silla y un lecho de paja.

El rifle de Rachael descansaba apoyado contra la pared. La muchacha se desató el

cabello y lo dejó caer. Wolf se arrodilló en la paja, y luego se acercó a su amada. Con una mano apagó la vela.

—Estoy muy orgullosa —dijo Rachael—. ¡Eres tan valiente!

Wolf no respondió. Sentía un frío glacial.

—No te inquietes, Wolf. Tú nos llevarás a buen puerto. Todo el mundo tiene confianza en ti... ¿No has visto cómo se han tranquilizado todos después de mostrarse tan asustados?

Como comandante, Wolf no manifestaba nunca temor delante de sus combatientes. Pero ahora, a solas con Rachael, sentía frío y temblaba, y era ella la que no tenía miedo. Por la mañana, él se levantaría y conduciría a los soldados a sus posiciones como si nada del mundo le causara la menor preocupación. Los dedos de Rachael le acariciaban el cabello y la cara...

—Soy yo quien está asustado —dijo él.

—Ssssiitt..., sssiittt..., sssiittt...

CAPÍTULO XIV

Las cinco. La primera luz del día. Como único movimiento, una nevada de plumas cayendo en cascada de los tejados.

Andrei se escurrió hasta su puesto avanzado de observación y a través de los gemelos escudriñó el cruce de calles. Sus cuatro compañías estaban bien escondidas. Menos de la mitad iban armados. Norma cardinal: tomar las armas de los enemigos, o de los camaradas caídos. Sonidos distantes al otro lado del muro. Andrei sacó una botella incendiaria *borscht* de la chaqueta y la agitó para humedecer la mecha. Sería la señal para abrir fuego si los alemanes entraban en su sector.

Oyó un movimiento detrás de él, y miró por encima del hombro. Una figura avanzaba en su dirección. Andrei enfocó los gemelos sobre aquel hombre.

—¡Maldita sea! ¿Qué haces aquí? —murmuró mientras Alexander Brandel, caminando a gatas y arrastrando la bufanda, se acercaba a él—. ¿Quién te ha dicho que abandonases el refugio? —bufó Andrei cuando Alex llegó a su lado.

—Como me he convertido en un doctrinario de la violencia, estaba seguro que no me negarías el placer de este momento.

—Vete abajo.

—Déjame quedar aquí, por favor, Andrei.

—Escribe tu diario.

—Está hasta la fecha.

—Ssss... Ahí vienen.

—No oigo nada.

—Bien..., es demasiado tarde para enviarte abajo. Quédate a mi lado y permanece quieto.

Andrei hizo un seña a su gente; y luego aguzó el oído.

—No los veo —susurró Alex.

—Ssstt..., ssttt. ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Andrei miró a su alrededor esperando una señal de respuesta. En una ventana de la calle Zamenhof ondeaba una bandera azul.

—Bajan por la calle Gensia, entre los recintos de la fábrica. Confío que Wolf los dejará pasar.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Andrei fijó los gemelos en el cruce de las calles Gensia y Zamenhof, emplazamiento del abandonado edificio de la Autoridad Civil Judía.

Aparecieron las primeras tropas con cascos y uniformes negros. Stutze iba en cabeza. Ahora se encontrarían debajo de las armas de la compañía de Ana Grinspan. Andrei hizo seña a los tejados para ordenar que no se abriera fuego, suponiendo que los alemanes subirían por la calle Zamenhof hacia el sector central.

—¡Alto! —El comandante rompió el silencio.

—¡Puñales a punto! —Los nazis desenfundaron los cuchillos.

—¡Marcha de desfile!

Clum, clum, clum, clum, los alemanes subieron a paso de ganso por la calle Zamenhof.

—Mira a esas prostitutas sifilíticas y arrogantes —silbó Andrei—. Amontonadas como un rebaño de ratas, marcando el paso de ganso. Las dispersaremos, ¿eh, Alex?

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Andrei entregó los gemelos a Alex. El historiador se subió las gafas hacia la frente y examinó las negras oleadas de uniformes que llenaban toda la anchura de la calle Zamenhof, doblando la esquina una fila tras otra y acercándose a ellos cada vez más. Alex sintió un nudo en el estómago. Ojalá no se hubiese movido del refugio. Lo que preocupaba a Andrei era la disciplina de sus tropas.

Pero hasta el momento nadie se había movido, ni había hecho ruido alguno.

El enemigo seguía doblando la esquina de Gensia. La columna nazi llenaba ya toda la calle en la longitud de una manzana de edificios, y todavía seguían viniendo.

—¡Cantad!

Un millar de manos velludas levantó mil puñales hacia el cielo. Clum, clum, clum, sonaban las pisadas del paso de desfile.

«¡Cuando los puñales escupan sangre judía!
Sólo entonces nuestra Madre Patria será libre.
Cuando los cuerpos judíos se pudran, corrompidos, nos recrearemos en la victoria de Hitler.»

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

El sonido de las voces y las botas de los alemanes se hacía más potente, y a los judíos se les helaba la médula de los huesos.

«¡Cuando los puñales escupan sangre judía!
Nuestra alegría será más grande y más firme;
cuando los cráneos judíos lleguen al cielo,
los buenos alemanes ya no estarán tristes.»

—¡Alto!

La compacta masa del Cuerpo Reinhard se detuvo en el cruce de las calles Zamenhof y Mila. Sieghold Stutze reunió a sus oficiales, los cuales se apiñaron sobre un plano y discutieron la primera fase de la operación. Se encontraban directamente

debajo de Andrei y Alex. El Cuerpo Reinhard, bajo los puntos de mira de las cuatro compañías de judíos que esperaban la señal.

Andrei sacó una caja de cerillas y se dispuso a encender la mecha. Pero se interrumpió.

—Soy un sentimental, Alex. Creo en la justicia histórica. ¿Has encendido nunca una de estas botellas?

—¿Yo? Dios de los Cielos, no.

—Pues ahora te comisiono para que des la señal del alzamiento —dijo Andrei, poniéndole la botella en las manos.

Alex se limitó a mirarla fijamente.

—Bien..., ¿qué hago?

—Enciende la mecha y arroja la botella a la calle.

—Enciendo... y echo...

—Sí, es muy sencillo. Estás obligado a dar en una de aquellas prostitutas sifilíticas. Pero apresúrate, antes de que se dispersen.

Alex se humedeció los labios. El reto era demasiado tentador, el honor demasiado grande.

—Lo intentaré —dijo con voz alterada. Puso la botella horizontal con mucho cuidado y encendió una cerilla. El viento la apagó.

Rascó otra y trató, con gesto precipitado, de tocar con la llama la mecha. El viento apagó ésta también.

—Vamos, Alex. Los doctrinarios de la violencia han de actuar con calma.

Alex encendió una tercera cerilla y protegió la llama con ambas manos, pero temblaba tanto que no supo acercarla a la mecha. Entonces renunció.

—Todos batallamos según nuestro estilo. Esto no sé hacerlo.

—Prueba una vez más —dijo Andrei.

Alex apretó los dientes, inflamado por la resolución, y rascó otra cerilla.

Andrei le cogió las muñecas, dando firmeza a sus manos lo mismo que un padre cariñoso, y la llama tocó la mecha. Salió un dardo silbante de fuego.

—¡Arrójala!

Alex echó la botella por encima del borde del tejado como si tuviera en la mano una piedra ardiendo, y la bomba descendió en apretada espiral hacia la calle.

¡Buummmmmm! ¡Plou! ¡Fzzzzzttt!

La botella se estrelló sobre el casco de un hombre de las SS y levantó un chorro de llamas.

—¡Aaaayyyy! —gritó en un alarido la antorcha humana. Las filas que le rodeaban se hendieron mirándole hipnotizadas mientras él se retorcía, daba patadas y se revolcaba por el suelo, sin librarse del fuego que le consumía—. ¡Aaaayyyy! Aaaayyyy! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!

Las llamas azules salían de las bocas de los rifles y pistolas escondidos detrás de las ventanas, en los umbrales, en los tejados.

¡Uishhhh! ¡Bum! Estallaban las bombas incendiarias.

Los ojos de Sieghold Stutze se levantaron inquisitivos mientras las armas judías vomitaban en medio de la masa alemana, escupiendo tres años de rabia contenida.

—¡Hans! —gritó—. ¡Mira! ¡Una mujer está disparando! —Pero cayó de bruces con el pecho atravesado por una bala, y se arrastró trabajosamente con las rodillas. La tierra trepidaba con las ensordecedoras explosiones de las granadas. Tuercas y pernos despedazaron el estómago de Stutze. El nazi se llevó las manos a las entrañas que se derramaban por la calle. Una bomba incendiaria cayó junto a sus pies; la llama se propagó botas arriba. Sieghold Stutze se revolvió dando alaridos, abrió la boca en busca de aire y murió. Las antorchas humanas y los cuerpos acribillados por las balas y las granadas convirtieron la intersección de las dos calles en un estanque de sangre y de muerte.

El Oberführer Alfred Funk se empapaba con deleite en una profunda bañera llena de agua caliente y cubierta de espuma, inspirando el vapor aromático que se levantaba de ella. Hasta allí iban a estrellarse las notas de la «Obertura» del *Tannhauser*, de Wagner, lanzadas por el fonógrafo de la sala de estar. Entre los intervalos más bajos del crescendo, Funk podía oír el ruido de los disparos de fusil en el ghetto. Entretanto canturreaba a compás de la música.

—Da, dam, dam, dam.

Su ordenanza dejó una bandeja con el recado de afeitar en el borde de la bañera. Funk afiló la navaja, mirando con desdén al ordenanza, que nunca se la afilaba debidamente. Después tentó el filo con el pulgar y quedó satisfecho.

—Dum de dum dum —iba cantando—, dum de dum dum dum dum dum..., de da da da —mientras enjabonaba la cara—. ¡Sostén el espejo quieto! —estalló.

—*Ja, Herr* Oberführer. Horst von Epp apareció en el umbral, con los ojos enrojecidos, llevando un albornoz sobre el pijama. Funk le miró despectivamente y le espetó:

—¿Qué es lo que te saca de la cama a estas horas de la mañana?

—Será mejor que bebas esto —contestó Horst, presentándole un vaso de ginebra.

Funk levantó el rostro.

—¿A las seis de la mañana? Jamás. Dum de dumm. Da da da. —Y se estiraba la piel para que la navaja pudiera cortar mejor los duros pelos del mentón.

Horst le quitó el espejo de las manos al ordenanza.

—Alfred, deja la navaja. Después de lo que voy a decirte correrías el riesgo de cortarte.

Funk se limitó a mirarle airado.

—El Cuerpo Reinhard ha sido destrozado. Han echado a tus hombres del ghetto.

—¡Maldito seas, Horst! Es la última estupidez tuya que voy a tolerar! —Y levantó la navaja para seguir con el afeitado.

Horst hizo bajar lentamente la mano de su amigo.

—Hemos sido muy hábiles en atraer su fuego sobre nosotros. Un centenar de hombres de las SS han muerto. Por lo menos un número igual han sido heridos. Nuestras fuerzas han huido al otro lado del muro.

Funk parpadeó incrédulo y sonrió débilmente.

—Ha de haber un error. Los que están allí dentro son judíos.

—He preparado una declaración para la Prensa diciendo que no fueron los judíos, sino que descubrimos cuadrillas de bandidos polacos escondidas en el ghetto y que hemos entrado para barrerlas. Los disparos no los han hecho los judíos, sino los bandidos, etcétera, etcétera.

—¿Los judíos? ¿Los judíos han arrojado al Cuerpo Reinhard del ghetto?

¿Los judíos?

—Los judíos —respondió Von Epp.

Funk apartó la bandeja y se puso en pie, casi resbalando en el agua jabonosa. Saltó de la bañera y corrió hacia la sala de estar. Un oficial ensangrentado y tembloroso se cuadró delante de él.

—Untersturmführer Dolfuss —dijo, dando un taconazo delante del desnudo y chorreante general.

—¡Habla, Dios te maldiga!

—Hemos sido cogidos en medio de un fuego cruzado terrible.

—¿Dónde?

El aturdido subteniente trató de encontrar las calles de Zamenhof y Mila en el plano de encima de la mesa, lleno de alfileres de colores. El ordenanza de Funk cubrió a su amo con una toalla de baño.

—Lo que trata de decirte este buen oficial, Alfred..., ha ocurrido aquí —explicó Von Epp.

—¡Vaya! —gritó Funk con una mueca—. ¡Vaya! Quieren catar el látigo. —Y levantó el teléfono—. Póngame con el cuartel general de campaña... Hola...

Aquí el Oberführer Funk. Envíen al oficial de guardia a mis habitaciones. Inmediatamente.

Mediodía.

Seis tanques de tamaño medio cruzaron roncando la Puerta Swientojersk, rozando la pared mientras avanzaban en dirección a la calle Zamenhof y el sector central. Sus cañones y ametralladoras apuntaban a los edificios.

Sus motores producían un ruido ensordecedor, y su peso hacía temblar los muros.

Los combatientes de la Compañía de Ana Grinspan se quedaron helados de miedo al ver el cuadro aparecido en la calle. ¿Qué podía hacer uno con pistolas?

Los *panzer* desfilaron por delante de los cañones de unos rifles inútiles y doblaron hacia la calle Zamenhof.

Los cañones de las torretas giraban amenazadores, apuntando a los pisos altos de los edificios de uno y otro lado. Los artilleros miraban por las rendijas, contemplando las ventanas y los tejados inmóviles, sin vida. Vaya, ¿dónde estaba el ejército de los judíos? «¡Dejémosles que disparen!»

Mientras los tanques vertían roncando hacia su sector, Andrei hacía un esfuerzo por pensar. Si los tanques obligaban con sus disparos a los hombres de las cuatro compañías a correr en busca de refugio, los alemanes se harían dueños del ghetto inmediatamente. ¿Pero, cómo detener a los tanques? Por un instante un pensamiento angustioso le atormentó. «Quizá somos cobardes.

Quizá hemos perdido todo el afán de lucha, después de la primera emboscada».

Cuando el carro que abría la marcha rodó sobre el cruce de la calle Kupiecka, una figura solitaria salió disparada a la calzada con tal rapidez que los artilleros alemanes no pudieron apuntarle sus armas. La figura corrió directamente hacia la parte delantera del tanque que iba en cabeza.

Andrei vio cómo el solitario combatiente judío atacaba al *panzer*. La gorra del soldado se cayó, dejando al descubierto una larga cabeza de cabello rojo de llama. ¡Era una muchacha! Con el tanque casi encima de ella, la muchacha metió una granada de tubo entre las cadenas. El monstruo rodó sobre la granada y la hizo estallar. Con un estremecimiento retumbante, la cadena se rompió, saltó fuera de sus amarras, y el tanque giró sobre sí mismo, impotente.

La chica pelirroja murió aplastada.

Los combatientes que contemplaban la escena convirtieron los *panzer* en féretros de acero. Como de la cima de las márgenes de un barranco, llovió sobre ellos una granizada de botellas *borscht*. Los tanques giraban de un modo demente, tratando de librar sus pellejos de acero de los picotazos del fuego y disparando furiosos contra un enemigo al cual no veían..., pero la lluvia de botellas incendiarias aumentaba. Los carros se encontraron hundidos en un mar de llamas y se convirtieron en otros tantos infiernos. Los combatientes judíos se acercaban a rastras para dar mayor acierto a sus impactos.

Una tras otra, las escotillas se abrieron; los alemanes, sofocados, cegados, ardiendo, saltaban tambaleándose a la calle para ser barridos por el fuego cruzado.

Atardecer.

Los cadáveres alemanes fueron despojados de uniformes, armas y municiones y amontonados en los bordillos de las aceras, lo mismo que los cadáveres judíos habían

sido amontonados en otro tiempo dentro del ghetto.

Los tanques humeaban callados, destruidos.

Las calles volvieron a quedar silenciosas.

Tolek Alterman fue el primero que salió de Mila, 18.

—¡Los alemanes se han marchado! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Los alemanes se han marchado! ¡Situación verde!

—¡Situación verde! —repitió como un eco otra voz.

Señales con la mano..., los alemanes corrían de una manzana a otra.

—Oiga, Haifa. ¡Los alemanes han abandonado el ghetto! ¡Situación verde!

—¡Beersheba! ¡Situación verde!

Los gritos de gozó y los hurras rebotaban de un edificio a otro.

En la calle apareció un combatiente, corriendo arriba y abajo y gritando que todo estaba despejado.

Los demás se arrojaron fuera de los edificios; se abrazaban unos a otros, saltaban, brincaban, gritaban, rugían y lloraban de gozo.

A los pocos momentos se habían formado en la mitad de la calle anillas bailando la *hora*, y los paisanos, que se habían acurrucado en sus escondites al ruido de la batalla, salían uno tras otro, pasmados, admirados, y besaban a los combatientes.

Andrei y los otros comandantes se mostraron tolerantes con aquel quebrantamiento de la disciplina. Nada podía mitigar la gozosa exaltación de los hombres que habían esperado durante tres años aquel momento de triunfo.

Gabriela Rak oyó la voz de Alexander Brandel por la radio, como la oyó toda Varsovia.

—Camaradas polacos. Hoy, 19 de abril de 1943, hemos asestado un golpe en defensa de la libertad, siendo los primeros en rebelarnos contra la tiranía nazi. Al expulsar a los matarifes nazis del ghetto, las Fuerzas Judías Conjuntas dominan esta noche el único pedazo de terreno polaco soberano. En el pasado os hemos suplicado que os unierais a nosotros, y os lo suplicamos de nuevo.

Los alemanes asesinan a ciudadanos polacos con ritmo estremecedor en las cámaras de gas de Auschwitz. Se proponen reducir Polonia a una reserva de trabajo esclavo, asesinando a más de la mitad de sus ciudadanos. No importan las diferencias que haya habido entre nosotros, la lucha por sobrevivir nos une a todos. Uníos a nosotros. ¡Ayudadnos a destruir al tirano!

En Varsovia reinaba un ambiente más alegre. Por un rato hubo cierta preocupación por los ruidos y los disparos que se oían en el ghetto, pero la radio y los periódicos se apresuraron a explicar que se escondían allí unas cuadrillas de bandidos, y que los alemanes habían iniciado una acción para echarlos fuera. Los alemanes confesaron haber sufrido media docena de bajas, poco más o menos, pero

ciertamente no había por qué inquietarse por aquel ruido. En cuanto a la proclama emitida repetidamente por una radio clandestina..., ea, se trataba de una exageración típicamente judía, y en verdad, ¿a quién le importaba nada, de todos modos?

CAPÍTULO XV

Los fatigados combatientes de las Fuerzas Conjuntas durmieron profundamente, soñando, dichosos, en la victoria conseguida. Una victoria que pertenecía en gran parte a una muchacha sola que se arrojó debajo de un tanque en el momento preciso para galvanizarlos a todos y lanzarlos a la acción. La muchacha había dado el ejemplo, y los demás habían hecho de aquel día un día de victoria. Mañana o pasado se les pediría que realizasen la misma hazaña de la muchacha, pero esta noche no importaba. La victoria es un bálsamo.

Alexander Brandel, doctrinario de la violencia, la celebró más largo rato y con más intensidad que nadie. Decía que necesitaba resarcirse de dos mil años de derrotas.

Mientras el improvisado y mísero ejército dormía, sus comandantes trabajan hasta altas horas de la noche en asuntos más prácticos que los festejos.

Hacían el balance del día. Solamente seis grupos de veintidós que tenían habían entrado en acción. Las bajas, causadas por balas perdidas, eran puramente nominales. Habían capturado sesenta rifles y pistolas de soldados alemanes caídos. Habían infligido una endiablada derrota a lo mejor de la élite de Hitler.

Sin embargo, la hoja se saldaba con déficit a causa de un solo y sencillo hecho. Las Fuerzas Conjuntas habían gastado más municiones de las que podían remplazar. No lograrían muchas victorias más como la de aquel día. Era una guerra en la que los triunfos disminuían continuamente. Un juicio sereno les hacía ver que la falta de municiones les retiraría pronto de la circulación. La proclama de victoria publicada por radio no había conseguido excitar a la población ni al Ejército Patrio. Una docena de jóvenes polacos habían intentado entrar en el ghetto para ayudarles, pero cobraron sus esfuerzos muriendo fusilados.

Mañana..., sería otro día. Los comandantes supusieron que los alemanes se dirigirían contra las fábricas. Allí estaba la mayor concentración de judíos, en el punto más vulnerable y más difícil de defender.

Simon trasladó dos compañías de Andrei a la fábrica de cepillos, para ayudar a Wolf. Ana sacó a su compañía del sector central y Tolek puso tres grupos más a las órdenes de Rodel en el complejo de la fábrica de uniformes.

Hasta el alba estuvieron discutiendo. Simon y Andrei pidieron a Wolf que trasladase la mina terrestre «tazón de kasha». Después de la lección de aquel día, podía darse por seguro que los alemanes no se atreverían a cruzar de nuevo las entradas en formación cerrada. Wolf se lo figuraba de un modo muy distinto. Estaba seguro de que no habían aprovechado la experiencia, ni quería demostrar ninguna consideración a la fuerza combatiente judía. Wolf practicó la táctica de la obstrucción hasta que fue ya demasiado tarde para plantar la mina en otro sitio.

La segunda mañana.

Andrei y Wolf se apoyaban, uno al lado del otro, en una ventana del segundo piso, que daba sobre la entrada principal de la fábrica de cepillos. El núcleo de inmersión que haría estallar la mina terrestre estaba en la mano de Wolf. El muchacho no quería confiar a nadie más el interruptor de ignición de la mina.

La mitad de los combatientes de Wolf estaban agazapados dentro de los edificios de la fábrica principal, detrás de las barricadas levantadas para proteger a los trabajadores. Ocupaban una posición vulnerable, porque habían de recibir de frente el ataque alemán. La segunda mitad, junto con las dos compañías de Andrei, estaban desparramadas en círculo alrededor de la fábrica, a fin de atacar a los alemanes por la espalda. Habían preparado la partida de aquel modo fiándose en absoluto en la suposición de que los alemanes realizarían un intento contra la fábrica de cepillos.

Las diez de la mañana.

—¿Qué será lo que les retiene? —se preguntó Wolf.

—La confusión. Esta vez trazan sus planes fuera —contestó Andrei—. Los alemanes no saben improvisar. Han de contar con un plan prefijado.

—Se lo desbarataremos.

—Trabajo perdido. No entrarán por la puerta principal.

—Veremos.

A las once los enlaces vinieron a comunicarles que los alemanes habían concentrado una fuerza crecida en los Jardines Krasinski. Eden había calculado con acierto. Los alemanes se disponían a cortar el extremo nordeste del ghetto, que comprendía el complejo de la fábrica de cepillos.

A las once y cuarto los enlaces dieron noticias de movimientos en el exterior del muro, a lo largo de la calle Bonifraterska y enfrente de la calle Muranowska. Un cordón de soldados en todo el sector.

—Hola, Jerusalén. Aquí Haifa. Concentración de tropas para aislar la fábrica de cepillos. Entrarán en cualquier momento.

—Aquí Jerusalén. Tengo dos compañías preparadas para situarse a la espalda del enemigo, si las necesitáis.

—Guárdalas.

Los alemanes entraron en el ghetto por tres puntos: las dos puertas Swientojerska, enfrente de los jardines, y la Puerta Przebieg, junto a la plaza Muranowski.

Saliendo de los jardines formaron rápidamente un cordón de una longitud de dos manzanas hasta dicha plaza. El recinto de la fábrica de cepillos estaba completamente aislado. Su límite oriental lo formaba el muro del ghetto a lo largo de la calle

Bonifraterska.

—Tienen un talento innegable para meterse dentro de las trampas —comentó Andrei. También los revisionistas se encontraban encima y detrás de los alemanes. Andrei envió un enlace a Ben Horin pidiendo que no hiciera fuego.

Desplegados ahora, los alemanes se dirigieron hacia la entrada principal.

Dos compañías iniciaron un movimiento convergente; una bajando por la calle Gensia y otra subiendo por la de Walowa.

Enfrente de la entrada principal, los alemanes se parapetaron cerca de los edificios.

Una unidad de altavoces fue montada al momento.

—*Juden 'raus*! ¡Judíos, salid!

Pasaron cinco minutos. Dentro de la fábrica no se produjo ningún movimiento. Con la bayoneta calada, en orden de batalla, los alemanes se acercaron a la puerta principal.

—¿Ves? —dijo Andrei con reproche—. Te advertí que no entrarían en plan de desfile.

—Espera.

Con gran cautela, una escuadra asomó al otro lado de la puerta. Antes de llegar al edificio principal les esperaba un patio de cuarenta metros de terreno abierto. Los alemanes penetraron en el patio sin ser molestados, aunque se encontraban por entero delante de los puntos de mira de los combatientes parapetados dentro.

Una segunda escuadra de alemanes siguió a la primera y penetró en el patio. Los atacantes se pusieron a disparar a ciegas contra el edificio. Los cristales saltaban a pedazos, de las paredes caían trozos de ladrillo y venía el eco de los disparos. Nadie respondió al fuego. Los alemanes dispararon una y otra vez. Ninguna réplica.

Entonces entró una tercera escuadra y emplazó una ametralladora apuntando al edificio principal. Las otras dos escuadras desplegaron, a fin de proteger al grueso de las fuerzas alemanas.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Andrei al ver que un batallón alemán se reunía para entrar marcando el paso.

Las escuadras de protección hicieron señal de que el terreno estaba libre.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Las SS de Trawniki desenfundaron los puñales y marcharon hacia la puerta. La primera fila pasó por encima del «tazón de kasha»..., luego la segunda..., la tercera.

Andrei se lamió los labios y fijó la mirada en el núcleo de ignición. Las manos de Wolf jugueteaban con el aparato.

—Ahora..., ahora —dijo Andrei.

—Unos cuantos más todavía, sólo unos cuantos más —respondió Wolf—. Sólo... unos... cuan... tos... —Su mano oprimió el núcleo.

Varsovia brincó con el impacto.

Hacia el cielo subieron sangre y tendones y músculos y alaridos. Tuercas y pernos volaban como vomitados por un volcán colérico. Trozos desintegrados dé soldados alemanes descendían hacia el suelo. Los casi vivos y los medio muertos gemían de espanto, y los que se habían desplegado y conservaban la vida estaban aterrorizados.

Las tres escuadras alemanas del patio toparon entonces con un fuego de barrera, además de que la mina terrestre los había desorganizado ya.

Desde los tejados, los revisionistas de Samson Ben Horin —Chayal, Jabotinski y Trumpledor—, derramaron un fuego asesino sobre las espaldas de los alemanes.

¡Fue una derrota total!

Muchos combatientes de los mandos de Andrei y Wolf se arrojaron a las calles persiguiendo al enemigo fugitivo, sedientos de venganza. Los aturrullados alemanes que guardaban las puertas del ghetto disparaban contra sus propias tropas que salían. Otros alemanes trataban de saltar la valla. Los pedazos de cristal clavados en el cemento desgarraban su carne a tiras, sus cuerpos se enredaban en el alambre espino.

El buen criterio de Wolf acerca del emplazamiento de la mina «tazón de kasha» quedó confirmado.

CAPÍTULO XVI

Anotación en el diario

EL TERCER DÍA

Hoy hemos infligido a los alemanes la derrota más humillante de nuestra pequeña rebelión. La describiré.

Los restos del Cuerpo Reinhard que sobrevivieron al primer día, y los ucranianos, letones, lituanos y estonianos, se han concentrado en su campo de desfiles enfrente del número 101 de la calle Zelazna, han cruzado y han desfilado a lo largo del muro por la calle Leszno, con la idea, al parecer, de entrar por la Puerta Tlomatskie. Rodel había previsto este movimiento contra la fábrica de uniformes. Los alemanes han penetrado en el antiguo «Corredor Polaco», una rendija entre dos paredes. Los combatientes de Rodel habían reunido veinte escaleras. Mientras los alemanes cantaban y desfilaban por el «protegido» corredor, los hombres de Rodel han apoyado las escaleras en las paredes, han subido por ellas y han arrojado granadas de tubo sobre los enemigos. ¡Los alemanes no han llegado a entrar en el ghetto!

Después, por la tarde, los alemanes han penetrado en el ghetto, detrás de un nutrido fuego de ametralladora y una barrera de morteros. Nuestra estrategia: dejarles que entrasen. Su fuego de protección había de cesar poco después de entrar las tropas.

Entonces les hemos atacado por retaguardia. Cuatro veces los hemos arrojado fuera.

¡Dos acontecimientos que nos dan aliento! Los primeros bombarderos rusos han pasado por encima de nuestras cabezas en una incursión aérea (sobre Alemania, confiamos). ¡Los hemos saludado con un griterío tremendo!

Esta noche los alemanes confiesan, en sus emisiones de radio que a los «bandidos polacos» se les han sumado cuadrillas de judíos (pervertidos, infrahumanos, violadores de monjas, etc., etc.). La confesión de que combaten contra los judíos ha de producir una profunda impresión en el pueblo.

EL CUARTO DÍA

Nuestros amigos han llegado con el alba. Esta vez no cantaban ni marchaban

en formación. Avanzaban en grupos dispersos y poderosamente armados. Han entrado lentamente detrás de la artillería, los morteros y las ametralladoras de cobertura. Se arrastraban buscando las sombras de los edificios. A nosotros ya no nos domina el miedo. Son ellos ahora quienes lo demuestran. Nosotros les permitimos que penetren profundamente en el ghetto, y luego les atacamos con fuego cruzado en las intersecciones de calles, les arrojamos bombas incendiarias y granadas desde los tejados, les damos voces en alemán para confundirlos y saltamos sobre ellos por la espalda.

Hoy han concentrado sus esfuerzos sobre la fábrica de uniformes. Calculamos que han empleado un millar de soldados para aislarla. Las fuerzas de Rodel los han hostigado despiadadamente, pero ellos han conseguido sacar a unos centenares de trabajadores.

Con una alegría frenética por la victoria, han volado un hospital cercano a la Prisión Pawiak. Habíamos evacuado ya a todo el mundo, excepto a los pacientes que guardaban cama.

LA CUARTA NOCHE

Filas de reflectores colocados sobre edificios altos del otro lado del muro iluminan grandes sectores del ghetto. Sus tropas han entrado para continuar la acción con un ataque nocturno a la fábrica de uniformes. Simon y Andrei venían hablando de esta posibilidad (una acción nocturna) desde algún tiempo. Simon ha ensayado nuestra incursión más audaz. Repartidos en tres grupos, nuestros hombres se han vestido con uniformes alemanes cogidos de la fábrica y se han adornado con los objetos (cinturones de cuero, cascos y hasta condecoraciones) arrebatados a los alemanes caídos. El Grupo número 1 lo mandaba Andrei, el Grupo 2, Simon, el Grupo 3, Tolek Alterman.

Nuestros «alemanes» se han limitado a salir del ghetto en formación. El enemigo nos ha confundido y le hemos sorprendido por completo. El grupo de Simon ha atacado los reflectores y la artillería. Han destruido veinte reflectores y cinco cañones. El grupo de Tolek ha asaltado el arsenal y los cuarteles de las SS, ha capturado una ametralladora, veinte fusiles y varios millares de cargadores de munición (que necesitábamos desesperadamente).

El grupo de Androfski se ha partido en dos. Uno ha asaltado el mercado central y confiscado tres camiones cargados de comestibles. La segunda unidad ha irrumpido en el Hospital de la Ciudadela en busca de provisiones

médicas.

Sabemos que hemos llegado al punto más alto de nuestra marea. No podremos volver a utilizar de nuevo uniformes alemanes por la noche, pues al enemigo se le ocurrirá indudablemente utilizar un santo y seña para prevenir futuras contingencias.

(Nuevo testimonio de la consideración que tiene que concedernos como fuerza combatiente.) No obstante, podremos continuar confundiéndoles de día mediante ataques súbitos, realizados llevando su uniforme.

EL QUINTO DÍA

Hemos hecho inventario. La munición está muy, muy escasa. Schlosberg ha manufacturado otras cuatro versiones menores del «tazón de kasha». Las hemos colocado en cruces importantes de calles, esperando lo mejor.

Simon ha reunido a todos los comandantes y ha pedido un fuego menos concentrado sobre el enemigo y mayor «improvisación personal». Traducido al lenguaje simple, esto quiere decir más actos de heroísmo individuales.

Nuestros combatientes han contestado hoy con gestos de coraje increíble. Un tanque ha sido volado por una de las minas plantadas en Nowolipki, pero a otro y a un coche blindado los han parado literalmente con las manos desnudas. ¡Un combatiente del mando de Rodel ha saltado sobre el tanque, ha abierto la escotilla y ha arrojado dentro una botella incendiaria! El coche blindado lo han inutilizado unos combatientes saltando desde la ventana de un segundo piso con granadas en las manos.

Los alemanes notan que nos estamos quedando sin municiones y presionan con más dureza. Gracias a Dios no han podido sustituir los reflectores que les destruimos. Esta noche el ghetto ha estado a oscuras. Nuestros combatientes necesitan desesperadamente dormir.

EL SEXTO DÍA

Actos increíbles de heroísmo continúan salvando este día. El mando de Wolf comunica el siguiente informe:

Dos combatientes sin armas de fuego saltaron sobre una escuadra alemana empuñando cuchillos; mataron a dos soldados, y los otros tres huyeron. Los asaltantes han recogido las armas de los caídos.

Rachael Bronski ha sido cogida por una escuadra alemana cuando atendía a un combatiente herido. Rachael ha metido la mano debajo de su falda y ha arrojado una granada a los alemanes.

En el sector central, Andrei me dice que sus hombres obligan a los alemanes a luchar casa por casa, cuarto por cuarto. Empezamos en la planta baja y hacemos que los alemanes nos persigan arriba, peldaño tras peldaño, hasta el tejado. Les arrojamos bombas y granadas y continuamos luchando hasta subirnos a los tejados. Los alemanes abandonan. No quieren subir allí.

Del mando de Rodel: Saul Sugarman, un antiguo bundista, ha sido herido de gravedad. Pero se ha resistido a morir hasta haber regresado a rastras al refugio y entregado el rifle a su hermano.

Simon ha ordenado que la táctica de atacar y huir se practique sólo cuando estemos detrás de los alemanes; no hay que salirles de frente. No tenemos munición bastante.

Deberíamos reordenar nuestras posiciones de modo que podamos retroceder atrayendo al enemigo a callejones sin, salida, a fin de utilizar entonces nuestras bombas incendiarias con el mayor efecto.

Los alemanes han conseguido descubrir unos cuantos refugios de personas civiles.

Las han sacado del ghetto. Me han dicho que a Boris Presser y a su familia los han llevado hoy a la Umschlagplatz. ¿Qué? ¿Qué se puede decir? ¿Se ha dudado alguna vez del valor de los judíos? Supongo que todos hemos luchado con semejante duda. Andrei me ha confiado qué cruzó su cerebro cuando vio los seis tanques subiendo por la calle Zamenhof. Confío en que estos seis días pasados habrán contestado la pregunta para siempre. El sacrificio se da en todo instante y en todas partes. No se ha rendido ni un solo combatiente judío.

LA SEXTA NOCHE

Los reflectores destruidos continúan sin sustitutos. Los alemanes introducen patrullas nocturnas para no dejarnos dormir. Nosotros las aniquilamos como si fueran animales en el matadero.

Nuestros combatientes gritan en la oscuridad y los alemanes disparan a ciegas en dirección a la voz, revelando su posición y su miedo.

¡Un informe del sector ario nos cuenta que Funk pidió voluntarios de las SS para las patrullas nocturnas y no salió nadie!

El informe dice también que el pueblo polaco está profundamente asombrado por nuestra lucha. ¡Al diablo el asombro! Menos asombro y más ayuda es lo que necesitamos.

Mientras escribo esto me acuerdo de que mañana empieza el séptimo día de la rebelión. La promesa de resolver el asunto en cuatro días, hecha por Funk a la Brigada de la Calavera, ha resultado falsa. La semana que pedíamos en nuestras oraciones transcurrirá. ¡Dios mío! ¡Haz que encontremos auxilio!

EL SÉPTIMO DÍA

Simon Eden ha hablado a sus comandantes antes del alba. Hemos de recurrir a tácticas todavía más desesperadas. Hemos de permanecer escondidos hasta que el alemán esté tan cerca que podamos oler su aliento, contar los pelos de su cabeza. Hemos de atacarle con cuchillo, saltarle encima con las manos desnudas y matarle estrangulándole. Hemos de disparar únicamente a quemarropa. No podemos permitirnos el lujo de malgastar un solo cargador. No podemos errar el lanzamiento de una sola granada. Por la noche hemos de cambiar continuamente nuestras posiciones, trasladándonos a otros refugios. Finalmente, otra reducción de las raciones. Agua: un vaso por combatiente al día.

Hoy los alemanes han limpiado por fin la fábrica de uniformes. Los hombres de Rodel no disponían de la potencia de fuego suficiente para detenerles. Habíamos conseguido sacar a la mayoría de trabajadores de la fábrica de cepillos y llevarlos a edificios y refugios.

Los refugios se están poniendo irresistibles. Mila, 18, alberga a cuatrocientas personas (su capacidad es de 220). Está un ápice nada más por encima del punto de asfixia. Hoy el termómetro señala 60 grados centígrados.

LA SÉPTIMA NOCHE

Los alemanes ya no quieren saber nada con el ghetto a oscuras. ¡Somos dueños de la noche! No entran aquí por puro miedo y desnuda cobardía.

Nosotros hemos conseguido la «meta» señalada de ser dueños del ghetto durante una semana. ¡Israel renacido ha vivido bajo el fuego de siete días! Es risible, ¿verdad? Nos encontramos peligrosamente escasos de munición. Ni la provisión de agua ni la de alimentos van a mejorar. No podemos sustituir ni un cargador de munición. No podemos remplazar al combatiente que cae muerto. Nuestros heridos mueren calladamente sin quejarse por los pocos cuidados que podemos prestarles. Pero yo me avergüenzo de mi antiguo escepticismo.

Jamás había visto la moral tan elevada. Jamás había estado tan orgulloso de ser judío. De noche andamos erguidos y tiesos como hombres libres. Cantamos, bailamos. Hacemos chistes sobre el hambre y nos reímos del miedo que tenemos. Es extraño, muy extraño que una causa sin esperanza pueda ser el origen de la experiencia más jubilosa que he tenido en mi vida. (Perdóname, Sylvia.)

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XVII

Simon Eden estaba desazonado. Había transcurrido una semana y su ejército continuaba intacto y henchido de espíritu de combate. Simon, que antes le tenía miedo a la carga del mando, había reaccionado frente a un centenar de crisis sin vacilación. Cuando se hallaba sumido en la duda, dirigía personalmente sus tropas en una incursión tras otra. Se había transformado en el símbolo de la jefatura.

El fin de la semana pedía un recuento de fuerzas. Sus combatientes ya no podían permitirse el lujo de concentrar el fuego de fusil. Esto significaba que los alemanes podían aislar y rastrillar zonas organizando sus esfuerzos. Como no podía continuar protegiendo a la población civil del sector sur, Simon ordenó a Rodel que abandonara una posición suicida y retirase a sus combatientes hacia el sector central.

A Wolf le mandó que cortase y destruyese la línea telefónica entre Mila, 18, y el refugio Franciskanska, a pesar de que a los enlaces les costaba a veces horas enteras el salvar unas pocas manzanas de edificios durante el día. Corrían un riesgo demasiado grande de que los alemanes encontrasen la línea telefónica y la utilizasen para localizar los refugios.

Una nueva orden permanente: todos los combatientes tenían que ir a escudriñar por la noche, en busca de comestibles y de agua, los refugios que los alemanes habían descubierto durante el día.

Como elementos favorables contaba con que por la noche seguía siendo dueño del ghetto, y con el hecho de que los alemanes habían dejado de emplear tanques y coches blindados. Y contaba también con Andrei Androfski, su caballo de batalla, su guerrero sin rival. La presencia de Andrei no perdía nunca la virtud de tranquilizarle.

Simon se pasaba las noches trabajando, habiendo adquirido una notable facilidad por dormir a cortos ratos. Rodel vino al primer piso de Mila, 18, adonde subía Simon por la noche para librarse del calor del refugio.

Rodel informó que todos sus combatientes se habían trasladado y repartido por el sector central.

—Bien. Duerme un rato —dijo Simon—. Son las cuatro de la madrugada.

—Quería hablarte de otra cosa. He oído rumores de que Samson Ben Horin se dispone a sacar del ghetto a sus revisionistas.

—Es cierto —respondió Simon—. Ahora voy a verle.

—Llévame contigo.

—¿Por qué?. Tú y Ben Horin no os habéis dirigido una palabra cortés durante cinco años.

—¡No tienen derecho a marcharse! —bramó Rodel.

Aquello era lo que Simon habría esperado del exaltado comunista. Por muchas decisiones que haya tenido que tomar un hombre, jamás está inmune del sobresalto

de haber de tomar otra nueva. Aquella era la más difícil que se le había presentado en toda la semana.

—Los revisionistas no están sujetos a nuestro mando —respondió con voz calmosa.

—Pero siguen teniendo un deber.

—¿Qué deber tienen, Rodel? ¿Morir gloriosamente? Han luchado como buenos. Hemos hecho todo lo que nos habíamos propuesto. Ahora ya no podremos proteger a la población civil..., tú lo sabes.

—Pero por cada día que resistimos, nuestro monumento sube a mayor altura. Con los revisionistas aquí, podemos ganar tiempo. Un día..., dos...

Simon no sabía qué responder.

—He pensado larga y profundamente en este momento. Existe una línea que cruzamos cuando ya no tenemos el deber de morir, sino de vivir. Cada hombre ha fijado su línea en un sitio distinto. Yo no puedo ordenar lo que un hombre ha de decidir por sí mismo.

—De acuerdo, pues, pero no es preciso que les ayudes concediéndoles tu aprobación. ¡Piénsalo, Simon! Estás sentando un precedente peligroso. Puede haber otros que decidan marcharse.

—Sí..., lo sé...

La entrevista con Samson Ben Horin tuvo lugar en el 37 de Nalewki, en una habitación iluminada por una linterna. Dentro de dos horas sería de día. La cuidada barba de Samson aparecía notablemente desordenada y sus hundidos rasgos acentuaban la expresión de cansancio de su cara.

—¿Me has traído el plano de las cloacas?

Simon lo extendió sobre la mesa.

—¿Sigues con el plan de marcharos antes del alba?

—Sí. No deberíamos tardar más de una hora en llegar al Vístula. Nos esperarán allí con una barcaza.

—No quiero interferir, pero, siguiendo la línea principal, llevarás a tus hombres por debajo del corazón mismo de Varsovia. Es peligroso. Te recomiendo muy en serio que tomes en consideración la posibilidad de utilizar líneas transversales secundarias..., por aquí..., y aquí..., y aquí... —dijo señalando en el plano—. De este modo sales unos kilómetros al norte de Zoliborz.

—Ahora no podemos cambiar los planes. Nos estarán aguardando.

—Demora un día la partida. Ponte en contacto de nuevo con tu gente del exterior y establece una ruta más segura, Samson tosió sin ganas y balbuceó algo; luego saltó de su asiento. Había meditado una ruta más segura, pero le costaría veinticuatro horas el recorrerla.

—Mayor es el riesgo de quedarse —dijo—. Nosotros no creemos que se pueda resistir todavía un día más.

Simon no manifestó exteriormente la impresión que le causaban aquellas palabras.

—¿Tienes una brújula?

—Sí.

Simon recorrió la ruta con el lápiz.

—Es casi completamente recta. Aquí ten cuidado con el alambre espino. La corriente no será demasiado fuerte. Cogeos de las manos, conversad en voz muy baja. Cuidado con las luces.

Samson Ben Horin estudió el plano unos momentos, luego lo dobló y se lo puso en el bolsillo del pecho. Simon se levantó.

—Tengo que regresar a mi refugio —dijo—. Hemos convocado una reunión para dentro de diez minutos. Nuestros amigos alemanes traen otro batallón de artillería.

—Gracias por todo, Simon. Oye, quiero que lo sepas. Quiero decirte que..., el marcharse ha sido una decisión tomada por el grupo.

—No es necesario que me des explicaciones.

—No es como si escapáramos.

—Nadie os ha acusado de ello.

—Simon, cuando instauraron el ghetto teníamos en Varsovia quinientos hombres. Ahora quedamos cincuenta y dos. Quiero que sepas que yo, personalmente, voté por quedarnos. Pero..., en calidad de jefe suyo, estoy obligado a sacarlos del atolladero.

—Me figuraba ya que había ocurrido así.

—Once de mis hombres han decidido quedarse con vosotros. Hemos votado también que os dejaríamos la mitad de nuestras armas y el ochenta por ciento de nuestras municiones. Todo ello lo encontrarás en nuestro refugio.

Samson extendió la mano. Simon se la estrechó. Samson Ben Horin, un rebelde entre los rebeldes, se encaminó apresuradamente hacia su refugio.

A los diez minutos, los cuarenta y un revisionistas restantes se encontraban en la línea de la cloaca principal debajo de la calle Gensia. Pasaron cerca del refugio Franciskanska de Wolf, por debajo del recinto de la fábrica de cepillos, y se hallaron debajo del muro. Cada diez metros Samson encendía la pila eléctrica por espacio de dos segundos a fin de orientarse. Una cadena de hombres cogidos de la mano avanzaban en silencio.

La luz encontró la trampa de alambre espino.

Cinco hombres aplicaron sus tenazas a la barrera y la cortaron poco a poco.

Samson echó una mirada a su reloj. Aquello progresaba con demasiada lentitud. Dentro de cincuenta minutos vendría la luz del día.

—De prisa —susurró.

—Es muy recio.

—¡De prisa!

Los hombres refunfuñaban mientras los oxidados instrumentos trataban de romper el alambre. Samson encendió la luz de nuevo. No habían recorrido más de un tercio del camino. Samson pasó delante del equipo cortador y con las manos aplastó los acordeones de alambre. Las espinas le rasgaron la carne en una docena de puntos, pero él siguió golpeando el alambre hasta que quedó un pequeño espacio libre. Los hombres pasaron por él. El alambre les desgarraba la carne y las ropas; quedaron ensangrentados y atormentados por el dolor.

Encima de sus cabezas, unos ruidos extraños atrajeron hacia la boca de la cloaca un policía polaco que patrullaba el sector. El policía aplicó el oído a la tapa de la boca; luego corrió como una flecha hacia la puerta de la ciudadela (una manzana de casas más allá) donde había un campamento de la Wehrmacht.

—En el *Kanal* hay gente. Estoy seguro. Los he oído refunfuñar.

El último revisionista pasó el obstáculo. El agua sucia bañó sus piernas ensangrentadas. La boca de la cloaca, detrás de ellos, se abrió con un ruido metálico. Una luz cegadora tanteó el fondo. ¡Voces alemanas! Los revisionistas se aplastaron contra el fangoso muro de ladrillos, apenas fuera del alcance de los rayos de luz.

—¿Ven? ¡Han cortado parte de los alambres!

—¡Traed una escalera!

Samson estaba atontado. Por su mente cruzó el recuerdo de la advertencia de Simon acerca del peligro de pasar por una arteria principal. Estaban cogidos en un ataúd negro y fétido. ¡Oh, Dios! Samson percibía los temblores del miedo recorriendo la hilera de hombres en uno y otro sentido. «¿Nos quedamos?

Cuando bajen a la cloaca a perseguirnos, ¿lucharemos? ¿Retrocedemos corriendo hacia el ghetto? ¿Nos lanzamos hacia el río?»

—¡Marchemos, no podemos continuar aquí! —Samson avanzó por debajo de la calle Franciskanska, caminando todo lo de prisa que le permitían el légamo y el lodo sobre los cuales resbalaban sus pies. Quería encender la linterna para estudiar el mapa y hallar un *Kanal* afluente más pequeño, pero no tenían tiempo para detenerse. Llegaron a la confluencia de dos cloacas grandes.

Uno, la de la calle Freta. Confluencia espaciosa. Allí estaban a mitad de camino.

La corriente de aguas sucias descendía rápida.

Detrás de ellos oyeron que los alemanes hacían bajar una escalera y pudieron ver un entrelazado de chorros de luz que les buscaban.

—Hemos de cambiar de ruta —dijo Samson.

—No.

—Sí, digo yo. Calle Freta arriba.

—No. No llegaríamos al río.

—Venid. ¡Calle Freta arriba!

—¡Samson! —gritó uno al final de la hilera—. ¡Samson! ¡Gas venenoso!

Samson dirigió hacia atrás la luz de la pila y vio las espirales de humo rodando hacia ellos.

«¡Mira! ¡Unos peldaños de hierro clavados en el muro, formando escalera para subir a la calle!». Samson trepó por ellos, apoyó el hombro contra la tapa de la boca y la levantó. Asomó la cabeza y en seguida se escabulló hacia la calle.

Dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete hombres le siguieron.

¡Luces cegadoras!

Las rojas trayectorias de las balas trazadoras de un arco de ametralladoras alemanas los tumbó al suelo. Algunos retrocedieron hacia la cloaca y al llegar a la boca cayeron por el agujero, tumbados a balazos, hacia el seno del gas venenoso. Y luego, después de otros pocos alaridos desgarradores mientras el gas convergía hacia allí desde cuatro direcciones distintas, reinó el silencio.

La brecha que los alemanes buscaban desde hacía tanto tiempo se produjo el octavo día con la destrucción de los revisionistas, cuyo intento de escapar utilizando un *Kanal* grande resultó tan descabellado como Simon Eden había temido.

El octavo día los alemanes entraron en tromba en el ghetto, animados por la victoria. Una victoria alemana que había producido una extraña reacción en los judíos; que les había hecho comprender por fin y plenamente que no había escapatoria, que habría que librar el combate hasta el final en aquel mismo terreno. Los judíos se habían convertido en unos seres salvajes que se arrojaban contra las filas alemanas como granadas y antorchas vivientes. Acorralados, agotadas las municiones, luchaban con piedras, con palos y con las manos desnudas.

Cada paso que avanzaban los alemanes en el sector central lo pagaban a un precio más caro. Los judíos estaban encima de ellos, debajo de ellos, en medio de ellos, y luchaban como dementes.

El octavo día arrojaron nuevamente a los alemanes del ghetto.

La táctica deliberada de esconder la noticia se derrumbó. La voz corrió a lo largo y a lo ancho de Polonia.

«¡Los judíos se han rebelado en el ghetto de Varsovia!»

«¡Los judíos han resistido un asalto tras otro una semana entera!»

Circularon relatos del coraje fanático de los judíos. El mito de la cobardía judía cayó hecho añicos.

En Berlín quedaron pasmados.

«¡Los judíos combaten y derrotan al Cuerpo Selecto!». Era una catástrofe, una humillación, una propaganda derrotista tan grave como grave era la derrota de

Stalingrado en el terreno militar.

El noveno día Funk montó su asalto más furioso, utilizando seis mil soldados, y al final de la jornada recibió a sus oficiales, que balbucearon los relatos de una derrota más.

—¡ *Herr* Oberführer, atacan como fantasmas!

—¡Y ustedes atacan como cobardes! —gritó Funk—. Ustedes deshonran las SS, deshonran a la Madre Patria. ¡Ustedes deshonran a nuestro Führer Adolfo Hitler!

Funk les echó a todos excepto a Horst von Epp. Personalmente le aborrecía, pero durante los días anteriores había tenido que apoyarse en él cada vez más.

Von Epp sabía fabricar las excusas más estupendas.

Funk se sentó a su mesa para escribir el parte. Aquel día, el noveno, habían sacado del ghetto a seiscientos judíos. En total, sólo ocho mil apresados en diez días, y la mayoría capturados en la fábrica de uniformes. Quedaban aún treinta mil escondidos, y cada día se hacía más difícil localizarlos. A este paso necesitarían una eternidad. La promesa que hizo de liquidar el ghetto en cuatro días le obsesionaba como una broma pesada; iba a ser lo mismo que la promesa de Goering de que sobre Alemania no caería ninguna bomba. Funk notaba el desdén de sus jefes. No, no se atreverían a sustituirle, porque ello equivaldría a confesar que los judíos habían derrotado a las SS.

Horst concentraba vivamente su atención en decidir qué mujeres traería para el fin de semana. Alfred Funk redactó su parte diario. Un parte conciso que se jactaba de progresos que no se habían hecho, exageraba la fuerza del enemigo y extendía el mito de que un gran ejército de bandidos polacos ayudaba a los judíos. Un parte seco, soso, militar. Copias para el general de la Policía, Kruger, en Cracovia, para Globocnik, en Lublin, y para Himmler.

Ultrasecreto.

Horst se acercó a él, en medio de un remolino de dudas entre si se decidía por una pelirroja o por una rubia, y cogió el informe y lo recorrió con la mirada.

—¿No has oído hablar nunca de la Burra de Balaán, Alfred?

—¿De la qué de quién?

—De la Burra de Balaán de la Biblia.

—No, por supuesto.

—La Burra de Balaán intenta maldecir a los hijos de Israel y termina ensalzándolos. Creo que a eso lo llaman un cumplido involuntario.

—¿Es preciso que hables siempre en acertijos?

—Fíjate en estas frases de tu parte. Te refieres al «enemigo». ¿Desde cuándo admitimos que los judíos son un enemigo militar? Y aquí...: «El desprecio absoluto a la muerte que demuestran los judíos, y la decisión inquebrantable de resistir»... ¿Por qué no recomiendas que les concedamos a todos la Cruz de Hierro?

Funk cogió el parte y lo desgarró en dos.

—Lo escribiré de nuevo.

—Me han dicho que aquello es como un mundo de pesadilla —comentó Von Epp.

—No lo comprendo en modo alguno. La mayoría de esas tropas han actuado muy bien en el frente oriental... Simplemente, no lo entiendo. —La mente de Horst había vuelto a ocuparse de las mujeres. La de Funk no—.

Hemos de sacarlos de los tejados —dijo—. Es preciso que los hagamos bajar a ras de suelo...

Sonó el teléfono. Funk contestó. Al instante se puso pálido y cubrió el micrófono con la mano.

—Himmler llama desde Berlín. —Alfred Funk cogió los últimos partes que había redactado y leyó unos párrafos; habló de abnegación alemana y de valor, dio seguridades. Luego se quedó callado y escuchó largo rato. Su cutis tomó un tono encarnado y después lívido. Al dejar el receptor sobre el soporte lo hizo con un gesto exageradamente lento—. La noticia de esta insurrección se ha propagado por toda Europa. Hitler ha tenido un acceso de furor que le ha durado todo el día.

Horst von Epp se había llevado la mano a la garganta inconscientemente.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —Funk se acercó a la ventana dominado por una cólera violenta—. ¡Malditas sean sus cochinas almas judías!

De pronto giró sobre sus talones enfrentándose con Horst. Su cara era una máscara diabólica. Von Epp quedó aterrorizado.

—¿Qué vas a hacer, Alfred?

—Haré que aquellos sucios animales bajen de los tejados. ¡Haré que las llamas arrasen el ghetto hasta el suelo!

CAPÍTULO XVIII

—¡Bombarderos *Heinkel*! —gritaron los combatientes de los tejados.

Los aviones alemanes bajaron hasta una altura de sesenta metros sobre la fábrica de cepillos y disminuyeron la marcha. De sus entrañas abiertas salieron toneladas de bombas negras destinadas a destrozar los edificios. Las oscuras moles descendieron silbando, atravesaron los tejados, chocaron contra la calle y estallaron.

La materia inflamable empezó a arder y sus llamas, cada vez mayores, lamieron el terreno en derredor buscando cosas combustibles. La madera se encendió súbitamente y el incendio se propagó rugiendo por los huecos de la escalera hasta subir a los tejados.

—¡El ghetto arde!

Los *Heinkel* zumbaron, dando una segunda y una tercera pasada. No había nada con qué disparar contra ellos y desbaratar su «ejercicio» de tiro con blancos humanos. Las cortinas de humo subían ondulando hacia el cielo, y las llamas saltaban hasta los tejados convirtiéndolos en sartenes. Los cristales de las ventanas estallaban y caían dispersos por las calles, y de los boquetes que dejaban, salían violentamente los dedos rojo y naranja de las llamaradas.

Un enlace chamuscado penetró en Mila, 18, sujetándose las ennegrecidas manos. Pronto llegó otro con la mirada extraviada, y otros siguieron detrás.

Todos narraban la misma historia.

—Hemos de abandonar los tejados.

El ghetto ardía viva, rápida, irresistiblemente, porque no había ni una sola gota de agua para detener la conflagración. El fuego, una fiera hambrienta, devoraba todo lo que encontraba a su paso y buscaba incesantemente pasto nuevo.

Las brigadas de bomberos de Varsovia rodearon el ghetto con las mangueras mecánicas preparadas. Orden recibida: mantener las llamas limitadas al sector judío, de vez en cuando una chispa colérica saltaba y levantaba llamas en la parte aria. Los incendios del otro lado del muro eran sofocados rápidamente. Hacia el ghetto no marchó ni una sola gota de agua.

Al final del décimo día del levantamiento todo el barrio norte del ghetto estaba en llamas.

Durante la décima noche los nuevos batallones de artillería emprendieron la tarea, arrojando cinco mil disparos al interior del recinto con las bocas de los cañones apuntando a la elevación de cero. Detrás del fuego de artillería, los derribos volaban por los aires. Las paredes que se habían resistido a derrumbarse por obra del incendio fueron despedazadas por los obuses.

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!, rugían los cañones alemanes.

La tierra temblaba, las ventanas trepidaban, los hocicos metálicos despedían

rayos, y en Varsovia no dormía nadie.

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!, bramaban contra las siluetas que el fuego destacaba. ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!, hasta el amanecer.

Los *Heinkel* regresaron y arrojaron nuevo carbón en aquel infierno, y el incendio corría de una casa a otra, saltaba los cruces de las calles, de una manzana a otra manzana. El sector pobre y atestado de gente de la calle Stawki crepitaba con furia; el incendio bajó veloz por la calle Zamenhof, subió por la de Niska, se propagó por la de Mila y la de Nalewki y devoró el complejo de la fábrica de cepillos.

Las inmensas erupciones de las columnas de humo, que se retorcían violentamente, ascendían hacia el firmamento y se convertían en nubes negroamarillentas que tapaban el sol y transformaban el día en noche. El hollín descendía en espesa lluvia, cubriendo la ciudad con una nevada de cenizas.

Todo se volvía de un color gris, feo, desintegrado.

Uno tras otro, Simon ordenó a sus grupos que bajaran de los tejados. Las llamas habían consumido, debajo de sus pies, la clave misma de su defensa. Los combatientes a los cuales los alemanes habían sido incapaces de sacar de las alturas eran expulsados ahora por los incendios que se desparramaban como dardos, hincando el diente por todas partes.

El muro de fuego onduló calle Zabenhof abajo, rodeó y devoró el edificio de la Autoridad Civil, corrió por la calle de Gensia, antiguamente una de las arterias comerciales de Varsovia, y la Prisión Pawiak se encendió como una antorcha gigante.

¡Domingo de Pascua!

Gabriela Rak se arrodillaba en la última fila de una maciza capilla. Había llorado hasta que ya no le quedaron lágrimas. En la catedral se levantó un coro de toses cuando el viento envió hasta el altar bocanadas de humo del ghetto.

—¡Oh, Dios mío! —murmuraba Gabriela para sí—. Ayúdame, Dios mío.

Ayúdame a no odiarles..., ayúdame a no odiar..., haz que mi hijo viva, te lo ruego. Mi hijo debe vivir, pero el odio que siento me da miedo. Oh, Jesús, ¿cómo puedes tratar así a tu propio pueblo?

Gabriela continuaba arrodillada, sola, cuando la catedral estuvo ya desierta...

—Oh, Jesús, Jesús, Jesús. ¿Por qué los haces sufrir? —gemía—. Ayúdame, ayúdame. ¡Ayúdame a no odiar!

Noche de Pascua.

Los incendios iluminaban el firmamento desde la Iglesia de los Conversos, al sur, hasta la plaza Muranowski, al norte; desde el cementerio, al este, hasta la fábrica de cepillos, al oeste. Todo el ghetto ardía.

Horst von Epp lo contemplaba transfigurado, de pie en su ventana. Detrás de él, una muchacha descansaba en la cama. Horst, estaba borracho como no lo había estado nunca. Se tenía en pie cogiéndose a la cortina.

—El fuego es fascinador —observó la muchacha.

—Aquello no es fuego. Aquello es el infierno. ¡Aquello es el infierno tal como el demonio lo quiere!

—Horst, sé buen chico. Cierra la cortina y ven.

—¡El infierno! —Horst se llenó el vaso con mano torpe. El licor se derramó por el borde y corrió por su brazo—. ¡Yo saludo a nuestro imperio de mil años!

¡Míralo! ¡Míralo! ¡Pasaremos mil años viviendo entre llamas como aquéllas!

¡Nos han maldecido! —Horst se volvió y miró furioso a la chica—. Malditos condenados...

—Me das miedo —gimió la muchacha.

—¡Pues márchate, perra!

¡Infierno! ¡Infierno! ¡Infierno!

Grandes vigas devoradas por el fuego saltaban de los tejados y atravesaban los techos. Los judíos, ahogados, boqueando, cegados, salían a las calles y andaban, andaban inútilmente trazando círculos. Los judíos arrojaban a sus hijos por las ventanas y luego se tiraban ellos. Los judíos morían aplastados, enterrados debajo de las paredes que se derrumbaban.

La decimotercera noche de la rebelión la artillería empezó de nuevo, para compensar el descanso del día de Pascua.

El fuego chamuscaba a los judíos, convirtiéndolos en cadáveres humeantes que nadie podía reconocer.

Los judíos morían asados en los refugios que los soplos de viento y las corrientes de aire subterráneas transformaban en féretros.

Los judíos morían asfixiados dentro de nubes de humo que aniquilaban sus pulmones.

Los judíos saltaban de sus escondites y se echaban a las cloacas para morir hervidos en las aguas sucias, burbujeantes.

El día decimoquinto el ghetto ardía.

El día decimosexto el ghetto seguía ardiendo.

El día decimoséptimo ardía aún. Columnas de humo continuaban remontándose hasta el cielo, que aparecía negro por espacio de muchos kilómetros en todas direcciones. Unos esqueletos sin mortaja continuaban en pie retadoramente.

Los reflectores localizaban a los disidentes y los cañones blasfemaban y las paredes caían.

A causa de su extrema profundidad, Mila, 18, se había ahorrado el contacto directo con el fuego. Pero el refugio era un cuadro constante de epítome de la agonía. La temperatura llegaba a los 76 grados centígrados. Las personas, desnudas, se desplomaban unas encima de otras, exhaustas. El cuarto Treblinka, hospital del sector central, estaba lleno de las ruinas gimientes, chamuscadas de seres humanos. A muchos era imposible reconocerles a causa de las quemaduras. Deborah Bronski y las demás enfermeras no tenían bálsamo para sus heridas y ni siquiera una gota de agua para sus resecos labios. Día y noche suplicaban las víctimas que las remataran, librándolas de sus sufrimientos, pero no era posible sacrificar una bala para aquel menester.

A los que morían los llevaban hacia el cuarto de Majdanek, la habitación de los niños, que comunicaba con la cloaca. Abandonaban sus cadáveres, flotando en el agua sucia, a fin de que quedara sitio para los moribundos que bajarían pronto del infierno de arriba.

A pesar de que su voz se volvía cada vez más débil, el rabí Solomon gemía día y noche, sumido en un estupor, el canto «Eli, Eli».

> «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonas, di?
> En el fuego y la llama han quemado a nuestra raza.
> Ha marcado a nuestro pueblo el hierro del oprobio
> y sin embargo ninguno se apartó de Ti.
> Nadie se apartó de Ti, mi Dios, ni de tu Tora»...

En el decimonoveno día casi todo lo que podía arder había ardido ya. Era el momento del humo y el rescoldo. Las vigas de acero expelían silbando el calor almacenado. No se podía andar por las aceras. Pero el agua hirviente de las cloacas corría fresca otra vez.

Y cuando el hervor disminuyó, en el día vigésimo, los alemanes regresaron para tantear la fuerza del enemigo, confiando en haber realizado un trabajo completo.

La mayoría de los combatientes seguían con vida, y en medio de su agonía sólo deseaban poder volver a ver la cara del enemigo. Rodel y diez de los suyos habían salido y andaban detrás de las paredes escudriñando refugios de combatientes, cuando entraron los alemanes.

Rodel hizo esconder a sus hombres en un montón de cascotes mientras una patrulla alemana avanzaba hacia él por la calle Lubecka.

Los alemanes caminaban con cautela, temerosos, esperando que no quedaría ya ningún judío.

Un oficial indicó a un soldado armado con pistola ametralladora que echase un

vistazo al montón de derribos de la derecha.

Rodel tuvo que tomar una decisión rápida. Los alemanes tenían veinte hombres distribuidos por la calle. La gente que él mandaba no disponía del equipo necesario para atacarles. Sin embargo, si el soldado seguía acercándose, les descubriría sin duda. Rodel apretó los carnosos labios y tentó la pistola. Sus ojos se clavaron en el arma del alemán, como pegados a ella. Una hermosa pistola ametralladora... Y entonces vio además la cantimplora de agua.

El alemán había llegado casi adonde estaba el grupo de Rodel.

—Quedaos escondidos —ordenó éste, en el mismo instante en que saltaba del montón de cascotes.

—¡Judío! —chilló el sorprendido alemán, última palabra que pronunciaría.

El cuchillo de Rodel le abrió en canal. El jefe comunista le arrebató la pistola ametralladora, le arrancó de un tirón el cinturón de municiones y alejó a la patrulla de donde estaban sus combatientes.

—¡A él!

Los de las SS dispararon.

Rodel retrocedió hasta el esqueleto del edificio, la mitad de cuyas paredes habían caído dejando al descubierto las escaleras que subían al último piso, todavía en llamas. Agazapándose detrás de un trozo de pared, soltó una ráfaga que dispersó al enemigo. Luego empezó a subir las descubiertas escaleras. La mitad de los veinte alemanes se lanzó hacia él; la otra mitad continuó en la calle disparando contra el desmantelado inmueble.

Rodel subió un tramo de escaleras..., dos. Agachóse y disparó contra sus perseguidores.

Los combatientes escondidos aprovecharon aquel momento para escapar.

Rodel llegó al piso superior. Las habitaciones ardían. Había retrocedido hacia un callejón sin salida. Las llamas bailaban en torno suyo. Los alemanes subieron por la escalera y le obligaron a ceder terreno arrojando una bomba a sus pies. Rodel retrocedió, pero entretanto su pistola ametralladora vomitaba retadoramente. Su boca era un chorro de maldiciones. El fuego le prendió en la camisa y le chamuscó la espalda. Con una mueca, Rodel avanzó hacia sus verdugos, los cuales empezaron a retroceder, por las escaleras, espantados ante su furia.

Una antorcha humana disparaba contra ellos desde el descansillo. La pistola ametralladora se quedó sin munición. Rodel sacó su propia pistola y continuó haciendo fuego.

Una, dos, tres balas alemanas le hirieron. Rodel se tambaleó y cayó, yendo a estrellarse entre una envoltura de llamas contra la acera. Con los huesos rotos asomando fuera de su cuerpo, Rodel continuó arrastrándose hacia los alemanes de la calle y disparando la pistola...

El vigésimo día los alemanes volvieron al ataque con detectores de sonido, ingenieros y perros. Los combatientes, enloquecidos por la sed, saltaban sobre ellos empujados por un rabioso afán de venganza, pero la lucha había cambiado de signo inalterablemente.

Mientras los edificios ardían, el Oberführer Funk planeaba minuciosamente la destrucción del ghetto, manzana por manzana. Con eficiencia militar, los alemanes levantaban barricadas delante de un grupo de edificios y luego lo despedazaban casa por casa y habitación por habitación. Así pudieron descubrir un refugio tras otro y encontrar a las personas que se escondían entre los derribos. Localizado un refugio, los ingenieros se acercaban y arrojaban dentro cargas de dinamita. Después de las explosiones venían los equipos lanzallamas, y por último el restante grupo de «expertos» lo inundaba de gas mortífero.

Los alemanes levantaban las tapas de las bocas de cloacas y llenaban éstas de gases venenosos hasta la altura de las salidas. Las pútridas aguas quedaron pronto cegadas por los cadáveres que se enredaban en las trampas de alambre espino.

El día vigésimo primero y el vigésimo segundo, los refugios cayeron a docenas. Sin embargo, los alemanes aborrecían los encuentros con los combatientes judíos porque equivalían a una lucha a muerte.

Por el día vigésimo tercero habían localizado metódicamente ciento cincuenta refugios.

Entonces probaron una táctica nueva.

En los cruces de las calles colocaban bidones de veinte litros de agua fresca y otros con pan recién sacado del horno, a fin de hacer salir al descubierto a los supervivientes, hambrientos y enloquecidos por la sed. En cuanto capturaban a un niño le daban tormento delante de su madre para que les revelara el emplazamiento de un refugio. Los sádicos perros arrancaban su parte de confesiones.

Hacia el final del día veintitrés habían descubierto y llevado a la Umschlagplatz a quince mil personas.

El día veinticuatro los alemanes estaban seguros de haber ganado las batallas más duras y de que ahora la lucha sería cosa de coser y cantar. Durante la noche, Andrei Androfski, encargado de la misión de reorganizar las Fuerzas Conjuntas al final de cada día, reunió doscientos dieciséis combatientes y el equipo entero de armas de fuego, y esperó al enemigo. Saliendo de los derribos, arrojaron audazmente a los alemanes fuera del ghetto por medio de una serie de emboscadas, capturaron el pan y el agua colocados como señuelo y salieron por la Puerta de Gensia hacia el sector ario, donde asaltaron un pequeño arsenal y arrojaron las armas por encima del muro a sus compañeros que estaban esperando. Habían recogido alimento, municiones y agua bastantes para sostenerles durante otro breve y furioso período.

En esta acción murió Sylvia Brandel, mientras trataba de socorrer a un combatiente herido.

Tan grande fue el desencanto del Oberführer Funk que, en un acceso de rabia, mató de un tiro a uno de sus oficiales.

—Una patrulla alemana arriba.

Mila, 18, se sumió en el recurso habitual del silencio. Deborah Bronski tenía callados a los veinte niños que quedaban. Los combatientes no osaban respirar.

Los heridos rezaban con los labios cerrados, sin atreverse a desahogar chillando sus sufrimientos.

Pasó una hora..., dos...

Los alemanes seguían explorando por encima de ellos en un esfuerzo por localizar los cuarteles de las Fuerzas Conjuntas.

Transcurridas dos horas, el rabí Solomon se puso a rezar entre sollozos.

Simon Eden casi le asfixió para silenciarle.

Encima, los perros husmeaban arriba y abajo de la calle Mila. Los detectores de sonido suplicaban por oír una tos, un llanto.

Al final de la tercera hora la tensión se hizo insoportable. El calor hacía más penosa la inmovilidad. Uno tras otro, los refugiados caían presa de profundos desmayos. Christopher de Monti tiraba del cabello a Deborah para mantenerla despierta.

¡Y entonces un llanto!

Simon, Andrei y Tolek Alterman acallaron a los llorones golpeándoles con sus pistolas antes de que se produjera un estallido de histeria colectiva.

Cinco horas..., seis...

Cuando los alemanes abandonaron la calle, en el refugio el colapso era general.

Anotación en el diario

Mañana nuestra batalla entra en su día vigésimo quinto. Quiero que la muerte me lleve. Hasta ayer conseguí sostenerme, pero Sylvia ha muerto y Moisés está a punto de fallecer. ¿Qué ha tenido él en este mundo? ¿Qué ha tenido?

Nuestros muchachos y muchachas siguen luchando ferozmente. El enemigo no puede proclamarse dueño del ghetto. Moriré orgulloso. Ahora sólo deseo una cosa. Es preciso sacar del ghetto a Christopher de Monti. Es el único que sabe dónde está enterrada la obra entera del Club de la Buena Camaradería. No podemos arriesgarnos a tenerle ni un día más aquí. No he rezado en una

sinagoga desde que era muchacho.

Había elegido una posición cómoda calificándome a mí mismo de agnóstico. Por ello no tuve que someterme a las hipocresías del dogma, al mismo tiempo que, por otra parte, me he ahorrado el tener que ponerme al descubierto diciendo que soy ateo y no creo en Dios. Sí, una posición cómoda y nada más. Le ruego que permita que Christopher de Monti viva, a fin de que esta historia no muera.

ALEXANDER BRANDEL

CAPÍTULO XIX

Andrei se pasó la lengua por los sucios dientes y asomó la Cabeza desde detrás del montón de derribos. Delante de él, la plaza Muranowski estaba iluminada con arcos voltaicos. Parecía de día. «Esta vida nocturna me matará», pensaba Andrei. Desde la entrada de la plaza no tenía posibilidad alguna de llegar al refugio. En la plaza había, por lo menos, dos Compañías de alemanes.

Andrei se rascó el mentón.

«He de recordar a Simon que mañana debe arreglarme la barba. Ahora que pienso en ello, también yo le debo un arreglo de barba a él.»

Andrei dio unas palmaditas a la *Schmeisser* «Gaby» y calculó el número de oponentes. Tenía sólo un cargador de veinte balas y una granada.

«Pobre "Gaby" —se decía—. Ya no puedo conservarte limpia. Se me terminó el aceite. Tu hermoso punto de mira está oxidado. Lo siento, "Gaby", no podemos cargarnos nosotros solos a un centenar de esas prostitutas.»

«Ea, y no se mueven, "Gaby", de modo que será mejor que nos movamos nosotros, porque estoy cansado. Me gustaría volver a lavarme los dientes antes de morir.»

Todas las noches, desde el comienzo de la rebelión, Andrei recorría las posiciones de las Fuerzas Conjuntas y les comunicaba las órdenes para el día siguiente. Los primeros días, después de haber arrojado a los alemanes del ghetto, la tarea no era difícil en exceso. Podía ir de un lado para otro caminando bien erguido y acompañado de varios enlaces. Durante los incendios, aquello fue una pesadilla. Llamas que se levantaban serpenteando, paredes que se desplomaban, y los malditos obuses de la artillería...

Ahora las comunicaciones entre los refugios estaban destruidas casi por completo. Dos días atrás, Simon había dado una orden declarando que cada grupo podía actuar independientemente e improvisar según la situación de su sector inmediato. Cada comandante tenía la responsabilidad de organizar sus golpes de mano, y, cosa todavía más urgente, de buscar comestibles, municiones y provisiones médicas para continuar la lucha.

Todas las noches, Andrei salía de Mila, 18, para reagrupar el menguante ejército. Los alemanes se volvían cada vez más audaces. Su número de patrullas nocturnas aumentaba. A pesar de que el sector que ocupaba su gente era cada día más reducido, Andrei tenía que pasarse casi toda la noche buscando a los dispersos combatientes. Cada uno de los pasos del recorrido había que darlo con gran cautela. Los alemanes eran dueños del extremo sur del ghetto. Ahora, con la plaza Muranowski, tenían un pie en el norte. En las calles principales, como las de Zamenhof y Gensia, se habían afianzado en posiciones permanentes.

Las Fuerzas Conjuntas reducían su área. Los límites extremos los formaban dos refugios que contenían la mitad de los combatientes. En un extremo estaba Mila, 18; en el otro, el refugio Franciskanska, de Wolf Brandel.

Entre estos dos refugios, el resto de las Fuerzas Conjuntas, un total de unos doscientos hombres, ocupaba una red de una docena de refugios menores.

La Compañía de Ana se retiró hacia el refugio Franciskanska. Tolek Alterman salió de Mila, 18, para hacerse cargo del mando de Rodel en los refugios pequeños del borde septentrional.

Esta noche, Andrei los había replegado más aún.

Se estaba cumpliendo un mes. Era un milagro, pero más de la mitad de los combatientes judíos continuaban vivos y armados. ¡Habían capturado botín suficiente para sostenerse y entrar en el segundo mes de insurrección!

—¡Rameras puercas! —refunfuñaba Andrei, dándose cuenta de que los alemanes habían plantado el pie de un modo permanente en la plaza Muranowski.

Por su mente se aventuró la idea de organizar un golpe de mano para mañana por la noche. Estaba muy cansado. Deslizóse fuera de su escondite y se arrastró por encima de los montones de derribos, calle Nalewki abajo, a través de un laberinto de paredes derrumbadas. Avanzaba con la pericia de un gato, sirviéndose de las sombras, en el empeño de encontrar una de las seis entradas de Mila, 18, que quedara fuera de la vista del enemigo.

En la entrada de la plaza Muranowski no había que pensar. El tubo de desagüe del 39 de Nalewki estaba demasiado cerca del centro de actividades de los alemanes para intentarlo. En consecuencia, se dirigió hacia la tercera entrada, en lo que había sido el patio trasero de una casa de la calle Kupiecka, que tenía un túnel enlazado con un refugio antiaéreo. Andrei miró en aquella dirección por entre los cascotes. Parecía despejado... Pero luego entornó los ojos.

Allí había algo...

Los ojos de Andrei sabían perforar la oscuridad con el poder de penetración del corpulento gato que él mismo era cuando andaba de noche. Vio las siluetas de unos cascos alemanes. Se encontraban en un parapeto, fuese de la clase que fuere, más allá del patio, mirando hacia la calle Mila, y de espaldas a él.

Andrei calculó. Si corría hacia el refugio antiaéreo y al túnel de su entrada, tenía muchas posibilidades de llegar sin que le vieran. Pero había que evitar todo riesgo de que los alemanes descubrieran el refugio de Mila, 18.

No le quedaban otros recursos que irse a la cuarta entrada, la de la calle Zamenhof, o utilizar las cloacas. Ninguno de los dos le atraía. La calle Zamenhof estaría llena de enemigos, y las cloacas eran peligrosas. Andrei decidió observar de más cerca el emplazamiento de los alemanes.

Deslizóse por el patio hasta encontrarse detrás del enemigo. Notó que había lo

que parecía ser una escuadra de seis hombres apostados detrás de un parapeto de ladrillos desprendidos que dominaba una parte de la calle Mila.

Andrei estudió el terreno de su alrededor. A la derecha, otro parcialmente en pie. Andrei calculó que si conseguía llegar al edificio derruido en parte, podría situarse encima de los alemanes, pero cualquier movimiento que hiciera en su situación actual sería notado.

Entonces buscó un ladrillo a tientas y lo arrojó hacia la izquierda. El ladrillo rodó por encima de los cascotes.

—¿Qué ha sido eso?

Los alemanes dirigieron una ametralladora en aquella dirección.

¡Ra-ta-ta! ¡Ra-ta-ta!

Andrei echó a correr en la dirección contraría, saltó, aterrizando de barriga en el edificio derruido, y empezó a subir, mientras los alemanes seguían ocupados con el ladrillo arrojado.

—Deja de disparar. No ha sido más que un cascote desprendido —ordenó uno.

—Sí. No te pongas tan nervioso.

Los alemanes rieron con una risa alterada.

Ahora, Andrei se encontraba encima de ellos. Subió unos centímetros más con objeto de poder contar los cascos. Cuatro..., cinco..., seis... ¡Canallas!

¡Prostitutas! Habían colocado una ametralladora que batiese parte de Mila, 18, como emplazamiento permanente. ¡Rameras puercas! Andrei miró de soslayo.

Ejército regular, Wehrmacht. Bien, éstos estaban menos dispuestos que las SS a morir valientemente. Pero se habían situado en una posición estúpida.

«¡Vaya audacia emplazar la ametralladora sin una protección de flanco! —pensó —. Bien, habré de darles una lección sobre el arte de ser soldado. Lástima que después no estarán en este mundo para aprovecharla. Míralos, los tontos, arracimados como si se encontraran en una fiesta en honor de Hitler. ¡Qué hermoso!»

Andrei sacó la granada del cinto, cogió el mango con los dientes, y teniendo las manos libres, deslizó un cargador dentro de la pistola ametralladora.

«Vamos, «Gaby», no te portes conmigo como una niña mala, no te encasquilles.»

Andrei calculó sus movimientos.

«Tendré que atacarles con gran celeridad. Por desgracia, mi granada estropeará su ametralladora. Debo arrojarla contra aquel gordo y disparar contra los tres de la derecha con mi pistola. Recordemos, Andrei... Primero cojo las pistolas, después los fusiles de los soldados. Luego arrebato los cinturones de munición, luego les quito el agua... Uno, dos, tres, cuatro... Pistolas, fusiles, munición, agua.»

Andrei miró atrás por encima del hombro hacia el refugio antiaéreo. Una carrera de veinticinco metros, retrocediendo.

«No dispondré de más de medio minuto para completar la tarea. De acuerdo...

Listos...»

Quitó el seguro de la granada, apuntó la pistola, contó uno, dos, tres, y arrojó la piña contra el soldado obeso de la izquierda.

¡Gritos asustados! ¡Una llamarada! ¡Unos hombres llevándose las manos a los destrozados rostros!

Andrei contó uno..., dos..., tres..., cuatro..., mientras los pedazos de granada desahogaban su ira, y saltó.

Un salto vertical de cinco metros, en medio de los alemanes que se retorcían. «Gaby» escupió una llamarada azul contra los tres soldados de la derecha, y se quedaron inmóviles. El arma se encasquilló antes de que pudiera dirigirla contra los otros tres.

Uno yacía gimiendo debajo de la ametralladora. Otro saltó herido a la calle, gritando: —¡Judíos! ¡Judíos! ¡Auxilio! ¡Auxilio!

El último soldado había dado de golpe contra la pared y ahora se ponía en pie con dificultad. Andrei apretó el gatillo de su arma. Se había encasquillado.

La golpeó con el puño, pero continuó igual. El soldado sacó la pistola de la funda. Andrei arrojó la pistola ametralladora contra el alemán pelirrojo; que se había quedado sin casco, y el cañón le dio en la cabeza y le hizo errar el tiro. El puño de Andrei aplastó los labios del alemán y le rompió la mandíbula. Una patada en las partes genitales, y el alemán cayó de rodillas. Entonces, Andrei le dio un fuerte golpe con la mano plana en el pescuezo, que se quebró con un ruidoso chasquido.

El alemán estaba muerto.

El soldado herido se arrastraba en busca de una pistola. La bota de Andrei chocó contra su mandíbula, y también éste quedó inmóvil. Había pasado medio minuto.

«¡De prisa! Pistolas, fusiles, munición, agua... ¿Dónde está aquel maldito fusil? No sé encontrarlo.»

Ruido de botas convergiendo de los dos extremos de la calle Mila. Andrei trató de volver hacia ellos la ametralladora, pero la granada la había estropeado.

Entonces saltó fuera del derrumbado parapeto y corrió hacia el refugio antiaéreo, metiéndose por la entrada secreta que conducía a Mila, 18.

—¿Dónde diablos estuviste?... —saludóle Simon Eden, mitad con alivio, mitad con enojo.

Andrei se encogió de hombros.

—Ahí arriba es preciso andar despacio.

De pronto, Simon se fijó en las armas, los cinturones y las cantimploras de agua con que iba cargado Andrei.

—¿Qué ha ocurrido?

—Poca cosa. Servicio normal.

Andrei se concedió un par de tragos de agua, cogió munición suficiente para tres

cargadores y entregó todo lo demás a Simon, refunfuñando que le gustaría tener un poco de aceite para engrasar la *Schmeisser*.

Después de ver a Deborah para decirle que Rachael seguía bien, y de ver a Alex para informarle de que Wolf continuaba sin novedad, subió con Simon al cuartucho, pequeño como un armario, que consideraban seguro durante las horas nocturnas, y allí los dos comandantes recompusieron sus posiciones, cada vez más reducidas. Les quedaban más de trescientos combatientes, pero el círculo de refugios se estrechaba cada vez más. Pero tenían comida y agua suficientes para otros cinco o seis días. ¿Municiones? Un encuentro un poco movido y se encontrarían sin nada. ¿Qué hacer cuando hubieran gastado todas las municiones? ¿Hundirse más aún en el suelo para esconderse? ¿Suicidarse?

No habría que pensar en rendirse, intentarían escapar, o lucharían con las manos desnudas.

—Acaso se presente Moritz Katz con más municiones —dijo Simon, esperando contra toda esperanza.

—Si hay alguien capaz de traerlas, ese es Moritz —contestó Andrei, con un bostezo.

—Si trae un par de centenares de cargadores, quiero que des un asalto contra la Puerta Przebieg. Hay allí una cocina de campaña y unas cuantas armas sueltas para aprovisionar a las tropas de la plaza Muranowski.

Andrei se tendió en el suelo.

—La puerta Przebieg... Buena idea. Virgen Santa, tengo que dormir un rato.

Mañana habrás de arreglarme la barba. Estoy hecho un asco. Despiértame al amanecer.

A Andrei le parecía que no había hecho más que cerrar los ojos cuando sintió un fuerte golpe en las suelas de las botas. Él y su pistola ametralladora se despertaron en el mismo instante. Simon estaba de pie a su lado. El dedo de Andrei se apartó del gatillo.

—¡Caramba, diablos! Simon..., aún no es de día.

Entonces se frotó los ojos para librarlos de las espesas legañas del sueño y vio a Alexander Brandel junto a Simon.

—¿Qué ocurre? —preguntó, incorporándose.

—Han cogido a Moritz y a dos contrabandistas cerca de la entrada del refugio de la calle Kupiecka. Se los han llevado vivos.

En un segundo, estuvo Andrei perfectamente despierto.

—Hemos de empezar a trasladar a los combatientes hacia uno de los refugios de Tolek.

—Imposible —respondió Simon—. La calle Mila es un hormiguero de alemanes.

Imposible moverse. Hemos pasado toda la noche petrificados. Me temo que en cualquier instante se desatará un ataque de histeria colectiva.

—De Monti... —dijo Andrei.

—En efecto —respondió Alex—. Hemos de trasladar a Chris inmediatamente.

—¿Has tenido alguna noticia del sector ario? ¿Algún aviso de Gabriela?

—No, pero no podemos esperar. Falta poco para que los alemanes echen su aliento dentro de Mila, 18. Quiero que lleves a Chris al refugió de Wolf.

Nosotros trataremos de ponernos en contacto con el sector ario para encontrarle un escondite de urgencia.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las cinco.

—Será un negocio peliagudo llevarle allá a la luz del día.

—Creo que no nos queda otra posibilidad, Andrei.

Andrei movió la cabeza asintiendo.

—Condúcele, y regresa en seguida.

Andrei estaba ya en pie.

Chris y Deborah se encontraban en la boca del túnel del cuarto de Auschwitz que conducía a la calle Nalewki. Más adentro del túnel, Andrei tanteaba para cerciorarse de que no hubiera alemanes cerca de la entrada. Chris se metió la pistola en el cinturón, encendió la pila eléctrica un par de veces, se arrodilló y se anudó mejor los trapos atados a los pies con objeto de hacer más silenciosos sus movimientos. Y luego, como no quedaba otra cosa que revisar, se vio obligado a buscar la cara de Deborah en la semioscuridad.

—¡Es tan extraño, tan terriblemente extraño que uno espere con tal afán un momento que al mismo tiempo teme! —exclamó con voz temblorosa—. Uno lo teme todas las horas del día y de la noche. Ahora ha llegado ya. En cierto modo, casi me alegro. Casi es mejor soportar la pena que vivir con esta tensión.

—Siempre lo he sabido —dijo Deborah, mientras sus dedos buscaban el rostro del amado y recorrían el contorno de los labios y la barbilla—. Siempre he sabido que serías capaz, Chris.

—¡Oh, Dios mío, Deborah! Ayúdame..., ayúdame...

—Siempre he sabido que serías capaz de tomar la decisión acertada. Chris, debes...

Luego, lo único que Deborah pudo oír fueron sus vanos suspiros.

—La rabia que tengo a los alemanes es casi tan grande como el amor que siento por ti. Todo el día y toda la noche he rememorado los lugares donde están enterrados los diarios. Viviré atormentado hasta que pueda desenterrarlos y levantarlos en alto para que el mundo lo vea. No descansaré nunca, Deborah.

Es como un hierro marcado en mi alma.

En aquel momento se sentían muy juntos y se abrazaban tiernamente.

—Gracias por todo —dijo Chris.

—Gracias por... la vida —murmuró Deborah.

Al oír el roce de las botas, cubiertas de trapos, de Andrei, se estrecharon desesperadamente. Andrei carraspeó.

Deborah abrió la boca en un gemido, se desprendió de los brazos de Chris y se mordió la mano con furia. Chris la cogió por detrás, pero ella se agachó y se revolvió para no sufrir una crisis.

—Hemos de irnos —dijo severamente Andrei.

Chris seguía cogido a Deborah.

—¡Vete! —gritó ella—. ¡Por favor, vete!

—¡Jesús! —gimió Chris.

—Hemos de irnos —repitió Andrei, cogiendo los brazos de Chris y separándolos de Deborah, la cual escapó del túnel penetrando en el cuarto Auschwitz del refugio.

Chris quiso seguirla, pero Andrei le sujetó, y sus manos tenían la fuerza de tornos.

—Ánimo, Chris. —El periodista se rindió y escondió la cabeza en el pecho de su amigo—. Animo, ánimo... —repetía Andrei, arrastrando al dolorido Chris hacia la salida.

Fuera empezaba a clarear. Los dos hombres asomaron la cabeza por el tubo de desagüe del patio del 39 de la calle Nalewki y salieron disparados en busca de un parapeto. A su alrededor seguía chisporroteando el fuego. Oyeron retumbar de camiones concentrándose en la plaza Muranowski.

Andrei indicó con un ademán que tenían que marchar escondidos hasta la intersección de Nalewki y Gensia. Las pocas paredes que quedaban en pie, los hoyos de las bombas y los grandes montones de derribos les abrigaban por completo.

En el cruce les esperaba el conflicto. Era aquella una calle transversal muy ancha que corría paralela a las ruinas de la fábrica de cepillos y estaba llena de patrullas y movimiento. Sería imposible cruzar la calle sin que les viesen.

Andrei se arrastró unos palmos e hizo seña a Chris para que le siguiera.

Arrastróse unos palmos más y repitió la seña.

Así avanzaron unos cincuenta metros. En ello invirtieron dos horas.

¡Clum! ¡Clum! ¡Clum! ¡Clum!

Andrei y Chris se quedaron pegados al suelo mientras pasaba una compañía de soldados. Las botas parecían estar a unos centímetros de ellos nada más.

Hacia el norte, a corta distancia, los alemanes habían descubierto un refugio de personas civiles. Un chiquillo demacrado y dos niñas de no más de seis años salieron de un montón de ladrillos, con las manos sobre la cabeza. Un oficial les ordenó que levantaran más los brazos para que pudiera fotografiar debidamente a sus

«prisioneros».

Luego trajeron al sector perros y aparatos detectores de sonidos.

¿Se quedaban inmóviles, o seguían? A Andrei no le gustaba la situación en que se hallaban. El único abrigo lo encontrarían en la calle Nalewki. Los alemanes se desplegaban, y pronto se hallarían a su espalda. Andrei dio un codazo a Chris y le señaló el hoyo de una bomba, a pocos metros de distancia.

Andrei se deslizó hacia allí con cautela. Era perfecto. El fondo estaba cubierto de madera destrozada, barro y basura. Al llegar se echó de cabeza a una profundidad de dos metros. Chris entró de un salto y cayó encima de su amigo. Sin perder momento se metieron debajo de los chamuscados maderos, para esconder sus cuerpos. Y allí se quedaron tendidos.

Transcurrió una hora. Arriba los ruidos del movimiento no se apagaban nunca.

¡Grrr! ¡Grrr!

Oyeron las patas de un perro arañando allí cerca y husmeando. Andrei entreabrió un párpado.

Un perro se agazapaba en el borde del hoyo de la bomba. Le veía los colmillos. El animal olisqueaba y gruñía.

—¿Qué ves, «Schnitzel»? —dijo un soldado.

—¿Hay judíos ahí abajo, amigo «Schnitzel»? Yo no veo nada.

El soldado dejó suelto al perro, el cual descendió hacia donde estaban Chris y Andrei.

El animal metió el hocico entre los maderos y olisqueó. Chris sintió que la húmeda nariz del perro le rozaba la cara. La bestia abrió las quijadas y sus dientes se cerraron cerca de la garganta de Chris.

—¡«Schnitzel»! ¡Aquí, muchacho!

—¡Aquí digo!

El perro se apartó lentamente de los cuerpos enterrados. El soldado le sujetó de nuevo con la correa, se arrodilló y miró al sesgo hacia el fondo del hoyo. Luego llamó a otro soldado.

—«Schnitzel» huele judíos ahí abajo. ¿Ves algo?

—No... Espera. ¿No es una mano aquello?

—¿Dónde?

—Allí, en el barro.

—¡Ah, sí! Ahora la veo.

—Parece que están muertos.

—Bien, asegurémonos. Échate atrás. Arrojaré una granada.

La granada rodó lentamente hoyo abajo.

Andrei levantó la cabeza, con la rapidez del rayo cogió la granada y la tiró arriba de nuevo.

¡Blam!
El perro ladró.
—¡Judíos!
—¡Muévete, Chris! ¡Corre!

CAPÍTULO XX

Los alemanes estaban en Mila, 18, encima mismo del refugio, dando golpes por todas partes buscando la entrada.

En la oscura catacumba los escondidos oían el chasquido de las órdenes guturales, el martilleo de las botas, los golpes de las hachas. Simon Eden se deslizó fuera del catre, que crujió en exceso, con riesgo de enviar un sonido a los de arriba. Simon apoyó la espalda en la pared de tierra, y sus ojos enrojecidos y rodeados de un círculo oscuro se elevaron hacia lo alto. Alex estaba sentado, recostándose en la pared de enfrente, doblado por la tensión, el agotamiento y el dolor por la pérdida de su esposa. El pequeño Moisés, encanijado, pálido como un lirio, que había pasado la mayor parte de su vida en silencio, estaba callado de nuevo.

El enemigo rondó cinco horas por Mila, 18. En aquella interminable agonía, los escondidos procuraban respirar en silencio y detener los latidos de sus corazones, pues seguramente los detectores captarían un ruido de vida. Alex levantó la cabeza lo suficiente para mirar el reloj. Faltaban tres horas para que llegase la oscuridad.

¡Oh, Señor! ¿Entonces, qué? Incluso cuando viniesen las tinieblas continuarían encerrados en aquella tumba, en aquel ataúd definitivo.

Cuatrocientos pulmones sorbían la escasa ración de aire. Cuatrocientas personas condenadas..., embotadas, sudorosas, medio desnudas, medio muertas.

Los sesenta combatientes que quedaban todavía conservaban furia bastante en sus corazones para realizar un gesto de desafío.

Simon trató de pensar de un modo racional, cosa que iba resultando cada vez más difícil. Las cloacas eran una trampa mortífera llena de los cadáveres hinchados de las víctimas del gas. Al otro lado del muro no se les abría ninguna puerta.

«De todos modos, hemos terminado. ¿Por qué no llevar arriba a mis combatientes y lanzar un último ataque? ¿Qué les pasaría a los niños y a las personas civiles si subiéramos? ¿Qué sería de ellos?»

Por otra parte, el día de la sentencia estaba al alcance de la mano.

«Vamos, Simon, decide. ¿Nos cocemos vivos en esta catacumba, o nos llevamos a unos cuantos enemigos al otro mundo? Es muy difícil pensar. Muy difícil. Ojalá Andrei hubiese regresado.»

El ruido de arriba cesó. Por un instante, el corazón de cada uno de los que se encontraban en el refugio se paró también. Aguardaron un momento, dos, tres...

—Se han marchado —susurró Alex, en voz baja—. ¿Supones que Chris y Andrei habrán llegado hasta Wolf?

Simon no le oyó. Su estómago hervía de rabia. En el mismo instante que Andrei regresase, dividiría sus fuerzas en dos grupos. Él mandaría uno. Andrei otro, y lanzarían un asalto suicida, arrojando hasta la última granada y disparando hasta la

última bala. ¡Malditos alemanes! ¡Animales sucios y bastardos! ¡Animales sucios y bastardos!

Deborah Bronski se deslizó dentro de la celda. Habían aprendido a hablar y a oírse con sólo un leve susurro.

—¿Podré subir a los niños arriba esta noche? Hace dos días y dos noches completos que están tendidos aquí sin hablar. Han de respirar un poco de aire..., beber un poco de agua...

Simon parecía ausente. Alex y Deborah trataron de hablarle, pero él se encontraba en su mundo propio y confuso, tratando de montar un ataque con cuchillos contra cañones.

—Simon, no lo hagas —suplicó Alex—. No hagas lo que estás pensando.

—Al menos moriremos mirando al cielo —respondió él.

El Oberführer Alfred Funk tenía su cuartel general de campaña en la Ciudadela, a unas manzanas de casas de las puertas septentrionales del ghetto.

Su obsesión dominante se había centrado durante varios días en un destrozado plano del sector central lleno de señales a lo largo de la calle Mila, en los lugares donde los detectores habían registrado sonidos. Sendas de ruidos subterráneos delatores de túneles, todos cercanos al centro de la manzana. Funk sabía que aquello conducía al refugio principal de los judíos. Habían localizado dos entradas. Una en un refugio antiaéreo de la calle Kupiecka; la otra en una casa de la plaza Muranowski. Pero no podía atacar todavía, porque estaba seguro de que había otras tres o cuatro entradas y los judíos podrían escapar o esconderse en los otros túneles.

Alrededor de las casas comprendidas entre Mila, 16 y Mila, 22, había trazado una gran raya con lápiz de mina blanda.

Funk fue hasta la ventana del segundo piso y contempló su obra de arte. La mayor parte del ghetto estaba arrasado. Los ingenieros iban derrumbando metódicamente con dinamita, uno por uno, los edificios que quedaban en pie, a fin de expulsar a los judíos que se habían escondido en los dobles techos.

Durante los últimos días, el proceso había marchado bien. Desde el comienzo de la acción final habían llevado a la Umschlagplatz a más de veinte mil judíos, y se sabía que otros cinco mil habían muerto. ¿A cuántos habrían eliminado las llamas y el gas? Imposible calcularlo, pero el total indicaba que la victoria sobre el invisible ejército estaba al caer. Sin embargo, no podía cometer la tontería de proclamarlo hasta que hubieran localizado el refugio de la calle Mila.

Funk anhelaba desesperadamente que lo encontrasen pronto, porque la insurrección entraría en su segundo mes y aquello causaría una impresión muy fea, extraordinariamente fea. La rebelión de los judíos había espoleado las actividades del Ejército Patrio, y el resultado directo era que entre los países ocupados se percibía

una clara inquietud. Sencillamente, debía liquidarlo antes de que transcurriese más de un mes.

Una llamada a la puerta.

—Entre.

Un excitado oficial de las SS de Waffen venidas de Trawniki penetró en la habitación y dio un taconazo, incapaz de contener el gozo. Era el Untersturmführer Manfred Plank, y estalló en un:

—*Heil* Hitler!

—*Heil* Hitler! —gruñó Funk.

—*Herr* Oberführer! ¡Estamos seguros de haber localizado otra entrada del refugio principal de los judíos!

—*Ja*?

—*Jawohl*!

Funk enseñó el mapa al oficial, quien, después de quitarse vivamente el gorro y metérselo debajo del brazo izquierdo, levantó rápido el índice derecho y señaló el número 39 de Nalewki.

—Aquí hemos descubierto un tubo de desagüe. Corre en esta dirección..., así... Junto con el túnel de la plaza Muranowski y el de la calle Kupiecka, converge hacía el mismo punto..., aquí...

—Mila, 18.

—Hasta es posible que hayamos hallado el emplazamiento del refugio mismo. Una gran estufa movible del primer piso del edificio, que todavía sigue en pie, resulta muy sospechosa. No hemos querido emprender ninguna acción hasta haber recibido las órdenes personales de usted.

Funk se frotó las manos vivamente.

—Cuatro entradas posibles. Bien.

A los pocos momentos, el Oberführer Alfred Funk estimulaba la osadía de sus tropas con otra de sus apariciones personales en el ghetto. Rodeado por dos escuadras de guardias nazis portadores de pistolas ametralladoras, caminaba al lado del regocijado untersturmführer Plank hasta que llegaron a un sitio en donde anteriormente se levantaba un edificio y que ahora era un montón de cascotes. Manfred Plank le enseñó el punto donde habían descubierto el tubo de desagüe.

—Hemos hecho bajar a un hombre hasta veinte metros. En dicho punto se convierte en un túnel y dobla en ángulo agudo hacia Mila, 18.

Funk dirigió una mirada a su reloj. Quedaban dos horas y media de luz del día.

Un coche militar, al que subió en la Puerta de Przebieg, le llevó a toda prisa a través de la ciudad hacia la calle Shucha y al cuartel de la Gestapo. Gunther Sauer estaba de un humor pésimo. Su perro «Fritzie» tenía cataratas y se estaba quedando ciego. Además, su esposa le escribía cartas lastimeras quejándose de la escasez de

manteca y carne que se hacía sentir cada día más en Alemania.

Y ahora, Funk. Aquella gente de las SS era imposible. La virtud que salvaba a Himmler era el amor que tenía a los animales. El pobre Himmler no podía soportar la vista de un perro herido. Se lo confesaron a él, Sauer, en una de las sesiones de gas de Treblinka, a la que asistió con Himmler. Himmler despreciaba a Goering porque era cruel con los animales.

Sauer dio una palmada afectuosa en la cabeza a «Fritzie» y levantó la vista con su aire de abuelo bondadoso hacia Alfred Funk.

—Quiero ver a los tres judíos del refugio. Al llamado Moritz Katz y a los otros dos.

—¿Y pues?

—Hemos localizado tres entradas de su precioso escondite. Enfrentados con estos hechos, acaso hablen.

Sauer metió la mano en el cajón y sacó una golosina para el perro.

—No podrá verlos —dijo.

—¿Por qué no?

—Han muerto. Probamos de doblegarles. Anoche los entregamos a los perros. Vamos, «Fritzie», buen chico..., buen chico...

—Simon, ven de prisa.

Eden corrió por el oscuro pasillo. Alex abrió la cortina de la celda del rabí Solomon. El último médico que quedaba en el ghetto estaba arrodillado junto al cuerpo yacente del anciano. El rabí ofrecía poca cosa más que un saco de huesos sin peso. Tenía los ojos abiertos como un Elías retador librando el combate con los malvados sacerdotes de Jezabel. Sus dedos huesudos se cerraban alrededor de los pergaminos del Tora.

Simon levantó el cadáver, lo depositó sobre el catre, le cerró los ojos y dirigió una mirada inquisitiva al médico.

—No me pregunte de qué ha muerto. De ancianidad, falta de aire..., pesar... ¿Quién lo sabe?

—¿Y qué ha dicho? —preguntó vivamente Simon—. ¿Que combatir a los tiranos es honrar a Dios?

—NO... la verdad es que ha dicho que le gustaría ser como el rey David, con una concubina joven que le calentase la cama.

Simon dio media vuelta y volvió al pasillo.

—¡Combatientes, arriba! —gritó—. Subiremos a lanzar un ataque!

—¡Combatientes, arriba!

—¡Combatientes, arriba!

Un alarido horrible llegó del arsenal del cuarto de Chelmo, mezclado con la

explosión de las municiones almacenadas.

El cuerpo de Jules Schlosberg salió disparado al pasillo.

—¡Alemanes!

Simon se lanzó sobre los cuerpos de los paisanos aturdidos, frenéticos, dirigiéndose al recodo del pasillo. En el refugio reinaba un pánico negro. Simon se abrió paso a empujones hasta el cuarto Belzec, que albergaba a la mitad de los combatientes. Una luz cegadora, procedente de la entrada secreta del túnel de la calle Kupiecka, tanteada el terreno.

—¡Alemanes!

—*Juden 'raus*! —ordenó una voz desde el otro extremo del túnel.

Simon saltó por el pasillo hasta el cuarto Auschwitz. Otra luz penetraba por el túnel de la plaza Muranowski.

De la masa de hormigas que corrían sin rumbo por los túneles se levantó un estrépito de gritos, gemidos, plegarias y choques. Simon y los combatientes tuvieron que emplear pistolas y palos contra ellos para obligarles a guardar silencio. Un grupo le aplastó contra la pared. Una docena de personas salieron del Cuarto Auschwitz y subieron por el túnel, gritando:

—¡Nos rendimos!

¡Ra-ta-ta! La ametralladora alemana los tumbó al suelo.

Simon se abrió paso a patadas y se fue al cuarto Majdanek, cuya entrada habían cerrado una docena de sus combatientes para salvar a los niños de morir pisoteados.

Simon entregó la pila eléctrica a Deborah y apartó los ladrillos que daban paso hacia la cloaca. Asomó la cabeza y miró arriba y abajo. No había alemanes, pero de una y otra dirección se acercaban columnas de gas venenoso.

Con Alex y una docena de combatientes formando cadena a través del *Kanal* hasta Mila, 19, Simon y Deborah sacaron a los niños uno por uno y los trasladaron al antiguo refugio del otro lado de la cloaca. A algunos se los llevaron las aguas sucias en su furiosa corriente. Otros se doblaron, asfixiados y ciegos al envolverles la nube de gas venenoso.

Fuera de Majdanek, la gente, enloquecida, trataba de abrirse paso por entre las bayonetas de los combatientes para llegar a la dudosa seguridad de las cloacas invadidas por la muerte.

—¡Contened el aliento, niños! ¡Zambullíos debajo del agua! ¡Tened los ojos cerrados!

Los ametralladores alemanes apostados en los extremos de los túneles barrían a las personas civiles que huían presas del pánico. Luego, el gas venenoso y los chorros de fuego de los lanzallamas devoraron el poco oxígeno que quedaba en Mila, 18, y el refugio se convirtió en una enorme cámara de gas llena de una masa de gente que se desgañitaba, frenética, sentenciada.

CAPÍTULO XXI

Chris y Andrei pasaron el resto del día inmovilizados en el segundo piso de un despanzurrado edificio desde el cual podían ver a los alemanes moviéndose metódicamente por el sector, palmo a palmo, sacando de debajo del suelo las heces humanas. Ahora localizaban refugios con gran rapidez. Personas enloquecidas por la sed y que habían tenido que vivir en silencio durante días interminables se rendían por fin.

Al atardecer, los alemanes retiraban a menudo sus fuerzas de las calles y las sacaban del ghetto para proceder a un repaso con la artillería escogiendo como blanco el número cada vez mayor de esqueletos de edificios.

Andrei aprovechó aquel momento de calma para dar la carrera final hasta el refugio Franciskanska. Andrei siempre esperaba con gusto el momento de ver a Wolf, porque a su lado encontraba en todo momento un aire de frivolidad, bromas, canciones, poemas.

Aquella noche, no.

Cuando llegaron Chris y Andrei, Wolf, Rachael y Ana estaban tendidos y con los ojos vidriosos en el suelo del cuarto principal. Andrei dirigió una mirada a su alrededor. Sólo había allí presentes unos veintitantos luchadores.

Todo el mundo parecía semiinconsciente. Nadie pensó en saludarles. En la entrada del refugio no había encontrado guardia alguna.

La cabeza de Wolf colgaba entre las levantadas rodillas, y Rachael estaba acostada en el suelo a su vera, con la cara sobre su regazo. Ana levantó los ojos por un instante, reconoció a medias a Andrei y se desplomó de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Andrei.

No le respondió nadie.

Andrei se volvió hacia Ana. Por aquellos días no le gustaba mirarla.

Aquella figura preciosa de mujer, alta y rolliza, que en otro tiempo había sido Ana, se había evaporado. Estaba deshecha.

—¡Ana! ¿Qué ha pasado?

Ana se sorbió las lágrimas y murmuró de un modo incoherente. Una mujer soldado gemía:

—Mamá..., papá..., mamá..., papá... Mamá, pronto estaré contigo.

Andrei se volvió bruscamente en todas direcciones. Cadáveres vivientes.

Entonces extendió el brazo y de un tirón puso en pie a Wolf Brandel. El cuerpo del muchacho colgaba fláccido al final de los brazos de Andrei cual un muñeco de trapo. Andrei le zarandeó. Wolf abrió los ojos parpadeando, y murmuró:

—Una jugada loca..., una jugada loca..., una jugada loca...

La mano de Andrei soltó a Wolf, quien volvió a caer y se tendió en el suelo,

haciendo chasquear los labios, anhelante de agua. Rachael se revolvió para coger la cantimplora y la puso boca abajo. Estaba Vacía. Wolf atrajo a Rachael hacia sí, apoyó la espalda contra la pared y levantó los ojos hacia Andrei.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó—. La cantimplora está vacía. No nos quedan municiones. —Aquí se le cayó la mano y golpeó el acordeón, que tenía a su vera—. Ni esto quiere seguir funcionando ya.

—¡Ponte en pie, so granuja! —gritó Andrei, con un rugido que hizo retemblar el refugio—. ¡Ponte en pie! ¡Eres un comandante de los combatientes judíos!

Wolf Brandel se estremeció, y pareció volver a la vida. Levantóse haciendo un gran esfuerzo y se plantó delante de Andrei, bamboleándose una y otra vez adelante y atrás.

—Vamos, ¿qué ha ocurrido?

Wolf se lamió los labios.

—Los alemanes... han llegado cerca del refugio..., todos hemos subido. Un loco que ha disparado contra ellos nos ha obligado a entablar un tiroteo. A los diez minutos habíamos agotado las municiones... No nos quedaba nada... ¡Y nos hemos puesto a tirar piedras! ¿Sabes lo bien que van las piedras para detener al Ejército alemán? ¿Lo sabes, Andrei? ¡Piedras! ¡Piedras! —Wolf contuvo el aliento y luego resolló con fuerza para llenarse los pulmones de aire—. Nos han atacado con morteros y lanzallamas. Yo miraba..., yo miraba mientras convertían a mis soldados en antorchas, y yo los defendía a pedradas.

—Déjale en paz, por amor de Cristo —pidió Christopher de Monti.

Andrei siguió importunando a Wolf.

—¿Es eso todo lo que queda?

Wolf parpadeó como un borracho y miró a su gente. La noche anterior setenta y cuatro soldados suyos se sentaban en el refugio y hablaban riendo de tomar un baño y de que las veinte chicas apenas bastarían para servir a los hombres y de que si éstos tuvieran dinero, por lo menos, ¡vaya fortuna que ganarían ellas! Y cantaron himnos a Galilea hasta que el acordeón se estropeó.

Ahora sólo quedaban unos cuantos espantapájaros desastrados.

—¡Basta! —gritó Ana—. ¡Basta, Andrei!

Andrei la levantó y le dio un cachete en la mejilla con una violencia tal que dejó pasmados a todos los del refugio.

—¡En pie todos, condenados! —rugió implacablemente—. ¡En pie, granujas!

Uno tras otro, los combatientes se pusieron en pie.

—Ahora escuchad. Mientras respiren vuestros pulmones, lucharéis. Ahora nos volvemos a Mila, 18, y encontraremos armas.

La furia de Andrei dejaba paralizado a Christopher de Monti. Sí. Andrei poseía el poder místico de conducir a aquella turba de gente ebria de golpes a otro ataque más.

—¡Sssiittt! ¡Viene alguien!

Silencio.

Tolek entró tambaleándose en el refugio. Tenía el largo cabello cubierto de innumerables capas de polvo y basura. Parecía un simio salvaje y peludo de otras edades. Las ropas desgarradas, la cabeza sangrando a causa de una herida que se había abierto de nuevo. Tolek llamó a Andrei con un ademán al mismo tiempo que con un movimiento seco de cabeza le indicaba la celda del comandante.

Andrei y Tolek se encontraban solos en el cuarto de Wolf.

—Han conquistado Mila, 18 —anunció Tolek.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estoy seguro.

—¡Simon! ¡Deborah! ¡Rabí Solomon! ¡Alex! —Andrei se cubrió la cara con las manos, se mordió el labio con tal fuerza que hizo manar sangre, y meneó la cabeza con tal violencia que Tolek le cogió por el cabello y se lo retorció.

—Domínate, Andrei, domínate...

Entonces la situación se hizo muy clara, clarísima.

—¿Cuántos combatientes te quedan, Tolek? —preguntó en voz baja.

—Ciento treinta y dos.

—Ha de haber veinte o treinta más en el límite meridional —dijo Andrei rápidamente, mientras su mente iba calculando y tomaba una decisión tras otra.

En seguida buscó por la mesa la copia que tenía Wolf del plano de las cloacas y señaló una ruta—. Yo me vuelvo a Mila, 18 —añadió—. Tú quédate aquí. A las cuatro habré reunido a tu gente y a los supervivientes que hayan quedado en Mila, 18. Lanzaremos un ataque diversivo en la parte occidental del ghetto, a fin de distraer a los alemanes el tiempo suficiente para que vosotros escapéis por las cloacas. Ahora ya sólo hay una cosa que importe. Es preciso salvar a Christopher de Monti.

—Yo iré contigo a Mila, 18 —replicó Tolek—. Wolf guiará a los otros por las cloacas.

—No tenemos tiempo para tonterías. ¡El que les guíe por las cloacas serás tú!

Tolek apretó los dientes y movió la cabeza asintiendo en señal de obediencia.

—A las cuatro, cuando nosotros lancemos el ataque, romperás el silencio de la radio y enviarás un mensaje a la parte aria avisando que saldréis por la calle Prosta.

Tolek semicerró los ojos.

—¡La calle Prosta! ¡Pero para llegar allí hay que caminar más de ocho kilómetros por pequeños tubos confluentes! Imposible. ¡Esto nos costaría seis o siete horas!

—Todos los locos malditos que recurren a las cloacas obsequian a los alemanes con la galantería de pasar por las arterias principales. Las pequeñas cloacas laterales os ofrecen vuestra única posibilidad.

—El Vístula baja muy crecido. Y en las cloacas pequeñas tendremos que andar a

gatas. Nos ahogaremos.

Andrei le dio un puñetazo en el hombro.

—Saldrás airoso del empeño, Tolek. Ya lo sabes. Esto es sionismo viviente.

Tolek cogió el plano de manos de Andrei.

—Lo intentaré.

Andrei salió a la habitación grande, cogió la media docena de fusiles y pistolas sin balas, se colgó aquéllos de la espalda y se metió las segundas en el cinto.

—Bien, a las cuatro os meteréis por las cloacas —les dijo a todos—. Tolek y Wolf os conducirán por una ruta nueva. Que tengáis buen viaje. Nos veremos el año que viene en Jerusalén.

Wolf, Chris y Rachael estaban junto a la escalera de mano que daba salida al refugio Franciskanska, cerrando el paso de Andrei.

—Lo hemos oído —dijo Chris—. Han atacado Mila, 18. Regresamos allí contigo.

—Sí, sí —respondió Andrei.

—No intentes detenernos —amenazó Chris.

De un solo movimiento, Andrei le arrebató la pistola del cinto, tumbó a Wolf de espaldas y envió a su sobrina a tenderse sobre el suelo.

—¡Tolek! —dijo entonces, entregándole la pistola—. Si alguno de estos dos se mueve, utiliza el arma. Te ordeno en serio que a Wolf le alojes una bala en el cerebro. Si se trata de Chris, hiérele nada más, pero no demasiado, pues en tal caso sería un fardo terrible para arrastrarle por las cloacas.

Chris hizo un gesto enojado contra Andrei, pero Tolek estaba entre ambos y le apuntaba con la pistola amartillada. Chris no dudaba ni por un segundo de que Tolek seguiría los mandatos de Andrei. Por ello hizo una mueca y retrocedió.

—Chris... —le dijo Andrei, muy dulcemente—. No olvides dónde están enterrados los diarios, por favor.

—No lo olvidaré —respondió Chris, con voz ronca—. No lo olvidaré.

Andrei subió dos peldaños de la escalera.

—¡Tío Andrei! —gritó Rachael.

Él bajó un momento, y la muchacha le echó los brazos al cuello y se puso a llorar.

—Es hermoso que hasta en un lugar como este nos queden lágrimas para los demás y que se nos parta el corazón —dijo Andrei—. Es hermoso que sigamos siendo seres humanos. Rachael, tú saldrás de aquí y serás una mujer excelente.

—Adiós, tío Andrei.

Fuera, Andrei se ató bien los trapos de los pies y se puso a avanzan en cortas y rápidas carreras, jugando al gato y al ratón con los entrecruzados chorros de los reflectores, tendiéndose bien plano cuando oía silbar una bomba detrás. Unas pocas materias combustibles no consumidas seguían chirriando y crepitando. A su espalda, una pared se tambaleó y cayó, enviando al aire, por encima de su cabeza, cascotes

voladores. Andrei tanteaba, tropezaba, caía, corría en medio de aquel holocausto.

Al cabo de una hora llegó a Mila, 18.

Los alemanes se habían ido. Como de costumbre, abandonaban un refugio después de haberlo inundado de gas y de balas, regresando a los dos o tres días para enviar dentro a los perros antes de atreverse a entrar ellos mismos. Andrei descendió por la entrada principal del refugio. El gas venenoso había perdido su poder.

Ahora se encontraba en el estrecho pasillo flanqueado de celdas. Estaba de pie encima de una enredada masa de cadáveres. La luz de su linterna jugueteaba sobre ellos. Andrei cruzó la puerta de la celda del comandante.

Estaba vacía. Al rabí Solomon le encontró en la suya, quieto, tendido sobre el catre, con el Tora en las céreas manos.

Andrei pasó por encima de los cadáveres hacia el pasillo principal. El cuarto Chelmo, con sus almacenes de municiones, ofrecía un espectáculo de devastación. Las bombas de botella, al estallar, habían chamuscado los cadáveres, dejándolos inidentificables.

«¡Espera!»

¡Unas toses!

¡Unas toses débiles..., muy débiles!

Andrei se arrojó encima de los cadáveres.

—¡Simon! ¡Deborah! Alex! —gritaba su voz solitaria en la oscuridad.

La luz pasaba con rapidez frenética por encima de los cuerpos de Majdanek. Dos o tres de ellos respiraban con la desesperación del pez fuera del agua.

—¡Simon!

Andrei rodó sobre el cadáver de su comandante. Simon Eden había muerto.

Luego, la luz cayó sobre el rostro sin vida de Alexander Brandel, que estrechaba a su hijo Moisés contra su pecho.

Andrei volvió los cuerpos cara arriba, uno por uno. Combatientes que habían tratado de contener a las personas civiles. Niños..., niños..., niños... Y la luz se clavó en los ladrillos desplazados que daban paso a la cloaca.

—¡Deborah!

Andrei se arrodilló al lado de su hermana, que colgaba mitad dentro mitad fuera del cuarto, abatida cuando pasaba a un chiquillo hacia la cloaca en busca de la protección de Mila, 19. Al tocarla, Deborah abrió la boca, inspirando.

¡Todavía le quedaba vida!

—¡Deborah!

—No me..., no me...

—¡Deborah..., estás viva!

—No me.... mires... Estoy ciega.

—¡Oh, Santo Dios! Deborah... ¡Oh, hermana mía! ¡Oh, hermana mía!

Andrei la levantó en sus brazos, buscó un rincón, se la puso en el regazo, la meció como a una niña y le besó las mejillas.

Deborah tosió e inhaló el aire en medio de terribles sufrimientos.

—En Mila, 19, hay algunos niños vivos —dijo con voz ronca.

—Ssssittt..., no hables..., no hables...

—Chris..., Rachael... Wolf...

—Sí, cariño, sí... Han escapado. Están a salvo.

Ella exhaló un sonido de alivio y gimió al sentir el veneno del gas que le mordía los pulmones.

—Andrei..., sufren..., niños que sufren... Mátalos, líbralos de su tormento...

—¡Deborah! ¡Deborah! ¡Deborah!

—¡Qué bien... que me tengas... en brazos, Andrei!... He perdido la píldora...

Por favor, dame una...

Andrei se puso la mano en el bolsillo del pecho, sacó una pequeña cápsula de cianuro y la oprimió sobre los resecos labios de su hermana.

—¡Qué bien... que me abraces! Tenía miedo de morir sola... Andrei, cántame la canción de mamá... cuando éramos pequeños.

«¿Cuál es el mejor Sehora?
Mi niño... aprenderá... el Tora...»

CAPÍTULO XXII

Gabriela se irguió con una sacudida en la cama. El corazón le latía despiadadamente. El sueño que había tenido de un viento glacial que azotaba la habitación carecía de fundamento. La nitidez de la pesadilla la había bañado en sudor. Andrei era un fantasma que flotaba sobre los derribos en rescoldo del ghetto. Gabriela giró sobre su costado y guiñó los ojos para leer la esfera luminosa del reloj de la mesita de noche. Las cuatro menos cuarto.

Su mano abrió la radio con gesto automático, como solía hacer siempre que estaba despierta. Quizá hoy hubiera alguna señal radiofónica de la emisora del ghetto. No había oído ninguna durante veintiséis días, desde que sacaron a cuatro muchachos por las cloacas y los llevaron al padre Kornelli. Veintiséis días de silencio.

Gabriela, se puso una bata y salió al balcón de aquel quinto piso. Muy lejos de concordar con el frío que había soñado, fuera la atmósfera era más bien cálida: los últimos días de la primavera. La luna derramaba su luz sobre el ghetto. Gabriela estuvo mirando largo rato, igual como había estado observando una hora tras otra durante el día. Había alquilado aquel nuevo apartamiento por la vista que tenía sobre el ghetto.

El fuego de artillería había cesado. No quedaba casi nada en pie. Los rayos lunares danzaban sobre desordenados montones de ladrillos.

Bip... bip... bip...

Del aparato de radio venía un sonido débil.

Gabriela entró corriendo en la habitación.

Bip... bip... Las interferencias ahogaron la señal, pero luego emergió otra vez. Bip... bip... bip...

Y cesó.

Gabriela se sentó conteniendo el aliento, en espera de una repetición. No vino ninguno otro sonido.

Entonces un súbito estallido de disparos de fusil dentro del ghetto desgarró la quietud. Gabriela salió de nuevo al balcón, pero no pudo ver nada. El estrépito de disparos fue en aumento.

Gabriela cerró la puerta del balcón, tiró la cortina que cerraba el paso a la luz y encendió la lámpara contigua al aparato telefónico. Esperó unos momentos, confiando en que la transmisión desde el ghetto se repetiría.

Encendió un cigarrillo y lo chupó nerviosamente. Después, espoleada por una decisión impulsiva, marcó un número.

—Kamek... Aquí Alena —dijo.

—Diga.

—¿Lo ha oído?

—Sí, pero no he podido entenderlo.

—Tampoco yo —repuso Gabriela—. ¿Qué debemos hacer?

—No podemos hacer nada hasta terminadas las horas de queda. Venga a mi piso tan pronto como sea de día.

El Oberführer Funk parpadeó soñoliento mirando el informe. Eran cerca de las cuatro de la madrugada. Sin embargo, él quería que estuviera terminado y en camino a la del alba, para que llegase a manos de Kluger, Glabocnick e Himmler. Faltaba poco para que se cumpliese un mes desde la fecha del alzamiento. Quería dar seguridades de que lo más importante de la acción estaba hecho ya. Toda nueva medida se reduciría meramente a una operación de limpieza. Pronto, muy pronto, podrían proclamar oficialmente la victoria.

Con los ojos enrojecidos, el oberführer bostezó y puso la firma al pie del informe. Un último sorbo de ginebra, y a dormir un rato.

Las cuatro.

Funk se desató la bata de seda.

¡Ruido de disparos!... ¿Qué diablos...? No era posible. Él había ordenado que la artillería dejara de disparar a las dos y media y que las patrullas volvieran a sus posiciones prefijadas.

Funk se ató la bata rápidamente y levantó el receptor del teléfono, pero luego dejó que su mano volviera a descender. Un súbito estremecimiento de miedo se apoderó de su persona. ¿Sería posible que los judíos estuvieran atacando? No... Era que habían descubierto otro refugio. No había otra cosa...

«No dejes que tu imaginación se desboque. Calma..., calma, vamos.»

Otro copioso sorbo de ginebra, y se sentó de nuevo detrás de la mesa.

Las detonaciones de los disparos sonaban ahora más fuertes. La mano de Funk tocó el teléfono otra vez, y volvió a dejarlo. El general se lamió los secos labios, se acurrucó en la silla y aguardó. El parte para Berlín, Lublin y Cracovia estaba sobre la mesa, bien visible, delante de sus ojos.

De: Führer de las SS y la Policía. Distrito de Varsovia. Acciones Especiales.

Ref. No: 1 ab/ST/Gr-1607-Diario n.º 663/43. SECRETO.

Re: Operación en gran escala en el ghetto.

A: Reichsführer

Der Schutzstaffel Himmler,

Berlín. SS Obergruppenführer, Policía General, Cracovia, Gruppenführer Gobierno General SS, SD, Lublin.

Permítaseme comunicar el siguiente informe:

1. Hasta la fecha se ha capturado para la deportación a un total de 34.795 judíos y otros infrahumanos. Se sabe que han sido destruidos otros 7.554 en el antiguo barrio residencial. Estimamos en otros 11.000 los destruidos en refugios por la asfixia, las llamas, etc.

Conclusión: Excepto por la resistencia esporádica de los pocos judíos e infrahumanos que quedan, hemos cumplido con éxito nuestra misión.

2. Relación de las eliminaciones realizadas en el recinto residencial judío.

a) 612 refugios destruidos.

b) El llamado barrio judío no existe ya. Tres edificios continúan en pie, o sea, la Iglesia de los Conversos, parte de la Prisión Pawiak, el edificio de la Autoridad Civil Judía (antigua administración de Correos, que nos interesaba para las ejecuciones sobre el propio terreno de aquellos a los cuales no deseábamos transportar).

3. Botín capturado hasta la fecha:

a) 7 fusiles polacos, fusil ruso, 7 fusiles alemanes.

b) 59 pistolas de varios calibres.

c) Varios centenares de granadas de mano, incluyendo granadas polacas y otras de fabricación casera.

d) Varios centenares de botellas incendiarias.

e) Explosivos de fabricación casera y máquinas infernales con sus mechas.

f) Diversos explosivos, munición de todos los calibres. (En los refugios destruidos no pudimos recoger otro botín, que quedó inutilizado. Las granadas de mano recogidas las utilizamos luego contra los bandidos.)

Ruego también que comuniquen:

1. 1.200 uniformes alemanes usados (guerreras) y 600 pantalones. (Algunas

guerreras tenían medallas.)

2. Varios centenares de cascos alemanes de diversos tipos.

3. Cuatro millones de zlotys (de los deportados). Catorce mil dólares, nueve mil dólares en oro, y un valor indeterminado en oro, sortijas, relojes y joyas diversas.

Solicito informar qué hoy ha sido localizado el principal refugio de judíos y bandidos en un edificio conocido por Mila, 18, y ha sido destruido sumariamente mediante el gas, lanzallamas, dinamita y fuego de armas cortas.

Las ruinas de la reserva judía nos proporcionarán grandes cantidades de materiales de derribo y ladrillos usados que podremos utilizar para futuras construcciones.

Permítaseme hacer mención de las valerosas tropas de las SS y de la Wehrmacht dependientes de este mando, la abnegación de las cuales ante un enemigo «invisible» ha hecho posible el presente triunfo. Han bajado a las cloacas, se han arrastrado al interior de los refugios y se han expuesto de otros mil modos a los disparos del enemigo. A estos camaradas no los olvidaremos.

En sobre aparte, recomiendo la concesión de las siguientes condecoraciones:

Cruz de Hierro de Segunda Clase, al haupsturmführer de las SS, Zisenis.

Cruz del Mérito Militar, de Segunda Clase con Espadas, al Untersturmführer de las SS, Manfred Plank, y al rottenführer de las SS, Joseph Blesche.

Tengo la creencia firme de que en el espacio de setenta y dos horas podré avisarles oficialmente del exterminio final de los judíos de Varsovia.

Heil Hitler!

Firmado:

Oberführer de las SS, ALFRED FUNK

Copia certificada:

(Jesuiter)

Sturmbannführer de las SS

Horst von Epp entró en la habitación, pero no dijo nada. Los dos hombres escucharon y siguieron escuchando casi una hora, hasta que el fuego de fusilería del ghetto cesó.

Las cinco.

Llegaron los momentos que precedían al alba, ya en el segundo mes del alzamiento. Ni Alfred Funk ni Horst von Epp osaban levantar el teléfono. Unos golpecitos.

—¡Entre!

El Untersturmführer Manfred Plank, mostrando los efectos de la batalla, se plantó, con una mirada enajenada en los ojos, delante de su general.

— *Heil* Hitler —dijo con una energía bastante menor que la acostumbrada.

— *Heil* Hitler —respondió Alfred Funk.

—¿Qué ha ocurrido allí? —inquirió Horst von Epp.

Pareció como si el cuerpo ario, joven y hermoso de Plank, fuera a desplomarse.

—¡Hable! —ordenó Funk.

A Plank le temblaban los labios.

—Nos estábamos trasladando a las posiciones del extremo oeste de la calle Niska...

—¡Hable!

—Como, ¡como fantasmas saltaron de las ruinas y se nos echaron encima!

No luchaban como seres humanos...

—¡Hable! —gritó Funk otra vez al balbuciente oficial.

—Nos hemos visto obligados a abandonar nuestra posiciones.

—¡Cerdo!

—*Herr* Oberführer! —gritó Manfred Plank—. En el frente oriental conquisté dos recompensas al valor. En premio a mi falta de miedo en el combate me enviaron a los cursos de entrenamiento de las SS de Waffen. Se lo digo, señor..., se lo digo..., ¡allí dentro se esconden fuerzas sobrenaturales!

—Salga —ordenó Funk, haciendo silbar las palabras entre los dientes.

El Oberführer no oyó el taconazo de su subordinado, ni su salida perfectamente ordenada.

El sudor había puesto tan resbaladizas las manos de Funk que no podían sostener el vaso. El general cogió el parte que prometía la victoria y lo arrojó a la papelera después de hacerlo mil pedazos; en seguida levantó la vista hacia Horst con desorientada estupefacción.

—Hasta desde sus tumbas...

—Esta noche hemos perdido de verdad la batalla.

Arrastrándose a gatas, con los hombros rozando la parte superior de la tubería, Wolf Brandel se metió el primero en la cloaca que se dirigía diagonalmente hacia la parte este del ghetto. Rachael, la segunda de la hilera, se cogió al tobillo de Wolf y le siguió. Tolek, que venía a continuación, se cogía al tobillo de Rachael; Chris se cogía al de Tolek, y Ana al de Chris. La cadena continuaba hasta comprender a los veintitrés que habían abandonado el refugio después de enviar la señal por radio a la parte aria.

Otros pitidos, una pausa, y seis pitidos más. Repitieron el mensaje dos veces. Descifrado significaba: «Vamos veinte hacia la boca de la calle Prosta».

Diez segundos después de haber iniciado Andrei su ataque diversivo en la parte occidental del ghetto, Wolf y Tolek comenzaban su peligroso viaje.

Los tubos laterales que desembocaban en los grandes tenían poco más de un metro de diámetro, y para avanzar por ellos uno tenía que arrastrarse sobre las manos y las rodillas.

Silencio —silencio absoluto, silencio completo—, habían ordenado los jefes.

Mientras adelantaban palmo a palmo por la negra oscuridad, arriba saltaba Andrei sobre la compañía de Manfred Plank y sembraba la confusión entre los alemanes para evitar que fijaran su atención en los que evacuaban. Andrei había escogido la ruta de la desesperación con minucioso cuidado. No era posible que nadie vigilase las estrechas cloacas laterales porque, simplemente, nadie creía que ningún ser humano pudiera moverse mucho rato por ellas.

Llegaron a la calle Nalewki. La pequeña tubería que habían seguido se hundía en el gran *Kanal*. Wolf hizo parar la hilera y chapoteó en la oscuridad tentando las paredes, para encontrar la continuación del tubo pequeño en el otro lado. La corriente arrastraba presurosa cadáveres que chocaban contra su cuerpo, le hacían perder pie y le sumergían en el agua sucia. Wolf se enderezó después de haber sido arrastrado veinte metros, y de nuevo chapoteó corriente arriba buscando a tientas el tubo lateral. Una hora transcurrió antes de que sus manos lo encontrasen.

Entonces cruzó el *Kanal* y cogió a Rachael de la mano. Así, cogidos todos de la mano, la cadena cruzó la arteria grande y volvió a meterse en la lateral andando sobre las manos y las rodillas.

Durante otra hora de agonía, paso a paso, la cadena siguió avanzando pausadamente. Sentían que se le partían los riñones, las rodillas se les ponían en carne viva y sangraban de tanto rozar el fondo. El hedor les cegaba y les atontaba.

El tubo desembocó en el *Kanal* de la calle Zamenhof.

Tres horas de tormento habían transcurrido desde el principio.

Otra vez, Wolf tuvo que cruzar solo y tantear de memoria.

Pasó una hora más.

Cuando Wolf hubo conducido a la cadena al otro lado del *Kanal* Zamenhof, se encontraron con que la cloaca lateral traía una corriente crecida y rápida.

Mientras continuaban caminando a gatas, siempre hacia el sur, el agua sucia les pegaba en la cara, les mojaba los ojos y la nariz y las orejas y el cabello.

Seis horas después se hallaban debajo de la Iglesia de los Conversos y del emplazamiento de la demolida fábrica de uniformes... Algo más tarde, debajo de la pared del «corredor polaco».

A lo largo de la cadena, los combatientes se desmayaban uno tras otro. Era preciso detenerse el rato necesario para hacerles recobrar el conocimiento, a cachetes, y arrastrarles luego adelante. El silencio no pudo romperse ni siquiera cuando uno se derrumbó por completo dentro del agua y se ahogó. La cadena se redujo. Eran veintidós, en lugar dé veintitrés.

Otro fugitivo se hundió en el agua, y después otro todavía.

Cuando habían andado ya ocho horas sobre las manos y las rodillas, el tubo se ensanchó. Aquí podían avanzar de pie, aunque encorvados. El agua que corría en su dirección tenía sólo unos palmos de profundidad. Wolf no les dio ocasión de gozar de aquel respiro. Siguió guiándoles adelante mientras las posibilidades de avanzar eran buenas. Los fuertes ponían en pie a los débiles.

Dolor..., náuseas..., embotamiento..., semidemencia..., semimuerte... Los fugitivos caminaban pesadamente por el agua y la porquería, hasta que a las nueve horas se encontraron fuera del recinto del ghetto y del «corredor polaco»... Ahora buscaban el *Kanal* principal que les llevaría calle Zelazna abajo.

Sea como fuere, en la oscuridad habían dado un rodeo equivocado y girado hacia el norte, retrocediendo. Luego marcharon chapoteando, describiendo círculos sin rumbo. Wolf les hizo detenerse y trató de recobrar la orientación y localizar el gran *Kanal*. Sin brújula, luz, ni conversación, sirviéndose únicamente del nublado recuerdo de unas horas de estudio, se hallaba total y completamente perdido. Era inútil seguir avanzando. Otros tres se desmayaron, entre ellos Ana. Si no les concedía un descanso, todos quedarían rendidos. Wolf retrocedió hasta Tolek y rompió aquél silencio de nueve horas.

—Descanso —le dijo.

Descanso..., descanso..., descanso... La palabra mágica se propagó hacia el final de la cadena como una llama.

Tolek y Chris sostenían la cabeza de Ana, que continuaba inconsciente, para que no se sumergiera en el agua.

Wolf se alejó solo, contando los pasos cuidadosamente, hasta que llegó a un *Kanal* grande. Estaba completamente aturdido, pues la línea de la calle Twarda desembocaba en la arteria mayor formando ángulo. No lo comprendía. Se encontraba

a casi dos kilómetros de distancia de la boca de la calle Prosta que le habían indicado y completamente desorientados con respecto a la dirección, pero el gran *Kanal* tenía rebordes y les proporcionaría un sitio en donde recobrar las fuerzas.

Wolf desanduvo el camino, condujo a sus compañeros al *Kanal* de la calle Twarda, y todos subieron a los rebordes... y perdieron la noción de las cosas.

Wolf, Tolek y Chris permanecían semidespiertos, esforzándose cada uno por su parte en darse cuenta de la situación, y aun sin decirse nada, por la mente de todos desfilaba la misma serie de preguntas. ¿Habían recibido su mensaje en el sector ario? ¿Les aguardaría alguien en la calle Prosta..., si es que llegaban a ella?

Como jefe, Wolf Brandel tenía que tomar otras decisiones. Trató de deducir dónde se encontraban. Calculó acertadamente que se hallaban debajo del sector del antiguo ghetto pequeño, habitado de nuevo en gran parte por polacos. Sabía que la policía vigilaba estrechamente el sector a causa de su proximidad al ghetto propiamente dicho. Oían arriba los ruidos de los vehículos de motor y las pisadas de los soldados en formación. «Quizá nos hallemos cerca de la plaza Gryzbow», pensó Wolf. Los alemanes la utilizaban como punto de concentración para entrar en el ghetto por el extremo sur.

La luz del día penetraba por las bocas de cloaca en ambos extremos del reborde que ocupaban. Wolf examinó a su gente con la mirada. En aquel momento la aventura se reducía más que nada a una batalla de resistencia contra el agotamiento. Uno tras otro sus compañeros se habían hundido en la semiinconsciencia. Si había calculado bien en qué lugar estaban, ahora se hallaban a salvo de los gases venenosos y fuera del alcance de los rapaces detectores de sonido. La corriente volvía a subir de nivel. El agua saltaba sobre el reborde. No se podía hacer nada sino esperar la oscuridad..., nada sino esperar.

La casa de Kamek, en Brodno, era la primera estación del camino clandestino que iba a los bosques de Machalin y Lublin. Gabriela llegó poco después de haberse levantado el toque de queda de la mañana.

—¡Están ahí abajo! —gritó.

Kamek no se excitaba nunca. Enlazó las manos a la espalda y recompuso pausadamente la situación.

—¿Dónde están? No lo sabemos. Ni usted ni yo recibimos la señal con claridad. Puede tratarse de una cualquiera de las quince que hay.

Gabriela se oprimió las sienes y trató de razonar.

—Además —prosiguió Kamek—, nuestros dos camiones se han evaporado.

Anoche la Gestapo asaltó nuestro cuartel general; nuestra gente se ha dispersado.

—El Ejército Patrio... Roman...

—No podemos confiarnos a ellos. Habría alguno capaz de vendernos.

Gabriela sabía que tenía razón. Y soltó un bufido. Kamek, en otro tiempo Ignacy Pownicki, había sido periodista y defensor ardiente tanto de la camarilla gobernante como de la casta de nobles reaccionarios de la preguerra. Lo sucedido durante la lucha le hizo cambiar de modo de pensar. El sentimiento humanitario venció al nacionalismo. Kamek era una de las pocas personas que se sublevaban y avergonzaban ante la conducta del pueblo polaco con respecto a los acontecimientos que tenían lugar en los ghettos de Polonia. Personalmente no abrazó la filosofía de los izquierdistas, pero se unió a ellos, porque eran los que prestaban el apoyo más completo a las personas encerradas en el ghetto.

Kamek perdió su identidad de Ignacy Pownicki para sumergirse plenamente en el trabajo clandestino de la Guardia del Pueblo.

Era un hombre frío; aparentemente no le afectaba en absoluto la urgencia del caso.

—Están ahí debajo, en alguna parte —balbuceó de nuevo la joven.

—Calma, Gabriela. Usted y yo somos las dos únicas personas que tenemos conocimiento de ello y que nos encontramos en situación de prestar auxilio.

Todos los jefes de los combatientes judíos saben su dirección. Es seguro que intentarán ponerse en contacto con usted. Lo mejor que puede hacer es regresar a su casa y esperar.

El cuclillo del reloj asomó la cabeza y cantó.

—Ah, es la hora de las noticias.

Kamek abrió la radio y cerró los ojos para concentrarse y captar los significados auténticos, porque las noticias verdaderas había que cazarlas entre líneas, llenas de crípticas pistas. Desde Stalingrado, la guerra seguía marchando mal para los alemanes, y su lenguaje falso no lograba esconderlo por completo.

Las noticias no mencionaron ni una sola vez la acción en el ghetto. Aquello era un indicio favorable, porque los alemanes se daban mucha prisa, en jactarse de sus victorias. Kamek cerró la radio.

Gabriela se había puesto ya en pie y se dirigía hacia la puerta.

—Conserve la calma —le dijo una vez más Kamek.

La luz que se filtraba por las bocas de cloaca se volvía más y más débil.

Wolf observaba cómo se iba apagando. Pronto volvería a ser de noche. El muchacho se deslizó por el reborde hasta donde los diecinueve supervivientes continuaban tendidos en desorden cual una redada de pescado recién cogido.

Se habían pasado el día desmayándose y volviendo en sí, durmiendo a cortos ratos y recobrando una milésima de las fuerzas que habían perdido durante la terrible travesía del día anterior.

Wolf quedó convencido de que todos podían ponerse en marcha de nuevo.

En el mismo instante en que descendió la oscuridad, les despertó para que se pusieran en pie. Al poco rato, el movimiento que tenía lugar arriba, sobre sus cabezas, disminuyó el silencio. Luego vino un estallido. En la distancia, las baterías antiaéreas disparaban contra los aparatos rusos de bombardeo. Aquello tendría a los alemanes atareados en las calles.

—En marcha —ordenó Wolf.

El agua les llegaba hasta el pecho. Wolf delante, Tolek detrás, Chris en tercer lugar, avanzaron contra la corriente, caminando hacia el sur, en una dirección que sabían les alejaba del ghetto. Las chicas más bajas tenían que andar de puntillas para evitar que el agua sucia les llegara a la boca y la nariz.

Cogidos de la mano, marchaban por el *Kanal*, esperando ansiosamente que encontrarían otra arteria. Wolf contaba los pasos.

En tres horas, calculaba, habían recorrido el espacio de dos manzanas y media. Siempre había uno u otro en la cadena que resbalaba, o se hundía, o rompía el silencio.

Y entonces percibieron el placentero sonido de agua precipitándose allá abajo, al frente de la cadena. ¡Aquello significaba otro *Kanal* grande! Aquel ruido espoleó a la cadena de caminantes medio muertos, haciéndoles realizar otro esfuerzo. El agua de las dos cloacas principales se juntaba chocando y formando remolinos.

Wolf ordenó un alto. Por la imagen que conservaba de los planos, trató de recordar un ángulo semejante. Dentro del ghetto no había ningún lugar así. Un *Kanal* de las dimensiones del que tenía delante había de encontrarse cerca del área del bulevar de Jerusalén. De ser así, se encontraban lejos tanto del ghetto grande como del pequeño. Wolf decidió arriesgarse con la linterna, pero estaba empapada de agua e inservible. Chris tenía cerillas secas en una bolsa para la pipa.

Una cerilla solitaria arrancó un destello amarillo de los mojados ladrillos, y puso también de relieve la lamentable condición en que se encontraba todo el grupo. Wolf comprendió que había que acelerar la carrera hacia la vida, que era preciso aventurarse a otros riesgos. Encendió una segunda cerilla y se acercó más a la intersección. Una tercera cerilla le descubrió lo que estaba buscando: unos peldaños de hierro que subían hasta la calle.

—No permitáis que se mueva nadie —les dijo a Tolek y a Chris—. Yo subiré a ver dónde nos encontramos.

—No... Wolf... —suplicó Rachael.

—No pasará nada. Ahí arriba están sometidos a un bombardeo aéreo.

El muchacho trepó por los peldaños y empujó con fuerza para dejar suelta la tapa de la boca, la cual cedió después de la quinta renovación del esfuerzo.

Wolf la levantó lo suficiente nada más para echar una mirada a las calles.

¡Buena suerte! ¡Negro como boca de lobo y con las luces apagadas! ¡Las calles

desiertas!

—Ayudadme a levantar la tapa.

Chris, Tolek y Wolf se apuntalaron en la estrecha escalera de hierro y jadearon hasta desalojar la tapa, Wolf salió disparado hasta el abrigo de un edificio, avanzó hacia la esquina, y regresó corriendo, colocando la tapa de nuevo. En seguida conferenció con Tolek. Chris estaba demasiado ocupado sosteniendo en pie a Rachael y Ana. Rachael se desmayó otra vez. Ana hacía horas que se sentía muy mal.

—Nos hallamos inmediatamente debajo del cruce de las calles Twarda y Zelazna.

—Esto significa que estamos exactamente a dos manzanas y media de la calle Prosta. —¿Habría allí algún miembro de la Guardia del Pueblo esperándoles? Ambos estuvieron de acuerdo en que no era probable. Habían transcurrido veinticuatro horas desde que transmitieron la señal y entraron en las cloacas. Además, cuando alumbrara el día, la intersección que tenían sobre sus cabezas estaría demasiado concurrida. Wolf decidió hacer un intento por llegar a la calle Prosta y al mismo tiempo enviar a Tolek al piso de Gabriela.

—Ten cuidado, y trae agua.

Tolek y Wolf quitaron de nuevo la tapa de la boca y la colocaron en su sitio otra vez.

Wolf descendió y volvió al lado de sus dieciséis compañeros restantes.

—Estamos a tres horas de la calle Prosta. Podemos llegar allí a la luz del día si cada uno lo intenta con todas sus fuerzas. Tolek ha salido en busca de agua.

Nos esperará.

—¡No! ¡No! —chilló una muchacha—. ¡No llegaríamos nunca! ¡No!

—Hacedla callar —bramó Wolf.

—¡No! —chilló la muchacha de nuevo. Y empujada por la locura de la sed, se puso a beber agua sucia.

Wolf retrocedió, encendió una cerilla y buscó su cabeza, levantándola del contaminado líquido. La joven estaba loca. En un instante, el veneno obró en su estómago, la infeliz se debatió en dos o tres estremecimientos finales de agonía y pereció.

Wolf la soltó; el cuerpo de la desdichada se hundió en la conjunción de aguas, rodó en un remolino y fue arrastrado hacia el *Kanal* mayor.

—¡Escuchad todos! ¡Vamos a vivir! ¡Os prometo que viviremos! ¡Dos horas más y tendremos agua para beber! ¡Luchemos! ¡Vivamos! —suplicó Wolf.

Se cogieron de las manos y avanzaron hacia el norte, internándose en los remolinos. La presurosa corriente rompió la cadena, y antes de que pudieran unirla otra vez otro combatiente que se hallaba en estado de coma se sumergió y fue barrido por las aguas.

—¡Unidos! —ordenó Wolf—. Las manos cogidas..., adelante..., adelante...,

habremos salvado el cruce en un minuto.

La cadena avanzó poco a poco hacia el norte en medio de la niebla del olvido. A cada paso saturado de dolor, cada uno apelaba al Dios desconocido.

—Viviré..., viviré..., viviré...

—Sobrevivir..., sobrevivir..., sobrevivir...

—Dios mío, ayúdame a vivir..., vivir..., vivir..., vivir...

CAPÍTULO XXIII

Tolek Alterman marchó por las calles de Varsovia con la pericia de un gato vagabundo. Los años de moverse por el ghetto, últimamente entre las llamas y paredes que se derrumbaban, hacía que, en comparación, aquel recorrido fuese un juego de niños.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando se detuvo delante de la puerta de un apartamiento del último piso del número 4 de Dluga. El rótulo decía «Alena Borinski». Tolek llamó con golpes secos. La puerta se abrió una rendija, asegurada por una cerradura de resorte.

—Cuando me vea, no grite. He estado en las cloacas.

Gabriela abrió de par en par. Tolek entró tambaleándose y miró desesperado a su alrededor, buscando la cocina. Corrió hacia ella a tropezones, abrió el grifo del agua y tragó ruidosamente, como un maníaco, el líquido que inundaba su garganta. La joven cerró la puerta y se puso a contemplar aquella escena de demencia. Mientras el agua descendía hasta sus deshidratadas entrañas, Tolek emitía unos gruñidos animales.

Allí estaba aquel hombre; una criatura gris, hedionda, de otro planeta, irreconocible como ser humano, chupando en el grifo. Bebía demasiado de prisa y empezó a vomitar en el fregadero, pero bebió otra vez, y unos agudos dolores le mordisquearon el vientre. Apaciguado por fin, se tendió en el suelo y se puso a llorar histéricamente.

Gabriela corrió al teléfono.

—¡Kamek! Venga a mi piso tan pronto como haya pasado la hora de queda.

Traiga ropas y todos los comestibles que tenga.

—¿Han llegado?

—Sí.

Gabriela mojó un trapo de alcohol, para secar la frente de Tolek y reconfortó al evadido.

—Lo siento —murmuró él—. Lo siento...

—Cuéntemelo todo, se lo ruego..., se lo ruego.

—Salimos veintidós o veintitrés y nos metimos en las cloacas... ¿No recibió nuestra señal?

—Sí, pero no pude entenderla bien. Buen Dios, ¿ha estado veinticuatro horas en las cloacas?

—Sí. Quedamos unos diecisiete, o quizá dieciséis. Unos cuantos enloquecieron de sed..., bebieron agua sucia..., aunque les decíamos que no lo hiciesen..., otros se ahogaron...

—¿Dónde están ahora?

—Tratan de llegar a la calle Prosta. Hemos de llevarles agua.

—Hasta dentro de una hora y media, que se levantará la queda y vendrá el día, no podemos hacer nada. Entonces estará aquí Kamek. —Gabriela estudió al ser que tenía ante sí—. ¿No le conozco yo a usted?

—Tolek.

—Ah, pobrecito mío. Ni siquiera le reconocía.

—No creo que nadie fuera capaz.

—¿Qué otras personas hay allá abajo?

—Christopher de Monti. Tenemos que sacarle.

Gabriela asintió con la cabeza y abrió más los ojos.

—¿Quién más?

—Rachael..., Wolf..., Ana...

Tolek se interrumpió, pero la dolorida expresión de la joven formulaba una pregunta sin palabras y decía al mismo tiempo la respuesta. Gabriela se puso en pie, fue hasta la silla de la cocina y se desplomó en ella, mordiéndose el labio.

Las últimas lágrimas que quedaban en su ser corrían por sus mejillas. Andrei continuaba en el ghetto... Andrei ya no saldría nunca. Gabriela se arrodilló de nuevo al lado de Tolek y le ayudó a ponerse en pie.

—Venga —dijo—, lavémosle con agua caliente para que tenga un aspecto presentable.

Gabriela llenó el último de los cuatro bolsos preparados con pan, queso y botellas de agua. Cada bolso tenía una cuerda atada a las asas, a fin de poderlo bajar rápidamente al *Kanal*.

Kamek hacía gala de su calma habitual.

—Hoy es domingo —dijo—, y el domingo significa peligro. En domingo no podemos andar por las calles con un carro cargado de heno. Debo encontrar un camión cubierto y rogar por que ocurra lo mejor.

Tolek salió del cuarto de baño. Se había pasado dos horas remojándose y enjabonándose. Con ello recuperó la figura humana. Púsose en el cinto una pequeña alzaprima para levantar con mayor rapidez la tapa de la cloaca y cogió dos de los bolsos de compras de Gabriela.

—Confío en que habrán podido llegar —murmuró—. Cuando los dejé se encontraban en muy mal estado.

Kamek se puso en pie.

—Cuando les hayan llevado el alimento y el agua, espérenme en el café del final de la calle. Estén atentos a si llego con un camión.

—Dese prisa en lo del camión —dijo Gabriela—. Han pasado cerca de treinta horas en las cloacas.

—Déjelo en manos de Kamek.

—Es de día —dijo Wolf, levantando los ojos hacia la tapa de la boca de cloaca encima de su cabeza—. Es de día y nos encontramos en la calle Prosta.

Hoy nos salvaremos.

—Padre nuestro que estás en los Cielos...

—Oh, Dios misericordioso..., sálvanos..., sálvanos...

Christopher de Monti apoyó la espalda contra los ladrillos. Con una mano sostenía a Ana y con la otra a Rachael.

A cada segundo que transcurría, la muerte se acercaba más. Ya sólo quedaban doce.

—Oh, ayúdanos, Dios misericordioso...

—¡Hoy nos salvaremos! —gritó Wolf.

Christopher resbaló, cayó de rodillas y se levantó de nuevo con esfuerzo, sosteniendo a las muchachas. Un fuego febril desgarraba el cuerpo del periodista.

¡Unas sombras sobre ellos!

—Ssssiittt..., ahí arriba hay alguien... Silencio...

Todos levantaron la vista amedrentados. La tapa de la boca se deslizó fuera de su sitio.

—¡Soy yo, Tolek! ¡Soy yo, Tolek! ¿Estáis ahí abajo? ¿Estáis ahí abajo?

—Socorro..., socorro...

—Tolek..., ayúdanos...

—¡Gracias a Dios! Están vivos. Escuchad. Vamos a bajaros pan y agua. Nos quedaremos cerca de aquí hasta que llegue el camión. ¿Me oís?

—Agua..., agua...

—¡Agua!

—¡Agua!

—Silencio —ordenó Tolek, mientras bajaban los bolsos—. En uno de ellos hay sales aromáticas.

Mientras abrían las botellas y engullían el agua, humedeciendo las deshidratadas entrañas, todos estallaron en llanto. Luego se lanzaron sobre el pan y el queso con furia salvaje.

Hasta el calmoso Kamek sentía inquietud. Le fallaban todas las posibilidades. Dos propietarios de camiones tenían sus vehículos en reparación.

Otros tres se encontraban fuera de la ciudad.

Eran casi las once.

Repicaban las campanas de las iglesias.

Kamek se fue al barrio de Solec, a casa de Zamoyski, el transportista de los ladrones. A Kamek no le gustaba tener tratos con Zamoyski. Era un granuja taimado. Pero a veces no podía escoger. De tarde en tarde, en ocasiones desesperadas, la

Guardia del Pueblo utilizaba el camión de Zamoyski..., pagando bien.

Cuando Kamek llegó a casa de Zamoyski éste se encontraba en la situación habitual de los domingos, es decir, saliendo de una jaqueca fenomenal adquirida la noche del sábado.

—¿En domingo?

—Es una carga especial.

«Ha de ser cosa importante —pensó Zamoyski—. Le sacaré una buena tajada». Y refunfuñó desdeñosamente:

—Es arriesgado circular en domingo. Además...

Un paquete de dólares americanos que pasaron del bolsillo de Kamek al centro de la mesa cortaron de golpe la frase y el regateo.

—Aguarde a que me ponga la camisa.

—Traiga una escalera.

—¿Una escalera?

—Sí. Las armas que hemos de transportar están en un desván.

Mediodía.

Gabriela y Tolek bebían la cuarta taza de té en un café de la calle Prosta. Las campanas tañían. Tolek tenía los nervios destrozados.

Las personas piadosas desfilaban ataviadas con sus mejores galas después de haber pasado una hora con Dios.

—¿Qué diablos será lo que está reteniendo a Kamek? —estalló Tolek—. Mis compañeros llevan treinta y seis horas en aquel agujero.

Gabriela le dio unas palmaditas en la mano y le aseguró:

—Kamek no nos abandonará.

En la cloaca, el alimento y la bebida habían devuelto a los supervivientes el uso de sus plenas facultades y les habían dado fuerzas para agarrarse a la vida durante unas horas más.

Hasta ellos llegaba el tañido de las campanas de las iglesias.

Los niños jugaban en la calle, casi encima mismo de donde se encontraban los fugitivos. Los pequeños formaban un corro y se arrojaban una pelota, cantando una canción y dando palmadas.

«*Raz! dwa! trzy*! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!»

Entonces arrojaban la pelota.

«El Rey de Roma tuvo muchos hijos,

hasta que uno se hizo César.
Abajo, el suelo, arriba, el aire.
Raz! dwa! trzy! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!
Sí, lo fue, lo fue.
Fue el César.»

El camión de Zamoyski roncaba bulevar de Jerusalén arriba.

—¿Adónde? —preguntó el dueño.

—Pare junto a la boca de cloaca de la mitad de la manzana, enfrente del café, en la calle Prosta.

La cara de Zamoyski manifestó abiertamente el súbito descubrimiento realizado por su cerebro.

—¿De qué se trata ahora, Kamek? Este asunto no me gusta. Espere un minuto. ¡Judíos! ¡No voy a mezclarme con asuntos de los judíos!

Zamoyski sintió el contacto de un objeto frío en la sien. Era el cañón de la pistola de Kamek.

El camión paró con un chirrido al lado de la boca de cloaca. Kamek seguía teniendo inmovilizado a Zamoyski. Tolek y Gabriela salieron corriendo del café. Tolek quitó la tapa de la cloaca, corrió hacia la parte trasera del camión y tomó la escalera. Gabriela sacó una escopeta de cañón corto de debajo de su trinchera.

El chorro de luz que descendía de la calle cegó por un instante a los que estaban en el *Kanal*. Chris sujetó la escalera por un lado; Wolf la sujetó por el otro. Entre los dos arrastraron a los otros diez y les subieron arriba a fuerza de empujar. Tolek introdujo la mano en el agujero y fue tirando de cada uno de los que subían, hasta tenerlos en la calle.

«*Raz! dwa ! trzy*! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!
El rey de...»

Los niños interrumpieron el juego y se quedaron mirando como bobos los objetos que salían de la cloaca. Gabriela les hizo retroceder, amenazándoles con la escopeta.

La gente se paraba en su paseo dominical y contemplaba el cuadro.

Zamoyski lloraba y maldecía.

—¡Estoy arruinado! ¡He caído en una trampa! ¡Madre de Dios! ¡Soy hombre muerto!

Wolf Brandel salió el último, dando traspiés y doblándose pesadamente. Le echaron encima de los demás, y a los dos minutos de haber parado, el vehículo emprendía la carrera alejándose en dirección al puente y a Brodno.

CAPÍTULO XXIV

Anotación en el diario. Diciembre de 1943

Yo, Christopher de Monti, escribiré la anotación final de los diarios de Brandel, del Club de la Buena Camaradería. Después de varios meses de vivir escondido, he llegado a Suecia con Gabriela Rak, cuyo hijo ha de nacer de momento a otro. Gabriela no quiere que nazca en suelo polaco. Yo cuidaré de que ni a ella ni a su hijo les falte nunca nada.

Aquí se sabe poco del alzamiento, a pesar de que Arthur Zygielboim, un miembro del Gobierno polaco exilado en Londres, se suicidó en junio pasado como protesta por la indiferencia del mundo ante el genocidio de su pueblo.

¿Qué diremos del alzamiento de Varsovia? ¿Cómo determinar los resultados de semejante batalla? Las bajas de los judíos sumaron docenas de millares, mientras que los alemanes perdieron meramente unas centenas de hombres.

Repaso los libros de Historia y trato de encontrar un paralelo. Ni en El Álamo, ni en las Termópilas se desplegaron para el combate dos fuerzas más desiguales. Pasarán décadas y siglos, pero nada podrá ahogar las leyendas que nacerán de las cenizas del ghetto para demostrar que aquel fue el momento épico en la lucha del hombre por la libertad y la dignidad.

¡Un ejército de desdichados, sin un arma decente, tuvo a raya, durante cuarenta y dos días y cuarenta y dos noches, al poder militar más grande que el mundo haya conocido nunca! No parece posible, pues muchas naciones cayeron ante el asalto alemán en el espacio de unas horas. Polonia entera sólo fue capaz de resistir menos de un mes.

¡Cuarenta y dos días y cuarenta y dos noches! Al final de este período de tiempo, el Oberführer de las SS Alfred Funk mandó volar con dinamita la Gran Sinagoga Tlomatskie, arrasándola hasta el suelo, para simbolizar la destrucción de la judería polaca. Le concedieron la Cruz de Hierro por su valor.

Pero Alfred Funk fracasó, lo mismo que en su época fracasaron los faraones.

El año próximo, la Alemania nazi será aplastada. Las ciudades alemanas están destinadas a ser desmanteladas ladrillo a ladrillo, y sus moradores a morir entre llamas, del mismo modo que ellos destruyeron el ghetto de

Varsovia.

¿Qué será de los asesinos? ¿Qué será de Horst von Epp y de Franz Koenig? No cabe duda de que los de su calaña morirán en la cama de pura senectud, porque el mundo perdona y ellos dirán que se limitaban a cumplir órdenes. Y el mundo dirá...:

«Olvidemos el pasado. Dejemos que el pasado se entierre a sí mismo». Hasta es posible que escapen los Alfred Funk. Estamos escuchando ya las acrobacias verbales del Gobierno polaco en el exilio, declamando teorías de excusa en favor de su pueblo, que incurrió en el crimen de la conspiración del silencio.

Yo, Christopher de Monti, juro por el alma eterna de mi difunto amigo Andrei Androfski, que no permitiré que el mundo olvide. Encontraré los diarios de Brandel y haré de ellos un hierro que se grabe para siempre en la conciencia del hombre.

Wolf Brandel y Rachael Bronski, Tolek Alterman y Ana Grinspan están luchando en una unidad de partisanos judíos cerca de Wyszkow. Stephan Bronski está vivo y en buena salud en casa de un leñador llamado Gajnow, en las altiplanicies de Lublin.

Algún día nos reuniremos todos.

Cerraré esta anotación final con las palabras del hombre que escribió la primera y gracias al cual han sido una realidad los documentos históricos del Club de la Buena Camaradería. La última noche que pasamos juntos en el refugio de Mila, 18, he aquí lo que me dijo Alexander Brandel:

—Si el ghetto de Varsovia ha señalado el punto más bajo en la historia del pueblo judío, ha señalado también el punto en que nuestro pueblo se ha elevado a sus mayores alturas. Es raro; después de haber sido esgrimidas todas las filosofías, la decisión final de luchar fue fundamentalmente una decisión religiosa. Rodel me reprocharía estas palabras; el rabí Solomon se ofendería si le dijese esto. Pero los que han luchado (sean cuales fueren sus motivos individuales), cuando se reunieron en una masa única, obedecieron el mandato de Dios de oponerse a la tiranía. Hemos sido fieles a nuestras antiguas tradiciones de defender los Mandamientos. Al final, éramos todos judíos. —Y Alexander Brandel, siempre desconcertado por los extraños

caminos de Dios y los extraños caminos de los hombres, movió la cabeza pasmado—. ¿No es raro que el compendio de la inhumanidad del hombre para con el hombre haya producido a la vez el epítome de la nobleza del hombre? —Alexander Brandel me dijo algo más—: Muero sintiéndome satisfecho. Mi hijo vivirá para ver Israel renacido. Lo sé. Y lo que es más, nosotros los judíos hemos vengado nuestro honor como pueblo.

CHRISTOPHER DE MONTI



LEON URIS, (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003) Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero no obtuvo ningún título superior.

Participó como marine en la Segunda Guerra Mundial. Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, Battle Cry (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con Éxodo (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional..

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su novelística son Mila 18 (1961), Topaz (1967), QB VII (1970) y Redención (1995).

Notas

[1]La ceremonia religiosa judía por la que se concede a un adolescente la mayoría de edad espiritual. Hasta este momento, los padres son responsables de las faltas del hijo. A partir de este momento, el responsable es él. (N. del T.)

[2]Recuérdese que los anglosajones sólo suelen usar el nombre de pila y apellido paterno. (N. del T.)